Apenas si se supo

José Payá Nicolau

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA
Juan Gil-Albert

DIPUTACIÓN DE ALICANTE

© José Payá Nicolau
© Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2011
c/ San Fernando, 44 - 03001 Alicante

Maquetación:
Espagrafic
Impresión:

ISBN: XXX-XX-XXXX-XXX-X
Depósito legal: A-XXX-2011

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin el permiso de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

“Y no digo más que lo que no digo”
Rafael Alberti

ÍNDICE

Apenas si se supo 9
El yacimiento 13
Humaredas y vapores de la tierra 24
Los libros como los cromos... 30
La tarde de la explosión 34
La cercanía del héroe 41
En el reino de las ca...ca...nicas 51
La "Ficus cárica", la "Ficus..." 60
Empezando por fu-manchú 67
La maldita y otras higueras 72
Aquel palacio de ensueño 77
Capitán de un barco bobo 82
Caçim Bocayo y Al-Actar 91
La señorita del pan blanco 100
Los odres, los gatos, aquellas sardinas... 106
La pesadilla más cruel 115
El aceite, la carbonera, el esparto... 118
Osmín, Fernando y el Guerrero 131
Del jabón y los halagos 139
El llamado Selim Algarba 146
El día de la subasta de la rueda mostrenca 165
Ciertas piraterías.... 171
La novela, aquella novela 182
"¿Qué comes?" 197
"¡Arre, Vaselina!" 205
De apaños y remiendos en la corambre 212
La rampante chiquillería 218
Un cretino como colgajo 226
Las tres o cuatro novelas 231
De nuevo en España, claro 238
Los disparos del rencor 244
El pirata negro, don León Sanz...y etcétera 252
Montañas ... ¡saladas! 261

Expedición a la higuera de arriba 266
La pretensión del llamado Remigio 273
"El Persona" deambula 277
Harina en aquel arrabal 290
De la expedición al "santuario" 297
Los papeles mercantiles 305
(La cautela, en un paréntesis) 309
De la nostalgia de Al-Actar 315
Con alejo entre papeles 317
Tragedia levemente griega 321
Del decurión solidario a la náusea española 324
Los papeles de la guerra 327
Novedades del frente y hastíos de retaguardia 336
Aquello de la primavera 344
El llamado Almy, aquel rebelde 349
Del regreso de Túnez 354
Los susurros, las voces, los vítores 357
"Cara al sol" y a la pared 362
La sembradura de la harina, pues 371
(Un paréntesis ferroviario) 374
De la gran aventura de Selim con los carros de la harina 377
El municipal Zénete, en apuros 391
El pastor, en el arrabal 395
De Yasid Moslem a Magum el ogro, un suponer... 399
Con los otros tebeos 402
Más soliloquios del Miau 416
Aquel olivo, la rueda y los imponderables 423
El calcetín con la harina 426
Los de la harina y el señor juez 431
Corolarios penúltimos 440
Con el añalejo en el arrabal 448
Caloma, el iconoclasta 457
Los recuerdos infaustos 464
El yacimiento nuevo 469
Los evacuados de Madrid 475
Un mediodía de marzo de 1939 480
Con las cosas de comer 483
¿Y si hubiera vuelto realmente? 490
Un eco ya remoto 499
Fuga desesperada del ...Campana 513
(Un epílogo antes de tiempo) 515

APENAS SI SE SUPO

La noche de la tormenta, con la ciudad a tientas y aterrada bajo el diluvio y los restallantes relámpagos, la carretera general se fue agrietando al borde mismo del talud arcilloso de la barrancada, a cincuenta pasos de la calle principal. Llovía a cántaros y la fisura ensanchó rápidamente hasta producirse el natural corrimiento de tierras, sin que remitiera la poderosa y atosigante tronada del considerable nublado. Y fue así cómo cedió el terraplén en aquel tramo de la carretera: se abrió un boquete con capacidad para tragarse cualquier vehículo que transitara por allí a esas horas de la madrugada. Pero no fue eso lo que ocurrió. El automóvil que se encontró con que el firme había reblandecido bajo sus neumáticos sólo dejó de dar vueltas de campana al insertarse, finalmente, y de pie, en el movedizo lodazal de la procelosa hondonada. Quedó cerca de la trepidante boca de desagüe que liberaba las terrosas aguas de la parte alta, y que, procedentes de diversas calles, eran engullidas violentamente por el extenso y resollante sumidero del final de la de Colón. (De haber visto algunos con qué furia se colaba el agua por las fauces del aliviadero y precipitarse por el túnel a los bancales de allá abajo, hubieran tomado buena cuenta... para no hacer locuras al aventurarse por el larguísimo conducto en tardes primaverales de desafíos y disparatadas apuestas. Por si acaso. Aquella procelosa galería pasaba por debajo del aún vigente vertedero y, asimismo, bajo los organizados acúmulos que rellenaron aquel tramo del arcilloso barranco para el trazado de la general. Con una inclinación respetable, las aguas salían disparadas al aire libre como jaurías desenfrenadas que estallaban en la primera terraza abancalada de la depresión y se deslizaban luego por las siguientes y en descenso atropellado y ruidoso. Claro que, de hacerse la atrevida travesía de aquel túnel, nadie la acometía en tiempos de lluvia).

Destrozados los vidrios, abollada la carrocería e irremisiblemente ciego, allá quedó el taxi, apagado violentamente su motor. Sin retraerse ante el aparatoso vuelco, la tormenta seguía castigando sin tregua previsible y provocando de continuo las tres cruces en quienes, a aquellas horas, y con el trémulo candil en la mano, trataban de averiguar cuanto antes si aquello era, en efecto, el fin del mundo.

Del fondo del talud brotaban palabras vacilantes, entrecortadas. A su voluntariosa articulación acompañaba el desgarrado movimiento de las puertas delanteras del automóvil. Parecía la resurrección de alguien. De más de uno con seguridad,

porque del interior surgían dos sombras humanas. La lividez de sus rostros se mostraba con el intermitente y endemoniado fulgor de los relámpagos. Los dos cuerpos humanos resbalaban o se hundían en el enfangado bancal, justo donde los compactos olivos se iluminaban con la imaginería eléctrica del cielo.

—¿Qué ha pasado?— rumiaba uno de los ocupantes, esperando darse su propia respuesta aclaratoria.

—Hemos caído por el terraplén, don Cosme —respondía su compañero, quien, asegurando su propio equilibrio, ayudaba a mantener de pie a quien preguntaba.

—¿Y cómo ha sido eso? Iba yo medio dormido...

—La carretera —explicaba el taxista, jadeante— se ha abierto ahí arriba.

Cogidos de la mano y temblorosos, avanzaban pendiente arriba por el segmento de rampa menos pronunciado, sobradamente conocido por el taxista de la parroquia, quien esperaba alcanzar pronto las primeras ramas del centenario algarrobo que se quedó medio soterrado cuando las obras de la carretera. Desde el dudoso firme viario llegaban voces nerviosas y alteradas de personas que, bajo la tormenta, habían entrevisto la pirueta del automóvil al caer por el terraplén. Llegaban esas voces sobrenadando el murmullo de las aguas que corrían bancales abajo y rasgando las terrazas de la antigua depresión: sin duda, en época de lluvias otoñales, el agua volvía por sus fueros sin respetar muros agrícolas ni mucho menos los cultivos.

—¡Estamos aquí, aquí abajo!— Eran las voces del taxista, que ya había conseguido emplazar al apocado sacerdote en la cruz de uno de los recios y sombríos algarrobos, menos sepultados ahora sus troncos por los arrastres de barro hacia el hondo. A sus llamadas respondía el silencio, pero se vio el zigzaguear luminoso de una débil linterna a pocos metros del corrimiento. Al insistir gritando, pareció que los que andaban arriba en torno al socavón coligieron que los accidentados remontaban el resbaladizo talud. Y hacia allí se dirigieron precavidamente. Mientras, la tormenta se iba concentrando sobre la fantasmagórica línea del horizonte marino. Allá se abrían los cielos con relámpagos incesantes, como raíces de un árbol sobrenatural con la luz de todos los cataclismos. Y, mientras disminuía la intensidad de la tronada, con réplicas cada vez más débiles en los vidrios de todas las ventanas, nadie se atrevía a conjeturar si la pobre luz eléctrica de la ciudad volvería a ella algún día.

No habría de salir el sol sin que ocurriera otro desastre en el mismo lugar, porque no quedó un retén humano junto al socavón y únicamente se pusieron unas cuantas piedras bordeándolo para alertar a cualquier otro vehículo o viandante.

—De todas formas— decidió uno del ayuntamiento—, ahora ya hay bastante luz.

Lo decía porque ya apuntaba el alba. Clareaba el cielo entre las últimas nubes y un viento ligero y fresco agitaba las gotas de lluvia del arbolado en la hondonada. Cuando saliera el sol, las tareas de rescatar el automóvil ya se verían con mejores ánimos, lógicamente, y si el prolijo barrizal permitía las obligadas maniobras.

Media hora después, el adormilado conductor de otro vehículo automóvil, que transportaba una selecta y ordenada carga de cajitas de turrón, ni se apercibió del perímetro del boquete. A quienes, ya de día, escucharon el relato de los hechos, diría el chófer que allí no había visto nada que señalara el hundimiento, y que se fue deslizando irremisiblemente hasta aquel pequeño bancal. Las piedras del aviso habían terminado por caerse en la cavidad, según fue cediendo más y más el terreno.

Ya con el sol calentando, el hombre manifestó —con barro hasta en las cejas— que habría que telefonear a su empresa desde el taller mecánico, que quedaba unido a los que abarcaban hasta la botería. Se lo dijo a uno de los dueños cuando éste y la mayoría de los empleados —grandes y chicos— fueron compareciendo ante el socavón mientras daban buena cuenta del precario almuerzo. Los mecánicos conocían al chófer, de modo que lo del recado estaba hecho.

—Hazme el favor, hombre: llama a este teléfono de Jijona —había pedido el chófer— y dile a mi jefe lo que ha pasado. Porque si me muevo de aquí... —se lamentaba el hombre con la colilla entre los labios y ojo avizor al gentío que centraba su atención en las cajitas del turrón. Porque ya no interesaba demasiado contemplar el taxi allá abajo y patas arriba casi.

—Pregunta por Nicasio —añadía el chófer del turrón— y dile que soy Enrique. —Hablaba reforzando su en voz alta ante la exagerada presencia de mirones, sobre todo de escolares y de quienes, por sus amonestaciones a los chicos, tenían que ser maestros del grupo escolar cercano.

Con el vehículo allí tumbado, al pie del algarrobo donde solían acampar los gitanos transeúntes, el chófer ni siquiera contemplaba su buena suerte, preocupado, al parecer, por las contrariedades propias de quien acaba de salvar la vida...

—¡Pues anda que si llega usted a caer donde cayó el taxi...!

—Ya... Pero aquí es que alguien no ha hecho bien las cosas. Ahora mire usted cómo ha quedado todo.

Dirigía su embarrada mano hacia el vehículo, medio hundido en el fango del bancal, a cinco metros de la carretera, y desbaratadas las cajitas del turrón. Había reunido las aún enteras lo mejor que pudo. Quedaban restos de la preciosa golosina entre el húmedo herbazal y las piedras del derrumbe parcial del muro.

—¡Venga, niños, a la escuela! —gritaba, malhumorado y acuosamente triste, la cara con manchones de grasa y una camisa que no admitía lavado redentor. En aquellos instantes llegaba un muchacho desde el taller:

—Que ya saben en la empresa que está usted aquí

—Bueno. Dile a tu jefe que en cuanto vengan a recogerme me pasaré por el taller. Y muchas gracias, ¿eh?

Los escolares se iban marchando con notoria desgana —y como si fueran caracoles— a eso de las diez de la mañana, imaginándose seguramente cuánto de aquel turrón serían ellos capaces de aprovechar de entre el pisoteado barrizal y prometiéndose que, en saliendo de las aulas, o en el tiempo del recreo, volverían allí por si caía algo. Unos pocos, y dada la hora, ni siquiera se molestaron en volver a la escuela: nos dirigimos a los refugios para, poco después, volver a donde el cuadro del turrón. El maestro ni nos tendría en cuenta, como sucedía siempre que la noche anterior había descargado tormenta intensa sobre la ciudad. Pero lo malo de aquella situación de nervios era que los muchachos de los talleres de hilados podrían enterarse enseguida del estropicio, con lo que la competencia en la rebusca podía ser feroz.

—Pero esos no vendrán —sentenciaba uno de los escolares—. Les hacen secar todos los charcos de lluvia enseguida que para de llover.

—Ya veremos si vienen o no vienen...

—Desde luego.

Casi toda la tarde hubo niños y adolescentes hociqueando en el lugar donde estuviera el estropicio del turrón, que, como el taxi, había sido ya arrastrado hasta el nivel de la desbaratada carretera. La concurrencia infantil era como un trajín de hormigas pisoteadas que hubieran perdido el norte y olvidado dónde quedaba su laborioso hormiguero. Al día siguiente, y al pie del barranco, donde el desagüe de la acequia subterránea, los dos monaguillos enviados por don Cosme a buscar su estola andaban superembarrados. Además de no encontrarla —ni rastro de ella—, ambos estaban enfangados hasta las rodillas. De aquí para allá, arriba, abajo, sin colegir que el ornamento litúrgico lo podían haber arrastrado las aguas incluso hasta la última terraza agrícola, al pie de los muros del chalé de Campana. Aquellos dos rapaces aún volverían la tarde del día siguiente, pero no la encontraron.

EL YACIMIENTO

No recuerdo —y tampoco importa— cómo quedó establecido en casa que fuera yo quien hiciera, en adelante, el insoslayable acopio de greda para el oficio. Supongo que, dada mi quimérica y tenaz pretensión de poder fácilmente con pesos considerables —igual que ciertos personajes de los tebeos— decidió Al-Actar encargarme ese menester a perpetuidad. De ese modo, además, podría él dedicarse con mayor intensidad a las tareas más delicadas de oficio tan diverso y antiguo como el suyo. Y es que la arcilla la usábamos en la botería para desengrasar los pellejos que un día estuvieron dedicados al trasiego del aceite de oliva y que, con el paso del tiempo —dos o tres años en esa función—, quedaban inservibles para ese cometido. De los molinos aceiteros del municipio partían muchas arrobas de aceite en el interior de estas pieles de cabra. Iban hacia los almacenes, pequeños comercios y viviendas urbanas o rurales. Lo hacían en carros agrícolas o a lomo de mulos o burros, sin perjuicio de transportar el preciado producto de unos pueblos a otros, a veces por sendas entre la serranía y en dirección a lugarejos emplazados en tierras sin cultivo del olivar.

Los pellejos de aceite eran el envase más adecuado para ese transporte, sobre todo porque, una vez vaciado su bello contenido en vasijas de cerámica, garrafas o cántaras de hojalata, apenas si ocupaban espacio. Enrollados y atados sobre sí mismos, incluso cabían en un simple capazo de palma de los corrientes. Así que, vertido el aceite en los recipientes disponibles en destino, el viaje de vuelta podía dedicarse a otro tipo de acarreo. Una virtud que aprovechaban carreteros, propietarios o aparceros en cuanto tenían que planificar su trabajo. En caso de usarse envases rígidos, ya se conocía la impertinencia de no contar al regreso con espacio aprovechable en el carruaje. Llenos o vacíos, siempre tenían el mismo volumen, como las botellas o los porrones...

—Con las cántaras siempre vas de lleno —solía recordar el artesano a sus clientes de temporada, cuando las almazaras, día y noche, iban prensando el fruto de los olivos.

—Es verdad, sí.

En la botería contábamos con quince o veinte pellejos para alquilarlos por jornadas a cosecheros que acarreaban su aceite a casa desde los molinos. Eran odres

que pronto serían retirados definitivamente de dicho transporte para convertirlos bien en botas, bien en pellejos o cueros empegados para trasegar vino. La señal decisiva para apartarlos de aquel cometido residía en la rapidez con que, depositados unas horas aquí o allá llenos de aceite, dejaban escapar buena parte del líquido a través de los poros de su piel, extremadamente dilatados ya. Calladamente, como con sigilo, iban dejando a su alrededor la pérdida lamentable de parte de su contenido, y había que correr a vaciarlos en tinajas o cualquier otro envase a mano.

—Ya te lo dije —apuntaba el maestro botero—. Sólo tienes que usarlo para traerte el aceite del molino a casa, porque son pieles que ya han trabajado lo suyo.

—Bueno, escúrrelo bien. No me ha dado tiempo de apurarlo. ¿Qué te debo?

—Nada, déjalo.

La greda estaba en el origen de la reconversión de la piel del aceite en odre de vino, aunque la denominación greda no se usaba en nuestra comarca, y sí la de arcilla.

—Conocida también como argila o argilla, con "ge".

—En el libro del año que viene dice que la arcilla es un silicato de aluminio que lleva bastantes impurezas. —Eso lo decía quien había escrutado textos de estudiantes de más edad.

Impurezas. Impurezas las había entonces en casi todo, y más que nada en los numerosos sucedáneos que afectaban al área de la alimentación. ¿Y qué diríamos de las anomalías en la precisión de las balanzas, o del aparente y sugestivo volumen de las medidas de capacidad? Ahí anidaban los más flagrantes engaños, aquellos que ni se nos ocurría airear ante el expendedor de turno. A las mismas puertas del cine se defraudaba a grandes y chicos al atiborrar de cacahuetes, altramuces o rugosas y humedecidas chufas aquellos recipientes cilíndricos cuyo fondo contenía un descarado y proverbial relleno de papel de estraza, una tara diabólica. De estraza o de periódico, a la sazón muy utilizado en la envoltura del pescado, aunque papel tan escaso como esporádico. En verano ya se nos colmaba la boca de incontenible saliva cuando el heladero manipulaba su portentoso molde articulado hasta una profundidad de sima que prometía generosa dotación de aquel dulce sobre la galleta del fondo, la de la base. Pero qué va: superpuesta la de la cima, y emergente la unidad del gélido producto, quedábamos burlados, boquiabiertos y tristes. Por arte de birlibirloque —¡qué maestría la del heladero, que ahí tendría su defensa económica!—, el poliédrico volumen se había convertido en evidente y raquítico remedo de la abundancia sugerida al iniciarse operación tan litúrgica. No obstante, como la mano ya se anticipaba a lo dispuesto para el deleite, la complacencia borraba de nuestra mente la desfachatez ácida de la trampa. Las quejas, si se gestaban en nuestro interior, o en el del prójimo, apenas llegaban a manifestarse pública-

mente, y no sólo por temor a Dios, que el humano era bien dado a la represalia. Parecía que las conductas fraudulentas estaban implantadas —si se les reconocía un origen— desde toda la vida en el corpus consuetudinario de compras, ventas y trueques. La asunción por todos de la generalizada escasez inclinaba a sobrellevar tales argucias con resignación, como si nada tuviéramos contra el autor del dolo, al que seguramente veíamos forzado a conseguir beneficios pretendidamente extraordinarios a nuestra costa. Como a la suya los obtendrían quienes le vendían a él en cualquier parte de aquella convulsa geografía del hambre más contumaz.

* * *

La botería ya ocupaba también un garaje donde muy poco antes cerraba un taxi movido por gracia del gasógeno. (Este artefacto funcionaba a base de las leñosas cáscaras de almendra). Era un local idéntico al resto de una serie de ellos cuya existencia obedecía claramente al propósito de albergar una batería de talleres: de electricidad, de herrería, de automóviles, etc., además de dar cobijo a un segundo taxi. Al final de este complejo, en una gran nave con amplio espacio descubierto, quedaba el taller mecánico, el mayor entonces de la ciudad. Nuestra vivienda, situada en el extremo nordeste de la fila de aquellas construcciones, había sido antes un molino triturador de algarrobas. Constaba, aparte del patio trasero —que fuimos convirtiendo en voluntarioso jardín—, de una estancia de techo más bien bajo y sobre la cual corría una cámara o cambra que pudo haber sido almacén de la dicha algarroba para su posterior y paulatina molturación.

Acondicionar para vivir lo que fuera molino y almacén tanto tiempo nos llevó semanas de atribulado y asfixiante trabajo, pues, sobre todo, había polvo de algarroba adherido tenazmente a paredes, techo y vigas. Finalmente, y tras un repetido encalado, lo que ya eran habitaciones, cocina, comedor y pasillo fue plenamente utilizable. El vigamen, de excelente madera, recibió el barniz que reclamaba, y lo mismo puertas y ventanas. Se apreciaron entonces olores sugeridores, no sólo a saneamiento y limpieza, sino a inminencia de fiesta patronal, dada la costumbre, tan extendida en los pueblos de la región, de renovar sobre todo los enjalbegados para la correspondiente semana festiva del año.

Vistos los gratos resultados de tan ardua pero ilusionante tarea, parecía confirmársenos un toque de buena suerte y día a día. Porque había sido un verdadero hallazgo disponer de vivienda, taller y patio, una conjunción que no admitía objeciones, máxime cuando a pocos pasos y frente al taller de automóviles existía una fuente pública. Si la vivienda carecía de cisterna para almacenar agua de lluvia, allí estaba el grifo municipal. Pero su caudal desaparecía a veces debido a la sequía, y sólo se permitía llenar un cántaro al día para cada vivienda, bajo multa de una peseta por cada cántaro de más... Venía entonces a casa un carro con cuba del que

trasladábamos el agua a un barril metálico, y de su contenido nos servíamos. En el resto de la calle —la principal de la ciudad— , todas sus viviendas contaban con cisterna o aljibe, que no con agua corriente. En la fuente pública comenzaba esta calle, dejándose sin urbanizar la parte de Levante, justamente donde estaban los talleres ya dichos y nuestra casa. Aquella arteria era ancha, con excelentes aceras y bueno edificios de dos y tres plantas que habitaban las familias pudientes de la localidad. Ocupábamos nosotros una de las construcciones levantadas sobre el relleno de una antigua rambla que descendía hacia el mar. Para ello, estaba claro que hubo que crear un potente muro de roca y mortero cuya altura alcanzaba tres o cuatro metros. Éste sería la contención del relleno efectuado allí donde se preveía que, en tiempos venideros, la calle principal se extendería hacia lo que se denominaba La Huerta, a Levante. Para dicha suerte de locales, que no requerían cimientos profundos, el lugar debió oponer pocas dificultades. Una vez creada la adecuada firmeza del suelo, y salvada la depresión que allí creaba el barranco arcilloso, se construía la serie de compartimentos para talleres. Con aquella secuencia, se afirmaba también una continuidad viaria, enriquecida con la concurrencia allí del trazado paralelo de lo que llamábamos Carretera Nueva. Se designaba así al tramo que se abrió en la Guerra Civil tras haberse derruido el exconvento agustiniano que cerraba por el Este la plaza principal de la ciudad en los años treinta.

Así, pues, nuestra nueva vivienda se había levantado en solares creados sobre una torrentera que tributaba sus aguas de avenida al mar, trescientos metros más abajo. A espaldas de los talleres quedaba una secuencia de bancales ascendiendo hacia el Norte y que terminaban en unas casas campesinas al nivel firme de centenarias tierras de labranza y al borde mismo de un camino vecinal antes denominado Camino Viejo de Valencia, el que fuera el antiquísimo Camino Real. Rodeadas de verdes tablas de hortalizas donde, además, crecían espléndidas y pródigas higueras, algún que otro granado y unos pocos olivos corpulentos, estas casas eran la instalación agraria en que culminaban varias piezas agrícolas escalonadas y con limoneros. Como excepción, el terreno colindante con el muro y pared trasera de nuestro patio estaba plantado de olivos. Olivos cuyas altas ramas crecían superando el tapial, con sus brotes al alcance de nuestras manos. A ras de este último bancal, y en el ligero talud de la parte Oeste de la cultivada depresión, se abrían las profundas y enigmáticas bocas del refugio antiaéreo excavado durante la guerra. La red de galerías a que daban acceso, cual prolongadas fauces hambrientas, no debió resultar difícil de practicar por el decidido predominio de la plácida y blanda arcilla.

—Llamada también greda.

—Sí, pero no de la que llaman figulina.

—No. De la figulina, ni pensarlo.

—¡Ah!

* * *

El yacimiento aquel —luego habría otro— no caía lejos del taller. Poco más de doscientos pasos lo separaban de él. Si alguien me preguntaba dónde paraba —por darse quizá una idea del esfuerzo que me suponía el acarreo de aquel tipo de tierra—, me venían ganas de responder que a dos hectómetros de casa. O a veinte decámetros. (Ya hacía tiempo que habíamos entrado en el espléndido conocimiento de esas medidas de longitud, además de saber que aumentaban ¡y disminuían! de diez en diez. De esa relación, repetida en la escuela hasta la más entusiasta saciedad, provenía mi a veces contenida propensión a incluir nomenclaturas técnicas en el área coloquial. Sobre todo porque ya habíamos comprendido que un metro cualquiera resultaba ser, con absoluta certeza en aquella época, la diezmillonésima parte de un cuadrante de meridiano comprendido entre el Polo Norte y el Ecuador. El Polo (Norte) y el Ecuador. Esta correspondencia, tan indisoluble en la definición, connotaba para algunos el calor tórrido y la conocida golosina helada que un palitroque atravesaba para facilitar su chupado y degustación veraniegos. Así que...). Del vocablo yacimiento, que más bien relacionábamos con magnánimas masas de mineral aurífero o de cobre, y éste con los fenicios y topónimos como Riotinto y Tharsis, pasaba yo a musitar aquello de "Yo yazgo, yaco o yago". De este modo comenzaba, naturalmente, el presente de indicativo del verbo yacer, que era irregular (¡). Y aquello me recordaba lo de "yacimiento carnal", expresión que comparecía en páginas bíblicas que leíamos por llegarnos trasvasadas a textos escolares de Historia Sagrada. Ayuntamiento carnal tendría que ser concepto más bien de administración municipal, asuntos del matadero y del señor veterinario. Seguramente.

—Yo creo que no es nada de eso. Tiene que ser un pecado mortal o algo así.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro, so pervertido?

* * *

Atrapado en mis pensamientos, que acariciaban entonces proyectos vinculados a determinadas actividades creativas, a veces olvidaba que me rodeaban los amigos en juegos y distracciones. Se me iba el santo al cielo y me escuchaba a mí mismo recitar alguna que otra posesiva retahíla escolar. O sueltos esporádicos que estudiaban chicos de mayor edad.

—Yo yazgo, yazco o yago...

—¿En qué quedamos?

El yacimiento, ya dije, quedaba bastante cerca y formaba parte de una propiedad ajena y particular. El punto cardinal del emplazamiento era el Sur, ya que el

islote marcaba sin discusión el Este, también llamado Oriente. Radicaba la cavidad arcillosa allí donde el ribazo aparecía desgarrado por las avenidas de lluvia, y presentaba grietas de una anchura de dos o tres metros de longitud con caídas ribeteadas de hierbajos y arbustos. Cerca se hacía ostensible la abundante implantación de piteras dotadas de elegantes y airosos escapos florales. Para llegar hasta mi arcilla, tenía yo que sortear las aceradas puntas de sus largas y carnosas pencas. La frecuencia de la tarea con la arcilla había impreso en el terreno una senda, tortuosa, bordeada de ternes hierbajos y suelo en declive, al final de la cual estaban las distintas escarbaduras hechas con mi azadilla. En cualquier época del año, cavaba yo para extraer la amarillenta tierra, y desistía en mi asedio al talud cuando, socavado excesivamente en su base, ofrecía peligro de derrumbe sobre mis espaldas y cabeza. Al volver por más —una vez cada quince días o así—, hurgaba más a la derecha o a la izquierda. Aquel sitio no ofrecía buena greda a ras del suelo y sí en franjas que yo atacaba medio arrodillado. Otra adversidad a rehuir era el posible exceso de arenilla que contuviera el mineral porque ello restaba eficacia al cometido suyo de desengrasar cueros ya calados por el aceite. Llenaba el capazo con las manos dispuestas en cuenco, luego de aplastar los terrones formados, y no lo colmaba. Cargado sobre el hombro, su volumen experimentaba una deformación que, de no controlarse, podía soltar hilillos de arcilla entre mi espalda y la camisa. Con el acopio ya realizado, algunas veces, y antes del regresar al taller con aquellos treinta kilos, me dejaba caer sentado unos minutos para descansar de las forzadas posturas del cuerpo en la incómoda recogida de tierra como aquélla.

Así fue cómo adquirí el hábito de contemplar el paisaje...mientras secaba mi frente del terroso sudor con el dorso de las manos. Ante mis ojos, despejados ya del sudor, se abría al Este el sosegado abanico marítimo de buena parte de la bahía. A eso de las once de la mañana, el mar replicaba con intensos destellos solares. Sus aguas, siempre azules y transparentes, parecían abrevar en la idílica mansedumbre de la playa. La intermitencia cabrilleante de sus blandas acometidas labiales había creado, con los siglos, la suavidad de la gravilla, tan agradecida por los pies humanos cuando la pisaban descalzos. Sobrevolando las airosas copas de los algarrobos y olivos últimos, la mirada degustaba la rica conjunción del luminoso panorama, una visión complementada con los lejanos perfiles de las sierras en la lejanía litoral y la imperturbable línea del horizonte marino. La mirada encallaba luego en el islote por el que brotaba el disco solar en las áureas amanecidas. La aprehensión visual de aquel todo magnánimo se iba desgranando como para analizar la simultaneidad de tanta percepción, y conseguirlo suponía breves detenciones en la individualidad de cada cosa: desde el puerto, pasando por el balneario marino, los receptivos y socorridos escollos, la playa y los barracones donde reposaban las redes de pesca para su remiendo, la mirada terminaba deteniéndose en las barcas de pesca del astillero. Aparte del seco y rítmico golpeteo de masas y martillos sobre

la madera, el astillero emitía el peculiar sonido de sierras y verdugos atacando los olorosos maderos, y su fuerte aroma de carpintería de ribera se singularizaba con el procedente de la pintura, la estopa y, sobre todo, del humeante alquitrán puesto al fuego. De un alquitrán cuyo intenso olor emparentaba con la pez de los odres y las botas para el vino. Un alquitrán que...

—¿Vegetal o mineral?

La pez con que hacíamos impermeable el interior de botas y pellejos para el vino provenía de la destilación fraccionada de la madera, tanto de pino como de encina. El producto con que los calafates impregnaban la estopa en las junturas de las maderas era mezcla de alquitrán, resina y brea. De esa estudiada concurrencia de términos —para designar dos compuestos aparentemente iguales— procedía el embrollo habitual en que caían quienes se creían poseedores de la verdad. De ahí que observadores esporádicos de nuestra humeante alquimia —la de Al-Actar con su fuego y la pez— terminaran impartiendo teoría sobre el empegado en cuanto coincidían con la misteriosa operación y desde el gratuito observatorio de la puerta del taller.

—Ahora le va metiendo dentro el alquitrán —explicaba a los demás mirones el presunto conocedor de aquel asunto—, y luego...

—Eso no es alquitrán. Eso es brea.

—Ni brea ni alquitrán —terciaba otro—. Lo que le pone es resina.

Nadie afecto al taller intervenía en el proceso de tan pintorescas conjeturas, las cuales, además, iban siempre por el mismo carril y fuera el que fuera el grupito que miraba. No lo hacíamos ni siquiera cuando parecían exteriorizarse con la esperanza de motivar nuestro dictamen profesional o aclaración cauterizadora. Y todo porque la operación del empegado era peligrosa, no permitiéndose el artesano ninguna distracción. Tampoco había que deambular alrededor del bote de la pez puesto al fuego. Preparadas sobre una silla de anea las botas que iban a recibir en su interior la ardiente pez, el botero se preparaba para iniciar los movimientos precisos para que la carrera discurriera sin sobresaltos. Procedía a empegar cuando lo tenía todo a mano: la pez en su punto, unos paños aceitados, el embudo, quizá un trozo de saco de esparto...

Del bote en que se la había calentado y derretido hasta su adecuada fluidez, la pez se vertía en la bota mediante ese embudo y pasábase rápidamente a cerrarle la boca presionándola con los dedos pulgar e índice de ambas manos. En esa posición se la sometía a un movimiento de vaivén de arriba abajo para repartir el ardoroso producto en su interior. Segundos después toda la operación no requería más de un minuto—, y con el humo del volcánico líquido atravesando ya las caras del cuero como en una dolorosa exudación, quien empegaba devolvía al recipiente de la pez la cantidad sobrante de ella. Ni una sola gota de tan ardiente y arisca lengua debía

caérsele, de modo que el exterior de la bota quedara inmaculado. Casi se prefería que, de haber algún imprevisto derrame, se produjera sobre las manos (¡). Ante un percance así, había que recurrir al predispuesto paño basto que, impregnado de aceite de oliva, quedaba siempre cerca. Si la mano recibía una simple gota de pez caliente, era fatal introducirla en agua fresca, porque suponía ver saltar nuestra propia piel solidariamente con la pez, cual una pequeña moneda de fuego de intenso dolor. Lo expeditivo era impregnar de aceite la parte atacada, que así se sentía aliviada. De ahí la extremada cautela, la precisión reclamada para el empegado, que no admitía distracciones en su proceso. Incluso se hacía oídos sordos ante cualquier interpelación que en aquellos momentos procediera de alguien —grande o pequeño— de los curiosos que aquel trabajo solía convocar. Una vez terminado, a veces nos daba por comunicar al público asistente la información que, entre dimes y diretes, venía buscando. Aquel intrigante líquido no era ni brea ni resina ni alquitrán, sino pez.

—"¡Honra y prez de la Caballería Andante!" —rompía el grandilocuente de turno. Y a mí se me hacía presente la escena en que Don Quijote despanzurraba, febril y alocadamente, los odres llenos de vino de la casona manchega del libro.
Lo de pararse a las puertas de los talleres, y formarse a veces un bullanguero agregado de opinión, se daba con frecuencia diaria. La asiduidad de dicha concentración dependía del atractivo que para el viandante o los escolares tuviera el trabajo realizado en éste o aquel obrador o taller, en buena lógica. Un complicado despiece de la dínamo, o del proceloso y casi obsceno motor de un camión, tal vez un problema con un palier, podía retener al público unos minutos. Por el contrario, las carpinterías aglutinaban a pandillas de párvulos ante sus anchas y altas puertas, dejando escapar los atrayentes olores de la cola y de los distintos maderos cortados, algunos hasta la minuciosidad más artística y sugerente. Sugerentes para tantos escolares a la búsqueda de un manojo de listones o de tacos cuasi geométricamente pedagógicos con que construirse juguetes o realizar portentosos ensamblajes con pretensiones de máquinas de guerra o de simple e inocente ingeniería civil. (La carpintería más observada era la que, en la calle principal, distaba unos pocos pasos del grupo escolar, registrándose densos y vociferantes grupos de niños varones ante su puerta). En cuanto a la herrería, inmediata a nuestro taller, dos eran sus atractivos: la fragua, tan luminosa y cálida como las vaporosas locomotoras del tren en la estación ferroviaria, y la rítmica insistencia de los martillos sobre el hierro al rojo —acosado sobre la bigornia o yunque con la consiguiente y sabia transformación experimentada por el metal según arreciaban los golpes y su precisión. En la botería, lo más atrayente para el observador, a veces boquiabierto, era la manipulación de los pellejos del aceite cuando, hinchados por el fuelle de palanca —mínimo frente al de la fragua vecina—, eran revestidos con la fina gacha

de la arcilla... y, a renglón seguido, puestos a secar al sol. La maniobra levantaba pintorescas interrogantes en quien miraba:

—Oiga, ¿son pieles de oveja?

—No; no son de oveja.

—Entonces serán de toro o de buey... Son de toro, ¿verdad?

—¡Cómo van a ser de toro! ¿Acaso tienen cuernos?

Sobrevenía entonces un silencio cruelmente embarazoso, estéril y casi pétreo... hasta que otro cogía el testigo y preguntaba de qué animales eran aquellas pieles..., seguramente para variar.

—Son pieles de cabra.

El grupo de mirones se creía entonces víctima de una sórdida chanza del botero, tal vez por lo tajante y escueto de su respuesta, que podían tomar por evasiva muy natural y proporcionada, habida cuenta de lo crispados que se ponían los maestros y operarios de los talleres en cuanto la niñería y su repetitiva jerigonza tardaba diez o más minutos en evaporarse de la puerta correspondiente. (Algunos de aquellos niños tenían ocasión a diario de ver de cerca al ganado de las cabras cuando, al atardecer, irrumpía en la barriada para ser ordeñadas y llenar de leche los cazos que las amas de casa esgrimían... Aquellas mujeres siempre traían el propósito de pedirle al cabrero que no les engañara con tanta espuma, que podía dar la impresión de colmar la medida con leche cuando se les antojaba llevarse buena parte de aire. La ventaja de aquel servicio ante las viviendas consistía en que aquella espuma era más afín al producto, tan tibio y reciente, que el agua con que se le "bautizaba" en la lechería... "¡Uy, qué barbaridad de espuma!").

—¿Cómo van a ser de cabra esas pieles...? Las cabras son más flacas... —se atrevía a oponer el avispado del grupito, inane y desavenido, poco antes de alejarse corriendo con el resto y calle adelante. A veces nos reprochábamos sostener diálogo tan desalmado, y quizá hacíamos propósito de ser más didácticos en la próxima puesta en escena. De hacerlo, los escolares se irían antes y sin dudas razonables, si bien la incredulidad la aportaban ellos como predispuestos a no creer las informaciones de los mayores. Sobre todo cuando éstos diferían palmariamente de la respuesta que aquéllos esperaban.

—¡Qué misterio éste! ¿Por qué razón nadie pregunta si éstas son pieles de cabra?

—Desde luego que es cosa rara. ¿Por qué nunca señalarán a las cabras?

En los talleres no siempre estaba receptivo el personal con la chiquillería, que era una verdadera pesadez pedigüeña, de modo y manera que algunos dueños y asalariados procedían a espantarla inmediata y directamente: “¡Fuera de aquí, niños,

fuera! ¡Iros a tirar piedras a la mar!" Algunos mayores, por no decir todos, habían llegado a la conclusión de que todos los niños, todos, sólo resultaban inocuos apedreando al mar. Allá abajo, semejante entretenimiento podía durar toda la vida, porque la munición no iba a menguar, evidentemente... y así respirarían sosegadamente los talleres y obradores. Debido a la comprobada bondad de la ocurrencia —y a pesar de que nunca jamás era obedecida—, todo el mundo la aplicaba en cuanto el estorbo rayaba en la impertinencia recalcitrante y pesarosa, en un clima de repeticiones y de hastío en ambos bandos. O bien los remitías al mar, o accedías a darles aquello que pedían a voz en cuello, y que en la botería podían ser restos de piel curtida para el tirachinas —¡qué atrevimiento!—, botanas para valerse de ellas como ruedas de juguetes en proyecto, o quizá unos palmos de hilo. Lo que se solía pedir en el taller mecánico era alguna que otra bola de los rodamientos, cuya posesión lúdica se ostentaba orgullosamente en el juego de las bolas, además de la apetecida contundencia de sus golpes resolutorios a las bolas, las pobres. Pero la terrosa grasa que pintarrajeaba los rostros de los operarios, o productores, los convertía casi en seres anónimos, aunque hubieran salido ya de debajo de los vehículos automóviles. Sólo al atardecer se les podía relacionar con personas conocidas, pues el agua, el jabón y una especie de serrín les devolvía su identidad para, terminada la jornada laboral, irse a casa o dar una vuelta por las calles con los amigos.

—¿Me da un balín?

"Balín" era la versión léxica de la bola de cojinete entre los chicos de nuestra ciudad. La contestación no se hacía esperar y siempre era la misma.

—No hay. —Ésa era la respuesta automática del aprendiz de mecánico, aseado ya y con el peinado sospechosamente brillante. Recostado en una de las hojas de la considerable puerta del taller, cruzado de brazos y en actitud de esperar a alguien, no se apercibía, quizá, de que su lacónica respuesta daba esperanzas al pedigüeño. Éste volvería cualquier otra tarde por si ya se disponía del objeto que le quitaba el sueño. (Al aprendiz, presuntamente atildado y libre por unas cuantas horas, se le había olvidado probablemente el frenesí con que, de niño —pocos años atrás—, iba desesperadamente tras una de aquellas pesadas y reverberantes esferas metálicas... ante aquellos mismos talleres. Su trabajo de cada día le obligaba a esfuerzos e impregnaciones de aceites y grasas minerales que él creía sentir incluso en la vacuidad de su estómago. Y a veces reflexionaba sobre cómo el paso del tiempo terminaba por ir modificando o sustituyendo en el ser humano unas apetencias por otras e irremediablemente...). En el juego de las canic... solamente contaban con alguna de aquellas esferas los niños en cuya parentela había mecánicos, propietarios de automóvil o de barca de pesca. Esporádicamente, y en el perpetuo y prolijo sistema del trueque vigente en las pandillas, alguien podía hacerse con una de aquellas bolas sin

pertenecer a la condición citada. Pero a cambio de un balín de los grandes se pedían contrapartidas temerariamente exageradas:

—¿Treinta bolas y dos tebeos del Guerrero por un balín?

—Sí.

—Tú estás majareta o algo similar.

—¡Alto ahí! Yo de similar no tengo nada. Y este balín a mí me costó más.

—¡¡Eso no es un balín, eso es una bola!!

HUMAREDAS Y VAPORES DE LA TIERRA

En el puerto, a más de con unas pocas y adormiladas embarcaciones, a veces se topaba la mirada con la curiosa alteración que producía el pequeño carguero de siempre, aquel que atracaba allí para llevarse —¿a dónde, por ventura?— un cuantioso cargamento de tejas planas o francesas. Llegaban éstas del tejar con que contaba el municipio en la partida rural de **La Robella**, distante una legua o así del mar. La fábrica, envuelta a menudo por una densa y rojiza polvareda de arcilla, se levantaba en el mismo piedemonte de la sierra de Orcheta, y quedaba circundada por antiguos bancales en los cuales abundaban y rendían su cosecha muy antiguos algarrobos. El esplendoroso arbolado ascendía en terrazas trabajadas hasta el dominio del romero, el tomillo y las aisladas colonias de pinos, entre poderosas y punzantes aliagas, de sabida tenacidad. Al Nordeste de aquel espectacular obrador se extendían los breves almendrales y aquí y allá resistían las higueras, regularmente en los márgenes de los pedregosos labrantíos del secano. Bajo la tierra laboral de estos productivos secanales, y a pocos palmos de profundidad, tropezaba la azada con las franjas de la apretada y húmeda arcilla, a la que seguían las gravas en estratos más profundos. No obstante esta consabida alternancia, presente en todo el territorio —incluidos los remotos ribazos que daban al mar, allá abajo—, el emplazamiento de la ardorosa y humeante fábrica allá arriba no admitía discusión: la arcilla allí, además de ser la requerida para tejas y ladrillos, predominaba en el contexto mineral y a flor de tierra. Y parecía que la altísima y troncocónica chimenea del ingenio expulsaba con razonable orgullo la humareda contenta de sus calientes y tremendas hornadas. Porque aquella industria no tenía más servidumbre que la desgraciada escasez de agua en algunas épocas del año.

Allí estaba, pues, el tejar, que superaba ampliamente la tradicional presencia de los modestos y ancianos alfares, tanto de nuestra ciudad como de los pueblos colindantes, lugares la mayoría con subsuelos abundantes en arcillas. (¡Qué fantástico y bien hallado el horno de pan cocer que hubiera dispuesto a su alrededor harina tanta como arcilla quedaba a disposición del tejar! ¡Cuánta hambre habría borrado en su entorno de haber podido existir. ¡Y sin habérsela robado al pobre que la esperaba y merecía!). A la espaciosa explanada frente a las naves de la fábrica llegaban los pocos y destartalados camiones encargados de evacuar su producción, que formaba ordenados acúmulos predispuestos al traslado. De la primitiva y pol-

vorienta carretera, así como de los terrenos anejos, la fábrica se encontraba separada por una suerte de pared construida, asimismo, con tejas planas y no con piedra y mortero. Sólo un breve tramo de la cerca registraba cierta interrupción, encarada al Sur. Por dicha abertura —más bien parecía un desgarro accidental— se vertían al ligero declive de la explanada muchas toneladas de piezas que, por una u otra causa, no habían alcanzado el acabado apetecido. De su abundante e informe vertido acostumbraban algunos paisanos a coger para su aprovechamiento en modestas obras particulares. Picudos, distorsionados y endiabladamente ennegrecidos y requemados, aquellos desperdicios siempre podían servir para remiendos en alguna tapia o cobertizo de tejavana, tal vez para el arreglo de construcciones de poca envergadura y exigencia, algo como un gallinero... Nadie se metía con quienes se llevaban aquel material, gente que ni siquiera tenía que contar con la connivencia del capataz o los obreros. Lo más probable era que esa evacuación de restos —a casas de campo aisladas o modestas viviendas de la ciudad— resultara un alivio para el tejar. (Sin embargo, se había comentado en la ciudad que a dos vecinos suyos se les había impuesto una multa de cincuenta pesetas por infringir determinado artículo del Reglamento de Policía Minera y Metalúrgica por haber sido sorprendidos cargando arcilla en el terreno cercano a la fábrica. La autoridad gubernativa había sido inflexible). Otros vertidos importantes provenían del variopinto mundo de los obreros del humeante complejo cerámico. Llegado el imperioso aprieto de efectuar sus incontrolables deposiciones, se dirigían a los campos anejos buscando el amparo del arbolado y los arbustos o matorrales. Según sus preferencias —dictadas seguramente por el pudor de cada cual—, unos lo hacían tras el tronco del inmenso y frondoso algarrobo, otros se agachaban entre las aliagas próximas y pocos se alejaban algo más para instalarse a la espalda de los pinos más jóvenes, cuyas ramas rozaban el pedregoso y deslizante suelo de los menos inclinados taludes. Casi todos se tomaban más tiempo del que cabría esperar como necesario para la más procelosa de las descargas. Cuando de vuelta, y si se les reprochaba la desvergonzada tardanza, alegaban desarreglos intestinales..., sin que, en algunos casos, se tratara de mentiras. Referirse a estreñimientos insuperables era lo común, y también lo más aceptado como disculpa.

(Un hábito necesariamente generalizado entre ciertos campesinos era el concentrarse al alba en la concavidad acanalada de las herbosas acequias del riego rural y proceder en grupo de tres o cuatro deponentes a desahogo mañanero tan propio. Con el sol sin apuntar, y desde el tabernucho de la barriada huertana, donde se ingería el primer alcohol de la jornada y liábase el primero o segundo cigarro de papel, algunos iban causando baja ante el escueto mostrador o en las humildes sillas de las dos o tres mesas. Se aprovechaba la tesitura para, en cuclillas y el trasero al tenue resplandor de las últimas estrellas, comentarse las tareas previstas para la jornada, el destino de cada cual entre las distintas partidas agrícolas y, al

mismo tiempo, para comentar los últimos acontecimientos. Allí crecerían luego las imponentes y saludables matas de tomates cuyo fruto sorprendería a muchos en las húmedas umbrías de las viviendas hortelanas). Con relación a los periódicos y feroces estreñimientos, los desgraciados que habían salido vivos de los campos de concentración conocían la fulminante receta para ahorrarse impertinencia tan tediosa, y que, a buen seguro, procedía de la repetida ingestión de algarrobas y de higos chumbos..., cuando los había. "Después de comer de eso hay que beber mucha agua", recomendaban. Y no decían que a veces se entraba así en diarreas tempestuosamente fluviales y dolorosas...

En otras colonias generacionales, de niños y adolescentes varones, la referida ocupación no revestía el carácter de frustrante, seguramente porque a esas edades el cuerpo aventurero desarrollaba mucho ejercicio durante horas y horas. Estaba bien implantada la costumbre de acuclillarse colectivamente al socaire de márgenes y terraplenes para el imperativo del menester, y se hacía en animada cháchara. Si miraba uno en los sitios de la evacuación asamblearia, notaba enseguida con qué tenacidad, frecuencia y dedicación se hacía allí de vientre. También se advertía lo similares que eran las piedras a las usadas por los mayores en la clausura o culminación de la descarga. Aquella colectivización del acto parecía cosa de un imperativo de humildad, como si estuviera asumida, y nunca revisada, la fatalidad de todo bicho viviente de pasar por operación tan inexcusable, basta y deprimente. Efectuarla al unísono jamás podría conllevar pérdidas considerables en la intimidad individual. Además, los tiempos no estaban para rubores. ¿A qué ocultarlo?

No recuerdo si en mi ir y venir con el asunto de la arcilla tropecé alguna vez con alguien adulto dedicado a librarse de tales inconveniencias. Sólo en una ocasión quedé afectado por una visión entre desconcertante y diría que obscena. La desazón me duró algún tiempo... hasta que fue disipándose de la memoria. Desde el taller, ante cuyas corredizas puertas poníamos a secar los odres embadurnados con aquella gacha de greda, yo iniciaba mi marcha hacia la riba usando el atajo que cruzaba hacia la Carretera Nueva. Sendear por allí, además de cuidar dónde pisar, requería la habilidad de no topar con una compacta y agresiva población de chumberas, abstracción hecha de lo apetecible de sus frutos cuando maduros o casi, si bien desaparecían como por ensalmo. Al discurrir por aquella angostura, tanto al ir como al volver, aparte de arriesgarte a los graves rasguños de las palas, podías rodar peligrosamente al fondo del vertedero que quedara entre nuestra calle y el relleno que se practicó allí para el trazado de la carretera. Obviamente, regresar con el capazo lleno al hombro entrañaba un riesgo mayor. Por eso algunas veces desistía de usar el complicado aunque corto atajo y bordeaba por el Este el gran hoyo donde todo el mundo arrojaba escombros y desechos definitivos. (Había al pie de las chumberas un puro cadáver de automóvil, resto aún de tantas cosas abandonadas en la debacle de los vencidos republicanos, según se decía. Pero ni

siquiera podía uno ponerse al volante por la evidente posibilidad de que aquellos restos oxidados y retorcidos se precipitaran talud abajo dando tumbos. De aquellos restos nadie dijo nunca si sería de quienes salían huyendo de España en marzo del 39. Porque la gente no hablaba para nada de la guerra...).

En aquella mi ruta de la arcilla ya había tomado yo otra previsión inaplazable y claramente en mi defensa: a mi paso o carrerilla obligada por la cuesta final, algunas veces iba sometiendo las afiladas puntas de las piteras a un giro en bucle sobre sí mismas... hasta clavarlas en la dura carne de su limbo, y como suelen hacer los alacranes con su uña venenosa en cuanto se ven rodeados por el fuego. De aquel modo convertía yo en inofensivo mi tránsito por el declive final de semejantes andurriales. (Estas plantas, amarilidiáceas por más señas, habían marcado y mantenido un territorio bastante amplio, bordeando los desniveles y taludes hasta invadir los terrenos en declive encarados al Sur. Parecían aferradas allí con el nostálgico afán de otear a su parentela del norte africano por sobre el horizonte marino, según la posible elucubración poética de quien entonces destacaba como romántico... y mal informado sobre el origen de los susodichos agaves.

—¡En el norte africano estaba el Guerrero del Antifaz por primera vez en su vida!

—Sí, allí estaba con Fernando; estaba con sus amigos y nuevos aliados...

La existencia de un pozo en una finca aledaña, al pie del talud y a nivel del mar, propiciaba distintas cosechas anuales de hortalizas, con la radiante eminencia del maizal aunque sin arbolado. Sólo junto a la vivienda campesina y corral para el ganado cabrío se advertía la compañía perdurable de dos profundas y prolíficas higueras. Aun estando a quince o veinte pasos del oleaje, aquel era un huerto muy feraz y productivo. Una cerca de piedra y mortero lo separaba del camino costero que conducía al puerto. Corría un viñedo sobre el muro de piedra y mortero levantado contra el ribazo, que bien poco se apartaba de los agaves más osados e invasivos de la riba. Agaves. Así nombraban a las piteras algunos resabidos, como ya se ha dicho. Pero si acertaban en el nombre, ignoraban que los escapos florales de algunos individuos de aquella colonia vegetal no brotaban hasta veinticinco años después de nacida la planta. Eso nos lo había asegurado un día un personaje local ansioso de ser percibido como botánico autorizado. Era impensable que conociéramos esas particularidades de vegetal tan corriente creciendo en muchos parajes arcillosos. Pero, una vez sabido, guardábamos ese conocimiento para desarbolar a los que pretendían saber latín y mucha Gramática, un suponer, y que iban a colegio de pago de la ciudad. Queríamos ponerles en un brete al infligirles preguntas de aquella naturaleza. Lo del escapo o bohordo floral era impresionante —¡escapo floral, bohordo floral!—, y seguro que no lo sabían, y mucho menos a qué edad de la planta —porque aquello también era una planta— brotaban para

elevarse a poco menos de un decámetro lineal en poquito más de quince días por lo regular. Convenía tener guardadas algunas nociones peliagudas... porque ignorábamos si estos estudiantes significaban lo que la culta y escasísima latiniparla local les atribuía. (Dominar aquello del esternocleidomastoideo estaba ya muy visto y sobado, de modo que resultaba de mucho impacto afirmar que la alcachofa, un suponer, pertenecía al grupo de las yungladáceas o que una pulga era nada menos que un afaníptero o sifonáptero. ¡Ah, y también aquello del **Bombix moris** y lo de la **Ficus carica**! Si nos atrevíamos con algo más, podíamos soltar lo del **Tifus exantemático,** que no era sino el "piojo verde". Pero parecía más científico mentar el triángulo de **Tartaglia**, una extensión triangular de números que tenía mucho que ver con Newton y Pascal.., y que, como era de rigor, ninguno de nosotros sabía para qué podía servir.

—¡Me ha picado un sifonáptero!

—A mí eso no me extraña, con lo sucio que vas siempre.

La suciedad corporal. Aquella suciedad de años atrás la soportaba el personal incluso por carencia de agua para el aseo en más de media España y con las sequías. Y de ella había surgido la sarna. Contra esta miseria intentaban luchar los fármacos "Sarnical" y el llamado "Aceite Brujo", mientras que luego aparecía un producto suizo denominado DDT, reputado como muy eficiente. En cuanto a enfermedades más vergonzosas y en los varones adultos, éstos se medicaban con pomadas como el "Blenocol".

—O con "Aceite Inglés".

—¿Inglés con acento... o ingles con bichos en semejante parte?

En cuanto al exantemático, ¡qué tristeza la de ver a miles y miles de escolares, y a los huérfanos de Auxilio Social, todos ellos rapados al cero en aquella lucha contra semejante insecto! Ya en años anteriores, y la nación sin recursos alimenticios, los aliados decidirían mandar ayuda contra la hambruna, y según las conversaciones de Churchill con Roosevelt en uno de los casos. El primero sugería que el gran país americano enviara alimentos a España de un mes a otro y en tanto Franco mantuviera al país sin intervenir en favor de Alemania en su expansión europea. Pero esta cruel dosificación no llegaría a prolongarse, y habría muchas muertes por inanición. Más tarde comenzaron a llegar productos desde Argentina y Gran Bretaña: trigo canadiense, carne, algodón... De España saldrían miles de toneladas de naranjas, mercurio y... poca cosa más. Después, y cuando Franco envió la llamada División Azul al frente soviético en ayuda interesada a los ejércitos de Hitler, los referidos países volverían a privarnos de su ayuda... o a demorarla intencionadamente. El diario "Arriba" —editado cuando más abajo estaba el país en todo, salvo en represalias sobre los vencidos— se disparaba clamando contra aquellos que ponían zancadillas al gobierno de Franco, al tiempo que los germanófilos españoles

en general y los falangistas en particular creían a pies juntillas, y en vehemencia grave, que el Eje iba a derrotar a los países que ya comenzaban a perfilarse como aliados. ¡Y qué giro tan radical de Franco cuando Alemania se convirtió en aliada de la Unión Soviética! ¿Hacia dónde mirar entonces? Todos los males de España se atribuían a los comunistas soviéticos, que entonces luchaban codo con codo con la **Wehrmacht** para repartirse Polonia... Crímenes y más crímenes ensangrentaban Europa según la decisión de los tiránicos visionarios..., sin que la Historia contara con los adecuados camicaces que les borraran de la faz de la Tierra. Y al final de aquellos genocidios, Hitler y Eva Braun suicidados en el búnker de la Cancillería. Y Mussolini y Clara Petacci, colgados por los partisanos en Milán... Siempre tarde, y tan siempre, y sin evitar los millones de crímenes de lesa Humanidad...

LOS LIBROS COMO LOS CROMOS...

"Etimológicamente considerada, la palabra Geografía significa descripción de la Tierra, toda vez que este sentido resulta un poco lato..." Así empezaba el texto de esta asignatura, correspondiente al primer curso del Peritaje Mercantil, y con el agravante de que toda la materia geográfica de aquella carrera la reunía el dichoso volumen. En cinco cursos, únicamente volveríamos a recordarla a la luz de la Economía: los muchos países del mundo con sus producciones y yacimientos (¡) de minerales, tantísimos quintales métricos y toneladas de esto o aquello, las importaciones y las exportaciones. "Tierra" se escribía con te mayúscula cuando uno quería referirse a ella como planeta, lo cual era más que razonable, ya que los demás cuerpos celestes girando en torno al Sol tenían su propio nombre, Marte, por ejemplo, o Mercurio. Pero aquel libro de Geografía, nada más abrirlo, ya nos planteaba algo que era lato. "Un sentido un poco lato", decía aquel catedrático o doctor..., como si nosotros los estudiantes (¡) tuviéramos ya dieciocho o veinte años... y también un diccionario.

—Toda vez que... ¿qué?

"Lato" y "toda vez", de golpe para un ignorante de once años de aquéllos, de aquel tipo de años. Y enfrentados a más de doscientas páginas con que obtener el conocimiento geográfico del mundo. Con el sobresalto, además, de lo que aquellas expresiones pudieran significar, y que ningún alumno del reducido grupo llegaría a plantearse de viva voz ante el maestro. (Parecía como si una mente irónica, o cínica, hubiera perpetrado tales expresiones para sobrecoger a los muchachos pueblerinos... y puede que también al propio maestro). De los inocentes razonamientos de la escuela primaria, de textos con sólo esbozos de las cosas, algunos ingresábamos en una apabullante densidad de conceptos complicados o irreductibles. Pero el frenesí de tocar, hojear y hasta de oler el libro a cuya propiedad y uso accedíamos, aplazaba momentáneamente la percepción real de su cuantía como compendio a memorizar. Llegado a nuestras apresuradas manos todavía intonso, la intensidad de sus aromas de imprenta sacralizaba aún más su novedad ante nuestros sentidos, como si fuésemos a emprender una aventura no únicamente de aprendizaje. Quizá se debiera esto a que experimentábamos una sensación parecida, o igual, a la de cortar los tebeos que periódicamente daban cumplida cuenta de las peripecias de

nuestros héroes. De uno, al menos. Pero pronto se establecían diferencias esenciales: de la lección del día teníamos que responder ante el maestro, que nos la tomaba sin aplazamientos, bien que con pocas exigencias de precisión. Era evidente, incluso para nuestra conciencia, que él estaba de nuestra parte. Nos había conducido hasta el nivel inmediato anterior, luego de párvulos, y comprendía que, hasta unos meses más adelante, caminaríamos enmarañados en novedades imponentes, casi amazónicas. Para entonces, incluso las lecciones más a trasmano ya habían dejado de fomentar nuestra curiosidad, tal vez intuyendo que la fecha del examen en Alicante llegaría sin que hubiéramos alcanzado páginas tan remotas. Casi tanto, en cierto sentido, como los lejanos y exóticos países en ellas descritos. La vida seguía fluyendo, desde luego, y un añadido curioso lo suponía el esporádico planteamiento de comparaciones. Cuando, meses después, e inopinadamente, tomábamos algún libro de la recién superada escuela primaria, leíamos sus contenidos con melancólica curiosidad. Y también con benevolencia. ¿Cómo era posible que aquellos temas, tan breve como inocentemente planteados, nos hubieran supuesto tan serios problemas de aprehensión un año antes o así? Una sonrisa interior concluía en que todo era relativo. Aunque de esa constatación no inferíamos que lo mismo fuera a sucedernos con los textos de aquellos días y los futuros compendios.

—¿Y qué de aquellos dibujos?

—¡Ah, los dibujos aquellos...!

En los años previos a los nuevos conocimientos, las enciclopedias escolares al uso, anteriores a las "álvarez" en el tiempo, se expresaban muy escuetamente. (“Nada de un párrafo de gracias. Escuetamente gracias, como corresponde...”, etcétera). Aun quedando más distantes en cronología y niveles que los estudiados como preparatorio del ingreso en la carrera de Comercio, todavía tenían presencia en nuestra memoria: “Se llama horizonte a la línea que a nuestro alrededor divisamos en la lejanía y en la que parece que el cielo se junta con la tierra”. ("El mar y el cielo / se ven igual de azules / y en la distancia / parece que se unen...", cantaba por entonces Antonio Machín, aunque no en su escuela). Sobre esta definición comparecía un dibujo con la sabia distribución de los puntos cardinales, aparte de otros elementos en concurrencia que resolvían la propuesta didáctica basándose en la línea. La temática geográfica, como todas las relativas a las Humanidades, parecía requerir más de trazos sinuosos: el golfo, la isla, las montañas... y, sobre todo, ¡los istmos! En Geometría, la línea —una sucesión de puntos, se nos advertía— deambulaba por las páginas adoptando disposiciones rectas, quebradas o circulares, independientemente de que se contemplaran una, dos o tres dimensiones. Sería la misma sucesión de puntos aviniéndose a situaciones y propósitos diferentes y, por lo tanto, con ejemplar planteamiento de cierta economía de medios. Sugestionaba especialmente la serie dedicada a los poliedros regulares y la

descripción impresa de su desarrollo plano, pues sus caras disponían de las típicas pestañas de forma trapecial, igualitas a las que presentaban los recortables lúdicos de cartulina. Impregnando estos apéndices con pegamento tras doblarlos sobre sí por las líneas procesionales de guiones, sobrevenía el culminante y apoteósico cerramiento en volumen. Teníamos mucha experiencia, no configurando cuerpos geométricos —el maestro poseía un estuche lleno de modelados sólidos en madera de haya—, sino ensamblando casas, castillos o fantásticos destructores. Y también carros de combate con su artillado correspondiente, a los que, indefectiblemente, llamábamos tanques... No faltaban los soldados de todas las épocas de la Historia en disposición de ataque o defensa en las supuestas inmediaciones de un campo de batalla sembrado de jugosa e ingenua hierba... dibujada.

En la contraportada de algunos ejemplares de El Guerrero del Antifaz se anunciaban recortables de escogidos personajes de sus aventuras. “Una figura recortada —leíamos con la respiración en vilo, y muy ansiosos— se regalará a cambio de tres sobres vacíos".

—¿Para qué querrán tantos sobres vacíos?—preguntaba alguien sin pensárselo siquiera dos veces.

—Para cambiárselos al trapero por algo, ¿no?

—¡Por regaliz, pardiez, por regaliz!

Los sobres aquellos —reuniendo hasta cien, conseguías un álbum— contenían los cromos coleccionables, que eran 72. Adquirías cada sobre por tres céntimos, pidiéndolos en los kioscos de periódicos, según indicaba Editorial Valenciana. En el número 32 de la colección de El Guerrero del Antifaz —titulado “El sobrino del reyezuelo”, que era nada menos que Hamet Zénete— se anunciaban cinco series de aventuras de nuestro héroe en cromos: “El Guerrero del Antifaz”, "En los dominios de Alí-Licha”, “La marquesita de Peñarrosa", y también la titulada "Doble Suplantación”..., a la que seguía "Bujarrai el Cruel"...

—No.

—No, ¿qué?

—Que no eran cinco; eran seis. La colección número seis se llamaba “El Conde de Encinares”...

—¿De Encinares...? ¿Y quién era ése

—Pues no lo sé. No me acuerdo yo.

Tú entregabas los treinta sobres vacíos (¡) y recibías una figura del personaje apetecido perfilado en cartulina levemente rígida. Con varias de ellas —todas de moros y cristianos, naturalmente—, podíamos representar escenas de las aventuras que se iban publicando. No resultaba fácil recordar —incluso entonces el aspecto de Alí-Licha, y menos el del tal Burrajai, con la perturbación añadida de que se nos contaban acciones ajenas o exteriores a la serie configurada en los tebeos del propio

Guerrero del Antifaz. Eran aventuras del cristiano enmascarado totalmente inesperadas para nosotros, y a veces nos planteábamos algo así como una interpelación al héroe, quizá pidiéndole cuentas sobre lo que parecía infidelidad hacia sus seguidores. Porque, ¿cuándo se habían producido aquellos extraños y sorprendentes sucesos? ¿Entre qué situaciones de cuantas le sucedían año tras año y ante nuestros atentos y vigilantes ojos? La indagación se agotaba con sólo proponérsela uno mismo o comentar cosa tan rara con los amigos coleccionistas. ¡Y no digamos de las rápidas y fugaces escaramuzas del Guerrero, Fernando y sus otros amigos o aliados en los almanaques aparecidos por Navidad...!

"Gran éxito de los mejores almanaques infantiles para 1948: El Guerrero del Antifaz, Roberto Alcázar y Pedrín, El Pequeño Luchador, La Pandilla de los Siete, Almanaque de Jaimito, Almanaque de Locos". Así se anunciaba la serie de las publicaciones extraordinarias que sacaba la heroica editorial apenas insinuado el fin de año. Para entonces, el Guerrero ya había protagonizado la aventura titulada "El fin de una misión". En la página seis, justamente en la viñeta décima, que era la última, nuestro héroe se despide de los tres hermanos Kir, ya oficiales de la soldadesca de Aixa:

"—Hasta la vista, buen amigo —le dice Osmín—. Si alguna vez necesitas de nosotros...

"—Recuerda que somos tus mejores amigos—añadía Soleimán, que hablaba más bien poco.

"—Lo tendré presente. Adiós"— respondía lacónicamente el hijo del conde de Roca.

Ni los hermanos ni el guerrero enmascarado podían saber que poco después se encontrarían todos en el norte de África. Únicamente nosotros podíamos barruntar lo que iba a suceder, según estaban las cosas.

—¿Y cómo estaban?

Parecía claro que, habiendo venido de aquel continente geográfico el insólito hermano de Alí Kan, éste embarcaría con él, "toda vez que" en la península ya no poseía dominio alguno. Por consiguiente, esperábamos que el Guerrero del Antifaz llegara a saber el paso que daba entonces aquel moro que un día asesinara a su madre, la condesa de Roca. Tarde o temprano, sus vidas volverían a cruzarse. Y sus armas.

LA TARDE DE LA EXPLOSIÓN

La explosión la oímos todos, al tiempo que una despavorida y alborotada bandada de gorriones aumentaba nuestro sobresalto al sobrevolarnos en direcciones equívocas...para, finalmente, reingresar en el tupido y bondadoso cobijo arbóreo del chalé de Centella. Todavía titubeaban las aves buscando sitio para resguardarse y curarse del susto, cuando compañeros de mi facción localizaban la humareda delatora de la tremenda deflagración de la supuesta pólvora negra. Su nubecilla se disgregaba por sobre los ribazos, contra el tranquilo azul del mar de las seis y pico de la tarde. ¿Se habría escuchado también allá en el puerto? Algunas barcas de pesca ya habían rendido su recolección diaria, que estaría en los últimos estertores de plata mientras el atropellado vocerío de la rutinaria subasta cuajaba en adjudicaciones y tratos. (Buena parte de aquel pescado ya podría estarse cargando, caja a caja, en el camión de Lloret y Llinares para ser llevada a los pueblos de la montaña alicantina, sobre todo a Alcoy, Cocentaina, Muro y otras poblaciones cercanas como Benejama, Bocairente, Onteniente...). Algunas gaviotas repescaban en las removidas aguas de las perdurables estelas, para desaparecer luego inopinadamente en un santiamén. ¿Sabía alguien dónde dormían aquellas aves, titulares aéreos de un paraíso como aquel de la bahía?

Los que se acercaron, cautelosos e intrigados, al borde de **Les Ribetes**, aquella riba o ribazo de las nopaleras y los agaves, pronto localizaron el estrago inferido al muro agrícola cercano a la balsa de **El Sensal**. La familia del aparcero y él mismo observaban el destrozo todavía desde el caserío, mientras sus perros seguían ladrando frenéticamente, bien que uncidos al tronco de cualquier higuera o almendro de la finca y asumiendo la obligación de custodia que sus dueños, o los mismos enfiteutas, parecían esperar de ellos. En realidad, sus ladridos tenían la intensidad de su propio miedo, miedo al revelador conocimiento de que cosas como aquélla podían ocurrir... y repetirse. Por eso el nerviosismo con que se comportaban, alterados como nunca y con una insistencia que iba más allá de su actuación de oficio. También acudían al lugar —¿de dónde habían salido?— ciertos elementos de bandas ajenas a la nuestra, de lugares urbanos no inmediatos, y esto sucedía mientras algunos emitían un juicio concluyente: habían sido "los de la academia". Los de la academia —se decía regularmente, como acuñando un sambenito— siempre anda-

ban tramando algo que tenía que ver con las Ciencias Aplicadas. Con la Química aplicada, concretamente.

—Con la química inorgánica. No había más que fijarse en algunos de aquellos elementos, ¿verdad?

—Algunos de ellos eran gente aplicada y respetuosa, y algunas mañanas paseaban sus lecciones al sol con los profesores y a lo largo de la carretera.

La fisonomía de los anónimos causantes de la explosión rondaba por la mente de alejados testigos de la efímera humareda. "Seguramente —podían decirse los más despiertos—, leídas ciertas páginas del manual químico, han descubierto la pólvora: salitre, azufre y carbón vegetal mezclados en la proporción adecuada. Así han hecho saltar por los aires ese muro". En este caso, y seguramente como primer ejercicio llamativo de prácticas al aire libre, le había tocado al bancal que limitaba por la parte Sur con el de los limoneros. Éste, por la parte de arriba o Norte, corría paralelo a la carretera. (En el amable linde del oloroso limonar venían sentándose algunos estudiantes con los libros en la mano después de alguna que otra clase, y sin que varones y hembras se privasen de abrir un tebeo para releerlo a la sombra o al sol, según la estación. Y este ejercicio a plena luz del día nada tenía que ver con lo que acontecía por las tardes en los mismos terrenos o en sus proximidades. Las actividades de las tardes eran de otra naturaleza, y distintos los protagonistas, por lo cual el escenario seguía predispuesto a dos tipos de actuaciones: apacible y presuntamente docta la mañanera, y violenta y casi iletrada la vespertina. En esa segunda parte del día, y al otro lado de la modesta carretera de balasto apisonado —revuelto en pequeñas áreas—, había que ver con qué energía, afición y diversidad eran ocupados los bancales que daban a la espalda Sur de la calle principal, también al dorso del chalé de Centella. Entre esos bancales, más altos que los que se sucedían por la derecha hacia Levante y siguiendo la carretera, había un terreno inculto o en barbecho a ras de ésta. Un camión había vertido en él y en diversos viajes —nadie sabía con qué propósito— una verdadera montaña de algas, una auténtica hermosura de ese elemento playero, e inopinadamente. ¿Para elaborar abono, quizá...? Desde la terraza agrícola de superior nivel —aquél en que pastaba habitualmente una cabra amiga—, se saltaba sobre las algas tomando carrerilla, cayendo uno sobre la supuesta blandura de aquella húmeda masa, tan salitrosa y de fuerte olor a yodo. La pandilla de los varones disfrutaba de lo lindo volando hacia tan generosa acogida, aunque las algas les aportaban adherencias molestas que luego originarían la picazón correspondiente. Una variante de aquella diversión tenía que ser la de arrojarse recíprocamente violentos puñados de semejante material. Pero no tardaban en aparecer heridos que gritaban su dolor amargamente, la mano en el chichón de la frente o sobre un ojo: al agarrar puñados de algas, no se advertía que en su interior viajaban piedras playeras, algunas de respetable en-

tidad. Los malheridos ya no tenían entusiasmo alguno por continuar con aquella batalla, y quienes persistían en sus disparos —nada que ver con las bolas de nieve— se cuidaban de averiguar que sus proyectiles no contuvieran el ánima pétrea que originaba los inesperados descalabros... ¡Una lástima, porque allí había guerra para rato, perfectamente inagotable! Pero la precaución para con los cantos rodados aminoraba el fragor deseado y debilitaba la portentosa diversión... ¡Qué pocas cosas resultaban perfectas!

¿Y la explosión...? Valiéndose los académicos, pues, del amparo ofrecido por las hostiles e inexpresivas chumberas y de su complicada maraña, se habrían acercado sigilosamente al objetivo, que caía a pocos metros de aquellas solitarias viviendas campesinas. (El trazado de la carretera las dejó a su derecha según se miraba a Levante, extendidos hasta la misma la playa los bancales de cultivos, escalonados y de excelente suelo agrícola. Al borde de la carretera había quedado enterrada por sobre su cruz —la dejó así el rellenado de aquella depresión abancalada— una higuera verdal portentosa y muy productiva, y algunos obtenían de ella suntuosos y azucaradísimos higos a mediados de septiembre). Enceder la mecha un par de estudiantes y correr toda su pandilla por las anfractuosidades de los declives debió de ser una misma cosa, de modo que, para los consabidos rufianes, el día lectivo había alcanzado un colofón espléndido... Espléndido, una vez superado su propio terror. No se podía negar el éxito de la operación, y, como nada desdeñable añadidura, aún quedaba el miedo cerval inferido a los estúpidos canes, los mismos que jamás les permitían —llegado el septiembre sazonador— alcanzar las ramas de las higueras casi del patio campesino. O del almez. La contraposición de dos miedos habituales había perdido, seguramente, su acostumbrada reciprocidad. Se inclinaba la balanza a favor de los "académicos", que no estaban atados a ningún árbol, y que eran, por lo agrestes, escasamente afines a los peripatéticos del **rosa-rosae**, dicho sea de paso. (Nadie de nosotros comentó el suceso del ribazo en su aspecto premonitorio, pues nuestra inteligencia recibía pocos estímulos imaginativos: no nos dimos cuenta de que la fantástica explosión venía a coincidir con el uso profuso de la pólvora en las embarcaciones de guerra que el Guerrero del Antifaz estaba ya frecuentando con su aventura en el mar y las costas africanas... ¡La pólvora en El Guerrero del Antifaz! La misma que ya se empleaba —y de los chinos, ¿qué?—, según se había dicho, en el cerco puesto a Granada por las huestes de los Reyes Católicos...).

—Un ribazo —se explayaba uno, doctoralmente— es también un declive: y lo mismo viene a ser un ribazo que una riba...

—¡Ribaespaña!

—¡Riba!

—"Cara al sol, con la camis..."

Después del sugerente acontecimiento de la explosión, en los diferentes y fronterizos territorios de juego, el personal había vuelto a lo suyo, perfeccionando, si cabía, el uso de los puñados de alga, que a veces podía requerir ambas manos de quien los lanzaba a la cara del vecino en la vociferante trifulca. Al tiempo que esto sucedía, los municipales establecían contacto con los inquietos y cuitados aparceros de la finca del ribazo. Estuvieron allí calibrando los destrozos habidos, que luego cuantificarían en su informe. Poco después se fueron sin que se les advirtiera gesto calificador alguno, en tanto nosotros, con lo del alga implacable y traidora, les mirábamos de reojo. Más que nada por si el jefe volvía la vista, su penetrante y acerada vista, hacia aquel nuestro eventual campo de batalla. Del grado de sagacidad de aquellos funcionarios, de su sólida discreción y silencio dependía tal vez que hubiera o no más explosiones. Esas condiciones se las reconocía todo el mundo al jefe, cosa que no se podía predicar del número Protasio, que se limitaba a seguir a este superior con manifiesta y gustosa fidelidad. Y tan pasivamente.

De explosiones como la de aquella gloriosa tarde no habría más, pero sí de las otras. Y se deberían al probado ingenio de unos pocos de nosotros, si bien esas explosiones distaban mucho de resultar mínimamente clamorosas. Cuando hurgábamos en los montones de desechos del taller mecánico y del eléctrico por conseguir algún material que cambiar al trapero —"¡Arre, Vaselina"!—, no era raro toparnos con piedras de carburo..., aunque habíamos removido aquellos desperdicios en busca ilusionada de fragmentos de hilo de cobre y pizcas de plomo o latón. Con el carburo a la vista, apartábamos sus todavía húmedos terrones, de un blanco azulado, con el ánimo de dejarlos a buen recaudo envueltos en un papel. Conocíamos bien su comportamiento, que bastaba para lo que de él esperábamos, recurriendo a ese pequeño tesoro en momentos de atonía insuperable para emprender aventuras más heroicas. Cuando dobrevenían esos instantes bobos, absurdamente vacíos de beligerancias, íbamos en su busca. Extraído del escondite en los huecos de algún muro de piedra seca —a cuya disimulada grieta dábamos el nombre de "mina"—, enseguida nos poníamos a lo requerido. Buscábamos un bote para disponer de un poco de agua, y otro más ancho que alto —de los de conserva cárnica, probablemente, y tan teórica—, de modo que ya sólo faltaba encontrar un clavo para horadar por su base al segundo bote. Con todo esto a nuestra disposición, practicábase un pequeño hoyo en el terroso suelo del sitio elegido.

—Un hoyo como éste también se llama "bote".

—Pues si hacemos dos, se dirá "rebote".

Se vertía el agua en el hoyo, se depositaba en ella el carburo y cubríase con el bote pequeño y agujereado lo que era ya animada ebullición. Sin perder un segundo, rodeábase con tierra el perímetro básico del cacharro que cubría lo que ya era

una animada disolución... y se aplicaba una cerilla encendida al fluido que surgía por el orificio de esa lata, única salida del gas de carburo de calcio. Acercar la llama y echarse todos atrás tenía que ser algo precavidamente simultáneo, de elástica rapidez: la explosión consiguiente disparaba el bote hacia los cielos con increíble y admirable violencia, y, de no cuidarse el "ingeniero" que aportaba la llama, podía recibir en la cara el impacto del alocado bote. Ocasiones había en que, por no disponer de agua para la "receta", pues bueno, se recurría a la magnanimidad del voluntario de turno: al fin y al cabo, al carburo no parecía importarle gran cosa el reacccionar con la ardorosa y casi humeante orina de aquel espontáneo benefactor del arte de la balística. El sueño eterno del ser humano seguía siendo superar el nivel físico de las miserias y adversidades. Si no levitar, sí, al menos, volar. O hacer volar las cosas en su defecto: hacer que se elevaran sobre las demás. De ahí, posiblemente, el contumaz ejercicio de trepar a las ramas más altas de los almendros o de las higueras y demás arbolado del medio. También sobre cualquier arbusto consistente, más o menos florido, a dos palmos escasos del suelo. Instalados unos minutos en tan dudosa elevación, la resignada contribución del vegetal parecía conferirnos la intensidad heroica de alturas más deseables. Y si aquella forzada estabilidad no duraba, entonces salíamos con la especie de que lo único que pretendíamos era practicar equilibrios con el estímulo o ingrediente lúdico de la dificultad. Se trataba, seguramente, de no estarse quietos.

De igual modo, el disponer de cerillas en el fondo insondable de los bolsillos del pantalón —¡cuán sobrecogedoras las reservas de ínfimos objetos en tan intrincadas simas!— dotaba a su poseedor de una maniobrabilidad clamorosa, creando a su alrededor un mar de expectativas. Su potencial de convocatoria se multiplicaba milagrosamente. Todo parecía posible poseyendo una cajetilla de mixtos: desde levantar una hoguera descomunal con materiales recogidos en bancales, rincones y vertederos al uso, hasta prender canutos de pasionaria y chupar, chupar, como si de un cigarro de papel se tratara. O aplastar las cabezas de aquellos fósforos con una piedra para obtener fugaces y divertidas deflagraciones... Después, cuando agotadas las existencias, siempre quedaba el cromo (¡!) que ostentaba la cajetilla, de tan ruin cartulina. Recortado éste cuidadosamente, con los dedos, pasaba a engrosar —¿cómo era posible?— el exuberante contenido de bolsillos donde se guardaban, además, decenas de manoseadas estampas. Si alguna vez se procedía a vaciarlos, y bien escrutado el increíble acúmulo de cosas nimias allí concentradas, incluso el mismo propietario tenía serias dudas sobre el destino concreto que había pensado dar a muchas de aquellas cosas: tornillos, hilo de empalomar, fragmentos filiformes de cobre, restos leñosos de antigua regaliz, emblemas petitorios de Auxilio Social... y botones de todos los colores, formas, tamaños y materiales para el estrepitoso

fútbol de mesa... Ese propietario quizá ignorara —lo más seguro— cómo, cuándo, por qué y para qué había ido reuniendo semejante gatuperio,

—¿Y para qué guardas tanta porquería?

—¡...!

(El Miau Salomón tampoco podría responder a semejante pregunta o ultimátum, que eso era lo que quería darle a entender su hijo mayor cuando le encontraba extasiado ante los promiscuos y pintorescos objetos que el cantero solía coleccionar y colgar en las paredes de su cámara allá en la barriada de Poniente. Porque su mujer ya hacía unos cuantos años que había desistido de reprocharle el acarreo y singularización de trastos tan agresivos...).

A veces, nuestra capacidad creativa (¡) ascendía a excelsos niveles de finura, y terminábamos ante otra serie de materias primas, a saber: hilo de cáñamo —mucho hilo, mucho—, unos metros de cuerda de esparto, engrudo, papel de periódico, trapos y... unas cañas.

—Cañas ligeras pero resistentes.

—Cañas de ésas para la cometa.

Reunidos esos materiales, nos apostábamos en la planura del bancal que desde los ribazos se extendía hasta el algarrobo de los gitanos, que era el linde con al carretera y el terraplén donde volcara la camioneta del turrón... En ese terreno, ancho, largo y uniformemente llano —hasta que se le cavaron grandes zanjas para dos edificios— se podía captar muy bien el viento de Levante. El viento de Levante alzaba rápidamente la cometa, que subía enloquecida y, al parecer, más que contenta. Los materiales adecuados, convertidos en ilusionante cometa, se subían a lo alto de la tarde... Constituyendo ya una entidad operativa, parecía desentenderse de su parentesco con materias deleznables y sobrantes, elevándose, además, para poder verlo todo desde alturas supremas y con sus ojos de colorines; a veces, de simple periódico patriotero. Allá arriba estaba, como una cara loca y más bien falta de expresión, equilibrada por una cola que fijaba su semblante geométrico a la incidencia del viento. El jolgorio de la aventura acrecentaba nuestras ansias de elevarnos hasta allí para mirar detenidamente el plano de la ciudad, escrutarla y saber de toda ella en milagrosa simultaneidad. Aparte, y todo hay que decirlo, hubo un día una cometa que todos creíamos imposible. De forma pentagonal y de atrevida envergadura —¿cómo iba a elevarse aquel artefacto?—, la sostuvo el tipo más alto y corpulento del vecindario, una cabeza a pájaros que a veces resultaba genial. Cientos y cientos de metros de hilo permitirían que aquello se elevara ante toda la chiquillería disponible... Y subió al tercer o cuarto intento. ¡Qué silencio contemplándola incluso las personas mayores, y qué sublime y compartida sensación de victoria! Pero luego, media hora o así después, se rompía el hilo... ¡se rompía!

Y días después alguien se encontraba la apabullante cometa, muerta y aparatosamente estrellada, sobre un lejano almendro en las proximidades del cementerio, a Poniente. Había ido de cara al suelo a una distancia que rebasaba más que holgadamente los dos kilómetros de su lugar de partida. ¡Aquella cometa! ¿Cuánta gente, alucinada y boquiabierta, habría seguido su vuelo y contemplado su desaparición en el cielo... para ir a matarse luego sobre aquel secanal...?

LA CERCANÍA DEL HÉROE

¿Habría alguien de los nuestros con capacidad suficiente para asumir los distingos señalados por el artículo dicho determinado y... por el otro? "**El**: artículo determinado, masculino, singular; **la**: artículo determinado, femenino, singular". Plantearse la construcción de **una** cometa y hacerla volar —si no, ¿para qué?— exigía contar con materiales distintos a los exigidos para diseñar **un** cometa. Esta proposición no era tan gratuita como se pudiera pensar..., si se preguntaba uno qué grado de relación encontrábamos entre las enseñanzas escolares de la época y su aplicación cotidiana a la vida. Porque la siempre excluyente determinación de los artículos gramáticos concordaba con la realidad física de las cosas, animales y personas. Por ello, al proponerse uno iluminar la moldeada, cocida y pintada arcilla de los Reyes Magos del belén mediante su ineludible estrella, el masculino singular reclamaba disponibilidad de cartulina y papel de plata. Que era como llamábamos al de estaño.

—¿Estaño de estañar y restañar cacerolas, pucheros y cazos?

—No; estaño de envolver cosas.

—Papel de plata, ¿verdad?

—De plata que caga la gata.

—¿Qué gata?

(Los "técnicos" de la explosión de **Les Ribetes**, "ahora en paradero desconocido pero ya aparecerán", seguro que se hubieran atrevido a producirse más científicamente. Ellos —como algunos de nosotros dos años después— invocarían la Tabla de Mendeleiev y del elemento de la casilla número cincuenta, que todo eso aún lo teníamos vedado los recién salidos de la primaria).

Otro caso en que los artículos de la oración gramatical podían dramatizar o desdramatizar la presión decisoria de la circunstancia era aquél en que el colectivo solidario se enfrentaba a una adquisición mediante compra. Aunque la propiedad del dinero ocasional la detentara un solo individuo merced a una donación de un su tío o de la abuela, —paterna o materna—, el grupo podía disfrutar subsidiariamente de ese poder o capacidad adquisitiva, puesto que en otros casos algunos estábamos dispuestos a compartir el dinero que cayera en nuestras ávidas manos. Otras veces, la mágica posesión de un dinero se debía a un clamoroso y sin em-

bargo disimulado hallazgo: alguien con sobrehumana capacidad selectiva o escrutadora en sus avispados ojos —¿quién no miraba continuamente el suelo callejero por si encontraba algo de provecho?— se había tropezado con un deteriorado y sucísimo billete de dos pesetas entre las florecientes boñigas de la calle principal. Comunicado el hecho, **sotto voce**, a la tribu, o a la ocasional representación de ella, se armaba un revuelo delirante, no había para menos. ¡Dos pesetas de papel! Enseguida, y como impelidos y orientados por una insalivación incontrolable, se galopaba hacia el áureo fulgor de los dátiles en venta.

—¡Dàtils del corbo!

Así pregonaba, de vez en cuando, el datilero, sin dejar de hacer pesadas a sus hambrientos y ateridos clientes, librándoles cucuruchos con envidiable maestría. A esas horas de la tarde invernal, la famélica tropa que liberaban las ruedas de la hilatura del cáñamo en los talleres se atropellaba ante el despacho de los azucarados frutos... en aquella calle que un día remoto se llamó Nueva. Llegaban los niños, aquellos parias, encogidos y compactos por el frío del anochecer; venían cansados, hambrientos de muchas horas, denostados a diario... y contentos (¡). Contentos de haber salido a la libertad, aunque sólo fuera por unas horas. Algunos, con los céntimos de cobre en el nidal apretado del puño —fisuras en la sucia piel de las manos, esencialmente sucias—, incluso cantaban, inevitablemente hostigada su cantinela por el escalofrío de la hambruna, aquella doliente acumulación que sólo el instinto de supervivencia mitigaba. Durante la miserable jornada al aire libre haciendo girar la rueda con sus manos para imprimir la debida torsión a la fibra que soltaban de su cintura los hiladores —de todas las edades—, habían reunido frío invernal bastante como para caminar hacia la aleatoria nutrición vespertina con mayor energía que la que su voluntad pudiera depararles. Caminaban corriendo, impelidos como por una mano gélida, un empellón amigo y continuado. El frío promovía en sus breves y cortados labios la alacridad de quien ya sabe administrarse la alegría de regresar a casa y saborear por adelantado, si no un abundante plato de caliente, sí al menos la condición de libertad provisional. Y, una vez con el cucurucho de papel de estraza lleno del empalagoso y melífluo producto —eso se suponía, abstracción hecha de su dudosa calidad—, sus dedos acometían maquinalmente el nervioso y acelerado trasiego de las unidades dactilares a la predispuesta y acuosa boca. Así reanudaban la marcha de vuelta a casa, escupiendo los huesos del fruto cual aquellas locuaces ametralladoras en las películas del último colonialismo inglés. No parecía, ciertamente, que tuvieran algo que ver con los muchachos de su misma edad con que se cruzaban en la calle y que apenas hacía una hora habían abandonado el recinto escolar. Aunque algunos de aquellos tiernos obreros de los talleres de hilados iban a las clases nocturnas impartidas por esforzados maestros de escuela. (Uno de éstos, de infinita bondad y dedicación a la enseñanza, Don Roque, representaba el socorrido puerto de atraque de muchos de aquellos desheredados de la fortuna, a

quienes preparaba intensamente en las materias básicas de la enseñanza. Un hombre extraordinario por su didáctica y entrega a muchachos que sobrevivían casi como él mismo, con las miserias y depuraciones políticas que el franquismo había repartido por todo el territorio sin ánimo conocido de escuchar las verdades y las apelaciones honestas, porque se trataba de exterminar a los no adheridos...).

Unos y otros chicos pertenecían a mundos, si no contrapuestos, sí con rabiosas y evidentes diferencias, y eso aun nacidos y empadronados en el mismo municipio. Igualados casi por la intensidad del hambre promovida por la autarquía franquista, a aquellas horas de la tarde se convertían en sembradores inconscientes de las leñosas semillas del dátil que, allá en la próxima primavera, sorprenderían de espadas testimoniales a todo el mundo, bien en los terrosos laterales de las calles, bien en solares y descampados. La dureza de aquel hueso devendría blanda pulpa que comer (¡) en el equinoccio de la estación seminal. Su secreto dulzor estaba en el olvidadizo conocimiento de algunos, si bien su evidencia de azúcar se nos revelaba a algunos de improviso cuando el reloj biológico llamaba a desenterrar su incipiente tallo en estipe de entre nuestros polvorientos y resecos pies. Y era entonces cuando, merced a una escueta y mañosa labor de las sabias uñas —tan rematadamente astilladas y sucias—, hallábamos aquella especie de oruga vegetal de dulce textura anular. Operación más parecida a una indagación científica que a la búsqueda resolutiva y parcial del hambre. Y que a veces se aplicaba también a las ceborrinchas o cebollas silvestres que se revelaban entre las hierbas más humildes de nuestra demarcación.

—**¡Dàtils del corbo**! —volvía a pregonar el ilicitano, los hombros entre los espléndidos racimos amarillos —como entre lámparas encendidas— surgidos de la bella **Phoenix dactylífera** y en su previa maduración. Tras el próvido mostrador repleto de luminosos corbos de esparto conteniendo distintas calidades y tamaños del fruto, ahora nos interrogaba con sus ojos. Y teníamos que espetar al compañero depositario casi con brusco empujón:

—¡Tú, saca las dos pesetas, hombre!

Y éste, como saliendo de su pasajero éxtasis ante la oferta frutal, disparaba precipitadamente:

—¡Dos pesetas de dátiles, dos!

"Las dos pesetas". Regía una diferencia esencial entre la posibilidad real de sacar las dos —porque no hubiera más que ésas, ¡y gracias!— y el feliz imperativo de poder decir "saca dos pesetas" (de entre las otras que tienes)... Como siempre, el artículo gramático presentaba con capacidad inexorable. Pero no había tiempo para entrar en rigores filosóficos. El apetito ladraba impaciente, alocado, como los canes ante la explosión aquella de los ribazos. Ante el puesto de los dátiles, o cuando

se daban ciertas ensoñaciones, uno quería imaginarse dos o tres capirotes de los de Semana Santa llenos a rebosar de aquella delicia del fruto. (Andábamos prendados en otoño alrededor de granados y palmeras. Cuando atardecía, nuestra tenaz contemplación de las altísimos dátiles de **La Barbera** llegaba incluso a implantarnos cierto dolor en la nuca. Insistíamos en calcular lo accesible del fruto, y al atardecer, porque estaba comprobado que en hora crepuscular la vigilancia del mediero era más débil. Ya pertrechados con piedras que lanzar a la altura, mirábamos el arracimado y amarillo fruto por si nuestros proyectiles eran capaces de derribar alguna unidad de su precioso agregado. No obstante ser tan incómoda la impulsión de aquella piedra hacia lo alto y con la adecuada fuerza, a veces se conseguía la caída ilusionante de algún que otro dátil. Pero la febril insistencia con que practicábamos aquello nos distraía lo suficiente como para que, de súbito, oyéramos cerca el vozarrón del campesino. Venía casi corriendo hacía nuestra pandilla por entre las palmeras y con el ímpetu propio de quien está más que harto de tanta chiquillería apedreando el arbolado. Escapábamos alocadamente entonces... y por unos días dejábamos de incordiar. Ya adolescentes, algunos nos sentiríamos arrepentidos de tales fechorías, lamentando haber excitado tan cruelmente al más que desesperado campesino. Pero la cosa, como otras de nuestra autoría, ya no tenían remedio. Y lo mismo podían pensar los cientos de chiquillos que a diario incidían en los frutales del término ante la desesperación de sus dueños o de los aparceros...).

* * *

Siguiendo durante varios días tras la pista de Alí Kan y su gente, agrupados éstos con Yeir Kan y sus feroces corsarios, el Guerrero del Antifaz y Fernando llegan a un pueblecito costero de Alicante y encuentran señales de violencia que les hacen sospechar que ha sido saqueado recientemente.

"—¡Algo ha pasado aquí, Fernando! Las puertas y ventanas están bien atrancadas y se respira a humo".

Estábamos todos en el número 66, "El Pirata Negro", y nuestros héroes aparecían enseguida a bordo de naves cristianas persiguiendo a la flota de Yeir Kan. (No resultaba muy proporcionado que, en unos minutos, la propuesta de la portada —un pirata y ¡Negro!— fuera a presentarse en alta mar y ante el Guerrero al poco de partir nuestro héroe de una aldea de la costa alicantina. Pero así ocurría al volver una página... ¡Qué pronto y con qué decisión había cambiado todo! Pequeño pueblo alicantino del litoral... y lucha sobre una galera con un jefe pirata, tan extraño y arrogante. ¡Dos mundos tan distintos en unas pocas viñetas...!) Hacía poco que Yeir Kan había secuestrado a la hija del señor del lugar, Marqués de Peñaflor, y se la llevaba al África con otras muchachas cristianas. Las pistas que

guiaron a nuestros amigos hasta aquel punto de la costa alicantina bien pudieron dárselas trajinantes mudéjares en sus desplazamientos desde poblaciones aledañas a Valencia y camino de alquerías y lugarejos donde vendían y compraban productos elaborados, muchas veces materia prima para sus ocupaciones artesanales. La población mudéjar valenciana, que contaba con el permiso del **batle** comarcal para sus desplazamientos mercantiles, o de relación familiar, tenía el buen trato y amistad de la mayoría laboral cristiana, así como de sus comerciantes. Aquellos humanos transitaban los caminos y senderos del territorio con sus bestias de carga y conocía palmo a palmo todos los rincones, tanto del litoral como de las montañas próximas. Y se prestaban de buena gana, y en la mayoría de los casos, a dar la información de que disponían. (Otros musulmanes, aun aparentando colaborar y ser sumisos, formaban parte de la "quinta columna", facción dispersa y colaboradora con los moros del Norte de África, y con los mismos piratas...).

Nuestros amigos correrían innumerables aventuras enfrentados a enemigos desconocidos. El número 64 de la serie, "El Corsario", ya adelantaba en su atrayente contraportada títulos tan sugerentes como "En la Fortaleza de Yeir Kan", "Perseguidos", "La Ayuda de Yusuf" y "El Fracaso de Yeir Kan"... (Parecía un sino familiar esto del fracaso, visto lo de Alí en España).

Entre masas boscosas de tranquilas palmeras, colonias de pitas y profusas chumberas al borde de serranías ocres y desiertos de ardorosas arenas, las acciones del Guerrero del Antifaz y Fernando dieron pie al genial Manuel Gago —ya sabíamos que la eme de su firma correspondía a ese nombre de pila— para obtener altísimas cotas como dibujante. La colección se enriquecía con argumentos y figuras humanas de espectaculares movimientos en los que los personajes, hombres y mujeres, parecían capaces de desbordar la acotación de las viñetas; y no era raro que a veces nos quedáramos suspensos un instante ante semejante excelencia. Eran momentos en que la mirada quedaba apresada por algo indefinible, absorta frente a una especie de extraña lejanía...tal vez por la admirada reflexión frente a escenas tan grandiosas. Aquella nuestra fijación impulsaba a volver luego sobre lo ya visto y leído, y era entonces cuando, en más de una ocasión, cobraba evidencia el rectángulo de la viñeta y en abstracción de la dibujada peripecia que contenía. Se adquiría una sensación difícil de explicar, igual que la recibida ocasionalmente en la cómplice oscuridad de la sala cinematográfica: súbitamente, estaba presente el resto del local aun con la acción aventurera restallando en la pantalla. Se hacían presentes las recogidas cortinas del escenario, los palcos en los laterales, la uralita envejecida de la techumbre, la nuca del espectador de delante..., recayendo uno en la realidad atosigante y barata, la que se había dejado atrás nada más iniciada la proyección de la cinta. En aquella suerte de sutiles abstracciones, la viñeta del tebeo —poniendo lindes a la acción— suponía algo parecido en su condición instrumental. Percibirla, tan explícita, implicaba la cruda advertencia de todo lo ingrato y exterior al

dibujo y sus parlamentos... No obstante aquella discriminación de los elementos de soporte, tan inopinado tropiezo con su línea poligonal cerrada me daba la primera aproximación a una de mis ansiedades más recurrentes: la de tomar el papel de barbas, trazarle espacios acotados... y poblarlos de seres aventureros en acción. Era una época en que el Guerrero optaba por expediciones que podían disuadirnos de seguirle incondicionalmente, no obstante comprender nosotros que se sentía obligado por su misión. Simultáneamente, determinadas señales antes no recibidas avisaban de que pisábamos una zona sentimental en la que se abrían expectativas difíciles de torear. Aquella percepción del entorno proponía inclinaciones y fidelidades hasta entonces quizá superadas o ni siquiera convertidas en alternativa...

—Mira, allí viene tu novia.

—¡Cómo que mi novia!

—¡Claro que ésa es tu novia!

—¡Pues ahora me entero!

Después de implicarnos, o ser implicados, en certidumbres de aquel jaez y de creernos a salvo de ellas merced a estímulos y negaciones patéticamente ineficaces; después de someternos a la depuración de fragorosas batallas o de extravagantes y rocambolescos partidos de fútbol, cada cual se creía libre, nuevamente, de vinculaciones como aquéllas de la pretendida novia. Y si no resultaba así del todo, al menos quedaba aplazada la involuntaria exhibición del sonrojo. Además, el Guerrero siempre andaba cerca de captarnos otra vez y reducir o anular nuestra inclinación a la inconstancia. Y era en esa situación cuando le veíamos acometer tratos caballerescos con musulmanes y otras gentes, sellando alianzas de noble correspondencia en las que nunca se excluía a nadie por razón de su religión, raza o condición social. También se advertía la congruencia con que actuaban todos y cada uno de los personajes que se cruzaban con él. De modo que así se reforzaba la verosimilitud de todo aquel estrépito aventurero. Lo cual fortalecía nuestros argumentos contra quienes, casi a traición, procedían a banalizar las cosas del cristiano del antifaz.

—¿Y dónde podía estar este castillo? —se preguntaba uno que también releía aquel tebeo. —¿El de tu tío?

—No, el castillo este del marqués de Peñaflor.

Habíamos mirado y remirado el pueblecito alicantino de la costa, el dibujado. Las casucas, las callejuelas, su iglesia, los botes de pesca y sus voluntariosas redes y remos. Los lugareños andaban abrumados, y un par de perros que entre ellos andurreaban comparecían evidentemente asustados, quimerosos y alerta. Pero lo que veíamos en aquella aldea marinera no contenía indicio alguno que nos permitiera localizar aquel sitio en el mapa, y echábamos de menos otros elementos de situación que pudieran avecinarlo a nuestra demarcación.

Para subir al castillo, el Guerrero y Fernando dejaban atrás el pueblito y se adentraban en las leves montañas, si bien ya con la minuciosa información de los aldeanos sobre todo lo ocurrido allí. Parajes como aquellos no eran definitivamente desconocidos para nosotros, además de la curiosa inclinación de Gago a situar ciertas acciones en núcleos de pescadores, o de campesinos, en aldeas alicantinas de la costa. Con ello aún nos sugestionaba más intensamente. Proporcionaba sugerencias nada fútiles a nuestra edad, una pauta intelectual y volitiva en que confluían realidades insoslayables y deseos difíciles de admitir o reconocer. Pero, al cabo, se caía en la cuenta de que África quedaba muy a mano para los navíos que se dirigían a su agitado y peligroso norte ribereño. A más del constante ir y venir de musulmanes en naos cargadas, bien de productos acabados, bien de materias primas. Y lo mismo pasaba, en aquel trasiego mercantil, con los naturales del reino de Valencia, sin que piratas y corsarios de ambas riberas se excluyeran de tráfico tan ajetreado y sustancioso, en el cual no se descartaban presas en lides de "buena guerra" por permitidas por los señores de los feudos cristianos y el monarca. (En la historia antigua de nuestra ciudad —según la erudición local—, nuestros corsarios también habían protagonizado rudos y eficaces apresamientos de moros, que luego se vendían como esclavos a gente con posibles. Una situación que llegaría en su tozuda vigencia hasta mediado el siglo XVIII, como mínimo).

Respecto a la localización de ciertos movimientos de armas en nuestra banda costera, hubiera sido ya el delirio que el relato aventurero del tebeo incluyera réplicas dibujadas del **Puigcampana**, por poner un ejemplo de la orografía en que deseábamos estuviera el castillo roquero del marqués. Una espectacular singularidad como la de esta montaña nuestra —única en la comarca y seguramente en el resto de la península hispánica— no pasaba desapercibida para nadie que tuviera ojos en la cara. Algunos sosteníamos que el bravío perfil de aquel **puig** insólito tenía mucho de eme mayúscula, aunque siempre con trazo más caligráfico que el de la imprenta. Y tal vez imaginábamos que, en tiempos remotísimos, una poderosa mano de gigante había esculpido eminencia roquiza tan impresionante..., aunque la gente sabía —porque se había afirmado miles de veces— que el mundo había surgido de la nada más absoluta en virtud de un deseo de Dios Todopoderoso.

—Por eso —murmuraban a nuestro lado los guardianes de la ortodoxia—, nada se debe a la casualidad, sino a la voluntad del Ser inmanente...

Vista aquella montaña desde puntos ajenos a los de nuestra ciudad y alrededores, desaparecía su mágica forma de campana, adscribiéndose a la vulgaridad montuosa circundante. De tal modo se distorsionaba, que podía pensarse que su singularidad nunca existió. Si se la quería contemplar en su plenitud, imposible de confundirse con otros picos, tenía que ser desde el área urbana de nuestra ciudad,

como queda dicho. Su musculatura pétrea, propia de montañas jóvenes, otorgaba al observador sensible una selecta gama de bienes visuales, al tiempo que un sentimiento de agradecida cautividad le convertía en entusiasta cantor de belleza tan sobrecogedora. Superada la desconcertante visión inicial, eran muchos los visitantes de la ciudad los que trataban de acercarse a sus boscosas estribaciones encaradas al Sur, y así descubrían bondades paisajísticas abundantes, sobre todo en la época primaveral. (En las historias que algunos tebeos nos trasmitían —y lo mismo ciertas cintas cinematográficas— se podía ver cómo los indígenas de lejanísimas y misteriosas islas del Pacífico rendían culto amedrentado a determinada montaña, y no sólo para calmar la volcánica irascibilidad del gigante mineral. Lee Falk y Boixcar lo referían en "El Hombre Enmascarado" y "Hazañas bélicas", respectivamente. Y Vañó en su Roberto Alcázar y Pedrín... Si los nativos intuían que la portentosa montaña del tebeo les exigía sumisión o acatamiento, no dudaban en ofrecerle sacrificios en los cuales incluso se derramaba sangre humana. Espoleados por el histriónico y lamentable hechicero de la tribu, había que cumplir los ritos con que aplacar la supuesta furia que en el dios se percibía. Entre nosotros, al más imaginativo quizás se le ocurriera establecer similitudes, de las cuales había que deducir que el **Puigcampana** pudo haber suscitado en los antiguos naturales de nuestra demarcación, cuatro o cincomil años atrás, una sumisión similar, cuando la mente humana navegaba en tenebrosos condicionamientos basados en la ignorancia colectiva. La imaginación del individuo especulativo era acrecentada por la espectacularidad de nuestra montaña en tiempos de nublados tormentosos, que era cuando poderosos relámpagos iluminaban su crestería y aterraban a los seres vivientes del valle...).

—Montaña joven del Sistema Prebético: 1.400 metros. Su tectónica diapírica...

—¿**Puig Campana** diapírica...?

—Sí, señor. Lo dice el libro de don Juan.

—¡Parece mentira! ¡Diapírica!

Al visitar el Guerrero y Fernando al marqués de Peñaflor, cuya pesadumbre aumentaba cada minuto que pasaba —y no había para menos—, nuestros amigos se ponen a su entera disposición:

"—Os ruego —pide el del antifaz— que me concedáis subir a bordo de uno de vuestros barcos... Precisamente venía siguiendo al hermano de ese corsario tunecino...

"—¿Alí Kan? Sí, le han reconocido entre ellos —asentía, compungido pero ciertamente sereno, el marqués.

Con una autorización por escrito, partían nuestros amigos hacia una ensenada rocosa en la que una galera y embarcaciones menores estaban prontas para partir en persecución de Yeir Kan. Viñetas después, el Guerrero y el joven Fernando ya

se veían a bordo de la nave, y qué emocionada impresión la nuestra ante el nuevo escenario aventurero. Faltaba poquísimo para que entraran en acción ¡los cañones y la pólvora!

—¿La pólvora "académica", por ventura?

—¡Cállate, badulaque! ¡Yo digo la pólvora del pañol!

—¡Ah, bueno! ¿Del qué...?

La colección de Roberto Alcázar y Pedrín iba acercándose al número ciento cincuenta, con títulos como "A Bordo del Oriente", "El Reino de Sher Sing" o "Pedrín Interviene", que ya era decir. Por su parte, El Pequeño Luchador, otra de las series debida a M. Gago, pero del Oeste del Western —que no se decía con este añadido—, llevaba ya cuarenta números en la calle. "La Furia de los Comanches" era el 32, y algunos de los siguientes eran "La Jugada de Toro Orgulloso", "Los Dos Héroes" y, asimismo, "Fred actúa", que era lo que de él se aplaudía. Releídos estos títulos, terminábamos preguntándonos por qué razón Editorial Valenciana Utilizaba Tanto Las Mayúsculas En Sus Portadas. Quizá fuera porque así lo querían los creadores de las colecciones, o la imprenta (Tipografía Artística; Palleter, 28. Valencia). Al ignorar nosotros la existencia del adjetivo "mayestático", desconocíamos si las cosas iban por ahí. Sin embargo, el uso de la letra mayúscula al principio de todos los nombres, comunes y propios, podía responder al intento de magnificar las acciones de los personajes aventureros y a despecho de las normas gramaticales. De haber sabido algo de lengua inglesa —dos años después iniciaríamos su estudio, luego del francés—, tal vez hubiéramos advertido que en esa lengua los títulos de las novelas, cuentos, películas y tebeos usaban de letra mayúscula en los mismos puntos en que las usaban nuestros dibujantes de aventuras. También hubiéramos visto que...

—Yo, la verdad es que no veía nada de eso...

—¿En qué estarías pensando?

—¿Yo? ¡En higos y en brevas!

En otros tebeos de Gago distintos al Guerrero pasaba lo mismo con la letra mayúscula. Pero eso no suscitaba tanto nuestra curiosidad como el parecido existente entre protagonistas principales de sus diferentes colecciones. Al leer, por ejemplo, algún episodio de "Purk, el Hombre de Piedra", caíamos en la cuenta de que aquel héroe del Paleolítico era el vivo retrato de nuestro cristiano enmascarado..., si éste se quitaba el casco y el antifaz.

—Sí, pero el paleógrafo ése tiene el pelo más largo.

—También el Capitán España se parece al Guerrero.

—¡Toma! ¡Y el Guerrillero Audaz!

"La Furia de los Gigantes" era un tebeo de Purk cuyo título se me había pegado a la lengua desde que contemplé su atractiva y sugerente portada. Lo relacionaba, además, y siempre, con un escolar que parecía definitivamente incapacitado para pronunciar debidamente la palabra "gigante". El maestro ya había recurrido a preguntarle cuántas “ges” veía en el vocablo.

—Dos: una y dos.

El maestro creía que nos acercábamos a la solución del problema aquel, tan prosódico. "Bueno —decía—, di ahora gi-gan-te."

—¡¡Gi-jan-te!!

—¡No, señor! ¡Gi-gan-te!

—¡Gijante!

Atentos al drama y a su perversa contumacia, creíamos que no tardaría el maestro en advertir al apocado alumno que de una bofetada le iba a volver ¡tambor de Marina! Volver o convertir, claro. Pero no. Con el niño aquel —de cuyo nombre no me acuerdo—, de evidente constitución como enfermiza, y llegado a la escuela a mitad de curso, el maestro procuraba resignarse e ir aplazando a otro día —quizá de aquel mismo año la adversidad docente que representaba. Y exclamaba aquello de "¡Ah, repalleta!" mientras volvía enfurruñado a su mesa. Ya aposentado, ordenaba reanudar los comentarios bíblicos sobre el pastor David y un soberbio "gijante" llamado Goliat.

—¿Goliat o Joliat?

EN EL REINO DE LAS CA...CA...NICAS

Nosotros no habíamos jugado jamás a las canicas. La repetitiva alusión a este juego o distracción —nosotros jugábamos a las bolas— tenía su extensa e inamovible soberanía en textos escolares de lectura, en tebeos de risa o en acertijos aritméticos de las enciclopedias elementales. ¡Las canicas! ¿Quién más odiaría conmigo aquel vocablo... como primera aproximación de rechazo a lo que connotaba? Durante muchos años tuve grabado ese vocablo, punzante y molesto, en la cabeza, y desde allí —desde la cabeza— percutía en mis labios. Sabía que esa palabra era patrimonio, si no de niños evidentemente ricos y regalados, sí de pudientes, bien vestidos y mejor alimentados. Ellos detentaban la propiedad casi insultante de puñados de esas bolas de vidrio, maravillosas, a las cuales se las podía llamar también "bolas de agua".

—De agua para el gua, de agua para el gua ¡Gua, gua!

Los propietarios de las canicas, salvo Alejo, no se juntaban con nosotros, que lo éramos de las bolas, a no ser que el aburrimiento y su tamizado entorno familiar los retuviera circunstancialmente en la pegajosa, lánguida y sucesiva situación de inapetentes, poco menos que enfermos. Era ése el instante —mágico para nosotros, o para mí— en que sus celosos tutores consentían mi ingreso en el ámbito del niño refinado pero aburrido y melífluo, quieto y anodino. Éramos remedio de urgencia, y puntual, para el colmo de sus recurrentes desganas y posibles rabietas derivadas. Y creo recordar que, llegada la hora de la anochecida, al abandonar su territorio de excelencias objetivas, mis camaradas de la calle, los de todos los días comunes a casi todas las horas, me miraban con indefinible insistencia, lo bastante para que mi mala conciencia aún se sintiera más culpable. Y era que yo volvía de degustar, aunque algo cohibido y confuso, bondades denegadas a la mayoría, y de entre las cuales destacaba una insólita variedad de tebeos creados en Norteamérica... o Italia. Pero ellos ignoraban que aquella mi relación esporádica con el niño aburrido me suponía ciertas fricciones con él, pues este niño estaba deseando de continuo que dejáramos sus tebeos y pasáramos a la acción.

—¿Y por qué no quieres que juguemos a las canicas? —me preguntaba nada más iniciado el encuentro.

Al tiempo que tal vez indagaba yo las razones de mi abundante negativa, él me mostraba, sin ostentación alguna, las dos bolsas repletas de bolas... de agua. Yo

seguía sin soltar sus deslumbrantes y envidiados tebeos, tratando de deshacerme de aquella pesadez de mosca veraniega. Pero el "dueño" insistía en que saliéramos a uno de los dos patios de que estaba dotada su casa, tan suntuosa y bien puesta. Patios cuya prestación más destacable consistía en permitir un exuberante despliegue de juguetes de todo tipo, acumulados a lo largo de unos cuantos años. Era una colección que nunca yo hubiera podido imaginar que existiera, y que, al parecer, únicamente desarrollaban sus prestaciones más articuladas, vivaces y reversibles cuando el niño aburrido y fláccido contaba con alguien de su edad que aportara vida a parque tan considerable. Y teníamos que dejar la lectura de sus tebeos..., que tan requeteleídos tenía él. Pero aquellos sus héroes no eran los nuestros, y la proximidad de los mismos a nuestra demarcación territorial e histórica resultaba difícil de admitir...

Aquella mi irreductible aversión a las canicas de vidrio no conllevaba desprecio hacia sus poseedores, y tiempo después me di cuenta de que era sólo la palabra canicas siempre en plural, siempre— la que apenas si ponía algo de su parte para que yo dejara de rechazarla en mi vocabulario. Seguramente vería en ella parte del adjetivo canijo. Muchísimos años después (¡), cuando ya me había dado por escribir lo que yo calificaba de novelas, me alejaba imperativamente de vocablos que de ninguna manera llegaría a admitir para mis textos, y que además nunca pronunciaba... ¡ni pronunciaría jamás! Y ni se me ocurría analizar por qué de esa violenta tirria a las mismas..., hasta que un par de centurias después, digo décadas, descubriera que aquella actitud, y en literatura, se llamaba estilo.

Tras el aparatoso y obsesivo despliegue en el patio de tantos artefactos para matar su aburrimiento, el niño de vida holgada pero insustancial se las arreglaba para disponer, inocentemente, las coordenadas del resto de la tarde. Practicaba él —¿hasta qué punto de manera inconsciente?— un dirigismo propio del que paga o el imperativo incontestable de quien concibe que puede manejar a su comodidad y capricho los hilos del rehén. Para exprimirlo y así extraerle cuantas prestaciones de compañía y coro le reconoce.

—Otra tarde que vengas —me anunciaba, mientras caía la noche y él seguía tan cándido— jugaremos a las canicas.

—Que te crees tú eso —replicaba yo con la mirada.

Jugaríamos a cualquier cosa, a lo que fuera, pero no a las canicas, que, además, no se parecían en nada a las bolas. Las mías siempre serían de arcilla, de un barro cocido y pintado a la buena de Dios, del dios alfarero. Por otra parte, ganarle algunas al Niño de los Dos Patios me recordaría aún más el haber pasado por su mansión esas tardes, además de hacer eso más visible a mis camaradas. Pero la realidad —apenas aplazable, y remisa a dejarse modificar— consistía fatalmente en regresar a casa y al medio habitual. Y asimismo —y todavía peor, volver al seno de la pan-

dilla, miembros de la cual aún se podían columbrar y reconocer —por sus voces, por su acribillada indumentaria sin recambios— a la enfermiza luz eléctrica salvada del régimen de restricciones de la España acorralada por Franco. La asilvestrada militancia lúdica de éstos seguía vociferando entre las sombras —"¡Auto, manos arriba!"—, deslizándose o fluyendo por los ángulos de las esquinas, en cuclillas algunos tras los hirsutos hierbajos del final no urbanizado de la calle. O disimulados en el vano residual del portillo viejo y pobre de la acequia que llevaba el agua de riego a los feraces huertos —¡y qué bien amurallados!— de los ricos de aquella calle principal. (¿Por qué "auto" y no alto? —nos preguntaríamos años después).

Al aceptar mi admisión para algunas tardes en la casa del niño Julián, ¿habría yo traicionado a los míos, a los de siempre? ¿Habría en la ley callejera algún tipo de prevista represalia en caso de atribuírseme tan evidente deserción del grupo, aunque ésta fuera esporádica? Posiblemente, la realidad resultara más dura: los que tendrían que reprocharme aquella claudicación lo más seguro sería que desearan tener opciones similares a la mía. (Decía un Pitágoras nuestro —Pitágoras era un erudito abrupto y solitario— que aquello era lo mismo que les ocurría a los individuos de la izquierda política, que siempre habían estado luchando para ser la derecha, o, al menos, para disponer de su patrimonio material y sus prebendas). Entonces, ¿cuándo les tocaría en suerte a ellos, cuándo ingresarían en aquél u otro emporio de juguetes, tebeos y prebendas en general, por más que fuera un disfrute episódico y deduciblemente efímero? Mientras transcurría todo aquello, se me pedía el relato minucioso de las horas transcurridas en un hogar como el de Julián, un ámbito doméstico donde los niños, tan mimados como tozudos y caprichosos, llamaban canicas a lo que no eran más que bolas.

—Bolas de tierra cocida y coloreadas de azul, coloreadas de rosa, coloreadas de verde...

—Coloreadas de etcétera.

En efecto, bolas de arcilla cocida y pintada. Y soberbios balines de acero, muy masculinos, perfectos en sus brillantes perímetros planetarios, fulgurantes como la plata, y más que contundentes en el preciso impacto que el buen tino les imprimía. Balines que, si bien nos llegaban afectados por ciertas úlceras en su amable superficie —resultado de activos y continuados rodamientos—, eran muy decisivos en el apasionado juego de las bolas, y de los cuales apenas si sabíamos que habían funcionado en los cilindros de las ruedas de locomoción.

—¿Y qué diantre hacía el cilindro aquel en la cuneta de la carretera y junto a la higuera? Parecía un mineral oxidado. ¿Desde cuándo estaba allí? ¿Estaba allí toda la vida...?

—Mi tío dice que esa apisonadora está ahí desde el año 36, cuando lo del convento...

—Exconvento..., que quiere decir que ya no se es convento.

—Eso ya lo sé: cuando pasa Paquita, tú dices: "Ahí va mi ex".

—Ex...xacto. Ex-cilindro. Ex-apisonadora, ex... lo que sea.

(La vieja apisonadora, vieja y oxidada —¿se la estaría buscando en otros lugares?—, dormitaba en aquel sitio desde el año en que se habían echado abajo los restos del convento de los Agustinos. El edificio se quitó para abrir la carretera, la que todo el mundo llamaba Nueva. Tan inofensivo artefacto —la gente le llamaba "cilindro"— dormía junto a la higuera que se salvó completa de aquel tramo de carretera, y allí estaban ambos, asediados tenazmente por casi todas las malas hierbas que conocíamos, y que lo eran, naturalmente, por no tratarse de trigo, cebada, maíz o alfalfa... (Y por ignorarse su aplicación o virtudes). Por aquellos días del 36 también se desmontaría la estatua dedicada al sabio Dr. Esquerdo para trasladarla a la playa, precisamente al paseo que ya llevaba su nombre desde los años veinte. No estaba bien el monumento en la Plaza de la Constitución, a un paso o dos de la carretera a Silla, que entonces hacía allí un quiebro hacia el Norte y se insertaba entre los magníficos edificios de los pudientes de la calle de Colón. Aquella plaza no era el mejor lugar para el monumento, pues en torno a él se asentaba el bullicioso mercado de hortalizas y verduras, que, según algunos, mejor estaría en la Plaza de Castelar o de la iglesia. Este lugar, recoleto y dentro de las murallas, ya tenía el precedente de haber sido mercadillo de la harina. Los ciudadanos sensibles, republicanos sobre todo, insistían en que la magnífica estatua no podía estar rodeada de desperdicios vegetales de los productos huertanos. Los vendedores de la producción hortícola —se insistía— tendrían que ocupar un puesto... en el mercado que se perseguía levantar ¡cuanto antes!... desde muchos años atrás.

Los goces ajenos a nuestro contexto diario, aunque pequeños, quizá habían hecho que nos olvidásemos del nivel en que estábamos situados. Y quizá se intuyera que habría que hacer algo para restañar las rozaduras de contactos con excelencias y premios poco duraderos, fugaces destellos en nuestra precaria existencia bajo el oscuro y denso nublado de la escasez. Y porque esos privilegios inesperados nos parecían como una suerte de pecado. Releer las aventuras del Guerrero del Antifaz, del Guerrero, era el cauterio fulminante, probado ya cuando ciertos incentivos distorsionaban la serenidad resignada de nuestra adscripción a la penuria y el aburrimiento. Así que soterrábamos el recuerdo de Flash Gordon y el planeta Mongo, y lo propio hacíamos con El Hombre Enmascarado, Juan Centella o Merlín, aquel mago. Y nos reconciliábamos con el entorno que nos era familiar, que nos reconocía prestándonos la levedad de su calor, calor que podíamos aprovechar adaptando

nuestro espíritu, incluso el cuerpo, a sus desleídas pero familiares bondades. Era necesario aceptar el imperativo del regreso. Porque habían terminado las imprevistas incursiones por los tebeos que nos eran ajenos y que nos vinculaban a señales equívocas, siempre en menoscabo de las consignas que daban cohesión a nuestro grupo. El Guerrero del Antifaz vendría en nuestra ayuda una vez más.

—¿Dónde estará a estas horas, si se puede saber?

—En la Fortaleza de Yeir Kan, que está en Túnez, África.

—¡Yo ya sé dónde está África, digo Túnez! Lo que no sabemos es si habrá pactado al fin con el Pirata Negro. ¿Lo habrá hecho ya o no? ¡Hablad, presto, si no queréis que os ensarte con mi espada, so desgraciado!

En aquella época escribíamos a embajadas con sede en Madrid, principalmente a la de los Estados Unidos de Norteamérica. Pedíamos —como estudiantes (¡) que éramos— información sobre país tan atrayente, según las películas que veíamos en las salas cinematográficas de la ciudad. El Olympia Cinema —empresa de Alfonso Guixot Guixot— daba entonces "La espía de Argel": "Martes, 12 de Octubre (Fiesta de la Raza)", rezaba el prospecto, que calificaba de insuperable la interpretación de James Mason y Carla Lehman, con aquella hache que ignorábamos qué pintaba allí. En la misma propaganda o programa —asi llamaba todo el mundo al prospecto, salvo quienes pronunciaban "pograma", y no por gusto—, aparecía anunciaba "Me he de comer esa tuna", de Jorge Negrete, y también para el jueves siguiente. A su vez, en el aviso del jueves mexicano se podía leer aquello de "Sábado: 1ª Jornada de 'El Imperio Fantasma'" y "Los Malhechores de Carsin...", que parecían títulos de tebeos de Roberto Alcázar y Pedrín de las Ostras. "La Espía de Argel" no tenía por qué ser la Mujer Pirata, soberana territorial de las Islas Gelves en la realidad del tebeo, bonita y airosa mandamás en aquel grupito de islas cercanas a Túnez. (De Tunicia también recibíamos propaganda, pero menos profusa que la que nos procurábamos de los EE. UU.). Películas como las de Hollywood —"Olivood" para algunos, más bien demasiados— eran las que subyugaban a grandes y pequeños, y no las españoladas, como aquella de "La Lola se va a los Puertos" del septiembre anterior: "Todo el sabor del Sur de España —se excedía el reclamo— en una españolísima y asombrosa creación". Esta cinta la proyectó la empresa de Guixot, asimismo..., aunque en el Gloria Cinema, terraza de verano, y con el socorrido reparto de actrices y actores como Juanita Reina, Manuel Luna —qué cara de lunático— y Ricardo Acero. Con el estreno —según Cifesa— se pasaría un magnífico NO-DO. (En esos grises y tristes años aún era obligatorio ponerse de pie y alzar la mano en saludo romano al himno nacional que contenían aquellos documentales, movimiento ya reflejo en el personal al adivinarse o saberse vigilado por gente que, en ciertas ocasiones, te recordaban el sacrosanto imperativo de adhesión al Régimen, y nunca con buenas maneras. Eso era lo normal...). Reina, Luna y Acero eran ape-

lativos como deseosos de insertarse con derecho propio en todo aquel maremágnum en que se desenvolvían nuestros héroes del tebeo, implicados ya en combates navales con piratas y corsarios —nada de festivas naumaquias, por cierto— entre el estruendo de alocadas artillerías de galeras frente al litoral del Norte de África. (La ciudad, la nuestra, ya había celebrado sus simulacros conmemorativos de las guerras entre moros y cristianos, que eran en razón a los ataques piráticos que había soportado en el devenir de los siglos. Entre ellos destacaba uno, el de 1538, de los más cruentos. Instalado el hecho histórico en la memoria popular, aquellos festejos se llevaban a término si había recursos económicos en las siempre comatosas arcas del municipio. Su vistosa y evocadora celebración —la victoria de nuestros antepasados sobre los berberiscos— tenía lugar en la última semana del mes de julio. (La primera celebración documentada, sabido esto muchos años después, había sido en 1752). Desfiles, desembarcos, combates, pérdida y reconquista programada del castillo habían emocionado en 1947 a propios y extraños, y más todavía porque se ponían en escena después de dos décadas sin haberse podido celebrar...

Mientras tanto, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, ya estaba en los sellos de Correos. Su figura ecuestre —muy asimilada, claro, a la del Generalísimo Franco en la iconografía que del Régimen iba fluyendo— aparecía en el ángulo inferior izquierdo de la estampilla, implicada su comparecencia en murallas inexpugnables por lo portentosas y con firmes torreones. En esa postura, deliberadamente altiva y gallarda, parecía contemplar las dos Castillas. A la versión sepia se le sumaba, a veces, otro sello con el mismo grabado, aunque ligeramente mayor en tamaño. Esta sorprendente variante en violeta era un suplemento de franqueo con la leyenda "Auxilio a las víctimas de la Guerra", debajo de la cual —no de la guerra— se leía el año, que era 1946. La sobretasa por aquel concepto de solidaridad obligatoria era de cinco céntimos, y la guerra tendría que ser la de Hitler, un nombre que relacionábamos siempre con Franco, Franco, Franco y algo así como la extradición o extracción de una muela... "cacareada", como decía un amigo madrileño del Tita-tita, quizás su primo.

—Guerra, la que daban los de la higuera del Sensal; eso sí que era guerra. De haberse tratado de un pino, se habría pensado en procesionarias vociferantes y como trenzadas.

—O en gusanos **Bombix mori**, si fuera sido —¿fuera sido?— una morera, la conocida **Morus alba** —irrumpía el de los latinajos, doctamente incontinente.

—O tempora, o mores: ¡Oh, el tiempo de los moros!

Aquello del socorrido **mores** comparecía alguna vez como chascarrillo barato y era muestra corriente de la precariedad entre los estudiantes locales al querer traducir ciertos textos del latín, una lengua muerta o rematada a simple vista. A

menudo, estos forzados estudiantes se desentendían de dicha materia oponiendo aquello de que no iban a hacerse curas. Era el ya erosionado argumento de quienes luego lamentarían —o no, quién sabe— haberse escurrido por ese derrotero. Nosotros nos atrevíamos entonces con poco más que lo del **Bombix**, que aún frecuentábamos, puesto que alguna vez salíamos a la búsqueda de suculentas hojas de morera de la **Quarteta**. Llegábamos a ese sitio atravesando la vía del ferrocarril Alicante-Denia. En el interior de una caja de zapatos, antigua reliquia a la sazón, ondulaban los parsimoniosos gusanos... hasta su momento de enredarse en secreciones sedosas. Para su labor de clausura temporal en el capullo que elaboraban, se les disponía el habitáculo de una ramita de tomillo. En aquella pauta de silencioso y apacible enclaustramiento metamórfico, ya dejábamos de maltratar a las moreras, que también ofrecían dulcísimas moras albas junto a un ramal del sistema de riego en aquella zona municipal. (El viento, cuando incidía en sus ramas, levantaba sus hojas como si se tratara de faldas femeninas sin las apresuradas y púdicas manos adolescentes que las devolvieran a su caída natural). Nos cebábamos en aquellos árboles —no eran más de tres con sus pisoteadas hijuelas— porque caían cerca de la **Creueta**, nuestro territorio de juegos y de guerra de muchas tardes en aquellos años. (Decía el sabio del barrio aquel —muy trigonométrico y leído el inveterado Pitágoras— que aquellas moreras eran reminiscencia botánica y comercial de años muy lejanos, cuando las grandes fincas señoriales criaban moreras para la importante industria de la seda. En 1609, con la expulsión de los moriscos por presión de la Iglesia española, muchísimas cosechas de la hoja de **Morus alba** «como suena», recalcaba— se quedaron sin recolectar..., y fue una pérdida considerable para los terratenientes. Los moriscos eran su mano de obra, y con la dramática y vergonzosa expulsión —decía, como nostálgico— se perdió gran parte de la agricultura del reino de Valencia. "Y, además de echar a tantas y tantas familias, se las robó y se las vejó en ignominioso trato de lesa humanidad...", añadía).

Para llegar a esos árboles, cruzábamos por un reducido grupo de nuevas viviendas, un extenso edificio corrido al que todo el mundo en aquella zona denominaba Rancho Grande, sin que supiéramos por qué, y bien seguros nosotros (¡) de que no había por qué preguntarlo. (De una casa campesina que había quedado lindando con la vía ferroviaria, y a pocos pasos del puente sobre el río, tuvo que salir huyendo, despavorido, aquel hombre al que mataron luego a escopetazos y a sangre fría una mañana del inicio de nuestra Guerra Civil. Durante aquel periodo, en semejante tramo de la vía del tren los bombarderos italianos habían dejado caer unas cuantas bombas grandísimas al sobrevolar nuestra ciudad..., después de bombardear cruelmente la capital alicantina, cosa que hacían casi a diario. Dos de aquellas piezas no estallaron, pero produjeron deterioros graves en las dos casas sobre las que cayeron). Al tener que cruzar los raíles para acceder a las moreras, lo hacíamos por donde el sifón de la acequia de riego, al lado de los cuales había

breves escaleras de piedra y mortero. Atravesando por ese sitio, alguna vez recordaba yo lo que dijera una mañana el maestro, que por entonces ya era quien nos tomaba las lecciones de un par de asignaturas del Peritaje Mercantil. Un instante de enquistado ensimismamiento quizá le hizo comentar en voz alta que otro maestro, don José María, dudaba de que los romanos hubieran conocido el ingenioso sistema hidráulico del sifón. Si lo hubieran conocido —discurría el don José María—, Hispania no estaría llena de sorprendentes acueductos obra de aquel pueblo. Don Juan murmuraba sobre tal razonamiento mientras nos tomaba la lección de Historia de España. Una vez ya nosotros en la calle, el avispado que nos tocaba se rascaba el cogote.

—¿Para qué necesitaban sifón los romanos, si aún no se había inventado el vermut?

—Para nada, y mejor para Segovia, ¿no?

* * *

La tarde en que fuimos a ver "Alba de América" —que interpretaba Antonio Vilar—, hubo mucha gente que se quedó con las ganas de asistir a la proyección, efectuada en el cine de invierno. Numerosos aspirantes, y muchos de los que asistieron a las dos sesiones —a la primera y a la segunda el mismo día— habían presenciado el rodaje de ciertas escenas de esa cinta en la playa de Poniente de Benidorm. Fue cuando ya venían por nuestra costa los turistas franceses, algunos de los cuales eran pasto de la estulticia de mezquinos comerciantes al aumentar abusivamente los precios de los productos, sobre todo en los bares. Los asistentes al rodaje se habían llevado una buena decepción cuando en la referida playa contemplaron escenas del rodaje. Lo que luego supondría una lujuriante botánica tropical como escenario del Descubrimiento de América no eran más que cuatro plantas ornamentales de tiesto, aunque grandes, añadidas a las escasas palmeras datileras del lugar. En una de las repetidísimas y poco sugerentes tomas del famoso desembarco de Colón —que entonces aún era español, y portugués Antonio Vilar—, hubo que parar en seco a la desgañitada voz del "¡Corten, corten!" Al actor principal se la había posado una avispa en la nariz. El acto reflejo de espantarla espasmódicamente —aunque resultó luego ser una mosca borriquera— le hizo soltar la espada y también el consabido estandarte. Frente a tan violento y descontrolado ademán, los "indios" salieron corriendo, seguramente por creer que Cristóbal la emprendía a golpes con ellos... nada más llegar a América. Aquella anécdota y el relato de otras tantas despertaron grande y febril expectación en algunos de los que se empujaban en la calle ante la críptica taquilla para acceder a la sala y disfrutar de la cinta. (Lo de la avispa, o lo que fuera, se había comentado profusamente, y algunos quizá creyeran que al director del film se le habría olvidado suprimirla de un palmetazo

sobre el celuloide, sí...). Muchos estaban interesados en reconocer algunas tomas y, de paso, cerciorarse de lo que algunos aguafiestas aseguraban: que las películas resultaban maravillosas debido a la técnica de los cineastas, que te hacían ver deslumbrantes batallas tanto en la tierra como en el mar o en el cielo, y movimientos masivos de guerreros de todos los lugares del mundo y épocas de la Historia. Los técnicos eran capaces de simular batallas sobrecogedoras a base de trucos y argucias... Pero había gente inasequible al desaliento —y un cretino que siempre decía "inasequible al desayuno"—, renuentes a creerse la miseria y trapacerías de algunos rodajes, incluso habiendo sido testigos privilegiados —o sumamente desgraciados— de parte de los mismos. Al parecer, querían creer que el contenido de las cintas —sobre todo, las históricas— provenía directamente del lugar y la época en que se produjeron los hechos relatados, como en una emanación espontánea (¡) y sin mediación alguna. Era éste un tipo de inocencia muy extendido, digno quizá de estudio... y no cinematográfico precisamente. (Años más tarde, y por un funcionario del ayuntamiento de nuestra ciudad, aquél de quien se decía que estaba escribiendo una historia completa y verdadera de ella, supimos que en los últimos años del siglo XIX la Corporación municipal decretaba la celebración anual del Descubrimiento de América, ocurrido —había gente que lo sabía bien— el 12 de octubre de 1492, Día de la Raza después y con el régimen de Franco).

LA "FICUS CÁRICA", LA "FICUS ..."

Si la gran mayoría de la población municipal sufría las multifaciales consecuencias negativas de la autarquía del Régimen, la biografía del arbolado a nuestro alcance teórico pasaba por un calvario inacabable, dado que su modesta producción era —o se pretendía que fuera— comestible. O masticable. La sagacidad, el disimulo y la obligada desvergüenza del ejerciente del hurto podían depararle éxitos que culminaban en el natural sosiego del estómago, aunque se requería mucho valor, o un hambre insuperable, para correr el riesgo de caer en manos de los agentes de la autoridad, urbana o rural.

Para conseguir el objetivo nutricio, o calificado como tal, había que recorrerse el erosionado término —incluso sobrepasarlo—, cruzando ramblas, ramblizos y cárcavas desgarradas, pateando repechos o deambulando genéricamente entre las hirsutas aliagas de los declives pedregosos, cuestos y demás protuberancias y roturas del denominado monte bajo. Las incursiones se practicaban simulando un interés —vagamente lógico— por el tomillo y el romero. O dando a entender, simplemente, la tenaz y diaria dedicación a la recogida de plantas leñosas para el fuego de los hogares, una aromática materia que después vendían a los escuetos comercios donde también se expedía carbón vegetal para los fogones. Si se disimulaba con más o menos fortuna, con mayor o menor aplicación, lo definitivo para remediar parte del hambre siempre era contar con una buena nómina de higueras cuyo rendimiento alentara el trabajo que tenía uno que tomarse; y tener la suerte, también, de que el árbol escrutado no hubiera sido visitado por otros en la madrugada misma de ese día. (Los abnegados labradores de antaño habían plantado alguna que otra higuera en aquellos lugares, y sin más riego que el de las inconstantes lluvias. El voluntarioso árbol crecía con lentitud de calvario y según esas precipitaciones, de modo que quizá algunos años no llegaba siquiera a dar fruto mientras esperaba la nube generosa, sobrio y forzosamente resignado en el secano rabioso. Y quizá a esa aleatoriedad en la producción podía deberse la gran satisfacción que producía en el famélico el toparse con tres o cuatro higos en la ligera fronda, más amarillenta que nada). En semejantes secanales, y casi para finales de septiembre —con su sol implacable de agujas de fuego—, era relativamente fácil obtener los favores de las previstas higueras, a veces ya en las mismas estribaciones montuosas. Las de los huertos más o menos urbanos, más a mano y feraces por disponer de

riego, persistían harto vigiladas por sus propietarios. Algunos de ellos ni siquiera comían sus higos, dejándolos al placer de avispas y pajarillos, nunca a los famélicos individuos de la especie humana. Seguramente porque los católicos seguían con el temor de caer en la peligrosísima generosidad creadora de precedentes... "Tú, si les das la mano... ¡te cogen el brazo! ¡Esta gente es incontinente y desagradecida!" Los tiros iban por ahí.

—Por alcanzar un higo remiso de cierta higuera diabólica, rodé por el cinglo —se lamentaba uno con trasnochadas pretensiones léxicas, que era una de las poquísimas pretensiones que a la sazón se podían concebir. Y no caía éste en la cuenta —¿por qué iba a caer otra vez?— de que el adjetivo aplicado a la **Ficus carica** del talud comportaba para algunas personas mayores como una mención al aceite de ricino. Higuera diabòlica. (Este purgante se usaba en posguerra para escarmiento de mujeres catalogadas como «rojas» o desafectas al Régimen y para castigarlas cuando se tocaban la cabeza con el pañuelo tras habérsela rapado los falangistas como represalia: entonces les hacían tragar grandes cantidades de aquel aceite, tan tristemente famoso por esa infame aplicación. Eso lo habíamos escuchado en casa comentado por nuestra madre al referirse a sus tres hermanas en Muro —Leonor, Amparo y Delfina—, que habían sufrido ese castigo, como otras tantas chicas. Con lágrimas en los ojos, aseguraba que no podría olvidarlo nunca...).

—La higuera silvestre también responde al nombre de "higuera loca". La higuera de Egipto —añadía el aspirante a botánico— tiene que ser el cabrahigo.

—¿Y qué diablos quiere decirse con que "la escopeta hizo higa"? —sumaba otro adentrándose sin saberlo en la selva del lenguaje figurado.

—¿La escopeta de quién?

—¡Una cualquiera! ¡La de Kadúl, por jemplo!

Qué avezados nosotros a las higueras patrias, a las higueras amigas, a las que eran propiedad de nuestros compañeros de armas y digestión en campaña. Algunas de ellas pervivían en las reducidas tablas de casas cuya fachada daba a la calle principal y separados esos espacios agrícolas por tapias o por rudimentarias alambradas. Estos terrenos enlazaban, por el Norte, con extensiones en barbecho o incultos, y que por ello parecían del común. Otras higueras estaban en fincas de parientes de algunos miembros de la pandilla. A éstas las visitábamos alguna que otra vez de la mano embajadora y secuaz del sobrino de aquellas personas, gentes que nos acribillaban preguntándonos por nuestra vinculación familiar, queriéndolo saber todo sobre nosotros. Allí podíamos volver una segunda vez en el año, prudentemente, con la esperanza, quizá, de que también se nos permitiera trepar a las ramas más bajas del corpulento almez del huerto, árbol que algunos apelaban como aligonero o con nombre más trabajado y autóctono. A su lado, como en algunos otros huertos de la ciudad y sus afueras, figuraba la palmera datilera con sus amarillos fruta-

les, precisamente cuando en el granado vecino los frutos comenzaban a agrietarse. Lo hacían con la indiferencia de sus dueños, como ya se ha dicho respecto a otros frutales. (Me contrariaba contemplar esos huertos urbanos, en un tiempo pasado tal vez cultivados con labores agrícolas adecuadas y cíclicas para aprovechamiento de los frutos. Para sus dueños, propietarios bien situados la mayoría, parecían constituir una molestia soportable... Su interés por la tierra agrícola sólo residía en el aumento de las cosechas para el mercado, para lo cual creían que había que estar siempre vigilando que sus aparceros no le engañaran en los rendimientos. Todo lo demás no despertaba en aquéllos el mínimo cariño o apego, porque aquel huerto de su vivienda no les suponía más que suciedad y quizá un gasto aborrecible por lo inútil... para ellos).

* * *

Ingresar en el umbroso hospedaje de la higuera habitual y amiga también suponía quedar a salvo de miradas posiblemente enemigas u hostiles, aunque la magia del escondite iba más allá de la ocupación de sus alturas interiores —tan lechosas y a veces irritadoras de la piel humana—, así como tantear sus frutos a diario o sentirse uno temporalmente liberado de la sumisión al suelo y sus vulgaridades o servidumbres. El milagro mayor podía consistir en ver uno sin ser visto, integrados en el tupido y superpuesto ramaje. Tampoco resultaba difícil localizarnos, dicha sea la verdad. Desde el luminoso exterior de los intensos días de agosto se podía inferir que, de nuevo, la higuera del maestro se exhibía laboriosamente habitada. El balanceo de sus ramas o la súbita refriega de los hirsutos y ásperos pámpanos podían confirmarlo en algunos momentos. Desde cualquier ventanal, terraza o patinillo elevados del vecindario, resultaba fácil advertirnos, y más cuando entraba en acción la proverbial intensidad de los mirones, mayormente mujeres desde su dominio doméstico. Otra cosa más ardua tenía que ser averiguar quiénes y cuántos eran los contumaces que andaban aposentados en el exuberante ramerío. Pero, aun desconfiando nosotros del anonimato que aquella fronda proporcionaba, una vez encaramados y ocultos, recibíamos la gratificante sensación de que llevábamos antifaz. O algo parecido. Y si luego conteníamos la respiración y permanecíamos quietos —tanto que algunos pajarillos volvían a la higuera, para escapar de allí de inmediato—, entonces ya alcanzábamos la plena convicción de ser invisibles. Invisibles y para todas las veces que nos diera la gana.

En otras ocasiones levantábamos una cabaña en el huerto. Nos valíamos de la presencia —quizá torpemente inadvertida antes— de materiales con que pergeñarla y que quedara muy aparente: retorcidos tallos de seca pasionaria, ramas de almendro, alguna que otra lata adscrita al exterior del precario gallinero y cuanto sirviera para organizar un cobijo que nos acogiera a dos o tres de nosotros, uno

de ellos Juan Luis, el hijo de nuestro maestro don Juan. Acuclillados en refugio tan aparatoso, sabíamos que nadie en el mundo aunque ese alguien estuviera en el patatal o junto a la alfalfa, como el primo Alfabriz sería capaz de penetrar visualmente el recinto que nos ocultaba, y por cuyas fisuras veíamos al personal del hacendoso entorno entre los tapiales, frondas más o menos frutales y tendederos de ropa en los altos y soleados pasillos de las casas. Y allí estábamos nosotros, los que teníamos que estar. Poco después, imposibles de risa o cansados de nuestra elegida inexistencia en la nómina fulgurante del día veraniego, decidíamos salir a la extensión del huerto y abandonar las disciplinadas posturas y actitudes del sigilo y la contención corporales. Entonces se advertía que aquella pactada y unilateral exclusión nuestra no parecía ya tan sólida y salvadora como antojada minutos antes. Y también sobrevenía la desolación de entender que habíamos estado en peligro, evidenciado esto al desarmar la presunta cabaña... antes de que se fuera abajo por su propia inconsistencia. ¿Cómo fue posible creer impenetrable aquel pretendido retiro, vista la triste insignificancia de lo que se calificó como paredes, puerta y techumbre? Sin embargo, quedaba el remanente de la magia de aquel aislamiento con sus acreditadas sensaciones de privacidad y salvaguarda..., así como lo factible de su reconstrucción y mejora. (Una cosa similar, de alguna manera, sería aquello que, en años anteriores, practicábamos respecto a la comunicación entre los de nuestro grupo. En un voluminoso diccionario o enciclopedia de don José María, alguien había encontrado varios alfabetos antiguos.., y había copiado minuciosamente el fenicio. Le imitamos todos inmediatamente y, mejor o peor memorizado, nos lo impusimos para dejarnos mensajes escritos ocultos aquí y allá, generalmente en determinado orificio de una pared, en un consensuado tronco de árbol o en el quiebro que aquella acequia de riego hacía tras pasar bajo los raíles ferroviarios junto a **La Barbera** y su portentosa encina... Nadie más podría saber, en caso de encontrarse con el escrito aquí o allá, dónde iríamos ese día por la tarde, con quién nos reuniríamos mañana luego de la escuela y para qué misión, un suponer... No nos duró mucho aquella estrategia, pero recibimos de ella la grata sensación de ser inmunes ante la curiosidad de individuos en quienes no confiábamos).

Vista la opción de la higuera o la cabaña cómplices, más las ocasiones de poderlas disfrutar cuando quisiéramos, quizá nos diéramos cuenta de cómo nuestra imaginación seguía procurándonos salidas complacientes ante las ácidas e insistentes contrariedades de la a veces boba existencia. Un existencia que se volvía particularmente arisca cuando los deseos se nos elevaban —igual que la cometa de colorines y flecos sinuosos de guirnalda loca— sobre el territorio de nuestras apetencias más vanas e inaccesibles. De éstas y de su frecuente derribo inducido nos salvaba la inteligente restricción de no confesárselas a nadie. Ni siquiera al Guerrero del Antifaz.

La higuera secreta y de disfrute individual por la acurada discreción de su descubridor— podía ser descubierta, y gozada, por alguien ducho en silencios sin fisuras, muy productivos si se practicaban las experiencias acumuladas. Una vez localizada —en una barranca, o junto a aquel lejano y derruido corral—, se comía de ella sin perjuicio del hartazgo más brutal, y nunca se cogía fruto para llevar. Eso, ni pensarlo. El referido experto en determinadas higueras —individuo más que cuco y solitario, no un simple tararira— podía entrar de vuelta en la barriada con la adecuada carga arbustiva, el consiguiente haz de plantas medicinales, y lo mismo con las pocas almendras cobradas en la recalcitrante rebusca o indagación bajo los ya vareados almendros de agosto. Pero nada de desvelar la situación del árbol, ni siquiera a miembros de su familia o a los amigos más próximos: alguien podría irse de la lengua, algún cretino podría encaminarse hacia el paraje fructífero sin la cautela recomendada o aconsejable. Si esto se vulneraba, el susodicho frutal no tardaría en figurar en el listado mental de muchos con el resultado insolidario y loco de dejarlo temblando. Se sabía que la locuacidad en público terminaba volviéndose contra uno mismo y sus planes. Eran tiempos tenebrosos en que la denuncia entre los mismos vecinos podía ejercerse poco menos que sistemáticamente, bien para defenderse del derecho de alguien —por deuda de dinero—, bien para sumar enteros de confianza frente al mandamás o el valedor. El chivatazo parecía exigido por quienes disponían del poder o creían detentarlo incluso más allá de los límites humanitarios. Y no era prudente demostrar excesivo conocimiento, o querer pasar por listo. Como resultas de la guerra civil, habían quedado en peligroso entredicho ciertas o pretendidas fidelidades a la causa llamada nacional o a quienes se constituían en vigilantes de individuos con latente rebeldía. Si alguien resultaba señalado como desafecto al régimen, lo mismo reaparecía aquello de miembro de las "hordas marxistas". De ahí la estrategia seguida por algunos de aparecer como ajenos o ignorantes frente a casi todo lo que pasaba en villas, pueblos y ciudades. Y la derivación más inmediata de este miedo daba como resultante la aplaudida y tranquilizadora aparición de un ser humano ejemplar, que era aquel que no se metía con nadie.

Así las cosas, o peor, mucha gente evitaba propalar rumores e incluso prestarse a escucharlos. Los prudentes y avisados —conscientes de cuál era la realidad en derredor— se escabullían ante los primeros brotes de viscosas y viles habladurías, que, sin tener nada que ver con la política, podían versar sobre el sospechado ayuntamiento carnal de alguna que otra hembra fuera de su matrimonio. Se daban casos, al parecer, en que la víctima lo era por haber caído en las lujuriosas y atosigantes redes de señalados rufianes, dueños ellos —y en probable abundancia criminal— del trigo y de la harina, del aceite y los condumios más intervenidos y racionados. Canallas con disfrutes vergonzosos que echaban a perder, caso de divulgarse la cosa, la honra de algunas familias que pugnaban con denuedo por

sobrevivir. De todo ello provenía también la opacidad adoptada por gran parte del pueblo ante sucesos que rebajaban la dignidad humana y que sometían al individuo a temores inconcretos e interminables y a sus diversas formas de materializarse. Los comentarios se reducían al ámbito de la parentela más próxima. Y, aunque desconocíamos los contenidos explícitos de tanto bisbiseo y sigilosas elipsis en nuestra presencia, intuíamos cierta gravedad en los sucesos que se comentaban en nuestra involuntaria cercanía... Sólo con que se hablara en voz baja, se reaccionaba aguzando el oído. Pero nunca se significaba uno comentando miserias políticas o emitiendo algún tipo de protesta contra la tiranía de los vencedores.

—¿Y cómo sabes tú que todo eso es cierto?

—Tu prima me lo ha contado. Estábamos en la tienda y, en un aparte, me dijo que...

—¿En la tienda? En la tienda no habrá ni azafrán, ¡pero lo que es chismorreo! Mejor será que cerréis la boca las dos. ¡No es la primera vez que te lo digo! ¡Ni será la última, por lo que veo...!

("—Yo yazgo, yago o yaco...").

En otro orden de cosas, se dejaba ver —o eso nos parecía— que la expresión "me importa un higo" hacía mucho que había quedado sin contenido, resueltamente en desuso. La frase carecía de verosimilitud en los labios de quien la empleara incluso si el higo era chumbo, en el fantástico supuesto de que quedaran de ésos en las tan prolíficas y bien armadas palas. Los de la rebusca, a veces cómicamente disparatada, dejaban tras de sí como una desolación bíblica: ejercían la descubierta promovidos por un hambre atrozmente insuperable, convulso. Lo cual no evitaba la contumacia soez y cáustica de las bromas, las risotadas y las burlas aplicadas a cualquier elemento del cuerpo expedicionario. ¡Ah, y también las cuchufletas más elaboradas!

—"Vicente, culo caliente, / la botellita del aguardiente"

—"¿Dónde va Vicente? ¡Donde va la gente!"

Y así, como si se entretuviera al hambre con pullas, ataques directamente personales e ingenuas irreverencias, desarrollábamos nuestra andadura informal por caminos y senderos alejados de la ciudad. (Si había una pausa en la befa, la reticencia de los apodos o contiendas camineras entre empellones, se debía a que a alguien se le caían a trozos las esparteñas, y, sentado unos instantes en el terroso camino, pretendía remendarlas con pobres fragmentos de hilo de empalomar o de la mata del esparto). En aquella descubierta —había misérrimos adultos que hacían la suya a diario—, y como el tumultuoso y atropellado ganado, la nubecilla lenta y vagarosa de la tenue polvareda seguía al grupo a lo largo y ancho de los silenciosos y rústicos caminos y terrosas trochas de la tierra, igual que si algo superior se interesara por nimbarles protectoramente al saber desarmados a sus componentes ante las

desilusiones por llegar. Y como en deuda con quienes, sin saberlo y desheredados de la fortuna, no iban a recibir la dotación de bondades de que se les suponía merecedores... Porque, eso sí, tendrían que recibirlas en la otra vida, según el adoctrinamiento político de la Iglesia franquista, dogma de fe obligadamente incuestionable.

EMPEZANDO POR FU-MANCHÚ

La noche de "Fu-Manchú", y la tarde aquella de "La mies es mucha" —por poner ejemplos de cintas de entonces—, ya hacía dos o tres años que los nictálopes y vociferantes inquilinos de la maltratada higuera del **Sensal** —la vecina de la apisonadora olvidada, oxidaba o exiliada— habían perdido o echado a perder su soporte aéreo. Desde las resignadas y elásticas ramas podían ver gratis los films que se proyectaban en la pantalla del Cinema Azul, terraza de verano que daba su espalda a la carretera general. Se accedía al local, extremadamente escueto y sin pretensiones arquitectónicas, por la calle principal en su cruce con la ya configurada de Pizarro, y tenía la competencia del Olympia Cinema en la esquina opuesta. Los habitantes de las viviendas de la parte derecha de Pizarro, perpendicular a la Carretera Nueva, podían ver las películas desde los balcones..., pero vecinos de zonas más alejadas de la ciudad, de sus arrabales playeros, lo hacían desde la pródiga y maltratada higuera arriba señalada. Desde el hirsuto y exuberante interior de aquel ingenio frutal, la mentada tropa había podido disfrutar —aunque en equilibrio manifiestamente inestable— de cintas como "Beau Geste", "El Pirata Negro" o "Ben-Hur" y el etcétera de aquellos tiempos.

—Sí, "El Pirata Negro".Y "Polvorilla" también, que éste se nos aparecía en los cromos de un chocolate local.

—Y aquélla de Buster Ke-a-tón. ¿Cómo se llamaba aquélla?

—"La Mudanza", que también era una cinta muda... Mudanza muda.

—Eso: Mudanza muda. O Muda mudanza.

Los que, aposentados en las sillas caóticas y enclenques del recinto cinematográfico, aplaudíamos demencialmente las aventuras que transcurrían de forma alocada y quebradiza por la encalada pantalla, apenas si nos enterábamos de lo que decían a veces sus esforzados protagonistas, de modo que la tartamuda banda sonora estaba de más, aparatosamente sobrante. Aunque todo el mundo creía con firmeza dogmática que aquello era así. Encaramados los del cine gratis a las ramas más altas de la lustrosa **carica**, el tumultuoso agregado que formaba aquella gente —marginal por lo pobre que era emitía un griterio a veces espantoso y alarmante, con diversos grados de continuidad y poderío: insultos, imprecaciones y graves alusiones a las partes pudendas del cuerpo humano desbarataban a veces cualquier

posibilidad de ilación entre las imágenes de la cinta que parecían perseguidas por algo— y el habla, si la había, de los actores de la película, cinta o film. Tanto era así, que nos quedábamos en suspenso cuando inopinadamente cesaba allá en la carretera la incendiaria algarabía... y solamente se escuchaban los sonidos de la pantalla. Era como si hubiera sobrevenido el silencio más respetuoso y monacal. ¿Qué había ocurrido en la concomitante y sorprendente higuera? Se habrían acercado a la misma los municipales? Nada de esto..., porque pronto volvía la señal de semejante gatuperio, que a menudo renacía sin relación alguna con la acción cinematográfica que compartíamos los de la terraza con aquellos tipos de la agitada atalaya. Pero, cuando la trifulca alcanzaba allá cotas más elevadas, no era difícil imaginar lo que estaba ocurriendo. Alguna de las exclamaciones que nos llegaban describían muy gráficamente la situación: algún "espectador" rezagado, y que reclamaba sitio o localidad en el árbol, había acometido la búsqueda de plaza para insertarse en los cimales de mayor confianza. Pero lo mismo asía por un pie al primer individuo a mano —arriba, abajo, a la izquierda, a la derecha— que se adentraba por entre las piernas tensas de una hembra despavorida. En este último caso, el alarido resultante dejaba poco trabajo a la imaginación del gentío arboricida y sólo un poco más al del patio de butacas. La peregrina obstinación por buscarse sitio entre las lechosas estancias del abrasivo ramaje —ya cerca la higuera al sazonado de algunos de sus higos— desembocaba en colisiones como la indicada y con cierta intermitencia. De modo que andaba uno con la atención inexorablemente dividida entre "Los Tambores de Fu-Manchú" y los delirantes sucesos que afectaban a los noctámbulos encaramados a la **Ficus** aquella. Del mismo material de la apisonadora tendría que haber sido aquel árbol, y en defensa propia...

La arriesgada contumacia de aquel personal por disfrutar gratuitamente del cine veraniego —o lo veían así o no los veían, horros de un mal céntimo— tenía la misma calidad de nuestro irrazonable empeño por jugar a "la gallinita ciega" subidos a los árboles después de caído un aguacero y con el armisticio del arcoiris sonriente en el cielo de la tarde. Rehuyendo sabiamente a quien hacía de gallinita por entre las ramas de altísimos almendros —agrícolamente reprobables por su gran tamaño—, y lastrados nosotros por el peso de las embarradas alpargatas de esparto, había quien se caía al hurtarse celéricamente a las indagadoras manos del descerebrado de los ojos vendados. Obviado el condenable estropicio inferido al húmedo ramaje, resultaba reconfortante la percusión en el suelo del cretino que se caía de su rama, ya que enseñaba a llevar cuidado a quienes aún no habían mordido el barro. El ansiado desenlace —sin él, ¿qué esperar de aquel juego?— nunca producía más alarma que risa en los que resistían arriba, incluida la "gallina", que enseguida se arrancaba el pañuelo de los ojos, como culpándose de haber aceptado jugar a cosa tan idiota. Quería cerciorarse, al propio tiempo, de que era definitivo,

y liberador, aquello de la caída al suelo de uno de sus incitadores. (Si se abdicaba de semejante juego, procurábamos encontrarle sustituto inmediato, porque estábamos seguros de que había que hacer algo. Y no era raro que alguien, ensimismado y sedente en el borde de la acequia de riego, moviera sus manos en calidad de alfarero. Modulaba entonces la consabida cazuela de barro que se haría reventar después contra una superficie plana. Sostenido en la palma de la mano tan basto recipiente, se le estrellaba boca abajo para que estallara por su base, y lo hacía con un ruido oscuro y rápido al salir el aire violentamente por la cruenta rotura de su fondo. Al instante, los demás arañábamos en el embarrado suelo y entrábamos a competir por ver que fueran más grandes los orificios ocasionados a los pergeñados por los demás. Entre dos participantes, ganaba el que producía en su lanzamiento mayor agujero a su pieza, y tenía derecho a que el otro en liza restaurase la herida a costa del barro de la suya. Por lo que su vasija quedaba empequeñecida al pechar con parte de su material. Y así sucesivamente...).

¡Qué pesadez la de algunos individuos de la higuera en sesión doble! Era por eso que a veces había más aventura en sus ramas que en la pantalla. Se podía suponer el peligro que arrostraba aquel que, habiendo llegado más bien tarde, se buscaba a tientas un sitio bueno en aquel anclado navío de los pámpanos y los higos en leche. En la rabiosa oscuridad, y a determinado nivel de la fronda, era muy fácil que quien trepaba quedara abrazado a cualquiera de los individuos ya instalados y meramente intuidos... mientras se gestaba la consabida caída o el alarmante resbalón. Con ello se conseguía —sin quererlo y entre gritos estentóreos— caer acompañado, como en racimo, sobre la mansa hierba del suelo, persistente alrededor de la lisura del recio tronco. La superpoblada higuera contenía una clase de seres humanos que, además de tragarse dos veces el mismo NO-DO —¿habría alguno que no fuera el de siempre?—, visualizaban el mismo film un par de veces, o vez y media. Y así no había modo de obtener plaza. Las ruidosas trifulcas y griterío trascendían peligrosamente, de modo que ya quedaba en entredicho el imperio de la autoridad municipal. En aquel asunto, esta autoridad había dado muestras de una tolerancia quizá excesiva. Semejante libertinaje, además de perseguible, era una grave estridencia en el ambiente ordenado e imperativo que entonces regía y en el cual hasta la carcajada podía ser calificada a veces como algo subversivo, si la prodigaba uno en público. Los comportamientos sociales estaban extremadamente vigilados y prohibida de algún modo la alegría. Algunos no olvidaban que aún quedaba gente acribillada con denuncias formuladas por individuos que las basaban en falsedades, falsedades o pruebas indemostrables y muy útiles por ello para los recompensados por el chivatazo. Naturalmente, la eficacia política, el control absoluto que se buscaba, no admitía debilidades para con los desheredados o los perseguidos por

infundios interesados, ¡como si se temiera que aquellos pobres desgraciados protagonizaran alguna insurgencia de graves repercuciones sociales!

La noche de la proyección de "La Jungla en Armas" —quizá otra cinta diferente, quizá— concluyó el tal aprovechamiento, que demasiado duró siendo sus beneficiarios gente pobre y famélica. Una hora o así después de iniciada la proyección, un grito estentóreo y prolongado subrayó el patético desenlace. Miguel, Alejo, Ignacio y otros de los nuestros fuimos de los primeros en pedir permiso al indolente portero del cine para salir a la calle, alegando ir a comprar altramuces y chufas del carrito de Martín. Así acudiríamos corriendo a los bancales lindantes con la Carretera Nueva. También habían concurrido al lugar algunos adultos que paseaban apaciblemente por la carretera bajo el maravilloso cielo del verano, porque era preciso saber qué diantre había provocado grito tan desgarrado. La higuera estaba ya en completo reposo, libre de trapisondas y de inquilinos aéreos, y se deducía con facilidad que la gente inmediata a ella era la que, entre inculpaciones y gritos al otro, había protagonizado la estrepitosa caída colectiva. Tenaces en señalarse culpabilidades en encendida correspondencia, varones y hembras se aplicaban los fulgurantes fogonazos del insulto y las reprobaciones más cromáticas. Seguramente ya contemplaban el hecho de haber adelantado entre todos su más que probable y dramática expulsión del Paraíso.

Como resultas de hecho tan excitante y debidamente comentado, la autoridad municipal puso vigilancia en el lugar, y el dueño de la empresa de exhibición procedió a levantar la pared trasera del cine algo más de un metro, que era lo que él creía la medida disuasoria más efectiva. Él y mucha más gente. "Ojalá —decía— lo hubiéramos hecho antes".

—**The End**, muchachos. O sea, fin.

—¿Fin de la primera jornada... o fin de la última?

—Fin definitivo y final de la higuera loca. O mucho más que loca.

Días después, en los comentarios sobre el asunto —tan ácidos y jocosos— se llegó a decir, aunque en sigilosos apartes, que alguien de los de la higuera, y en localidad preferente, había perdido la estabilidad al intentar ponerse de pie, erecto y solemne, y saludar brazo en alto cuando se pasaba el NO-DO, que de esta pretensión vino la aparatosa caída al vacío. Pero no: todo había ocurrido casi a la mitad de la cinta.

Antes de tragicomedia tan parodiada, el Cinema Azul ya había traído películas como "El Capitán Furia", "Suez", "Búffalo Bill" o aquélla de jornadas titulada "El Capitán Maravillas". Sin embargo, la más impactante y renombrada fue "Sin Novedad en el Alcázar", probablemente proyectada en 1944. Su exhibición vino

anunciada por una publicidad sin precedentes, por ampulosa y expresiva: la anchurosa fachada del cine quedó decorada con una patética escena que representaba el heroico y tenaz atrincheramiento de los defensores del famoso alcázar de Toledo en el verano del 36, y de los cuales se preguntarían muchos españoles, meses después, por qué no se rendían ya, habida cuenta de la ferocidad del ataque "rojo". En la propaganda cinematográfica aparecían escritas las frases alusivas a la conversación telefónica habida entre Moscardó y los sitiadores (era un 23 de julio) respecto a la ejecución del hijo del general si éste no rendía el asediado bastión. (La cinta intensificó lecciones ocasionales en las escuelas, las cuales no caían en saco roto: allí ya hacía años que las socorridas enciclopedias de D. José Dalmau Carles establecían ilustrativas y voluntariosas comparaciones entre lo de Guzmán el Bueno ante los benimerines en Tarifa y la patriótica actitud del general en Toledo. "Si no tenéis acero —había gritado el Bueno—, ahí va el mío". Así había respondido a los sarracenos el Primer Señor de Sanlúcar de Barrameda, al brindarles su propio puñal... para asesinar a su hijo, rehén de los pintorescos sitiadores. Y esa solemnidad valiente y arrojada se nos pegaba a los labios durante semanas y semanas:

—"Si no tenéis acero..."

—Sí que tenemos acero, muchas gracias. De verdad.

La gigantesca y fulgurante novedad propagandística del Cinema Azul tendría, necesariamente, la réplica exacerbada e inmediata en la empresa del Olympia Cinema, a doce pasos del otro cine y casi cara a cara. Al disponerse a proyectar nada menos que "El Terremoto de San Francisco", recubrió gran parte de su frontispicio con soberbias y aterradoras imágenes de la paralizante catástrofe sísmica de todos conocida. El nervioso entusiasmo del público —parte de él todavía en la higuera, la que fuera— creció hasta el delirio y casi se llegó a producir un seísmo social con clara propensión a instalarse en la memoria colectiva de modo poco menos que indeleble.

LA MALDITA Y OTRAS HIGUERAS

La verdadera y trágica "higuera maldita", si las había fuera de la Biblia, resultó ser en nuestra ciudad la que cayó para siempre mucho antes de la construcción del mercado de abastos, que se levantaría al final de la década en el terreno al extremo del cual crecía aquel árbol. Solitaria y ubérrima en cuanto a follaje —sus higos pocas veces llegaban a sazonar, muy buscados por las fauces del hambre—, figuraba en solitario en tierra sin arado, baldía. Detrás de este terreno, y hacia Poniente, corría la calle Limones, que pocos metros después derivaba en lo que fuera un Camino Real que bordeaba altos ribazos recayentes al río. Desde el emplazamiento de esta higuera, seres violentos y sin reflexión inteligente acabaron con la vida de aquel a quien perseguían armados con escopetas. Venía huyendo el perseguido, miembro de una familia pudiente de la localidad, desde una casa campesina situada en la **Quarteta**, un terreno que, paralelo a la vía del ferrocarril, quedaba ya próximo a varias viviendas que luego configurarían un barrio vecinal al Norte de la denominaba calle Canalejas. Recordando con angustia aquel episodio, contaba Al-Actar en casa, y a conocidos de confianza (los menores escuchábamos los fragmentos bisbiseados del relato, quizá captado el tono de su gravedad), que un día antes del vil asesinato, el perseguido —desde poco antes acosado por los enconos de la represalia más ominosa— se presentó repentinamente en nuestra casa, rogando al botero que le dejara atravesar la vivienda para salir a los terrenos de atrás y tratar de escapar atravesando los anchurosos bancales de **La Barbera**... Vivíamos entonces en una planta baja frente al chalé de Centella, casa y taller que disponían de un patio que daba a tablas agrícolas orientadas al Norte. Pasó aquel hombre a los citados huertos y, saltando las bardas menos ariscas, desapareció. Sabía él que iban a matarle, que eso se le advertía en la cara. Al-Actar se lamentaba mucho al recordarle, porque quizá habría comprendido la fatalidad de aquella huida. Y así fue: el crimen se consumaría un día después junto a la señalada higuera. Por lo que oímos más adelante, narrado ya explícitamente, el día aquel de rufianes asesinando conmocionó a gran parte de la población, como no podía ser menos. «La sociedad —dijo algún periódico— cuenta con gente incapaz de dejar limpia la Historia de los pueblos, embruteciendo su memoria con desmanes sangrientos y de manifiesta y estúpida impiedad". (También se dijo que aquel abogado había recurrido, dos días antes y de madrugada, a determinados parientes suyos, y que de ellos escuchó que

no le podían esconder por lo peligroso y comprometido del asunto. Sin quererse complicar, le habrían sugerido se escondiera en cierta masía de la sierra de Aitana, que era propiedad de la familia. A tan aterrado ser humano se le cerraban las puertas que él creyó más afectivas y solidarias... mientras iba despavorido de aquí para allá sin una mano o unas palabras a tiempo que le liberaran de la muerte. Decía Al-Actar que, después de crimen tan sobrecogedor, pensaba continuamente dónde habría podido él esconder a aquel hombre para salvarle. Eran esos pensamientos que a uno le asaltaban... al olvidarse de lo imposible de la situación. ¿Dónde esconder a un ser humano que huye de su propio asesinato, rodeado y bajo control de unos criminales? ¿Dónde... y cómo? Y las lágrimas se le asomaban a los ojos en tanto se le ahogaba la voz...).

Luego de aquel crimen, al que lamentablemente seguirían unos cuantos más teniendo como autores a gente de la misma calaña, alguien se propuso borrar del lugar la presencia indudablemente vergonzosa de la dicha higuera. Su continuidad allí recordaba una ruindad social que tardaría años en borrarse de la memoria local. Como no se borraría fácilmente la sangre que los disparos lanzaron aquella mañana sobre las paredes de la casa inmediata al crimen. La deslumbrante y obscena claridad de aquel infausto día, inducida en su participación como escenario, había dado ocasión a que la chiquillería que jugaba en los alrededores se pasmara ante los últimos estertores de un cuerpo que, bajo unas mantas, se desangraba hasta la muerte... Muy pocas horas después, y en las simas de los peñascales ciclópeos de Calpe, dos parientes del asesinado eran arrojados a las profundidades... tras ser asesinados en el término de la luminosa Altea. Los autores eran anarquistas o así, de la misma facción criminal que cometiera el primer crimen. Con individuos como aquellos en el bando republicano, incontrolados y actuando con abominable chulería, el Gobierno de la República perdería mucho de su prestigio... y, terminada la guerra con la victoria de Franco, se asistiría a represalias increíbles, la mayoría de las veces terminando en forma de fusilamientos. (Fusilamientos masivos —y a millares— ya se habían dado en Extremadura ordenados por el general Yagüe y según iban tomando ciudades y pueblos los nacionales en los primeros meses de la guerra). La República había sido incapaz de restaurar la sensatez entre sus filas, en aquel promiscuo batiburrillo político derivado del Frente Popular. No supo ni siquiera calibrar la naturaleza de la realidad que le rodeaba, arrastrando posteriormente a la muerte y al exilio a muchísimos compatriotas de honradez y caballerosidad indudables. Eso lo decía siempre don José María, a veces también con una lágrima asomándole a sus desengañados ojos.

—¡La II República, señores, qué desastre! — clamaba, y sabía lo que se decía, cuando reparaba en los resultados de la anarquía, los enfrentamientos de la C.N.T. con los comunistas... y los planes secretos de Stalin para sovietizar España. "Mu-

cho abarcar, decía, y poco racionalizar los medios en una estrepitosa mezcla de gente idealista y gentuza abominable."

Porque ya en el verano del 36 se cometieron verdaderas tropelías en el bando republicano..., cuando su escoria de descerebrados se había creído que podría detener la sublevación de Franco.

* * *

En los anchurosos bancales que escalonaban la abrupta rambla entre el chalé de Campana y **Les Ribetes**, y que acababan a espaldas de los almacenes de Pescados, S.L., no crecía higuera alguna. Ni grande ni pequeña. Al parecer, los ricos no necesitaban de la aportación de su fruto. Tampoco las había, ni grandes ni chicas, en el complejo botánico y ornamental del propio palacio. Sí que se advertían las denominadas del Diablo o ricino. Enraizadas con fuerza admirable en la pendiente creada con el laborioso y esforzado relleno para el trazado de la carretera —que salvaba la antigua barrancada—, caían cerca de la suntuosa entrada al chalé. Se podía deducir que estas higueras, doradas y brillantes, y con tallos de prominentes nudos, provenían del patio anterior de la distinguida vivienda del niño Julián: semillas dispersadas por el viento —o llegadas al talud indicado con la ramulla que cortaba el jardinero ocasional de la casa— terminarían por medrar y alcanzar la germinación en los revueltos suelos del declive. Bien extrañas a nuestro mundo, crecían, hermosas y áuricas pero quizá no deseadas, entre los diversos materiales ya estimados como desperdicios definitivos. Las rodeaban, prolíficas y ternes, las abundantes hierbas que la lluvia levantaba en la referida mixtura, y que se extinguían con los rigores solares del verano.

Nada más sobrepasar nuestra casa y taller, dejados a su izquierda, la carretera general, o Nueva, enfilaba en dirección a Valencia como liberándose de apreturas urbanas. A su derecha quedaba el edificio del Campana, brillante y singularmente polícromo, casi enfrente de nuestra vivienda. Discurría después la carretera alejándose del núcleo de la ciudad por entre amenos campos que fueron plenamente agrícolas y feraces a primeros de siglo. Estos terrenos ya contaban con algunas viviendas —unifamiliares y de una sola planta las más— que aparecían entre un arbolado más testimonial que otra cosa, residuo de plantaciones agrícolas sistemáticas de décadas pasadas. Todas aquellas casas, incluso las de planta baja y alta con terraza en voladizo sobre el patio, estaban dotadas de pequeños espacios a manera de jardín y atendidos por las amas de casa como en una extensión de sus tareas domésticas. Allí, los geráneos y el jazminero, las esparragueras y colocacias compartían su vida con leñosos rosales y contumaces y lustrosas hiedras adheridas tenazmente a las paredes de la construcción. Con frecuencia, los patios frontales disponían de un

parral, que podía hasta resultar preceptivo. Y era corriente allí que a su sombra quedara el brocal de la cisterna, con su pila y su grifo, el fogón para cocinar cuando el buen tiempo y el poyo o banco de albañilería para sentarse. En esas propiedades eran evidentes las higueras, verdales o verdescas la mayoría. Se las veía pletóricas y emergentes, evidentes de fronda fosca y jamás mostrando menoscabo de riego. A primeros de junio ya exhibían sus frutos, afectos siempre a los verdísimos y ligeros brotes anuales. (En el espléndido ramerío de la nuestra del patio de casa, a primeros de septiembre sus higos habían adquirido volumen considerable, por lo cual intensificábamos su escrutinio mañanero. Aun sabiendo de sobras cuál era el tiempo de madurar, esa observación no decaía, y de su insistencia brotaba algún año algo inesperado: nos topábamos con un higo adelantado al resto... y ¡ostensiblemente maduro y grande! Uno en toda la higuera, desentendido, al parecer, del rigor del ciclo. ¡Qué misterioso avance y cuán digno de comentario!). Los frutos alcanzarían su madurez de miel en las primeras semanas de septiembre. Ello suscitaba las visitas matutinas de sus dueños —como en nuestro patio—, alguna vez con una ración de pan para acompañar al precioso y generoso regalo. Se alcanzaban con la mano o valiéndose de largas cañas en uno de cuyos extremos se había practicado una especie de receptáculo en el que se copaba el higo. Con un leve giro aplicado a la pértiga, el sicono se arrancaba limpiamente de su rama...

En las antes aludidas viviendas que flanqueaban la carretera, junto a la higuera o las higueras, que a veces superaban en altura los tejados y sobre ellos quedaba parte de su ramaje, podían crecer el granado, el limonero y el naranjo, como dotación representativa de los frutales propios del clima... y de las apetencias de sus amos. Se veía, asimismo, el almendro y puede que unos olivos en la cercanía del copudo y anchuroso algarrobo... Era el arbolado tradicional, incluso en su asociación, y dependía de riegos que a veces no existían y cuya ausencia —¡cuán largas y denostadas las sequías!— se suplía con la repetida labor del arado a lo largo de ese ruin año agrícola.

Desde el linde derecho de esa carretera y hasta el mar, percibido intensamente azul y bruñido en la lejanía aparente producida por el interpuesto arbolado, aquella tierra exhibía gratos labrantíos de extensión moderada —como minifundios que eran— y plácidas y hermosas tablas de hortalizas junto a las casas del área. Los respetables, los vastos algarrobos y olivos se repartían los bancales hasta asomarse a los abruptos taludes a cuyo pie corría la modesta carretera del puerto y rompía el mar, declives rápidos ocupados por las agresivas, extensas y complicadas colonias de chumberas. También allí se disfrutaba de la inconfundible fronda de la higuera en asistencia a la economía del labriego y del pescador, con esporádicos naranjos y limoneros. (Desgraciadamente, un día llegaríamos a ver la suplantación, quizá irremediable, de tanto arbolado por edificios de viviendas altos y extensos, quedando

el arado y los utensilios agrícolas en general como para piezas de museo). Unas y otras viviendas, a un lado y a otro de la dicha carretera, estaban habitadas por gentes mayoritariamente del mar. En muchas de ellas, las mujeres, las adolescentes y niñas se ocupaban con regularidad necesaria en la confección de redes para pescar. Los ingresos por este trabajo, más la ayuda del huerto, contribuían, mal que bien, a la economía para la discreta subsistencia. Pero era subsistencia de evidente aleatoriedad. De ahí que algunas amas de casa y sus hijas mayores buscasen rendimientos más seguros (¡) incorporándose al trepidante y acalorado trajín del estraperlo, al que iban quizá una vez por mes.

En la tierra agrícola de la brusca y profunda rambla al pie del Campana sólo había algarrobos, olivos y unos pocos almendros, ejemplares de mucha edad todos ellos, aunque sólo con apreciable cosecha los últimos. Hacia el Este, y al pie del ciclópeo y recio muro corrido que reforzaba el emplazamiento del mágico edificio, pervivían unos cuantos pinos de saludable y airosa envergadura, y, lamentablemente, ni siquiera desde su elevado ramaje se hubiera uno aventurado a saltar a las atractivas balaustradas más a mano de aquel palacio. Paredes tan respetables por lo altas, y levantadas sobre cimientos hundidos en la depresión del hondo, eran la cifra disuasoria más clara, la que borraba cualquier opción. Nos traía cautivados el palacio, que contemplábamos con insistencia ensimismada e imaginativa, profundamente deseante... Erguido con gallardía ante la mansedumbre especular de la bahía —su disposición más envidiable—, a su abundante y saludable dotación de arbolado sólo se le podía reprochar su determinada exclusión de frutales. Con esa triste ausencia rompía su relación con la tierra, alta o baja, que le circundaba con obligada humildad, siempre con natural dependencia ella de los productos agrícolas con que ayudarse algunos a sobrevivir con menos aprietos. También allí y en eso había que abandonar toda esperanza, porque la gratuita suntuosidad de su ornato vegetal era una muestra cruel de lo que los miserables calificaban de estéril, de insustancial.

AQUEL PALACIO DE ENSUEÑO

El Campana era el palacio-fortaleza de Harúm, el padre de Aixa, y nos recordaba asimismo el de Alí Kan de los primeros tiempos del Guerrero. Su similitud nos parecía asombrosa y casi como intencionada. Si hablábamos de ello entre nosotros alguna vez, nos referíamos también a su dotación y distribución de jardines, y a la cómplice y cómoda proximidad de palmeras y otros árboles a barandales, ventanas o historiadas almenas en pirámide dentada. Desde cualquiera de aquellos atrayentes soportes, arquitectónicos o botánicos, y tan sólidos y soberbios de estructura, el Guerrero del Antifaz, los resolutivos hermanos Kir o Fernando podían acceder al opulento interior en uno de sus elásticos y vigorosos saltos... y sorprender a cualquiera de sus moradores. El ejemplo ya lo habíamos encontrado "En el Castillo de Motamid". En sus páginas, el Guerrero infligía un susto de muerte a un oficial moro que, en sus habitaciones, se entregaba con fruición oriental a un suculento y abundante refectorio. Como llovido del cielo, el enmascarado irrumpía limpiamente en la estancia a través de un ventanal. "Ya estoy en el interior del castillo"—se decía el del antifaz. El orondo oficial del orondo Motamid, desagradablemente sorprendido por aquella descarada irrupción, exclamaba entre colérico y pasmado: "¿Quién es el osado...? ¡¡Oh, el Guerrero del Antifaz!!".

"—En efecto... Empuñad vuestras armas, oficial"—le sugería, conminatoria, la fosca palabra del cristiano. Y no tenía tiempo el distinguido moro, abundantemente barbudo y de manifiesta corpulencia, de que se le cortara el inicio de la digestión.

En el "Asalto a la Fortaleza"... de Alí Kan, lugar de dolorosa recordación para el enmascarado y todos nosotros, había una viñeta en la que el cristiano abandonaba el formidable bastión de su peor enemigo. "El fugitivo —leíamos con suprema atención, y quizá boquiabiertos— salta a la rama más cercana de un árbol próximo..." Lo de fugitivo era porque los enfurecidos grupos armados de Alí Kan corrían soliviantados detrás de él por corredores y pasadizos en vociferante y respetable tumulto. Al verle nosotros casi volar hacia el ramaje amigo desde la porticada galería del palacio, aumentaba la certidumbre del parecido del Campana con los palacios y castillos de los jefes moros de aquella colección aventurera. ¡Qué arduo el sustraerse a esa conclusión,... en el supuesto de que hubiéramos querido! ¡Estábamos presos de tan exultante evidencia!

La llamativa figura del edificio se obtuvo siguiendo modelos árabes, y lo mismo se haría al levantar **La Mallaeta**, erigida sobre una eminencia margosa y roquiza que, por el Mediodía y el Noroeste, descendía bruscamente hacia la extensa, dorada y a veces apacible playa del Paraíso, a poco más de un kilómetro de nuestra ciudad y en dirección a Alicante. También el sanatorio psiquiátrico del Dr. Esquerdo Zaragoza se diseñó con aquel estilo, y su finca **La Pileta**, donde se hospedara Ruiz Zorrilla, aquel que fuera presidente de la I República española, según se comentaba en nuestra ciudad cada vez que el sabio doctor Esquerdo era incluido en la relación de personas eminentes de la localidad. (**La Mallaeta** —en lengua autóctona, "majada pequeña" o redil, al parecer no era otra cosa que el "castillo" que vieran los niños evacuados de Madrid la primera mañana de su estancia en el municipio...).

Por su celebrada inmediatez a nosotros, era El Campana el elemento mayormente inductor de la imaginación al suturarnos al héroe del Antifaz, y como confirmando lo acertado de la elección. Una elección que nos hacía latir al unísono con los avatares por los que transcurría su vida aventurera entre amigos y enemigos. Sobre aquella su realidad, y aún queriéndolo cualquiera, no se podía ensombrecer ningún papel de la serie, por secundario u oscuro que fuera. En el exterior o dentro de las aulas escolares, eran compañeros nuestros quienes los tenían asignados, y poquísimas veces había alguno que se enfurruñara por el rol que le había tocado. Alguien tenía que ser Hamet Zénete o Kaher Raik —pocos números después—, o asumir el del simiesco y encapuchado Kadúl... Uno de los temidos grandullones del grupo enemigo nuestro, enemigo unánime, devastador y pirómano, tenía asignado el papel de aquel verdugo. Le llamábamos igual, Kadúl, y sería después del tebeo aquel en que, obediente a su idolatrado señor, se encargaba de raptar a Aixa estando ella oculta en el refugio de los Kir. Alto, desgarbado y siempre con la cabeza rasurada al cero, mantenía su condición de célebre por el entusiasmo con que solía aprestarse a recibir el balón con el ostensible coco que lucía. No le importaba la altura desde la que volvía al suelo la pesada esfera balompédica después de disparada al cielo con endiablada potencia. "¡De Kadúl, de Kadúl!", gritaba aquel cocoliso, apropiándose el número del cabezazo. Y todos, sobrecogidos, le veían recibir el balón con su enorme boca abierta, mueca que, al parecer, le procuraba precisión al recibir la gravedad de aquella esfera en su pétrea cabeza.

—¡Atención, señores —pregonaba uno de su pandilla, haciendo bocina con ambas manos—, ha despejado Kadúl! ¡Muy bien, Kadúl, muy bien" .Y todos coreaban con aplausos y gritos guturales la contundencia de semejante coco, el titular del cual agradecía la adhesión con un eructo sobrecogedor, y también muy festejado. (En aquellas escenas, parecía que, en verdad —y como sentenciaba el Pitágoras—, algunos aún no habían bajado del árbol en el asunto aquel de las especies, y todos, todos, tan contentos).

Venía desconcertando ya a muchos, pero a nadie de los nuestros, el proceloso aluvión de nuevos personajes en el entorno del Guerrero, y también la variedad de lugares africanos donde se producían las cosas más desconcertantes. Y ese desconcierto mordía más a quienes, por fas o por nefás, mantenían incompleta la colección de los cuadernos, y que por eso a veces buscaban ponerse al día con cierta y repentina obstinación. (A buenas horas mangas verdes). Lo solían hacer mediante urgentes y crispados intercambios, que, inevitablemente, establecían tasas y cánones de trueque a veces demenciales y, en cierto modo, hasta crueles. Su vehemente escenificación —¡qué polícroma diversidad de posesiones en liza!— no excluía ni a los cromos en su función de moneda de cambio. (Allí confluían, pues, las manoseadas y descoloridas estampas al uso y algunas microlitografías desconocidas para nosotros, seguramente surgidas de esporádicas envolturas del quimérico chocolate: era rara la familia que podía permitirse la adquisición de la deseada golosina y repartir unas cuantas onzas entre su prole. Allí estaban —¡cómo no!—los cromos de "Colilla y su pato Banderilla", "Veinte mil leguas de viaje submarino", también la manida serie de las adivinanzas y aquélla de los animales exóticos o fauna del mundo..., sin descartar algún número de la colección "Tiempos modernos", del prodigioso y benemérito Charlot. Unas y otras estampas correspondían a chocolates de la localidad. Los incluían en sus fabricados los maestros chocolateros como Marcos Tonda, Gaspar Pérez Pérez, Juan Tonda Pascual, Pedro Lloret Esquerdo... y en marcas como "Jorge Juan", "Gallo", "La Manchega", "Número 1", "Virgen de las Nieves" y otras. Se sabía de una colección de estampas dedicada a la clamorosa "Proclamación de la República", la Segunda. Al respecto, había en nuestra casa una buena representación del "dinero de Negrín", billetes de cien pesetas, de veinticinco y de menor cuantía. Por sus bellos coloridos, y por tan bien conservado su papel —podía ser que ni siquiera hubieran circulado—, yo los miraba de vez en cuando. Podían estar allí como recuerdo ilusionado de lo que no pudo ser porque salió mal. Escondidos y nuevecitos, no se podían comparar con los que circulaban con Franco, lamentables papeluchos soporte de la suciedad más imaginativa. Los billetes de Negrín —siempre Negrín y su histórico dinero— hubieran podido usarse en juegos o intercambios entre los chicos...

—Eso no puede ser y, además, es imposible.

La fúlgida solemnidad de aquel papel moneda de la República, terso e inmaculado en su consistencia, no permitía la banalización en la que hubieran acabado en nuestras manos y en las ajenas. Por tanto, nosotros seguíamos con la inmediatez fruitiva de la concertación para intercambios normales. Aquel yo te doy, tú me das movilizaba rápidamente determinados cajones en el mobiliario del visitado, y casi siempre se daba por la tarde y después de la escuela. También se buscaba en rincones, o debajo de alguna cama, para extraer materiales que se estimaba podían

estimular las ganas del invitado en la sugestiva tramoya del trueque. ¡Y sin que las amas de casa se opusieran en nada a tan historiados tratos!

—Estos dos de Roberto Alcázar y éste del Pequeño Luchador por ése del Guerrero.

—¿El 84 del Guerrero...?

—¿Quieres o no quieres? Bueno, pues te doy también éste del "Febeí".

—¿Ése? Ése está muy viejo, se le caen las hojas. Dame el de "El Coyote"... y diez estampas de "El Ladrón de Bagdad".

—¡Ostras, Pedrín! ¡Tú de bobo no tienes nada, capitán!

—¡Capitán de qué! ¿De qué?

—De nada, hombre. Era una broma, ¡era una bromaaaaaa!

Determinadas cosas quedaban a enorme distancia cualitativa de nosotros y, por eso mismo, pronto asumíamos la imposibilidad de establecer con ellas el menor vínculo, salvo los proporcionados por la imaginación. Al iniciarse en nosotros el uso de razón —¿cuándo debió de ser eso?—, cosas como el Campana ya figuraban como elementos propios de la topografía. Igual que las distinguidas viviendas de las familias pudientes, las de propietarios locales, y que constituían la calle principal de la ciudad. A excepción de la del maestro —allí nos repasaba las lecciones—, en contadas ocasiones estuvimos en dos o tres de las restantes —¡y sólo unos minutos!—, ámbitos en donde el mobiliario era casi suntuoso, y muy ordenados y relucientes sus interiores más próximos a la entrada o recibimiento. Siempre había ocurrido esto acompañando a cualquier amigo ocasional cuando éste visitaba a sus tías o abuelos. De modo que esa tenue aproximación sólo podía acrecentar nuestra resignación... y sin mayores consecuencias. Porque entonces todo lo que era así era así, lo grande y lo pequeño, lo bonito y lo feo. Y no se producía reclamación alguna.

Contemplaba yo el castillo aquel en los respiros que me tomaba cuando cavaba la arcilla. Lo miraba con la convicción de que, siempre que lo hacía detenidamente, alguien vigilaba mi reposo... como esperando quizá que a mi descanso siguiera el atrevimiento de acercarme algo más a la ampulosa propiedad. Pese a separarme del edificio más de cien pasos, y teniendo delante la grave vaguada de los bancales —tan disuasoriamente honda—, sentía concentrados en mí los ojos del ceñudo casero —a veces le acompañaba otro trabajador—, adivinándole la colilla del cigarrillo entre sus labios de labriego sudorosamente terroso. No me arredraba la que yo creía su tenaz determinación de vigilarme. Mi serenidad me la proporcionaba el tonificasnte cansancio de mis músculos y también la cegadora fluidez del sudor en mi frente. Reposaba yo en la vecindad humilde de malvas y piteras, de lirios silvestres como candiles de cera y de polícromos dondiegos de noche, cuyas delicadas flores ya se

habían retraído —definitivamente— con las primeras luces del alba. También andaban cerca de mí los cardos lechales, ariscos y punzantes, así como las correhuelas, agarradas en torsión de sus inteligentes zarcillos a tallos ligeramente leñosos de su entorno. (Eran las hierbas agrestes, decididamente obviadas por el ser humano debido a que éste ignoraba prestaciones o beneficios suyos. Hierbas viles y rudas, y sin más bondad, al parecer, que estar allí para comparadas —y a la convencida baja— con las elegidas para embellecer los jardines del hombre poderoso). Mi contacto prolongado con la tierra, la obligada selección de la arcilla y las rozaduras múltiples en manos, brazos y rodillas terminaban por sedarme el cuerpo, que así se desentendía, además, de la pesadez de algunos insectos. Pero no de las asquerosas y casi metálicas moscas que merodeaban sobre las deposiciones humanas alineadas a lo largo del sendero que llevaba a la mina. No importaba mucho que el atolondrado y deambulante abejorro se topara con mi cuerpo o que las rápidas hormigas laborales recorrieran telegráficamente aquellas mis manos, en cuya ardorosa y salobre exudación parecían descubrir no se sabía qué. Tenía yo asumido el medio en que me encontraba, porque se daba una impregnación recíproca. Mi cuerpo se reconocía parte del terreno y de sus acostumbrados pobladores, visibles o no. Los más evidentes allí, sin embargo, eran los humanos que me observaban desde los balaústres aquellos, y porque no se podía saber qué pensaban ni cuáles podían ser sus intenciones. Si permanecía atento a sus idas y venidas, ademanes y miradas —sobre todo las miradas—, me sentía ligeramente turbado en aquel lugar de la arcilla. Les veía allá enfrente. Eran dos, el casero y el campesino encargado de la jardinería. Les percibía acodados en sendos hitos de piedra del barandal que limitaba con la grave hondonada. Me miraban mientras fumaban en un corto descanso. A pesar de los cien metros que podían separarnos, sentía como si sus ojos estudiaran mi presencia en el talud de la mina. ¿No eran Alí Kan y el propio Zénete controlando mi desafiante laxitud en predio tan señorial? ¿Podían ignorar quién era yo y qué buscaba en el ribazo cada dos o tres semanas? Me embarazaba un poco la presión de aquel supuesto seguimiento, aunque en casa y hasta entonces no se había recibido aviso o reproche alguno de aquel casero en su calidad de vigilante de la magna propiedad aquella. De esa reflexión me sacaba el cosquilleo trajinante de las hormigas en su tejer y destejer de trayectos, obstinadamente ocupadas en cargas desproporcionadas respecto a su entidad física y con destinos casi siempre desconocidos. "¿Cómo podrán con semejante peso?" ¿Serían capaces de esfuerzo tan colosal el Guerrero, los Kir, el patizambo Kadúl o el gigantesco Muleh, el guardián sobrecogedor afecto al cretino de Olián? ¿Y qué con mi carga de arcilla al hombro y senda adelante, con el trastabillar peligroso en ciertos recodos de la senda?

CAPITÁN DE UN BARCO BOBO

Algunas veces era tremendamente desolador creerte el Guerrero del Antifaz cuando para otros no pasabas de ser "El Capitán del Barco Bobo". Sentencia tan inapelable —los motes solidifican enseguida sobre el adjudicatario inducido—, tenía que resultar forzosamente injusta... Nadie conocía como yo mis sentimientos, mis intenciones para con el resto de la pandilla, ni si yo me recriminaba cuando creía haber perjudicado a mis compañeros en algo o de alguna manera. Nuestro ideal era proceder con la nobleza y el coraje con que lo hacía el caballero, nuestro héroe. En la diaria confrontación, en los complicados desafíos de audacia y habilidad, teníamos comportamientos que nunca humillaban a los camaradas: parecía exigirlo el guión de cada aventura y no buscábamos conscientemente éxitos personales a costa de la dignidad de los otros. Al parecer, éstos habían quedado catalogados como ganado sumiso y fácil por el inventor de mi mal nombre, pues no otra cosa suponía el haberles asignado la calidad de "Barco Bobo"... con tal de hundirme. Pero algo de aprovechable tenía semejante infortunio: mientras tú creías pasar desapercibido fuera del grupo y sus iguales, había personas —individuos de más edad, grandullones groseros y ya rijosos— que tenían de ti una mala, pésima opinión. Un ejemplo era el de los miembros de aquella cuadrilla de rufianes que a veces irrumpía en nuestro territorio como nubarrón anunciador de temporal inminente. Un par de ellos, al menos, ya habían emitido juicios amenazantes sobre mí, dejando ver su animadversión hacia mi actitud o disposición de cabecilla. ¿De cabecilla? Te preocupaba que tales elementos, aquellos tipejos, te creyeran muy distinto de como tú sabías que eras, y la doliente novedad de que habían calificado de tiránicas tus maneras se sumaba al irónico trato que te infligían cada vez que se cruzaban contigo, extendido a diversas variantes del desdén agresivo. Aquello era una adversidad para mí y, subsidiariamente, para mis compañeros en juegos y novillos aventureros. Porque nos sentíamos como vigilados por aquellos intrusos en trashumancia, un ganado caprichoso y más que arrollador en ciertas ocasiones.

El bautizo del que brotó el lamentable y cáustico apelativo a mi persona lo ofició uno de los secuaces de aquel agregado de piratas, muy ardorosos ellos y peligrosamente sin ideales, y que fue quien una tarde pudo habernos asfixiado en el refugio al prender la furibunda hoguera que taponó su boca principal de llamas

y de venenosa humareda... ¿Por qué tan ruin ensañamiento incluso en los motes, eficazmente sarcásticos y quizá pegadizos? Con el tiempo quizá averiguásemos las inconfesables y oscuras causas de aquella tirria creciente. (Y gracias a que sus reapariciones eran más bien episódicas, desapareciendo a veces de nuestro alrededor tan súbitamente como habían aparecido. En probable retirada urgente de lugares donde habían sembrado temor y desconcierto, quizá alguien de ellos aconsejara alejarse todavía más. Y ello por temor a que algún vecino perjudicado por sus actos siguiera sus pasos... hasta el domicilio de cualquiera de ellos, más que conocidos, y hablar con el padre de semejante sabandija. En cuanto al mal nombre a mí asignado, la longitud del epígrafe podía haber desactivado un algo su implantación, cayendo en fulminante desuso. Al menos entre mis más cercanos camaradas).

Frustraciones diversas —para nosotros, inexistentes por inadvertidas— podían estar corroyendo los dieciséis o más años de edad de aquel personal. Era la edad en la que ya se pueden percibir cuántas apetencias, intuidos goces o gloriosas libertades naufragan a diario en nuestra mente. Una época confusa de la vida ésa, cuando la mayor cercanía al fraguado de un deseo suele acabar por corresponderse con la palabra casi. Era la edad de quienes percibían las impertinencias propias de la atracción por el sexo opuesto: picores persistentes, obsesivos; incursiones táctiles por el emergente mapa del cuerpo, con los sugerentes hallazgos y la consiguiente advertencia de que se está en la maraña de obsesivos cautiverios, y seguramente a perpetuidad. De ahí sus ostentaciones de virilidad sucia, implicándonos —aunque de lejos— en obscenidades que relacionábamos con entrepiernas satánicamente vellosas y salacidades aterradoras y disolventes. Se comentaba —y qué impacto tan feroz— que algunos de ellos recurrían a la lechetrezna, al tornagallo, para, usando de su mucho y fluido látex, experimentar repulsivas prácticas lujuriosas, ¡y sin temor visible de quedarse ciegos! ¡Ciegos del todo para toda la vida!

Para nosotros, vistas o poco más que intuidas ciertas modificaciones corporales, el rozarnos con la degradante evidencia de su constancia era algo muy molesto. Y nos sentíamos avergonzados desde lo previo. En ese marasmo, y por reticente analogía que nos resistíamos a aceptar, ya sospechábamos el fatalismo de su inminente soberanía en nuestro cuerpo. Por aquellos años, y en ratos de imprevista abulia para el juego o la distracción, lo máximo que hacíamos sin excesivo rubor era competir en la distancia a que proyectábamos el casi humeante caudal de nuestra micción, y pugnando por diseñar con su chorro complicados arabescos en el terroso suelo. Con lo que, lógicamente, terminábamos meándonos las alpargatas o las piernas.

—Las piernas y las alpargatas. ¡Y cómo escuecen los rasguños de la piel!

Nadie de nosotros recordaba, desde luego, en qué trance, o por qué peregrina razón, quedé apelado con lo de "El Capitán del Barco Bobo". No obstante, y en los primeros momentos de su segunda aplicación, se pensó si la existencia de tal suerte de nave no sería —sin nosotros saberlo o imaginarlo— del dominio común. O si el jocoso rótulo podía haberlo ostentado algún tebeo remoto e inclasificable. Pero pronto se vio que el mal nombre no había encontrado eco en ninguna de las facciones lindantes a la nuestra, aquellas que alguna tarde resolvían adentrarse en nuestros dominios territoriales, pero que no venían a molestar. Tampoco mis compañeros me lo aplicaron, y pudo ser, ya digo, por la extensión de su enunciado o por provenir su acuñación de quien provenía: de un tipo que ni siquiera tenía devotos perceptibles entre la manada a que andaba adscrito. Delgado, larguirucho y de sospechosa color facial, incapaz de reír espontáneamente y con la ignorancia aún de sus años, era el que con mayor saña y frialdad nos impartía coscorrones de crudeza metálica, o disparaba su pie contra el trasero del más a mano de mi grupo. Era, asimismo, el último en alejarse de nosotros cuando los suyos decidían levantar el campo, remiso siempre este ejemplar odioso —entonces me fijaba más en él— a privarse de avasallarnos con gestos, hechos o ironías ponzoñosas. Lo suyo era un odio incontenible, como una venenosa exudación de su abyecto corazón.

Aquel sujeto —entonces nos dábamos cuenta— había sopesado meticulosamente mi papel dentro de nuestra agrupación. Así que su calificativo —brillante para sus propósitos— trataba de anular mi supuesta capitanía o la preponderancia de mis dictámenes entre mis camaradas, ridiculizando mis posibles ínfulas... Pero el tipo se equivocaba de medio a medio porque la "trapulla" (así pronunciaban la palabra patrulla muchos chicos) ni se planteaba jefaturas ni cuestionaba quién tenía que sugerir las algaradas, las expediciones o los juegos más o menos violentos a desarrollar en cuanto andábamos en libertad. Pero era evidente que todos nosotros perdíamos calidad de grupo con lo de Barco Bobo: tan ridículo apodo denunciaba la sumisión rebañega del grupo a quien, para su autor, detentaba una autoridad inmerecida, sin crédito visible o comprobable. O sea, que yo, según el pajarraco aquel, pretendía ostentar una jefatura cuyas cualidades y grado sólo estaban en mi imaginación.

—¿Y cómo será un barco bobo? — preguntaba uno sin dirigirse a nadie en particular y sin advertir que preguntaba en voz alta.

Se pensó si no sería uno de esos buques que, sin combustible en sus calderas, quedaba preso en la viscosa y horripilante densidad de uno de esos ríos amazónicos o africanos del globo terráqueo. O acuciado cruelmente por gigantescos bloques de hielo en el fin del mundo.

—¿Bloques "jijantescos" en en Polo Norte?

—No. Ni una cosa ni la otra. Tiene que ser un barco con los tripulantes todos muertos.

—¡Pues vaya ataúd!

Entonces parecía que queríamos llegar a la misma conclusión del día del último temporal marino que azotara nuestra costa. Estaba el mar ariscamente sublevado bajo la furia tenaz del viento de Levante. Turbulentas y ceñudas nubes bloqueaban las últimas claridades del horizonte, una situación que, precipitada en cerrazón, era siempre el inicio de lluvias poco menos que torrenciales. Pero aquella mañana no se alcanzaría ese desenlace tormentoso. Sólo nos llegaban pesadas gotas de fría lluvia castigando nuestro imberbe rostro igual que rabiosas bofetadas de ira acuosa y como personalizadas. Mientras, las gaviotas deambulaban fuera de su dominio habitual, sobrevolando los primeros bancales agrícolas, los ribazos de la arcilla y la carretera. (Ésa era señal de la tempestad marina, que anunciaban con antelación comprobada). Entre la poderosa nervadura de las olas, de acerado e implacable azul plomizo, la profusa espuma delataba la rabia con que alcanzaban los atropellados embates contra el puerto, aterrando el volteado perfil de la bahía, que registraba un importante desbarajuste. El estrepitoso oleaje había amontonado contra el camino del puerto las piedras más voluminosas del borde playero, arremangando la grava incluso hasta la pared de la huerta de los maizales y los viñedos. Trasegada de manera inmisericorde como en una extraña represalia, quedaba levantada sobre la encharcada vía. Allí había creado grandes acumulaciones de luminosas y revueltas algas. Y tan tempestuoso fragor permitía ver con claridad inusual cómo rompían las olas gigantes contra el islote, misteriosamente más cerca.

—¡Mirad allí!

—¿Qué?

—Allí, allí. Un barco que aparece y desaparece. —Lo exponía, señalando la lejanía, quien ya se había subido los pantalones luego de su fragorosa deposición entre los azotados algarrobos. En cuanto estuvimos listos para mirar, y tiritando frente al helado viento que nos infligía el mar, observamos el horizonte marítimo.

El barco estaba a merced del temporal, hundiéndose por debajo del amenazante cresterío de las olas... y reapareciendo luego. En algunas de sus desapariciones daba la impresión de que no iba a emerger nunca más. Sin duda, su tripulación estaría entonces pasando un mal rato porque, además, apenas si conseguían que el carguero avanzara y según el referente lógico que era el islote, mostrándose penosamente zigzagueante, como fuera de control. Pero..., no obstante imaginar qué le ocurría, poco después ya dejamos de seguir sus vicisitudes. Lo sellaba quien ya había repetido que el barco era entonces un puntito en el horizonte, probablemente frente al vecino pueblo costero.

Cuando expusimos al maestro visión tan dantesca como aquélla —ya le interpelábamos sobre algunos temas de naturaleza extraescolar—, nos comentó que

aquél tenía que ser un barco a la deriva. Comoquiera que nadie pidió que explicara en qué consistía aquel estado, nos quedamos ligeramente peor que antes de preguntarle. Se suponía que a una respuesta del maestro no había que exigirle explicaciones más matizadas o puntuales. (En tardes nubosas de invierno parecía que existiera mayor disposición a confidencias. Era como una sensación de proximidad filial al maestro. Quizá fuera también que el frío que reinaba en la pequeña dependencia de tomarnos las lecciones invitaba a una cohesión parecida a la que reviste una célula familiar o de parentesco. De ahí preguntas nuestras sobre asuntos no relacionados con el texto del día. Esas interpelaciones también podían obedecer al secreto propósito de averiguar si nos atrevíamos o no a ese tipo de relación).

—A la deriva tiene que ser —aventuraba Ignacio, el del molino— que está deshabitado...

—¿Quién?

—Pues el barco ése.

—Si está deshabitado, ¿quién lo guía? ¿O es que no has visto que ha pasado entre las olas sin hundirse?

—Nadie lo guía —terciaba Shantal—. Es como un barco embrujado.

—O sea, como "El Barco Fantasma" pero sin Roberto Alcázar ni Pedrín —me apresuraba yo a rematar, y por si reaparecía aquello del barco bobalicón, memo o bobo.

De haberse sabido del ente intelectivo denominado "sentido figurado", quizá me hubiera resignado antes al mote que me impuso la conocida sabandija incendiaria. Pero, para ser justos, teníamos que admitir que el larguirucho de pálido color podría querer salir en favor del resto de mi pandilla. Eso le honraba, pues ciertos impulsos del ser humano se manifiestan actuando en favor de quien aparece como perdedor o eternamente postergado. No importa que el pusilánime se adapte a su suerte, se abstenga de pedir ayuda o tampoco esté seguro de lo que quiere en la vida.

—O que no tenga dotes de mando...

—¿Quién no tiene dotes de mando?

—Pues... ése, el que no sabe bien lo que quiere.

—¡Aaaah!

Quedaba clara, muy clara, la ruindad de apelativo tan elaborado y fulminante, desgraciada condición que residía no especialmente en la clase de barco, sino en la misión mía de estar irremisiblemente a su mando..., si se me quedaba adherido el remoquete. Ser el capitán de un barco así, como de Coria, suponía un grave baldón para uno, como una deshonra náutica en aquel caso. Y peor todavía si el dicho navío era de respetable envergadura. ¡Un barco grande... pero bobo! Resultaría

un caso parecido al de Alejo, un bruto de cuya ingenua y descomunal fortaleza física todos conservábamos probatorias e indelebles marcas guerreras en la piel de brazos y piernas. Su cuerpo, exultantemente fornido por lo bien alimentado, más su colosal estatura, distaban bastante de corresponderse con los doce años casi que llevaba erosionando parte del planeta (y cuatro o cinco en nuestro territorio aventurero y lúdico). Para reducir su mole disfrutaba luchando a la vez con tres o cuatro de nosotros; a veces, no éramos más, para reducirle, teníamos que predisponer estratégicamente nuestras fuerzas y sabiduría porque, aún así, era capaz de lanzar por los aires a uno o dos con sólo disponer de un pie libre. Su rostro, enrojecido y reverberante por tal despliegue de energías —siempre había que conseguir que alguien le atenazara aceradamente por el cuello—, ni siquiera perdía la alocada alacridad con que pugnaba por desbaratar la promiscuidad del nudo de manos, brazos y piernas dispuesto sobre su cuerpo. Ya él en el suelo —¡ni nos lo creíamos!—, y mientras emitía sobrecogedores alaridos de victoria al morder también nosotros el polvo, se sentía en óptimas condiciones para romper las tenaces trabas y rendirnos uno a uno en pocos segundos. Vista su convicción de podernos vencer, las fuerzas nos abandonaban subsidiariamente con las amedrentadas quejas que emitía el más débil del grupo. Luego ya todo aquello era pan comido para el gigante:

—¿Te rindes? ¿Te rindes? — espetaba al que mantenía aplastado por su exuberante y ardiente anatomía—.¿Te rindes o qué?

—¡Me rindo, me rindoooo! —respondía la presa en cuanto podía articular el preceptivo "merindo".

Los demás también nos rendíamos, todos nos rendíamos. Y al instante nos sonábamos, nos sacudíamos el mordido polvo y tratábamos de que nuestra castigada indumentaria (¡) volviera a su sitio. Simultáneamente —de pie algunos, echados o sentados otros en el suelo—, la saliva acudía a remediar los escozores de rasguños y livianos pero irritantes cortes. El mundo a nuestro alrededor recuperaba entonces sus formas, su articulación, aunque el vecindario de aquellos solares apenas si había prestado atención a nuestra insensata trifulca. Porque ni a pequeños ni grandes les extrañaba nada de lo que hiciéramos. O casi nada, como si formásemos parte del ambiente o el paisaje, pretendidamente urbano...

Decir que Alejo era bobo rayaba en la simplificación más cómoda, además de peligrosa, sobre todo si se ignoraba —vistos de lejos sus combates con nosotros— que era él mismo quien proponía confrontaciones tan demenciales. Al ser su cuerpo una avalancha latente, no podía pasárselo sin desarrollarla. Mientras tanto, a su padre podrían llegarle bienintencionados mensajes de alguno de los empleados de su oficina contable, que siempre le darían detallada cuenta de nuestra ruindad (¡) para con su hijo. ¡Qué vergüenza para Alejo en cuanto su padre le llamara

tonto por dejarse avasallar, y sin atreverse a replicarle que era él mismo quien nos asediaba con sus desorbitadas propuestas! A esa imaginada escena atribuíamos sus repentinas desapariciones del mapa, que duraban semanas.

—Ya hace días que no aparece por aquí.

—Tiene que estar en Alicante. Lo más seguro.

Cuando reaparecía —manifacero incombustible y renovador de animaladas—, volvía por sus fueros. Su vuelta se hacía mucho más evidente que de costumbre cuando nos encontraba muellemente instalados en la atonía de ciertas horas vespertinas. No se divertía si no aplicaba de inmediato su poderío físico, y muy pronto acometía con su feroz hostigamiento, percutiendo como el tábano más obstinado. Sin embargo, algunas veces, y sin que esperásemos su adhesión incondicional o voluntariosa a una idea nuestra, podía aceptarla y seguirla (¡) sin rechistar. (Su protesta siempre consistía en administrarnos empellones para incitarnos a tramar algo fuera de lo calificado como normal. Quería que probásemos a levantar piedras del suelo, las más pesadas, o arrojar otras a distancias olímpicas Buscaba esa confrontación para que la superioridad física que ostentaba le fuera reconocida como imposible de igualar ni de lejos.

—Alejo era un niño rico —recordábamos años después, cuando el muchachote tenía en Alicante su residencia definitiva y en donde cursaba estudios de no se sabía qué. Quizá entonces, evocándole, nos daría por compararle con Julián el de "Las Tres Gracias", que era como ya llamábamos a las tres mujeres que tutelaban a ese otro niño supuestamente rico, el Tita-tita. Julián el de los tebeos americanos, tebeos extensos y de tamaño grande, tanto como los de "El Pequeño Luchador". Efectivamente, Julián el de las ingentes, enormes y deslumbrantes posesiones: juguetes a elegir, estampas de bellos colores, lotes de canicas (¡) a puñados tintineantes, mecanos, trenes y aeroplanos. Aeroplanos de todas las clases o modelos. La artillería más hermosa del mundo entero estaba allí representada, con soldados dispuestos a todo, y bajo diferentes banderas. Y álbumes y estampas, y botes de cola y recortables de cartulina. Aunque ahí no terminaba la dotación.

—¿Y las bicicletas?

—Las bicicletas y los patines; el yugo y las flech...

—¿El yugo y qué más...

—No, no: el arco-co y las flechas.

—¡Aaaah!

Todos aquellos sugestivos y coloreados artefactos los tenía Julián amontonados y revueltos en el cuartucho del patio trasero, junto al excusado exterior, la pila de lavar y ¡una ducha! Y también en el trastero habilitado bajo las escaleras que conducían, en el interior de la bonita vivienda, a la segunda planta.

La abuela de aquel chico de voz aflautada e insegura —quizá porque no tenía muchas ocasiones de usarla, perdiendo el referente sónico— andaba siempre requetepeinada y solemne, silenciosa y como levitando por entre las cosas. Siempre se la veía con aquel quimono verde y floreado de rosas doradas, muy parecido al que vestían algunos personajes femeninos de los cromos de Fu-Manchú. Era guapa aquella señora, leve y silenciosa, atildada, alta y distinguida y como de porcelana. Igual de distinguidas y hermosas eran sus tres hijas, a saber: la mamá del chico y sus dos hermanas. Aquellas mujeres hablaban castellano y nunca levantaban la voz. Su manera de estar en casa —allí confinadas, pocas veces en la calle; si acaso, alguna vez, la de menor edad—, su ir y venir por las limpísimas y ordenadas estancias, les adscribía a una forma de vida resueltamente distinta a la llevada por otras familias pudientes que pudiéramos conocer. Dejando o no de lado la cuantía de los elementos con que se pretendía que Julián se distrajera —y se conformara, claro, no jugando en la calle con los de su edad—, no se podía saber de qué vivía aquella familia, o cómo iba tirando. ¿De qué vivía grupo tan aparente, sin un varón adulto que le proporcionara soporte económico? ¿De bordar y bordar en aquel apacible cuarto de estar, encendida la luz eléctrica y corridas las cortinas que daban al exterior...?

—El padre de Julián vive ahora en Madrid.

—El padre de Julián es artista de cine.

—¿De españoladas o qué?

(La "españolada" más chusca —y quizá de mediocridad fatal entonces— ya se había producido en el periodo que iba del año 3l a marzo del 39, con los actores al uso en ese penoso periodo, a saber y en río revuelto: Largo Caballero, Gil Robles, Bloque Nacional de Calvo Sotelo (votarle, según la Iglesia española, era como votar a Cristo), Alianza Obrera, Martínez Barrio, Izquierda Republicana, PSOE, Partido Obrero de Unificación Marxista, JJ.SS., Partido Sindicalista, Salud y República, el Comintern, **Acció Catalana Republicana**, la JAP, disolución de las órdenes religiosas, reforma agraria, Indalecio Prieto, la CNT, la Iglesia española, Partido Galleguista, Falange Española, PCE, **Unió de Rabassaires**, la revolución de Asturias, Sanjurjo, la FNTT de UGT, «comed República», 10.000 braceros despedidos, Portela Valladares, PSUC, José Antonio Primo de Rivera, «Odio a muerte a la burguesía criminal», Azaña, devolución de bienes confiscados a los grandes de España, Juventudes Libertarias, Salud y República, Fermín y Galán, **Partit Nacionalista Republicà**, Vidal y Barraquer, «España ha dejado de ser católica», Belarmino Tomás, **Lliga de Cambó**, Guardia de Asalto, **Unió Socialista de Catalunya**, general López Ochoa, los 1.000 muertos en represión de la revolución de Asturias, Juan March, PNV, banderas de la Legión, Casas Viejas, Sánchez Mazas, el palio y los obispos, Oriol, Franco bajo palio, amnistía a 25.000 presos políticos de la revolución de Octubre, Coronel Yagüe, la Guardia Civil, Alcalá Zamora,

descontento de los militares y sus conspiraciones, el Carlomagno imperialista de los señoritos falangistas, Fal Conde, disolución del ejército, Chapaprieta, Zozaya, disolución de la Guardia Civil, Agustín de Foxá, la Sombra bajo palio, la UME, Santiago Carrillo, la Sombra y el palio, el SIM, los tabores y banderas de Regulares, Dionisio Ridruejo, la Sombra, **Catalunya**...) ¡Y todo ello sin tocar la génesis y sostenimiento de la francmasonería en el solar ibérico, que ya don Benito Pérez Galdós —íntimo del alienista Esquerdo Zaragoza— había atacado en graves parodias en «El Grande Oriente»...!).

CAÇIM BOCAYO Y AL-ACTAR

Aquel botero, Al-Actar, subía a lugares de la montaña alicantina cuando había demanda en general de odres para el aceite y también cuando las mujeres del estraperlo se los pedían para trajinar con aceite de oliva oculto, que trasladaban desde unas poblaciones a otras. El artesano se abastecía de pieles de cabra en el matadero de Alcoy. De allí regresaba dos días después con una docena de éstas, puede que sólo con ocho o diez. Para tan espaciados viajes se servía del favor de los camiones que llevaban el pescado a los mercados municipales de aquellos pueblos, y siempre aportaba unos pocos duros para el chófer del esforzado vehículo, y aquel hombre se sentía bien correspondido. Buscaba el botero conseguir pieles de ganado caprino de origen extremeño, de un grosor y tamaño que los pocos ganados de nuestra ciudad no proporcionaban..., aunque los carniceros locales pretendían que las pieles que extraían ocasionalmente para odres cumplían más que bien las exigencias del botero...

Se procuraba que las pieles ofrecieran la posibilidad de dar dos mitades de capacidad entre veinticinco y treinta litros cada una, un peso que las mujeres podían manejar en sus asediados viajes estraperlistas a lo largo y ancho de la comarca. Si aquéllas daban para odres de una cabida superior a los setenta litros, eran destinados a cueros enteros para transportistas o comerciantes en aceite. Este tamaño de la piel era importante en una segunda fase, porque un par de años después, el botero se la compraba al industrial aceitero, los curtía y empegaba y quedaban convertidos en corambres destinadas al transporte y almacenaje del vino. En ese último empleo o dedicación podían estar cinco o seis años. Aunque, a menudo, y con el ajetreo del transporte diario, a los odres se les tenía que ir echando algún que otro remiendo, de poca o mucha importancia.

Cuando uno de los cortantes o matarifes de nuestra ciudad —había varios, tres o cuatro— aparecía por nuestro taller portando a la espalda su consabido saco de esparto con algo dentro, parte del mundo laboral vecino de la botería comprendía que se acercaba un enrevesado y sobreabundante proceso de sabrosos cruces argumentales. Lo triste y embarazoso del encuentro residía en que nacía de una inopinada —a veces, incluso no deseada— oferta del carnicero y no de una demanda del artesano de los odres y las botas. Oferta... sin demanda.

—Mira, botero —comenzaba Caçim el carnicero, y comenzaba mal—, te traigo una piel tan buena como las que tú adquieres en el matadero de Alcoy. —Alto él y algo cargado de espalda, dejaba que aquella materia movediza y casi reptante se deslizara hasta el suelo desde el interior del saco. A renglón seguido —y eso era como un ritual de apoyo a su embajada—, sacaba la petaca y desarrollaba la industriosa práctica de liarse un cigarro. Porque se avecinaba una batalla mercantil de antiguas raíces y de sonados y melancólicos combates. El mar contra el roquizo litoral, ciertamente.

El interpelado aún tardaría un poco en dejar lo que tenía entre manos, habitualmente el cosido de una de las botas para vino, o el empegado de otras, enfrentado cauta y hábilmente al burbujeante hervor de la pez puesta al fuego del hornillo. (El hornillo también era obra del botero: un pequeño bidón de hojalata recubierto interiormente de arcilla —de grosor de unos cuatro centímetros— y dotado de una rejilla metálica a un tercio de la boca del que fuera envase de pescado salpresado. Sobre este entramado de alambre se disponía el carbón vegetal, enriquecida su combustión por el aire que penetraba por el orificio rectangular abierto a ras del fondo del bote. La pared arcillosa del interior preservaba eficazmente al metal del calor que generaba el combustible, y la parte superior de este continente quedaba con la arcilla biselada para que la lata de la pez descansara equilibrada sobre la llama. Ambos recipientes, hornillo y depósito de pez, procedían de envases usados en la industria local de salazones, que era la misma que suministraba pescado fresco a los ya señalados pueblos de la montaña).

—Esto es —replicaba muy tranquilo el botero— lo que tú llamas una buena piel, una piel de categoría..., Caçim. —Se contenía al no ironizar sobre si aquello, tan negro, no sería la piel de un gato. Ya en una ocasión lo había dicho burlonamente... y a Bocayo no le había hecho ni la más mínima gracia. De modo que... de gato, nada de nada en adelante.

El guión parecía diseñado desde tiempos inmemoriales, y cualquier avezado a estos encuentros —aunque se daban de uvas a peras— podía anticipar no solamente el final, sino también sus debidas inflexiones, decaimientos y recuperados fervores. Pero había una base real y dolorosamente constante: el material que ofrecía Caçim —y el que trataran de vender de cuando en cuando los demás matarifes locales— no podía compararse en calidad y prestaciones al proporcionado por los mataderos de la montaña. Eso era así, sin vuelta de hoja. Y lo sabían los dos actores del previsible tira y afloja. Pero Caçim tenía que luchar en su exposición, como si, además de conseguir buen precio para su producto, reclamara cierta consideración por la habilidad suya en sacar entera la dichosa piel de cabra, siempre de pelambre negro. Porque ese su empeño sólo lo practicaba muy a la larga, deslumbrado por el tamaño de un animal que a él le parecía fuera de lo común en su ganado: "Ésta

la sacaremos para el botero", se habría dicho muy ufano. Muy ufano y, al mismo tiempo, desarmado por los consabidos y contundentes argumentos del impasible artesano botero... De modo y manera que, al encaminarse hacia el taller, ya mostraba su evidente consistencia de víctima.

Llegado ese momento, de suprema pesadez en algunos casos, Al-Actar arremetía al cortante con el arma disuasoria de mayor contundencia a su alcance. Sacaba de la parte trasera del taller una piel de mucha presencia y de un peso difícil de negar: una piel, quizá dos, de pelo negro con grandes áreas de cerdas blancas, gruesas y largas. La muestra era imponente y sin necesidad de énfasis alguno. Ella misma era su demoledor argumento.

—Mira esto —proponía Al-Actar a Caçim —. Sopesa esta piel; sopésala y comprueba su grosor. —Caçim era un temerario. Un temerario al que de pronto le daba la tos, adelantándosele unas pocas lágrimas.

Así desarbolaba el botero a la otra parte contratante, y ya tenías al aludido con la tensión de estar ante lo mismo de siempre: la redundante especulación con desenlace conocido y naturalmente adverso para él. Y era que el maestro botero, su amigo de toda la vida, acababa de extender la piel de caprino extremeño en el suelo y con la pérfida idea de superponerle la que traía del matadero local aquel Bocayo. Y se evidenciaba palmariamente la chillona diferencia de tamaños. Pero Bocayo hacía como que no captaba el pretendido contraste, pensando seguramente que ¡cómo no iba a haber diferencia, si la del botero era de una cabra de Extremadura, tan rematadamente espectaculares ellas! A Caçim sólo le quedaba invocar, y él lo sabía lo sabía para todas las veces—, la abnegación local por ofrecer al botero la ocasión de ganarse unas pesetas sin tener que subir a los pueblos de la montaña. Y por eso añadía... aquello que solía añadir siempre a esas alturas de la contienda:

—Seguro estoy, y más que seguro, de que esta piel —refiriéndose a la exhibida por Al-actar— te habrá costado el doble de lo que siempre me pagas por las mías, botero...

Decía aquello con público ya a las puertas de la botería. Los trabajadores de los talleres restantes —muy atraídos siempre por las labores de nuestra artesanía y de la casuística derivada— ya habían acabado con el bocado de media mañana y algunos liaban su cigarro de hebra sin desatender el desarrollo del trato. Escuchaban cómo Al-Actar invitaba a Bocayo a subir un día con él a la ciudad de Alcoy para percibir el multitudinario y activo ambiente del matadero, la panorámica deslumbrante de los ganados... y los precios que allá regían, duro arriba, duro abajo. ¿Qué más podía hacer el botero con aquel recurrente asunto de las calidades y los precios?

Bocayo, ya se suponía, no subiría nunca a Alcoy, y, al tiempo que expresaba un ligero desdén ante la propuesta, ponía la mano para recibir los siete duros que

el botero le entregaba, aunque con el propósito de dejar el obrador exhibiendo una disconformidad que pareciera difícil de sobrellevar. A su vez, y como en escaramuzas similares a lo largo del año, el botero había conseguido que esa fijación del precio digamos estacional marcara la pauta o referente para tratos ulteriores... Ya Bocayo se despedía tácitamente de la concurrencia, y señalaba explícitamente que, como siempre, con aquel artesano no había forma de hacer tratos mínimamente satisfactorios... Y allá se iba con los sucísimos y deteriorados siete duros en el bolsillo, más que indiferente ante las graves adherencias de porquería y microbios que aquel papel moneda exhibía en su inducida situación...

* * *

Pese a la extrema dificultad para reconocer a Jaime Balmes en una cara y qué ciudad amurallada venía impresa en la otra, aquel dinero seguía siendo de curso legal. En otros billetes de cinco pesetas, por contra, todo el mundo instruido —qué zona tan desértica aquélla— podía descubrir el Palacio de Bibliotecas y Museo y, por el otro lado al monarca Alfonso Equis el Sabio. Seguramente porque la Fábrica de Moneda y Timbre (¡) habría recargado más las tintas en este papel, que le valía un duro al portador.

—Al portador de la tuberculosis y demás miserias.

De las novelas del Oeste firmadas por Estefanía y Fidel Prado también se predicaba que transmitían enfermedades, y no era para menos, a la vista de algunos ejemplares en los quioscos y tenduchos. Su diario y enfebrecido pasar de mano en mano tenía que acarrear aquel oscuro agregado de suciedad, resultante de la miseria y casi obligada falta de higiene que padecía un extenso y doliente sector de la población. (Había novelas en circulación a las que, años más tarde, recordaríamos amedrentados como soporte generoso de intuidas poblaciones patógenas, tal era la acumulación de basura que habitaba, por lo menos, en sus tapas. Se hacía difícil, como en algunos billetes de banco, distinguir la ilustración de aquéllas, incluso saber al pronto si eran novelas del Oeste, del "Febeí" —como pronunciaban algunos las siglas FBI— o de Corín Tellado).

—¿Te acuerdas?

—No, yo no. Yo leía las de "El Coyote".

Podía ser temerario tener aquellas novelas en las manos y no lavárselas uno después con agua y jabón. Selim sólo se llevaba del quiosco las menos repelentes, y a riesgo de haberlas leído con anterioridad. Su vida al aire libre quizá le indujera a esa repulsión, inexistente en otros lectores. Las autoridades sanitarias —según se

había leído alguien en el periódico— estaban dispuestas a detener la circulación de aquellos productos editoriales por el peligro que entrañaban para la salud pública, sobre todo en el seno de la clase obrera.

Los tebeos, sujetos a intercambios más limitados, no acarreaban porquería visible. En casa nos permitían los trueques al uso. Los cuadernos que manejábamos provenían de compañeros de la escuela o de juegos en el entorno inmediato, constituido éste por familias modestas pero nada sospechosas de abandono, suciedad o enfermedad contagiosa. No obstante, para que al niño Julián no se le ocurriera admitir nuestros tebeos, tenía a su completa disposición un extenso contingente de publicaciones procedentes, al parecer, de un mundo ni siquiera imaginado por la gente del Guerrero. "Me gustaría que vieras esos tebeos", le decía yo a Selim, aquel pastor tan amigo nuestro.

—¿Y no te los presta?

Ni me los dejaban llevar a casa ni que yo le prestara los míos (¡). Y la culpa era de los microbios, una cosa que nadie había visto jamás, salvo alguien como el famoso y muchas veces mentado Ramón y Cajal, al parecer. Ese trato se lo tenían muy expresamente prohibido a Julián. La primera vez que accedí al patio delantero de su casa —que era un chalé, o creíamos que lo era—, su tía de las gafas se asomó por la ventana del comedor... y me prohibió, creo que con mucha dulzura, que llevara allí mis tebeos si alguna tarde iba a jugar con su sobrino.

—¿No sabes —me avisaba—que pueden transmitir enfermedades? —Y cerraba la ventana herméticamente.

Con respecto a ciertos alimentos de los pocos disponibles también se recomendaba andar alerta. La instituida y bien asentada familia de los sucedáneos permitía manipulaciones inimaginables, al decir de gente que se movía fuera y lejos de nuestra pequeña ciudad, personas que contaban con abundante repertorio de sucesos fraudulentos, incluso criminales, contra la salud pública. Un ejemplo era el del azúcar blanco. En la tienda, un viajante de comercio daba cuenta de él. A una tendera de un barrio de Tarragona le habían colocado cinco paquetes de a kilo a un precio bastante bueno, quizá demasiado. Cuando la hija mayor de aquélla abrió uno de ellos —relataba el viajante—, advirtió que el contenido de la mayor parte del envase era vidrio minuciosamente picado.

—¡Y lo mismo había en los otros cuatro paquetes, señores! ¡Lo mismo, vidrio picado!

Un caso igual había acontecido en nuestra ciudad. "Eso mismo —explicaba Selim al forastero en el pequeño comercio aquel— le hicieron a una tendera de aquí con dos paquetes que compró".

Todos estábamos de acuerdo al admirar al astuto defraudador por su habilidad para medrar en tiempos tan desangelados y amargos.

—¡Cuánta pillería, señores! —suspiraba el catalán mientras se aflojaba el nudo de la corbata en acto reflejo—.En fin, señores, que hay que andar con los ojos bien abiertos... y conformarnos con el malte y el azúcar moreno, si es que lo hay. ¿No les parece?

—¡Malte y que no falte! —ironizaba nuestro vecino el herrero al escuchar el caso de boca del pastor, y seguramente pensaba en la harina hecha a base de pieles secas de naranja y el tabaco procedente del ampuloso sistema foliar de las patatas, que eran sus hojas.

—¡Sistema foliar, qué barbaridad! —se dirían algunas, creyendo que se estaba mentando algo más bien obsceno...

* * *

Había otra labor, muy curiosa, que el maestro botero llevaba a cabo en su taller sobre todo en meses invernales, recolectada ya la cosecha de aceituna y envasados los aceites en casas rurales, almazaras o almacenes. Era el ya apuntado y consistente en dividir en dos un pellejo, echarle las costuras y disponer aquellos dos envases iguales para las mujeres que practicaban aspectos del estraperlo. Mujeres de la comarca litoral y de los pueblos inmediatos de la montaña venían al taller a adquirir alguno de aquellos reducidos continentes, muy proporcionados a sus fuerzas físicas y tan adecuados para pasar desapercibidos ante los agentes destinados a vigilar el tráfico estraperlista en caminos, autobuses y trenes. Porque su volumen, el de un peso de quince o veinte kilos de aceite, se disimulaba bien en el interior de un capazo grande de los de palma. La necesidad y la urgencia por sobrevivir estimulaba y mantenía la energía en aquellos maltratados cuerpos de mujer, amas de casa muchas de ellas, con o sin sus hijas en el ejercicio, trajinando para sumar algo que comer a lo aportado por los varones en su trabajo, estable o no. Caminos, sendas, carreteras y trayectos ferroviarios serían testimonio, a veces harto dolientes, de tanto esfuerzo, de tan cruda erosión de la dignidad corporal y de un perpetuo tira y afloja al borde del desmayo, del abandono... Y con el más que razonable miedo, o terror, a los fiscalizadores del Gobierno Civil.

Una mañana de lluvia intensa y ventolera caprichosa, y con aparatosa concurrencia femenina en el taller, dominaba allí la gran algarabía de varias mujeres estraperlistas a la espera de las pieles que el artesano se esforzaba en tener listas. Afuera, el cielo descargaba una lluvia pertinaz entre relámpagos y espasmódicos truenos mientras las mujeres practicaban el relato plural de las diarias incidencias en el ejercicio del estraperlo. Terminaba Al-Actar dos de los encargos bajo la pobre luz del bulbo eléctrico, sin que la lluvia permitiera, por abundante, que las mujeres ya servidas abandonasen el obrador. Los restantes encargos, hasta tres, los

acabaría el botero en una media hora. Dos de las mujeres ya preparaban el dinero para pagar lo suyo. Extraían los penosos billetes de una pequeña bolsa de tela, de cabritilla posiblemente, que llevaban colgada del cuello, y entre sus pechos, como si de un escapulario se tratara... En ese momento, y sin dirigirse a ninguna de las presentes, el maestro botero andaba murmurando algo ininteligible... Al mismo tiempo, miraba y remiraba aquí y allá, apartaba pieles, buscaba en el suelo detrás de los dos fuelles de palanca ... y ya había suscitado la atención de las personas que allí esperaban charlando. Y, de pronto, se había hecho un silencio total en el taller.

—¿Pasa algo? —La que preguntaba era una joven de unos treinta años, muy locuaz y arriscada ella, temiendo a su vez la demora para con su encargo... y pérdida consiguiente del tren de las once y cuarto—. ¿Qué ocurre?

Con el imponente silencio reinante, Al-Actar ya no se demoró en manifestar, quimeroso y aún rebuscando alrededor, que había desaparecido una de las pieles. Y en seguida se miraban las mujeres como interrogándose unas a otras, y aparecía la grave pluralidad que consigo lleva la sospecha cuando son varios y presentes los sujetos sobre los que puede recaer. Se había complicado todo de repente. Espontáneamente, las mujeres allí a la espera mostraron la vacuidad de bolsas o capazos de su propiedad, en cuyo seno estaba lo que tenía que estar y no la piel que faltaba en el taller. A continuación, una de las que esperaban recibir pronto su encargo cruzó unas palabras con el maestro del taller. Después de ello, aquella mujer salió a la calle bajo la lluvia. (Casi una hora antes, y mientras llovía a cántaros, una de las estraperlistas había abandonado el taller bajo truenos y relámpagos tras pagar muy apresuradamente lo suyo... y luego de haber ido al excusado del patio. ¡Qué prisas! Ésa podía haberse llevado la piel que faltaba. Era lo que la joven estraperlista había comentado con Al-Actar, haciéndole ver que a la hora en que aquélla abandonaba el taller no llegaba tren alguno a la ciudad).

Escasos minutos después de llamado el jefe de los municipales desde el teléfono del los mecánicos, entraba éste en el obrador, cerraba su paraguas con cierta dificultad y recibía del artesano la versión del suceso.

—Vamos a ver, botero, si solucionamos pronto este asuntillo —dijo. Se le informó de que la mujer bajo sospecha, y desafiando a la intensa lluvia, había salido al patio de nuestra vivienda para ir al excusado bajo una lluvia intensa.

—¡Salió cayendo un diluvio! —repetían dos de las mujeres, que, lógicamente, deseaban que todo aquello se aclarara cuanto antes, algunas para poder coger el próximo tren hacia Denia.

Dijo Al-Actar al municipal al que llamábamos Hamet Zénete —¡qué cerca estaba aquella mañana, qué cerca!— que la sospechosa había amanecido en el taller con la pretensión de llevarse dos pieles..., cuando la semana anterior solamente había encargado una. Y no había sido posible complacerla. Antes de marcharse, el

cabo cruzó algunas palabras con la joven estraperlista que le había telefoneado. Y a continuación abrió el paraguas —entonces sólo lloviznaba—, plantóse en el umbral y se despidió de todos. Un solo segundo después volvió atrás y, dirigiéndose a las mujeres, les dijo que podían marcharse si era su deseo. Las tuteaba porque las conocía a todas. Era el tuteo asimismo de quien asume que todo el mundo tiene derecho a ganarse la vida, y no se inmiscuye en los trajineos, poco menos que heroicos, de las mujeres en lucha por ayudar a la familia a toda costa.

Muy poco antes del mediodía, ya con el sol limpio de nublados, y con el fresco posterior a la lluvia, el botero, malhumorado por el asunto del hurto —en ello había perdido las ganancias de la jornada—, echaba un remiendo a un odre de vino, lista el agua casi hirviendo sobre el hornillo. Trataba de colocar una botana —parche de madera, circular, y acanalado en su perímetro— al orificio que el envinado pellejo presentaba en su piel a un palmo corto de su panza. El agua caliente reblandecería la breve zona afectada —un alambre o un clavo la habrían perforado—, sobre la cual se implantaría la botana. Ésta recibiría en su perimétrica acanaladura varias vueltas de hilo, siempre de cáñamo, anudado fuertemente, de modo que la superficie de madera quedaba formando como un parche o botón en la del cuero. (Botanas las había de todos los diámetros, como se puede suponer, y muchas de ellas provenían de pellejos que, ya cortados para hacer botas del llamado "odre viejo", servían para echar remiendos a otros). El apaño de aplicar el parche se hacía con el concurso de una gran alcayata que sobresalía unos cuatro centímetros de la pared. Allí se fijaba el hilo y, tirante, se insertaba en la acanaladura apretando a conciencia. Los boteros se servían de húmeros de cabrito para enrollar en su parte central el hilo a utilizar, porque la expansión que el hueso presentaba en sus dos extremos ayudaba a que el hilo no resbalara en un sentido u otro. Eran útiles de cuya antigüedad y tradición centenaria nadie dudaba.

Mientras se aplicaba aquella botana al cuero, ya viejo y con remiendos anteriores, el cabo Zénete irrumpía con toda naturalidad en el obrador. Dejó su tarea Al-Actar al verle allí, pero aquel Hamet nuestro, el de nuestra pandilla, le hacía un gesto con la mano para que no dejara su trabajo. Con la derecha, y envuelta la pequeña piel para aceite en una página de periódico, el cabo la dejaba sobre la mesa del taller. Y , con cierto tipo de sonrisa, decía:

—Nada, nada, botero. Esta mujer salió a tu patio y en el excusado se enrolló la piel a la cintura. ¿Qué te parece? Unas cuantas lágrimas y asunto terminado. —Hamet era observador, y sabía con cuánta dedicación y probidad actuaba el botero, al que sabía muy trabajador y con manos sabias. Y no podía negarle su mejor colaboración.

Sin soltar completamente el cuero que sostenía contra la pared, volvióse Al-Actar para expresar su reconocimiento al municipal por su diligente y rápida intervención, pero apenas si pudo ver la espalda de quien lo había resuelto todo. Y tuvo

que gritarle su agradecimiento. Ése era el respetable Hamet, tan supuestamente inaccesible como expeditivo y servicial. ¡Y cuán injusta a veces la gente con sus juicios sumariales! Aquel "Zénete" (según la prosodia de mi pandilla) operaba sin algaradas, con eficacia y sensatez, recurriendo a su experiencia de conocimiento universal del medio humano en que discurría su vida. Ésa era la predisposición que le conocíamos, un verdadero hallazgo aquel su modo de cumplir con los cometidos encomendados por la autoridad local correspondiente. Su personal metodología no nos parecía afectada por el clima de miedo y revanchismo de aquellos tiempos, y, además, nadie conocía la correspondencia que el municipal pudiera esperar de los beneficiarios de sus actuaciones: no se le conocía exigencia que fuera más allá de percibir su salario. Su comportamiento no registraba ninguna impregnación que le convirtiera en sospechoso de intereses espurios... Y esa cualidad —entonces tan singularmente extraña— resultó que a nosotros se nos vendría a confirmar, con otros detalles suyos, mucho tiempo después...

LA SEÑORITA DEL PAN BLANCO

Casos como aquel del hurto resuelto eran como lluvia sobre mojado. Confirmaban la existencia de un ambiente social miserable, mundo de necesidad en el que la presión de la circunstancia creaba casuísticas tristemente humillantes, tristemente repetidas en la esperpéntica pugna por vencer las adversidades puestas a la supervivencia. En esa lucha por sobrevivir, la gran parte de la población se implicaba, quisiera o no, en la búsqueda tenaz de medios para el sustento básico, yendo a trapacerías y triquiñuelas con que aminorar las persistentes carencias diarias. Y no era extraño que algunas personas se dejasen llevar —¡qué remedio!— por rutas que se les antojaban productivos atajos. Otros se resistían a recurrir a las artimañas que la necesidad sugería, aplazando ese recurso mientras hubiera opción de luchar con otros medios. Pero serían las mujeres las que abrieran brecha considerable echándose a los caminos con las cantidades posibles de pescado salpresado o seco, chocolate y sabrosísimos panes de higo que cambiar por legumbres, trigo o quizá aceite y harina en su merodeo por localidades más o menos lejanas, bien del litoral alicantino del Norte, bien de pueblos de su montaña. Tan ajetreado y perseguido trajín requería fatigosos desplazamientos en tren, algunas veces sólo en el trayecto de regreso a casa, cuando las materias obtenidas en el trueque —¿quién disponía de moneda?— sumaban pesos difíciles de acarrear por su magnitud. El sobresalto era continuo, porque la información que recibían esas amas de casa a veces con sus hijas, o éstas mismas en solitario— se basaba en prolijos rumores, en atisbos y señales difíciles de confirmar... hasta que se producía, o no, la intervención de los agentes del gobierno provincial. Nunca se sabía qué podría esperarles al final del trayecto ferroviario, o en el mismo interior del convoy ante las suspicaces inspecciones. No pocas veces, al descender del tren las implicadas en el estraperlo del aceite, las lentejas, el arroz u otros granos, tenían que deponer su clandestinidad por la violenta e inmisericorde presión fiscalizadora. Y quedaban los andenes como avergonzados de legumbres pisoteadas, de arroz o lentejas, con la patética evidencia de aceites de oliva derramados por los suelos, luminosos los vidrios de alguna que otra garrafa rota junto a envoltorios de lo retenido y confiscado en aquella barahúnda de frustración y de pérdida. Y en esos casos, ¿qué era lo que habían llevado a casa aquellas mujeres perseguidas? Lágrimas y más lágrimas de desesperación. Más el terror también de saber con seguridad que aquello se podía repetir cualquier otro día...

Cuando se podía, las estraperlistas se desprendían de gran parte de su carga —la más evidente por su volumen y peso— a lo largo de la línea de la huerta y a poco más de un kilómetro de la estación ferroviaria. Los fardos de mayor entidad eran esperados por sus familiares, que permanecían agazapados entre los cultivos y el arbolado junto a los raíles, quizá también en determinados sifones de las acequias del riego. Allí estaban el marido, o los hijos aún niños, cualquier pariente, grande o pequeño. Aquellas mujeres volvían de pueblos agrícolas en donde se podría obtener algo de lo mucho inexistente en la población de origen. Ocupados sus cónyuges en trabajos de hilatura del cáñamo, en la pesca o en tareas de aparcería en otros casos, eran las amas de casa y sus hijas mayores la fuerza que se echaba a recorrer las comarcas linderas por traer al necesitado hogar el alimento posible y alternativo, muchísimas veces núcleo obsesivo de un deseo angustiosamente aplazado...

Por entonces, cuatro o cinco comestibles componían el sustento corriente cuando lo había, y la imaginación de la cocinera, tan despierta y resignada ella —y más que atribulada—, no daba más de sí para combinarlos y, a poder ser, agrandar el volumen de las raciones. (A veces se saldaba parte de la hambruna a base de la gacha de harina, si había de esto. Se dejaba caer sobre el escaso aceite de la sartén al fuego, barajando aquello para obtener unas tortas que masticar o mojar en el sucedáneo del café. Malte y que no falte. La misma harina en agua podía ponerse a calentar con unos cuantos dientes de ajo como invitados..., y llenar, o casi, el buche de unos pocos). Había, pues, que patear los caminos, llamar a determinadas puertas, muchas veces siguiendo a pie la propia vía del ferrocarril, quizá con el niño de cuatro o cinco años de edad y la hija mayor. Se husmeaba por doquier y en ruta, atisbando las algarrobas residuales, mirando en los morales silvestres o en la escueta y sobria higuera del piedemonte... Bajo luminosos azules celestes, al diáfano y oloroso aire del anochecer, la vuelta al Sur de la comarca aún podía darles ánimos y fuerzas para superar el cansancio, para soportar la vacuidad del estómago, la rigidez de los músculos...

—¿Y de dónde venía el trigo para el pan, si se puede saber?

—¿El trigo llamado bornero?

Se iba una al pie del Benacantil, donde su tía, y dejaba allí dos pastillas de chocolate, o tres. De vuelta a casa, traía unos cuantos panes, más de dos —sobre un salario de ocho o nueve pesetas diarios para un trabajador, el kilo de pan costaba dieciocho, porque el marido de la tía, Nicolás, trabajaba en una cementera que disponía de economato. Y no sólo era que allí se vendieran los productos a menor precio que en los comercios, sino que solía haber de casi todo lo básico. (Había casos en que mujeres estraperlistas de nuestra ciudad lo contaba Selim cuando le daba por contar de lo que sabía— amasaban la harina disponible en casa y, una vez hecho esto, se iban a otro pueblo, que así pasaba desapercibida en el vecindario

aquella ocasional disponibilidad del producto. Se subían al tren y se iban al Campello o a San Juan. Con la masa bien heñida y rodeándoles la cintura a manera de corsé —igual que hizo aquella otra mujer con la piel del aceite en el excusado—, se cocía en panes en el horno amigo, o en casa de gente conocida, ahorrándose sobresaltos e inspecciones en el trayecto del tren a la capital. Ya con el pan cocido, se iban a la capital —en operación inversa a la citada anteriormente— y los cambiaban por lo más conveniente y disponible en los domicilios de amigos o conocidos por otros productos.

* * *

Entre cañaverales, carrizos y apretadas colonias de anea, el molino era un rumoroso canto de buenos aromas, culinarios incluso. A la sombra habladora de unos chopos, alegremente trémulos como festivos molinillos de papel, los patos picoteaban y picoteaban en el suelo los mismos granos de trigo que las hormigas les disputaban... ante la mirada casi febril de quienes hacía siglos que no habían probado la carne, y cuya ansiedad se disipaba pronto por lo inalcanzable del deseo. Otra, muy otra carne, la del pecado, podía pagar, con sus complacencias obligadas, a desaprensivos que disponían la aleatoriedad de los rendimientos del grano cereal, variándolos al alza por favores sexuales recibidos. Regía aquel tipo de vasallaje —siempre había mujer que aceptaba el intercambio—, y el sinvergüenza imponía el precio de la harina añadida, que cobraba en goces carnales de la hembra que se prestaba. Y no era extraño que el beneficiado proclamara ese tipo de favores entre los machos allegados, lo cual era información muy de agradecer. ("El molino: Sigue el agua su camino; y, al pasar por la arboleda /, mueve impaciente la rueda / del solitario molino. / Cantan alegres los molineros / llevando el trigo de los graneros..."). Idas y venidas, mulos, carros, sacos a las espaldas, un trajín glorioso si no hubiera habido la escasez humillante, ni la humillante exigencia de ruines peajes, tan obscenos como comprometedores: "Tú, déjala. Ni con ésa ni con su cuñada. Que las dos han pasado ya por mi piedra..." Así avisaba el rata aquel —uno de ellos—, impartiendo, viscosamente orgulloso, su magisterio ruin de aprovechado, y que era el mismo que, ante los chicos de la rueda del taller donde hilaba, requemados y hambrientos, se permitía la aún más obscena chulería, la chulería deletérea, de engullir su helado a lametazos efusivamente sonoros. Un tipo degenerado aquél, individuo sin escrúpulos... y, al parecer, tan devoto feligrés... mientras depredaba con aquella su rijosa piedra.

—¿Acaso piedra bornera, la oscura, la que presta negror a la harina?

—Negrura ruin y sucia —sentenciaban las voces, los rumores de las personas de edad, con la acendrada amargura de visajes y gestos próximos al vómito. O eso nos parecía. Aunque nosotros, por entre la espesada neblina de las conversaciones

sigilosas y codificadas, podíamos pensar que aquello, lo que fuera, no sería para tanto..., pues aquel pan negro, tal vez ruin —de poderse comparar—, nos llegaba como una bendición alguna que otra mañana. Un pan integral abolido un día, ¡sólo uno!, por la anunciada y deseada visita a nuestra ciudad de Pilar Primo de Rivera. ¡Tantas horas de espera famélica de escolares, maestros y maestras a la orilla de la carretera general, la Carretera llamada Nueva! Y no llegaba Pilar la del Pan Blanco anunciado para el día siguiente, difícilmente imaginado. Y allí estaban las autoridades, los curas, las monjas y numeroso público espectante. Las niñas escolaress resistían cuanto podían con su lazo de papel coloreado en el peinadito pelo. Y no llegaba Pilar. Y ya perdían su compostura los escolares, niños y niñas, mientras que Pilar no llegaba. ¿Dónde estaría, dónde, aquella Pilar? (Entonces nadie podía saber —¿cómo podía saberse eso?— que la Primo de Rivera habría hecho mejor acercándose a cualquiera de las cárceles franquistas. En ellas habría visto las torturas y humillaciones a los presos políticos, hombres y mujeres, que por aquellos años se morían hacinados, sin higiene posible y subalimentados en tanto esperaban ser juzgados y tal vez fusilados por delitos casi nunca probados. Los habría visto morir por millares, con caldo de berzas o coles por rancho, incluso con el agua de beber escatimada y represaliados sus familiares... Eso si las mujeres, algunas, no eran violadas incluso por algunos jueces y falangistas, y prometiéndoles sacarlas de la cárcel... para no cumplir luego esa promesa). Los maestros amonestaban sin cesar a sus obligadas mesnadas con cierta iracundia y sonoros pescozones bajo un sol de justicia: todo el mundo, todo, sin saber cómo estarse, si sentado en el suelo o de pie, si desaparecer —¿cómo hacerlo?— o resistir. Y Pilar Primo de Rivera que no venía, y, que cuando fue vislumbrado su descapotado automóvil entre la consiguiente polvareda, ni siquiera tenía tiempo Pilar de que parase el coche ante los escolares y demás seres humanos que allí esperaban en calidad de súbditos próximos a la agonía y el desmayo. Aunque, mejor. Mejor que pasara olímpicamente de largo... ante la agostada y exangüe grey que la esperaba con la ilusión de festejar la concomitancia prometida de aquel pan blanco. Una cosa quimérica que hasta entonces solamente habitaba en la imaginación del gentío. Desfallecidos los cuerpos, y mustias, fláccidas, las banderitas, ¡menos mal que había regido aquella celeridad oficial... y se podía romper filas, ya tan deterioradas y en libertinaje fácilmente deducible! Algunos maestros, reticentes entre palabras mordidas —ellos no habían sido depurados en el Magisterio—, se volvían a casa con la clara sensación de haber estado tres o cuatro horas haciendo el primo en las herbosas cunetas de la carretera bajo el tórrido y cínico sol del mediodía...Pero, eso sí, aquella noche todos debimos soñar la blancura prometida de la insólita ración del pan del alba, sin salvado, de cuya puntualidad nadie tuvo queja razonable. Y, cuando ya masticado, paladeado y deglutido como por ensalmo, volvíamos aquella mañana a la escuela, en los terrosos suelos del vecindario de la carretera, podíamos ver los pisoteados lazos de

colorines —blanco, rojo, amarillo, azul— que estuvieron prendidos del inocente pelo de las escolares de doña María Calderón, la sofisticada maestra aquéllla. Estaban allí igual que solían quedar en las calles los gallardetes, orlas y fragmentos de guirnaldas con que en fiestas se engalanaban las calles, y cuyos mástiles aún resistían, pasados los festejos, revestidos con oleanda floridamente venenosa... y mustia.

—¿De olequé? ¡Querrás decir baladre, tío Vaina!

—¿Y yo qué es lo que he dicho, zoquete?

—Has dicho adelfas venenosas... y mutis.

(¡Las banderitas de papel de seda de colores, de cuatro o cinco colores...! Eso no podía faltar en el ornato y acondicionamiento de plazas, calles y callejas con motivo de las fiestas patronales o festejos al patronazgo menor de las barriadas. Sin ellas no había rumor o corazón de fiesta. Y caminando y corriendo y jugando bajo aquella techumbre de rizados de seda, y a la brisa que a todas las calles llegaba desde el mar, parecía que se había obtenido una victoria. ¿Qué clase de victoria, y quién podría explicarla? La fiesta del pueblo, o la del barrio, suscitaba una misteriosa apetencia de fraternidad y parabién, de saludarse y compartir aquella algarada colorista que la música y la pólvora subrayaban con demencial voluntad de festejo sin fin. Nadie quería saber que aquello iba a durar tres, cuatro o cinco jornadas, porque la gente pretendía sentirse instalada en una perpetuidad que sólo la inconsciencia deseaba que fuera real. Bajo el cielo del papel colorado y su cantinela de murmullo marino, ¿quiénes éramos todos nosotros, los padres, los hijos, los primos y primas, los abuelos y los tíos, la gente del vecindario y los conocidos, los forasteros de paso, incluso los mendigos bien informados, merodeadores de los pueblos en fiestas...? ¿Es que aquello tenía que terminar alguna vez? ¿Por qué no se podía seguir de aquella manera toda, toda, la vida..., todo un año dominguero y festivo? La comida, algo más selecta, el traje, los zapatos —luminoso el empeine con la saliva bien frotada, quizá con betún ya antiguo—, tal vez la primera corbata... Y el baladre del río, cortado y acarreado para vestir las vigas de madera que figurarían como pórticos entrañables de la calle, y emplazados de pie y en sucesión a lo largo de la misma como soportes recios de los muchos tendales de banderas y gallardetes... ¡Qué techo tan entrañable el de las banderitas y cuánta afirmación la suya de un ámbito doméstico único y para todos los vecinos en confraternidad y aproximación...! Esos días la calle era un habitáculo familiar, más intenso que nunca por íntimo su espacio bajo el polícromo emparrado del papel heráldico de la celebración. La intimidad de cada casa se había extendido y sumado en dirección al disfrute de hogar común que esos días adoptaba la calle, más recoleta con su aditamento y su techo de papel vibrátil con la brisa. Y sí, claro que sí, bajo la cobertura tremoladora de pámpanos de tantos e inocentes colores, algunos ojos

podían iluminarse de lágrima si la memoria sacaba cuentas y sumaba evocaciones recordando a los sempiternos y definitivos ausentes del vecindario. ¡Y la música, la música orlando los recuerdos, los años compartidos y ya irrecuperables! ¡La música removiendo viejas, amarillas, estampas, las fotografías de lo ya imposible y sin retorno! ¡Qué sensaciones tan extrañas, y tan crueles a la vez, bajo el cielo de oleaje de papel de las banderitas de colores! ¿Victoria? ¿Qué clase de victoria y de quiénes?).

LOS ODRES, LOS GATOS, AQUELLAS SARDINAS...

El concurso de la luz solar era básico para que las pieles untadas de arcilla cedieran su oleosa carga —tan fluida y luminosa—, a las capas de tierra, que era el secante que las boterías usaban, según ya se ha dicho aquí. Si el día de ese propósito amanecía nuboso, mejor no embadurnar las pieles, que tanto intrigaban, además, a los niños frente al taller. Algunos perros callejeros que cruzaban por allí —como si en realidad tuvieran un destino fijo a donde ir, si no huían de la estrignina municipal o el lazo— se detenían y miraban los odres... para salir corriendo perfectamente despavoridos. Inflados a presión, era probable —lo era, clarísimamente— que impusieran respeto los pellejos, sobre todo porque era difícil relacionar su adquirida forma, desbordada, con animal alguno conocido. De ahí que muy poca gente los reconociera como pieles de cabra, y porque, además, el pelo quedaba en la parte interior del cuero.

(Nuestros gatos de casa iban y venían por entre aquel singular y estrambótico ganado sin inmutarse lo más mínimo: únicamente la gata madre, por su ya avanzada edad, comenzaba a cuestionarse determinadas presencias en el taller, y no tan habituales en él. Se detenía a unos palmos de los odres en curtición, desinflados casi del todo pero conteniendo diez o doce litros de agua con tanino diluido en su interior. Desde hacía muy poco, en cuanto los advertía en la cámara trasera del obrador, tendidos en el suelo y en batería unos pocos, se paraba, muy abiertos los ojos, puede que con miedo, y emitía un sonido como de repulsa, tal vez un **vade retro**... Pero aún se mostraba más temerosa y pusilánime cuando, sin proponérselo —eso era evidente—, se daba de bruces con la terrorífica acampada del paraguas abierto y dejado en el suelo de la cámara para que soltara el agua residual de la lluvia. (Para terror o miedo pánico, el que llegaron a sentir un par de paisanos nuestros en el frente cuando, de noche y con un viento inclemente en contra, se les venía encima algo tan sombrío y movedizo como un enemigo en pena, y que, al cabo, resultaba ser un paraguas abierto dando tumbos fortuitos hacia la trinchera en donde se agazapaban). Ante aquel paraguas detenida la pobre gata, nos percatábamos de que el animal estaba perdiendo su aplomo de hacía unos años..., lo cual —dicho sea en su defensa, ya que era una cazadora infalible— no suponía que dejara de mantener en raya a los posibles ratones, ternes aficionados a roer las pieles del cabrío disponibles en el taller. Aquella gata, muy mansa, se estaba haciendo mayor, maniática y

quimerosa, y a quien la había visto regresar a casa con un pajarito en sus fauces, o con uno de los ratones del huerto vecino, le chocaba aquella pérdida de seguridad en sí misma ante equívocos visuales que algunos objetos provocaban en sus ojos...

Puestos al sol con la primera mano de arcilla, el propio aceite que empapaba la piel afluía a su exterior rápidamente, poco menos que líquido y a veces en lacrimeo brillante y ardoroso. El punzante calor solar dilataba críticamente el pellejo, cuya bien suturada boca impedía la más mínima pérdida de aire de su interior. Pronto eran retirados de la zona callejera donde incidía el sol frente a la botería. Dejados unos instantes a la sombra, perdían al momento la tensión producida por el aire recalentado. Se desataba la boca y se les inflaba nuevamente para quitarles la capa de aceitosa arcilla, que dejaría paso al segundo embadurnado. Esa capa de arcilla, como las sucesivas, se arrancaba valiéndonos de la hoja metálica de la guadaña, ejercicio suavísimo y muy breve. Se repetía la operación y vuelta el odre al baño solar. Quince minutos después había que repetir la cosa, y cada vez la arcilla secaba antes que en anteriores embadurnados porque la piel exudaba menos aceite al sucederse las capas. Y así hasta que sólo retenía en su estructura la grasa oleica requerida para que la piel tuviera un tacto suave y no acartonado. Dos jornadas de buen sol bastaban para culminar el proceso, seguramente antiquísimo en los obradores de aquella naturaleza....

(No se podía obviar el parecido de la hoja de la guadaña con los alfanjes de los sarracenos. Yo la asociaba, asimismo, a la representación de la muerte en los grabados quizá alusivos a la Revolución Francesa o algo similar en cintas cinematográficas. Y me preguntaba si, en realidad, aquel instrumento nuestro procedía de los usados en labores agrícolas... o había sido hecho directa y especialmente para curtir pieles. Mas un día regresó Al-Actar de un viaje que hizo a algún lugar y se traía una de esas hojas metálicas. La fantástica herramienta aún disponía del apéndice metálico donde insertar el astil para manejarla en el campo segando hierbas y mieses. El también cerrajero Faquí cortaría esa parte, sobrante para nuestro uso, y la luminosa dalla sería afilada en la amoladora que teníamos para eso en el patio, la de la roja piedra silícea que, merced a un pedal, giraba en un depósito de agua solidario).

Libre la piel de aquella arcilla seca, se la sometía al adobado con agua en que se había disuelto corteza de pino en polvo, la misma disolución —con ligeras variantes de temperatura— que la industria redera local empleaba en la tintura de sus redes de pesca, aunque éstas podían recibir algo de alquitrán con el tanino. Pero antes de ello había que lavar los odres de la última arcilla, cosa que hacía yo bien en una acequia de riego, bien en el mar. A continuación, y en su trayecto hacia

la reconversión en odre para el vino, había que proceder a su empegado para impermeabilizar su interior. La pez se fijaba en todo el interior agarrándose al pelo conservado, convenientemente esquilado por el botero. Si se pretendía cortarlo para botas de vino —de capacidades diferentes, claro—, no se le empegaba, porque cada una de las botas resultantes recibiría empegado individual después de cosidas. Cuando los odres de vino llegaban a viejos, el botero se los compraba al vinatero para cortarlos y obtener botas, asimismo. Eran muy apreciadas las procedentes de estos odres viejos por cuanto la pez había recibido una intensa curación en los años que la corambre había trasegado vino en medios de transporte.

* * *

La pregunta estaba en el aire del taller, en el ámbito familiar nuestro:

—¿Qué le ocurre a la gata esta? Cada vez está más rara...

—Le da miedo el paraguas abierto. Y también ese par de zapatos, y seguramente todos los demás paraguas y zapatos del mundo. (¡Cuántas pares de zapatos y de esparteñas en el mundo y cuántas otras prendas de vestir a tanta gente... en el mundo!).

—Pues nunca había hecho cosas así —observaba uno de nosotros.

—Será que se está haciendo vieja —terciaba el vinatero de la bodega del puente, aquélla de la calle Cervantes, otro ser humano que considerábamos de la familia.

Pero no sólo la "Boba" estaba en amistoso entredicho. Por otras razones, aunque crispándonos a menudo, el gato blanco aquel ya se encargaba de soliviantarnos con sus disparates, que mayormente consistían en dos. Aislado de los demás felinos de casa —grandes y pequeños—, que a lo mejor le calificaban de gato **non grato**, se iba al huerto de la señora doña Asunción del Pecado Venial y patios o tejados aledaños, para acabar trayéndose algún ratón vivo, y más bien pequeño, cuyos amedrentados ojos parecían írsele a escapar de las órbitas, todo un temblor en la boca de gato tan blanco e ignorante. Con la presa entre los dientes, el «Blanco» cruzaba corriendo el taller a toda máquina, y de súbito, y si la puerta que daba al patio estaba abierta, llegaba al pie de la higuera cruzando entre los geranios y otras plantas pretendidamente ornamentales. Allí liberaba al ratón. Parecía que aquel gato quería dárselas de cazador fulminante y feroz, además de presentarse con sus infelices prisioneros como quien trae a casa algo que comer para todos los demás, sobre todo para los más pequeños. Como si fuera tío de éstos o así —y a lo mejor lo era—, procuraba algo para ellos. A unos palmos de los geráneos, el insigne cazador soltaba al prisionero —podía ser su método—, que se quedaba rígido, muerto de miedo —eso creíamos—, aunque el gatazo alargaba su pata derecha como para imprimirle movimiento mientras que la prole de la "Boba" observaba la escena

con asombrados ojos y en sabia cautela. Parecían intuir que aquello no podía salir bien. Y, de pronto, y en el instante en que se producía el menor descuido del cazador, el ratón o supuesta presa salía corriendo vertiginosamente. La impresión que recibían el "Blanco" y los mirones era morrocotuda, y poco después el burlado por su necedad procedía a investigar por todos los rincones y recovecos del patio sin maldita la idea de dónde podía haberse escondido el sagaz fugitivo. ¿Por dónde andaría el maldito ratón? ¿Entre los frágiles dondiegos, detrás de la espesa mata del romero? ¿Habría metido su cuerpecillo por el desagüe del patio... y desaparecido bajando a toda prisa al bancal de los copudos olivos? ¡Menudo susto llevaría consigo el pobre! Mirábamos aquí, mirábamos allá, mira que te mira por delante, por detrás, arriba y abajo, en el interior de la caldera o en el artefacto de la amoladora. No queríamos que aquel roedor afincara en el patio, cosa, por lo demás, peligrosísima para él. El enigma no sería fácil de despejar, y, lógicamente, el animalito ya no volvía a ser visto en el patio ni aquel día ni más adelante. Aunque al siguiente quizá escrutábamos un poco más en grietas de la pared o los rincones... ¡Y todo por culpa del gato blanco y tarambana!¡Pues vaya negocio!

Al saber el artesano del asunto y de su desenlace —y una vez más a cargo de aquel zoquete de gato—, afirmaba muy contrariado que iba a matarlo el día menos pensado: "Tengo gatos para que no haya ratones en el taller y este ignorante me los trae de fuera ¡y los suelta vivos! ¡Será idiota el pobre! En mi vida he visto cosa igual".

—Es que no tiene picardía el gato éste —decíamos los demás en un aparte.

Y aún había algo más: el denostado parecía no ser correspondido por gata alguna conocida en el vecindario. Sin amistades de ningún género, ni dentro ni fuera de casa, de vez en cuando le oíamos murmurar algo indescifrable en tanto abandonaba la sombra para disponerse a orinar con urgencia. Lo hacía levantando una de las patas traseras y disparando su orina —¿intencionadamente, acaso?— contra la flor del geráneo más a mano.

—¿Has visto lo que ha hecho? ¡Orina como los perros!

—Orina como los perros sin necesidad de árbol o esquina. Este gato, ¡yo qué sé!

Con la gata madre había otro problema, pero algo más suyo que nuestro. Cuando llovía sobre la ciudad dos o tres de días seguidos —entonces llovía con mayor frecuencia que en décadas posteriores—, no conseguía ella encontrar un palmo de tierra seca en el jardincillo. ¿Cómo hacer, pues, sus necesidades? Con visible y preocupante desasosiego, terminaba por acercarse al ángulo del obrador donde quitábamos a los odres las capas de arcilla con la guadaña. Si quedaban restos de aquella tierra, a veces mezclada con recortes de piel y de pelo del esquilado,

allí creía descubrir un mingitorio provisional para mitigar su apuro. Con muy temerosa prudencia, mirando y remirando a su alrededor, excavaba una reducida y movediza cavidad, y, si había suerte —bondad consistente en disponer de arcilla bastante—, salía airosa y feliz en el uso del recurso, aunque la operación la llevaba a cabo como esperando que una voz humana le reprochara la elección de aquel rincón para orinar. Al terminar, olía con insistencia el producto de su desahogo para cerciorarse de cubrirlo debidamente y que no oliera. La única contrariedad visible al orinar allí se presentaba cuando veía cómo se salía el líquido de la cavidad elaborada... sin que su habilidad y esfuerzo pudieran acorralarlo con eficacia y detener su movimiento. Se desesperaba rascando sobre el cemento del suelo como si esto le procurara tierra con que abortar la libertad del líquido. Entonces, y como siempre en tales casos, se ponía muy sofocada y abría enormemente los ojos... hasta salir corriendo y como diciendo "Yo no he sido". ¡Qué sofocos!

—Con los perros y las gallinas, etc., no suceden estas cosas.

—No; con los perros, ni pensarlo. Y mucho menos con las gallinas o los patos...

—Es que los patos..., bueno.

* * *

De improviso quizá, reaparecía en nuestra menoria el número cincuenta del Guerrero del Antifaz, "El Ardid", y ese vocablo, de sobrecogedora novedad léxica para nosotros, se unía a la otra novedad: la de un pastor y su perro correteando por el bosque de aquel tebeo. Eran elementos inconscientemente deseados por los chicos porque, en relatos de aventuras y contrarios, ese tipo de cosas podía conciliarnos, digamos, con aspectos de la vida meramente civil. De modo que, con su presencia en el relato, le aportaban la verosimilitud que de éste esperábamos. (Podía ser un buen argumento para defendernos de quienes nos reprochaban —¡a nosotros!— la constante lucha aventurera y armada de los personajes, inexistente su circunstancia digamos civil y de relación con el medio). Aquel sobrevenido perro se nos presentaba como clamoroso dechado de fidelidad ciega —casi enfermiza— a su amo. Si éste, un joven montaraz y solitario, se llamaba "Lobo", el perro atendía por "Flecha". Cuando Fernando defiende a Sarita —Sara para el pérfido gañán—, derribando al arisco y violento pastor, que la estaba maltratando, el obcecado animal acude presto y ataca al escudero con ferocidad de cuidado. No tiene Fernando más remdio que clavar su puñal en el musculoso cuello de animal tan peligroso. Visto aquello, y con ira descompasada, el cabrerizo opta por retirarse del calvero del bosque amenazando con vengarse. De aquel pasaje se deducía que la cosa terminaría mal o muy mal. Pero, para nuestro asombro, y creyendo más duradera tan aguda y sorprendente enemistad, el joven cabrero caía muerto a manos

del Guerrero del Antifaz: "Cuestión de mala suerte —dijo alguien—. El Guerrero no quería matarle".

—¿Murió en "El Crimen de Lobo" o fue en "El Cerco de los Árabes?

Una vez rescatada doña Ana María de las lascivas y burdas manos de Olián en el peñón, y liberado don Luis, el Conde de los Picos, de uno de los calabozos moros ambas acciones llevadas a cabo por el cristiano del antifaz—, volvían todos en busca de los ejércitos cristianos, que venían hostigando duramente a los contingentes de la Media Luna en tierra de nadie. En esos momentos de regocijo y libertad para los rescatados y el enmascarado, éste anuncia al Conde de los Picos que va a salir inmediatamente en busca de Osmín y Fernando, sus camaradas.

"—Permitidme —objeta don Luis con prudencia— que no apruebe vuestra conducta. Yo no abandonaría a la condesita de Torres por unos... amigos.

"—¿No? Esos amigos —se ponía debidamente grave el Guerrero— vinieron conmigo para ayudarme a rescatar a doña Ana Martía, y se lo merecen todo... Hasta pronto". Su determinación, tan razonable, dejaba en evidencia las sugerencias del joven conde, que ya no insistía. Simultáneamente, el Guerrero se perdía por entre la tupida formación boscosa montando su caballo.

Nos complacía en el Guerrero saberle razonadamente inamovible cuando llegaban momentos de afirmarse en decisiones propias de su noble condición. Su comportamiento demostraba a todo el mundo —a quienes tenían ojos para ver y querían, que ésa era otra— que jamás abandonaría a sus camaradas, formaran o no parte del estamento señorial y pudiente, además de su insobornable actitud de no hacer distingos entre señores y vasallos al actuar con justicia y fidelidad a sus ideales. (Estar al lado de su amada doña Ana María, después de tanta confrontación con los hombres de Olián, hubiera sido su mayor felicidad, su premio más proporcionado. Pero el Guerrero se negaba a sí mismo la felicidad personal, o parte de ella, mientras tuviera algo que hacer por sus amigos. Y esto suponía para nosotros la seguridad de que siempre le tendríamos dispuesto a rescatarnos de situaciones de desánimo o de dolientes contrariedades. Porque a sus aventuras recurríamos a diario para deambular por un mundo mágico de heroicidades y hazañas deslumbrantes. A ese resplandor debíamos momentos felices y como sintiendo que nuestras fallidas aspiraciones perdían parte de su gravedad, su vigor desilusionante. ¡Qué sombría y con cuánta acidez la vida alrededor nuestro de no haber contado con los cuadernos de sus aventuras, soporte de ensoñaciones necesarias para los adolescentes aherrojados por tanta carencia! (¡Y qué suerte que ignorásemos lo que estaba sucediendo con el imperativo de aquella Sombra bajo el palio de la Iglesia católica que nos adoctrinaba!) ¿A dónde mirar en el entorno para ilusionarse y combatir la paralizante atonía del medio? ¿Con qué alas volar y oponerse a la tristura de seme-

jante España? Con las alas anchurosas de la admiración entusiasta por un guerrero noble y justo, prototipo de caballero recio y piadoso. Pero años después, bastantes, los posteriores detractores del héroe tendrían tiempo más que suficiente para condenar su existencia como modelo de aquella nuestra adolescencia, teorizando desde su bienestar sobre los principios ideológicos del caballero propuesto por Gago. (¿Acaso nos hubieran querido bien catequizados —más aún— y colgando de los "flechas y pelayos" de los falangistas mientras cantábamos, inocentes e inducidos, "Montañas nevadas, bandertas al viento..."?). Estos críticos se olvidarían también de considerar las circunstancias en que se daba el prototipo, ¡las circunstancias, nada menos! No tenerlas en cuenta les proporcionaba un tema ¡de estudio y de análisis social!, y despotricando.

* * *

Nuestra inclinación por tener gatos en casa y en el taller iba más allá del aprovechamiento de su habilidad cazando o espantando ratones, que así manteníamos enteras las pieles frescas —recién llegadas de los mataderos— y alejadas de la perversidad natural de los consabidos roedores. El trato diario con nuestros felinos nos deparaba no pocas satisfacciones. Adaptados a nuestro modo de vivir y al medio físico doméstico y sus aledaños callejeros, iban y venían, entrando y saliendo con toda la autonomía de que los gatos son capaces y se sabe. Contaban con el tapial, el tejado del breve excusado, la vitalísima higuera y el joven albaricoquero para saltar y perseguirse, juguetear alocadamente y medir sus cualidades de sorprender y atacar al imaginado adversario. Y todo en el ámbito del pequeño jardín. Pero su programa lúdico —nos imponíamos admitirlo— también nos parecía destructor, a pesar de su dinámica amenidad. O por ésta misma. El saldo de esa locura de acosos, emboscadas y saltos con revolcones demenciales quedaba en forma de geranios, dondiegos y plantas en general ostensiblemente maltrechos. Un frenético y disparatado embrollo que nos divertía casi en la misma medida, aunque inversamente, con que se enfadaba nuestra madre, que nos culpaba de aplaudir aquel desvarío de los gatos en ciertas tardes bonacibles.

—¡Si no les miraseis tanto! ¿Habéis visto cómo han dejado las violetas? Las violetas, la colocacia y esas macetas de ahí, volcadas. ¡No me hacen ninguna gracia, ninguna!

De aquel asunto —a nuestra madre le gustaban mucho las plantas, y a nosotros, aunque mucho más los gatos— no se podía hablar ni comentar con todo el mundo. Se corría el riesgo de que te consideraran un excéntrico, igual que si frecuentaras la lectura: un gato no era más que un gato, y parecía destinado a ser perseguido a pedradas o apartado de tu paso a puntapiés, si no le cogía alguien del rabo y lo ha-

cía volar... con el pretexto de comprobar si acababan siempre aterrizando de patas. El país no estaba aún, y tardaría en estarlo, por el respeto a los animales —ni por los libros de lectura—, algo generalizable hablando de conductas humanas. (Si no lo estaba para eso, cómo alguien llegó a creer que lo estaba, quince años atrás, para constituírse y mantenerse en un régimen político republicano? ¡Qué peligroso y doliente patinazo aquél!).

Si había cerca algún ser humano ante quien jamás hubiéramos comentado gracia alguna de nuestros gatos, o de otros del vecindario, ése era el excelente herrero Faquí. Hombre de mucho tesón y paciencia, con gran sabiduría al tratar el hierro en su fantástica fragua, era muy aficionado a la pesca con caña, para la cual tenía reconocida habilidad, como si ello fuera una extensión de su maestría forjando y componiendo en hierro soberbias piezas de belleza y utilidad notables. Como todos los trabajadores de aquellos talleres vecinos, compartía los gozosos momentos del almuerzo. Era aquélla una concentración espontánea, y consuetudinaria, de vecinos que —en corro informal, como se ha dicho ya—, engullía las escuetas viandas que cada cual se había traído de casa, tentempié culminado con la ingestión de una pieza de fruta, y a la que, en algunos casos, sucedía el cigarrillo de la petaca compartida. El herrero estaba preocupado —y también intrigado—, comunicando su malhumor de ese día al pequeño mundo reunido. El día anterior le había desaparecido casi un kilo de plateadas y brillantes sardinas que guardaba en el descubierto de la herrería. El lugar, un desordenado y arisco almacén de hierros, oxidadas rejas de ventana, barras metálicas y desperdicios en general, contaba aún con el respetable tronco de olivo que, arraigado allí, hacía muchos años que estaba seco. Al relatar la pérdida de cebo tan noble y eficaz para la pesca, nosotros enmudecimos convenientemente, viendo cómo se nos confirmaba de dónde había sacado nuestra gata el pescado que el día antes se había traído a casa... para alimentar a su prole. Se subía a nuestro tejado aprovechándose de unas cuantas puertas viejas que, adosadas a la pared de la casa, formaban una rampa de acceso a la cubierta, de tejas francesas. Subía y husmeaba por el área de los tejados en busca de caza, algo que comer y quizá alguna que otra emoción. El día de las sardinas pudo haber percibido desde nuestro patio —¡qué gran olfato el de los felinos!— el olor del envoltorio del pescado. (¡Nada menos que un kilo de **Sardina pilchardus,** el famoso teleóstomo!, que tanto sabor contenía, y más cuando Faquí la ponía ocasionalmente sobre las brasas... de la fragua. ¿Habría algo más fruitivo que el olor de ese pescado cuando asado?). Saltó entonces el animal al tejado y pasó a la zona del vecino. En un instante, y bajando por el reseco tronco del árbol centenario, se hizo con la primera sardina. Tras numerosos viajes, y creyéndose una gata inmensamente afortunada, terminó por llenarnos de sardinas el patio. Tuvo que trabajar bastante, tomándose el mucho tiempo requerido. La traslación fue perfecta. Poco después, expuesta la prime-

ra sardina a sus vástagos y runruneando para incitarles a comer, ya pudo ver que aquéllos ¡sólo sentían curiosidad por aquella materia! Solamente curiosidad. Quizá se estarían preguntando de dónde diablos había salido tanta sardina, mientras merodeaban alrededor como con miedo. Y la madre les reprochaba el desinterés..., pero sin cejar en sus viajes hasta el tesoro. Hasta que, finalmente, y dando ejemplo ella, los pequeños mordieron de aquella carne, mientras nosotros, sonrojados, nos decíamos que aquel suceso había tenido lugar, naturalmente, a nuestras espaldas... (Observado aquel comportamiento en distintas ocasiones, llegamos a pensar que al menos aquellos gatos no se atrevían con el pescado cuando se les ofrecía todo de una pieza (¡!). Lo habíamos comprobado con pescado nuestro, quizá del que nos traía Almy de vez en cuando y según la buena o adversa pesquería de la barca del cuñado. Troceado, se lo comían incluso atragantándose. ¿Una regla o una variante de comportamiento en ciertos gatos?

De aquella preciosidad de las dichas sardinas, y muy lógicamente, no se sabría nunca más, y nuestro vecino de taller se aseguraría en adelante de que su cebo no le desapareciera de modo tan ruin y fulminante. En los alrededores de aquellos establecimientos laborales había una buena nómina de mininos deambulando por todas partes en cuanto atardecía. Eran animales habitualmente hambrientos porque en las casas apenas si había sobras al mediodía, y menos tras la cena... (Eran los gatos que ya no corrían peligro frente a la hambruna de ciertos años previos, en los cuales fueron perseguidos y... sacrificados para comida humana. Una cosa que me entristecía gravemente, si alguien dejaba constancia de ello).

LA PESADILLA MÁS CRUEL

Al principio, Selim se lo tuvo bien callado, pero terminaría contándolo. Me lo relató una mañana en el taller. Dijo que dos semanas antes, una enfebrecida madrugada se había despertado con los ojos inundados de lágrimas y despavorido... porque acababa de matar a un hombre. A un tipo criminal, precisó. En el sórdido sueño que había tenido se sintió metido en algo horrendo... porque un individuo detestable, el déspota más déspota de todos, un infame sinvergüenza, bajaba la cuesta de la calle principal conduciendo su apabullante y ruidosa motocicleta. Venía sobre aquel artefacto —uno de los tres o cuatro que había ya en la ciudad—, exhibiéndose con el desgarrado y humeante petardeo de la máquina y contra el angustiado vociferio de airados vecinos, hombres y mujeres, que a esas horas se encontraban en diferentes puntos de la Plaza de la Nueva España. Se le gritaban insultos a voz en cuello, y una voz sobre las demás le llamaba asesino. «¡Asesino, déspota, suelta al animal!». Le aplicaban furiosos improperios, llamándole idiota y también criminal. Selim, que cruzaba en esos momentos por allí, acusó un violento respingo en su carne, aturdido además porque no localizaba a los que condenaban el desafiante comportamiento del cretino de la moto. No les veía... —¿de dónde procedían aquellas voces?—, hasta que fijó la mirada en la puerta de aquel bar, de nombre «La Espada». Allí vio a tres o cuatro hiladores que gritaban, y asimismo veía con claridad a hombres y mujeres sublevados contra el de la máquina..., a la que, unido por una soga de varios codos de longitud, iba atado un cabritillo. El pobre animal, patéticamente obligado a la marcha de la máquina, ya estaba próximo a morir arrastrado... mientras sus balidos de terror mortificaban a los testigos de aquella inmisericorde barrabasada.

El catalán aquel del azúcar falsificado, que salía a la sazón de la tenducha de Sancho, o de Pancho, se quedaba helado ante semejante atrocidad, y también se pronunciaba encolerizado:

—¡Aquest imbècil vol matar el cadell! Quina cosa fas, boig de merda?

Gritaba también una mujer con el cántaro de agua sobre el rodete colocado en su cabeza. «¡Suelta al pobre animal, desgraciado, suéltalo enseguida!». Su compañera, y desde los peldaños de la fuente pública, llamaba chulo desaprensivo al de la moto, que aún así se carcajeaba ante el clamor que su acción iba provocando en la vía pública. Un hilador conocido de todos, ya de cierta edad, pretendía hacer que

la motocicleta parase, y avanzaba decidido hacia su descerebrado dueño con los brazos por delante, pero tenía que echarse a un lado para no caer atropellado. Y en esos precisos momentos, y muy conforme la visión de sí mismo con la naturaleza de aquel inhumano despropósito, el pastor Algarba disparaba los dos cartuchos de la escopeta que sentía entre sus crispadas manos. El de la motocicleta salía volando del sillín de la moto justo en la embocadura del puente sobre el río, estómago y su pecho convenientemente perforados. Inmediatamente se desataba al cabritillo, que ya se moría con el corazón reventado. Selim vio en su rostro el rostro sin luz de su perro Nandi, sus ojos de vidrio fijos en los del pastor... Y lloraba su amo. Lloraba y lloraba aquel Selim. Tan patética estampa se prolongaba sin solución de continuidad, rodeado el joven cabrero por tres falangistas flechados que pretendían ayudarle, al parecer, y que le daban consejos no recordaba sobre qué asunto, aunque aquellos falangistas nada tenían que ver con lo que acababa de suceder allí. Luego Selim se veía conduciendo la motocicleta. Alguien al que creía conocer le acompañaba trotando a su lado y asegurándole varias veces que, en caso de una avería del motor, sólo había mecánicos acreditados en la capital... Al pastor eso le daba igual, y seguía su marcha en moto en dirección a Poniente... Atado el hombre muerto, el chulo descerebrado aquel a la máquina, lo arrastraba sobre el balasto de la carretera. El compungido pastor se llevaba el cadáver directamente al cuartel de los civiles...

—Me desperté muerto de frío y llorando con los ladridos de Nandi—decía Selim al terminar la narración de tan infausto sueño. Y tenía la mirada perdida. Aquella turbación se debía a que sabía quién en la ciudad había hecho algo igual dos semanas antes con una cría de cabra de muy poca edad. Cosa que, después de la abrupta pesadilla, le sería ya imposible de olvidar por muchos años que viviera, y más porque alguna que otra vez —muy pocas, desde luego— se topaba en alguna calle, y fugazmente, con aquel señorito imperialista tan dado a chulerías, un déspota fascista a quien algunos le solían reír sus sangrantes extravagancias.

* * *

Mis tiempos de escolar me parecían muy lejanos. De aquellos años me conturbaban recuerdos que tenían que ver con mi tenaz atención a los gatitos recién nacidos y abandonados bien en cualquier bancal, bien en los taludes de la carretera. También en la senda que me conducía a la arcilla. No podía soportar el hecho de verles sometidos a una muerte tan miserable, tropezando con los hierbajos y los escombros de esos sitios... bajo la inclemencia del sol y mayando, mayando sin consuelo maternal. Y no entendía yo la capacidad decisoria —porque era una capacidad— de quienes se deshacían de aquellas crías sabiendo con certeza la tragedia de su final. Yo los recogía y depositaba en un lugar que estimaba seguro. Alguna

vez hurgué en la riba —más o menos donde Almy Calet se caería una vez— hasta formar una pequeña cavidad susceptible de cubrise con algo ligero, un cartón o restos de ladrillos. Los escondía para ocultarlos de miradas, si no ruines, sí pretendidamente viriles y sin concesiones al corazón. Si me topaba alguna que otra mañana con algunas pobres crías, y ante la contrariedad de Al-Actar, me volvía al taller antes de alcanzar la mina de la arcilla para buscar un recipiente y llevarme un poco de leche —¡qué suerte si la había en casa!—, seguramente de aquélla de la ayuda americana. Restregaba sus tiernas boquitas con un algodón mojado, y así les sostenía en vida, repitiendo la operación cuantas veces me era dado. Porque la proximidad del obrador al lugar era escasa, unos treinta pasos.

Esta asistencia la practicaba cuando creía que nadie me observaba, y alguna que otra vez, descubierta mi actividad por algún rufián del vecindario —que alguno había—, tuve que luchar a brazo partido contra quien amenazaba con destrozar de una patada el diminuto refugio, y mofándose al mismo tiempo de mis conmiseración. Pero, con el tiempo y la amargura de los desenlaces —fatalmente, los gatitos tenían que morir porque no había quien los acogiera—, había que resolver tan tristes hallazgos en los mismos descampados, en el cauce seco de alguna acequia o entre las cañas de aquel maizal próximo a los soberbios algarrobos a la izquierda del Campana. Sacrificaba a los pequeños con un enérgico y certero golpe contra el suelo. Pero el recuerdo de esa ejecución me perseguiría unas horas, actualizándose en mi memoria cuando menos me lo esperaba. Mas aquella solución —me decía con resignación a mí mismo— les ahorraba sufrimientos... y me liberaba de tan ingrata situación. Mejor era cortar por lo sano, y tratar de sobreponerme. Huyendo hacia adelante, rezaba una oración para no tener que verme en aquella clase de situaciones.

EL ACEITE, LA CARBONERA, EL ESPARTO...

Si sabíamos de algún que otro suceso habido en nuestra ciudad, mayormente era porque lo referían en la botería las personas que se allegaban a ella para cualquier encargo o para charlar un rato con nosotros mientras cosíamos botas —lo más corriente o se echaba remiendos a pellejos para el aceite o el vino. El obrador apenas si registraba un par de horas sin esas visitas de amigos, gente del vecindario o de cualquier vinatero o transportista. La materia de nuestros productos o su elaboración, así como el instrumental usado, componían una gran diferencia respecto a los útiles y materiales presentes en otro tipo de taller artesano, los de cualquier carpintería, por ejemplo. En general, la botería no se parecía en nada a los establecimientos más corrientes en pueblos y ciudades, y la disparidad amable que contenía solía atraer a toda suerte de mirones. De ahí la casi constante presencia de personas ajenas al oficio, a veces mezclados con compradores locales o foráneos. Así que no tardaban en producirse conversaciones y relatos de hechos ocurridos en la ciudad o fuera de ella, además de escucharse, barajadas, las varias opiniones que esos sucesos suscitaban entre los presentes... (Muy habitual era que el taller careciera de capacidad física para tanta asistencia simultánea, intensificándose su calidad de posible y nutricio mentidero). A veces tardaba en comparecer la panacea teórica, aquella que desarrollaba impunemente las líneas maestras para arreglar el mundo para siempre, y con ello llegaba el historiado aditamento del lugar común. Sin embargo de opiniones, criterios y soluciones aportados para gestionar problemas sociales, quizá se advertía que el maestro botero nunca opinaba sobre lo que allí se cocía: seguía embebido en su trabajo y no se detenía más que para liar un cigarrillo, y eso muy a la larga. Su entrega al oficio era total, como una devoción irreversible. Seguramente, ni se le ocurría pensar que alguien de los esporádicos contertulios echara de menos su opinión sobre cualquier asunto de los tratados ante su persona.

El carnicero Caçim Bocayo —cortante o tablajero— repetiría allí una mañana lo que había oído contar a un pastor del pueblo vecino en el matadero de nuestra ciudad, allá junto al ribazo sobre el río. Se lo contaba al botero y a quienes circunstancialmente andaban por el taller, todos gente amiga o conocida.

—Botero —parloteaba Bocayo guardándose las cuarenta pesetas que por una piel de cabra se le había pagado—, ¿recuerdas si conté aquí el caso de la botella del

aceite? ¿No te lo conté? Pues lo voy a hacer ahora mismo. —Con el dinero en el bolsillo, se volvía más parlanchín y fumador, evidentemente.

(El pastor Selim, que venía por el taller de vez en cuando —pero, sobre todo, cada quince días—, también podía contar muchas cosas de las que sabía. Conocía de hechos habidos en pueblos aledaños de la sierra, sabía de enconadas disputas entre aparceros de predios agrícolas, y andaba enterado de encuentros desagradables con gente de paso que evitaba la costa y que se adentraba —como perseguidos por la ley o huyendo de represalias— por áreas de ariscos desgarros montuosos. Nos parecía que le resultaba difícil callarse mucho de lo que sabía, aunque para algunos era evidente que corría un riesgo real, puesto que, como también sabía Al-Actar, el joven pastor andaba en una abundante lista del juzgado. Si Selim no había ingresado en la cárcel provincial se debía, con seguridad, a la intervención de don Miguel. Por boca de la gobernanta del señorito, había sabido éste del embrollo en que andaba metido el muchacho por intentar desfacer el entuerto que daba al de Chavelles como uno de los autores del asesinato de la Calle Nueva. Aun siendo hermano suyo el represaliado, don Miguel —que por ése y otros dos asesinatos en su familia contaba ya con las debidas atenciones del Régimen—, se interesó por la situación del joven. El distinguido y noble caballero —el primer alcalde franquista que tuvo la ciudad, si bien por poquísimos días— no había olvidado que el padre de Selim, y durante la guerra, le había echado una mano en los trabajos forzados a que fue sometido como señorito de derechas que era. Con otras personas de su clase social en la ciudad, don Miguel trabajaba entonces y cada día en plena Plaza de la República, obligado con otros vecinos a abrir zanjas para los refugios antiaéreos, según la prevención del Comité de Defensa Especial Contra Aeronaves. El padre de Selim ayudaba cuanto podía al joven Miguel porque advertía con cuánta dificultad física se encontraba aquel señorito soltero en trabajo tan duro para su cuerpo... y porque los del Comité permitían se rebajase el rigor de la exigencia por estar recientes los asesinatos de los hermanos de aquél... Recordando don Miguel aquel proceder, se movió en el sentido de procurar que el futuro pastor quedara sólo en situación de Libertad Vigilada. Además, y como si lo acogiera bajo su tutela, poco después el dicho propietario propondría al muchacho que pastoreara una punta del ganando de su propiedad. Y Selim aceptaría, muy agradecido. (Al pastor, que llegó a reverenciar a don Miguel a pesar de verle en persona en muy pocas ocasiones —o tal vez por eso—, le llamaba la atención que el caballero tuviera escrita una obra teatral titulada "Estaba un día un pastor", aunque de su contenido o argumento nadie sabía nada en la ciudad, sólo que le fue estrenada en Madrid por la célebre compañía de la Margarita Xirgú en la década de los veinte). Un domigo por la tarde se dio de bruces con el señorito, al que esperaba su chófer para llevarle a la capital con motivo de una corrida de toros... El pastor se atrevió esa tarde a

hablarle del de Chavelles —después de un par de años pensándoselo—, contándole que aquel hombre no había tenido nada que ver con lo del asesinato. Don Miguel le puso las manos sobre los hombros, le miró unos momentos a los ojos... y le confesó que lo sabía. El cabo de los municipales se lo había revelado unos meses antes de aquel domingo.

—No te preocupes, pastor —le dijo, zarandeándole amistosamente—.Tenemos que olvidarnos de toda aquella vergüenza. De un lado y del otro.

Lo de la botellita del aceite que contaría Caçim tenía su poesía, su latido humano, y se refería a dos hombres y un zagal que, varios meses atrás, se dirigían una mañana al monte para trabar una carbonera entre los pinares de Poniente... Su estada en aquellos parajes se prolongaría varios días. La mañana de su partida emprendieron la caminata a punta de día, cuando el campanario de la iglesia llamaba a misa primera. A lomos del mulo iban los aperos, la obligada liviandad de los víveres posibles y tres raídas mantas con que cubrirse en el lecho, caso de que refrescaran las noches. A buen paso, se adentraban por entre un roquedal que tenía la forma de desfiladero. A lo largo de éste serpenteaba el terroso camino, que después sólo tenía tierras agrícolas a la izquierda, además de propincuos pinares asomándose por sobre las breves cumbres de aquella umbría y adensados en áreas donde las laderas del monte bajo perdían inclinación. De cuando en cuando, en labrantíos esforzados y centenarios, algunos olivos enseñaban su arraigada presencia, alternando con almendros, pocos, y recios algarrobos. (En el otoño, y mucho más en la estación invernal, el viento bajaba por aquellos parajes, de resquebrajadas gargantas silíceas, con furia de espadas ofensivas. Bajaba sibilante por las secas barrancadas tan pronto como el cárdeno celaje de la última luz solar se ahogaba detrás de misteriosos y lejanos montes). El sol ya calentaba contra la todavía húmeda amanecida, cuando la comitiva había recorrido ya cuatro millas alejándose de la ciudad. Mientras marchaban cuesta arriba, se desprendió de pronto una considerable roca que, cruzando ante el grupo, originaba una alborotada espantada del mulo. Despavorido el animal, y mientras uno de los hombres pretendía recuperar su ronzal, la acémila se libraba de parte de su carga en mitad del caminejo. En cuanto se le pudo reducir, se procedió a la recogida de los aperos, las mantas... y los víveres. Pero la botella de aceite para cocinar había estallado en mil pequeños fragmentos y su contenido formaba en el terroso suelo una mancha luminosa que discurría hacia todas partes. Tan preciado aceite —para un arroz con cebolla y calabaza, para fritura de unos ajos con lechecillas o cualquier otro apaño gastronómico de la época— no iba a perderse. De ninguna manera. Con las manos en cuenco, el campesino de más edad recogía el prolijo y viscoso total, introduciéndolo en el cazo que sostenía el muchacho. Después de recogida semejante mixtura, y con alguna heridilla en las manos, se las libraba sosegadamente de gacha tan preciosa como sucia y tenaz. Así

que todo el aceite, todo, quedaba confinado en el recipiente y predispuesto a ser expurgado de su acompañamiento de tierra y lucecitas de vidrio. Trepidaba entonces el corazón con el ansia de arribar a la casucha del monte —allí se consumaría el milagro de recuperar—, donde pasarían casi una semana y vigilando por turnos el proceso, día y noche, de convertir la leña en carbón...

Con el sol ya franco, y alcanzado el refugio del monte, enseguida se prendía un fuego de ramulla de olivar o de pino. (Parecía como si la casucha del monte recobrara su alma con aquel fuego, de tan reconocibles y evocadores aromas..., y sobre el cual se colocaba el cazo de la horripilante mezcla aceitosa. Simultáneamente, y del aljibe de las aguas de lluvia, se había añadido al recipiente un vaso lleno. Afuera, el mulo bebía con cierta ansiedad y visible satisfacción del abollado pozal que tenía ante sus poderosas fauces. Contando con la silenciosa y atenta observación del muchacho, que masticaba una algarroba, el aceite iba ascendiendo y se acumulaba exento —enteramente libre de cualquier adherencia— en la parte superior del negro recipiente. Flotaba ya bellamente y quedaba dispuesto a ser trasvasado a otra vasija, cosa que se haría usando una cuchara sopera... hasta reunir los tres cuartos de litro y en perfectas condiciones para ser usado culinariamente. El muchacho, que había contemplado con reverente atención el salvamento del aceite, de todo el aceite, miraba luego el panorama boscoso, interrumpido en los declives del terreno que, allá delante, caían al mar, y la concentración allí de las soberbias atochas entre los muy espaciados y pequeños pinos. Por el Sur y Oeste bajaba el monte hacia la costa repartiéndose en pequeñas elevaciones del terreno cuyo final era su linde marino, corriendo las cimas y arcillosos taludes a lo largo de kilómetros a Poniente y a Levante. Topaba la mirada, además, con hoyas que el arado había mantenido cultivadas desde siglos... porque era asunto inaplazable conseguir de aquella tierra cualquier provecho. Tan durísima apuesta obligaría al campesino, al rústico, a poner la tenacidad requerida para disponerla en bancales productivos. Así que la menor bondad del suelo terminaba por promover su abnegada roturación y subsiguientes trabajos agrícolas. Y los yermos de aquel mundo agreste e inhóspito quedaban convertidos en terrenos abancalados y tablas con rendimientos nunca despreciables. Algunas de aquellas terrazas con muros de piedra seca incluso se acercaban al límite con los abruptos desgarros litorales. Y también a la placidez soñolienta de recogidas playas y risueñas calas. (Nosotros tendríamos que ver, en tiempos futuros, cómo se iban olvidando aquellos trabajos, de qué modo se rehuía el esfuerzo continuador y se procedía a buscar beneficios pingües y rápidos para, en nombre de una nueva economía, desentenderse de aquel territorio como huyendo de una maldición. Lo harían sin ambages muchos de aquellos que estaban vivos gracias a que sus ancestros se dejaron media vida en tan esforzadas labores y contra las adversidades del medio. Pero, al parecer, había que olvidarse de todo ello...).

* * *

Si el carbón ardiendo en la cocina creaba la expectativa de comida caliente que poner a mesa, su reparto de calle en calle, de puerta a puerta, promovía aquel otro tipo de alimento o sostén que eran los corros parleros de las vecinas en el momento de adquirirlo, como con el trapero. Era el fugaz reencuentro de las mujeres. Reunidas ellas unos minutos, aprovechaban para contarse cosas, anunciar otras bajo la consistencia del rumor o comentar y vociferar opiniones sobre la novedad más reciente en la ciudad, aunque a nosotros nos extrañaba mucho que se pudiera hablar tanto tiempo seguido... de poco menos que de nada. Porque, según nuestra percepción, allí no ocurría cosa alguna de interés. Y, si pasaba algo fuera de la triste atonía ambiente, eran cosas que no debían ni comentarse... Por su parte, el hijo mayor del carbonero —cuando sustituía a su padre en la distribución de ese producto— se limitaba a realizar las pesadas, verter el carbón en recipientes caseros de esparto u hojalata... y cobrar —en esto del carbón no se regateaba en el precio— por la mercancía expedida. Su juventud, y también su condición de nativo de otro municipio, podían explicar que no se implicara en opiniones ni comentarios de locuacidad tan salvaje, porque, además, en semejante cháchara se advertía lo poco que unas escuchaban a las otras en su barullo. Era el clásico gatuperio de la escenificación de un mercado de gente atolondrada y superficial.

—"Dos mujeres y un pato, ¡mercado!" —aseguraban algunos en aquellos tiempos, aunque los niños más creciditos aún no entendíamos el aserto y su fina y sugerente ironía.

El hijo del carbonero. Ése sí que tenía cosas que decir o comentarios que hacer..., incluso cuando ni siquiera había tema. Con sus relatos o comentarios le encontrábamos en la cercanía de algún que otro taller. Allí siempre había un aprendiz con quien charlar y contarle sus experiencias el joven carbonero. Las suyas y también las de sus camaradas del pueblo, pegado éste a estribaciones montuosas de la sierra Aitana... y a unas cuatro millas del borde marítimo.

—¿Millas o leguas?—irrumpia uno, y tomaba impulso para preguntar otra cosa—. ¿Qué es más, una milla o un kilómetro de leguas?

—Eso yo no lo sé, pero sé quien lo sabe, y también cuánto es un nudo.

—¿Un nudo de la cuerda?

Alguien corría un tupido velo, si no una cortina de humo... de carbón, para salirse del lío de la velocidad, las magnitudes y las medidas lineales.

—¿Y qué más contaba el hijo del carbonero?—indagaba uno cualquiera después.

—Contaba muchas cosas y siempre diferentes, distintas... o diversas.

Parecía que aquel joven necesitara adquirir entidad y mantenerla viva frente a niños y jóvenes de nuestra ciudad, cuyas calles recorría conduciendo el carro con

los sacos y capazos repletos de carbón. Quizá detestaba distribuir su mercancía sin más y, por ello, y en cuanto le dieran pie, o casi, procedía a historiar el proceso de las carboneras en la sierra, y relataba en qué medio se movía a menudo y su interesante relación con él. El podía saber cuán ajenos a su mundo estábamos los adolescentes que seguíamos sus relatos, y lo sabía por cómo escuchaban de atentos algunos de nosotros. Les percibía más que renuentes a dejarse la narración a medias y seguir con sus juegos o proyectos en la calle y los solares inmediatos. Y era que cualquier partido de fútbol podía esperar.., si había una novedad narrativa que valiera la pena. Al hijo del carbonero, sus intervenciones —por informales y esporádicas que fuesen— le conferían la condición de quien imparte lecciones de cosas y obtiene la atención de los demás, mientras siente cómo asegura su autoridad comunicadora y el valor universal de sus experiencias.

—Tampoco eso era un crimen, ¿verdad?

—No, qué va. Si acaso..., una pérdida de ventas.

Contaba, pues, sus argucias en materia tan montaraz como la caza, la destreza con que localizar —solo o en compañía— las más recónditas y disimuladas madrigueras. O los artificios para la inteligente procura del alimento extraordinario. E igualmente decía de su incuestionable conocimiento de los hábitos de alimañas, liebres, pájaros... y águilas en general.

—¿Águilas o anguilas?

—¡Águilas que vuelan!

—¿Pero águilas águilas...?

—Claro que águilas: van siempre dos, en pareja. Cuando avistan una presa, se dejan caer como flechas encendidas, como si heridas por un escopetazo. No hay culebra o lagarto que se les resista. Ni la liebre puede salvarse entonces... Una vez —decía mientras con el puño restregaba su ojo derecho—, cavando tierra para la carbonera...

No parecía estar exagerando. Sus apasionantes narraciones tampoco sonaban a invención sobre la marcha. Los chicos de la escuela —el cuaderno y el requetemordido lapicero en una mano— se paraban ante aquel taller y, como quien no quiere la cosa, se adensaban a su alrededor escuchando absortos cómo narraba el carbonero sus conocimientos de la vida salvaje, la agreste, a los dos muchachos de aquel establecimiento. Lo mismo podía hacer ante la carpintería —qué maderos tan bonitos aquéllos, y los listones con olor a bosque, aquel aroma de la cola—, o frente al taller de los automóviles, que quedaba pegado al soberbio chalé de la calle principal, el de las dos hermanas araucarias, tan respetables... Hasta que la voz del jefe hacía valer su condición, aunque no hubiera ocupación para sus aprendices en aquellos momentos.

—¡Venga, venga! Ya está bien de hacer el vago. ¡Carbonero, que pierdes ventas!

El esporádico corro infantil se diluía como la sal en el agua mientras el narrador —al que quizá entristecía se le creyera un vago— reemprendía la ruta tras aquella estigmatización. Dejaba su carro un rastro de polvorienta carbonilla en el eje de la terrosa calle, y también podía ser que el mulo hubiera descargado sus vaporosas y doradas boñigas en él. Las amas de casa, aunque eso era en calles no tan céntricas, terminaban pronto con esas deposiciones, que recogían para sus tiestos en flor de balcones o ventanas.

Al propio tiempo, y sin nosotros imaginarlo, en la serranía del Noroeste, y posiblemente en todo el sistema montuoso afecto al patrimonio municipal, diariamente se registraba una intensa actividad laboral. Pervivían allá olivos y algarrobos junto a grupos de almendros, mientras que algunas bien labradas tablas conservaban la esforzada e ilusionante presencia de las vides, un resto, lo más seguro, de aquellos abundantes y gozosos viñedos que en el regadío había arruinado la filoxera muchas décadas atrás. El arbolado de cosecha soportaba las cíclicas y ruinosas sequías, y de las que podía salir bien parado merced a la constancia del arado, cuya afilada reja removía la tierra y la aireaba bajo el espléndido sol de costumbre. Una operación salvadora, que, realizada a "uso y costumbre de buen labrador", daba al suelo agrícola la mejor preparación posible para la consistencia de las cosechas... Para el labriego, y como un aserto por todos aceptado en la comarca, en la pacífica y brillante espada del arado había poco menos que un manantial de socorro. De ahí que se labraran los campos varias veces al año. Y la certidumbre de que así producían rentas impelía a plantar en cualquier palmo acondicionado de aquel terreno. (¡Qué impresionante y cuán asombroso el titánico y perseverante esfuerzo de los hombres que ascendieron por los declives de la montaña agrupando piedras y configurando la terrazas imposibles donde plantar un algarrobo, quizá un olivo! Si se hubiera tenido que poner precio a tan obstinada valor, ¿quién, en los años de nuestra adolescencia, hubiera podido tasar con justicia trabajo tan ingente? Pero la tristeza melancólica vendría décadas después, cuando el colmo de la ingratitud cuajaba en el desprecio o indiferencia más estúpidos en quien contemplara aquel fulgurante testimonio... sin saber apreciarlo en su valía. Porque muchos confundirían precio con valor. Y como ya se ha dicho).

En lugares del monte bañados por la luz solar, y oreados intensamente por las constantes brisas de aquel mar tan azul, el esparto constituía otra ancestral aportación del monte bajo a la economía local. Por consiguiente, gentes completamente anónimas para nosotros, hombres y mujeres, chicos y chicas, se dedicaban en los meses de calor al aprovechamiento de estas iluminadas matas del atochón. (Veíamos pequeños y rústicos locales en la ciudad, no muchos, donde se detenían los carros algunas tardes para descargar los acopios practicados manualmente en los espartales del término, en sus bellas vertientes de solana, y que presumiblemente

pasarían luego a lugares de mayor espacio, pero cuya situación ignorábamos. Y esa ignorancia era un aspecto reducido de la mayor, que consistía en no conocer a nadie que laborara en el monte en tan extenuante e ingrata tarea. Arrancar las delgadas y cilíndricas hojas de la planta era trabajo duro, una práctica que podía desollar las tiernas manos de los no experimentados, y que a veces tenían que acometer las matas del atochal en deslizantes laderas del monte, caídas pronunciadas y abruptas. (La osada, frugal y enraizada **Stipa tenacisima** exigía una especie de treta de la mano con que se la iba arrancando. Había que enrollar sus hojas, filiformes y brillantes, en torno a un palo de dos palmos de longitud que terminaba en una ligera protuberancia o apófisis, lo que fijaba su torsión y facilitaba que un tirón enérgico cobrara el pequeño manojo arrancado a la erecta y ampulosa atocha). Una vez bien seco y aireado el esparto, lo veíamos llegar —ignorábamos de dónde y para qué concretamente tanta cantidad de él—, suturado en grandes y pesados costales, a los depósitos o almacenes dichos. Se procedía luego a su enriado o inmersión en el agua, cosa que en el litoral se hacía en el agua del mar entre escollos, donde se les inmovilizaba con piedras adecuadas para que el oleaje no los arrastrara dispersándolos. Así quedaba amerado el producto, que era picado con posterioridad —aplastado golpe a golpe, realmente— con grandes mazas de madera de olivo sobre una piedra pesada y estable, que a veces podía ser una pieza suelta del encintado de las aceras. Eso lo hacían las mujeres en sus casas, quizá sentadas en el propio suelo de la calle o plazuela junto a otras del vecindario. Estaban tenazmente empeñadas en obtener unos céntimos de ganancia y que tan poco se correspondían con el rendimiento que se les pedía. En esas tareas, como con la elaboración de cuerdas y sogas, se producía la sabrosa y quizá alegre tertulia laboral. Allí fluía la cháchara incansable e historiada, y que tanto se parecía a la practicada cuando, sentadas en rústicas y destartaladas sillas de anea, tejían redes de cáñamo para las pesquerías. Las rederas del vecindario podían reunirse para ese trabajo en los portales de sus viviendas, muchas de éstas en la parte antigua de la ciudad. Y lo mismo en los arrabales playeros y en las diferentes barriadas y caseríos rurales de la ciudad, sin perjuicio de que hubiera de estas obreras en pueblos cercanos cuando lo exigía la demanda circunstancial. ¿Qué no se comentaría en esos grupos de mujeres de todas las edades, con sólo el freno de la discreción dictada por el temor y la moral al uso? Era, ya se ha dicho, como una alimentación imprescindible. También hacía más llevadera la desgraciada tristeza impuesta por la autarquía franquista, y que derivaba, en forma de castigo, de la actitud de países democráticos europeos que no vieron legalidad alguna en la mesiánica y opresora sublevación militar de Franco. (En cuanto al esparto, y una vez ya picado, algunas de aquellas hembras utilizaban su fibra para confeccionar manualmente la cuerda que requerían ciertas industrias, y que, en cabuyería, era básica para sogas y cuerdas, e incluso para velas en pesquería y navegación, aunque ya en tiempos lejanos. Simultáneamente, esa

primera materia del atochal, transformada por manos femeninas, era fundamental en la confección de serones, capachos y esteras, tan útiles en tareas de agricultura y en ciertas industrias).

Ignorábamos, pues, tan arrastrado mundo laboral y sus lamentables salarios —que hubieran sonrojado a cualquier empresario europeo de entonces—, y lo ignorábamos desde el trabajo hecho en los montes hasta su culminación en productos acabados. Siendo aquello así, ¿cómo íbamos a saber —en las escuelas no entraba la vida práctica— que había diversidad en el esparto, el blanco, el oreado, el cocido y el común? ¿Y para qué tendríamos que conocer esas cosas y otras más, si no eran Historia Sagrada, Historia de España, el Glorioso Movimiento Nacional o la Falange, todo ello erizado de flechas y apretado aquel yugo contra los disidentes? En la somera y expeditiva enciclopedia Álvarez, por ejemplo —de contenidos superficiales y poco más que indicativos—, encontrábamos extremos sorprendentes, uno de ellos aquel que, en Urbanidad, aconsejaba —u ordenaba— "no cortar el pan con cuchillo". Desconcertante. ¿Con qué instrumento permitido por las buenas costumbres, o tal vez por la Falange y la Iglesia, había que cortarlo? Las exposiciones resultaban a veces tan escuetas, que nos parecía que o faltaba algo en su texto o se incurría allí en algún error del señor editor. (También podía ser que les faltara papel para la dicha enciclopedia). ¡Y a nadie se le ocurría acercarse al podium profesoral y plantear aquel enigma —el del cuchillo o la navaja y el pan a la hora de comer, verbigracia—, visto y comprobado que algunos nos quedábamos algo confundidos! Pero eran años en que la fe suponía un recurso socorridísimo para aceptar ciertas cosas y dicterios. Tuvo que pasar mucho tiempo, mucho, para que uno comprendiera que se vetaba el cuchillo cuando el comensal —¡el comensal, qué ironía!— cortaba un fragmento de la tajada del pan... Para eso había que valerse de los dedos... de cualquiera de las manos. Entonces ya comprendíamos aquel veto y, además, también recordábamos cómo almorzaban en el patio de nuestro taller los vinateros y transportistas que marchaban a Pinoso o a Monóvar para traerse vino a sus pueblos en odres y baticuelas. Para trocear el pan, el tomate o el tocino, quizá la naranja, se servían de su correspondiente navaja, y con ella se llevaban a la boca los pedazos del alimento entre palabra y palabra, siempre charlando y riendo en buenísima armonía. Eran carreteros y comerciantes que esperaban, sentados a veces en el suelo del patio, que el botero acabara los remiendos en los cueros del vino. Aquellos hombres, aun sabiendo leer algo, jamás habían leído nada sobre la Urbanidad que la plural enciclopedia Álvarez nos impartía. Y lo mismo ocurriría con buen número de los obreros de los talleres vecinos al nuestro. ¡No cortar el pan con cuchillo!¡Prohibido cortar esa cosa con cuchillo, si quieres proceder con corrección! Pero la anécdota quedaba demonizada por la pobreza didáctica al razonar las cosas. Y ésa era la gravedad de cierta pedagogía.

No sabíamos nada de los trabajos en los atochales, como se ha confesado aquí, y tampoco de las ocupaciones derivadas para transformación de la hoja en productos elaborados o básicos para otras industrias. De haber intuido alguna de aquellas cosas, tan ajenas a la vida que fluía por las sorprendentes páginas de los tebeos, el venerable viejo de la espartería de nuestra calle —¿la única espartería en la ciudad?— nos podía haber informado al respecto. Además de que su nieto era compañero nuestro en aulas y andanzas callejeras, aquel hombre, Daydal Rajolí, mostraba gran bondad y sobrada paciencia como para atender a los chicos que querían saber. Con barba de varios días y cabellos blancos, parecía un patriarca bíblico en su taller u oficina de objetos de esparto. Su discreto y silencioso establecimiento reunía compactos haces de aquella hirsuta y resistente hoja a una braza de la silla baja en que trabajaba. Tenía a mano, siempre muy cerca de su asiento, los utensilios de metal y madera para ensamblar las anchas tiras de pleita con que confeccionar seras y serones, además de capazos de distintos tamaños para la albañilería, las almazaras o los almacenes de almendra y algarroba. También salían de sus antiguas y quizá bíblicas manos las bellas aguaderas para el acarreo de agua en cántaros desde las fuentes a los domicilios, y generalmente a lomos de borricos... También confeccionaba esparteñas, si se terciaba, como los artesanos dedicados sólo a eso. (Como muestra de las reconocidas habilidades de la mayoría de los pastores, el apelado Selim era ducho en unas cuantas de esas labores, y su calzado solía componérselo él mismo. Si alguien muy próximo le pedía un par de esparteñas, principiaba por donde lo hacían los talleres artesanales en casos de un encargo: alrededor de cada uno de los pies desnudos del cliente trazaba en el suelo, y con un fragmento de clarión, el perímetro del pie para disponer del referente mínimo...).

Los carros de los atocheros bajaban desde los a veces elevados espartizales por entre quebradas y regueros arcillosos o cornisas naturales de roca sedimentaria, salvando pronunciados desniveles, subiendo y bajando a lo largo de cuestos y altozanos y atravesando tenaces regatos en un estiaje que sólo podían soportar algunos años las empobrecidas adelfas y cañaverales junto al carrizo y los juncos. Era un pesado trajín bajo el tórrido sol estival, que apenas si permitía respirar con sosiego algunos días. Pero de ese horario, los más jóvenes sisaban una parte para escrutar entre el arbolado campesino del secano por ver de hacerse con algo que masticar y deglutir. Porque algunos se traían un imponente costal de esparto a las espaldas, como si se bajaran una montaña a la lejana ciudad. Y había que hacer un alto aquí y allá para no morirse de agotamiento y de hambre en su marcha cuesta abajo. Lo hacían reculando con la carga contra el muro agrícola de piedra seca, y depositándola al borde de esa terraza lindante con el camino o el sendero. Allí descansaban unos minutos, respiraban a pleno pulmón... y a merodear cerca en busca de almendras, o de desapercibidos higos entre los ásperos pámpanos de la ancestral higuera, tal

vez una higueruela sobreviviendo, más amarillenta que verde de pámpanos, en el estricto secano. A veces reunían un puñado de algarrobas, pequeñas y retorcidas como por extraña penitencia...

Y nosotros, guerreros ajenos y atribulados, pedigüeños de bondades superiores en el juego y el alimento, ni siquiera disponíamos de unos minutos —a veces la pauta de los cretinos, o casi— para percatarnos de la existencia de aquellas gentes, y de chicos malnutridos de nuestra edad, cruelmente anónimos y atezados por todos los soles. Porque teníamos tomada nuestra atención por los goces que intuíamos alcanzables, dueños de muchas horas al día para la distracción en seguimiento del héroe de tanta aventura en el papel, a veces también en el celuloide. Y, en efecto, al anochecer de algunos días, y reunidos bajo la azafranada luz eléctrica de una esquina, era real que escucháramos los apresurados pasos de unas siluetas cuyo titular no tenía tiempo de detenerse a jugar con nadie. Podía ser que saliera de la escuela nocturna y, al tiempo, adivinarle el rostro, entrevisto unos segundos en alguna parte. Eran sombras casi, restrictivamente explícitas, más que nada percibidas por sus casi harapientas prendas de vestir y que, en bandolera, llevaban un pequeño capazo de palma, tan elemental como deteriorado, para la frugalidad obligada de los víveres, que a veces se reducían a una naranja sanguina, quizá dos, por desoladora y consuetudinaria merienda. Algunas veces al año, no obstante, los teníamos cerca, rozándonos, más intuidos a veces que evidentes. Sospechando que antes les habíamos visto en otra parte, no les quitábamos el ojo de encima. Seguíamos sus movimientos con disimulo, advirtiendo el modo de interpelarse entre ellos, sus ademanes, bruscos y supuestamente irreflexivos. Estaban delante del cine, en la cola, por conseguir una localidad de la general aquel domingo, y andaban movedizos, ansiosos y apremiantes, como sin tener la plena certeza de poder acceder, finalmente, a la cinta aventurera de las pistolas y vaqueros, de los tantos caballos y fusiles, de las muchísimas espadas y cañones y bayonetas. Y daban saltitos, se empujaban como jugando, miraban aquí, miraban allá... Parecía que todo un mundo nuevo se les mostrara de golpe esa tarde. Ni siquiera les importaría saberse observados, o creerían que eso no era posible. Reaparecían, asimismo, entre el gentío que concitaban las fiestas de la ciudad y en el festejo organizado cuando las barriadas honraban a sus patronos con músicas, serpenteantes xirimías y estrepitosa cohetería tras las obligadas ceremonias religiosas. En todos esos lugares y circunstancias percibíamos su olor característico, emanación de cuerpos constreñidos por trabajos duros y continuados, trabajos intensos que impulsaban a posturas que malversaban la armonía física de sus cuerpos. En meses invernales olían indefectiblemente a naranja. Las amarillas huellas de este fruto aún persistían en aquellas manos de niño productor que entra en el ámbito urbano dispuesto a disfrutar del entorno festivo o meramente dominical. En sus dedos, de negras y astilladas uñas,

advertíase con qué presteza habían mondado la naranja o la mandarina al borde mismo del naranjal. Y también por las señales de agridulce pulpa en las comisuras de la boca, agrietados sus labios como el dorso abrasivo de unas manos resecas, ésas que sufrían a diario las inclemencias del clima —y de ciertos desaprensivos adultos que les mandaban— en trabajos inclementes a la intemperie más cruel.

Si algunos de ellos aprendían en escuelas nocturnas, donde impartía clases en solitario algún que otro maestro de escuela sin plaza oficial, tal vez depurado en su día, también había en el medio rural quien enseñaba a leer y a escribir, y las solicitadas cuatro reglas, tan ambicionadas para sus hijos por una mayoría de progenitores. Eran padres campesinos, hiladores, albañiles, marineros..., que querían para los hijos varones —las niñas no contaban mucho, atadas al magisterio natural de la madre en tareas caseras— lo que ellos apenas habían tenido. En terrenos de San Antonio de las Huertas, algunos niños varones acudían a las clases que impartía un **magister** que, sin título académico aún, sí contaba con cierta culturilla para la enseñanza de lo indicado. El alumnado cantaba a coro las retahílas de las tablas de multiplicar, grato y consuetudinario sonido que se expandía por los campos de cultivos donde pervivían los almendros y algarrobos de siempre, amén de otros frutales con la higuera o los naranjos y olivos. El medio quizá proporcionaba lugar y subsistencia para la fauna avícola, con el añadido de una pareja de cabras o tal vez ovejas. En esos hogares campesinos del parral y la cisterna —algunos con un horno primitivo y con poca actividad—, cierta gente contaba con media docena de conejos. Pero las gallinas del maestro en la frondosidad de la huerta, y de escuela también en domingo —bien que solapadamente—, recibían un complemento alimentario que otras no tenían.

—Mira, ya están ahí las gallinas.

Las gallinas del maestro ocasional, y siempre aspirante al título, brotaban del estrambótico gallinero con el mismo alborozo o más que los alumnos que salían al recreo, recordando que en otras mañanas como aquélla —y también por la tarde— se encontraban con el añadido de las migas de pan que a los niños se les caían de las rodajas del almuerzo o la merienda, más alguna que otra pizca de algo comestible, siempre de agradecer. Los posibles juegos momentáneos del descanso apenas si se podían desarrollar con aquellos impredecibles y como robóticos animales entre los pies del estrafalario agregado discente...

—¡Cuidado! Si atropellas una sola gallina, vas a saber lo que es bueno.

—¡Pues sí que...!

Aquel ardid del maestro, dando recreo simultáneo a escolares y gallinas, podía apelarse con el sinónimo empleado por el sobreabundante gramático don León Sanz Lodre. ¿Por qué no? Él sí que podía llamar zangamanga a la estrategia que usa-

ba el docente en aquel paraje huertano del municipio, partida rural de San Antonio de las Huertas, sí. Pero a nosotros nos hubiera amilanado que el número cincuenta del Guerrero del Antifaz dejara de titularse "El Ardid"...para pasar a llamarse "La Zangamanga".

—¡Silencio, badulaque, tío zoquete! ¿Zangamanga...? ¡No sé cómo te atreves!
—Pues fíjate que era sólo una broma...

OSMÍN, FERNANDO Y EL GUERRERO

El pastor, cabrerizo o cabrero que asesinó al padre de Sarita se llamaba Lobo, y lo hizo allá en los hermosos dominios del feroz y valiente Olián, hijo de Motamid, o **beni** Motamid, como decía Jaime (quien, a su vez, era **beni** Remolins, el de la almazara cauta). Fernando ya había sufrido un serio encuentro con este pastor y con Flecha, su perro, al cual tuvo que matar con su daga y en defensa propia. Un episodio muy lamentable. Cuadernos después, el malcarado cabrerizo —nada que ver, o poco, con nuestro amigo Selim Algarba— atacó con violencia de alienado al Guerrero. Brotó a sus espaldas en un lugar del bosque durante la noche y, al repeler el enmascarado la insospechada agresión, mató a Lobo, que quedaría sin vida al desnucarse contra el recio e imponente tronco de un árbol...

El Guerrero había encontrado, ¡por fin!, a Osmín y Fernando, que, escapados de un destacamento de hombres de Olián que les llevaban al peñón de Motamid, vagaban por la serranía de la zona preguntándose si vivía aún el enmascarado o no vivía. Así que el reencuentro fue clamorosamente grato para los tres. A nosotros nos deslumbró tanto aquella secuencia de viñetas, que ni siquiera pudimos disimular el premio que su reaparición nos otorgaba. Asaetado y cebadas en su cuerpo las lanzas de los soldados de Olián, había muerto el Guerrero en una de las trampas o encerronas que a su alrededor dispusieron tantísimos moros en el bosque. Y luego su cadáver era conducido al diabólico y sombrío peñón. "¡El Guerrero del Antifaz ha muerto, muerto, muerto, muerto...” Eso se escuchaba en la intrincada profundidad arbórea del bosque, y el eco parecía repetir, con voces misteriosas, el increíble logro de los moros. ¡Cuán terrible para todos nosotros aquel desenlace! Por ello, por la cruel impresión recibida en aquel cuaderno, ahora salíamos radiantes de la melancolía y el desconcierto. Y de la resignación de tener que soportar la colección ¡sin el Guerrero en los dibujos! (Al mismo tiempo, y debido a tamaño disgusto, creíamos haber aprendido que no teníamos que creernos nunca que el Guerrero del Antifaz podía morir).

"—¡Eh, mirad ese jinete, Osmín! —gritaba Fernando, pasmado y con destellos acuosos en la delirante mirada —. ¡Decidme que no sueño!

"—¡Pero si es él!... Vivo y coleando! —corroboraba el hermano mayor de los Kir, deteniendo su caballo en seco entre los matorrales. El Guerrero había surgido ante ellos desde la negrura del bosque cuando, cansados y sin consuelo posible, le

buscaban sin muchas esperanzas. Y el Guerrero, desde el pie de una colina calcárea, dirigía su corcel hacia ellos a un trote casi festivo. "¡Esto sí que es suerte!" —decía el enmascarado con desbordada alegría mientras se aproximaba al trote.

"— Dudábamos de vuestra muerte, señor".

Encontrarse y penetrar en el propio corazón acogedor del bosque fue una misma cosa. Tenían que reunirse con don Luis y Ana María, y cabalgarían todos en seguimiento de las triunfadoras huestes cristianas con las sombras de la noche. Los moros de aquellos reinos habían sido clamorosamente derrotados por la conjunción de fuerzas cristianas..., y ese descalabro habría producido desbandadas que, en su patético retroceso, podían resultar inequívocamente peligrosas. En esa lenta andadura nocturna, Fernando rogaba al Guerrero que se detuviera el grupo unos instantes en la cabaña donde vivía Sarita —mejor, malvivía— con su anciano y malcarado padre. Aquél al que Fernando ya había sorprendido pegando a la muchacha en otra ocasión. La pobre y vacilante luz del interior del habitáculo les permitió ver que aquel hombre yacía muerto en el suelo. ¡Y Sarita no estaba allí! "El asesino debe de habérsela llevado", opinaba el Guerrero con lógica certidumbre, recordándose el momento en que Lobo anunciaba vengarse. La cosa tenía muy mal cariz.

Los varones se repartieron por la floresta siguiendo diferentes direcciones, y muy atentos a los rumores nocturnos. Al poco, el enmascarado escuchaba "un débil grito femenino"..., y el sórdido desenlace venía a ser la muerte del pastor al surgir éste de entre la espesura para asestar una puñalada al Guerrero.

"—Lo siento... —se lamentaba el cristiano, muy contristado y con voz opaca, al ver a Lobo sin vida contra el árbol—, pero bien sabe Dios que te lo tenías merecido. Que Él te perdone".

La episódica comparecencia del padre de Sarita, de Lobo y su perro en el curso de cuatro números consecutivos, con la consiguiente e inesperada muerte de aquéllos en forma violenta, nos movía a reflexión con cierta profundidad. ¿Deseábamos la muerte a los enemigos del Guerrero? De ningún modo. Queríamos su eliminación por cuanto eran obstáculos para el avance del enmascarado y sus amigos en el acelerado desarrollo de sus nobles misiones. La pronta eliminación del adversario se producía algunas veces con la fulminante actuación de los puños, dejando fuera de combate al contrario. Y cuando los aceros saldaban el encuentro con heridas graves, o de muerte, la sangre supuestamente derramada —dibujada no parecía sangre— pasaba desapercibida, sin las connotaciones propias del dolor insoportable y de las imaginadas para la muerte física del ser humano. En las portadas de aquellos tebeos valencianos, su cromatismo podía contribuir a marcar con mayor rigor el derramamiento de sangre..., si bien nuestra alelada estancia en ella era breve porque nos esperaba latiendo en su interior la sucesión trepidante de los

hechos. Y mucho más cuando el cuaderno anterior nos había dejado al héroe en situación comprometida o peligrosa... Con respecto a tales sensaciones, sólo un par de muertes nos conmocionaron en casi toda aquella colección, y se debió a la bien comunicada vileza de los sucesos, a su precisa puesta en escena.

En persecución del escurridizo Alí Kan, el Guerrero del Antifaz, su padre —el Conde de Roca— y Fernando habían caído prisioneros del Gran Harúm —su nombre siempre salía afectado del acento agudo (¡)—, y posteriormente a la interesada y sutil visita que Alí había hecho al padre de Aixa. Llevados nuestros amigos al palacio fortaleza del progenitor de tan bella mora, eran confinados en lóbregas mazmorras a la espera de lo que el reyezuelo decidiera hacer con ellos. Mientras, y al tener a su lado al amedrentado y patético Alí Kan —que sufría, amilanado, la proximidad del Guerrero—, Harúm tramaba algo para divertirse... y que le fuera útil además. De ello se derivaría, si no la muerte de Alí Kan, cosa que convenía al susodicho Harúm, al menos su derrumbamiento definitivo. Porque había tramado que también Alí luchara con el enmascarado. Con esa idea, envió emisario al territorio de Motamid, a quien invitaba al torneo que había decidido organizar teniendo prisionero ¡al Guerrero del Antifaz! Y lo mismo hacía con otros jefes musulmanes de la zona. Poco después recibía a uno de sus oficiales favoritos: un ser corpulento, ágil y diestro en toda suerte de armas:

" — ¿Qué tal, Kaid? —le decía—. ¡Vas a luchar con el Guerrero del Antifaz, un luchador muy poderoso y temido, según he oído decir!

"—No importa, gran señor. Yo no le temo y le venceré.

"—¡Así lo creo, Kaid!

"Al día siguiente —se leía en aquella viñeta—, los participantes y asistentes al torneo se reúnen en el patio principal del palacio del gran Harúm".

Iniciado el combate entre el Guerrero y Kaid, pronto caía éste fuera de combate, abatido por la bravura del primero. El reyezuelo Harúm —el del parche en el ojo izquierdo, por más señas— inmediatamente comprobaba la singular fuerza física del cristiano, y se apercibía en el acto de que Alí Kan caería tan rápidamente como Kaid. Y él mismo, el Gran Harúm. Después, cuando iba él a entrar en liza con nuestro héroe..., su hija, Aixa, intentaba que su padre desistiera de hacerlo, tratando de retenerle agarrada desesperadamente a su cuerpo. Por eso era Motamid quien se brindaba a sustituirle. Corpulento y barrigón, el padre de Olián se plantaba ante el hijo del Conde de Roca en el centro de la cancha y ante la expectación de señores y soldados moros: "Supongo —decía Motamid al Guerrero, con bastante ironía— que no te negarás a luchar conmigo. Es un juramento que me hiciste y que debes cumplir". Poco después, muy poco, y ante la estupefacta concurrencia, el voluminoso Motamid quedaba exánime en el suelo, clavada su propia daga en

el pecho. ¡Motamid muerto, y con qué ingrata rapidez!, reflexionábamos nosotros repasando la escena...

"—¡Oh, es admirable! —se emocionaba Aixa entre atemorizada y prendada de cristiano tan admirable—.¡No luches con él, padre mío, y dale la libertad!" Pero Harúm, encendido de ira y de odio, gritaba a su hija que el torneo aún no había terminado, poniéndose de pie abiertamente contrariado, y con evidente temor en su rostro. Luego, ya frente a frente el enmascarado y él, pactaban la modalidad de lucha. El moro elegía la daga y el Guerrero pelearía solamente con el escudo: habían renunciado a atacarse con aceros envenenados (¡), una proposición del jefe moro. Y, mientras el cristiano trataba de zafarse del puñal de Harúm —al que pretendía no matar por la presencia allí de la princesa Aixa—, éste le tachaba de cobarde a voz en cuello. Poquísimo después, Harúm había mordido el polvo y yacía en el suelo cuan largo era como resultado de un poderosísimo puñetazo del Guerrero del Antifaz.

En las páginas que seguían —andábamos por el número catorce— el ya mejorado Harúm visitaba al tembloroso Alí Kan en los aposentos que le había asignado. "Hola, amigo —le espetaba, queriendo aparecer tranquilo ante su huésped—, ¿te sientes con fuerzas para enfrentarte al Guerrero del Antifaz?

Alí Kan apenas si podía sostenerse de pie. No lo podía remediar.

"— No. Le conozco de sobras para querer intentar semejante imposible".

El padre de Aixa tenía ya sobradas razones para comprender los temores de Alí... y le daba libertad para irse del castillo en cuanto quisiera. Entre tanto, en el baluarte aquel quedaban prisioneros el enmascarado, su padre y el joven Fernando..., que pronto conseguían liberarse de las cadenas y, asimismo, escapar de la guardia que les vigilaba. Pero, cuando atravesaban ya los suntuosos jardines del palacio-fortaleza, el conde y el chico caían nuevamente en manos moras, mientras que nuestro héroe escapaba y se ocultaba entre la abundante jardinería ornamental y el arbolado. De la espesura brotaba entonces un anciano moro, Abú, y sorprendía al enmascarado. Abú dijo al Guerrero que odiaba a Harúm, asegurándole que le mostraría un pasadizo para penetrar en el palacio a cambio de que el cristiano le llevara consigo hasta la persona del tirano, al que pretendía dar muerte. El Guerrero creyó al anciano y, moviéndose ambos en una determinada dirección sigilosamente, daba Abú con la entrada al pasadizo. A lo largo del mismo fueron en busca de celdas y mazmorras. En ellas estarían encadenados Fernando y el Conde, éste de menguada salud y muy débil. Pero más adelante se abría una trampa a los pies del Guerrero, que caía en una sombría y húmeda cavidad. Dos hercúleos encapuchados y cuatro hombres más le sacaban de allí después, y aún tuvieron que forcejear lo suyo para inmovilizar al enmascarado y conducirle a las celdas de tortura, que allá estaban confinados, efectivamente, el de Roca y Fernando. También el pobre

y atemorizado anciano Abú había sido apresado. (Estaba muy triste y contrariado por lo breve que había resultado su pacto con el famoso Guerrero del Antifaz, y creía que, con seguridad, aquello era el crudo final de todo... y de todos ellos. Claro que él sólo conocía al Guerrero por referencias...).

El anciano conde de Roca, con heridas y más que exhausto, no podía contener la ira contra Harúm en cuanto veía que traían al Guerrero medio aturdido.

"—¡Eres un cobarde y un traidor, Harún! ¡Tus hombres son testigos de tu cobardía!" —gritaba el padre del enmascarado, encadenado dantescamente.

El increpado, ya casi en el colmo de su temor y desesperación, se revolvía entonces contra quien así le acusaba y, ciego de furia e inesperadamente para todos los presentes, asestaba al prisionero un golpe mortal de cimitarra. Ante el crimen, el Guerrero emitía un grito infrahumano al tiempo que, con un arrebato de violencia fuera de lo común, se libraba de quienes le sujetaban y saltaba sobre el asesino como un león malherido. Harúm gritaba, evidentemente descompuesto.

"—¡Socorro !¡A mí los míos —gimoteaba, ya desde el suelo y escabulléndose atropelladamente con la intervención de los carceleros y verdugos... para salir corriendo escaleras arriba, lívido y aterrorizado. ¡El Gran Harúm! Con insólita fiereza destructora, el Guerrero del Antifaz se deshacía de cuantos enemigos había en aquella temible estancia, y al poco ya sostenía contra su hombro la cabeza del agonizante Conde de Roca: "No os molestéis, hijo mío... Me estoy muriendo" —decía el anciano noble con un hilillo de voz. Y se moría entonces. Sin pretender otra solemnidad que prometer el castigo merecido a los nauseabundos asesinos de sus padres —los tiranos Alí Kan y Harúm—, nuestro héroe anunciaba que aquellos dos criminales tendrían su merecido. ¡Qué escena tan impresionante! No habíamos visto antes una mirada tan triste como aquélla en el rostro del Guerrero del Antifaz, jamás...

Aquélla era la primera vez que se nos hacía presente la sangre derramada, la que podía haber desbordado la acotación de las viñetas. Era sangre cercana, inmediata y nada irrelevante. En habituales encuentros armados, ocurridos con las intermitencias casi previstas, no sentíamos rechazo alguno frente a heridas y desgarraduras de la carne combatiente. Nadie sentía escalofríos o repulsión por esos desenlaces, y sólo nos ensimismábamos unos segundos cuando cualquier personaje sucumbía definitivamente en el trayecto de la serie, más que nada cuando su inmediatez había figurado en varios de los tebeos. Así nos ocurrió con la Mujer Pirata, cuya inesperada muerte nos dejó melancólicos. Y con el hijo de Motamid, Olián el Feroz, cuyos últimos días fueron dignos de compasión, muy penosos. Eran seres que, de pronto, desaparecían para siempre de tan trepidantes secuencias del valor y la lucha, dejándonos retazos de nostalgia... porque, aun siendo enemigos crueles algunos de ellos —Kadúl sería un ejemplo—, habían actuado en la serie al ritmo del

fluir diario de nuestra vida, en concomitancias emocionales. (Era la equívoca compañía de elementos indeseables que, sólo por su desarrollo en paralelo a nuestra pirueta vital, un día podíamos creer —y estábamos equivocados— que su desaparición constituía una pérdida en nuestra vida. Del mismo modo nos engañaba el sentimiento de la nostalgia, haciéndonos rehenes de lo detestable por el hecho de haberse producido tanta ruindad en aquellos nuestros días de felicidad infantil... y por la condición de irrecuperables de aquellos años. A las personas mayores podría estarles ocurriendo lo mismo. Fueron perseguidos, acosados y reducidos a la nada en su primera o segunda juventud, y esa circunstancia de la edad feliz quitaba rigor a las amarguras que sufrieron... cuando lo recordaban).

En las últimas semanas de Olián en España, derrotado por los de la Cruz y enfermo, se había propuesto vengarse de ellos. Le enardecía este sentimiento mientras se disponía a pasar con sus fieles al norte de África. Para ello, hacía llamar a Mathudi, un oficial de su completa confianza, y le encargaba dos misiones: la primera sería ponerse en contacto con la Mujer Pirata para cuando él y sus hombres llegaran a la costa marítima, de modo que la flota de la intrépida mujer les trasladara a aquel continente. Cuadernos posteriores darían noticia —aunque de pasada— de la segunda misión encomendada a Mathudi..., algo que, llegado el momento de su comisión, nos dejaría confundidos y desolados. Los más pedestres de los nuestros se apuraron mucho, y cayeron en la manida simpleza de declarar que no ganaban para sustos. Era público y notorio que el Guerrero del Antifaz se había aliado al Pirata Negro y que volvía a España con la rescatada hija del marqués de Peñaflor. Pero, de pronto, el cristiano enmascarado se dejaba ver ¡en tierras del mismísimo conde de Torres! ¿Qué estaba pasando? Se le sabía en África... y, al mismo tiempo, acababan de verle galopar por aquel territorio español. ¡No podía ser! Soldados cristianos de diferentes destacamentos podían jurar haberle visto en aquellos lugares, y buhoneros, siervos de la gleba, menestrales y aparceros aseguraban la misma cosa.

"—¡Es él! ¡Otra vez vuelve!

"—¡Fijaos! ¡El Guerrero del Antifaz! ¿A qué vendrá al condado?"

Esa pregunta se la hacía allí todo el mundo, intrigada la gente y viendo cómo el enmascarado cruzaba veloz por aquellas tierras. El revuelo fue inmenso al llegar la noticia a oídos del conde de Torres y de su hija, y rápidamente se informaba de aquella visión al de los Picos, quien convalecía en el castillo de éstos. Después, y rápidamente, se correría la voz de que ¡el Guerrero del Antifaz había raptado a doña Ana María! Menos mal que luego se sabría —¡qué alivio!— que aquello había sido obra de un moro llamado Mathudi. Fue un caso de suprema desvergüenza, algo gravísimo e insultante. Y, naturalmente —la gente era así, salvo honrosas excepciones—, ya se habían lanzado las correspondientes condenas a nuestro héroe,

ajeno a la barrabasada, aparte de que algunas de esas críticas procedían también de supuestos simpatizantes del enmascarado. (Ya podíamos advertir con qué facilidad y ligereza se volvían algunos en contra de alguien al que decían admirar, convirtiéndose, de la noche a la mañana, en furibundos detractores de esa misma persona...). Y ¿nosotros qué? Nosotros contábamos nerviosamente los días que pudieran faltar para que llegaran las páginas siguientes, el cuaderno donde, con seguridad —¡seguro, seguro!—, todo quedaría aclarado. Pero lógicamente —¿o no?—, primero tenía que enterarse el Guerrero de lo sucedido en aquel condado en las últimas horas de Olián en España. Números después, demasiados, y en la última viñeta del cuaderno 120, ¡¡en la última!! —"El Castigo de Olián"—, el debilitado y obseso reyezuelo no conseguía sorprender con su cimitarra al enmascarado desde detrás de unas cortinas. Pero era en el tebeo titulado" Zakir sucumbe" —¿Zakir? ¡Ah, Zakir!—, donde tenía lugar la muerte explícita de Olián:

"—Esta vez sí ha muerto... Es su castigo —decía, melancólico y grave, el Guerrero.

"—¡Dios mío!¡Qué horror! —se lamentaba Ana María, que era casi lo único que esta condesita solía decir siempre.

Eran indeseados protagonismos que llegaban a su fin, muchas veces trágico, más o menos esperados o previstos. En el caso del caprichoso y feroz **¿beni** Motamid?, su desaparición nos deparaba sentimientos difíciles de expresar, y sabíamos que nuestras dudas tenían algo que ver con la piedad. Aunque tampoco se podía descartar la nostalgia de haberle conocido en los primeros números, cuando su altanería y atolondramiento guerrero eran proverbiales en las filas de la morería que ocupaba territorios próximos a algunos feudos cristianos. Pero, cuadernos más adelante, parecía que ya viéramos que su vida iba a tener un desenlace más trágico que nada... Cosa que ni siquiera se nos ocurría pensar cuando invocábamos al pérfido Alí Kan.

—¿Alí Kan? ¡Pero si Alí Kan se escabulle como una anguila! ¡Tiene más vidas que un gato de jabón!!

* * *

Al rememorar éstos y otros hechos, volvía nuestra indagación del tiempo cronológico que regía en la sucesión de los hechos. Y era que, al invocar al vesánico Alí, el moro que creyera hijo suyo al que luego sería ¡el Guerrero del Antifaz!, parecía imposible averiguar cuántos años habrían transcurrido desde tan lejano entonces. A veces pensábamos —yo, al menos— en una especie de años diferentes a los señalados en los calendarios aquellos del Corazón de Jesús, tan resueltamente sangrante el dichoso músculo cordial y horripilante (nada ajeno a los miedos ame-

nazantes de la tenebrosa didáctica eclesial). ¿Cómo concretar el cómputo, la asignación de fechas a todos y cada uno de los sucesos acaecidos a lo largo de semanas y semanas de las constatables en nuestra carne o sustancia municipal, corriente y moliente? La concreción pretendida siempre escapaba a la aritmética más inocente, que era la disponible cuando ya estábamos en el linde ilusionado —por atrevida ignorancia— del Cálculo Mercantil. Como lo estábamos frente a los cuadernos de la Caligrafía, previos o simultáneos a las anotaciones de la críptica Taquigrafía anunciada, y que veíamos como amañadas aunque acreditadas grafías de loco. (A veces, el cuaderno de aquella deseada celeridad para escribanos al dictado parecía lo que entregábamos al trapero: nimiedades de cobre o vírgulas luminosas de pobre latón, quizá de plomo. Taquigrafía). De poco servía lo aprendido para usarlo en establecer inequívocamente una relación satisfactoria entre el tiempo de veras —allí nadie decía "tiempo real"— y aquel que contaba en el fluir aventurero y episódico del inagotable Guerrero del Antifaz.

—¿Cuántos días se podría tardar en llegar a las Islas Gelves partiendo desde aquí? ¡Pero días de horas y minutos, días de éstos de cada día! ¿Cuántos?

—A lo mejor, menos de una semana...

—¿Una semana semana... o una semana de las aventuras del tebeo?

—Con lo que dice éste, no vamos a ninguna parte. ¡Ni aun saliendo hace veinte días!

El problema consistía, o estribaba —si se quiere— en que no se podía averiguar si cada tebeo daba cuenta de lo que le había pasado al Guerrero en sólo una semana, o si esos siete días eran lo que habíamos tardado en enterarnos de sus aventuras sin fecha. Lo ocurrido desde el primer número hasta el cincuenta podía haberse contado... ¡en unos pocos meses! Y, vistas así las cosas, no queríamos saber de cuántos se trataba. De ninguna manera.

—En menos de un año no pueden ocurrir tantas cosas —decía uno con melancolía, si es que no era acumulada e inoperante indiferencia.

Intervenía otro enseguida, y se metía a elaborar, muy por encima, el cómputo de las veces en que se leía en las viñetas aquello de "dos días después" o "al anochecer del día siguiente"..., y creía de buena fe que aquellas expresiones, puestas en fila y sumadas, podían arrojar muchos meses, incluso años y años. Pero el asunto, por ingrato y huidizo, se abandonaba pronto. Aunque casi todos nos quedábamos como ensimismados. Y era cuando el más sabio opinaba que era mejor olvidarse de aquello... nuevamente.

DEL JABÓN Y LOS HALAGOS

En casa hacíamos jabón a base de aceite de oliva. Era el que goteaban las pieles que alquilábamos a transportistas, molineros, aparceros y particulares para llevar las cosechas desde las almazaras a otros destinos, industriales o caseros. Se procedía a ese jabón tan pronto como la última pastilla se nos perdía entre los dedos, escurriéndose hacia cualquier rincón en cuanto te descuidabas y porque había adquirido forma lenticular y de obligada transparencia. El aceite requerido para ello raramente lo usábamos en guisos alimenticios, y menos para untar el escaso pan de aquello que llamábamos merienda. Cuando nos quedábamos sin aceite medianamente bueno, entonces sí, teníamos que someternos al amargor y endiablada acidez del reservado para el tratamiento de la pez y para elaborar el jabón. En este caso, a su deglución sin aspavientos ni estertores —había gente melindrosa— contribuía, naturalmente, el hambre, de vasta soberanía, y también, gracias a Dios, las pequeñas mollas de melva o las aceitunas partidas de la monográfica salmuera. Había pieles que, utilizadas para bajarse aceite de áreas montañosas a pueblos y ciudades costeras, desprendían un áureo y blando goteo a nuestro favor. Mojábamos el dedo índice en aquel aceite y, llevado a la boca, comprobábamos que su aroma se correspondía felizmente con la dádiva de su buen sabor. Era la conocida calidad del olivo del secano, el de los pueblos de la sierra.

En el taller, el aceite era un rosario de gotas noche y día sobre el conducto acanalado hecho con hojas de lata ensambladas, que por él discurría hasta la vasija del extremo, allá en el rincón oscuro de la cámara trasera del obrador, la cual, y en su parte anterior disponía de un hogar donde siempre podía guisarse alguna comida o, simplemente, calentar agua culinaria. Sobre aquella canal en leve inclinación hacia la tinaja colgaban seis o siete pellejos que días antes habían trasegado aceite desde los molinos aceiteros, la mayoría en la huerta, para llenar envases predispuestos en viviendas urbanas o campesinas. Aquellos odres, fláccidos y rendidos y colgados de las vigas, eran como cuerpos condenados en escenas infernales, pero de aquel aspecto les redimía su obligada función de reunir —gota tras gota, minuto tras minuto, durante horas y días— litros de un aceite que en la botería tenía su más que eficaz aplicación: se utilizaba —aparte de proporcionar jabón doméstico a la vivienda— para controlar, según el calor o el frío de la estación climatológica, la fluidez de la pez con que se empegaban odres y botas de vino. Encontrado el punto

adecuado a cada época anual, la impermeabilización interna del odre se salvaba de peligrosas roturas del barniz que era la pez, habida cuenta de lo quebradiza que era ésta ante golpes bruscos. Y mucho más cuando bajaban las temperaturas.

Además de esos aportes de aceite del dócil gotear, a veces la mayor cantidad tenía su origen en el gesto amable de algunos cosecheros. Eran los que, manteniendo una aquilatada amistad con nosotros, y sabiendo de nuestra escueta economía, se abstenían de escurrir a fondo los pellejos del trasvasado... y advertían de que aún contenían buenos restos de aceite. Al-Actar lo sabía sólo con sopesarlos, naturalmente. Enrollados sobre sí mismos, se advertía que los sesenta o setenta litros de aceite habían sido escurridos someramente. No podía el maestro botero cobrarles el alquiler a estas personas. De ningún modo. Aparte de este comportamiento amical, había pequeños propietarios de tierra campesina que, al devolver los odres, nos regalaban el contenido de un cenacho en el que habían metido varios kilos de aceituna, gordal y reluciente, unas cuantas granadas y, casi siempre, media docena de espléndidas naranjas de su arbolado. "Así probaréis de la cosecha de este año", se nos decía. ¡Qué curioso que gestos así sólo se dieran en personas que ni siquiera eran de las llamadas pudientes! Luego, cuando ya se iban, y pretendiendo pagar por el alquiler de las pieles, el botero se negaba en redondo a cobrarles. No iba a hacerlo y, al contrario, les expresaba su gratitud por lo generosos con nosotros... Y así todos los años en el otoño. (Algo similar hacía cierto hilador de edad. En uno de los tres talleres de hilatura próximos al lecho fluvial, se compadecía del hambre que arrastraba la famélica grey de los niños de las ruedas, y de vez en cuando aparecía por allí con dos docenas de sardinas, rescataba una lata grande y plana —la de otros días para el mismo menester—, encendía un fuego en el linde del terreno y asaba aquel pescado para que aquellos chicos —delgadísimos y ateridos— comieran algo).

Con otros usuarios anuales de las pieles sucedía todo lo contrario y más. Había dos o tres miserables terratenientes con obreros a sus órdenes, y con propiedades rústicas y urbanas, que protestaban por el pago de las dos pesetas y media, o tres, correspondientes a las veinticuatro horas durante las cuales se habían servido de los pellejos: teniéndolos retenidos excesivamente para escurrirlos a fondo, hasta la última gota, luego pretendían no pagar ese tiempo de abuso. ¡Qué resuellos y protestas cuando se les pedía una peseta más! ¡Rayos y truenos y un terremoto de quejas!

—¡Botero, eres un ladrón! ¡Un pillastre!

—Pues... de usted he aprendido, don Antonio. Ya ve qué cosas.

—¿De mí?

Así terminaba cada año la confrontación, y luego pretendiendo el de la queja que todo se reducía a una simple broma suya, pero se iba trasquilado. La escaramu-

za enlazaba con todo aquello que Almy contaba de su tío abuelo. Raro era el día en que Almy no añadiera algo a lo que ya nos había contado de tal elemento, y que eran detalles que matizaban la mezquindad con que se desenvolvía aquel hombre. ¡Y sin necesidad! Un ejemplo bastante ilustrativo era el hecho, repetido hasta la náusea, de ordenar a la sobrina o a la tía que vendieran a las mujeres del vecindario el pescado que llegaba a casa de manos del sobrino Ramón.

—¡Y en casa nos comemos —protestaba Almy— lo que no se puede vender, el pescado más inferior! —Y sus gritos poco tenían que ver con una calidad que él no reclamaba para su estómago. Así las cosas, quizá nosotros nos imagináramos la cara que pondría aquel viejo de saber que, de vez en cuando, aquel sobrino suyo, el denostado por él a menudo, nos regalaba cierta cantidad de lo pescado.

Usando de su connatural actitud reflexiva, Almy era muy agudo planteándose conceptos en colisión, y matizaba sus juicios con rasgos puntuales que algunos se resistían a creer que fueran de su cosecha personal. Eso creían los que no le conocían bien, aquellos que le creían un cabeza de chorlito sin más. Pero sus juicios eran fruto de su aguda penetración y razonables análisis. Con aquellos mimbres bien que sabía exponer la sordidez de ciertos individuos que, como el anciano de sus cuitas, vigilaban los réditos de sus propiedades con la furibunda exigencia al céntimo de provechos y ganancias. Había gente así, gente repelente y sobresaltada ante la posible pérdida incluso de ciertos desperdicios de sus propiedades y rentas; individuos sin consideración alguna para el asalariado, el aparcero o el inquilino, y vigilantes insomnes y atribulados del margen a conseguir en las cosechas de sus predios. Gente así ofrecía a menudo, y por añadidura, el espectáculo vergonzante de su postración y lloriqueo ante el Santísimo Sacramento del Altar. ¡Qué rastrera la mezquindad enferma de esos propietarios, embelesados constantes con el catolicismo franquista, y siempre en detrimento del de abajo y de los marginados! De la conducta de aquel tipo de agregado humano, señaladamente hipócrita y siempre aspirando a mayores beneficios materiales, parecía proceder el aluvión, intemporal y recurrente —quizá demagógico—, de las teorías del reparto igualatorio de la riqueza mundial. Era la eterna panacea de la aplicación rabiosa de una siempre invocada justicia redistributiva. Los adalides de esta igualación iban a veces más allá de lo prudente, aunque sólo se estuvieran manejando posibilidades o supuestos. Hablaba la demagogia fácil, tan fútil ella como detectable.

—Yo daría a los necesitados lo que me sobrara, y puede que más. Yo...

—¡Eso lo dices porque no tienes ni colillas para un cigarro!

—Lo digo porque lo haría.

—No lo creo. Yo esas cosas no me las creo. Además, acuérdate de lo que decía aquél, cosa muy instructiva: "Ni pidas a quien pidió..., ni sirvas a quien sirvió".

* * *

Las prácticas halagadoras del amo con sus jornaleros siempre buscaban un rendimiento para la casa. Para ello, ciertos terratenientes simulaban una cercanía familiar para con el aparcero, el industrial hacía lo propio con algunos de sus obreros, y, en general, el propietario practicaba a su conveniencia una estudiada aproximación hacia el subordinado... para conseguir de su trabajo determinadas prestaciones cuando ya había terminado la jornada laboral. ("Las mañas del adulador", que creíamos zalamerías desinteresadas de un amolador en la calle de aquel libro escolar, era una lectura que alertaba al alumnado frente a las arteras redes de ése que alaba con desmesura e insistencia a otro por alcanzar de él algún favor. El amolador adulón de la propuesta didáctica no se parecía mucho al anual afilador que recorría las soleadas calles de nuestra ciudad, obrero autónomo y ambulante que convocaba con su silbato a las amas de casa para su asamblea de cuchillos y tijeras y fluidas y chispeantes conversaciones. No. El afilador de carne y hueso, más alto que bajo, lucía un rostro obligatoriamente quemado por el sol, igual que sus manos y brazos, y su característica fundamental era que apenas si hablaba mientras la rueda de esmeril restauraba los filos de los utensilios domésticos de cortar. Su monolítico mutismo contrastaba con la locuacidad observada por la rueda mineral, que asperjaba el aire con millones de pequeñísimas centellas a su roce con el metal. (El pastor Selim sabía mucho de piedras de esa clase y aplicación. A veces, su deambular con las cabras discurría por el borde de una diferenciada angostura entre las pequeñas elevaciones montañosas, un regato ocasional que un día vertería sus aguas al requerido embalse que nuestra ciudad proclamaba imprescindible para su abastecimiento y riego agrícola. En aquella barrancada, el flanco que daba al Noroeste estaba formado por taludes de aquel tipo de roca rojiza, de la que podía haber una cantidad como para hacer mil millones de piedras de amolar, y de cuya cantera ya tenía el cabrero una buena pella para restregar pacientemente su portentosa navajita. "Maestro —se dirigía al botero—, si quiere usted, le traigo la cantidad que me pida de piedra de ésa". Pero el botero ya disponía de su chaira, aquella que un día volvería a usar cuando, por escasa demanda de sus fabricados de cuero, tuvo que ejercer de zapatero, su oficio de joven). En la página del afilador de aquel texto, el hombre halagaba a un escolar que observaba cómo giraba y giraba la muela; y, mientras el asperón arrancaba surtidores de chiribitas —igual que partículas subatómicas— a unas tijeras de sastresa, se las apañaba el hombre para que el encandilado se comprometiera a hacerle varios recados... El hombre ya había calificado al niño de muy aplicado e inteligente por su atención al trabajo de afilar. Con el mismo propósito, aquel afilador caminero —que se mostraba interesadamente locuaz— alababa lo aseado y predispuesto a la escuela que iba el niño aquel, de lo que todo el mundo podía deducir —según seguía la melosa retahíla— lo bien educado y obediente a sus padres que aquel infante resultaba. De ese modo

lograba del chico que saliera disparado a otro encargo suyo... porque el andariego amolador no pensaba parar en su trabajo.

"Las mañas del adulador" llegó enseguida a engrosar mi lista de títulos y epígrafes, una especie de colección de pequeños enigmas —¿qué sería aquello de amolador adulador?—, que iban conmigo tal que munición no consentida. Y podía repetir esas locuciones incluso sin darme cuenta: "Las mañas del..."

—"Las mañas del adul..."

—¿Qué dices?

—Pues eso, que más vale maña que fuerza.

—¿Y eso por qué lo has dicho?

—Por nada. Estaba pensando.

—¡Ah!

En tareas agrícolas, industriales o fabriles, era casi habitual —exigencia solapada de ciertos propietarios— recurrir a tácticas halagadoras o merodeos capciosos en torno al asalariado, buscándose sacar mayor provecho de éste cuando ya acababa la jornada. Era lo típico de quienes tenían la convicción de que los demás eran tontos o lelos. El amo y el capataz actuaban como si aparceros y trabajadores en general hubieran obtenido un premio divino el día en que pasaron a ser mandados suyos. Que era cuando se desdeñaba la correspondencia clásica entre capital y trabajo, tan sangrienta y discutida a lo largo de los siglos. El subordinado se cuidaba mucho de no desairar a quien daba las órdenes..., fuera éste el amo o su encargado, porque había una extensa y sombría casuística en la cual la represalia zanjaba los desencuentros con el trabajador remiso o exigente de sus derechos (¡). Y punto en boca. Al final del día laboral y al filo del agotamiento físico del obrero campesino, exhausto y hambriento, muy hambriento, ¡cuántas veces tenía que tragarse la protesta adecuada y seguir el artero mandato de quien pagaba! Con los aperos ya limpios, y hundiéndose el sol detrás de las montañas, en los minutos siguientes podía verse cómo se acercaba el amo ("¡Ya viene; ahí viene, camaradas!") a las parcelas de los frutales y hortalizas, tal que si hubiera perdido alguna cosa o paseara por distraerse. Y, ahora me paro, ahora doy otro pasito..., se allegaba a los tres o cuatro trabajadores como si fuera a ofrecerles, como mínimo, la petaca. Pero ni soñarlo, nada de eso. Sentados los hombres a pie de surco, limpiaban de tierra sus esparteñas y se sacudían de hierbajos la pobre y remendada indumentaria laboral. ¿Qué buscaba ahora el propietario, el amo aquel? Como quien no quiere la cosa, se unía a ellos cuando ya pasaban unos minutos del día de trabajo, que había corrido casi de sol a sol. Ya se sabía. Se sabía que, arriba o abajo, "a la señora ama" se le había ocurrido, allá en la casona, que necesitaba unos pimientos, un par de berenjenas o unos cuantos tomates ni grandes ni chicos, ni verdes ni maduros... En ella se

escudaba el amo, sin privarse de escenificar como un reproche a las impertinencias de la mujer..., y, claro, siempre a última hora de la jornada, casi en la anochecida. La fetidez de aquel abuso no consistía en su duración, sino en la asentada creencia de que no tiene por qué disponer de dignidad aquel que vive uncido a la azada... porque es simplemente un asalariado. Y gracias podían dar algunos porque, con la represión laboral franquista, una gran mayoría de individuos del bando vencedor habían copado los puestos de trabajo en todos los ámbitos, siendo condenados muchos campesinos, no sólo a sanciones pecuniarias —estaba en vigor la Ley de Responsabilidades Políticas—, sino a verse en el paro que les decretaba el Régimen. Se había empleado a mutilados de guerra, huérfanos de víctimas de los "rojos", excombatientes, excautivos..., de modo que los señalados como simpatizantes de la República estaban sin trabajo y buscándose la vida en otras zonas... quizá hasta morirse de hambre y enfermedad. O suicidándose algunos. Había que conservar el empleo a toda costa, y ceder, ceder sin rebelión alguna en voz alta, tragándose uno la rabia ante determinadas actitudes abusivas del patrono, y así sucesivamente.

Uno de los asalariados comentaba burlonamente lo que era requetesabido en aquellos instantes de la anochecida. Señalaba el descaro del amo pidiendo favores de sus contratados... a esas horas.

—Pues como casi todas las tardes, ¿o qué creíais? —El que hablaba era uno de los peones, alguien con anteriores heridas sin restañar de su relación con el patrón —. Estamos rodeados, señores míos: calladitos y mansos. Como los conejitos, calladitos—canturreaba sin levantar la voz.

Otro de los cuatro, y ya en voz alta, decía con obligada ironía y sin que el amo la detectara:

—¿Tomates y pimientos? Enseguida, don Pedro. Eso ya está hecho —Simultáneamente, se anticipaba el trabajador más joven, puesto ya de pie y aún descalzo, dispuesto a satisfacer el capricho. Dos pasos más allá, removía con destreza las matas huertanas, tan resueltamente prohibidas a su beneficio personal. ¡Ahí era nada tener el privilegio de regalar a la señora doña Piedad unos minutos buscándole unos pimientos...!¡Y si tomates, pues tomates!

En algunas factorías transformadoras del cáñamo y en fábricas de chocolate podía darse algo similar en los minutos últimos de la tarea diaria: había que cargar, o descargar, la camioneta, bien de productos elaborados, bien de materias primas. "Pero ¡si son unos minutos de nada!", se defendía el capataz o el empresario. "En un minuto, entre todos descargamos el camión; menos de cinco minutos", se le oía decir, aunque el que hablaba sólo hacía eso, hablar, discursear, y nada de echar una mano: "¡Quite, quite, Félix; eso es pan comido". El personal se tragaba las ansias inaplazables de salir corriendo y olvidarse de todo aquello... y para siempre. Desesperadamente. ¡Y qué asco!

Un corto número de seres humanos —algunos casi más aparentes que reales, por lo canijos y disminuido de su cuerpo— se ocupaban todo el año en aprovechar los rendimientos forestales del monte bajo: unos, por su cuenta; otros, en régimen de aparcería. De su dedicación sabíamos algo pero de modo difuso, posiblemente por el sugerente y comunicador recordatorio que eran las fragancias montaraces acarreadas a la ciudad a lomos de borricos y mulos. Y también usando carros. Aquellas exuberantes y olorosas cargas llegaban todas las tardes a las puertas de los hornos, depositándose junto a las mismas los olorosos costales de coscoja, pino, retama y otras plantas arbustivas. Se trataba del recurso forestal de toda la vida para alimentar el fuego de aquellos rudimentarios establecimientos, y a su existencia se añadía la mañanera comparecencia en las calles del carro del carbonero. Con éste adquiría cuerpo el conocimiento o noticia de un fuego laboral estrictamente controlado en la cercanía de los pinares, para nosotros más que remoto paraje de la sierra y nunca visitado. Este material, de combustión tan cuidada y precisa, era el carbón de leña que se usaba en las casas, y radicalmente distinto a la antracita que ardía violentamente volcánica en la fragua del herrero... o en la misteriosa y sobrecogedora caldera de la máquina del tren...

(El chico del hombre del carbón, como su padre cuando regía el itinerario del carro, se parecía mucho a algunos que, en Carnaval —y con permiso de la autoridad competente—, asumían interinamente la condición de negros... o indígenas, ya que todos los negros recibían la calificación de indígenas en una sinonimia producto de la incultura ambiente, tan frondosa entonces. Su tarea de carbonero le había proporcionado una cara intensamente modificada a cuenta del penetrante y tenaz color de la mercancía que distribuía por los portales de las viviendas. Y sus enrojecidos ojos, además, destacaban evidentes en lo desapacible de su rostro. Ni siquiera el jabón podía limpiar a fondo aquellos pronunciados surcos faciales, resumidos en una cara interinamente entre risueña y feroz, según. En el hombre del carbón, sea el que fuere y en qué villa, pueblo o ciudad anduviere, no había posibilidad creíble de averiguar la correspondencia entre la expresión de su cara y los supuestos estados de su alma.

—Yo diría que ahora está llorando. —Eso lo decía el trapero Çeit cuando el carro del carbonero adelantaba al suyo frente a cualquier taberna, y dejado éste —de cachivaches y desperdicios— al cuidado del inteligente "Vaselina". Entre el hastío y su profunda ironía, Çeit quedaba como un malvado que obviaba la obligada condición del carbonero, tan frecuentemente rehén de su curiosa industria en la prodigiosa pero grave soledad de la montaña. Como la misma o parecida vida diaria que llevaban los pastores...

EL LLAMADO SELIM ALGARBA

Pese a transcurrir gran parte de su vida fuera de la ciudad, el pastor Selim sabía —o creía saber— mucho de cuanto ocurría en ella. Desde cualquier altura o pedregoso ejido, sentado en la umbría acogedora del pino, la contemplaba con cierta delectación. Parecía tenerla aprisionada sin violencia, puesta en la platina para someterla mejor a observación e imaginándose que conocía a ciencia cierta quién era cada cual, sus virtudes o veleidades, sus intereses y aspiraciones, incluso las no confesadas. Para creer autorizada esa percepción suya —él podía creerse lo que se le antojara—, tenía que analizar, una vez más, los motivos que un día le indujeron a mantenerse lejos de aquella comunidad y perseverar reflexivamente. Años antes, en los aciagos, siniestros días de la guerra civil, tuvo la desgracia de contemplar el cadáver de un asesinado en mitad de la calle, contemplada aquella víctima asimismo por un tropel de gente de toda condición e incluso por unos cuantos niños. El asesinado era un joven abogado de familia respetable. Consternado Selim por la cruel y vergonzosa escena, poco después volvía a casa. Iba como sonámbulo, en dudoso equilibrio al caminar. En aquel estado de confusión y temor, apenas si se dio cuenta de que cruzaba ya por el andén de la estación ferroviaria. El tren acababa de llegar procedente de la capital en aquellos momentos, y entre el personal que de él se bajó, el adolescente casi que tropezó, conturbado como iba, con un conocido labriego pariente lejano de su madre. Se quedó quieto y confundido, y no reaccionó como hubiera querido. Media hora antes aquel campesino había sido imputado en el crimen que terminara con la vida del joven y brillante abogado. Su nombre había pasado de boca en boca en el corro de las personas que observaban el cuerpo exánime y ensangrentado del muerto. ¡Ahí estaba el origen de su recogida y prudente exclusión de entre la gente!, pensaba cada vez que le venía a la memoria aquel encuentro en la estación del tren. Seis años después del crimen, Selim quedaría señalado como valedor o encubridor del reputado como coautor en dicho asesinato, el cual se exiliaría un día después de aquel horrendo crimen. Con esa falsedad sobre su persona, y gracias —porque sólo quedaría en Libertad Vigilada—, el ahora pastor de cabras entendió que había quedado misteriosamente señalado para profundos discernimientos sobre la conducta de algunos individuos que habitaban en aquella ciudad..., una ciudad que, desde aquellos tiempos tenebrosos, ya no era "su" ciudad. La analizaba ahora sin sentimientos, la consideraba —le costaba

encontrar un culpable de su situación personal— como algo decisivo en su contra, como si toda ella fuera su personal circunstancia y la evidente adversidad o infortunio que echó por los suelos la justicia que más necesitaba en un momento crucial de su juventud. Como consecuencia de aquella su indómita animadversión hacia determinadas actitudes individuales, dio en creer en ciertos sucesos por venir, cosas que terminarían por ocurrir en la ciudad y que él no banalizaba de ninguna manera. Y estaba seguro de que la venganza cauterizadora de su herida llegaría sin él mover un solo dedo y como imparable precipitado de una disolución sobrevenida.

—Selim es un amargado. Aunque no hable mucho de sus extrañas cosas —comentaba el pastor de la masía de don Ambrosio Aznar—, sigue siendo un amargado. ¡Y nadie tiene la culpa! ¡Si no se hubiera metido en aquel lío...! Yo creo que se pasó de listo..., y otros piensan igual.

—¿Y tú qué hubieras hecho en su lugar?

—¿Yo? Callarme, morderme la lengua.

Pero todos se equivocaban con Selim Algarba, quien, aun buscando culpables de su situación de automarginado, nunca jamás pensaba aprovecharse de la posible culpabilidad de otros. Lo que hacía era simplemente jugar. Jugaba a que el trayecto de los años y los días se replegara en su origen temporal... y, una vez allí contenida la fluencia del tiempo, cerrar con llave abundante su reclusión. Pero él no sabía que buscaba semejante regresión. Sólo creía jugar a anticiparse a lo que tenía que venir...

En las faldas montañosas del Oeste, y sosegadamente sentado contra el repecho que abocaba a la rambla del recogido madroñal, más que singular, algunas tardes trenzaba Selim algo más que la brillante y filamentosa hoja del esparto para pleita: trenzaba signos, indicios y atisbos emanados, según él, del ir y venir de la gente en la ciudad. Y se creía certero en sus deducciones al respecto, si bien desentendido, al parecer, del comportamiento de la clase dominante, la clamorosamente adherida al Régimen. La había excluido de cómputos y escrutinios porque ésta entrañaba una discontinuidad difícil de reducir —por su autonomía económica— a los hábitos de relación que regían en la mayor parte del resto de la gente. Los conocimientos que tenía de las personas, o de una buena parte de ellas, le hacían creer que él era importante por su papel en aquella comunidad, y a pesar de su sostenido alejamiento de ella. Pero no hubiera sido capaz de exponer con cierta convicción las razones que le empujaban a calificarse así. "Porque las intuiciones no son más que aleatorios merodeos alrededor de certidumbres fugaces, inaprensibles y movedizas", repetía a veces un individuo apelado Pitágoras sin que nadie le preguntara y seguramente por su proclividad a ensimismarse con filosofías. De todas formas, había una cosa segura: al pastor Algarba le interesaban más que nada los advenedizos, los elemen-

tos que se movían en el entorno de los influyentes tratando de auparse sin importarles renunciar a la dignidad más instintiva. Esa concreción, al menos, le alentaba a esperar un signo que le indicara —¿cuándo y bajo qué forma iba a llegar?— sobre quién o quiénes tenía que volcar la alcancía de cuanto ya traía acumulado.

—Parece que Selim vive esperando un tren que nunca llega. —Así canturreaba el carnicero Bocayo cuando, en brega con el cigarro de hebra, intentaba restaurarle la brecha acontecida en el papel con un lengüetazo de su saliva.

—¡Vaya con Bocayo! ¡Y parecía que fuera un tarambana! —se decía entonces el aprendiz de cortante, observando la maña que el jefe se daba —y no era su práctica habitual— destazando la sanguinolenta carne y separando la piel de la cabra para sacarla entera. De cuando en cuando, y quizá como ejercicio de reflexión, Bocayo agarraba la chaira y afilaba, afilaba. En el matadero se decía muy a menudo (y quizá también en otros lugares) que Selim Algarba era un amargado. "Buen chico, pero un amargado. ¡Con lo bien que estaría olvidándose de aquello...!" A veces, aquel lugar, y por lo concurrido, se constituía en mentidero, y en esa su naturaleza se adelantaba al mucho más ameno e intrigante del propio mercado local de abastos, situado donde un día estuvieran el ex convento de los padres Agustinos y la estatua del insigne alienista Esquerdo. Bocayo, como los vendedores titulares de los restantes puestos o toldos, muchas veces tenía en ese foro la reveladora confirmación de los rumores en boga, que podían llegarle levemente modificados, enriquecidos tal vez. Sus transportistas intelectuales —mujeres en su mayoría— aportaban detalles y picos de su propia cosecha, sirviendo la versión del suceso en su guirigay comunicador y festivamente malicioso.

—No sé... Este Selim se cree que es adivino, o algo así como profeta. Vive muy solo allá. Y por eso le pasa lo que le pasa. Por eso.

En sus sosegadas y lentas horas de obligada soledad, con monólogos a media voz junto al perro Nandi —que entonces movía frenéticamente la cola, como si el pastor se dirigiera a él—, Selim podía elucubrar más de la cuenta. A veces, sin proponérselo, le venía a la memoria la vivificante grandeza del Guerrero del Antifaz, su altura de miras y proverbial generosidad para con los excluidos y humildes, o para con los perseguidos por la estulticia vesánica de los poderosos. Aunque más frecuente era en el enmascarado la necesaria demostración de lo que sus fuerzas físicas eran capaces de conseguir en situaciones de verdadero apuro o de inequívoco peligro. Por eso tampoco el pastor se olvidara del cuaderno 54, "Defensa de Héroes". En ese tebeo no había reposo posible, no había respiro. El impresionante Guerrero del Antifaz, el Conde de los Picos, Ana María, Fernando, y Osmín y los caballeros y guerreros que les acompañan, eran atacados sin cuartel por medio millar de moros y tenían que retirarse a un montículo próximo, y allá quedaban compactamente cercados. (Don Fulano de Tal, secretario del ayuntamiento de la

ciudad, estaba empeñado en escribir "una historia completa" —¿completa?— de ella. Eso era lo que se decía de cuando en cuando, aunque sin el más remoto entusiasmo por parte de nadie. A lo mejor, al forastero sabihondo —en la presunción de algunos indígenas— le habían deslumbrado las portentosas murallas que ostentaba la villa antigua en algunas partes de lo que fue su perímetro siglos y siglos antes, mayormente en el XVI... o por ahí. Él ya habría escuchado contar hechos históricos de verdadera enjundia al cronista oficial, sucesos pero que muy interesantes, se decía Selim. Uno de ellos podría ser el de la sangrienta escaramuza entre cristianos y moriscos en el barranco que el pastor tenía ante sí y que era sobrevolado a menudo por águilas mayestáticas, como tildando el misterioso lugar de aquel suceso de armas. Se trataba de un desfiladero cuya diabólica angostura recorría la espalda del paraje llamado de **Cortes**, impresionante rotura geológica, —con ostentación de limpias cortaduras en roca de cromatismo cobrizo— que se podía columbrar sin obstáculos desde ciertos puntos de la ciudad. El lugar en sí ya se prestaba a fantasías por la solemne inclinación roquiza del desgarrado flanco que encaraba al Sur, y cuyas paredes más verticales reverberaban con anaranjada luz en las fantásticas puestas de sol. Renovando su contemplación de aquella magnífica pared natural, no podía evitar Selim Algarba que le abordara el recuerdo de la heroica y denodada defensa que un reducido núcleo de cristianos llevara a cabo en las dieciséis páginas de aquel cuaderno 54. (El número anterior se titulaba «El Cerco de los Árabes», y «Regreso al Condado» era el que le seguía).

El complicado amo del perro Nandi criaba la blanda pero terne propensión a pautadas aproximaciones a ciertos elementos humanos del medio urbano. Creía que, observados debidamente, su conducta de ellos le daría el material suficiente para sus fines, uno de los cuales era averiguar —y sólo de algunos de ellos— aquello que le fuera ventajoso y que le permitiera en un cierto momento actuar como si hubiera vivido a un palmo de cada uno de esos individuos, hombres o mujeres. Y nada más. (No podía dudarse de que la frase enunciadora tenía su porte, su solemnidad conceptual). Deseaba vivir, tal vez sin saberlo, una aventura para él la más ideal: ser uno aparte, olímpicamente exento, mientras alumbraba hallazgos decisivos en su solapada auscultación de los mortales elegidos. Ésos que, de una manera u otra —y sin ellos saberlo, claro—, podían condicionar sus esquemas de resistencia en aquel anodino y desdichado lugar del mundo que era su ciudad. Un ámbito donde se respiraban el miedo y la sumisión, implacables aves carroñeras sobrevolando un vergonzoso y dramático agregado de inapelables cobardes, si bien era casi lo único posible en aquellos oscuros y torpes días del más gris de los desánimos... y con la Sombra bajo palio. Aquellas personas eran las tristes y consabidas unidades rebañegas que, por consunción, quizá habían llegado a la creencia de que todo cuanto sucedía en la nación española contaba con la firma sancionadora de Dios,

aun siendo difícil creer que todas aquellas adversidades procedieran de su voluntad. ¿Se le estaba atribuyendo un papel similar a la Sombra, aquella que en El Pardo firmaba a diario las sentencias de muerte de tantos presos políticos? Semejante constelación no parecía posible, pero determinadas noticias dichas en voz baja hacían que el asumido ostracismo del pastor Algarba tuviera visos de mortal perpetuidad. Porque, eso sí: él se consideraba uno más —con ciertos matices benevolentes a su favor— de aquel triste ganado, amedrentado como ellos en el redil que el miedo impartido sostenía. Pero mandaban las circunstancias..., y en descargo obligado de los que no tenían más opción que la sumisión y la inanidad.

Allí estaba él, pues, y allí seguiría: en los abandonados secanos, familiarizado con vaguadas y congostos y ramblizas arcillosas donde adaguar el ganado. Junto a las andariegas reses, pateaba las livianas ondulaciones del monte en busca de pastos propicios para los animales y con la compañía atenta, y tan inteligente, de un perruco llamado Nandi. En los amables altozanos por los que se avanzaba de manera sosegada, el ganado sorteaba con ligereza expeditiva los consabidos matorrales de estepa y lentisco, aquellas matas arbustivas asociadas en su crecimiento a las ariscas formaciones de la carrasca menor y de las ariscas uluagas, terrenos donde los espaciados y voluntariosos pinos no eran sino la excepción. Mientras se rodaba de esta guisa, tal vez soñara Selim que el Guerrero del Antifaz abandonaba la cima de la sitiada colina de enfrente por entre el arisco pedregal de su ladera Sur. Le veía correr a grandes zancadas y saltar prodigiosamente por sobre cuerpos enemigos malheridos o desbaratados, y sorteando esforzados contrarios que trepaban con tozudez y valentía por aquel peligroso flanco del montículo. El lugar estaba férreamente ocupado por los soldados cristianos y sus aliados circunstanciales, uno de ellos Osmín. (El Kir no se decidía a luchar, se sentía extraño entre los soldados de la Cruz, aunque permanecía como una torre humana al lado del amigo enmascarado y su escudero. Reparando en su sentida indeterminación, el Guerrero le pedía que ayudara a repeler el violento y obstinado ataque musulmán. Y entonces el bigotudo coloso se ponía a defender aquella cima rocosa con la temible contundencia a que ya nos tenía acostumbrados. En el curso de tan furiosa confrontación, dos oficiales cristianos se acercaban rápidamente al enmascarado... y le proponían rompiera el apretado cerco mahometano para salir en busca de las restantes fuerzas cristianas como refuerzo. Habiendo rehusado hacerlo por no abandonar a doña Ana María y demás amigos, los mandos cristianos le prometían estar cerca de éstos en todo momento. Algo más tranquilo, y aceptada aquella misión por el del antifaz, segundos después —y eso lo recordábamos todos, todos nosotros y Selim—, veíamos la temible y arrolladora figura del héroe bajando como una tormenta de viento los abruptos desniveles por donde el enfurecido y recalcitrante enemigo intentaba alcanzar la erizada loma. Bajaba velocísimo aquel guerrero, abriéndose paso a golpe

de espada, sorteando rocas y enemigos, los cuales, como los cristianos que pudieron observarle, apenas si podían creer lo que estaban viendo: "¡Por Cristo!¡Tiene nervios de acero y corre más que el viento", decía un oficial del Conde de Torres, mientras volaba el Guerrero del Antifaz alcanzando la silla de un caballo que, sin su jinete moro, se removía desconcertado entre la maleza, las matas del espartal y los matorrales. Unas tiras más adelante, y superadas por el Guerrero algunas escaramuzas más, el jefe de las tropas de Olián, el nobilísimo y diestro Alhamar —maestro de armas de Olián—, se tropezaba con el valeroso y temible cristiano del antifaz, al cual había creído ver alanceado y yerto en la anfractuosidad del bosque aquel de episodios anteriores.

"—Ya veo —decía Alhamar con ironía y desde el interior de su yelmo, por media luna coronado— que aún vives. ¡A mí no puedes hacerme creer que has resucitado!... ¡Y no me asustas!

Eso decía Alhamar, y era debido a que muy poco antes le habían venido sus hombres gritando que el enmascarado ¡había resucitado!

"—¡No tengo mucho tiempo para discutir, Alhamar! ¡Pero si quieres, perderé un rato mientras te mando al mismo infierno! —replicaba el interpelado en la jerga de quienes se integran en luchas armadas. Y bajaba al instante por la empinada ladera hacia el segundo de Olián, oficial distinguido del difunto Motamid.

"—¡Esta vez sí que te veré bien muerto! ¡No te valdrán tus artimañas!" —decía el respetado oficial aproximándose a caballo hasta el cristiano. Ambos lucharían con inigualable maestría en tan magno y limpio encuentro. No vencería el jefe moro... y el Guerrero del Antifaz, conociendo de la honestidad y valía del derrotado, le dejaba con vida después de haberle descabalgado. Al tiempo, se apropiaba del excelente caballo de éste, indicando el Guerrero que por esa condición del noble bruto —se decía mucho eso de noble bruto—, había el Guerrero perdido en el primer embate de aquel duelo. Así que, con la valía del referido corcel y la celeridad que queríamos imprimir al Guerrero por la urgencia que regía, se iba él disparado hacia "Montaña Baja". El grueso del ejército cristiano se encontraba allá en lucha con otro gran contingente de aguerridos moros... Pero este desenlace, digamos interino, ya tenía lugar en el número 55, el cuaderno —extraño cuaderno aquél en que la serie iniciaba una grave y apabullante reforma. Nosotros, que recibíamos el número de la semana en el grupo escolar y de manos del anciano conserje, el que llevaba un quiosco de Prensa con su mujer; nosotros, digo, nos quedamos de piedra y muy desconcertados cuando esa mañana cortamos la siempre emocionante entrega, que llegaba siempre intonsa..., y después de entregada la consabida peseta por ejemplar. ¿Qué clase de tebeo nos había entregado aquel buen hombre aquella mañana?

—¿Qué pasa?

Ignacio ponía unos ojos como platos al mirar y remirar unas páginas tan absurdamente raras.

—No lo sé. Es un "guerrero" muy extraño. No sé lo que ha pasado. No sé...

Lo que había pasado era una triste y desconcertante novedad, y la recibíamos sin acabar de entender si el concepto tristeza estaría o no bien aplicado a lo que observábamos en aquellos dibujos. Todas las páginas, de la primera a la última, afectaban una impresión tipográfica densa y, por lo tanto, oscura, aún quedando los dibujos perfectamente visibles... Mas, al poco, se descubría que las dieciséis páginas de que constaban los cuadernos corrientes se habían reducido a diez.

—No; tiene doce. Doce páginas. Lo que ocurre es que han dibujado tebeo en la parte de dentro de las tapas, y no están numeradas.

—No; numeradas sí que no están.

Habían reducido el tamaño de las aventuras en cada viñeta —y más parecían desventuras—, y se daba una versión constreñida y, por lo tanto, con la acción más oscura y apretada, quizá más misteriosa con aquel cambio. En el número de novedad tan impactante, las cuatro últimas páginas nos entristecieron bastante porque sentimos un desamparo real, agobiante. La cosas fueron así: había caído la noche mientras las fuerzas de los aliados cristianos volvían a sus baluartes tras haber desarticulado a conciencia varias formaciones moras. Estando ya en territorio del condado de Torres, el cristiano enmascarado decía a doña Ana María:

—"Señora..., mis amigos y yo partimos en otra dirección... Os deseo un feliz viaje".

La condesita le rogaba que les acompañaran hasta el castillo con ánimo de retenerle un poco más, y lo mismo a Fernando, según el deseo de Sarita. Fernando respondía a la muchacha que él quería ir detrás de Alí Kan para vengar las vidas de su padre y de su hermana. (Esas cuatro últimas viñetas, nocturnas e insoportablemente pobladas de adioses, nos dejaban desolados, como hundidos en un inmerecido infortunio. La nueva grafía, sumada al desenlace de luchas tan bravías y alentadoras, aumentaban la melancolía que toda despedida imprime al corazón. Se intuían roturas abruptas y radicales en muchos aspectos, y como inducidos por la nueva estructura de los cuadernos. Y con el agravante que días más tarde comentaríamos: si se perdía una portada, o la anteportada, te quedabas con dos páginas menos de tebeo, algo así como veinte viñetas... ¡Qué situación tan incómoda e ingrata! Había terminado una época de la Historia de España —y del Guerrero del Antifaz—, y eso sin invocar el año de los Reyes Católicos con su asunto de Granada frente a la enfermiza tozudez del complicado y débil Boabdil. El mundo aventurero vendría muy pronto a parecerse a un solar de dolientes arideces y achicharrado por el sol de los lagartos, un final más que cruel para todos nosotros. La ceniza de los eventos

históricos ya la anunciaba la especial compacidad del dibujo narrativo. Parecía que Gago nos hubiera advertido: "Esto se acaba aquí, muchachos. Cae un trayecto, un tramo histórico y nada puede quedar como estaba antes... Yo también lo siento, y quizá más que vosotros". La contracción de los trazos aventureros, prietos y agrupados en configuración tan diferente, nos señalaba el quiebro de una cómoda continuidad, aquella continuidad que, de sobrevivir y prolongarse, tendría que hacerlo bajo otros signos y circunstancias. Como tendría que ocurrir con nuestro cuerpo y nuestra mentalidad... Pero quizá sólo se habría llegado a tal extremo... para aprovechar mejor el papel del cupo. Por economía).

* * *

Desde su particular y minuciosa melancolía, Selim seguía observando la ciudad, su configuración, aquella multiplicidad abigarrada de tejados en tan diferentes y caprichosos planos. La detentaba extendida allá abajo y junto al mar de siempre, y consideraba cómo se había ido expandiendo su área, aunque con la lentitud propia de tiempos tan grises y turbios como aquéllos. Crecía un algo en sus barriadas, si acaso, y se mantenía perfectamente inalterable en los caseríos campesinos de siempre, y más o menos distantes del centro primitivo. Su diversidad topográfica persistía enriquecida por el curso del río, que finalmente corría al pie de lo que fuera lienzo de la muralla en el lado Oeste. La hendidura fluvial, festoneada por compactas y altas matas de baladre, se salvaba con los puentes de la carretera y de la vía férrea, insertados ambos en ámbito urbano. Aquélla era una mirada que, contando con capacidad abarcadora y selectiva, proporcionaba privilegios valiosos a un observador del talante del joven cabrero. Tenía éste la certeza —propiedad intelectual pocas veces contrastada con opiniones ajenas— de que, conocido el medio y la distribución de sus pobladores —latiendo bajo tan atribuladas techumbres—, sólo sería cuestión de tiempo averiguar de ellos quizá lo que menos se podía sospechar, aunque lo cosechado no fuera más allá de rumores o intuiciones. Lo cual no era más que el salvado de una harina escatimada, la ganga oscura y sobrante de la preciada masa. Sustanciosos atisbos posiblemente, o frases sueltas sin emisor o mensajero responsables, podían darle información valiosa sobre la conducta de quienes, con mayor o menor frecuencia, se rozaban o cruzaban con él las veces que bajaba a la ciudad. Con lo que, si percibido, podría Selim aproximarse —eso creía— a las posibles veleidades practicadas por aquellos a quienes veía ir y venir, manifestarse o callar y quizá afrontar en público una situación levemente comprometida, cuando no escurrir el bulto a la primera y todos los días. ¿Con qué referente y hacia dónde se desplazaban aquellas conductas? ¿De qué recursos o subterfugios se valían aquellos sus congéneres para zafarse de las denuncias, malquerencias o imputaciones en su diaria resistencia? (Ante la certidumbre de que la justicia sólo

trabajaba para favorecer al bien situado y con padrinos, la gente terminaba por lamentarse en público de sus desgracias, aunque no osaban señalar al que creían o sabían culpable de aquella su doliente situación... Y había otra cosa: ¿cómo deshacerse del impacto, de la impregnación o podredumbre que la calumnia podía verter sobre uno, quizá sobre toda una familia? La calumnia, la vileza del baldón, ¡qué cosas más crueles, y cuán difíciles de torear! En asedio tan espeso —y mortalmente cruel sobre determinadas biografías—, tenía que ser justo disculpar a los que, por miedo insuperable, asumían actitudes humillantes, vergonzosas por lo rastreras, o que buscaran zafarse de complicaciones mediante el grito del sálvese quien pueda. De modo que la circunstancia tendría que perdonar a muchos sus obligadas trapacerías o su participación en las producidas en su entorno inmediato. Admitidos estos gruesos condicionantes, qué difícil para los justos condenar formalmente a un individuo acuciado, perseguido a veces por el estilo falangista de los represores. La conducta de éste tendría que ser... aquella que podía ser. Ni blanco ni negro: sólo un anodino gris. La circunstancia —había que saberlo— seguía suplantando incluso al hecho social mismo. Pero Selim no iba de justiciero irreductible y exigente. Su juego —porque un juego venía siendo— sólo intentaba alcanzar el nada despreciable rédito de saber qué suelo pisaba. Recordaba pero que muy bien haber patinado un día con su ridícula ingenuidad..., y no pensaba incurrir en lo mismo nunca más. Aprendería a leer la realidad y el contexto en que ésta se daba. Conocerla era algo inaplazable para él, decisivo para los actos de todo hombre en aquellas circunstancias de rabiosa escasez y de miedo razonable. (Se sabía de sentencias absolutorias, o aminoradas en su rigor, pero igualmente se sabía que sus inductores primeros habían conseguido que fueran revisadas... hasta llevar al denunciado a las tapias del cementerio para ser fusilado, o para terminar finalmente en el garrote vil. Eran cosas que podían revelarse inopinadamente... y que pocos de los vencidos calificaban de rumores inofensivos. Aunque semejantes sentencias se hubieran dado en otros pueblos o ciudades...).

Pero quizá fuera él quien con más prudencia tenía que andarse en la ciudad, en cuyo medio se mantenía la buena costumbre de cerrar la boca en público, salvo cuando, en la barbería o en los pequeños y vacuos comercios, se comentaba lo revuelto del tiempo atmosférico, la poca o mucha pesca de la flota local o aspectos generalizados de la lucha por la vida... Sin embargo, aun estando alerta a perpetuidad, en el comportamiento del pastor se percibía —eso era así— que estaba bien informado de muchas cosas, más de las que cabría suponer. Se advertía esto cuando, cuestionada la conducta de alguien en conversaciones en nuestro taller y sólo ante nosotros, exponía él su criterio sobre esa persona, aunque no iba mucho más allá: pronto desenganchaba su vagón del convoy y pasaba al corolario. Era como si sólo le interesara que se supiera que no estaba en el limbo.

—Ese tipo..., en fin. Algún día tendrá que equivocarse —decía—; y entonces se llevará un disgusto. Yo creo —podía añadir, y con frecuencia— que los idiotas son aquellos que creen idiotas a los demás, a todo un pueblo.

De esa clase de intervenciones suyas —no siempre bien entendidas— era difícil admitir o deducir que disfrutara tanto pescando vestigios, sopesando arracimados detalles o estudiando minuciosamente gestos de la gente más a mano. (Era verdad, y contrastable —se diera él cuenta o no—, que las casualidades le cortejaban. Parecía que le asistiera algo así como una suerte de enjambre de trabadas relaciones o correspondencias, como si se le revelaran signos con que deducir ciertas relaciones humanas y prever consecuencias de ellas. Algo que para los demás no eran sino caminos cortados o restos banales de cosas que parecían no estar sucediendo. En ese aspecto, ¿qué clase de buena suerte era la suya? De su continuo olisquear, aunque de obligada naturaleza circunstancial —o por carambola, como en la flauta del burro y la fábula (¡)—, lograba el pastor una base analítica para enterarse, un suponer, de qué cosa hacían una hembra y un hombre adultos entre el bello arbolado del molino, casi en peligro de caerse ambosdos por el ribazo del cañar y las hirsutas chumberas. La cosa no consistía en creerse avispado para descubrir asuntos de sexo prohibido, sino en la casualidad de haberse tropezado con algo que siempre se hacía entre varón y hembra con un intensísimo despliegue de cautela, de comedido sigilo. ¿Por qué no en aquella ocasión?).

—¿Qué diablos hacen ahí el Salvador Cortell y la Rufa de Ambrosio? —Se lo preguntaba casi aturdido porque, sabiéndoles con la correspondiente mujer y marido, aquellos dos tramaban alguna cosa. Y tamaño cocido podía dar para mucho más, lógicamente. El fulgor de la estampa tenía la característica del fragmento de vidrio que, anónimo y deleznable entre hierbajos y piedras, destella de pronto cuando le da la luz del sol desde un determinado ángulo. Un repentino rayo como aquél requería su atención, y ocasionaba la alborozada y correspondiente nota en su diario de a bordo...

La visión de encuentro tan llamativo era absolutamente casual. Se tropezaba con aquella pareja cuando un mediodía regresaba a los corrales. Ni siquiera tenía que haber mirado hacia aquel sitio, siempre solitario y silencioso al otro lado del vigoroso y cimbreante cañaveral de la plácida charca del río. ¿Por qué razón —se incitaba luego, más profético aún— había mirado él en aquella dirección? Probablemente, y cuando menos se lo imaginara, otras señales —¿señales sólo para él?— le dirían con claridad por qué razón dirigió la mirada al lugar de la cita del hombre con la hembra... Podía ser que aquel sino de cautela y vigilancia, de indagación constante, obedeciera a que él mismo vivía bajo esa condición de controlado... y trasladara a todo bicho viviente esa naturaleza de subrayado que le acompañaba. Bueno..., ¿y qué con eso? (Los dioses —solía decir Pitágoras— no acostumbraban

a mostrarse ni mínimamente concesivos. Las secretas aspiraciones de los más desgraciados, hambrientos y olvidados hubieran agradecido que se manifestaran de vez en cuando aquellos entes misteriosos que el imaginario colectivo situaba en determinados pliegues del tiempo. Se esperaba con ilusión —a veces casi tanto como el pan— esa intrusión de lo sobrenatural entre algunos humanos y porque sin esa expectativa de locos, lo mejor para algunos —los aún vivos en las cárceles de Franco, un suponer era acabar con la propia existencia. Otros quizá decidieran irse al puente del ferrocarril... y desaparecer finalmente del mundo como para comunicar a todos su última protesta. Por esa razón —insistía Pitágoras—, era necesario, y deseable, la manifestación de vez en cuando de los entes intangibles, de los venerables dioses del hogar, aquellos cuyas tenues pisadas escuchaban a veces los niños y los animales de la casa. Se esperaban para que, al menos, movieran a determinados humanos a hacerse cábalas, reconocer augurios o saberse observados por algo totalmente diferente a los agentes de las autoridades políticas de aquella desgraciada España... Selim solía ver a su padre años después de que hubiera muerto. Le veía con la azadilla, sudoroso, en mitad del sembrado, escardando los cultivos que lo requerían. De cuando en cuando, aquel hombre se quitaba el sombrero de paja, se erguía y se encaraba con el sol..., para luego seguir con sus labores. Había momentos en que se detenía, miraba hacia el chico y le enviaba una señal, un signo de negación, para recordarle el silencio que éste no había observado un ya lejano día. Mas ya no había remedio, aunque el joven pastor replicaba a la visión con explícitos signos de asentimiento. Ése era su modo de admitir que su padre siempre le había aconsejado lo mejor, lo más adecuado. Y que nunca más volvería a desobedecerle. Nunca.

En la barbería de la calle de Limones —¿dónde debió estar la del Sol y dónde la llamada de las Chumberas siglos antes?—, Selim se leía la revista "Semana" de cabo a rabo (generalmente había un par de publicaciones más, y atrasadas, naturalmente), advirtiendo a su amigo el barbero que no llevaba prisa. Acometía el pastor en aquellos instantes un nuevo capítulo de "La vuelta al mundo de un novelista", la novela como por entregas del famosísimo Blasco Ibáñez, si bien ya se había perdido algún que otro capítulo. (Quizá en aquel establecimiento nunca se había detectado su interés —aun habiéndolo y de cuánta intensidad— por los comentarios de los demás clientes. Porque andaba silenciosamente contenido y silente, posiblemente succionado —eso parecía, desde luego— por la itinerancia del autor valenciano en aquella revista. Algunas veces coincidía con Almy Calet, y siempre sacaba tajada de las cosas que decía aquel parlanchín... porque el batallador y heroico Calet no tenía pelos en la lengua, y sí muchos, y frondosos, en los pabellones auditivos. Almy era igual igual que una traca levantina, y, cuando perdía intensidad, aún seguía crepitando. Sus ocurrencias contenían mucho de mordacidad

festiva y dicharachera, prorrumpiendo en carcajadas cada vez que soltaba una, que así subrayaba él su tan jocoso repertorio. Y esto sin dejar de hojear y leer artículos y pies de fotografías en un silabeo como de agua discurriendo por acequia de riego en las umbrías arbóreas del campo.

—Han dicho por ahí —parloteaba dirigiéndose al maestro de la navaja— que yo le he hecho una niña a la tía ésa... ¡Yo, no! ¡Habrá sido el buzo del puerto, que hace tres meses que va detrás de ella! O ella detrás de él...

—¡Y claro que tú no has sido! —Así lo incitaba el maestro barbero.

—¡No, yo no! Si quieren saber la verdad —se carcajeaba antes de exponer su elaborada pillería—, que echen la cría al mar. Si he sido yo, flotará. Y, si se hunde, ¡es del buzo, es del buzo! —Y su jajajá era como una bandada de palomas emprendiendo el vuelo sobre un sembrado.

Se reían todos allí, incluso el pastor Selim, aunque a hurtadillas. Después seguía Almy pasando hojas del semanario, mientras el tema pugnaba por quedarse... aun sin la participación del acusado de engendrar con la montaraz y desvergonzada pelandusca...

—Pero tú no has sido, Almy, ¿verdad que no? —El barbero le provocaba como si ello pudiera amenizar su monótona actividad.

(Los adolescentes teníamos ocasión a veces de contemplar lamentables desafueros gestuales en plena calle en cuanto algún que otro hombre joven se topaba con una mujer con cierto atractivo físico. Sin conseguir dominarse —en el supuesto de que se intentara—, el ardoroso apetito venéreo del mozo espantaba a las más enteras y les avisaba de peligros evidentes. Era habitual que una chica se abstuviera de cruzar ante un bar..., si iba sola por la calle y aunque fuera a pleno día. El atosigante vociferio del apetito incontenible se volcaba sobre ella con terminologías de salvaje priapismo, al tiempo que algún que otro tipo se restregaba sus partes con ardientes manoseos... ¡Qué vergüenza para nosotros al tropezarnos alguna vez con tan impúdicas muestras del deseo carnal, cuando ya íbamos teniendo edad para reconocer la naturaleza de aquellos berridos! Tiempo después, y algo más maduros los de la pandilla, un texto en un libro inesperado informaría a uno de sus componentes del primitivismo y salacidad que en los años veinte se daba en algunos individuos rijosos de nuestra ciudad. Aquella lectura, apresurada y nerviosa, no fue lo más adecuado para leído por un muchacho de dieciséis años o así. Había una cuartilla mecanografiada pegada al inicio de la obra, obra que se titulaba "Los bizcaitarras" y su contenido describía una especie de sucio ¿lupanar? donde un solo sexo femenino despachaba un verdadero tumulto de lujuriosos. Algunos de los volcánicos aspirantes, que formaban cola en el pasillo de aquella mal iluminada segunda planta, a veces no podían soportar más la espera... y se contentaban más de una vez a sí mismos, y entre los restantes, en degradante y sórdido onanismo.

(Aquel libro procedía de la Argentina. Había sido remitido desde allá a diferentes centros oficiales de la localidad. Cada ejemplar —y eso fue lo que se comprobó con sentida consternación— llevaba adherida su hoja denunciadora correspondiente. Se pensó que el emigrante, anónimo autor de los envíos, podía ser natural de nuestra ciudad, y que se vengaba de su lugar de origen divulgando un cuadro tan repulsivo. Era su venganza, seguramente, por haber tenido que saber, quizá, de estampas tan primitivas y obscenas antes de abandonar su patria chica. Años después, aquello dolía lo suyo).

En la barbería, Almy seguía leyendo el diario. Luego, y como siempre, haría comentarios socarrones sobre lo que acababa de leer. El barbero miraba a Selim: "¿Vas o qué?"

—Coge al siguiente; hoy no tenemos prisa.

El peluquero, tan sosegado él, canturreaba con voz queda aquello de "Estaba un día un pastor..."

Mientras, otro cliente, sobradamente comunicativo, se dejaba enjabonar por el aprendiz, y el Algarba cabrerizo procuraba no perder compás. "Me han dicho —empezaba el enjabonado, en tanto trataba de librarse de la somnolencia inducida— que Don Miguel ya ha vendido...

Se interrumpía al rondar el jabón cerca de su boca.

—...el molino. ¡Vamos, que ha vendido la almazara...!

—¿Don Miguel...? ¿Cómo puede ser eso?

—Así me lo han soltado hace una hora. No sé si creérmelo.

Los comentarios se superponían, y también las medias frases. Y los considerandos pertinentes, algo tan natural. Porque, decían, todo aquello y otras calamidades personales del don aquel se debían a su frecuentación del juego y las mujeres..."¡Cartas de amor!", pespunteaba el que recogía la boina, se tocaba con ella y decía adiós a todos."Cartas de amor", repetía al cerrar la puerta acristalada de la barbería y salir a la Plaza de la Nueva España, tan insustancial como soleada.

—¡Pues ya debe de quedarle poco para vender! Porque al paso que va...

Aquel Don Miguel —se consolaba el pastor Selim— no era el que fuera "su Don Miguel", el propietario del ganado que él sacaba un par de años antes a pastos apartados y redondas. No. El Don Miguel de "Estaba un día un pastor..." no tenía almazara alguna en propiedad, y se le consideraba muy comedido con sus posibles, que no eran abundantes. Nunca tuvo queja razonable de él..., porque, además, no resultaba fácil verle durante el día. Para conseguirlo, tenías que personarte ante su casona a partir de las doce de la noche, al filo del día después. Aquel hombre singular tenía que ser nictálope, y también su perro lobo, que le acompañaba en andan-

zas nocturnas, con aquel subrayado de los recalcitrantes grillos del mágico verano. Como las **Mirábilis jalapa** de los perfumados jardines y de los frescos lindes de las acequias, la nocturnidad intrigante que practicaba Don Miguel ¿Tenorio? era consabida y pocas veces motivo de comentario o de crítica, que a él se le tenía un grande respeto. Salía de su mansión cuando ya dormía la ciudad, quizá también en horas cuando el puño del sereno o avisador golpeaba en la puerta de los pescadores para despertarles y según lo convenido. Los vilmente asesinados de su casa acrecentaban el ostracismo que había adoptado, y sus devaneos podían desarrollarse metódicamente hasta que pintaba el alba, que era cuando se recogía las más de las veces. ¡Aquel don Miguel! Una noche y otra noche, o sólo unas cuantas al mes. Y tampoco fallaba en sus merodeos el día en que iba a la corrida de Alicante y tomaba sitio en la plaza a la soleada hora taurina de los tábanos, aquellos que se pegaban al sufrimiento animal aplaudido como espectáculo... Pero, ¿y por qué razón hacía esa vida Don Miguel, sin dejarse ver en la ciudad a pleno sol? (¿»Don Dieguito de Noche»?) Eso se preguntaba el pastor alguna que otra vez, porque, además, en aquel comportamiento del señorito advertía cierto parecido consigo mismo y su vida en los apartados lugares del piedemonte... Se ignoraba en la localidad si alguien alguna vez había preguntado al caballero por aquella su clase de vida. ¿Acaso se sentía dolido incluso con las propias calles de aquella su ciudad, aborrecible escenario del asesinato de su hermano, víctima en el primer crimen político acaecido en nuestra ciudad? Posiblemente detestara él contemplar aquella su calle a la luz del día, en horas del natural bullicio y de supuesta normalidad. Porque su propia vivienda quedaba a treinta pasos del lugar del asesinato. ¿Quién podría saber los verdaderos motivos de aquella autoexclusión? Si en aquel señorito había resentimiento, ¿de qué magnitud y alcance podría ser? Y, por otra parte, ¿se había vengado ya don Miguel... o su venganza consistía en huir hacia adelante y dejando atrás, siempre atrás lo que ocurrió el día aquel del principio de la guerra?

* * *

En la tienducha donde el Algarba mercaba aquello que la superioridad podía disponer para abastecimiento de la población siempre había algún ilusionado rumor versando sobre ¡inmediatas! raciones de garbanzos, patatas o judías, quizá también de boniatos. Se allegaba allí el cabrero con la esforzada caminata que le pudiera confirmar lo que solamente era deseo delirante de gente sin fortuna. Dos conocidas departían con la tendera, tía política del pastor, mientras que la hija de ésta, bonita y colorada como una manzana, entraba y salía de la trastienda. De allí parecía fluir, sobre todo, el agradable aroma del azafrán, cuya presencia en su breve envoltura de papel no hacía más que aportar al fraude estructural de aquella España la congratulación perversa, y sugeridora, de aquel su olor. En aquellos

momentos, una de las vecinas, y puede que por haber entrado en la tienduca otras personas conocidas suyas, relataba nuevamente el comentario de la semana.

—Eso de las libretas. Más de mil trescientos —aseguraba, convencida y contenta, al parecer— han usado cartillas de racionamiento de gente desaparecida. De difuntos y militares o así...

La rolliza (¡) prima de Selim reaparecía con la prontitud de quien escucha detrás de la sucinta cortina: qué interesante presenciar los asombros provocados en el prójimo por algo de lo que nadie pide pruebas para admitirlo. Desaparecía de inmediato la indiferencia que lo anodino amontonaba en la mente, generándose cierta maldad y regodeo —y más en los desposeídos de casi todo— en una inocente esperanza de que algo pudiera cambiar... para bien.

—A ver —reflexionaba una, concentrándose en la cosa—, gente con más cartillas de las que les tocan. ¡Eso no puede ser!

—¿Pero es gente de aquí, gente que conocemos nosotras?

—¡Cómo va a ser gente de aquí, mujer! ¡Gente de otros pueblos de la provincia! Aunque digo yo que... —Se entendía que aquellos comentarios no se hubieran producido de haberse tratado de un fraude que incluyera a alguna persona de nuestra ciudad, práctica de gente cercana y conocida.

Se miraban unas a otras, y la muchacha y Selim guardaban silencio a la espera de algo más, aunque fuera poco. Pero nada. Comprendía el pastor que allí no había nada para el cupón; sólo, y quizá, alubias. Un cuarto de kilo, lo más seguro. Mientras, las hembras avanzaban un buen escarmiento para quien en la ciudad dispusiera de más libretas de las asignadas. "Oí decir —aseguraba una— que en Alicante fusilaron hace poco a un obispo, digo no, ¡a un cura!, por esconder harina del abastecimiento". Lo decía la más osada de todas, y las otras se santiguaban maquinalmente. ¿Un sacerdote fusilado por fraude con la harina? Tampoco. El dichoso asunto había sido con un falangista importante, y había ocurrido poco después de terminada la guerra. Aquello, que nadie más recordaba, tuvo que ser una bomba. Igual que el estampido que tilda con su airón el estruendo del castillo pirotécnico en las fiestas patronales. Fusilar a un cura —¡a un cura!— para dar ejemplo el Régimen era cosa tremenda. Y muy extraño que hubiera trascendido cuando la Iglesia española era el mejor agente propagandista de Franco, Franco, Franco. ¿Habría sido aquél el tremebundo escarmiento aplicado por quienes pretendían que se estaba impartiendo una justicia deliberadamente social? A aquellas alturas de la posguerra española, Selim sabía que el gobierno seguía persiguiendo los fraudes y ocultaciones de productos básicos, aunque sin mucho éxito... Eso decía el periódico.

—A mí estas cosas me dan un miedo... que para qué os cuento.

—Lo de las cartillas —decía el pastor, para depositar allí su sentencia— nos demuestra que algunos tienen más hambre que miedo. —Y se volvía para preguntar a su tía si se sabía algo de los 325 gramos de patatas pregonados la semana anterior desde el Gobierno Civil de Alicante. Nada de nada. ¿Y qué había de las alubias..., si los desaprensivos de las varias cartillas no habían acabado con el producto? Pues ni patatas ni alubias. De lo que más había era de azafrán, y de bulos y esperanzas torpes de que hubiera de lo que no había, de aquello que tal vez estaba escondido en remotos y disimulados —y consentidos— almacenes.

Ese día tenía el pastor que recordar, quisiera o no, lo sucedido años atrás en la estación ferroviaria. Se le hacía más presente por tener que personarse en el juzgado..., incardinado como estaba en la situación de Libertad Vigilada. Unos cuantos más lo estaban en la ciudad, y no podía evitar él encontrárselos en aquellas dependencias cada vez que, desde dos años antes, tenía que cumplir con su palabra. Nunca fallaba Selim, ni siquiera por motivo de enfermedad o fiebre alta... (Detrás de la rudimentaria puerta de la casucha del aprisco, tenía escrita una relación de fechas, por meses, a pesar de que no necesitaba semejante recordatorio). Aun olvidado del suceso que tanto tiempo le condicionaría, en llegando la fecha de firmar en el libro, su mente reconstruía de oficio las escenas del origen. ¿Era justo lo que se le había hecho? Él sólo quiso testimoniar que cierta persona no estaba entre aquellos que mataron al joven abogado de la Calle Nueva. Irónicamente —¡qué remedio!— tenía que admitir que de nada servía recordar aquellas sus intenciones! ¡Era tan inútil hacerlo...! En cuanto terminaba de firmar, y sin cruzar palabra con nadie en el juzgado, bajaba las escaleras silenciosamente..., y desaparecía de sus alrededores. En esas ocasiones, al abandonar el edificio, recordaba aquella jornada de los días de la guerra en la esquina que enfrentaba la del cine Olympia. Los niños estuvieron contemplando, igual que otros vecinos, la pavorosa y salvaje hoguera que los empleados del juzgado alimentaban con cientos y quizá miles de documentos..., que, al parecer, ya no servían o podían resultar comprometidos no se sabía en qué sentido o en relación a quién. (Habíase cursado por aquellos meses una orden ministerial que prohibía a los empleados de los juzgados comentar las incidencias de la guerra e incluso preguntar por las vicisitudes de la misma...). Selim presenció aquella quema organizada, como la vieron otros muchachos y escolares, y Jacinto el de la Aceña, además de algunas personas mayores como el padre de Ignacio y nuestro amigo Almy. La patética gestión de la República en cosas de aquel jaez desembocaba, según rumores, en la liberación de muchos delincuentes que se encontraban en las cárceles españolas de la zona roja. Aquello y otras medidas —se comentaba— contribuía a ensombrecer muchos de los logros sociales republicanos. (Pasadas dos semanas, y en la carpintería que su tío tenía al pie de la ermita de la Salud, se le mostraba uno de los legajos judiciales que no se consumieron completamente en aquella pira, y seguramente por su grosor. Su tío la había conseguido no quiso

decir cómo... —tal vez de manos del encargado municipal de la basura urbana—, y se la entregaba. Sabía que a Selim aquellas cosas le atraían mucho, pero ignoraban ambos que el lenguaje judicial iba a ser para el joven agricultor una pesada losa unos cuantos años después...

La mayoría de vecinos —los marginados de una forma u otra, los señalados como contrarios al Régimen o sospechosos de algo parecido— se esforzaban en demostrar que ignoraban más de la cuenta. Irse de la lengua y dar a entender que se estaba en certezas de comprometido cariz social era una estupidez entonces, además de una evidente pretensión y descerebrada osadía. A fuerza de sobresaltos por señalamientos y denuncias —con base cierta o no, y muchas veces infames—, se había optado por simular que no se sabía nada de lo mucho que se creía que estaba pasando. Incluso de aquellas cosas sin cuyo conocimiento resultaba imposible que el individuo continuara vivo en aquel mundo.

—¿Y qué has comido al mediodía? —La pregunta estaba como institucionalizada entre la gente, quizá porque se sentía uno más alimentado con el comentario de lo que se podía comer a mediodía en las casas.

—No lo sé.

—¡No sabes lo que has comido!

—Bueno, sí que lo sé, pero no me acuerdo...

Una vez ya el pastor en el corral de La Antequera —el aprisco de la Piedra del Moro era más pequeño y más bien circunstancial—, al perro Nandi le contaba con detalle cuanto había visto y oído en la ciudad. Las confidencias de esa sustancia las recibía el perruco con movimiento intermitente de la cola, mientras respiraba con la anhelante lengua en vilo y sus ojos enormemente atentos a todas y cada una de las palabras y rezongares del joven. Porque todo lo que Selim le contaba era rigurosamente cierto.

—Como te lo cuento: ni patatas ni alubias. Y además —el perro le escuchaba con devoción casi insensata—, tres días a la semana no tienen ni luz eléctrica. Con el candil para aquí, con el candil para allá. Igualito igualito que tú y yo, lo mismo que nosotros. O con el carburero a rastras y su química... ¡Madre mía, Nandi! Esto va peor cada día que pasa. Pero tú no te preocupes, ¿eh, Nandi?

Al cariñoso y fiel animal no parecía suponerle gran esfuerzo mostrarse resignado, y seguía moviendo la cola como si estuviera recibiendo buenas noticias. O como predispuesto a lo que hiciera falta. Y lo que hacía falta era algo más que uva de pastor, cardos cabreros o las ínfimas y toscas prestaciones del agrazón. Del pan disponible, un duro agregado de salvado más que nada y principalmente, a Nandi le tocarían unos corruscos en agua, que así cobraban volumen y cierta apariencia saciadora. Destinar estos residuos de pan a migas era otra salida, de la cual también

se beneficiaba el animal, aunque ese plato requería unos hilillos de aceite. De haber poco y previsiblemente sin poderse reponer, el aceite lo reservaba el pastor para iluminar algún tomate partido, que ingería con un toque de sal. (El maestro botero estaba cansado de decirle que iba escaso de aceite porque quería, ya que en el taller disponíamos, al menos, de aquel del terreno, duro de tragar pero aceite al fin y al cabo).

—Ni patatas ni alubias.

En la estancia aneja al semiderruido corral, y cerca de la botellita de aquel verdoso aceite en la primitiva y sobria alacena —la de un refugio agropecuario en los secanos montuosos—, guardaba Selim unos puñados de almendras de la rebusca y dos docenas de deshidratatas y brillantes algarrobas. Su olor no se extinguía nunca, reavivándose cada vez que se abría la viejísima y erosionada portezuela. En las escuetas lejas de yeso antiguo, y a modo de vasar, figuraba una pareja de tazones y unos cuantos vasos de vidrio verduzco, de gruesa fábrica. Uno de los más pequeños aún contenía un reseco poso de aguado vino. Se advertía también la pequeña orza de la salmuera, en la cual, si no había carne de tomate y de pimiento verde, siempre quedaba el abrupto, desabrido y punzante resto de uva de pastor, aunque éste solía ponerse en vinagre... La sartén de mango y la paella de asas colgaban de sendas alcayatas en la pared, junto al primitivo hogar, que enseñaba sus cenizas y los ennegrecidos restos de leña de pino y olivo. A la derecha de la entrada a la casucha, de gruesas paredes con piedra y mortero de yeso y arcilla, justo debajo del ventanuco que daba al monte y al escueto pinar, había una yacija elemental: paja mezclada con farfolla sobre cuatro tablas; a su lado quedaba la destartalada silla baja de anea. Sobre ésta se veían algunos tebeos, incompletos algunos, y un par de novelas del "Oeste", aquellas de Marcial L. Estefanía. Muy cerca quedaba la pequeña mesa de pino de patas oblicuas, vieja y con más que dudosa estabilidad. En un poyo de obra del rincón, a espaldas de la puerta, quedaban el botijo y una garrafa con agua. El socorrido candil colgaba de una soga de esparto prendida de una de las retorcidas y bastas vigas del techo. El poco aceite que contenía era de un color condenadamente negro, como la exánime torcida, chamuscada y exhausta. El pastor no la prendía cuando las llamas del hogar estaban saludablemente vivas y crepitantes.

—Ni patatas ni alubias.

El perro, echado con mucha tranquilidad junto al fuego, levantaba solamente los ojos para mirarle, sin mover para nada la cabeza. Así le demostraba que seguía escuchando.

—¿Y tú qué dices? ¿Entiendes algo? No, ¿verdad que no? Pues mucho mejor.

Sobre aquel rey de Francia y las patatas —y por si no se lo había contado con anterioridad—, el pastor le contó al perro la historia correspondiente. "Resulta que un rey francés —le dijo una tarde, y muy interesado Nandi— estaba desesperado

porque sus ministros no habían conseguido que el pueblo de París comiera las patatas que la flota francesa traía en grandes cantidades de sus colonias americanas. Ante un alimento nunca visto ni probado anteriormente, y tan raro, aquellos franceses andaban temerosos de morirse quizá envenenados si lo comían... Después de mucho pensarlo y pensarlo, el monarca creyó haber discurrido algo que podía hacer que la gente comiera de aquello. ¿Y qué hizo...? Pues ordenó que las patatas se amontonaran en los anchos y bellos jardines de palacio... y a la vista del pueblo..., pero vigilada la hortaliza por una compañía de soldados con fusil y bayoneta calada. ¿Te das cuenta? Noche y día, y durante un par de semanas —Nandi no se perdía ni una sílaba, muy abiertos los ojos—, la gente más hambrienta vio que la vigilancia era constante y disciplinada... Así que algunos, y todos más adelante, comprendieron que aquel alimento era muy valioso, tanto como para tenerlo el rey tan vigilado. Y enseguida lo aceptaron como comida para los humanos". ¿Qué te parece? Aquí nos tendrían que vigilar a un montón de gente..., caso de haber patatas en Abastos, ¿verdad? Simultáneamente, y aun sin quererlo pensar, el pastor creía que en Abastecimientos y Transportes habría siempre patatas para determinados sujetos y sus familias...

EL DÍA DE LA SUBASTA DE LA RUEDA MOSTRENCA

El día de la primera subasta de la rueda de camión hallada en la carretera, el adusto, serio y respetado Hamet Zénete volvía al ayuntamiento, calle Mayor, con un libro de rígida encuadernación, grueso y de tapas rojas. Cruzó la Plaza de la Nueva España por su comedio y embistió hacia la embocadura antigua de la cuesta que ascendía hasta la plazoleta, digamos, de la iglesia. Con el ceño más intenso que de costumbre, a nadie le hubiera resultado difícil relacionar la gravedad de su rostro con la cuantiosa envergadura del material librario que arrastraba presionado contra el sobaco izquierdo. Porque no era aquél un libro característico de gestión municipal, de multas, o de gastos pequeños, por ejemplo. Se trataba de un compendio ajeno a cuestiones administrativas, como para ilustrarse uno. Llegado el cabo a las Casas Consistoriales, de boca del secretario supo que la subasta de "la rueda de camión hallada en la carretera" se había declarado desierta una hora antes. El funcionario no había tenido que felicitar al rematante con el consabido "de buena pro, de buena pro", que era la venerable fórmula de enhorabuena administrativa en asuntos de pujas con éxito. Había rueda para rato, seguramente.

—¿Qué libro se trae usted ahí? ¿Qué libro es ése? ¿Es un libro de Historia...?— le preguntaba el secretario mientras alargaba la mano libre de papeles hacia el volumen. El secretario leía mucha cosa aparte de los papeluchos de administración local: había repasado, hoja por hoja, todos los compendios —enciclopédicos o no— que contenían los acristalados armarios de la Sala de Plenos, tan altos ellos y largos. De unos sacaba notas y en otros dejaba tiras de papel intercaladas, mayormente de papel impreso obsoleto. En la ciudad, algunos curiosos admitían como cierto el rumor de que aquel hombre, foráneo pero feliz en nuestro municipio, pretendía escribir una historia "exacta y completa" de aquella nuestra ciudad. "La Historia de nuestra ciudad —comentaban algunos— desde poquito después del Diluvio Universal hasta las fechas en que a los soldados de Napoleón les diera por cortar el viejo olmo de la que hoy es nuestra plaza mayor... Eso es lo que dicen por ahí..."

—¡Pues anda que no va a necesitar papel ese tío!

—¡Y tinta, un río de tinta!

El cabo también sabía algo del asunto, pero no tenía demasiado interés en lo que don Crisóstomo Marín y Rueda se propusiera relatar al respecto..., porque, ¡hombre!, terminar la historia sin dar cuenta, al menos, del fin de la Cruzada Española contra las hordas marxistas quitaba mucha sustancia al empeño. Pero, en fin... (¿No comprendía el municipal que don "Crisos" buscaba evitarse líos al rematar la supuesta historia con unos franchutes cortando el olmo señero de la que fuera villa murada?). Tomaba asiento el cabo cerca del señor secretario y le describía de modo sumarial el contenido del libro que traía consigo.

—Es un libro de inventos —dijo.

—De inventos y de adelantos científicos. Ya veo. —Había dejado a un lado sobre su mesa escritorio el listado de pobres de la localidad, con notas de ayuda a la lactancia, y, asimismo, la relación manuscrita de los gastos en palmas del Domingo de Ramos. Parecía que su interés por el libro allí presente había menguado ya, pero sí que leyó de corrido su título y razón: "Secretos de la Industria. El Mundo Científico. Periódico de conocimientos. Número uno. Precio, 20 céntimos. Veinte de mayo de 1899". Cerró el tomo y, al devolvérselo al municipal, le preguntó qué aspecto del contenido le interesaba..., mayormente.

—Se lo digo —le aclaraba, mirándole por encima de sus gafas— porque es una edición de hace casi medio siglo. Se ha fijado usted, ¿verdad? —Quería advertir al hombre de que un texto sobre inventos solía tener corta vigencia en sus contenidos... porque, como todo el mundo sabía, las ciencias iban adelantando que era una barbaridad, y a poco que pasara el de tiempo...

El cabo respondió que sí a la advertencia, y añadía —se suponía que confidencialmente— que la posesión temporal de aquellas revistas encuadernadas tenía que ver con lo del explosivo que destrozó semanas antes el muro de piedra seca en **Les Ribetes**. Y, si se sinceraba aún más con don «Crisos» —así le nombraban algunos a sus espaldas—, era porque sabía que dos días después tomaba éste quince días de permiso para solucionar asuntos de familia en su pueblo natal, y sin querer admitir Hamet que buscaba que alguien autorizado le hiciera desistir de seguir pesquisas sobre aquel abrupto caso de los anárquicos y atrevidos estudiantes.

—¿Con aquello de la explosión? —se limitó a ronronear el secretario, que era lo mismo que cerrar ahí el tema de la anodina conversación. Inmediatamente dijo que no habría otra convocatoria para subastar la famosa rueda de camión hasta pasados veinte días.

Hamet no abandonó la secretaría hasta que recordó una de las razones que le habían llevado allí.

—Quería preguntarle —decía al secretario—, y ya me olvidaba de ello, sobre qué se va a hacer con el señor madrileño y su ballena disecada... ¡Vaya asunto ese!

El secretario se quitó las gafas, manoseó en su ojo izquierdo y terminó por decir que ya estaba muy claro que en el mundo había gente para todo. "Se está estudiando el asunto. No es despreciable tamaña lección ocasional para los escolares. ¿No piensa usted lo mismo, cabo?"

El cabo sólo pensaba en el posible hedor que mamífero tan grande, y aparatoso, pudiera despedir —aunque llegaba muerto y disecado—, si finalmente era expuesto bajo la carpa que, además, se traía el empresario madrileño. El tema, repulsivo para él, había sido bien visto por un par de maestros de escuela al saber que vendría aquel señor de la ballena andante y apergaminada. La propuesta tenía su interrogante principal para el cabo. ¿De dónde diablos había sacado la ballena aquel hombre, un personaje —por su espectáculo ya lo era— que ni siquiera vivía cerca del mar, en ciudad o pueblo de puerto marítimo. "Puede que viva en Madrid —aventuró don "Crisos"— y sea nacido en Galicia. O en cualquier punto del litoral andaluz...

El tío de la ballena disecada había escrito una carta al señor alcalde de la ciudad con tan peregrino envite u ofrecimiento, y pedía un espacio habilitado de treinta metros cuadrados donde depositar aquel apabullante pescado seco, con el incentivo de que, habiéndose expuesto ya en algunas ciudades y capitales de provincia, constituiría un espectáculo ameno e instructivo, sobre todo para la población escolar y estudiantil. Lo probaban los certificados que el exponente había recabado de las autoridades municipales de ciudades en donde había tocado su ilusionada itinerancia..., siendo costeras algunas de las enumeradas. ¿Valdría la pena plegarse a sus deseos en empresa tan aparatosa como nauseabunda? Eso es lo que el señor secretario dejaba traslucir con los mohínes con que se adornaba según comentaba el caso. Y nada más. Pronto se sabría si el consistorio accedía o no accedía, y si ponía condicionantes al aventurero aquél, el cual, y para incentivar el atractivo, en ningún lugar de España había cobrado entrada a los escolares. Los estudiantes eran otra cosa..."Porque —pensaba el cabo— a lo mejor te ponen un petardo y te destrozan el crustáceo ese."

Lo que iba a leer una hora después el municipal en una de las páginas de "El Mundo Científico", la 68, fue lo siguiente: "La 'coque', enfermedad de las abejas: Dice 'La Nature' en su número 1.322 que el Dr. Cohn descubrió esta enfermedad en l874. Se nota primero una ligera depresión de los opérculos en los huevecillos; después algunos estallan y permiten reconocer una masa formada por larvas en descomposición. El mal se extiende —proseguía el informe— y la colmena puede considerarse perdida. El microscopio muestra en las larvas, en las ninfas y hasta en el aparato digestivo de las abejas adultas, numerosos bacilos y multitud de esporas. El tratamiento..."

—Multitud de esporas... —releyó en voz alta Hamet Zénete, frunciendo todavía más el entrecejo, que se le quedaba en esa configuración un rato largo. Su hijo podría aclararle el contenido de los términos remisos a su comprensión. Quizá vulgarizados, viera que se estaba aludiendo a una lacra apícola ya conocida por él y sus paisanos de Castilla dedicados al menester de la miel.

De la descripción de las lámparas de acetileno y de motores varios; de cuestiones de Astronomía y químicas industriales, nada quería saber, sobre ser cosas bastante curiosas. Si aquella colección le interesaba, no era exclusivamente por su apartado de Apicultura, temática que había movido a don Miguel a sugerirle que lo leyera sin prisas, al encontrárselo al alba viniendo el guardia del lugar del mercado: al repasar sus páginas un instante, había descubierto algo sobre explosivos (¡), y le atraía enormemente reflexionar sobre la gran accesibilidad de sus materiales básicos. Así se podría dar una idea del latente peligro en que pudiera estar el colectivo humano cuya custodia —y control— tenía encomendada en la localidad... Confiaba en no encontrarse con instrucciones para elaborar compuestos de contundencia superior a la pólvora..., porque igual que él mismo había accedido al tratado aquel, "otros" podrían tener la misma oportunidad. ¡Sería interesante averiguar quién más en la localidad andaba suscrito a aquella revista...!

Al mediodía, y mientras su mujer ponía la mesa, volvió a hojear y hojear. Dijo en casa que el tomo se lo había prestado don Miguel, cuando el caballero se retiraba de madrugada y tocado por el rocío mañanero...

—¿Y de dónde tú a esas horas?

Se había visto —explicaría— con dos asentadores del mercado, aquellos dos de su entera confianza.

—¿Por el asunto de las cartillas o qué? —le preguntaba la mujer, que siempre se mostraba alarmada. Y añadía: "Porque ya me dirás para qué está la guardia civil, ¿no? Y en cuanto a lo del explosivo en el ribazo..." —Seguía con los reproches, que para eso era mujer, y echándole en cara que no desistiera ante el asunto de aquella explosión..., cuando ella ya le había repetido y recordado —¿acaso lo ignoraba él?— que los padres de aquellos estudiantes eran gente influyente en el municipio, más que cercanos a sus ediles, terratenientes e industriales. El jefe de los municipales ya no replicó, ni siquiera para comentar la abrumadora cosa de las cartillas, un asunto del que él no tenía por qué ocuparse. En mangas de camisa, quedaba lejos de ser aquel que traía en jaque a más de media población, la que ni siquiera llegaba a clase media baja, aquellos que —por la presión ambiente—, y en el mejor de los casos, tenían que ser tratados —era la prevención que se ordenaba desde arriba— como delincuentes o desafectos, o mirados como sospechosos a perpetuidad. Era el ambiente político que se respiraba y en cuya trama residía la eficacia contra la rebeldía más elemental del ser humano, eso que algunos entonces aún llamaban dignidad.

Despojado el cabo de la gorra de plato y de la guerrera —la porra y la pistola colgando de la percha, en el pasillo—, ya no parecía lo que todos en la ciudad sabían que era, lo que las circunstancias de represión habían hecho que fuera..., si bien este hombre no tenía la capacidad de ensañarse con nadie, y posiblemente lo ocultara como mejor podía. (En relación a la indumentaria, sucedía en su caso como con nuestro maestro, don Juan García, el de la escuela primaria y de las clases posteriores para el Peritaje Mercantil. En su hogar, se nos aparecía sin chaqueta ni corbata, que siempre era grisácea, y remangadas las mangas de la camisa discretamente. Entrevisto cuando subíamos a su piso poco antes de las clases de repaso —su hijo formaba en nuestra pandilla a veces—, nos parecía que nunca hubiera tenido algo que ver con nosotros sus alumnos allá en el aula escolar, tanta era la elegante rigidez de su compostura. ¡Y cuán misteriosamente extraña semejante sensación en su ambiente doméstico! Sin la completa indumentaria que consagraba su investidura de docente, de autoridad humana y pedagógica, era complicado admitirle como titular de la misma. Desconcertaba una discontinuidad tan sutil, y más al considerarle administrador de cachetes, palmetazos y algún que otro tirón de orejas frente a nuestras diabluras de casi asilvestrados. ¿Como encarar su versión doméstica, hablando con la esposa y los hijos de temas tan corrientes —tan civiles, diríamos— como los que se producían en las familias? Era como si por unas pocas horas anduviera desmilitarizado... o algo parecido).

—De una forma u otra —admitía el jefe Hamet, con la primera cucharada de la aguanosa sopa—, tengo que saber, aunque después no lo comente con nadie, hasta dónde ha viajado esa harina. "Saber y que no se sospeche que sabes". Ya me entiendes. —En eso, el cabo se parecía a Selim, aunque su papel resultaría siempre mucho más comprometido.

La esposa se desprendió del delantal de cocina y, sentándose a la mesa, preguntó con un suspiro:

—¿Y no te apura que ésos del mercado comenten por ahí que andas investigando ese asunto?

Le repitió el municipal que confiaba plenamente en ellos, que eran discretos y que, asimismo, sabían lo que se jugaban habiendo señalado al individuo —para cierta gente, todo un señor, o quizá no— que había movido los hilos de fraude tan sensacionalmente grave, y cuya repercusión podía desencadenar una profunda y fosca tormenta en el municipio. Y más allá, desde luego.

—Bueno, marido —dijo finalmente la mujer, usando aquel vocativo para mantener al varón en su debida demarcación y aherrojado a los intereses caseros—, tú verás qué haces con tanta "pólvora" cuando "los de arriba" acaben tapando todo lo que les pueda comprometer.

—¡Como no se den prisa...! —Él se refería a la harina al comentar así. Le irritaba, y no lo podía evitar, la que le parecía torpeza incluso descarada de los confa-

bulados. Porque los asentadores le habían dicho que el asunto se rumoreaba ya en hostales y cantinas de la carretera. Y en otros sitios.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? No te he oído bien...

—Nada. No te preocupes. Creo que sé cómo tengo que torear esta ganadería.

Pero Zénete no se esperaba, ni remotamente, que la harina presuntamente esfumada pudiera llegar a manos del ventarrón que la esparciría obscenamente por todo el ámbito municipal. Y seguía sin comprender cómo una maniobra tan delicada se había llevado a cabo con tan poca precaución, o sin tener en cuenta los posibles imponderables. Y más se irritaría cuando, con motivo de unas cuantas casualidades, tendría él que pasar ciertos apuros, además de comprobar, a toro pasado, a qué nivel había llegado el descontrol en aquella maniobra de colusión. Cosas que, de manera consciente o no, ya podían haber percibido determinados individuos del arrabal si la cabeza les servía, también, para pensar un poco.

CIERTAS PIRATERÍAS....

El corpulento, bigotudo y malcarado capitán de la galera en que embarcaban el Guerrero del Antifaz y Fernando se exhibía tan atolondrado como ignorante y díscolo. Advertíase de inmediato que era uno de esos tipos que todo lo fían a la fuerza física y en resoluciones basadas en cortar por lo sano desoyendo de su interlocutor cualquier propuesta prudente. Mostraba la rigidez física que le daba el perpunte que vestía, y la misma se prolongaba en su talante al toparse con nuestros amigos cerca de la toldilla de popa: le molestaban... porque embarcarles no entraba en su proyecto. Y ni siquiera hizo comentario audible sobre el del antifaz. ¿No había oído hablar antes del Guerrero? Mordía las palabras al dirigirse a él:

"—¿A qué venís? —preguntábale, afectado el entrecejo, torcidos los gruesos labios y autoritaria y excluyente su prominente y roma nariz.

"—A luchar. Me autoriza vuestro señor —respondía el cristiano enmascarado al tenderle la misiva manuscrita del marqués de Peñaflor.

"—Bien. Veremos si sabéis manejar las armas... y quizá nadar. El enemigo es algo más fuerte. —Sin duda, no sabía con quién estaba hablando. Y nosotros ya teníamos ganas de que viera luchar al Guerrero y a Fernando. ¡Qué ojos iba a poner!

"—¿Le alcanzaremos?—el Guerrero nos parecía fuera de lugar, un intruso en aquellos asuntos de navegación y guerra naval. Y nos preocupaba.

"—No sé" —contestaba aquel capitán, evidentemente molesto por tener que dar explicaciones a alguien en quien advertía una autoridad... indefinible y, por supuesto, enigmática.

Después de diálogo tan fríamente escueto, sin inflexión alguna en las respuestas —síntoma para nosotros del dramatismo de la inminente persecución por el mar—, se daban órdenes apremiantes de partir hacia África en persecución de la bien artillada flotilla del imprevisto Yeir Kan. Prisioneros y penados, uncidos a los bancos como remeros, eran hostigados de manera iracunda con el látigo por aquel capitán cristiano. Ante castigo tan irracional y contraproducente, el Guerrero intervenía:

"—¿No creéis que es inhumano vuestro trato con ellos? ¿No debierais pegarles!

"—Subid a cubierta y no os metáis en lo que no os importa —bramaba el recriminado. Pero el Guerrero insistía en sus reproches.

"—¡He dicho —amenazaba el huraño capitán, sin dejar de aplicar latigazos —que no metáis las narices en cosas que no os incumban!

"—Si les inutilizáis, no podrán remar. Prometedles buena alimentación y descanso al final del viaje y será mejor".

Y se retiraba el Guerrero a cubierta, visto ya que sus palabras, lejos de aminorar aquel feroz y disparatado castigo, lo podían agravar. Luego se vería que, desgraciadamente, llevaba mucha razón en su mesurada sugerencia. Un cuaderno después entraba en acción, valiente, desconcertante y muy osado, el Pirata Negro. Y los galeotes del navío cristiano, sublevados por el mal trato del cómitre y por la escasa comida que recibían, formaban un bloque compacto para detener la embarcación al negarse a remar: "¡No remad, compañeros! ¡Así nos rescatarán de esta maldita galera en que morimos rápidamente!" De aquel modo, aun virando en prudente retirada los cristianos, los piratas les alcanzaban. Sus naves, de apabullante color negro en las velas, iban a abordarles en pocos minutos, y habría que hacerles frente después de que los cañones cumplieran su tronante y complicadísimo discurso. No perdíamos detalle, expectantes casi boquiabiertos, porque aquélla era la primera vez que íbamos a presenciar un combate naval en los tebeos del cristiano enmascarado, paladín de la Cruz. (Nos daba la impresión de que, siguiendo al Guerrero, nos habíamos metido en la boca del lobo... al empeñarse él en adentrarse en unos ámbitos y situaciones que tanto desamparo sugerían. Aquello prometía peligros difíciles de sortear, pero yo me lo callaba...).

—¡Fijaros en eso!

—Es como una película de piratas.

—Del Oeste sí que no es, desde luego.

Pero no había vuelta atrás, y tampoco ganas, una vez puestos. La pólvora irrumpía como un aullido espantoso y seco en aquel punto del segmento narrativo. La pólvora y las batallas navales, que ya sería raro el cuaderno en que aquélla no tronara e indujera a decir lo tan manido de su "acre olor". Explotaba y dejaba en el aire la gaseosa y violenta escritura de su horrísona y negra deflagración..., mientras los aparejos de las galeras volaban destrozados y se añadían cuerpos malheridos o sin vida a los que los proyectiles habían ocasionado en una locura de muerte y de lastimeros aullidos. Algo idéntico a lo que comunicaban las películas de piratas, corsarios o bucaneros. La pólvora, ya se sabía, truncaba vidas humanas, destruía gallardas arboladuras y machacaba sin piedad los panzudos costillares de las naos, que, al hundirse tragadas por el mar, crepitaban como inmensas teas al tiempo que pavorosas humaredas crecían sobre la destrucción y el desconcierto. Y con ello se abría un ancho y diverso abanico de novedades bélicas frente a los combates en tierra firme. Pero al Guerrero y a sus amigos aquello no les supondría un obstáculo insalvable, según se advertía. La tenacidad y arrojo del cristiano del Antifaz continuaban sorprendiéndonos, sobre todo cuando, agarrando el timón de cualquier navío, gobernaba su rumbo o decidía las maniobras de mayor eficacia.

Todo eso y muchísimo más —y era mucho lo que se veía venir—, tendría lugar en las semanas siguientes, haciéndose presente la azarosa y complicada brega con tempestades sobrecogedoras frente a peligrosos litorales de roca agresiva en lugares nunca imaginados por nosotros.

—Y, si no se iban al fondo del mar, matarile, a lo mejor quedaban a la deriva.

—¿"A la deriva"? Yo aún no sé lo que quiere decir eso de la deriva.

—A la deriva navegaba aquel barco fantasma del día del temporal...

—¡Y se parecía mucho a un barco completamente bobo!

—¡...!

Como siempre que surgía un nuevo adversario del Guerrero, lo inaplazable era calibrar nosotros su envergadura muscular..., a pesar de que todos eran fornidos y de aspecto sorprendentemente fiero. Pero no en todos los casos era determinante su continente físico: la arrogancia y desenvoltura, el aplomo y autoridad con que se movían algunos entre sus hombres podían avivar nuestro temor, el miedo a su imbatibilidad... Temíamos siempre que llegara el caso en que el Guerrero encontrara la horma de su zapato, que era como decir un adversario que le derrotara definitivamente en la lucha... En las agrias premoniciones de que eso sucediera no servía de nada haber tenido anteriormente la misma sospecha... hasta que el enmascarado hacía caer a los nuevos adversarios. En cada tesitura de esa condición veíamos que ocurría lo mismo. Sólo en un caso había resultado vencido el enmascarado... en el primer momento del choque, y derribado peligrosamente. Se trataba de algo reciente, y se daba en el primer cuaderno en que el Pirata Negro se introducía, desafiante y osadamente evidente, en aquella parte de la colección. África estaba a la vista y faltaba poco para encararse con Yeir Kan en su palacio. Abordaba e incendiada en pocos minutos la nave fletada por el de Peñarrosa, el deslumbrante Pirata Negro se abría paso entre los atemorizados cristianos, evidentemente imparable y muy eficaz aquel jefe moro en la lucha. De buena estatura, bien parecido y atrevido hasta la más alegre y festiva temeridad, aquel joven pirata luchaba en actitud de quien domina la situación y juega temerariamente y se goza sin solución de continuidad... Porque igual saltaba desde el castillo de popa agarrado a un cabo, viajando desafiante por el aire, que zigzagueaba entre el enemigo, desarticulado y perdido, como una endiablada y retráctil centella. Se conocía todas las tretas para, hurtándose al adversario, derribarle, malherirle o bien lanzarlo al mar por la borda entre carcajadas de victoria adelantada. No había más remedio que asimilarle al Robín de los Bosques o a Douglas Fairbanks en cintas más que celebradas en todo el mundo.

—Me acuerdo yo de "La Máscara de Hierro".

—¿La más cara, de hierro? —saltaba uno con su sorna, uno que ni siquiera estaba en aquella conversación, y que pergeñaba compulsivamente un hoyo en el suelo para, si acaso, jugar luego a las bolas.

—¿Y por qué es más cara la de hierrooo y no la de cobreee?—se preguntaba otro como queriendo incordiar. (Tal vez había recordado que era el cobre lo que más apreciaba el trapero, desentendido olímpicamente del hierro en su derrotero por la ciudad y con su singular retintín frente a las mujeres).

La respuesta a esa pregunta echaba balones fuera, engrosando la trifulca lingüística con la chanza impertinente. Podía ser la rebelión contra un hastío sobrevenido, tan indefinible para quienes lo sufríamos. Quizá la respuesta insolente podría liberarnos de él. Por eso lo del recurso a la pe, pepeizando palabras:

—¡Mipí-rapá quepé-repés ipí-diopó-tapá, capá-pipí-tapán Ropó-dopol-fopó!

—Epé-sopó lo-pó se-pé ra-pás tu-púuu...

—¿Yo-póoo?

La furia del perforador del suelo para el hoyo de las bolas arreciaba considerablemente, alterado por los evidentes tropiezos silábicos con la pe, una estructura que dominaba pero con ciertos lapsos. Y porque andaba ahondando en el terreno cuando nadie de la pandilla había propuesto, ni de lejos, jugar entonces a las bolas .

(Una enmarañada y soez irrupción de nuevos personajes —judíos, moros y cristianos— se nos vendría encima. Y no era eso lo más grave, sino el deducible embrollo que sus trayectorias supondrían al crear intersecciones que se anudaban en restallante colisión. Su promiscua presencia dividía nuestra atención, con el peligro de llegarse a banalizar razonablemente la entidad propia de los nuevos. El Guerrero iba a tratarles de cerca y establecer alianzas momentáneas para articular una lucha contra la perversidad de ciertos personajes, algunos poco menos que incombustibles, como lo fue Olián y lo era... ¡Alí Kan! Y de aquella complicación sin pautas ni respiros procedería la creciente intensidad con que la mayoría de nosotros volvía a diario —o de cuando en cuando— a números iniciales del Guerrero en su lucha aventurera en el territorio de la península. Su fruitiva contemplación, viñeta por viñeta, y cuyos textos conocíamos mejor que de memoria, nos resarcía de cierta desvinculación de presente con el héroe, que andaba tercamente afectado por confrontaciones y circunstancias exóticas y en compañía de extraños y a veces indefinibles personajes. Se rememoraba, por ejemplo, la subrepticia llegada de un destacamento de misteriosos "Jinetes Negros" al refugio de los hermanos Kir y según el tenaz seguimiento que éstos habían aplicado a Shantal. Éste, que fue herido en la pierna cuando huía del territorio de Harúm llevándose de allí a la candorosa Aixa, se había escondido con ella en la rocosa y disimulada gruta. Poco más tarde, el verdugo Kadúl irrumpiría en aquel sitio y, tras una denodada y peligrosa lucha,

el monstruoso personaje había vencido a Soleimán y al propio Shantal, llevándose consigo a la princesa mora. Explicado esto por los dos hermanos vencidos, Osmín no podía contenerse y gritaba que, de un tiempo a aquella parte, cualquiera que encontrara la gruta les daba una paliza. (Con ello también se refería a la irrupción del Guerrero en la gruta cuando la descubrió por una casualidad y venció a puñetazos a Shantal). Pero el repulsivo verdugo del primo de Aixa no era un enemigo cualquiera, y eso se volvería a comprobar en cuanto los amigos tornaban al castillo de Zénete para intentar liberar a la bella princesa, de la que Santhal y Soleimán estaban rendidamente enamorados. Enamorados ante la tronante consternación de Osmín. En su momento, la irrupción en el palacio del pérfido Hamet provocaría una de las más increíbles y señaladas hazañas del enmascarado y sus compañeros, incluida la confrontación cuerpo a cuerpo de éstos con el horrendo y aborrecible verdugo del brujo Hamet. Pero sólo el Guerrero le vencería de forma aplastante... y ante la presencia de un pacífico y selecto grupo de oficiales del Hamet, al que se oponían. (Estos hombres habían resuelto volverse contra el pérfido Zenete y para que les gobernara la propia Aixa). El episodio de aquella confrontación, y su extensión en el cuaderno siguiente, nos impresionaron hondamente, y rara era la semana que no volvíamos a deleitarnos con su secuencia. Fueron dibujos subyugantes, muy en consonancia con la secuencia nocturna del guión, magistrales en todo su atractivo desarrollo. Aquel clima de intriga nos mantenía estupefactos..., y a mí, naturalmente, me inducía a un mimetismo difícil de desechar cuando pensaba en los tebeos que yo seguía dibujando... ¿Cómo imaginar entonces o presentir siquiera que unos meses después aparecería Yeir Kan y comparecerían el mar, las galeras de guerra y la propia costa africana, nido sobrecogedor de la piratería que solía asolar nuestras villas litorales unos siglos antes? Era una clara adición de violencia, peligrosamente acentuada por su lejanía de los parajes montañosos donde quedaba la guarida de los Kir. Era, sin matices, una doliente ruptura con el medio —tan doméstico y entrañable por sabido— donde tan bien nos desenvolvíamos todos. Amábamos aquellos lugares muy conscientemente. Además de lo reconocibles, eran sitios en que residían y respiraban nuestros afectos esenciales, y donde se organizaban nuestras guerras y expediciones a las gargantas arcillosas del río y a las abruptas estribaciones de la serranía que nos limitaba por el Norte y Noreste... A ese punto volvíamos, a las aventuras pasadas y tan vividas y acompañadas por nuestra vehemencia fabuladora, y que, lógicamente ya quedaban atadas con solidez a esa edad nuestra y en natural concomitancia. Y todo eso aunque sólo hubiera transcurrido menos de un año en el cómputo de los calendarios, del Corazón de Jesús o no, posiblemente del azafrán "El Aeroplano"...

* * *

—Cada uno de los ladrillos —decía aquél muy científicamente seguro— caerá sobre el siguiente y lo empujará hacia el que está después, como las fichas del dominó puestas de pie. Y así hasta que caigan todos. —Lo proponía el inventor que se había desfogado perpetrando un hoyo en el suelo para jugar a las bolas, y ante la comprobada indiferencia de los demás hacia ellas. Finalmente, conseguía una adhesión numerosa y expectante. Más expectante de lo que él mismo esperaba.

—Puede ser muy divertido... ¡El cielo está enladrillado! ¿Quién lo desenladrillará...?"

—El suelo, el suelo..., no el cielo.

Los demás estábamos de acuerdo en aquella ocasión, y por eso mismo acarreábamos ladrillos y más ladrillos hasta el compañero que había puesto en pie, en equilibrio estable, los que caían a su alcance cerca de la obra y también algunos de los que quedaban repartidos a la buena de Dios por el terroso suelo. Estábamos en un espacio que siempre habíamos creído formaba parte del patio escolar de recreo... hasta que había comenzado en su flanco Oeste una obra para levantar un cine. A los ladrillos que ya teníamos puestos de pie les añadíamos otros en la misma línea, igual que si fueran soldados en posición de firmes, y luego otros más y otros más según llegaban del montón, contribuyendo todos a organizar una larga y sinuosa hilera de ellos. Se mantenían como si fueran libros de pie y del mismo grosor y altura, rojizos todos y con sus seis ojos mirando al cielo del atardecer. La diversión, tan comedida como placentera y rozando la ingeniería del equilibrio estable —y su pautado y previsto derrumbre posterior— suponía un desmán que el peón de la obra no iba a perdonarnos cuando, a la mañana siguiente, se le ordenara que recogiera la dispersa tribu de las piezas y las amontonara, si no a pie de andamio, adosadas, al menos, al abundoso montón de ellos junto a la arena. (La construcción a la que se incorporarían a lo largo de las semanas y meses, como se ha dicho, no era sino la de un nuevo cine, algo que, aun sólo siendo proyecto de esplendor y modernidad, andaba ya en boca de toda la ciudad, y con mayor intensidad entre el vecindario del dicho edificio, a unos pocos metros, cuatro o cinco, del pasillo lateral del grupo escolar "Álvaro Esquerdo"). Sobre la marcha, la serie de los ladrillos se iba ordenando en sugestivas curvas y creativos arabescos y espirales. Frente a cualquier ladrillo de la tira se había colocado un palo en disposición de palanca, una bonita e ingeniosa elucubración para mayor emoción de la caída seriada. El extremo suyo de resistencia quedaba bajo el ladrillo inicial de una nueva serie de ellos. El último de la anterior caería sobre el brazo de potencia, que haría girar el palo sobre el fulcro de máquina tan elemental. De ese modo, una serie ponía en movimiento a la siguiente, prolongándose nuestro gozo y diversión al compás de la caída de un ladrillo tras otro. En teoría, la seriación de las caídas no tenía fin. Su continuidad la marcaría la disponibilidad de ladrillos que empinar.

En días sucesivos, y sin que a nadie se le ocurriera que, terminado el juego, debiéramos devolver los ladrillos a su montón —eso ni se pensaba—, probábamos con diferentes variantes del trayecto y el empuje. Para la ígnea consternación del peón de la obra de aquel nuevo cine.

Con la desaparición momentánea (?) del Guerrero de los territorios conocidos, así como con su empecinada confrontación con elementos de tan varia condición en la grave lejanía de tierras y mares, ¿cuántos de nosotros iban a perseverar en el debido entusiasmo de seguirle a ultranza y sin desmayos?

—¡Con el Guerrero, al fin del mundo! —decía el más exaltado de todos, además de amenazarnos por si buscábamos cualquier alternativa vergonzosa: "¡No iréis a pasaros a Roberto Alcázar y Pedrín, sabandijas!"

También por aquellos días —¡y qué inesperada adversidad!—, un falso Guerrero del Antifaz había secuestrado a doña Ana María —¡ya sólo faltaba eso— y se la llevaba al macilento, repulsivo o repugnante Olián. Mientras comprobábamos estrictamente que el palo de la palanca antes aludida funcionaría debidamente, nuestro héroe aún seguía sin saber ni un ápice de lo que había sumido en la tristeza a todo el condado de Torres... Aquel condenable desmán había ocurrido en la península que los Reyes Católicos se proponían unificar políticamente... y con miras a que todos los cristianos alcanzásemos el futuro con aquel lema imponente de "por el Imperio hacia Dios".

—El Guerrero volverá enseguida. ¡Yo, como si lo viera! Otras veces ha vuelto, incluso cuando lo mataron los de Alhamar...

—¿Y qué pasará si no le llegara la noticia? África es muy inmensa, más grande que toda Europa entera..., ¿o no?

—Las noticias vuelan, y mucho más, como dice mi abuelo, las que son malas. ¡A lo mejor se lo cuenta una gaviota!

(Por entonces —el asunto estaba pendiente—, no se sabía aún dónde dormían las numerosísimas gaviotas que recibían todas las tardes a las barcas pesqueras en las cercanía del puerto de nuestra ciudad. Aunque apenas se veían algunas sobre las aguas, cuando las pesqueras volvían a puerto con su pescado fresco, las gaviotas aparecían por cientos siguiendo a las barcas. Después de haber comido su pescado, desaparecían por completo, ya no estaban...).

—¿Una gaviota? ¡Los pajaritos son los que cuentan las cosas! "Me lo ha dicho un pajarito". Y mejor los que emigran al África cuando les toca...

—¿Y les toca ya o qué?

Aquel nuestro héroe había sellado un pacto con el arrogante y temerario Pirata Negro. El joven moro había visto en él un ser fuera de lo común en la lucha y también en sus comportamientos. Ambos se habían propuesto alcanzar Túnez

cuanto antes, donde radicaban los dominios territoriales de Yeir Kan, elemento bien conocido del pirata. Estando en ello, el Guerrero tuvo que suavizar la acritud que manifestaba el conde de Peñarrosa, prometido de la hija del de Peñaflor, ante aquella alianza. Y reconvenía con gravedad al noble:

"—¿Os parecería mejor que nos impidieran cumplir con nuestro deber?

"—Tenemos que intentar salvar a la marquesita sea como sea..."—admitía el conde, aunque muy preocupado. Y ahí puntualizaba el Guerrero —ante la prudente rectificación del joven— que también rescatarían a las otras cristianas, hijas de aparceros, pescadores y bajo pueblo en general.

No sabían que Alí Kan ya había puesto sus pérfidos y lascivos ojos en doña Beatriz y que en aquellos instantes se dirigía a ella en el recinto destinado a las cautivas: "Levántate, rubia sirena —le ordenaba—. Quiero admirar tu hermosura".

Había un forcejeo del todo violento y más que embarazoso, y la de Peñaflor propinaba una tremenda bofetada al moro. Desconcertado y congestionado por la ira, Alí Kan se presentaba ante su hermano y clamaba: "Esa mujer te la compro, Yeir". Su hermano no podía creer lo que le oía decir, y le replicaba con implacable dureza.

"—Estás loco tú también, Alí. Esa mujer de quien hablas es la hija del de Peñaflor y vale demasiado para ti.

"—¿Tú crees? Aún me queda fortuna.

"—Que no será —Yeir se ponía cáustico— ni la mitad de lo que pienso obtener de ese marqués por su hija. ¡Basta!".

Con fricciones de ese estilo y con tantos personajes en la imaginativa y perdurable trama, ¿cómo iba a fluir el tiempo a nuestro favor y clarificando la tupida ganga que la colección arrastraba a velocidad de vértigo? El tiempo tenía su ritmo, y no pasaba, al parecer, sino para incrementar las señales que anunciaban las previsibles calamidades de desenlaces adversos al Guerrero y sus camaradas. Aparte, la vergüenza, el bochorno de ver al vil y rijoso Alí Kan pretendiendo a doña Beatriz, tan próxima en su belleza a las hermosas mujeres que aparecían en los remotísimos tebeos de vikingos de la serie "El Rey del Mar", intensamente rubias, sensitivas y misteriosas. Para colmo de tantas adversidades, el Pirata Negro no tardaba en quedar estúpidamente enamorado de aquella misma Beatriz ¡Qué barbaridad! Por las cintas cinematográficas sabíamos cuántas complicaciones podían sobrevenir al protagonista en situaciones similares. Por caprichosas y delirantes, las pretensiones de varios hombres sobre una única mujer conllevaban ¡siempre! consecuencias tan peligrosas como disociativas, nunca pacíficas o razonables. Y luego estaba la temeraria averiguación que pergeñaban el Pirata Negro, el enmascarado y el segundo de a bordo, Hassán. Se presentarían en el palacio de Yeir bajo el inocente pretexto de pedir a éste que recompensara al pirata porque su flotilla había perdido una galera

cerrándole el paso a la nave cristiana... Eso era como decir que facilitó a Yeir continuar su navegación sin entrar en combate. El Pirata Negro se plantaba en palacio flanqueado por dos de sus hombres —el cristiano del antifaz y Hassán—, que iban encapuchados. Aquella presencia dio al encuentro un efectista tono de misterio y de extraña solemnidad. El Pirata Negro insistía ante Yeir y Alí Kan: "Aquellos cristianos te hubieran alcanzado...", decía.

"—¿Recompensa dices? ¿Acaso no te hiciste con el botín? —protestaba Yeir.

También era verdad. En tanto se discutía el asunto, Alí Kan captaba la insistencia con que parecía observarle uno de los dos encapuchados. "Esos ojos...", se repetía interiormente y con la creciente sensación de estar acorralado. Ignoraba que el Guerrero estaba vivo, que pudo ser salvado por Fernando de las profundidades de aquella laguna donde los hombres de su hermano le arrojaron atado y bien atado, además de inconsciente. El Guerrero había luchado con Yeir en desafío, y, de perder el moro, sus hombres se habían comprometido a dejar en libertad al vencedor. Ése había sido el trato. Pero, derrotado Yeir, no lo cumplieron. Derribaban al enmascarado entre varios, quedaba éste aturdido y le ataban como si fuera un fardo. En estado inconsciente, le arrojaban a la dicha laguna. Para el asesino Alí, el mayor enemigo que nunca había tenido estaba más que muerto, ahogado en aquel chortal o poza de la costa española. Pero ahora, ¡aquella penetrante mirada...! No sabía qué pensar, y se acobardaba por instantes, volviéndole el terror que a veces le acometía ante ciertas sensaciones. El fogoso aventurero que era el Pirata Negro —¿Errol Flynn, Douglas Fairbanks?—, buscaba un trato: confesaba estar febrilmente enamorado de la marquesita Beatriz y así se lo comunicaba a Yeir (con lo cual Alí Kan y su mismo hermano también podían creer justificada la arriesgada visita del pirata a palacio).

"—Jamás vi criatura tan bonita —se sinceraba el pirata con un entusiasmo devastador y peligroso—. Si me la cedes, te la compraré. Dos galeras y cien piezas de oro.

"—No me interesa"—respondía Yeir.

"—¿Quieres más? —El Pirata Negro casi temblaba de ansiedad. Aparte, ¿qué estaría pensando de todo aquello el Guerrero del Antifaz bajo su doble condición de anónimo? ¿Y el pirata Hassán, tan temeroso de que su jefe perdiera el raciocinio y se complicaran aún más las cosas?

Ahí se precipitaba Alí Kan, haciendo constar que si su hermano vendía la prisionera, se la vendería a él. Y, mientras declaraba eso, volvía a percibir el atosigante fulgor de aquella intrigante mirada del visitante. "¿Por qué me mirará tanto ese tipo?" Eso le distanciaba unos segundos del tema que allí se trataba tan apasionadamente. Y era cuando Yeir, el conocido y respetado corsario de Túnez, pedía al pirata toda su flota, toda, por la posesión de la bellísima Beatriz.

"—¿Crees que estoy loco?" —gritaba con grande excitación el interpelado, alarmando a sus dos acompañantes. Casi estaban seguros de que aquel joven jefe había olvidado a qué habían venido al palacio del corsario. Y se mantenían impacientemente tensos y preparados para cualquier eventualidad.

Pues en ésas estábamos, viendo ya rencores escenificados, traiciones, enfrentamientos obstinados y toda una red de contratiempos y disparates que, a ojos vistas, se adivinaban como obstáculos que retrasarían considerablemente el regreso del cristiano del antifaz a la península Ibérica. Tampoco estaban en territorio español la pareja Roberto Alcázar y Pedrín, que ésos ya se habían recorrido varias veces el "glóbulo terráqueo", como decía uno. Pero nosotros ni siquiera los echábamos a faltar, aunque eso no suponía que no leyéramos ciertas aventuras suyas alguna que otra vez. Su autor, Vañó, se las componía muy bien para colocarles en situaciones más que pintorescas. Adobaba sus fláccidas aventuras investigadoras con un sinfín de casualidades que contribuían decisivamente a desentrañar la trama aquella de los bandidos, los traficantes o los sicarios... con algún que otro chino de por medio. Y Roberto, siempre requetepeinado y emisor de puñetazos como robóticos, nunca perdía la armonía de su figura de galán... sin consecuencias. Que a él no se le conocía más pasión que la de ser un detective español universal. En cuanto a Pedrín, ¡madre mía! Con tan pocos años de edad, ya había cachiporreado en cuatro o cinco continentes de la Tierra, " toda vez que..."

Se retrasaba demasiado la vuelta del Guerrero del Antifaz a nuestras tierras. Pero, no obstante esto, la sorprendente serie de sus aventuras nos tenía sometidos sin peros ni remilgos. Nos había arrastrado a muchos azares y pesarosas cuitas pero también a desenlaces victoriosos, aunque éstos se dejaran para los primeros dibujos del cuaderno siguiente..., que así se sostenía nuestra atención. El Guerrero del Antifaz y sus amigos, camaradas y aliados circunstanciales se movían por las islas Gelves, la profusa y abigarrada residencia matriz de la piratería, de los corsarios y marinos y mercachifles. También, y no muy lejos, se contaba con la presencia de frailes mercedarios, gente piadosa y constante en la búsqueda y gestión del rescate de rehenes cristianos, de España o de Italia. De aquellos lugares —deducíamos por los anunciados títulos de la contraportada del tebeo— brotaría la ya esperada Mujer Pirata.

—Si esa mujer aparece, terminará casándose con el Negro...

—¿Qué negro?

—¡El Pirata Negro!

—Pero, ¿no has visto que ése está enamorado de la alicantina Beatriz, marquesita de no sé qué? ¡Parece que no tengas ojos en la cara, badulaque!

Lo de la anunciada aparición de una mujer dedicada a la piratería a bordo de sus galeras, fustas y jabeques, nos hacía recordar la bravura de Zoraida, que, lejos de ser una lánguida y desabrida Ana María, nos había demostrado en muchos dibujos de Manuel Gago su capacidad y arrojo para defenderse y atacar con la daga o la espada. ¿Qué habría sido de ella después del vergonzoso desenlace con el traidor, con el cobarde, Mozhafí? Según éste, la hermosa enamorada del cristiano del antifaz había vuelto —¿qué remedio?— a los brazos de Hixem, aquel que traicionara a Alí Kan por ella en los cuadernos cuatro y cinco de la esplendente colección. (En el caso de Zoraida, era ella quien complicaba la vida de aquellos enamorados suyos, Hixem y Mozhafí, aunque sólo por inducción, y estando la chica prendada como estaba del Guerrero del Antifaz. Seguíale con obsesión desde que, favorita de Alí Kan, ayudara al enmascarado a escapar de la mazmorra donde el reyezuelo lo tenía encadenado. Luego vivieron juntos aquella insólita y arriesgada aventura escapando del baluarte de Motamid y Olián. En aquel increíble tebeo, el guerrero y la mora descendían por el roquedal terrible de aquel abismo defendiéndose del orangután, de las águilas gigantescas y de los irritados hombres de jefes tan orgullosos. Y desde tan peligrosa y complicada escapada, la joven y atractiva mora ya no había dejado de seguir al Guerrero o de interesarse por su suerte y paradero... Esa tenacidad de enamorada —se advertía a primera vista— agrupaba muchos problemas alrededor de los dos hombres que la amaban, que, además, combatían entre ellos disputándose su amor con restallante y cantado odio).

LA NOVELA, AQUELLA NOVELA

En las fantásticas aventuras que corrían el Guerrero y sus camaradas en tierra africana, y desarrolladas para ayudar a vasallos, desheredados y presos de las tiranías moras, había una parte que me interesaba especialmente. Se trataba del capítulo referido a la desarticulación del sistema de prisiones moras. En ellas había centenares de cristianos que esperaban la esclavitud —vendidos como mercancía— o, por el contrario, el pago que sus parientes en España consiguieran aportar para su rescate. (Algunos deudos tenían que vender sus escasas y míseras propiedades, cuando las había, o echarse a los caminos a implorar limosnas para reunir caudales suficientes para redimir del cautiverio al hijo, al hermano o quizá a doncellas, arrebatados en pueblos y lugares costeros cuando se daban los violentos ataques de los piratas berberiscos. En siglos anteriores, hasta el XVIII, marinos y corsarios de nuestra villa, y aliados con otros valientes de pueblos vecinos de la costa, habían hecho algo parecido con los moros de los jabeques que apresaban, que un día o dos después de capturados en el mar, eran vendidos como criados a los terratenientes y personal eclesiástico. Cosa que se hacía siempre ante notario y con la expresión detallada de las buenas condiciones físicas del moro apresado y sin inferirle daños). "Libertando Cautivos" era el cuaderno número 73. En sus páginas vimos que una caravana atravesaba con lánguida obstinación la ardiente y arenosa llanura cerca de la cual descansan Fernando y el Guerrero al amparo de un umbroso y tranquilo bosque de palmeras. Desde lugar tan ameno y refrescante, e inopinadamente, los dos quedan absortos al ver que una treintena de cristianos —españoles, al parecer— eran trasladados por el desierto custodiados por tunecinos montando filosóficos y ondulantes camellos. Agotados, hambrientos y malheridos muchos de los cautivos, su aspecto era casi cadavérico, como a punto de derrumbarse exangües y fulminados por la intensidad del calor del durísimo sol. Momentos después, el Guerrero del Antifaz les cortaba el paso montando en su corcel y dispuesto a lo que de aquello pudiera derivar.

"—¿Alto, hijos de Alá!—conminaba—. ¡Soltad a los presos! —Su espada destellaba al sol. E igualmente su casco.

"—¡Por Mahoma! ¿Quién eres?

"—¡El Guerrero del Antifaz!"

¡María Santísima! La deslumbrante arrogancia del cristiano nos helaba la sangre y, al mismo tiempo, enfebrecía nuestra admiración hacia él."¡El Guerrero del Antifaz!", había respondido. Nada menos.

"—¡Soltad a los presos o disponeos a hacer frente a mi espada"—añadía enseguida, convertido por las circunstancias en un expeditivo alfaqueque y en rebato.

En verdad que era osado el del antifaz, y temerario. Aunque tampoco esperábamos menos de él. (Nos hacíamos cargo de que aquellos traficantes de esclavos ni habían oído hablar del Guerrero, pero enseguida se iban a enterar de con qué clase de personaje les había cruzado el destino). Los cautivos, por su parte, creían estar delirando. ¿El Guerrero del Antifaz allí, en África? ¿Cómo era posible aquello? Pero el solemne enmascarado era verdad que estaba frente a los mercaderes, irreductible, firme como una roca prominente y sólida, impresionante. La gravedad de su autoritaria voz y la gallarda figura ecuestre de su presencia singular les decía que aquello no era un sueño ni un arrebato febril ocasionado por el hambre, las heridas y el calor. (Unos pocos de los cautivos habían oído contar extraordinarias hazañas de nuestro héroe..., y puede que, sobre no creerlas, incluso dudaran de la existencia de semejante tipo de guerrero...). El cristiano enmascarado pasaba entonces a la acción, y Fernando salía de entre los arbustos del linde con el palmeral y cortaba ligaduras a diestro y siniestro con precisión y valentía. Los liberados, como impelidos por una energía que ellos mismos ignoraban tener, caían sobre los moros que se enfrentaban al desvergonzado y atrevido individuo aquel del antifaz. Los trabados con cadenas y grilletes se apartaban de la lucha, y Fernando, con el mazo de las llaves arrebatadas al guardián, les libraba de sus hierros. Ante situación tan adversa para ellos —aún no repuestos de la sorprendente irrupción del Guerrero—, los mahometanos huían de allí tan aprisa como podían... y sin entender aún cómo se había producido cosa tan insólita. Los liberados se abrazaban con lágrimas en los ojos y prorrumpían en vítores al Guerrero del Antifaz y a su joven compañero, tratando al tiempo de reconocer la naturaleza de su nueva e inesperada situación. Después tomaría cuerpo el propósito de atacar las prisiones que había en aquellos lugares, como sugerían los liberados, sabedores posiblemente de que parientes o camaradas suyos andaban presos en los baluartes de la zona. Y eso haría aquel contingente de liberados. Celdas de castigo, jaulas carcelarias gigantescas y ergástulas apestosas, húmedas y sombrías, iban siendo reventadas con un arrojo implacable, con lo cual quedaban en libertad tantos y tantos presos, algunos al borde de una muerte miserable por lo sórdido e inhumano de su cautividad. (¿Qué podíamos saber nosotros, y algunos de nuestros mayores, de las cárceles franquistas y de su ignominiosa implantación? Si algún conocido había sufrido lo indecible en ellas, apaleado y sometido a torturas de todo género, ¿iba a contarlo? Contarlo era recordarlo, sufrir nuevamente el dolor físico, la humillación, el hambre, el terror... El miedo perdurable que ya llevaban en sus carnes escondía todo

comentario, y también por la cruel posibilidad de volver a prisión, si revisado su expediente o denunciada su conducta por cualquier individuo que le tuviera inquina. De esas cárceles, numerosísimas en España, de su inmisericorde tratamiento a los presos mediante torturas y privaciones de todo tipo, se sabría tiempo después, cuando algunos excarcelados fueron perdiendo su miedo... y relataban cosas parecidas a las que divulgaba Radio París todas las noches al acabar la guerra. En aquellas celdas se practicaron horribles hacinamientos de presos, palizas y torturas a muchos de ellos a cargo de militares y falangistas, mientras que se mantenían la inmunda alimentación —había que matar por hambre a toda costa— y el sórdido tratamiento dado a los enfermos... Además estaba el pérfido goteo que suponían las "sacas" y los continuos fusilamientos. Tuvo que pasar muchísimo tiempo para que se supiera en España hasta qué punto llegaron a sufrir los encarcelados, y, de entre ellos, los condenados a muerte, hombres y mujeres... Los vencedores habían cegado cualquier rendija que diera información del genocidio a la prensa nacional, toda bajo su control, ¡y también a la extranjera, naturalmente! Al mismo tiempo, se buscaba magnificar la supuesta efervescencia del Partido Comunista, que algo de eso había. El asunto de los comunistas se aireaba para justificar la furibunda e inhumana represión en todo el país, sobre todo en los días en que las potencias del Eje caían derrotadas frente a los aliados...). De haber sabido nosotros aquello de las tenebrosas cárceles de la tortura, el hambre, la humillación y la muerte, enseguida hubiéramos soñado en un Guerrero del Antifaz pugnando por borrarlas de España tras liberar a tanto condenado. Ocaña, Yeserías, El Dueso y cientos de otras cárceles franquistas sumaban millares y millares de cautivos sin esperanza alguna... Aunque se hubiera necesitado un millar de "guerreros" para tan benemérito cometido.

Los liberados en Túnez por el enmascarado y sus nuevos camaradas hacían ahora acopio de víveres y de armas, preparándose para abrirse paso en territorio enemigo hacia el mar. ¡Hacia el mar! Porque había que llegar allí donde esperaban las naves del Pirata Negro... y pasar a España contra viento y marea. Sólo quedaba por liberar —y claro que no era poco— a las mujeres raptadas por Yeir Kan, una tarea peligrosísima que supondría un mar de complicaciones para el Guerrero del Antifaz, el pirata y Fernando. Y para Yusuf y Omar, incondicionales del segundo. Se suponía que luchas trepidantes y expeditivas nos iban a proporcionar una extensa sucesión de interesantísimos cuadernos, y para cuyos contenidos ya nos preparábamos con la natural impaciencia.

Viendo con qué resolución y bravura se redimía a los cristianos encarcelados de vejaciones y de tanta privación, a mí me rondaban las ansias, aún confusas, de adherirme de algún modo al deslumbrante suceso, porque un alborotado torrente de libertad y de razonable euforia avanzaba hacia la costa donde esperaban an-

cladas las naves del pirata aliado. Tan celebrado prodigio me proporcionaba una inquietud más que agradable, aunque aún no sabía cómo podría yo aplicarla...

—¿Y qué quieres hacer?

—Creo que... No sé. Me gustaría...

No me atrevía. Me ruborizaba con sólo bordear mi propósito. Pero terminaba por exponerlo al completo:

—He pensado es escribir una historia de libertadores de esclavos, de gente arriesgada y unida que asalte las prisiones con imparable encono; que ataque a los tiranos en sus baluartes, en las islas, en todas partes; y que libere, libere, libere prisioneros sin parar. Cada día serán más —me exaltaba yo—, hasta que formen un gran ejército liberador: nunca jamás morirá nadie en cautiverio ni será vendido o tratado como esclavo bajo el látigo y las privaciones humillantes.

Si no eran ésas mis palabras, el contenido era el mismo.

—De ese modo —se me advertía, creo recordar— habrá millares y millares de ex-cautivos...

—Como ese don Mariano —apuntaba otro de los nuestros—. ¡Y como don Secundino o don Julián...!

—Don Julián —tenía que añadir Jacinto— es Caballero Mutilado por la Patria, que quiere decir que es tuerto, cojo o que solamente tiene un brazo el pobre hombre...

—Mi padre dice —Ignacio volvía a la carga— que los excautivos lo copan todo, que todos ellos tienen un empleo. Bueno —rectificaba rápidamente—, a mi padre se lo ha dicho... una persona. ¡Y a lo mejor tienen dos o tres cartillas de racionam...!

Yo mentía, aunque sin maldad, al anunciar que iba a escribir esa novela de libertadores..., porque ya la tenía casi terminada. La había escrito en cuartillas, a mano y con tinta azul de sobre. La tenía escrita pero no me atrevía a mostrársela a nadie..., ¡y menos mal! (Ignoraba yo entonces que bastaba que alguien no entendiera de algo para que ese mismo se pusiera a opinar del asunto, a emitir su docto parecer, o a mofarse, en general, de lo que otros hacen o quieren hacer. Comportamiento tan crítico y desdeñoso casi siempre lo ejercían quienes nunca en toda su su vida habían hecho algo medianamente creativo. Figuraban entre la gente casi para eso, para arruinar las ilusiones o las iniciativas de los pocos que las tenían, y como si una envidia pegajosa o enfermiza les empujara a quemar y quemar. No eran más que zoilos, gente crítica a ultranza... y seguramente con ánimo de no quedar en evidencia frente a los más activos). Pero mi rubor se debía a la razonable autosospecha de mi incapacidad para conseguir aquella novela que ya había anunciado. Y mientras hablaba de ese propósito mío, simultáneamente pensaba qué forma habría de tenerla mecanografiada, y de lo oportuno o no de proceder a ese encargo. (Jacinto —un Llorca Llinares increíble y tan buen amigo— había entrado de apren-

diz en un despacho de repuestos para vehículos automóviles... y, de vez en cuando, exhibía pruebas y ejercicios que se le permitían teclear en aquella oficina. Lo hacía siguiendo, más o menos, el método decadactilar del profesor del Magisterio Español don José Gordero Chamorro, el mismo método que yo practicaría meses después. (Este sapientísimo y elegante maestro de escuela, nuestro vecino inmediato, honraba nuestro taller con sus visitas, muy intensa su amistad y la de su familia con nosotros y en creciente reciprocidad. En aquellas agradables entrevistas, tan provechosas para mi hermano y para mí por nuestra condición de estudiantes, abundaba el diálogo sobre estudios e inquietudes culturales, ya que don José era un hombre dinamizador de la cultura. En nuestra ciudad ya había editado varias publicaciones periódicas en las que colaboraban estudiantes locales con sus crónicas, informaciones y poemas. Nacido en León en 1891, había ejercido de Maestro Nacional en Cudillero, Grado, Villaviciosa... y pasaría luego a enseñar en nuestra ciudad. Antes, y en el principado de Asturias, además de su dedicación pedagógica, había ejercido de corresponsal de varios periódicos y editado el "Álbum comercial, literario, gráfico y descriptivo de Grado y su Concejo (1924)", una villa en cuya sociedad se le consideraba como lo que era: un pedagogo de amplísima cultura y requerido siempre como miembro de sus instituciones sociales, a las que nunca negaba su contribución intelectual y organizadora. Ya ejerciendo en nuestra ciudad, estableció en la capital alicantina el Centro Mecanográfico Gordero, al tiempo que su método mecanográfico era muy solicitado en toda España...).

Yo no me decidía aún a pedirle a Jacinto que pasara a máquina para mí ni siquiera las primeras cuartillas. Porque también, en efecto, mi relato necesitaba de arreglos y modificaciones en cualquiera de sus partes... para que al menos yo me creyera aquella historia aventurera. (Ante esas mis dudas creo que razonables, terminé por encargarle que mecanografiara la primera novela mía del Oeste (¡). Y fue porque se brindó con entusiasmo insuperable. Jacinto —ya se ha dicho— era un muchacho de lo más amigo, noble y servicial que me mostraba siempre la admiración (¡) que por mis cosas sentía. Su generosa actitud me levantaba el ánimo a menudo... hasta el extremo de que no quería yo desmayar en mi determinación... y llegar a defraudarle. ¿Qué le diría en caso de volverme atrás?

—¿Y cómo se llamará? —preguntaban unos y otros, enteramente todos.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Pues la novela esa!

No respondía yo enseguida, que eso lo tenía planeado. Me proponía simular que andaba casi loco buscándole título a la novela aquella. Pero luego, queriéndoles sobrecoger, enunciaba el título: "Los libertadores de esclavos".

—¡Ah ! —Fingían asombro, pero, a pesar de su desencanto, enseguida querían leerla todos y antes que los demás, incluso antes que el vinatero Çait.

Al final, y precipitado el texto por el mimetismo ululante que me suscitaba el tebeo de los cautivos liberados por el Guerrero y Fernando, lo que terminaría haciendo sería una colección rimbombante de tebeos con el mismo tema. Aquélla era una resolución que ni siquiera me preocupaba en su indiscutible proximidad temática, seguramente por las astronómicas distancias que en su diseño iban a denunciar mis asumidas y disculpables torpezas. Quien se atreviera a establecer comparaciones para condenar tan agreste e ingenuo paralelismo, tendría que fracasar y plegarse al aventurerismo de quien se metía en terrenos de semejante envergadura... Y otra cosa: ¿cómo no se me había ocurrido antes acometer aquella mi novela en la modalidad de tebeo, tan grandiosa como resultaba la puesta en escena de un episodio aventurero mediante dibujos y diálogos? Aquello se parecía mucho a la satisfacción que podía darse cuando textos escritos para el teatro eran recitados por actores... en el escenario. Articulados los diálogos entre los personajes, cada uno en su intervención hablada, el ejercicio distaba mucho de la probable frialdad que trasmitía la lectura unipersonal del texto. Nosotros a veces nos ocupábamos en representar obritas ferozmente insustanciales, desvaídas y de pobre consistencia argumental. En el mínimo espacio habilitado en un cuarto trastero socorridísimo, se estructuraban el diálogo, la discusión más o menos despechada o la simple colisión de los contrarios en el argumento. Y el resultando declamatorio era muchísimo más atractivo de lo que nadie hubiera imaginado. Superaba evidentemente en belleza y sugestión a la versión meramente leída, nunca tan sugeridora como una escenificación de lo mismo por simples que fueran los materiales y recursos escénicos. Y lo mismo creía yo que sucedería con un relato dibujado...

—¿Con caballos o sin caballos?

Sucedía la misma cosa cuando pautabas el papel en viñetas y ocupabas su espacio con seres de ficción a los que pretendías llevar, como si de agua se tratara, al molino de tu imaginación o inventiva. A veces, y puesto a dibujar, ni siquiera había pasado a tinta el rectángulo de las viñetas, y me disculpaba atribuyendo el desliz al entusiasmo que aquella ocupación me producía. (Y también eso era verdad). Porque la aventura mayor podía ser la ocurrencia, el hallazgo imaginativo del instante, su misteriosa y considerable autonomía. Sugestionado, pues, por la sabrosa disponibilidad de elementos para el relato —eso me parecía entonces—, había en mí excesiva prisa en dibujos y textos..., cosa que luego lamentaría. Pero la tinta ya estaba seca... e irreductible todo lo dicho por unos y otros. Si me controlaba en los trazos y palabras, eso duraba muy poco tiempo, y pronto volvía a las andadas, como deslizándome cuesta abajo, incontenido y más anárquico o espontáneo cada vez. Así que yo abundaría en mi explicación de siempre, que era la del tirón de aquella magia especial: seguía bajo la condición de rehén, entusiasmado por aquella fluencia disparatada y contenta. Como si el autor del tebeo fuera el tebeo mismo y desbordándose. Sus dibujos, sus diálogos...

Con los textos acordes al desarrollo dibujado de la aventura sucedía algo visiblemente peor, porque la inclusión de una palabra —de pugna, desprecio o acuerdo entre los personajes en liza— podía condicionar decisoriamente el parlamento del cuadro siguiente, lo cual convertía en inevitable una modificación del dibujo correspondiente. Un verdadero lío era aquello, y mi caída en su trampa apenas si me forzaba a la disciplina que debía observar. La otra impertinencia, aunque no mía, ya la había solucionado con firmeza, tal vez con la firmeza que no aplicaba a mi anarquía relatora: de ninguna de las maneras iba a "trabajar" ni un solo minuto ante los mirones de la pandilla. Te asediaban con preguntas insensatas, y digo bien. O con sugerencias descerebradas para que introdujera acciones sugeridas por quien se consideraba, sin yo saber por qué, mi asesor o coautor (¡). Pero aún me consternaba más que alguien que miraba me preguntara qué era lo que venía a continuación. Me irritaba porque, lógicamente, tenía que responderle que no lo sabía. ¡Y era verdad que lo ignoraba!

—¡Pero cómo que no lo sabes! ¿Que no lo sabes tú, tú mismo? ¡Venga, no digas mentiras!

Resultaba complicadísimo tener que explicar lo que ocurría cuando uno escribía una narración o dibujaba tebeos, porque no creían en ninguna de tus explicaciones: quedaba como desvergonzada y salvaje evasiva, abusiva y descarada restricción. Así que, ante semejante acoso, daba yo por terminado el trabajo aquella tarde. Y la misma cosa sucedía en otras ocasiones.

—Ya está bien —les apremiaba, retirando el papel, la pluma y la regla, que incluso podía ser un cartabón. El tintero se quedaba sobre la mesa.

—¿Por qué nos vamos ya? ¿Por qué no sigues, eh? ¿Se puede saber por qué no sigues...?

—Pues... porque no sé lo que viene a continuación. —Y cortaba por lo sano seguramente cuando más entusiasmados podrían andar los que protestaban, e intrigados por lo que pudiera venir después —.Es que estoy cansado.

—No sigue —aclaraba a los demás uno que era absoluto incondicional mío— porque ahora no sabe qué es lo que va a pasar. —Aquel "escudero" mío hablaba con docta blandura y como si yo no estuviera presente.

Apartado de dicha actividad por semejante presión de mi público (¡), había veces en que, mientras jugábamos o nos dábamos a la lucha armada más irresponsable —y eso sin estar allí Alejo—, me acordaba del pasaje último de mis dibujos... y en verdad que sentía intensas ganas de volver a él... y averiguar entonces qué ocurría en las viñetas siguientes. Y era porque, de súbito, se me había ocurrido un pasaje que podía permitirme salir del último **impasse** en que me había averiado y detenido. (Había otra frustración mucho más grave. Cada vez que me proponía dibujar un caballo, o dos, terminaba dejándolo por imposible... porque se me queda-

ba en un engendro mucho más parecido a un caprino que al solípedo que requería, digamos, tan espasmódico guión. Debido a ello, tenía que oscurecer la viñeta con el dibujo de redes boscosas para disimular u ocultar el malogrado corcel. (Eso se podía hacer aumentando la cantidad de maleza dibujada). ¡Y entonces también me acordaba de los caballos de Manuel Gago, con la elegancia que enseñaban en todas las situaciones y posturas imaginables! Otro motivo de crisis de mi autoestima radicaba en el desafío que me suponía el dibujar caras de mujer..., arreglándomelas para que no fuera necesaria su inserción en la aventura..., si de ello me podía zafar. Con todo, uno de mis tebeos sufrió el tijeretazo aplicado al dibujo de una fémina, cuyo rostro hice desaparecer sin pensármelo dos veces, ¡y gracias a que su equívoco rostro figuraba en una viñeta de la tira superior de la página! Esas «desgracias» me pasaban porque no practicaba previamente y a lápiz el dibujo requerido... para luego pasarlo a tinta con mi mejor precisión. Tenía siempre prisa por saber en qué quedaría esa parte del tebeo). Pero yo seguía militando en nuestras diversiones, acorralando y deshaciéndome de supuestos adversarios en lucha, corriendo, saltando, pisoteando amarillentos matojos entre el arbolado aquel y los cuantiosos pedruscos, y vociferante como cualquier otro de los locos que en aquel solar nos habíamos concentrado de nuevo..

Por aquellos días, y qué casualidad tan sugerente —o lo que aquello fuera—, nos enteramos de que alguien más en la ciudad hacía tebeos. El caso se producía —inopinadamente, sin señal alguna que lo indicara— en uno de los dos quioscos de periódicos de la plaza principal. Ese despacho de Prensa lo frecuentábamos poco, a pesar de estar emplazado a un metro escaso del otro, de aquel que nos proveía de tebeos y de sobres sorpresa. Un domingo, a la salida de misa de once —a ésa iban los pudientes y los poco madrugadores—, y mientras echábamos una simple mirada hacia la desvaída oferta del dicho puesto —poco mercantil, según nuestra apreciación—, fijamos nuestra atención en el hombre que lo ocupaba: joven y delgado, de cara pálida, cabello rubio y ojos muy despiertos. Albergado o contenido en el escaso espacio de aquella garita de tebeos, periódicos y chucherías, el titular estaba ocupado en dibujar algo sobre un plano inclinado instalado sobre la genérica escasez del mostrador. Una lámpara de brazo más bien articulado le asistía en su trabajo..., encendida como estaba incluso en horas de sol. Se notaba pronto que aquel hombre, de unos veinticinco años de edad, estaba muy poco interesado en expender las existencias que contenían los reducidos estantes del puesto. Quizá porque era nuevo en la plaza e interina su presencia en virtud quizá de una sustitución por breve tiempo.

—Fíjate bien y verás tú como está dibujando tebeos —me predisponía Ignacio mientras merodeábamos cerca y como observando las posibles novedades del quiosco en sus expositores. Ignacio me empujaba o inducía con su hombro —se-

gún su tic— hacia el desconocido, que tan ausente se mostraba respecto a nosotros como posibles clientes.

—¿Pero se los dibuja para él mismo, para él?

—¡Qué va, qué va! Los envía a Madrid. Nos lo dijo Rafa en la playa el otro día. Y Rafa lo sabe por su cuñado, el de la droguería. Acércate un poco más —y me topaba y topaba para romper mi pasmo o contenido estupor, aquella mi inercia —.Tiene tinta de todos los colores ahí, como si hubiera hecho prisionero al arcoiris. Y lapiceros gruesos, delgados y ni gruesos ni delgados...

También se veían, a mano derecha y cerca del pie de la lámpara, pinceles muy delgadísimos —que diría mi amigo, afilando el adjetivo—, y un par de cuadernos grandes, extensos como un pliego de papel de barbas. No cabía duda ya. Aquel joven desconocido —nadie lo había visto antes, ¡y estaba allí!— se dedicaba a dibujar tebeos. Hacía tebeos coloreados. Por eso tenía a mano tantos tinteros y plumas y pinceles. Y también un par de grandes cuadernos como los que usaban algunos pintores cuando dibujaban cuadros de las murallas y la iglesia y de las casas antiguas o históricas de la ciudad. Aquel autor de tebeos ya me suponía yo que podía convertirse en una obsesión para mí..., y deseaba averiguar todo lo posible sobre su actividad, de modo que, en los dos domingos siguientes, llegaría a husmear desde el entorno del quiosco. Disimuladamente, y entre el barullo de la pandilla, accedí a sus dibujos desde la entreabierta puertecilla. Desde aquel ángulo y con cautela —seguramente consentida por el dibujante mi intromisión —, podían percibirse esbozos de viñetas, algunas ya coloreadas, magníficas. Eran viñetas grandísimas pero sin letras. Así era: no había descripciones y tampoco hablaban los personajes, como si no estuviera decidido aún qué poner en boca de los mismos en aquellas secuencias aventureras.

—Usted hace tebeos, ¿verdad?

La brusca interpelación no procedía de ninguno de nosotros, pero al punto aguzamos el oído para saber si había respuesta. La había emitido un muchacho mayor que nosotros y que, en efecto, resultaba el más indicado para formular la pregunta. Hilador joven y de los grupos de las escuelas nocturnas, era un obrero adolescente, aunque ya curtido, cuya dedicación más conocida en sus horas de asueto y libertad eran los tebeos. Los tebeos y nada más que los tebeos. Los tebeos le atraían de una forma absoluta, compulsiva. No tenía ojos para otra cosa, y daba la impresión de que le gustaban todos los que se editaban o llegaban a los quioscos..., porque también se le había visto destripando sobres sorpresa y recogiendo las escenas seriadas que contenían. ¿Hubiera alguien dudado de que su alimento preferente eran los tebeos? No se le relacionaba con las novelas del Western o las policíacas. Buscaba el dibujo y los diálogos que flotaban en las viñetas. Las historias en viñetas eran su obsesión, y a veces se leía todo un tebeo sin haber avanzado ni cinco pasos en el suelo de aquella plaza pública. ¿Y ahora qué?, me rumiaba yo. ¿Se comprará otro

inmediatamente o qué? No se lo compraba: se volvía, miraba hacia lo único que veía, que era el kiosco, y , cuando había terminado su tiempo, se iba por la calle del Mar abajo. (El asunto aquel de los sobres con cromos coleccionables y el ansiado álbum donde pegarlos se convertía muy pronto en algo pesaroso. Algunos habían llegado ya a la conclusión —¡y cuán triste e irreversible quizá!— de que había un par de cromos... que no existían, que ni siquiera habían sido dibujados por el autor de la historia aquella. Y era porque nadie los había visto jamás, casi abandonada ya la colección ante la imposibilidad de completarla. ¡Pero a veces descubríamos uno o dos de esos "ausentes" entre el acúmulo de cromos que exhibía otro chico, que no era de nuestro vecindario de trueque y en un encuentro casual! ¿Cómo era que ese niño, el niño ése, disponía de semejante tesoro... y sin saberlo él mismo? ¡Qué cosa más rara, y qué suerte si conseguías que te lo cambiara por otros! Claro es que había que abordarle con mucho tacto para no levantar la liebre...

—¡Te cambio ése... por éste, o por estos tres!

—Si lo quieres —el tipo aquel andaba muy despierto—, tienes que darme diez de ésos...—(Y en su actitud descubríamos que él podía sospechar, o tal vez no, de qué rareza disponía en su manoseado montón de cromos. También podía ser que no aspirara a llenar el álbum... y sí solamente a aumentar el dicho montón. ¿Diez estampas por aquélla? Los compañeros te animaban al cambio. Y no había para menos... porque la sola visión del raro ejemplar —microlitografía, decía Juanín, el de la imprenta— nos había dejado muy, pero que muy impresionados. Era la primera vez, en meses larguísimos, que accedíamos a algo que creíamos inexistente y según una añagaza del trápala del editor... para poder vender más y más sobres de aquellos. ¡Y cosa muy parecida sucedía con los cromos de "Chiquilín" de los culinarios sobres del azafrán! El impacto visual que suponía la exhibición del "cromo inexistente" no era para contado. La impresión se parecía mucho al encuentro con aventuras del Guerrero del Antifaz fuera de colección. Incluso lo superaba, como cuando, por fin, nos topamos con una estampa de Fu-Manchú —por aludir a una serie de aquéllas— que ni se podía imaginar uno con qué personajes contaría, salvo que los números anterior y siguiente te dieran alguna dudosa pista).

Mientras, y cuando parecía que el inteligente y callado dibujante de tebeos del kiosco iba a desentenderse de la pregunta, se le oyó decir lo inesperado, y sin apartar la mano ni los ojos de la cartulina:

—Estos tebeos —dijo sin énfasis alguno— se van a Londres.

—¡Londres! —irrumpía uno del corro, seguramente traicionado por sus ejercicios de memoria —. ¡Siete millones cuatrocientos mil habitantes! Capital de Inglaterra.

Disipado el pasmo silencioso producido por el exabrupto geográfico, fue el Soleimán de nuestra pandilla quien le preguntó que quién ponía las palabras. El

dibujante nos aclaró que los textos los ponía la editora. Y así sólo nos quedaba por saber quién era aquélla, aunque el más atrevido circunstancial informó que era, o sería, la imprenta. Pero los textos, que irían en inglés, se ponían en Londres. Eso decía el dibujante. Las palabras, en inglés. Y en Londres, claro.

Semejante impacto nos duraría mucho, aunque una semana o así después el quiosco tenía otra persona, que era el hombre mayor de antes. Quizá por esa razón me olvidé yo tan pronto del soberbio dibujante que estuvo dos semanas o tres en nuestra ciudad dibujando aventuras para los ingleses.

—Vamos a preguntarle dónde está ahora mismo el otro..., aunque seguro que está en Londres.

Pero nadie vio utilidad a esa pregunta. "¡Era para saber si va a volver!", se zafaba el inductor, creyéndose desautorizado. Si había tebeos hechos en España que se terminaban del todo en Londres, aparte de los que llegaban a nuestra ciudad desde Valencia o Barcelona, necesariamente habría muchísimos que ni siquiera sospechábamos que existieran. Un ejemplo clarísimo lo constituían los que Julián el Titatita tenía más que vistos en su casa, y en torno a los que se aburría diariamente caso de no tener compañía infantil. Era muy razonable la tristeza de advertir que existían muchísimas cosas de las que jamás íbamos a disfrutar. Eso, sin embargo, no nos quitaba el sueño digamos biológico. Podía hacerlo —sí, y con seguridad— un dolor de barriga, la tos atosigante o el ajetreo de San Pedro cambiando el mobiliario del cielo en pesarosas y violentas noches de relámpagos y tronadas. Extenuados de tanto guerrear o de trepar al exiguo arbolado superviviente en nuestro entorno inmediato, nos precipitábamos en un sueño sin fisuras, generosamente compacto, como solía fraguar el yeso, que era algo que a mí me maravillaba. Y ello luego de engullido lo que entendíamos todos por cena y que, sumado a lo del resto del día, podía ser que no llegara ni al concepto de "plato único", según comentario ácidamente irónico de los mayores a veces. (Era éste el plato que, un día a la semana, constituiría la ración única por persona y jornada: el propuesto sacrificio instaurado por el Régimen debía acometerse con espíritu de solidaridad para con los más necesitados en el portentoso festival de carencias que la autarquía del sistema venía propiciando. ¡El plato único! Si uno pensaba en esa cosa, pronto podía preguntarse si, por ventura, había alguien en el gobierno que supiera con certeza qué ocurría a diario en la mayoría de los hogares españoles. ¿Lo habría? Porque si existía esa persona, una al menos, la propuesta resultaba cruelmente cínica... y torturadora. ¡Plato único, valiente desfachatez!).

La noche transcurría como en un segundo: la sensación era la de contemplar una hoja de papel por una cara, darle un giro de ciento ochenta grados y contem-

plar su espalda, todo en un suspiro. Te acostabas... y enseguida era el día siguiente. Allí estaba el crepitante fulgor del sol de las nueve o las diez de la mañana nueva, entrando en la habitación a través de las lineales rendijas de la pródiga ventana o atravesando la tolerancia de los postigos. Llegaba así la luz, cernida, filtrada, y sus haces excitaban el populoso contenido del aire atravesado. De manera que uno siempre se sorprendía contemplando, soñoliento todavía, la febril ebullición de los evidentes habitantes de aquellas espadas de luz. Esta luz nos transmitía la película de los viandantes, cuya sombra comparecía proyectada en el techo de la habitación mientras se escuchaban sus voces callejeras al saludarse en la excitante inmediatez de la acera. Eran sombras humanas como resumidas o esquemáticas, escapadas de los cuerpos ¡boca abajo! (Qué cerca estaban aquellas personas de la intimidad de nuestro lecho, a un paso). Caminaban por el techo, quebrándose un instante en los ángulos triedros para recomponerse al ir a desaparecer de las paredes. Alguna vez incluso se podía identificar la voz de la persona de cuyo paso ante nuestra ventana emanaba aquella proyección. Y ni siquiera relacionábamos el fenómeno con lo elemental de la llamada cámara oscura, conocimiento de óptica que aún tardaría en sernos expuesto y razonado.

En un santiamén estábamos en el día siguiente, depositados en su espacio temporal en cuerpo, alma y hambre, pero del todo ajenos a tránsito tan subitáneo. El deslumbrante presente hacía que saltásemos del lecho como flechas del ansia, impacientes ya nada más abrir los ojos. Durante años, las cosas habían sido así de regaladas: como máximo, sólo había que ir a la escuela... o estudiar una o dos asignaturas iniciales del Peritaje Mercantil, en mi caso. No se registran adversidades mayores para nuestro grupo. Incluso la disciplina del día andaba como disuelta en la misma estructura de aventuras y trapacerías al uso, de modo y manera que íbamos a los recados de casa sin discontinuidades apreciables. Para cualquier observador objetivo, resultaría complicado averiguar si andábamos cumpliendo un requerimiento o jugábamos. Tal era nuestra capacidad para convertir en lúdico las pequeñas obligaciones. No obstante, uno o dos de los considerados camaradas nuestros debían estar disponibles para la llegada de algún aparatoso tren del anochecer, y, aunque no mentaban ellos el asunto —¿les avergonzaría aquella vinculación?—, se veía que a determinada hora desaparecían, y que ello coincidía con el esperanzador y colorista silbato de un convoy ferroviario que llegaba atravesando los campos de labor más próximos. No se les advertía sonrojo alguno al irse, si es que notábamos enseguida su exclusión del grupo. Media hora más tarde recuperábamos la noción de su existencia al reaparecer ellos caminando aprisa, como fugitivos, con un bulto sobre el hombro o echado sobre su espalda. Seguían de cerca a su madre, y a veces también a la hermana mayor, cargadas ambas con capazos de palma evidentemente pesados, o con pequeños sacos. Paralelamente al trazado ferrovial, las sombras

terminaban por engullirlos, y pensaba yo a veces con qué satisfacción podrían recibirles en casa, recuperadas físicamente y con el abastecimiento quizá para toda una semana... Sin lugar a dudas, aquella obligación de los dos o tres chicos a la arribada del tren les arrastraba en aquellos minutos a la condición de gente mayor, esforzada y luchando solidariamente para sobrevivir. Con ello, su visión de la realidad tendría que ser bastante más cruel que la nuestra...

Fuera de tales implicaciones y de las posibles veleidades climatológicas —que combatiríamos guareciéndonos en el "refugio de los hermanos Kir"—, nada impedía a nuestra mayoría lanzarse a la fértil y propiciatoria anchura de los días y perseverar en tramas, invenciones y expediciones más o menos peregrinas. Para algo disponíamos de tres o cuatro horas al día, una posesión nunca analizada —quizá por su obviedad— y que fácilmente podía producirnos abundantes y desbordadas insalivaciones. Sobre todo en tardes previas a la eclosión primaveral de las jornadas...

* * *

No era la miel unción frecuente para el pan nuestro, tan sometido éste al aceite de oliva y al pimentón encima para la merienda. Algunos años, en días previos a la Navidad podía haberla en casa, probablemente colmada la pequeña orza de cerámica esmaltada de amarillo limón. Pasadas esas fechas de belenes y zambombas, de alegría y mayor confraternidad en el vecindario, ya no volvíamos a paladear la suprema golosina en muchos meses, como no fuera como noticia pedagógica en textos escolares, sólo dibujada, y aludida en el famoso "panal de rica miel" al que acudían dos mil moscas... más cretinas e ignorantes que nada.

"—...que, por golosas , murieron / presas de patas en él".

Un año, y a finales de noviembre, se presentó en el taller un campesino de un pueblo aledaño y muy agrícola, gañán de unas fincas al pie de las sierras más prominentes de la zona. Venía con la intención de llevarse alquilados unos odres para traerse cien kilos de miel de la provincia de Cuenca. Nos quedamos sin palabras unos instantes, turbados por la proposición. Nunca se habían utilizado pieles de cabra para transportar cosa distinta al aceite.

—Pues alguna vez tendrá que ser la primera —comentó, risueño y comunicativo aquel hombre. Su lógica era aplastante, y nos hacía comprender quizá la tiranía que la rutina llega a imponernos en la vida, ciegos para otras posibilidades y opciones diferentes a las tradicionales.

—Bueno, eso es verdad —terminó por decir Al-Actar, aunque al poco se hablaría del estado en que quedaría la miel al trasegarse del odre a envases de otra naturaleza, rígidos, más que nada por la abundancia de pelo que arrastraría consigo el producto al vaciar las pieles.

—De todas formas —decía el gañán, muy experimentado en determinaciones y negocios, según se advertía—, la miel que vamos a bajarnos no se va a vender en los comercios... por el momento. —Y decía además que, de hacerlo, y más adelante, se la sometería a un intenso y definitivo colado.

En cuanto se marchó con los odres, empezamos a conjeturar sobre qué cantidad de aquella miel podría quedar en el interior del pellejo aún siendo sometido a un escurrido tenaz en destino. La quimérica esperanza que nos embargaba sugería que, como mínimo, podríamos llenar dos o tres orzas... Sin perjuicio de que fueran más.

—Pero con mucha paciencia, ¿verdad?

—¡Con mucha, sí, desde luego! Ya veréis.

En aquellos instantes a nadie se le ocurriría mentar o traer a colación al jefe Hamet Zénete, el apícola "Jinete Negro" que, en determinadas circunstancias, era la convenida pesadilla que merodeaba, si no siempre en las calles, las plazuelas o los solares, sí en nuestro sobrecargado subconsciente. Y por algo sería, como aseguraban las personas mayores cada dos por tres.

—¿Está en Cuenca La Alcarria?

—¡Qué va! ¡Cuenca está en Guadalajara! En el mapa de la escuela se ve enseguida que es una provincia de muchísimas flores, de abejas y de panales...

—¿Habéis visto lo que ha dicho éste? ¡Has dicho que Cuenca está en Guadalajara...!

—¡Qué va! ¡He dicho que La Alcarria está... en La Alcarria de Guadalajara!

—¡Y Méjico, en una laguna! —Ahí zanjaba yo el tema, y sin que nadie de los demás se extrañara de mis comentarios sobre la miel. Y casi en seguida me venía a la cabeza aquello de que semanas antes, y en Alicante con Al-Actar, nos habíamos topado con el famosísimo Jorge Negrete. El que a menudo cantaba anunciando su propósito de comerse una tuna determinada bajaba de un taxí frente al conocido hotel de la Explanada, y el gentío —de señoritas, más que nada— le aclamaba con devoción, además de dificultar a su estado mayor con la descarga del monumental equipaje que acompañaba al popular artista. (Aquel encuentro me hizo evocar a Irma Vila y sus mariachis, que cantaron un año antes en el Olympia: "Traigo mis cuarenta y cinco", decía tan singularísima voz, aunque podía ser "traigo mi cuarenta y cinco, aquel Colt no menos famoso...).

El mapa aquel —¡qué barbaridad, qué portento de mapa!— era una gloria desenfrenada, como una desvergonzada y exultante proclama de color y abundancia de todo lo habido y por haber, y cuya exposición correspondía más, mucho más, al deseo que a la realidad en la que se subsistía entonces en España. Figuraban en él muchas producciones patrias —o en exhibición patriótica—, tanto agropecuarias como fabriles, advirtiéndose también riqueza sobreabundante en los numerosos

barcos de pesca arrastrando las colmadas redes entre los escarceos del pródigo litoral ibérico. Parecía mentira que aquella patria, iniciada por don Pelayo, pretendida unánime por los Reyes Católicos y salvada de los comunistas por Franco —que iba a fusilar a media nación si hacía falta— fuera tan laboriosa y rica en recursos y en tantas cosas de comer... mientras que muchos millones de españoles siguiéramos hambrientos y a la luz muchas veces del candil. A lo mejor era un mapa de propósitos más que de realidades consumadas..., porque hasta los de mi pandilla sabíamos que la España del Generalísimo Bajo Palio sólo exportaba naranjas y mercurio; mercurio de Almadén por más señas. Si alguna vez nos quedábamos alelados observando nuevamente, y por inercia, su coloreado y luminoso repertorio de bondades —que no registraban, por cierto, el chocolate elaborado en nuestra ciudad—, era por unos breves instantes. El borborigmo de nuestro estómago y el insano frío que reinaba en el aula nos devolvían a la triste y desolada realidad de manera inmisericorde.

—Pero también se produce miel en Cuenca —se le ocurría decir a alguien bien impuesto en Geografía Económica, aunque cuando el tema ya parecía agotado. Y era que deseaba que tejiéramos argumento, más argumento, en torno al jefe Zénete, y que éste recibiera el papel principal.

—Hamet Zénete —decía yo en arrebato de pulcra precisión liquidadora tiene que ver con la miel, de Cuenca o de Guadalajara, y con lo otro.

—¿Y qué cosa es lo otro, si se puede saber?— Querían tirarme de la lengua.

—Lo otro es... la cera de los cirios.

—¡¡Cirios y troyanos!!

"¿QUÉ COMES?"

Aun no habiendo consigna o recomendación expresas de callarse lo de la miel, no sería yo quien lo difundiera entre los de la pandilla. La envidia siempre terminaba agriándose en molestas e impertinentes elucubraciones. Y en desmesuradas ansias del prójimo. Nos limitaríamos a esperar el desenlace de aquel inopinado viaje de nuestros cueros a Cuenca, que así se desvincularían, tal vez airosos, del tradicional transporte y reparto del aceite de las cosechas otoñales. Bajarse miel de la encantada Cuenca valiéndose de odres era algo más aventurado y creativo, por supuesto. Miel de allá arriba a tierras levantinas en envases ancestralmente destinados —"siempre ha sido así"— al manejo del aceite en molinos o almazaras. Aquella aventurada y nueva práctica quedaría felizmente culminada en pocos días, y de hecho incluso cuando ya se nos había olvidado su propósito (¡). Pero, inesperadamente ya de vuelta, y personado "el hombre de la miel de Cuenca" en el taller, dejaba caer en su suelo el saco de esparto en que devolvía las pieles. Las habían retenido un par de días tras el viaje con la idea de recuperar un poco más del producto que impregnaba su interior. Lo explicaba el dicho gañán, que, tras los buenos días, había exclamado un sugerente "¡María Santísima!", que así resumía, seguramente, las dificultades habidas para escurrir la miel, tan renuente a soltarse de la pelambre de los pellejos de cabra extremeña:

—¡Ni puestos varias horas al sol —decía, con aquel su lamento— han librado bien la carga! Sólo hay que sopesar una piel, cualquiera de las tres.

El botero lo hacía ya y con visible esfuerzo.

—¿No le digo lo que pasa? —Echaba mano entonces aquel labriego de su petaca y buscaba el librillo del papel para echar un cigarro. Se comprendió pronto que la miel retenida tardaría mucho en fluir, días y días colgados los odres boca abajo. El transporte debió haberse realizado en tiempo veraniego. "Con el frío que está haciendo —se comentaba— tenía que ocurrir esto". Y calculaba el botero las muchas jornadas que los pellejos tardarían en quedar nuevamente disponibles para trasegar aceite. En ello, y era razonable, estaba basando la suma que pensaba pedir por el alquiler que entonces terminaba. Aquella cuenta no se podía cobrar con la aleatoria miel residual.

Al atardecer sometimos las pieles a muy concienzuda torsión, como si fueran sábanas mojadas antes de colgarlas del tendal. Ni una sola gota iluminó las miradas.

Se les infló con el fuelle de palanca, se pusieron boca abajo..., y, de momento, y adrede, nos olvidamos de su excitante existencia. Se había visto ya la dificultad que entrañaría la recuperación del renuente contenido, y del continente para transportar el aceite habitual. Según pasaban los días, y sin mucha esperanza, echábamos una mirada a lo que esperábamos fuera suceso especialmente suculento. Pero no había rastro de miel en las vasijas colocadas debajo de las pieles. Por eso se dejó correr el tiempo hasta que llegaron los días soleados de primavera. Entonces fue cuando la miel fluyó y fluyó como ni siquiera nos habíamos atrevido a imaginar..., sobre todo porque vencíamos la pereza y sacábamos los pellejos al patio. Allí los dejábamos en el rincón donde daba el sol con apreciable intensidad. Así ya nos atrevíamos a creer que quizá tendríamos miel para rato. Claro que, según se iba advirtiendo, beneficiarse de su clásica prestancia exigía abnegación para pescar pelos caprinos y apartarlos cuidadosamente de la luminosa masa confinada en la orza. Después de esa limpieza, las meriendas nos acercaban casi impúdicamente a delectaciones tan privilegiadas, que sólo se comentaban en familia. Se observaba el secreto debido a la más que segura envidia de amigos y vecinos. Habíamos pasado del amargor del pan untado con aceite del malo —el del nudo prieto y fosco en la garganta, y remiso a ser engullido— a la fruición de todo lo que mojáramos en miel. Aunque fuera tan moreno aquel pan del insalvable salvado..o ganga. Así nos librábamos —¿por cuánto tiempo?— del mediocre aceite que nos llegaba.

—A mí es que ese aceite no me pasa...

—El de los secanos, ése de la montaña... Ése sí que es bueno..

Era lo que se decía siempre, sin demorarse uno mucho en airear esa constancia. Y nosotros, los que habíamos nacido en Muro del Alcoy, aprovechábamos para cantar las excelencias del aceite de allí, y del de la zona aquella. Iba más lejos Al-Actar: aseguraba él que, después del aceite de Martos (Jaén, España), el de Muro era el mejor. Otros, cuando había entendidos entre los que charlaban, aseguraban que el de Benasau (Alicante, España) también era muy bueno. A consecuencia de estas afirmaciones, se llegaba a la extensión que se iba fraguando, a saber: que el aceite de los pueblos españoles de la montaña alicantina, si cultivaban olivar —y lo cultivaban—, daban un aceite de miel... Cuando Al-Actar subía a Muro en el otoño por asuntos de las pieles del matadero de Alcoy, siempre volvía a casa con un saquito de olivas mureras. Pequeñas y prietas —algo parecidas al fruto del arrayán o murta—, las poníamos en salmuera sin partirlas y acompañadas de la la hierba que don Salvador denominaba **Thymus piperella.** El botero se traía del pueblo un ramito de esa piperella porque su aroma fue el aroma de toda su niñez y juventud allá. Se sabía que, en la lengua de germanía, el fruto de la murta, mirto o arrayán solía denominarse aceituna... Pero eso era antes.

—¿Antes de qué...?

—Antes de que tú nacieras.

Siendo tan fría la despensa de casa, casi tanto como todo el edificio, para optar al beneficio de la excelsa golosina, removíamos su endurecida superficie con una cuchara metálica. Trasladada la ración al cazo y, puesto éste al fuego, extraíamos los pelos visibles, cuidando de no ceder a la obstinación de alguno más pequeño, que en nuestra garganta hubiera desencadenado seguramente la tos más violenta y el ahogo previsible... Meriendas así, tan celebradas o más que aquellas del arrope que bajaba del pueblo de Finestrat una mujer en su burrito, era muy prudente callarlas. El personal practicaba, sin sonrojo alguno ni rodeos, las más directas actitudes pedigüeñas, inconsciente ya de su enflaquecida dignidad. Contribuía a ello, lógicamente, lo fallido de los abastecimientos prometidos por las autoridades, anuncios a veces de una inconsistencia casi criminal. En el seno de tanta carencia de comida, cada cual se sentía impelido a interrogar al conocido que venía calle abajo masticando alguna cosa. Y eso aún se daba más en el recreo escolar, sin perjuicio de inquirir sobre lo que otro estaba masticando al tiempo que los dialogantes jugaban un salvaje partido de fútbol...

—¿Qué comes?

—Melones.

—¿Qué dices?

—Perdices

—¿Me das un poco?

—¡Tú estás loco!

—Mira tú, ¡y cae bien!

Ante este interrogatorio —eso se sabía—, lo corriente era que se respondiera con evasivas, a pesar de la descarada fruición que demostraba quien masticaba o se relamía en ese momento, y que batía sus bien articuladas mandíbulas contra chocolate o sobre un dátil, quizá pan de higo o codoñate. Responder suponía tener que compartir algo de aquello con el famélico que indagaba.

—Ya no me queda —decía finalmente el acosado, asfixiándose casi al engullir el bolo precipitadamente.

Pero ni así se libraba del registro **in situ**, imperativo y minucioso, de quien pidolaba unas pizcas de lo que fuera. Tenía que sufrír pacientemente la invasión de cuanta cavidad disponía su indumentaria, comenzando por los bolsillos del pantalón, corto y repetidamente remendado. Por mor de la costumbre de dichas prácticas del fielato —y por miedo a los golpes de castigo del pedigüeño de turno, si te descubría remanentes—, el interpelado nunca se resistía a la atropellada indagación de si le quedaba o no algo que llevarse a la boca aquel que le registraba. El inspeccionado parecía feliz de que la vacuidad de sus bolsillos confirmara su verdad. Y se reía el rufián con los brazos puestos en aspa, para acabar riendo ambos y también los de su alrededor. La risa pretendía que todo había consistido en la broma de

registrar y ser registrado... deportivamente. Y ese tipo de risa no hacía más que acrecentar la amargura y tristeza de comprender que, simulando una broma, el hambre era la triste vergüenza, el frondoso y negro imperativo de aquella opereta.

—¿Y esto qué es, eh? ¿Qué es esto? ¡Responde! — gritaba, victorioso, el fiscalizador al tiempo que mostraba algo entre sus dedos pulgar e índice.

Se trataba casi siempre —y era perfectamente posible— de un altramuz irremisiblemente deshidratado, más que antediluviano y lleno de la pelusa que regía en las caóticas profundidades de semejantes bolsillos. O de una chufa reseca y más que petrificada, quizá del remoto y ya negro fruto del almez o aligonero. Pero había muchos obstáculos, sin duda, para la comprobación. En aquellas bolsas interiores del pantalón de los niños y muchachos, a lo largo de los meses se habían reunido muy prolijos y engorrosos elementos: comatosas estampas, pizcas de cobrizo alambre, el desperdicio minúsculo de un lápiz sin punta, huesos de almeza (que eran munición para el cañuto propulsor en la escuela y fuera de ella), tenazmente pegados al melifluo residuo de lo que fuera un caramelo ¿de menta...? Y también botones variados, alguna que otra bola de barro cocido, el endurecido fragmento de un palito de regaliz, escuálido e inevitablemente leñoso. En aquel lote no podía faltar un ejemplar de emblemas domingueros de Auxilio Social, que ni eran considerados como cromos..., y sí lo eran, en cambio, las caras de las cajetillas de fósforos... Todo aquello, misteriosamente embrollado y más que prescindible, lejos de suponer una excepción, era lo corriente en los bolsillos de la chiquillería, y su enumeración inventarial se diferenciaba poco al someterla a comparación entre bolsillos de diferentes dueños. Así que nadie se extrañaba de la existencia en el planeta de semejante mixtura como aquélla, y a tan poca distancia química de la fermentación. Algo muy similar acontecía con el comportamiento de algunas personas mayores, que, por muy leídas, o por maniáticas en general, se guardaban cualquier papel impreso llegado a sus manos. Ordenados o no, en algunos casos —y casas—, podían ocupar un cuarto entero, quizá el sobrado (o zaquizamí) de la vivienda..., ante la cíclica desesperación del ama, que reclamaba el cese de aquellas aportaciones del marido a la colmada estancia.

—¿Qué hay de todo esto? ¿Cuándo vas a tirarlo, si ya lo has leído y releído no sé cuántas veces? El día menos pensado, ¡yo qué sé, yo qué sé! Ya verás tú cómo se lo plantifico todo al trapero. ¡En medio de la calle, a espuertas!

En años tan apagados y tristes, sin alegría que durase como para levantar simplemente el ánimo de tantos y tan amedrentados corazones, forzosamente tenía que surgir y mantenerse un inducido sentido de la previsión, no fuera que el futuro empeorase —más aún— en todo. Esa sombría previsión empujaba a muchos a guardar objetos, cosas evidentemente inútiles o dudosamente aprovechables. Trastos que no volverían a tener aplicación por más que algunos individuos se empeñasen en imaginársela. La escasez indiscriminada incitaba a los acopios más alocados y

aleves. Y era una singularidad destacable la que, con parecido afán, o quizá no, practicaba Salomón el Miau..., aunque la particularidad de lo suyo aparecía afectaba de una intención difusamente utilitaria y más acorde, desde luego, con un disfrute contemplativo de lo que, sin duda, no era más que ingenuo coleccionismo. Era como si, reuniendo y conservando objetos sin utilidad conocida, por estropeados o fraccionarios de un todo perdido, el Miau —tan sobrancero para algunos de sus vecinos— se sintiera vigilante de reminiscencias que lo alejaban del final de su propia vida. De su vida y de las cosas que en aquel municipio la habían acompañado desde la niñez. Tenía que ser algo así.

En las afueras de aquella cuasi barriada, su casa quedaba en el punto mismo donde la tierra agrícola iba perdiendo fueros seculares. Los almendrales habían caído en beneficio de rasgos urbanos que, si bien eran tímidos todavía, ya anunciaban expansiones que un día superarían en número al agregado de casas de habitación de aquel presente. La guerra había detenido su ilusionado y tímido crecimiento, y lo que un día tendría que ser una calle dirigida al Poniente, entonces no era más que un rasgo diferenciador de lo campesino y allí donde la práctica del arado se había detenido, y también olvidado el vivificador oreo y cultivo de la ringlera inmediata de higueras y limoneros. Pero se trataba de una tranquilidad interina. Aquel linde sobrevenido mostraba aún esos tres o cuatro árboles resistiendo entre eriales con texturas de solar, a cinco pasos de la casa de Salomón, la dudosa esquina donde algún cimal de almendro —el más reticente— rozaba aún la modestísima lámpara del tendido eléctrico más elemental. (Allá mismo, el encargado municipal de encender y apagar las luces callejeras —¡qué lacio y consumido aquel rostro humano!—, peleaba con su pértiga por apartar la ramita del árbol que dificultaba la operación de conectar la corriente eléctrica al bulbo; y la envinada melopea de hastío de aquel hombre, quizá propia de enfermo, no ayudaba mucho).

En la que tiempo atrás —¿cuántos años?— había sido cámara aneja a un pequeño almacén casero de algarrobas, más circunstancial que expreso, el Miau conservaba en crecimiento una espantosa colección de naderías a las que no renunciaba ni borracho. Aparte de engrosar su número y diversidad de cuando en cuando —si salía a los descampados y ribazos del río y a deambular por aquí y por allá—, nadie había averiguado todavía el destino que pensaba dar a tales objetos. Decir objetos también era excesivo, porque sólo eran partes alícuotas de una unidad superior cuya naturaleza pocos serían capaces de deducir por la aislada parte exhibida. Durante años y años de merodear por bancales, sendas y andurriales sosegadamente próximos a la ciudad, y con la mirada siempre fija en el terreno que pisaba, había conseguido una amenazante infinidad de desperdicios que él solemnizaba —como para darles la entidad imposible— colgándolos de la pared... sin que se notara si en aquella liturgia suya se contemplaba el aspecto o la sustancia de lo colgado.

Los domingos y fiestas de guardar —a misa sólo iba la Miau—, y con menos unción en festividades políticas inventadas y sostenidas por el Régimen, luego de la siesta podía abrir tan venerable estancia. Sentado en un sillón cojo de una pata —suplida la ausente con mitades de ladrillo superpuestas—, contemplaba beatíficamente el singular y apabullante colecticio de la pared del fondo. Su acuosa mirada pasaba por todos y cada uno de los objetos hasta agotar el recorrido de tiliches o cachivaches. Y vuelta a empezar. (A veces, mientras escrutaba sus trofeos, le acometía cierta desazón: ¿dónde estaba aquel herrumbroso candil? ¿Cómo era que no seguía en su sitio? ¿Acaso la Miau de la cocina...? Repasaba todo aquello, la serie completa, porque no reaparecía, no, aquella cosa... que ya él mismo había trasladado a otro punto. Y allí estaba, nada más que ausente momentáneo por la precipitación fiscalizadora de aquel Salomón. "¡Ah, estás ahí! ¡Qué susto! ¡Conque estabas ahí! Ya te veo, ya". No obstante, algún que otro elemento sí que había ido a parar a la casa de algún pariente de su Miau, o de cualquier vecino con precisión inaplazable de algo por el estilo. Pero no quería darse por enterado, mientras ponía en duda la inutilidad definitiva de aquellos sus elementos). De modo tan científico —por analítico y reflexivo—, el Miau podía contemplar parejas de hoces enfrentadas —no implicadas con sendos martillos, qué va—, con mango o sin él; clavos de muchos tamaños, y clavijas, esquilas variadas y tan solemnemente campaniformes, inservibles soplillos de rudimentario esparto con el limbo desbaratado... No se había privado de tenencia alguna, lo que confirmaban diversos segmentos de maromas y calomas, sogas de lino y cáñamo, oxidados palmos cuadrados de tela metálica, tramos más o menos gruesos de tubo metálico, un sacho de sachar o quitar malas hierbas, arandelas de radios diferentes, incluso algunas de cobre o latón, etc. Y disponía también, muy bien distribuidas y como en juegos de simetría, de varias herraduras, antiguas y menos, o gravemente consumidas, según el aspecto que enseñaban. ¡Y el niquelado y revirado brazo aquel de la gramola, igual que un brazo del Tanque Humano! ¿Y qué decir de las etiquetas o marbetes —lejanísimos y quiméricos— de los imaginados productos de chacinería, además de sus dorados precintos? No faltaban allí las gafas de pinza ni el armazón de las llamadas de patilla, rota una de éstas, naturalmente; o del destripado y amarillento cadáver de un reloj de cadena. Tenía asimismo unas cuantas argollas y argolletas, constando allí otras presencias: sofras, capazos de palma sin asas (por supuesto), algún que otro serón al pie de la pared, junto al maltratado cofín con apropiados restos de morcas. Y así hasta culminar —de momento entonces— con unos cuantos calendarios de años pasados, recientes algunos, y que solamente tenían la hoja del mes de diciembre. De izquierda a derecha, la extravagante e implacable exposición terminaba con estas láminas, y el posible espectador, cualquier aventurada visita, se sentía llamado a tomarse esos restos de calendario como autoritario y firme colofón anual del ejercicio recolector de tan excelsas nimiedades.

Le bautizaron el Miau —lo haría el Padre Eterno, más que certero en sus nomenclaturas, punzantes y ocurrentes y de disolvente precisión—, porque Salomón se hacía visible en horas diurnas de andar hasta la pescadería del torreón, bien por la mañana, bien al atardecer. A quien así lo apeló para la eternidad —uno más en su lista de rebautizados— se supone que no le decía mucho aquella manía de Salomón de acarrear a casa los trastos y cachivaches que se encontraba en sus merodeos por ahí: esa condición no le era evidente o diferenciadora —afirmaba aquel bautista— de su amigo Salomón. Lo de Miau fue, naturalmente, por lo del pescado a diario, por esa pertinacia de llevar el pañuelo, atados sus picos y encerrado lo que unas pocas horas antes no eran sino peces de la portentosa y bella bahía local. Peces luminosos y libérrimos entre la carne transparente del mar y los sinuosísimos dedos de las algas. (Juan Luis y yo nos acercábamos algunas tardes, ya anocheciendo, a la pescadería. Acompañaba yo al amigo alguna que otra vez a comprar la pescadilla o la merluza para el hervido con patata y cebolla de la cena, que a don Juan, sobre todo, tan bien le iba en su régimen...).

Todo aquello que no andaba uncido o pegado a la pared mediante alcayatas, viejas y más que oxidadas, quedaba al pie de la oferta mural de aquel antiguo y episódico almacén de venerables algarrobas: había un par de ruedas de carro con sus cubos correspondientes y con clara falta de algunos radios, pedales de bicicleta sin articulación posible, la nasa que hubo servido de ventilado cobijo a la gallina y su alborotada pollada, un orinal esmaltado con considerables y profundas mellas, y torcidas varillas de paraguas y sombrillas, diversas palanganas con grises desconchados, asas de cubo, la mancera de un arado con el ojo roto, carbureros con ostensibles orificios en el depósito, un abollado casco de romano (de las Milicias Romanas de Semana Santa, claro), los ineficaces restos de una pequeña báscula de olvidada pintura sin edad...

—¿Y qué más había reunido el Miau Salomón?

—Pues una vez también se interesó por un ataúd que antes hubo sido pesebre en un corral de San Antonio de las Huertas. Pero no hubo forma de... Además, ¿se habría atrevido a su acarreo e instalación en su casa...?

—¿Y se sabe qué pensaba hacer el Miau con aquellas sus tantas cosas?

—Nunca lo dijo, pero yo creo que...

—¡Es igual, déjalo! —Pero se volvía al asunto: —¿Y cómo era que tenía un ataúd en el pesebre...?

—¡Yo no he dicho tal cosa! ¡El ataúd era del tío Pelambre, que lo tenía puesto en su corral de la huerta como pesebre.

—¿Y dónde habría quedado el muerto correspondiente?

El muerto correspondiente podía haber sido cualquiera, con sólo no descansar en una fosa común. Encontrada aquella caja mortuoria entre los desperdicios del camposanto, valga la expresión, pasó pronto a ser pesebre en una estrambótica pocilga de cerdos. Y algo más tarde tendría que prestar valiosos servicios emplazada convenientemente sobre un primitivo carretón. En plena noche, y atravesando la plana del poblado, había ido y venido para perpetrar un flagrante robo de yeso. Amontonado aquel material a la puerta de la que fuera fabriquilla rural de chocolate, el apodado Pelambre —tenía pelos hasta en el corazón, habría dicho un inglés— se obstinó en llevarse a casa todo el yeso posible tomándolo del magnánimo montón expuesto al aire. Entre él y su hijo mayor, y a las tres y pico de la madrugada, llevaron el ataúd al pie del montón. Allí, y con sus manazas en cuenco —ni siquiera eran dueños de una pala—, cargaron yeso y más yeso en el fúnebre receptáculo. Mientras se aplicaban a ello, el pan de la luna se había salido de entre las nubes... y el vástago de Pelambre ya pudo entender que aquel material no era sino yeso. "Vamos a traernos cuatro puñados de ceniza para los ajos..." le había espetado el padre al despertarlo de un golpe brutal en el lomo. Del horno más cercano se extraía la ceniza de cuando en cuando y quedaba depositada en el yermo de enfrente..., a treinta o cuarenta pasos de la antigua y obsoleta fábrica.

—¡Padre, esto no es ceniza! —El descubrimiento asustó al hijo una barbaridad.

—¡Ya lo sé, dotor! ¡Cállate y carga! ¡No pares! ¡Carga, carga!

El Miau Salomón sólo se enfadaba —otro misterio a su cuenta— o se salía de sus casillas cuando, de vuelta a casa con el pescado cotidiano, escuchaba un irreverente maullido a sus espaldas. Se giraba velozmente en ese momento y procedía a echar cuantiosas y enfebrecidas maldiciones... aunque dirigidas más que nada al Padre Eterno aquel, también llamado Gaspar. Contra aquella injuriosa ocurrencia del Sempiterno Dios Gaspar se revolvía el Miau, se crea o no se crea, y no contra el emboscado emisor del dichoso ¡miau, miau!, que estaría como sabandija agazapada en el portal en sombra de cualquier casucha, si no en el vano de ventana o portillo de las casas recayentes al río. Por otro lado, y si alguna vez su hijo mayor —que pasaba ante la colección una o dos veces al año— le preguntaba por qué razón no cejaba ya en aquella manía, el progenitor se le quedaba mirando, algo más que ausente, y repetía con vaharadas de salmo:

—No desprecies nunca aquello que te dan ya hecho.., aunque luego lo tires.

—¡Pero es que usted no tira nada, sino todo lo contrario!

Entonces, con la mayor solemnidad imaginada en aquella casa, Salomón sentenciaba:

—"Aún no es llegada mi hora".

Eso era lo que había. Y, probablemente, muy poco lo que se le podía objetar.

"¡ARRE, VASELINA!"

El mulo del trapero, "Vaselina" de mal nombre —sin haber intervenido el Padre Eterno en ello—, sabía pero que muy bien dónde detenerse en su trayecto, y sin necesidad de indicación alguna de su empresario, no importaba por qué calle, plazoleta o callejón andara el negocio ese día. Conocía los hábitos de su dueño, que por algo eran de dominio público. Llegados a la primera taberna, hacía un alto que al observador ocasional podía parecerle resignado o soñoliento. El lento trayecto diario por las vías de la ciudad registraba paradas aleatorias, sin embargo. Eran las que imponían la necesidad o los antojos de las amas de casa. Un portal sí y un portal no —pero dependiendo del nivel social de sus titulares—, las mujeres acudían con entusiasmo y locuacidad dicharachera a entregar trapos viejos, papelote o también arruinados pares de alpargatas de cáñamo —las menos— o de esparto, según la categoría de la calle. Dos platos, un jarrón de floreado esmalte, seis vasos para vino..., podían constituir la contrapartida de la entrega de desperdicios caseros. Igualmente, una aceitera, un colador o un escurridor de loza para limpiar el pescado, la pieza a veces más requerida. Cosas, por lo general, y previsibles, para el ámbito de la cocina. Por su parte, y en pugna paralela, los niños aprovechaban el evento del trueque, tan sugestivo, tan posiblemente sorprendente, para insistir con el tema de la regaliz. La aparición en manos del ropavejero del pequeño costal de aquellas dulzonas raíces aceleraba el corazón infantil, forzando a sus delgados cuerpos a nerviosos saltos de impaciencia junto al carro, y sin otra novedad que no consistiera en la cantidad que el trapero dispusiera que era justa en su comercio mañanero. Los más pequeños andaban cogidos de la falda de la madre, tirando de ella con tenacidad de lapa y próximos a veces a rabietas y lagrimones de cierto peso.

—¿Y este niño por qué no está en la escuela?

—Esto no es un niño —explicaba la madre sin mirárselo, completamente de los nervios—. Esto es una matraca. ¿Es que no lo veis?

Con el apestoso caliqueño entre sus labios, se apresuraba Çeit a cortar un cacho de paloduz para aquel niño, y curándose en salud, pues él sabía muy bien en qué preciso momento podía romper la baraja y arrear con su negocio hacia zonas menos enervantes. Con la regaliz extinguía al pedigüeño, que solidificaba en silencio de inmediato, tal que las contumaces cigarras cuando, en verano, alguien se acerca a los profundos algarrobos al mediodía o por la tarde.

Aquel negocio (¡) callejero no registraba otras demoras que las del embarullado regateo establecido en su condición, que era el intercambio. Cuando ya las mujeres se avenían al precio que se establecía, acto seguido, y entre la curiosidad y el miedo, desnudaban de su envoltura de paja los enseres escogidos. Buscaban en lo ya hecho suyo la bondad que le suponían. Pero alguna se mostraba ligeramente decepcionada: "Ay, me había parecido..., no sé. Lo creí más grande". Podía ser que otra señalara hacia distinto cacharro del sugerente, fresco y ameno interior del carro.

—¿Y ese escurridor de pescado...? El pequeño; no, ése no: el de la izquierda...

"Vaselina" parecía que esperaba con solidaria paciencia, hecho a tanta parsimonia y ocupado en lo de liberarse de sus propias moscas, las que le tocaban en aquella especie de viacrucis, que él iba a veces señalando de modo apacible con sus húmedas y vaporosas boñigas. Dirigiéndose a una que mostraba profundísimas dudas en su elección de cacharro, el trapero le decía con fingida parsimonia: "Vamos a ver, ¿te lo quedas o no te lo quedas?

—Yo —se explicaba la fémina— es que necesito también un lebrillo pequeño. —Se notaba que había perdido irremisiblemente la noción del tiempo, como muy probablemente todas las demás.

La poco resignada parte contratante del carro y el mulo —el apelado Abú Çeit, por supuesto— ya sabía que, lidiando con mujeres de aquella naturaleza, ¡y qué remedio!, pocas posibilidades tenía de obtener ganancias mínimamente sustanciales. Por eso, algunas mañanas presentía que le subiría hasta la testa la oleada malévola de la acidez estomacal. Y la paciencia se le agotaba al poco, de manera que, en cualquier punto de aquel retorcido y burdo proceso mercantil podía pronunciar el "¡Arre, Vaselina" y dejarse en mitad del terroso y discontinuo arroyo a la femenina grey. Y por eso enseguida chisporroteaba el grupito ante desaire tan tremendamente cruel y... humillante, emitiendo desgarrados gritos de pirotécnica protesta. Porque el llamado Çeit se marchaba elegantemente ajeno a dicha tropa, la cual, además, y en términos generales, le era siempre deudora de atención. "Éstas no saben ni lo que ellas mismas quieren", farfullaba, tirando del ramal del mulo, pegado solidariamente a su costado. "Ni atienden a lo que les dices. No atienden. ¡A la mierda! ¡Hala, a la mierda! ¡Maldita sea!" (De esa relación chillona e insustancial, el trapero podía pasar a otra de mucho calado... y hasta quizá tenebrosa. La venía afrontando alguna que otra vez cuando se dirigía a la taberna que apelaban del Túnel, que por esa calleja pasaba con el carro y el mulo al menos una vez a la semana. En más de una ocasión se había topado con un comerciante de ralea —uno muy digno hijo de Mercurio— empujando un carretón con dos sacos de harina... que descargaba al poco en una especie de sobrado que, por el Sur, y al pie de una palmera, daba a la desangelada Plaza de la Nueva España. "¡Pues anda que no hay harina en este pueblo!", murmuraba Çeit, a veces de modo audible y no queriendo

imaginarse cosas. Aquello sí que tenía fuste y más que sustancia, como un tiempo después él colegiría...).

Uno de las mañanas en que su aversión a discutir con aquellas mujeres se le manifestaba tal vez antes de lo previsible —qué torpes aquéllas al no intuir el precipitado, siempre posible—, nuestra madre había preguntado por una orza de las usadas para salmuera, aunque quizá la usara para miel. Sin responder, Çeit alcanzó la pieza de entre el haz de la regaliz y una bacinilla esmaltada de blanco..., depositando la pieza pedida en las manos de la madre. Ni siquiera pesó los trapos que ella había adosado al carro en apretado saco de esparto; tampoco el de los papeles, apañuscados y reducidos a su envase. El trapero no habló del justiprecio, suponiendo en el taller que, como en otros casos hacía, el asunto se trataría en otro momento y sin la presencia de mironas. Ya se podía advertir en su continente de ese día que Çeit no venía dispuesto a dejarse corroer por la cháchara estridente e inoperante de ciertas y más que conocidas vecinas. Mientras éstas seguían con sus charlas y comentarios, e ignorando al trapero mientras se consumía el tiempo estúpidamente, el hombre aquel puso en marcha su establecimiento mercantil. Había sentido en su piel el hormigueo de otras veces, la parestesia súbita que lo avisaba del colmo crítico de su paciencia. Y escapaba bruscamente de una reacción suya quizá más violenta... De ese modo, en cuanto las parlanchinas aquellas advirtieron su insolente y mayestático alejamiento, un par de ellas se pusieron a gritarle estentóreamente: "¡Eh, trapero, trapero!" Y, habiéndose quedado con sus fardos y bolsas en el suelo y a sus pies, algunas le prodigaban sus florituras verbales más imaginativas... porque la actitud instintiva —así se lo pedía el cuerpo— era echar a correr detrás del carro, aunque tal vez discurrieran que no era lo más adecuado, aparte de que resultaría inútil.. Tuvo suerte el Çeit... porque no estaba entreabierta la puerta por donde solía asomar la pusilánime y gelatinosa doña Purificación del Pecado Venial, mujer tan religiosa como pesada e insustancial. Ésta le hubiera machacado los nervios todavía más con aquel odiado bisbiseo suyo: "Chiss, chiss, trapero; aquí, trapero, chiss", que era lo que hacía siempre la horripilante sexagenaria cuando ya el carro superaba la fachada de su casa. Esa mañana, la suerte del amo del negocio (¡) habría consistido, simplemente, en comprobar que la tal devota llevaba muy adelantada la sordera. Ahora, calle abajo, seguía escuchando aquello de "¡Trapero, sinvergüenza, párate!", pero eso lo afirmaba más en la liberación que le suponía semejante espantada. Y canturreaba, seguido por el incondicional "Vaselina", que de vez en cuando aleteaba las orejas contra las moscas, y cuya tenacidad podía resultar más soportable que el estúpido y anodino palique de algunas mujeres cuando su número alcanzaba casi la media docena.

—¡Es que no conoces la vergüenza, trapero! ¡Ya volverás por aquí, ya!

—¡Hala, hala, márchate, márchate! ¡Ya volverás por aquí, tarambana!

El invocado ni se volvía, dejándose atrás aquel pintoresco zipizape de frustraciones. Prestar oídos a mujeres tan insustanciales no entraba siempre en sus cálculos, aun con deterioro de su economía. Se iba lejos, lo más lejos posible y con la mesiánica convicción de haberse puesto en marcha en el momento justo, impulsado por sabia premonición. Se iba fumando un nauseabundo cigarro de hebra, un tabaco del cupo de otros que cambiaba a veces a ciertas amas de casa según consenso de toma y daca, cambalache sin más milagros... y ya tan corriente. Cosa seria y expeditiva. Cincuenta metros o así más adelante ya charlaba unos minutos con el talabartero, mientras "Vaselina" había hecho el alto acostumbrado ante el bar Ideal. Esperó allí a su amo, que entraría pronto a tomarse litúrgicamente el tercer vaso de tinto de aquella jornada... y con la gorra en la mano izquierda. No había gente a esa hora en la lustrosa barra, y el trapero —que quizá ya habría olvidado su consternación— abandonaba poco después el establecimiento. (Se cruzaba, todo podía ser, con el aprendiz del dicho talabartero, que llevaba el periódico a don Miguel. Don Miguel —muy amigo y cliente de aquel taller como propietario de un par de caballos que era, y de un par de mulos— nunca compraba el diario, leía el ejemplar que mercaba diariamente el artesano de las albardillas, cinchas, anteojeras y demás implementos, cuyo pertinaz y característico olor viajaba ya en las ocho páginas del ejemplar en la consensuada traslación. Con alguna frecuencia, además, el criado del señorito entraba en el taller para otro tipo de necesidad. Al carecer el amo de dinero contante y sonante en un momento dado quizá por depender de cierto alquiler urbano que se retrasaba—, su enviado se acercaba a pedir al artesano dos o tres pesetas por un rato, tal vez hasta el día siguiente, un dinero que era devuelto tan pronto había liquidez en la casona. Aquella deuda pasajera con el bueno del talabartero podía saldarse también en cuanto don Miguel enviaba nota manuscrita al director del banco. Ese dinero y más era el que, metido en un sobre, podía descubrir la servidumbre al amanecer y colocado encima del velador de vestíbulo).

A eso de las once de la mañana, el carro de Çeit ya bajaba hasta la Plaza de la Nueva España, plaza amenizada por unas cuantas acacias en sus terrosos y resecos alcorques. La cruzaba y, con el freno a mano —¡qué alegre "Vaselina" cuesta abajo!—, tomaba la embocadura de la calle del Mar, antes de Alfono XIII. Al acometerla, y algo más tarde de lo acostumbrado para el Miau Salomón, el trapero lo saludaba con un ademán mientras musitaba aquello de "Hasta la vista", que era añadidura que practicaba para con los vecinos suyos de calle en la barriada común. Una coda que ni siquiera tenía por qué oír el saludado. En la pescadería, pegada al torreón de la abadía, quedaban restos de la acostumbrada jerigonza que en el enrejado recinto se daba con la bulliciosa y radiante llegada del pescado... tres o cuatro horas antes. Un galimatías cuya clave poseían las amas de casa, elementos sustanciales del animado bullicio a coro con las vendedoras, ternes unas e incursas

otras en el regateo acostumbrado, crisis que podía salvarse con el goteo de algo de morralla sobre la aguanosa pesada.

Al pintoresco trapero Abú ni se le ocurría pregonarse por las calles altas de la ciudad. ¿Para qué? Solamente lo hacía al inicio y al final de ellas, y no con mucho ardor, porque en las casas de los pudientes pocos desperdicios había: la ropa muy usada se daba al asilo o a cualquier grupo de caridad... La patente comparecencia de Abú en los trayectos callejeros lo dispensaba del pregón, y porque, si lo emitía, se afirmaba en su para él arrastrada dedicación. "¡Pues vaya oficio!", masticaba para su coleto, y que pregonaran el estañador, el paragüero y también el sibilante afilador, más forastero que nadie. O aquella cuantiosa mujer andante que iba de puerta en puerta para comprar lana de los colchones, y que se movía cargada con su enorme talega, poco a poco colmándose del dicho género. (En aquel asunto, pensaba Çeit, algunas casas, vendida ya toda o parte de su lana, volvían a las secas hojas de maíz o farfolla... hasta que vinieran tiempos más prósperos. Había que comer, y vender aquella lana suponía un cierto desahogo). Al trapero Çeit era cierto que aquella ocupación le proporcionaba más distracción que otra cosa, si echaba cuentas. Las mismas que no le salían alguna que otra mañana, cuando las tremebundas mujeres sin mucho seso se enrollaban sin solución de continuidad, dale que te pego, ahora sí, ahora no, y tal vez... Pero tampoco tenía ganas de analizar el asunto con mayor profundidad. Se sabía vivo y comiendo caliente al mediodía con la mujer y las dos hijas, Paquita y Vicenta, las cuales, además de tejer redes, algunos días preparaban sus frugales viandas y su mejor cautela para salir al estraperlo. Al trapero Abú no le faltaba la peseta para regocijo del gaznate en sus rondas o caminatas urbanas, y fuera del núcleo poblacional de vez en cuando, aunque para ese recorrido tenía el reconfortante chisguete de la bota bien llena. La taberna, el bar, también el tabernucho del túnel, marcaban sus pautas báquicas, que a veces se amenizaban con altramuces en salmuera, aceitunas maceradas o habas hervidas. Repostar en esos benditos altos dotaba a su cansado corazón de un poco más de energía, o le conservaba casi intacta la testarudez que regía en sus actitudes más rebeldes.

—¡Traperooo! —se le escapaba en cualquier momento, modificada su voz, para mal, por la ferocidad del homicida tabaco que fumaba, pero que aún no provenía de las colillas callejeras a las que otros tenían que someterse. Vivía él acechado por el riesgo de los desaires que cualquier cretina pudiera infligirle al minusvalorar la entidad del objeto que entregaba en el intercambio: sin argumentos objetivos ni la menor prudencia, ésta o aquélla sobrevaloraban restos, desperdicios y retales que entregaban, exhibiendo un empecinamiento cercano a la neurastenia más gráfica. Y se exigían correspondencias a todas vistas desproporcionadas. "¡Si al menos vinieras con medio kilo de cobre, tía loca...!", canturreaba para sí con la comatosa colilla entre los envinados labios, los ojos achicados y socarrones. (Pitágoras hubiera dado algo valioso por poder entrar en el pensamiento de Çeit, al que sabía inteligente,

agudo y observador. Aquella ironía asesina que a veces destilaba el trapero —y según el lugar y ante quién— casi describía el caudal de inteligencia que poseía aquel ser. Un ente que se mantenía prudentemente alejado de confrontaciones ideológicas —eso era elocuentemente visible, y de prudencia— porque la presión ambiental en esa materia no llegaba a exigirle la exhibición de su pensamiento. Un pensamiento, con seguridad, de consistencias demoledoras..."¡Qué lástima", se decía Pitágoras).

Su estima por nosotros y el taller —que era, para su sosegada andadura, la pauta inicial en la anchurosa y larga calle principal— venía de tiempos atrás, de siempre para los jóvenes de la casa. Allí echaba un cigarro de papel con el maestro botero, inclinados ambos a sesudos comentarios de la actualidad local... y genéricamente del mundo. Al-Actar mantenía con Çeit una amistad antigua, de los primeros años de establecerse él en la ciudad, allá por el año treinta. Le agradaba ese contacto con quien callejeaba a diario, con quien sabía de cosas y de personas, porque lo del artesano era un enclaustramiento laboral sin ningún tipo de autoconcesión, ni aquélla de asomarse al bar para un café tras la comida del mediodía. Que eso tocaba únicamente los domingos y tal vez algún festivo. De modo que esa charla con el trapero mientras fumaban —el de las botas y los odres no perdía puntada sobre el cuero— le servía de distracción y podía ser que de noticiero local. Además, cualquier problemilla que Çeit tuviera con su bota —el entrañable amorío del trapero, y de tantos obreros en el tajo—, lo solucionaba el maestro en unos instantes. (Podía tratarse del remiendo más corriente en las botas. Consistía éste en la flojedad que afectaría a la atadura del brocal —de asta de toro— a la empegada piel. Con el uso continuado de la borracha —así se llamaba a la bota en algunas provincias de España—, la presión de la mano que sujetaba el extremo de la boca terminaba por reblandecer la pez cruda que rodeaba las acanaladuras de la espita, y, en consecuencia, se producían molestos goteos de vino al empinar la bota para beber. El botero desataba y sacaba el brocal, removía la pez residual que rodeaba su parte acanalada, la sustituía por nueva y amarraba con el hilo de cáñamo de cinco o seis cabos. Tendrían que pasar tres o cuatro años más para que la flojedad remediada se volviera a producir).

El risueño trapero confesaba impúdicamente que él podría dormirse mientras bebía de la bota. Y la misma cosa decían marineros, albañiles y aparceros y todo el mundo laboral. Coincidían en la satisfacción de recibir el chorro o chisguete directamente en la epiglotis, con mucha o poca presión. Engullido así el vino, podía ser que eliminara de sus gargantas las asperezas e irritaciones producidas por el tabaco, y aún más en los hombres que trabajaban el cáñamo. (Algunos hiladores, y bien de mañana, bebían absenta o anís seco en los bares para luchar contra sus agobiantes y continuos carraspeos). Respecto a la bota, los fervientes defensores de ella, frente al uso de la botella, exponían que ésta siempre tenía el mismo volumen, tanto si llena como si vacía, al igual que un porrón. "Y, además, puede romperse con cualquier golpe que se le dé, tanto a bordo como en cualquier lugar de la obra. La bota sí

que no. La bota, nunca. ¿Es verdad o no?" También de los odres se cantaban sus muchas ventajas. Porque el vinatero se iba a El Pinoso y también a Monóvar desde Altea, Calpe o Callosa con el carro y los pellejos de vino vacíos. Le ocupaban poquísimo espacio en la ida, junto a las algarrobas y la paja para los mulos. Y podía llevarse a esa ruta algunos productos del campo, también pescado, para comerciar en los pueblos donde iba por vino. En demérito de sus prestaciones como envases estaba la contrariedad de que, una vez llenos de vino, quien los manejara con poca experiencia podía caerse con su odre al hombro. Pero eso sólo se daba cuando el vino en su interior disponía de espacio libre para moverse por no haberse ajustado el contenido al volumen o capacidad. Y nada más. Ocurría lo mismo con las pieles del aceite cuando el mozo o el aparcero carecían de esa digamos picardía.

Cualquier orificio u horado en el cuero de la bota, pequeño por lo general, se solucionaba mediante la imposición de una mínima botana. Tratándose de odres empegados, un desgarro en la piel era remendado por el botero en bien poco tiempo, siempre que hubiera botana de diámetro o anchura suficiente. Si no, se cerraba el boquete mediante una costura, algo más trabajoso. Algunos comerciantes de los pueblos referidos, si detenían sus carros ante taller a la ida, mayormente lo hacían porque algún que otro odre requería un arreglo. Pero también paraban allí algunas mañanas para almorzar en el taller y en nuestro patio con los colegas de los pueblos, intercambiar impresiones o simplemente saludarse. Era muy familiar, y distraído, verles con sus viandas —pan y tocino salado, pescado frito, un tomate partido y la invernal naranja del postre—, dados a jocosas alusiones en reciprocidad y con aquellas caudalosas risas e ininteligibles picardías de hombres en ruta —andariega en muchos tramos— por las aún primitivas carreteras y caminos vecinales. Algo similar tendría que suceder en las ventas o los hostales del trayecto. Aquellos comerciantes, muy dispuestos y bragados, mercaban el vino al por mayor para venderlo al detall o por menor en sus pueblerinos comercios y tiendas... por litros y medios litros. Y a cuartos de litro. Eran sus mujeres o las hijas quienes atendían estas sosegadas vinaterías de pueblo, sin ser extraño que sirvieran algún vaso del morapio a caminantes. También a los mendigos ocasionales en su doliente retorno al pueblo en donde nacieron y que, debido a la catástrofe de la guerra civil, seguían trabajándose un patético y quizá esperanzado retorno... (De ese logro del transeúnte mendicante al tomarse un vaso de vino provenía el conflicto —tan aprovechable— que se planteaban... los católicos. Su tesis consistía en poner en tela de juicio la conveniencia o no de dar limosna monetaria a ciertos pobres, concretamente a ésos que luego eran sorprendidos tomándose un vaso de vino. "Para eso quieren la limosna —exclamaban los dadivosos—, para gastársela en vino!" Así, y a la vez que se rasgaban las vestiduras, alcanzaban un argumento católicamente válido... para no soltar ya ni una perra en ese tipo de caridad. ¡Claro, había que cortar por lo sano, privar a aquella jauría del derecho a un vaso de vino..., producto, por otra parte, tan bíblico!).

DE APAÑOS Y REMIENDOS EN LA CORAMBRE

—Botero, ¿tienes botana para este roto? —preguntaba el carretero al mostrar el desgarro que sufría el envinado pellejo que exhibía, y que nos recordaba el aroma de los toneles y cubas de las bienaventuradas bodegas y vinaterías. Por aquel corte asomaba la negrísima, brillante y bienolorada pez —.Porque, si no —proseguía el vinatero— tendrás que echarle costura, ¿o no?

Ese mismo odre volvería pocos meses después, tal vez un año, al obrador y de forma ya definitiva: no resistía más remiendos, penosamente "condecorado" por botanas grandes y pequeñas, y puede que con la ya consumada sustitución de una de sus "manos" por una botana considerable como parche... Retirado ya ese pellejo de la circulación, llegaba la a veces alborotada práctica del justiprecio: que si cincuenta pesetas por el cuero, que si treinta y cinco, cuarenta a lo máximo, en el tira y afloja de antiquísimas y proverbiales taraceas verbales. Los argumentos de las partes podían ser peregrinos y, sobre todo, resaltaba la expresa presunción del vendedor de que el botero tenía grandes ganancias al pagar los definitivos ocho duros por aquel empegado mapa de las heridas Un mapa al que se le seguía llamando corambre, y también boto, cuero o pellejo....

—Ya me figuro yo que de este pellejo vas a sacar tú cuatro o cinco botas...

—Es verdad, sí; cuatro o cinco... Pero de medio litro cada una, o menos —replicaba el botero, según el lamento que le tocaba, y no muy lejos de la correspondiente realidad. Y relataba cómo arreciaban los sinsabores con el odre viejo, sorteando desperdicios evidentes y recurriendo al agua caliente para su hilvanado. Luego venía la dificultosa costura, punto a punto y con el embreado hilo de cáñamo, como las labores complementarias y el material que exigían para culminar la casi legendaria bota originada en el odre viejo, endulzada su pez y suntuosamente histórica en el imaginario popular. Contenido en aquella clase de bota, incluso el llamado vino de agujas —irritador pertinaz de boca y garganta— sabía a gloria por el buen sabor que la pez vieja le comunicaba. Eso lo sabían bien los carreteros, como tradicionales expertos que eran en ello. "Cuando el arriero tira la bota —oíamos decir—, o sabe a pez o está rota". (En la parte trasera del taller siempre podía haber quedado un resto de pellejo de vino..., predestinado a la caldera de la pez nueva, que se beneficiaba del envinado de la vieja cuando la primera se ponía al fuego para mejorar su gusto. En cuanto llegaba la festividad de San Juan, indefectiblemente se organizaba

en nuestra barriada, como en otras de la población, una señalada hoguera. Era, lógicamente, un pobrísimo remedo de las de Alicante, y resultado directo, entusiasta y hacendoso de amontonar trastos viejos de las casas, muñecos de paja como espantapájaros... y todo aquello que podía arder y regalarnos a los vecinos con la magia del fuego. Esa especie de fiesta se daba la noche del 23 de junio..., y era ocasión, además, para que las niñas, las adolescentes y las mujeres en general —no importaba la edad en esa ocasión— cantaran y bailaran juntas evocando los ritmos y letras de siempre. Los chicos saltábamos sobre los restos de la hoguera cuando, sin ser ello peligroso, aún podía entrañar un cierto riesgo... Luego, y cuanto el fuego remitía y se iba apagando fatalmente, sobrevenía la natural melancolía. Aquello había representado el fulgor de la juventud, la eclosión de la vida, para luego mostrarnos a todos lo efímero de la existencia. Se consumía el festejo, caía hasta la previsible ceniza terminal. Sin embargo, alguna de esas vísperas de San Juan, le pedíamos a nuestro padre que nos entregara aquel odre viejo y rasgado, inútil para el trasiego del vino pero con buena carga de pez en su interior... Y terminaba por dejarlo a nuestra disposición. "De todas las maneras —avisaba con cierta tristeza—, la hoguera se ha de terminar igual." (Aquella verdad era sobrecogedora y motivo quizá de agria reflexión, y más que atendible por los humanos). Pero salíamos los chicos del taller con el combustible en las manos, exhibiendo, victoriosos, la viejísima corambre ante la aclamación de los vecinos, ya poco menos que soñolientos. Pero había que ver con qué resplandor y empecinada fuerza prendía el cuero embreado en las pequeñas y moribundas llamas. De él ascendía minutos después un fuego violento y respetable con el esplendor odorante de la vieja pez del cuero..., para, finalmente, reducirse a rescoldo inapelable sus torturados y retorcidos fragmentos, puramente carbonizados...

—¿Y cómo haces, botero, para que tampoco amargue la pez nueva? Porque no sólo le echas trozos de cuero viejo, de pez curada, ¿verdad?

Dirigida la capciosa pregunta al maestro, ¿por qué no iba a responder que "cada maestrico tiene su librico"? Pues eso. Le venía bien habérselo escuchado a don José Milán, aquel docto y recto profesor mío, tan querido en nuestra casa y tan admirado por tanta gente en la ciudad, sobre todo de la clase trabajadora. Aunque, claro es, Don José aplicaba el refrán, más que nada, a la docencia.

—No quieres decírmelo: ya veo.—Percutía el impertinente charlatán—. Pero yo me fijo mucho, una barbaridad, botero. Te he visto echar cebolla cruda a la pez de la caldera, y he visto cómo hierve y se encabrita esa brea del demonio puesta al fuego....

—Cebolla —admitía el botero— y lo que no es cebolla. Por eso se recrece, como si se hablara mal de ella. Se pone muy brava y sube como para saltar. Si eso ocurriera, podía ser un desastre de los grandes. Pero hay que sacarle los humos y

su amargor, la ruindad que puede transmitir a los sabores del vino. —Callaba a continuación unos instantes y luego decía: " Una vez...”

Y era cuando contaba —como si estuviera viendo aquello que no presenció— el fatal accidente que un bisabuelo suyo sufrió un día con la pez, que se le derramó en avalancha sobre el fuego de la caldera grande. No pudo el hombre contener la volcánica rebelión de la resina hirviendo sobre las llamas. Y, para mayor desgracia, e inexplicablemente, aquel hombre no había preparado los capazos de tierra junto a la caldera por si acaso se descontrolaba la pez... Se le quemó el taller, todo, ardió su vivienda, toda, y él perdió todo su cabello y el vello corporal, todo, en poco más de dos semanas. Después se moriría por causa de tan violenta impresión.

El recordatorio adquiría caracteres horripilantes en nuestra imaginación cuando, relatado una vez más, volvíamos a asociarlo a la crueldad percibida en cintas cinematográficas sobre las Cruzadas y la sangrienta lucha —¡porque Dios lo quería!— desarrollada en baluartes y fortalezas de mil años antes, en donde los despavoridos asaltantes se retorcían en aullidos de dolor al quedar impregnados por la pegajosa pez hirviendo, vertida sin compasión desde almenas y torreones. (Aquella muerte debía ser como una anticipación inocente de las penalidades eternas que monjes y sacerdotes nos predicaban del infierno en púlpitos poderosos y relampagueantes, y siempre desde la estudiada penumbra de iglesias y ermitorios, con el temblor sinuoso y crepitante de los pabilos en llama. Eran amenazas redentoras que insistían en la salvación del alma por la práctica tenaz de las virtudes, desplazada a la otra vida la felicidad humana de... algunos, siempre la gente pobre. En aquellos instantes de la prédica represora, nos parecía que el apabullante tridente de Neptuno —sólo sería una comparación— acuciaba nuestra condición de pecadores imponiéndonos el temor, la tristeza suprema y el acatamiento, que eran, al parecer, nuestros únicos derechos en vida. No obstante aquel repertorio de fondo, las penas alcanzaban desmesurada intensidad en tocando al consabido asunto de los goces carnales, presentes siempre bajo la socorrida expresión de "yacimiento carnal", desde luego. La gente comparecía contrita ante el discurso local de la Iglesia —tan universal—, pero era evidente que, ya acostumbrado el personal a fragor tan insistente, cruel y desgarrado, casi siempre reaccionaba como quien oye llover. Los señalados como pecadores escenificaban mejor que bien su papel de rebaño. Se mostraban compungidamente contritos y fieles a las directrices del pastor de turno en época tan restrictiva y contraria a los imperiosos dictados de la Naturaleza).

—Mire: la Naturaleza es muy sabia, muchísimo; pero en el Hombre puede ser caprichosa y desordenada, ¿verdad? Por eso digo —cerraba don Agustín, que no pasó de seminarista—, que siempre es bueno un poco de control y de orden. ¿De acuerdo?

—¿Orden jónico o corintio?

—¡Qué falta de respeto! ¡Qué desorden!

Con el agobiante y consabido asunto de las apetencias carnales, se traía uno a colación lo del día aquel en que Al-Actar se tropezó con el bote sospechoso, aquel bote metálico de conserva. Recogía el botero unas cerrajas para la ensalada, cuando sintió que la azadilla —la de extraer arcilla en los ribazos y después en el río— desenterraba una pequeña lata cilíndrica sin abrir. Brutalmente oxidada y con adherencias minerales tenaces, se vino el bote a casa con él y en compañía de las hierbas colectadas, esa mañana menores y como en apresurada recolección. Enseguida —pero por poco tiempo— se puso a darle vueltas al hermético envase mientras que lo observaba con grande e intrigado cuidado. Era, quizá, la supuesta atención que pone alguien sobre un objeto cuando cree haberse tropezado con un tesoro. Buscó inmediatamente el remoto abrelatas, teniendo que recurrir —por no encontrarlo, tan lamentablemente en desuso— a las tijeras de cortar el cuero. Usando como punzón la hoja más aguda, obtuvo un orificio alentador. Y luego lo fue ensanchando cuanto pudo hasta extenderlo a casi todo el perímetro. Para entonces, los demás, nosotros, ya andábamos mirando más de cerca y con preguntas.

—¿Qué hay ahí dentro?

(Era lo mínimo que podíamos preguntar... para aparentar cierto interés).

Se trataba de carne en una especie de gelatinosa salsa marrón, carne enlatada Dios sabía cuándo y dónde, pero que olía lo bastante bien como para hacérnosla apetecible (¡). Supuso su descubridor —y así lo manifestó a quien quiso oírle y seguir mirando aquello— que sería parte de la ración diaria de un soldado italiano de la tristemente famosa **Divizione Littorio**, la que anduvo por la ciudad a finales de marzo del 39 mezclada con metálicos y agresivos falangistas, acabada ya la guerra civil. ¡Pues tampoco hacía tanto tiempo!, según tan interesado y animoso cómputo. El comentario podía ser el ilusionado autoconvencimiento del que ya se moría de ganas por catar aquella comida, cosa necesariamente inducida no sólo por el apetito, sino también por la ausencia casi total de manjar como aquel y durante tantísimos meses. Carne en conserva. (Unos cuantos años después, y en uno de los huecos del muro de piedra seca cercano a las bocas del refugio, uno de los compañeros nuestros encontraría algo muy íntimo y sustancialmente melancólico: el diminuto santuario de una placa de identificación, metálica, levemente oxidada aunque con su articulación intacta. Era como una sacra ventanita cerrada dentro de la cual estaban caligráficamente reseñados el nombre y los restantes datos identitarios de un soldado italiano...).

Indefectiblemente, si Al-Actar bajaba nuevamente a las terrazas de limoneros, que morían ante la boca grande del refugio, tenía él que rastrear el terreno con el almocafre o azadilla por si se le presentaba un nuevo regalo cárnico enlatado. El tiempo había conservado bien el interior. Cierta nostalgia gástrica le producía

respetables insalivaciones, que él mismo comentaba. (Se le habrían olvidado ya, seguramente, aquellos casi diez años en que estuvo España sin carne en la dieta de los humildes..., hasta que la república Argentina comenzó a enviar de ese producto, así como barcos de trigo. Al-Actar comentaba, como algo sobrenatural o parecido, que alguien había leído que en el país del Plata a veces las locomotoras eran movidas con trigo excedente por combustible... ¡Qué barbaridad!). Echaba muy de menos el botero una ocasión razonable de subir a su lugar natal, Muro del Alcoy, donde estaban sus raíces... y un opulento, rollizo y bien plantado cuñado carnicero, cortante o tablajero de toda la vida. De aquel establecimiento, y merced a la ampulosa generosidad de su no menos rolliza hermana, nuestra bella tía, el maestro botero recibía una exquisita variedad de productos cárnicos cada vez que subía al matadero de Alcoy y se acercaba a Muro, aunque no le afectaba extremadamente la nostalgia de haber nacido allí, donde viviera hasta el año 31. Había manifestado algunas veces con meridiana claridad —ya endurecido por la lucha para sobrevivir—que él era del lugar donde había trabajo del suyo.

El prodigioso episodio del descubrimiento de la carne enlatada jamás se divulgó, quedó en casa. Si arracimó comentarios jocosos en el dominio doméstico, también produjo algo similar a una lección ocasional —tan económica y socorrida, y no necesariamente fútil: las personas (los seres humanos, desde luego) tenían que intentarlo todo sin despreciar los recursos que la necesidad promueve. Mostrar aprensión ante ciertos alimentos, avergonzarse de los pintorescos remiendos en las prendas de vestir, o indumentaria, o sonrojarse ante determinadas oportunidades —no de servilismo, por supuesto— suponían un proceder propio de memos. Porque los ascos melindrosos podían convertir la necesidad en miseria. De ahí que habría que aprovechar cualquier medio de subsistencia a nuestro alcance... y siempre que no resultara lesivo para el prójimo. No se trataba de ser pedigüeños o aprovechados, sino de sacar utilidad a las oportunidades posibles.

—A la ocasión —se empeñaban algunas personas mayores— la pintan calva.

—¿Y por qué razón la pintan así?

—¡Ay!, eso sí que no lo sé. Pero así la pintan.

"Eso sí que no" sonaba a refuerzo definitivo y sin apelación. Sonaba a negación emitida por alguien con autoridad para ello. Había un "no" presuntamente apelable, soluble en la insistencia y susceptible, por tanto, de convertirse en "sí"; pero el "sí que no" descartaba cualquier horizonte concesivo. Ese énfasis —tan enérgico como un precinto de plomo— anulaba la disponibilidad del objeto pedido o el permiso para practicar cualquier acto.

Nuestra relación habitual con grandes y chicos no discurría por ese terreno. Se ignoraba incluso si había que indagar el origen de las expresiones; y, en lo tocante al significado de los refranes —de los cuales se hacían lenguas los adultos por la

verdad que veían en sus contenidos—, tampoco hacía falta pensarlos gran cosa. Aquellos que no enunciaban simples obviedades —eso, la gran mayoría— tampoco entrañaban la confusión requerida para ser percibidos como misteriosos o intensamente proféticos. Cuando un tiempo después don José disertó —porque podía— sobre la calvicie de la diosa Ocasión, explicó lo de "cogerla por los pelos". Fue cuando supimos que habían sido los romanos —siempre los romanos, los extranjeros— quienes la pintaron hermosa, bellísima, pero calva... por detrás de la cabeza. La belleza, según ellos, si no se aprovechaba de inmediato, pasaba y quedaba en restos despreciables... Ésa era la advertencia de algunos pensadores romanos.

—¿Los romanos de los acueductos de Segovia?

—No de los acueductos, del acueducto: del, del —te corregían.

—¡Ah, del! ¡Contracción de la preposición "de" y el artículo "el".

—¿Y qué cosa será una contracción...?

—¡Eso sí que no lo sé!

—¡Pues anda que yo!

LA RAMPANTE CHIQUILLERÍA

Alguna que otra tarde podía uno entrar con el amigo ocasional, o poco más, en la casa de éste. Esperándole allí su merienda —¡qué suculenta la merienda de los demás!—, no era extraño que la madre del chico, o la hermana mayor, te ofrecieran un tanto igual, o parecido, y con la mejor voluntad. Ocurría esto en los largos minutos empleados en dejar el libro con el cuaderno, la goma de borrar y el lápiz... para coger el pan y chocolate y salir pitando. La fugacidad del embarazoso encuentro —para mí— ayudaba a paliar el sofoco de rehusar en aquella casa la hermosa ocasión de un yantar inesperado.

—Tómalo —te ofrecían —.¿ O prefieres pan con queso?

—No, no, digo sí. Pero no; muchas gracias.

—No te dé vergüenza —insistían, la atractiva tableta de chocolate en una mano.

—Si es que yo ya he merendado... —renunciábamos, rozando ya la puerta vidriera de la calle, igual que si nuestro alimento definitivo esperara allá fuera, que así era en cierto modo.

En otro escenario, y aplicados sus componentes del barrio a las enrejadas y tupidas ventanas de la fábrica vecinal de chocolate —y qué olor a algarrobas llegando de su interior—, la chiquillería escolar jamás se apeaba definitivamente de la posibilidad de que una mano repartiera recortes o piezas de la vaporosa pasta de chocolate tras obviarse una tela metálica que pretendíamos dócilmente articulada o abatible. A su través, qué aromas en el cálido aire que la pequeña factoría exhalaba al atardecer, mientras los rostros infantiles —de varones como de hembras— se aplastaban contra la red metálica, que les cuadriculaba la gélida piel de la nariz. De vez en cuando, y seguros de que los nebulosos obreros y obreras del chocolate terminarían por tener un gesto conmiserativo, la grey infantil repetía en coro desgarrado su cantinela de todos los días: "¿Nos da chocolateee?" La maquinaria de la fábrica sostenía muy eficazmente el recorrido sinfín de las correas de transmisión para el adecuado sistema de poleas, ruedas, engranajes y cilindros. Su dinámica fabril y la destreza manual de los trabajadores convertían en un manjar muy cercano las materias primas de que se disponía, muy parecido seguramente a la ambrosía con que se regalaban los dioses y demiurgos de la munificiente mitología clásica. Pero nunca nadie respondía al furor petitorio de la niñez aquella, que, sin chocola-

te ni nada parecido, se precipitaba hacia la adolescencia más inminente y aleatoria en todos los sentidos.

Al anochecer, hombres y mujeres de la fabriquilla —vinculados a su producción como si fueran familiares de los dueños pero sin sus privilegios, que tampoco eran grandes— brotaban de su puerta de doble hoja a la calle sin que se nos ocurriera ni un remedo de interpelación petitoria; además, salían todos disparados hacia sus respectivos hogares como liberados del enclaustramiento ruidoso de la jornada laboral, y seguramente curados de la apetencia por el portentoso y tibio chocolate. (En ese punto, la chiquillería podía definirles como gente muy afortunada al disponer de la vasta oportunidad diaria de ingerir aquel alimento, el cual, y, por su constante inaccesibilidad, recibía el tratamiento de golosina). Liberados de su indumentaria obrera, no era fácil identificarles con las vaporosas siluetas humanas que veíamos moverse y manipular por entre el vaho de la elaboración y bajo la mustia iluminación eléctrica de la fábrica. Percibidos una hora antes a través del cedazo o garbillo de las cuatro ventanas, nos parecian personas diferentes. Y, en la calle, el aroma de chocolate que aún impregnaba sus cuerpos hacía que aceptáramos que se trataba del mismo personal, los obreros y obreras que allí trabajaban las materias entonces básicas de tan evocado sucedáneo. Y cualquier otra anochecida nos sucedería lo mismo al toparnos con ellos fuera del misterioso e idealizado complejo chocolatero.

* * *

Al trote ligero en dirección al territorio concertado para ocupar la apetecida inmensidad de la tarde —propiedad en usufructo de nuestra despierta y vehemente imaginación—, de la merienda del compañero aceptábamos un cacho de su reducida ración de chocolate, o de membrillo, que nos pasaba sin articular palabra ni reducir la intensidad de la cabalgada. Dejábamos atrás su calle —no lejana de la nuestra aunque transversal— con la contenida ansiedad de encetar nuevamente la vastedad terrenal en donde ya esperaba la mayor parte del grupo. Allá no estábamos solos: diversas y variopintas tribus compartían la zona... sin colisiones importantes entre ellas, posiblemente porque reinaba el sentimiento común de disfrutar unas cuantas horas de un privilegio sin mermas o peajes y lo bastante generoso como para no echarlo a perder con enfrentamientos estúpidos. Los allí presentes nos aglomerábamos en áreas separadas prudencialmente y como cohesionadas por las inclinaciones lúdicas más habituales de cada uno, así como por lo común de la edad de sus componentes. Unos jugaban al escondite, aprovechándose del amparo de algún que otro herbazal, protuberancia topográfica, o de los tres o cuatro almendros que resistían en lo que un día fuera un labrantío de notoria feracidad. Para esconderse eficazmente, también estaban los restos de un muro de

mampostería que, por antiguo, lucía derruido y con desprendimientos causados por viandantes que, no queriendo dar rodeos, habían practicado en él un derribo continuado y metódico en el transcurso de unos pocos años. Los muchachos de un poco más allá, recoletos y algo más sedentarios, se entretenían metiendo bolas en los hoyos practicados en el suelo que un día había sido un labrantío, mientras que los demás se deslizaban hacia el talud recayente a las misteriosas bocas de los refugios y con ánimo evidente de programarse para batallas claramente inevitables. Solían éstos moverse como al dictado de la última película aventurera que habían visto, igual que estarían haciendo otros chicos, guerreros inducidos y vociferantes, en las distintas barriadas de la ciudad: la Playa, el Barrio Nuevo, San Antonio, la Huerta..., allí dondequiera que la dotación poblacional diera número bastante de piratas, indios de cualquier tribu o cristianos y mahometanos al uso.

En la pantalla del cine se daban guerras a campo abierto y asedios a castillos y murallas, confrontaciones navales a cañonazos, expediciones de cruzados y encarnizadas luchas entre todos los séptimos de caballería y los alborotadores apaches, mayormente. De modo que todo ese fragor modificaba el ritmo respiratorio de los entusiastas y vehementes espectadores de la cinta. En aquellos momentos quizá se notara que los espectadores de nuestra edad ya esperaban, ansiosos, que llegara el nuevo día para armarse atropelladamente hasta los dientes. Lo observado en la pantalla tenía que ponerse en escena cuanto antes, urgentemente y en un trepidante mimetismo. (Visto... y no visto en el cine, porque eran demasiadas las veces en que la luz eléctrica se iba o desmayaba, interrumpiéndose la proyección y emergiendo, en consecuencia feroz, un griterío espantosamente humano, poco menos que infernal, y que, procedente del abigarrado "gallinero", se vertía sobre las localidades del patio de butacas con furia sobrecogedora. Semejante furor en la protesta escenificaba la explosión de las calladas amarguras debidas a las diarias mediocridades, mostrándose con qué rabia podía el pueblo abandonar, en un momento dado, su actitud de resignado rebaño ante las contumaces estafas que se daban en nuestro país. En ocasiones como aquélla podía desaparecer parte de la sumisión popular, y la gente, perdido su autocontrol —que no era más que miedo a las autoridades—, se expresaba en cuantiosa y ácida insurgencia. Era la queja puntiaguda y beligerante de los tantas veces reprimidos y reducidos al orden. Por eso algunos se ponían de pie tratando de medir con precisión la magnitud de la convulsa y atropellada rebelión..., que cesaba, y allí no había pasado nada, en cuanto volvía la luz eléctrica.

En la entusiasta imitación de los encuentros bélicos en nuestro territorio, los contendientes lo tenían todo previsto. Si no, ¿cómo se explicaría lo pronto que se hallaban perfectamente pertrechados de armas para las adecuadas refriegas? Ya andaba todo el mundo con cañas y palos, con latas y cartones —los que se salvaban, no se sabía cómo, de los trueques domésticos con el trapero—, tapaderas metálicas

de cacharros... y espadas vegetales arrancadas a cualquier olivo del hondo bancal frente al refugio... Si el film de referencia y de inducción había sido de los de Tom Tyler o Ken Maynard, gran parte del terreno disponible registraba delirantes galopadas de ilusionados centauros que, con lamentables pistolas imaginadas en pellas de yeso o fragmentos de teja plana, se perseguían espoleados por sí mismos mientras disparaban secos y tenaces proyectiles de voz más o menos ronca. Y claro que ocurría lo de siempre, antes o después: como ningún jinete admitía haber sido alcanzado por las balas contrarias —y mucho menos se admitía estar ya muerto—, algunos terminaban por darse de baja, muy enfurruñados, con aquello tan socorrido del "Así no vale; yo no juego". Era un inapelable conato de renuncia que llegaba a solidificar si no se conseguía un juego objetivamente limpio.

—¡Tú estás muerto! ¡No digas que no porque te he matado yo, tramposo, liante!

—Noseñor: me ha matado Alejo — replicaba el otro con la faz muy polvorienta a la vez que sudorosa.

—¡Pues entonces...! ¿Estás muerto o no estás muerto? ¡Yo así no juego!

Poco después, los estafados habían dejado de protestar y sus contrarios los acompañaban en la sentada, congestionados los rostros y jadeantes todos los individuos. Maquinalmente, y con sus desactivados revólveres, iban dibujando en el suelo trazos informales, seguramente para reorientarse, elaborar argumentos en su propio favor... y ver si todavía era posible alcanzar el consenso que los lanzara a la cinematográfica aventura de vaqueros honestos contra los absolutamente necesarios ladrones de caballos, que eran los llamados abigeos, según Fidel Prado y Marcial Lafuente Estefanía. Ajenos al crecimiento de las sombras y al parpadeo balbuciente de las estrellas más en sazón, nos llegaba el aromado frescor de los sembrados del linde, los ojos ya muy hechos a las cosas de nuestro entorno. Y también el perfume vivificador, por culinario, de ciertas chimeneas campesinas de las proximidades. Entre el apretado ramerío más inmediato, perforando frondas algo más alejadas y oscuras, recibíamos los ligeros destellos de las ventanas y patios anticipadamente nocturnos. Y era que sobrevenía la noche, apaciguado y frío el efluvio vespertino del chocolate, a tan sólo unos pasos de la chiquillería las rejas de la fábrica. ¿Dónde estaría entonces todo el chocolate que se había fabricado aquella misma tarde?

—Está en el subterráneo, bajo tierra. Está muy cerca de la pared del final del refugio... —decía uno como si acabara de inventarse otra mentira.

—¡Eso no puede ser! ¿Y qué hace allí? —Lo preguntaba, incrédulo, quien no se olvidaba de las portentosas deposiciones que había que sortear para ingresar en la galería... al final de la cual se afirmaba ahora que ¡estaba el chocolate! ¿El chocolate allí? ¿Cómo que el chocolate estaba allí?

—Allí está en la cámara, donde se termina ese brazo. Se seca allí y se pone duro y brillante, al lado de los grandísimos sacos de la harina.

Ignacio apoyaba el contenido de aquella confidencia, sumándole más precisiones.

—Lo sabemos —decía— porque lo vimos todo, todo, aquella tarde con Alejo y Vicente y no recuerdo quién más...

—¿Y cómo lo visteis?

—Eso pregunto yo también. ¿Y cuándo? — preguntaba, acusador y casi molesto, aquel que se curaba con su propia saliva una especie de rasguño en la pierna derecha.

—¿Por qué, cuándo, dónde, cómo? "Porque cuando donde como me sirven mal, me desespero" —respondía el de la voz cantante con la ironía que le suministraban don León Sanz Lodre y aquel artefacto léxico que eran sus libros gramaticales. Yo les recordaba aquello de la fogata atentatoria a la entrada del refugio, la gravísima situación que ya parecían haber olvidado algunos (¡). "¿Es que no recordáis de aquello del Shaitán y su Círculo...?"

—Bueno, sí. ¡Lo del círculo entero aquel! Yo sí que me acuerdo. ¡Mira tú si me acuerdo, que todavía lo sueño algunas veces! Sueño que me muero quemado. ¡Y me despierto sudando... y con temblores!

Unos cuantos de la pandilla recorríamos muchos días el oscuro y aireado subterráneo, adentrándonos en él con desenvoltura. Sobre todo después de dejados atrás los inmundos e indiscriminados excrementos que gente anónima se dejaba a unos metros de la entrada principal, según se dejaba atrás su boca. Íbamos impelidos aquellos días por el pase reciente de una cinta impresionante en la pantalla del Olympia. Recordándola al detalle, esas tardes nos agrupábamos en lo más profundo de la galería madre. Igual que en el film, portábamos sendos hachones encendidos —de estopas del taller mecánico implantadas en el extremo de un palo—, y nos poníamos a recitar solemnemente el conjuro aterrador: "El Círculo del Diablo está completo: el Shaitán está aquí". Lo repetíamos al tiempo que nuestras propias voces a coro nos causaban un cierto escalofrío... porque el conjuro nos recordaba los misteriosos encapuchados del film. La escena cinematográfica era fantasmagórica, y en ella se decidía la muerte violenta de alguien por consenso diabólico de aquellos personajes, que vestían caftanes negros y rojos, al parecer. Algunos no nos privábamos de emparentarlos con los criminales y siniestros encapuchados de la sociedad secreta del Ku-Klux-Klan, cuyas vestiduras eran absolutamente... blancas.

Una de aquellas tardes, pues, y al dirigirnos al refugio —sólo nos citábamos allí en los delirios aventureros vespertinos, incluso al anochecer—, Alejo nos comunicó que había ideado emsamblar, en el último recodo de la galería, lo que él denominaba "una trampa". Había allí una leve curva que la excavación tuvo que

introducir en su día, posiblemente por un obstáculo de rocas, o porque —caso muy corriente— se habían desviado los obreros de la ruta marcada, en su caso para alcanzar el patio del grupo escolar. El gigantón, y en solitario, se había procurado una chapa metálica, sobre todo. La tenía depositada en la bifurcación de los tramos de entrada, y desde allí la trasladó —nosotros le seguíamos en la operación— hasta la mencionada curva. En tardes sucesivas reuniría restos de vigas, alguna que otra rama de olivo de consistencia y cuantos fragmentos de soga encontró fisgoneando por los solares y descampados del entorno. Con nuestra colaboración —lograda a base de pescozones y otras gracias parecidas de su cosecha—, arrastramos todo ese material —los traperos a eso le llamaban "género", con ampulosidad redentora de su propia condición laboral, hasta concentrarlo en el punto estratégico concebido por el cerebro de compañero tan disparatado. Allí se articuló una plataforma aérea sobre la cual colocamos algunas piedras y cascotes. Aquella carga asesina se vendría abajo sobre los intrusos que tropezaran con la disimulada cuerda que, tendida a ras de suelo, iba a originar el desprendimiento que se buscaba. El artefacto no podía ser más criminal ni tampoco menos disparatado. "¡Qué barbaridad!", murmurábamos algunos en voz más bien queda.

—Avisaremos a todos los demás —decía Ignacio, preocupado—, no sea que alguno de los nuestros no lo sepa, se meta hasta aquí y le caiga todo encima, ¿no?

—¡Pues claro! ¿Qué te creías?

—¿A todos los demás? ¿Y quiénes son todos los demás? —protestaba Alejo.

—¡Pues los de la pandilla que ahora no están aquí!

—¡Ah! Porque si se avisa a todo el mundo... ¡ya no es una trampa!

Ya nos íbamos de allí cuando el propio Ignacio detectó algo nuevo en el rincón acuoso y brillante de una pared de cemento que había incrustada en el lateral izquierdo al término de la galería. Frontalmente, daba término a la misma un tabique de tenderete con ostensibles intersticios entre los ladrillos. Entraba algo de luz natural por las juntas. Me acerqué a tientas para mirar a su través. Y entonces me quedé muy intrigado ante lo que vi, porque creí que contemplaba un patio que me era familiar. Al minuto siguiente expliqué a los demás que estaba viendo un patio... conocido por todos nosotros. Y entonces también querían mirar. Dejaban la lucerna de aceite o el hachón en el suelo y se aupaban para alcanzar las grietas más generosas del tabique, que tenía la consistencia —entonces se advertía claramente— de provisional o de haberse levantado con cierta prisa.

—¡Es el patio del grupo escolar!

Sí, claro que era aquel patio. Hecha la vista a la filtrada luz de aquel exterior, no había dificultad en la confirmación: allí estaba la cisterna, bajo las escaleras que, al aire libre, llevaban a las aulas de la primera planta. Y, si uno se orientaba, a su derecha quedaba el pabellón que fuera el comedor, con sus amplios ventanales, y al que no se nos permitía acceder por haberse transformado ya en almacén de viejo

mobiliario escolar y de otros trastos. Algo que había pegado al tabique por la parte de fuera dificultaba la total percepción del patio. Podía ser la hiedra y también los geráneos de los tiestos que ornaban el ángulo formado por el tabique y la pared del aula de las niñas... Unos días después deduciríamos que el refugio subterráneo se debió acometer durante la guerra para comunicarlo con el patio, claro. Eso facilitaría el rápido ingreso en la galería de los alumnos y maestros cuando las sirenas avisaban de que los ruidosos hidroaviones —los llamados "zapatones"— venían a bombardear la ciudad, cosa que generalmente se producía cuando volvían de castigar a la capital alicantina.

Poco antes de abandonar aquel espionaje, el que consumía su turno observando decía que ¡acababa de ver al anciano conserje del grupo moviéndose por el patio! En aquellos momentos, muy excitados todos, nos sentíamos como autores de alguna maldad, culpables de haber dado con algo prohibido. Y luego, mientras decidíamos alejarnos del secreto aquel, nos conjurábamos para no revelarlo a nadie... ¡y menos aún el descubrimiento siguiente! Porque a través de la agrietada pared de la izquierda llegaba un intenso olor a chocolate. ¡De chocolate! Y no sólo de chocolate, porque, agudizando el olfato, se recibía un fuerte aroma que enseguida asociamos a la harina.

—¡Es la fábrica de chocolate! ¡La fábrica!

Efectivamente, la fábrica quedaba cerca; sus aromas, por lo menos. Aquel muro —¿alguien lo dudaba todavía?— nos separaba de la casi legendaria cámara subterránea que se sabía tenían las fábricas del chocolate, aquel obligado espacio donde dejaban enfriar y endurecer el producto. Su emplazamiento quizá lo señalaba la poderosa reja en el suelo del garaje, que veíamos alguna vez desde la calle cuando la camioneta ingresaba en él... ¿Llegaba el subterráneo de la fábrica a las proximidades del refugio? Todo podía ser. De momento, aquella memorable tarde nos íbamos de la galería madre con la doble posesión de lo descubierto, que no era poco. Y lo del chocolate nos haría imaginarnos la posibilidad de atacar aquella pared —como los clásicos presos que acababan por abrir un boquete en su mazmorra— para el intento de abrirnos paso... hasta el tesoro. ¡Era lo menos que se nos podía ocurrir, según la calenturienta condición de nuestro mediatizado cerebro!

Ya más serenos, nos disponíamos a salir de allí. Pero segundos después, y entusiasmados con novedades tan crípticas, algo externo e indeseable penetraba por la galería principal y nos llegaba de pronto. Intuimos enseguida que estábamos en peligro. Los sucesos se encadenaban. Los buenos con los malos. Y como si la realidad o su irreductible remanente tuviera el cometido de echar abajo la colorida cometa de las ilusiones, un humo espeso y nauseabundo, repentinamente inmediato y asfixiante, nos traía un mensaje de promiscuos materiales en combustión. Enseguida

veíamos cuán peligroso sería quedarnos allí y sin hacer nada práctico frente a la criminal inminencia de algo más que brutal.

—¡Vámonos, vámonos!

Dando tumbos de un lado a otro del subterráneo, a tientas y sin iluminación ya, nos atropellábamos unos a otros, aunque lograríamos llegar al sitio donde unas manos frívolamente irresponsables habían emplazado la furibunda hoguera de hierbajos, palitroques... y ¡estopa de los desperdicios grasos del taller mecánico! Tosíamos con estrépito y respirábamos con mucha dificultad, y sólo nos quedaba la decisión de saltar por sobre las llamas de modo especialmente inteligente y contenido, o rebotar en la pared de enfrente y caer sobre el fuego. Porque la hoguera quedaba donde la galería principal incidía perpendicularmente con la que discurría hacia el exterior y paralela a los bancales. Al fin, salimos chamuscados, enrojecidos y magullados, pero nos recibía el aire puro y fresco de la tarde. Como también el pasmo de quienes, próximos a nuestros hábitos de juegos y aventuras, se habían atrevido a esperar la posible bondad del desenlace..., después de que los del atentado, asustados por las proporciones que adquirió su obra, hubieran tomado las de Villadiego mientras crecía en el exterior el penacho de la humareda. El regalo que fue haber escapado de aquel infierno se acrecentaba con la belleza evidente de la tarde, casi veraniega. Y luego, mientras nos contábamos nuestras impresiones ante el peligro corrido —lo del almacenado chocolate lo habíamos olvidado completamente, y también aquello del patio escolar—, quizá ya presentíamos que se volatilizaba la domesticidad de que habíamos dotado al refugio con nuestra frecuencia en él. Una adversidad como aquélla, por su clara proximidad a un desastre serio, nos conjuraba para no comentar lo ocurrido, y menos en casa. Y, debido a la confusión que aún nos afectaba, no se nos ocurría pensar que la gravedad del hecho alejaría de nosotros a la jauría de los descerebrados autores de tamaña barbaridad... No había habido tragedia porque Dios no lo quiso. Y esperábamos que la estúpida maldad del hecho no llegara a oídos de Hamet Zénete, fiscalizador ubicuo y tan acreditadamente sagaz.

—¡Ojo, ni una palabra de todo esto!

—¡Es lo que yo digo! ¿Lo he dicho yo... o no lo he dicho?

UN CRETINO COMO COLGAJO

Los indeseables autores del pérfido ataque tardarían meses en dejarse ver por aquellos alrededores, ni siquiera en sus cercanías. Aparte del lógico miedo de ser denunciados por el aparcero que trabajaba aquellos bancales —inmensamente harto de tales sujetos y de otros también sospechosos o directamente maléficos—, temerían que a nosotros se nos fuera la lengua apoyados en el testimonio de quienes los vieron organizar la fogata. Así que se ausentaron por una temporada larga. Quizá aquellas semanas las ocupaban —era otra de sus actividades de rijosos— en acercarse, ardorosos y lascivos, a las vías del tren, cerca de las cuales se camuflaban entre las altas matas de la acequia. Eso lo practicaban en anochecidas en que las estraperlistas no cruzaban por las sendas aledañas a la vía ferroviaria, todavía aterradas tras haberse abortado y reprimido esos días determinadas maniobras propias del estraperlo. (Operaciones tan rígidas en los trenes, con los alimentos perentorios confiscados y derramados algunos, dejaban a muchas familias sin la mínima base para sobrevivir a lo largo de un par de semanas, y con la grave determinación en algunas estraperlistas de abandonar ejercicio tan perseguido y violento... Porque, además de perder en él la base de la manutención familiar, como ya se ha dicho, las mujeres agotaban las escasas fuerzas físicas que les iban quedando con tanto tumbo y rifirrafe...).

Aquellos nuestros enemigos se daban entonces (se sabía por confidencias y rumores asquerosos) a espiar sospechosas escaramuzas de faldas en aquel tramo ferroviario próximo a la acequia que llevaba el riego a los huertos cercanos al mar. El hecho que observaban, y que acontecía al anochecer contra el muro inclinado que flanqueaba los raíles, revestía la obscenidad que de él se murmuraba en habladurías de morbosa parroquia, pero los listillos de nuestra pandilla aún no comprendían por qué diablos se irritaba tanto el desvergonzado de urgencia al sentirse observado en su estrambótica coyunda con la hembra apalabrada y afín. Tan ardoroso y febril tejemaneje podía terminar en desbandada general del comando espía, algunas veces rubricada con precipitadas carreras por entre los ariscos limoneros y junto al sendero de los aligoneros. Y nosotros, desde una distancia considerada prudente, nos refocilábamos de algo que no terminábamos de entender al completo mientras también escapábamos a toda prisa y como si fuéramos apéndice del abortado espionaje. De ahí que, alguna vez, alguien de los nuestros podía recibir patadas y

vibrantes pescozones de individuo espiado, un Bujarrai que tan fogoso resultaba en el comercio carnal. Se comprendía pronto que la interrupción de aquello con la mujer lo dotaba de la energía requerida para correr como un gamo y alcanzar al moscardón más rezagado en la rocambolesca escapada a lo largo de aquella senda huertana...

—¡El tío puerco ése casi me mata a patadas! ¡Y me llamaba sinvergüenza, el Bujarrai ése!

Efectivamente, se trataba del apelado Bujarrai, de rostro más bien negro —como algunos moros de Franco—, más que fiero y temible, cejijunto y requemado individuo que a veces cruzaba en solitario y al anochecer por nuestro territorio. Lo perdíamos de vista cuando desaparecía luego por entre las gallardas palmeras de la casona agrícola pegada al camino real, no muy apartado de la vía del tren. Sabíamos de su dedicación de esas horas por las jocosas expediciones de algunos de nuestros mortales enemigos, que transitaban entre nuestros dispositivos de diversión al tiempo que se adornaban con procaces comentarios, burlándose de nuestra ignorancia en asuntos de tan escabrosa y sugerente naturaleza. Pero nos tranquilizaba sentirlos alejados e interesados en fechorías distantes, desactivados contra nosotros... y quizá en peligro de ser abofeteados o perseguidos a puntapiés...

Sin embargo, la más inmisericorde "hazaña" de aquellos rufianes tuvo lugar en la barriada donde anidaba Pitágoras, y fue la de colgar de una árbol a la bestia parda de su sobrino... para llamar inmediatamente después a la tía abuela del presunto suicida. La pobre anciana —tan abultada siempre por la evidente cuantía de sus sayas (¡) y refajos— se fue tras los dos mensajeros sin pronunciar palabra coherente, víctima de un temblor que apenas si le permitía dar un paso completamente firme, y en la cercanía del llanto más desgarrado. Ni siquiera acertó a responder a las madres que cuidaban de sus hijos menores entre el gentío que a esas amables horas de la tarde aleteaba en la glorieta del barrio, cuyos lindes aún eran los extensos almendrales donde el antiguo camino real se diluía en senda diseñada por los viandantes.

Cuando la tía Ángela llegó al pie del altísimo almendro del que pendía el larguirucho "ahorcado", ¿cómo iba a distinguir la broma de la tragedia? No podía, no era posible. Colgado aquel cuerpo por los sobacos, y tensa la soga por detrás de la cabeza en grosera simulación, la mujer estalló en un lacrimoso gimoteo de niña desamparada, cubriéndose el rostro con ambas manos y repitiendo la tan socorrida invocación de "¡Santa Marta, Santa Marta!", y preguntado, a la vez, si era cierto lo que veía, si su sobrino estaba muerto.

—Claro que está muerto, abuela, ¡pero muerto de risa!

De ese modo se chanceaban los rufianes aquellos de la pobre vieja.

Y el supuesto ahorcado, aquel impresionante majadero, ya se desternillaba de risa en tan rígida postura, manipulando a su vez el nudo amañado para cogerse a

la rama más próxima... y desfacer el entuerto. No supimos si la aterrada anciana llegaría a contar en casa tan miserable y sórdido engaño, el pretendido suicidio del malasombra de su sobrino. Las mujeres de casa, solidarias con los menores de la familia, eran siempre cómplices de éstos cuando el enérgico autoritarismo de los mayores —esencialmente, y por tradición, del padre— se manifestaba en castigos físicos, que a veces podían ser brutales y claramente desproporcionados.

Si aquella gentuza no tramaba barbaridades de aquel jaez, y ello —el simulado ahorcamiento— a veinte pasos de los vecinos de la bulliciosa barriada, igual podían practicar fecforías contra la propiedad privada, a veces con la insensata connivencia de uno de sus elementos, aquel granuja que se dejó colgar, por ejemplo. Se concentraban en la pronunciada cuesta de la carretera en dirección a Valencia. En aquel vecindario, ya a las afueras de la ciudad, se sabía qué tropelía preparaban porque algunas vecinas, sobre todo, ya los habían visto antes cometer el mismo desmán. "¡Qué poca vergüenza tienen!", se decían algunas viéndolos prepararse a mitad de la cuesta. Y lo propio comentaban los varones que volvían del puerto tras la venta y reparto del pescado. "Si fuera hijo o sobrino mío, sabría lo que es bueno". Uno de los pescadores que eso comentaba, hombre de recia y poblada barba, se refería al cabecilla organizador del planeado desmán en los momentos en que del seno de aquella pandilla se elevaban voces de aviso.

—¡Ahí viene, ahí viene ya! — se exaltaba uno de aquellos nuestros enemigos. Lo que venía era el camión que se proponían asaltar, que allí estaban apostados como los bandidos del Oeste esperando en la ruta de la diligencia. Al pie de la cuesta se perfilaba el vehículo de las frutas y verduras. Venía con cierto brío, aunque renqueando al acometer la rampa y porque el suelo de ella presentaba la poca cohesión del balasto. "¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí!", coreaban los necios camaradas de aquel a quien "ahorcaron" para mortificar a su tía, persona solemnemente insignificante, si las había de esa condición, y las había. A ojos vistas de una parte del vecindario, aquellos desaprensivos brotaban de sus escondites en las cunetas y se agarraban a la parte zaguera del camión. De un salto, se plantaban sobre la mercancía e iban arrojando parte de ella a los laterales de la calzada... mientras los del suelo recogieran el botín: fruta del tiempo, habas verdes, boniatos y, sobre todo, opulentas, refrescantes y azucaradas zanahorias. Las zahanorias eran de solicitada y generosa prestación, y dejaban la boca intensamente morada y como de mayor tamaño, lo cual asimilaba el rostro de aquellos imbéciles a miembros de tribus indígenas del África Central. Del alevoso saqueo del camión de la familia no creíamos factible que tuviera noticia el sabio Pitágoras. Nos parecía que éste formaba muy a parte en la familia, concentrado en sus libros y sapiencias algebraicas, aunque se ocupaba de las cuentas que traía su hermano, el asentador, al volver con su carga de hortalizas de los pueblos de la Vega Baja. Una parte de aquellas frutas y verduras se repartían luego por las tiendas y pequeños almacenes de la comarca costera. De ahí que el

propio hijo del asentador promoviera la pródiga "descarga" entre sus compinches al contar con la amable condición de la cuesta referida. Pitágoras ni siquiera se enteraba de semejante estulticia. Y no era probable que alguien de aquella barriada, dicha de La Huerta, se tomara la molestia de avisar de tamaño desaguisado al padre o al tío de aquel desaprensivo.

—¡Y menos mal que esa fechoría la cometían de uvas a peras!

—O de sandías a cebollas...

Con todas aquellas tropelías, y como por compensación, nosotros disfrutábamos un tiempo de dilatados respiros, de generosas treguas. A salvo de esa pandilla, sus **razzias** o batidas parecían definitivamente alejadas de nuestro entorno, y se agradecía. Porque sus brutales e imprevisibles correrías desbarataban nuestras sustanciosas aventuras, mortificándonos con una lluvia de golpes y capones indiscriminados —tan ácidos como dolorosos y humillantes—, acompañados de agudos y contumaces puntapiés en las piernas o el culo. Y con el infame suplemento de improperios y exasperantes burlas hacia todos nosotros. Sí, El Capitán del Barco Bobo y los suyos —por enumerar de alguna manera y sin jerarquizar— iban a vivir sosegados una larga y tranquila temporada con la ausencia de aquellos facinerosos. Simultáneamente llegaba el mes de junio, se acercaban los exámenes... y también la dedicación masiva del gentío a bañarse y nadar en la sosegada y acogedora bahía de la ciudad. Centenares de cuerpos se aplicaban a la natación furiosa y exultante en aquellas límpidas aguas, en un frenético ejercicio que, cuando menos —y qué inoportuno en aquellos tiempos—, despertaban en el bañista y el nadador el evidente aumento del apetito o ganas de comer, dicho sea de paso. ¿Comer? En verano no había naranjas, tampoco mandarinas. (El mandarino no estaba implantado en los huertos locales, y, si localizabas alguno, te daba la impresión de que figuraba en el huerto como una exquisitez sólo para el consumo de los dueños de la finca). Entonces, ¿qué había en verano y fuera de casa? Estaban las higueras, los almendros... y los prolíficos algarrobos. Sin embargo, seguía siendo verdad inamovible aquello de que nunca amanecía más temprano por mucho que uno madrugara: los higos maduraban ¡en la segunda quincena de septiembre! Así que quedaban las almendras y las algarrobas, aunque las primeras se nos regateaban impunemente. Eso se experimentaba algunas tardes, y al tiempo que jugábamos ante el solemne frontispicio del grupo escolar persiguiendo la pelota, futbolística o no. En esos momentos veíamos llegar el carro agrícola del tío Martín, que arribaba sosegadamente tirado por su bien alimentado mulo. El terrateniente, sentado en el pescante y con el sombrero de paja en su mano derecha, volvía a su vivienda urbana después de las tareas campesinas en las tierras que poseía allá donde el camino Real a Benidorm desaparecería suplantado, desde 1936, por la carretera a Valencia, que llevaría a cabo el llamado Circuito de Firmes Especiales del Ministerio de Fomento... Desen-

ganchado el mulo, y luego de entrar éste en el corral, el carro tenía que ser empujado por el hombre —una mano en cada vara— hasta el interior de aquella agradable y olorosa planta baja. Algunos de los nosotros —más de los supuestamente necesarios— interveníamos empujando con ahínco. Esa ayuda, nunca solicitada, nos era pagada con media docena de algarrobas, nunca jamás con un par de almendras, los compactos sacos de las cuales descansaban en el ángulo interior derecho de tan aseado y ordenado almacén. ¡Con el magnífico sabor que podía producirse en la boca con aquella mezcla de algarroba y almendra...! (Desde los vetustos arrabales de la bahía, sobre todo desde el de Poniente, unos pocos niños —¡qué avisados y pillos siempre!— iban a la promiscua morralla que traían las barcas prendida de sus redes. Si contribuían como si no a dejarlas limpias, metidos entre los pescadores y la embarcación —ya sacada a la orilla—, podían volver a casa con un puñado de pescado, sin que fuera importante su calidad. Era algo que comer. Algunas tardes, y correteando y saltando hacia las barcas y laúdes que volvían a la suave playa de grava, desde cierta distancia ya atisbaban los mozalbetes cómo relucían en las gorras y boinas de los pescadores las significativas escamas del pescado bajo los penúltimos rayos del sol. Los pequeños destellos confirmaban tal vez una buena pesca, como se decían infantilmente alborozados... Y ya se veían de vuelta a casa con unas cuantas piezas, aunque fueran pequeñas o de inferior calidad).

LAS TRES O CUATRO NOVELAS

Yo ya tenía escritas tres o cuatro novelas del Oeste y una de aventuras de época medieval. Para las primeras pensé un título de colección, que sería **Ranching** por aquello de los dinámicos **cow-boys** y los inmensos y afanosos ranchos con sus polvorientos y sugestivos rodeos. Respecto a la de la Edad Media, ya tenía decidido pasarla a colección de tebeos con igual título genérico: «Los Libertadores de Esclavos», según ya he confesado. Aquella actividad —compartida en tira y afloja con obligaciones en el taller y con el estudio—, lejos de crearme un sentimiento de superioridad ante los amigos, lo que hacía era afectarme de rubores cuando me cogían en ella. Sobre todo al principio de práctica tan pretenciosa y fuera de lo común. A esa edad —como vería años más tarde, y tan claramente— se tiene un excesivo miedo al ridículo, y cualquier asomo de burla o de chanza en la expresión del que se fija en ti ya es motivo bastante para que abandones u ocultes —¿hasta cuándo?— lo que llevas entre manos y sigilosamente. Para defenderme de esa posibilidad, redacté una especie de disculpa, que dejaba escrita en la contraportada de los cuadernos de "Los Libertadores...” y en otros anteriores, alguno del F.B.I. o de vikingos —persistía la influencia de "El Rey del Mar"— y, naturalmente, de bucaneros. Deseaba yo que no pasaran por alto mi condición de aficionado, tratando a la vez de no aparecer como un tipo atrevido. Así creía contar, y de inmediato, con la benevolencia del lector posible, que sería aquel a quien yo eligiera. También me hubiera gustado indicar que dibujaba sin abocetar previamente a lápiz —¿estaba prohibido o qué?—, e indicar de qué forma me sentía condicionado por algunos pasajes, los cuales —como si me hubieran descontrolado— me forzaban a modificar lo previsto, a cambiar el signo de los diálogos posteriores y, claro, los dibujos que les eran soporte... Pero, ¿no sería redundante tanta explicación... no pedida?

Con aquella actividad continuada, y con las novelas sobre todo, caía yo en la cuenta de que había adelantado mucho y mucho en Ortografía. (Años después descubriría algo que en mí había sido siempre una constante: de aquello que leía, me seducía más el modo en que estaba escrito que su contenido argumental (¡), y de esa actitud mía, totalmente inconsciente, llegaba mi aprendizaje ortográfico y de otros aspectos de la gramática). En relación a lo que, desde muy lejos, me suponía la Sintaxis —ciudadela que no se me rindió al creer yo desproporcionado el esfuerzo respecto a su pretendida utilidad—, proseguí bien distante... y también

tranquilo. Aprobé su asignatura seguramente por los pelos, como sucedería años después con otras. En los exámenes, tenía yo la fortuna de recordar aspectos destacados del tema preguntado, y era esto lo que probablemente daba a mi examinador la idea de que yo conocía bien lo esencial del asunto, tanto en exámenes del Peritaje Mercantil como, tiempo después, con asignaturas de Bachillerato y Magisterio. Y muchas veces llegué a disfrutar con el hecho de pasar y pasar exámenes, tanto si eran orales como si eran escritos... y por lo bien que se me daban.

* * *

Un día —y como cuando se miran fotografías de años pasados—, recordábamos en casa a ciertos familiares nuestros establecidos en Barcelona, y se comentaba sobre un ya lejano Vicente. Cuando este Vicente, apellidado Carreras Martínez, era sólo un muchacho de quince o dieciséis años, solía mandar historias y crónicas de tema local a los periódicos de Alicante y Valencia, y lo propio hacía respecto a la Prensa comarcal o las esporádicas publicaciones de nuestro municipio. (Algunas se debían al esforzado y dinamizador don José Gordero, maestro de escuela de inquietudes elevadas y dispuesto siempre a nutrir sus periódicos mensuales con escritos de algunos jóvenes estudiantes de nuestra ciudad). Singular era Vicente entre sus contados amigos, y muy diferenciado por su figura física de larguirucho. Pero aquella su vocación de escribir en los periódicos hizo que algunos estúpidos le aplicaran el apelativo de Vicente el Loco. ¿Qué mayor muestra de estulticia que la de hacer burla de un adolescente prendado de la lectura y del oficio literario...?

—¡Ahí va Vicente el Loco, señores! — abucheaban desde la puerta misma del Círculo Democrático y quizá también desde la barra del bar del extremo opuesto de la plaza—. Vicente el Escritor cruza ahora la plaza, ciudadanos. ¡Ciudadanos, atención!

Hombres supuestamente hechos y derechos se metían sin piedad alguna con aquel adolescente, crueles y jocosos. Y Vicente Carreras —Al-Actar decía que como si lo estuviera viendo—, con aquel vacilante caminar suyo, fría la mirada y tan penetrante, obviaba la mofa como quien dispone de una convicción firme e irrefrenable. La suprema inteligencia de aquel joven era ignorar a quienes creían que lo ofendían con sus chanzas, mofas y abucheos, pero a quienes no perdía de vista en su censo particular y silente. Que así los mantenía en el punto de mira de su palabra escrita.

Unos cuantos meses más tarde, y después de haber escrito en el periódico local que una buena parte de sus habitantes eran un agregado de gente mansa, blandamente conformada y ¡sin alma!, tuvo finalmente que dejar el lugar que lo había visto nacer. Estaba harto de aquel asfixiante espíritu pueblerino, cansado de gente sin criterio propio ni aspiraciones más elevadas. No podía respirar entre individuos

a los que tanto se les notaba la textura moral del vencido de toda la vida, gente encadenada por sus propios e inamovibles hábitos de siglos, sin iniciativas y sin la razonable inconformidad de los insumisos. Él había utilizado un lenguaje literario envidiable en aquel su último escrito, pero las expresiones y figuras literarias a que recurrió —quizá porque, finalmente, ahí se plantaba— se podían entender muy bien y al pie de la letra. Sus argumentos e ideas desencadenaron furiosas protestas entre algunos de los nativos que leyeron aquella seca andanada. Y ahí comenzó su adiós. Dos o tres semanas después ya estaba en casa de unos parientes de Barcelona, concretamente en la Barceloneta, donde tantos coterráneos suyos había desde el siglo XIX. Ser distinto, ser creativo e inquieto, y diferenciarse de los anodinos, mediocres y conformes, lo llevó lejos en la distancia... y en el talante intelectual. En Barcelona escribió en periódicos y revistas y, si no conoció la gloria literaria, sí que acumuló una vastísima cultura y un civismo que en su localidad natal hubiera sido un completo imposible, y denostada su persona por incomprendida, además de secretamente envidiada. ¿Para qué luchar entre gente grosera e insensible, rémoras de su propio progreso y anclados indolentemente en el inmovilismo? No valía la pena.

—¿Y no tenías tú que escribir una novela?

—¿Quién, yo?

—Sí, la novela esa de prisioneros y esclavos que son liberados de las prisiones moras del África.

—¡Ah, sí, ésa...

—¿La vas a escribir o no? —Me atosigaba uno, y como si me tuviera rodeado.

—¿Cuándo voy a poder escribirla, si me falta tiempo? Con la Geografía Universal y la Sintaxis, no sé si podré. Además, ya ayudo en el taller...

—¡Pero si ya la tienes pensada! ¿O era una trola como para tapar el sol?

Aún no sabía nadie que iba por el tebeo titulado "Tormento de traidores", al que habían precedido "Rebelión", "Los Piratas de Oriente" y "Los Piratas de la Estepa". Todos ellos tenían su origen en la novela que decía no haber escrito... por falta de tiempo. En números sucesivos, hasta el once y último, había irrumpido en casa un compañero nuevo aunque por poco tiempo. Era amigo de Alejo y como primo remoto de él, según escuché decir a Julián el Tita-tita. Aquel forastero se quedó asombrado al ver una muestra de mis dibujos.

—¿Qué clase de tebeo es ése?

—Uno de los que hago yo —contesté sin ambages.

—¿Pero los dibujas tú?

—Sí, claro que sí.

—¿De dónde los copias?

—No los copio; me los invento y los dibujo. Tengo más ya terminados, diez o doce...

—¿Y te los sacas tú de la cabeza?

—¡Se los inventa él! —Eso lo decía Al-Actar, que, inopinadamente, necesitaba acceder a la mesa de mis dibujos y aprovechaba para intervenir. En uno de sus tres cajones se guardaban facturas o albaranes de materiales para el taller. (Al-Actar, que siempre ponía peros a mi distracción, entonces me defendía, olvidando por el momento su continuo requerimiento de mi ayuda en los trabajos de la botería. Yo atribuía su solidaridad al interés que amigos suyos de su edad demostraban ante mis cosas literarias, las que tanto deseaban tener en sus propias manos... ¡para luego leerlas!).

Bueno. Muchos sabían ya de aquella colección. Y se presentaban en casa sin esperar a que nos reuniéramos con los demás en los bancales que corrían desde el abrupto talud de los refugios hasta los pabellones de Auxilio Social. La construcción aquélla —de una sola planta corrida— quedaba solidaria por el Sur con un recinto de cubierta alta y a dos aguas que había albergado unos pocos días a moros que pasaron a la península con Franco cuando la guerra. ¡Con la tenebrosa leyenda que sus sangrientas acciones bélicas les habían atribuido ya! ¡Ahí era nada lo que hicieron en Extremadura con sus fusilamientos y violaciones casa por casa!, según se escuchaba contar, años después, del general Yagüe y aquella tropa. Yo aeguraba que me acordaba de un par deaquellos moros, que me daban algo de comida por una de las ventanas encaradas a los bancales de las viviendas... Pero se me decía que esa cosa debía de haberla soñado porque entonces yo sólo tenía tres años

—Ésos serían militares italianos..., los que te daban comida. Los italianos se portaron muy bien con la población, desde luego.

Con la enfebrecida e interrogante presencia de algunos camaradas observando los dibujos de mi cruzada de liberación de cautivos en África, se atrasaba nuestra vehemente y arrolladora salida al abrazo amigo de la tarde, a todo aquello que nos deparaba nuestra apasionada estancia en su seno. Por eso, y porque era imposible físicamente dibujar de aquella manera acuciado, además de preguntado y sugerido sin tregua, súbitamente recogía yo los materiales para la fábula y lo metía todo en el cajón de la mesa.

—Pero, ¿por qué has hecho eso?—protestaba uno, desconcertado Dios sabía por qué.

—Porque sí.

—¿Y por qué porque sí?

—¿No puedes decirnos qué es lo que viene ahora...?—gimoteaba el otro, visiblemente mendicante.

—No puedo... porque aún no se me ha ocurrido lo que tiene que venir..., lo que viene o vendrá después.

Siempre era, tenía que ser, la misma canción.

Creo que profundizaba yo demasiado en el vasto e imaginativo territorio narrativo de M. Gago, y tenía que escapar de inmersión tan intensa en personajes y diálogos, en trazos y soluciones a las viñetas. Intuía que era perjudicial para mis cosas aquella proximidad a sus relatos, excesivamente analizados por mí. Era más prudente contemplar el curso de su torrente aventurero sin indagar mucho en su gestación. (¡Y mira que era diferente lo que yo dibujaba de todo lo que hacían los profesionales! Por eso me resultaba sorprendente que algunos creyeran que yo copiaba de otros tebeos. Mis dibujos, siempre a bote pronto —como ya se ha dicho—, y por el entusiasmo que en ellos yo ponía, me mantenían como rehén de lo dibujado. En esa situación era difícil pararse a planificar, disparándome yo con la pluma y la tinta sobre aquel papel. Y no hablemos de mi delectación con los caballos dibujados de Gago, figuras equinas de un dinamismo y posturas absolutamente geniales. ¡Los caballos de Gago, señores!).

Debido a esa cultivada cercanía, que luego daría en mimetismo, podía ocurrir lo que nos sucedía con las cintas cinematográficas: nos abatía advertir que su contenido —cualquier historia exhibida— no se narraba a sí misma, y deseando, a la vez, que el relato surgiera del hecho histórico y sin intervención explícita de narrador. Aquello de "Todo comenzó cuando...” ablandaba o desleía nuestro interés, y se sospechaba de las posibles veleidades de quien conducía lo narrado. Y era todavía peor si, de vez en cuando, afloraba la voz del narrador instrumental de todo aquello. En mi caso de relator, y con algo de suerte, quizá pudiera yo conseguir tebeos creíbles..., parecidos a los de verdad. Pero tenía que reflexionar y ser perseverante en los tiempos asignados a la ejecución de los dibujos... y después de imponerme una cierta hoja de ruta, claro. Pero esa planificación ya me la había saltado demasiadas veces... y a la torera.

* * *

Parte de nuestra jornada de entonces transcurría en el grupo escolar, el Álvaro Esquerdo", con aquellas pocas asignaturas, dos únicamente, del Peritaje Mercantil. Se nos había confinado en una pequeña dependencia del aula, quizá biblioteca de consulta para los maestros cuando se diseñó el edificio. No era sino el apéndice del aula que ocupáramos dos años antes, o así, para el aprendizaje básico. Su única ventana, de doble hoja acristalada, daba directamente a la calle. Aquel receptáculo constituía el envase adecuado para nuestra condición de clandestinos. Y ello porque, de vez en cuando, teníamos que esfumarnos o desaparecer de allí tan pronto

como avisara el maestro mediante un alumno de básica. Por lo visto, las lecciones que nos tomaba (lo hacía después del horario escolar oficial) podían perturbar la eficacia de su docencia en su escuela, que tantos años nos contuvo y que ahora atisbábamos con solo abrir levemente la puerta de nuestro cubil. (Qué pequeña se nos antojaba ahora el aula, y qué entrañables los días en que anduvimos tomando el dictado, dibujando o resolviendo problemas de aritmética en aquellos pupitres de dos plazas, cuando no con don Francisco Franco, José Antonio y las numerosas plagas de Egipto o del Movimiento Nacional en los textos de adoctrinamiento. El trajín habitual impedía esta reflexión, pero había momentos en que, al quedarse uno solo y ensimismado, tomaba cuerpo una rara sensación de orfandad o de misteriosa ausencia. Se sentía que algo había desaparecido para siempre de nuestra vida para no repetirse jamás, algo indefinible pero renuente a la extinción. La noción de un cambio irreversible quizá nos la producía la turbada observación de ver nuestros pupitres de tantos años ocupados ahora por niños desconocidos, a veces remotos. Estaban allí y no tenían por qué pertenecer a nuestro vecindario, inmediato o menos. Sus progenitores eran libres de elegir maestro y escuela, generalmente guiados por el buen concepto que del docente aquel se tenía, y no por la proximidad del colegio a la vivienda del alumno. Si observabas a dichos niños por su espalda —la forma corriente de verles, pues no salíamos de nuestro asignado reducto—, se te podría antojar que te contemplabas a ti mismo... muchísimos años atrás. Y había como una mano tuya que quisiera adelantarse y rozar la inocente cabeza del niño que tú fuiste como para tutelarlo siempre, siempre...).

Después de tener que salir con urgencia rocambolesca de aquella estancia de estudio (¡) —regularmente por la mañana, cuando era más probable que irrumpiera un señor inspector o cualquier otro ser con aire de autoridad—, y siempre con el oxigenante y alegre acceso a la libertad, se concibió un sistema más eficiente de desaparición, más que nada por su rapidez. Con aquel invento no pasaríamos por entre alumnos de primaria para salir corriendo, pegados a la pared del fondo del aula, en dirección al vestíbulo del edificio o a la calle. Saltaríamos por la ventana uno tras otro, sin llevarnos los libros, y como respuesta al aviso de peligro, si no era el propio maestro quien entrara para alertar. Como era natural, y así lo admitiría el mundo, también saltábamos a la calle amiga cuando, ahogados por aquel enclaustramiento, sospechábamos que se demoraría el momento de tomársenos las lecciones, y ello debido a una visita recibida por el maestro a aquellas horas. No pocas veces estuvo alguien de los nuestros a punto de tirar al suelo a cualquiera de las mujeres que volvían del horno con el tablero, el rodete y su carga de mitades complementarias de la calabaza, quizá con los olorosos boniatos o patatas bien horneados y aún humeantes. (¡Cuán sugeridora merienda!). El vecindario se haría pronto a nuestras alborozadas salidas a saltos desde tan amable ventana, como a

las risotadas, traspiés y, alguna vez, libros esparcidos por la acera. Una avalancha de cuerpos de irresponsables de la que don Juan parecía no tener noticia..., tal vez por suponer que, en el fragor de su docencia, habíamos ido saliendo de la reducida estancia pegados al fondo del aula. Quién sabe. Una de esas tardes del desalojo fuimos sorprendidos por la adusta y acerada mirada de Hamet Zénete, que pasaba inesperadamente por allí y en plena barahúnda nuestra. O venía a entregar cualquier oficio del Consistorio a cualquier maestro o maestra. Los que nos disponíamos a saltar nos quedamos como petrificados, puramente en vilo y temblando en el alféizar de la ventana. "Es que se nos ha cerrado la puerta", acertaría a balbucear no se recuerda quién.

—Es verdad, sí —coreamos algunos ya de pie en la acera.

El cabo ni pestañeó mientras, levantando el dedo índice de su mano derecha, dijo aquello de “Cuidadito, ¿eh? Cuidadito”, y luego procedió a entrar en el grupo escolar. ¡Pero qué susto nos llevamos todos!

DE NUEVO EN ESPAÑA, CLARO

De manera más que inesperada, tenía lugar el primer regreso del Guerrero a la península. Volvía en los dibujos del cuaderno titulado "Hacia la Patria", y enseguida devorábamos sus contenidos para ver su reacción cuando supiera que doña Ana María había resultado secuestrada... por él mismo.

—¿Por el Guerrero del Antifaz?

—¡...!

—Un caballero cristiano no rapta mujeres, desgraciado. ¿Acaso no se vio que el raptor era un hombre de Olián disfrazado de Guerrero del Antifaz?

No obstante aquel anuncio, el enmascarado, Fernando y sus libertos y los aliados moros aún tardarían muchos capítulos en llegar al litoral español. A pesar de haber llevado a centenares de hombres sacados de insalubres y tenebrosas mazmorras hasta la costa tunecina, quedaban por liberar las mujeres cristianas raptadas del feudo alicantino de Peñaflor. Lo harían el Guerrero y Fernando ante la irritación y cabezonería del Pirata Negro, cuyas naves y tripulación le había requerido nuestro héroe para alcanzar la tierra española con el total de los liberados. Apasionadamente enamorado de la marquesita de Peñaflor, el jefe pirata — ¿acaso no se trataba de Errol Flynn?—, veía cómo el comportamiento del cristiano enmascarado le comprometía más y más cada día y ante sus temibles piratas. Era lógico que éstos le recriminaran alianza tan disparatada con cristianos, y mucho más cuando se sabía de la enorme presión que los Reyes Católicos imprimían a la sazón a la lucha por terminar con las taifas moras de aquella zona. (No se les ocurría pensar, qué va, que su colaboración con el enmascarado y amigos podía suponerles cierta generosa condescendencia de las tropas cristianas para con ellos). De todas formas, seguía predominando la alteza de miras del Guerrero del Antifaz, y las doncellas cristianas serían arrancadas de manos de Yeir Kan y de su diabólico hermano, el infame Alí. Nuestro héroe no dejaría en manos de los piratas y corsarios a unas a mujeres que, porque fueran hijas del pueblo llano, tenían que estar condenadas a sufrir y pasar todo aquello de lo que doña Beatriz se había librado. Hijas de pescadores, de artesanos, de pastores y siervos de la gleba en general, y sin posibilidad de reunir oro bastante sus familiares para rescatarlas, había que intentar su liberación a toda costa y sin desmayos. Había que rescatarlas.

En el mismo cuaderno leíamos que "Las negociaciones entre los cristianos que invaden el territorio de Olián y éste acaban con la rendición incondicional del reyezuelo".

"—Mi señor —aseguraba Alhamar en la triste claudicación ante los cristianos— se retirará a África con todos sus bienes". Enfermo y llevado en una litera hacia la costa marítima, Olián se decía: "¡Ojalá tenga ocasión de volver con más poder!" Sólo horas después, muy pocas, la Mujer Pirata le informaba de que el Guerrero del Antifaz —ella lo conocía por referencias unánimes— estaba en territorio tunecino. ¡El Guerrero del Antifaz también en Túnez! Simultáneamente, Ana María, atada y amordazada rudamente, era llevada al dormitorio del expulsado Olián, justo, justo cuando tropas de la Cruz ocupaban el que fuera temible bastión del gran Motamid, padre de aquel enfermo. El imponente castillo roquero guardaba para nosotros imborrables recuerdos, los de las primeras escaramuzas del Guerrero, escapado con Zoraida por los sombríos y profundos pasadizos excavados en la durísima roca del impresionante promontorio. Su intrépida y descomunal pelea con las apabullantes águilas gigantes y contra el gorila asesino, Turka, que Olián dominaba para el mal, volvían una y otra vez a nuestra mente... cuando no tomábamos nuevamente el tebeo que Gago tituló "Fuga Desesperada", y también el siguiente, "Lucha en el Abismo", números 16 y 17. (Un día caímos en la cuenta de que, quizá debido a aquellas trepidantes entregas, Valencia había decidido las primeras reediciones de números de tan fantástica colección. Porque el Guerrero del Antifaz estaría subyugando ya, con seguridad, a los niños de media España semana tras semana. Tan entristecida y rencorosa patria contaba con escasas alegrías y satisfacciones, mientras que parecía abundante en vergonzosas sumisiones y obligadas y humillantes cautelas).

En efecto, allí estaba el héroe, tenaz y flexible como el mejor acero, descendiendo por los peligrosos peñascos y con Zoraida colgando literalmente de su poderosa espalda. Asediados por la fiereza rampante del tremebundo e irritado gorila al que incitaba Olián desde el peñascal o roquedo, el Guerrero fijaba su mirada en el tronco de un árbol que sobresalía del rocamen allá abajo. Calculaba el salto que se proponía dar... y, tras asegurarse de que la joven y bella Zoraida se agarraba fuertemente a él, se lanzaban al abismo. La viñeta siguiente mostraba el éxito del salto, sobrecogedor, y cómo el cuerpo de la chica parecía moverse pendularmente en la oscuridad de la noche. Y Olián, congestionado e imperativo: "¡A ellos, Turka! ¡No se han matado los malditos! ¡Despéñales!" Aquella fiera bajaba por las peñas gruñendo con ira casi racional y como si tuviera algo personal contra el enmascarado y la chica. Pero el Guerrero lanzaba su daga desde el saledizo en que él y su compañera se apoyaban y con fuerza bastante para zanjar la situación. Alcanzado

en su corazón, el gorila se precipitaba al vacío desgarrando parte de la indumentaria del héroe.

"— ¡Por Cristo! Por poco me lleva con él..."

Como consecuencia natural de aquellos dibujos, impresos en nuestra memoria —y más, posiblemente, en la mía—, pronto intentábamos organizar algo parecido al salto del Guerrero con Zoraida, pero, además de no darnos muy buen resultado, quedábamos muscularmente maltrechos. Lo hacíamos con la obligada colaboración de un niño de siete u ocho años de edad de los que jugaban a cosas mucho más inteligentes y discretas que nosotros. A regañadientes, el elegido se agarraba con enloquecida tenacidad a nuestro cuello mientras trepábamos subsidiariamente a la cruz del almendro. De una de sus ramas, y con aquel peso por tara, queríamos saltar a la cercana. No podía ser. De ninguna de las maneras. Y quedaba la cosa en un remedo pobre y pendularmente peligroso, porque el raptado, si bien no lloraba, estaba absolutamente seguro —se notaba por su presión de brazos en nuestro cuello— de que iba a morir en unos pocos segundos.

—¡Es que tiene tanto miedo este niño...! —nos quejábamos con enfado justificativo, dejando que el raptado saliera huyendo, y que, con visible gratitud, volviera a la vida e incluso a sonreír.

Y era que buscábamos verosimilitud a las deslumbrantes hazañas del Guerrero. Era la única forma de seguir creyendo en algo libre de mediocridad. Huíamos de ella acometiendo burradas y proezas como la de levantar del suelo piedras de sesenta o setenta kilos, aunque sólo las sosteníamos en vilo lo mismo que duraba un suspiro de aquella época. Después, y con un palitroque, ya sacábamos cuentas, hacíamos números, en la tierra suelta del suelo:

—Setenta kilogramos son lo mismo que 0´7 quintales métricos, ¿no? Se escribe 0´7 Qm., sin arquito encima del siete porque la fracción no tiene nada de periódica. También equivale a cinco arrobas y media...

—¿Y qué?

—Pues que eso es lo que he levantado. Más que tú.

El otro cretino pretendía defenderse:

—¿Y qué pesa más, un kilo de paja o un kilo de plomo?

—¿Otra vez con eso? Pues a lo mejor un kilogramo de paja que esté bien mojada.

—Si está mojada —llegaba la réplica— ya no es un kilo de paja, ni tampoco mil gramos.

—¡Pues moja tú el plomo, perillán!

—¿Peri, pe...ri...llán?

Si "Hacia la Patria" cantaba un regreso inminente del Guerrero, el número después, "El Odio del Capitán" —se trataba del llamado Rodolfo, naturalmente—, dejó al héroe en posición muy comprometida y de perceptible tensión. Llegado al castillo de Torres (¡) en compañía de Fernando y de Osmín, el insoportable capitán —a la sazón alcaide de la ex-fortaleza de Alí Kan— lo acusó en público del rapto de doña Ana María..., sin que el padre de ésta pareciera muy convencido de la inocencia del enmascarado. En las primeras páginas de "Acusación Desmentida", el capitán se acerca al Guerrero —al que ha conseguido encadenar en una mazmorra con ayuda de soldados, y junto a Fernando— y pretende arrancarle el antifaz. Lo hace ante aquéllos y con la presencia de uno de los caballeros convocados por Rodolfo al castillo de Torres. Cuando parece que el secreto de nuestro paladín va a ser vulnerado —¡cuán airados nosotros ante semejante afrenta!—, el prisionero, que se ha librado de sus grilletes, propina un rudo y seco puñetazo al osado capitán, que cae sobre el húmedo suelo del recinto. El Guerrero libera luego a Fernando y se disponen a escapar. El caballero presente, aquel noble, sugiere al Guerrero que se entregue...

"—No; de ninguna forma, señor. Ella me necesita si aún vive. Os ruego que no tratéis de detenerme."

Después, y librándose de los soldados que obstaculizan la huida, tropiezan con Osmín a la salida del castillo, que allí andaba escondido desde el momento en que el capitán Rodolfo lanzara a sus hombres contra los tres. Tienen suerte nuestros amigos porque, huyendo a caballo por el patio de armas, avisan al Guerrero de que acaban de traer herido al Conde de los Picos, que saliera en seguimiento de Ana María y su raptor, un hombre de Olián llamado Mathudi. Enterado de ello el capitán, escupe de rabia unas palabras: "Don Luis, el maldito Guerrero... y yo la hemos perdido". Su amor por la condesita seguía creciendo en su recatada intimidad. Parejamente, el odio hacia el del antifaz, lo mismo:

"—También te has librado esta vez, Guerrero del Antifaz; pero ya nos veremos cuando vuelvas..."

Ya eran muchas las ocasiones en que el acoso e impertinencia del capitán herían moralmente al enmascarado, y en todas ellas caía Rodolfo de manera incontestable bajo los puños del insultado. Por ello dábamos por seguro que la cosa continuaría sin escarmiento posible. Nuestros amigos ya habían olvidado encontronazo tan necio cuando llegaron al pueblo marinero del feudo de Peñaflor, lugar de la costa alicantina donde esperaban las galeras del Pirata Negro. El prometido de doña Beatriz, el de Peñarrosa, insistía ante su futuro suegro para que obligara a los piratas a abandonar aquella ensenada: las recompensas entregadas a éstos no evitaban que siguieran extorsionando a los naturales de la aldea, cometiendo hurtos desvergonzados e irrespetuosos. Mientras tanto, el Pirata Negro, desesperado por

su enamoramiento de la gentil Beatriz de Peñaflor —qué rubia y cuán esbelta—, había perdido su gallardía y autoridad. Los tres amigos se lo encontraron abatido e irresoluto en la taberna, un humilde tabuco del lugarejo. Si había perdido incluso su compostura, era por los inconvenientes encontrados en conseguir que la doncella uniera su vida a la suya. Sin embargo, en "Siguiendo la pista", el jefe pirata terminaba por acceder a lo pactado con el Guerrero: les llevaría a la costa africana para que siguieran ellos detrás de Olián y ver de liberar a doña Ana María... No habría implicación alguna del pirata en el dichoso asunto. Atribuía al Guerrero parte de sus problemas, y en eso movía buena parte de razón. Pero su condición entonces de perdedor —sabía que su amor por Beatriz entrañaba dificultades insalvables— nos empujaba a ser comprensivos con él. En aquel punto y en su comentario, el cabrerizo Selim deslizaba aquella su opinión de que había gente que no sabía perder. Lo decía con aquel cuaderno en sus manos y como si recordase algo muy ajeno a su contenido. El maestro artesano sabía algo de lo que a veces ensombrecía el rostro del pastor, sometido como le sabía al control de la Junta Local de Libertad Vigilada. Selim se presentaba en el juzgado una vez al mes. En su misma situación, aunque por motivos generalmente distintos, se encontraban otros varones en la ciudad y otra gente del partido judicial. Todos ellos continuaban esperando, sumisos pero impacientes —y sin manifestarlo nunca—, que llegara su la calificación de "conducta irreprensible". El menestral de los odres y botas de vino nunca hablaba de ese asunto con el pastor, no obstante saber del caso por entrecortadas confidencias del afectado. Y sabía también que éste cumplía a rajatabla con su obligación en el juzgado, donde ponía su firma de presencia. (Selim, que se había librado de la cárcel por intervención de don Miguel ante la junta correspondiente —compuesta por el señor juez, el alcalde, el cura y el comandante de puesto de la Guardia Civil—, cuidaba mucho de cumplir... y de no dejar en mal lugar a su valedor). El artesano conocía un par de casos similares al de aquel su amigo pastor, y que eran cosas que no se solían comentar en público. Esas personas vivían condicionadas por la situación social en que se encontraron cuando se produjo el Alzamiento y también por hechos o actitudes personales que en posguerra se estimaron contrarios a la doctrina política de los vencedores. Muchas de ellas, y quizá mayor número del imaginado por la gente, eran personas señaladas como desafectas al régimen al término de la contienda civil. En demasiados casos, porque hubo individuos sin escrúpulos que denunciaron, ¡con pelos y señales!, a quienes les caían mal en la localidad, por razones muchas veces inconfesables y quizá más que nada por venganzas o antiguos rencores. Hubo millares de condenados cuyos argumentos de inocencia ni siquiera fueron considerados ante el tribunal, frente al cual tampoco se los asignó abogado defensor, elaborada ya la sentencia antes de los interrogatorios. Pasados algunos años y obtenida la calificación de "irreprensibles" en su comportamiento público, no era extraño que algunos siguieran, sin saberlo,

bajo cierto control político... hasta que, por no saludar con el brazo en alto al paso de una procesión religiosa —un suponer—, se los conducía, de momento, al retén de la guardia municipal. (Eso había ocurrido con el Miau, abofeteado por el detestable Ojomil en plena calle, aunque tras aquello, no se metieron más con él). A veces sólo se había tratado de alguna distracción, y no de irreligiosidad en quien había omitido la obligada adhesión. Otra actuación de los agentes de la autoridad, a veces incluso con improperios y empellones sobre el infractor de la norma, se podía producir cuando, al salir una persona de tomar una consumisión en el bar, o adquirir su entrada para el cine, no exhibía el emblema de Auxilio Social en lugar visible de su indumentaria. Semejante sobrecarga de socorro social enfadaba a muchos por ser aportación caritativa (¡) obligatoria, y también porque se solía ignorar el día de su aplicación como recargo, constituyendo esa obligación un evidente motivo de irritación en la persona, sobre todo en aquellas que a duras penas habían reunido el precio de la localidad. Había atrevidos que se vengaban de ello no colgándose el anagrama en el ojal de la chaqueta o de la camisa... después de haberse quedado confusos y boquiabiertos ante la taquilla, y tal vez por ir justitos de dinero para el añadido de solidaridad. (En el tema de la Libertad Vigilada, alcaldes hubo en el partido judicial que, sin entender bien el concepto y su alcance —o por odio a los del bando perdedor—, prohibían a los enlistados abandonar su vivienda para ir a trabajar en el campo o el monte..., hasta que las autoridades provinciales conocieron de tan torpe barbaridad y actuaron rápidamente sobre aquella estúpida o malintencionada interpretación. El comentario de Selim sobre quienes no sabían perder —según aquello del Pirata Negro— exigiría una modificación para con individuos como aquellos alcaldes, que ésos lo que no sabían era ganar. O vencer).

Selim conocía el hecho —para él muy curioso y fuera de lo común— de que yo dibujaba tebeos, y ya me había dicho cuánto le gustaría echarles una ojeada, como a las tres o cuatro novelas de que me sabía autor. "Las del Oeste —le advertía entonces— las está leyendo el vinatero Zait, y dice —yo me reía— que le gustan más que las de Estefanía". Se las pasaría más adelante al pastor cuando terminara de leerlas el susodicho, ya que el Algarba disponía, evidentemente, de mucho tiempo para leer. Me gustaba advertir el interés de aquellas personas por mis cosas —aunque esa atención fuera simple curiosidad—, y porque no creía que se sintieran obligados a una alabanza incondicional.

LOS DISPAROS DEL RENCOR

El caso Selim —poca gente lo conocía, y mucho mejor que así fuera— tuvo su origen en un sangriento asesinato ocurrido en la ciudad una década atrás. Fue un crimen alevoso y cobarde, repugnante. Una de esas cosas que, aun en tiempo de odios y revanchas y encontradas ideologías políticas, produce en la población una pesadumbre generalizada cuando se da. (La reprobable conducta de un individuo, o de unos pocos, a veces puede ahogar, como bajo una pesada losa, el espíritu de toda una comunidad, que queda gravemente afectada por esos crímenes de lesa humanidad. Porque, además, lo que han hecho unos individuos suele atribuirse a toda la facción a que pertenecen...). Aquella nefasta mañana del inmisericorde crimen, y muy poco después del espantoso suceso, al cruzar Selim por la estación del ferrocarril, se tropezaría con el personal que bajaba del tren que venía de Alicante. Entre casi dos docenas de hombres y mujeres de fisonomías conocidas, el adolescente llegó a ver a Guillem el de Chavelles, campesino amigo y familiar lejano de su madre al que intentó alcanzar y abordar para hablarle de lo que acababa de ver y escuchar en la ciudad. Su nerviosismo y la tensión a que todavía estaba sometido le impidieron reaccionar y alcanzar al labriego amigo por entre tantas personas en el andén, y quizá también contribuyó a su parálisis la presencia de dos milicianos, hombre y mujer, que estaban apostados al lado de la pequeña e insustancial cantina de la estación...

—¡Si me hubiera atrevido a llamarlo! —se lamentaba Selim el día en que se lo confesaba al botero—. Tampoco sé —añadía, ensimismado— si hubiera acertado a decirle lo que acababa de ver en la calle Nueva. Lo que acababa de ver y oír. Pero con los milicianos allí y sabiendo que el tío Guillem simpatizaba con algunos de la C.N.T., me quedé, no sé, parado... Los anarquistas también lo vieron bajar del tren, como yo, pero a mí me temblaba el cuerpo y llegaba como bebido y confuso. Luego pensé que los milicianos habrían comunicado al Comité que Chavelles estaba en Alicante cuando se produjo aquel asesinato...

Media hora antes del impactante y revelador encuentro en la estación —contaba Selim—, había presenciado el sangriento resultado de un crimen tan perverso como vergonzoso. Con unos cuantos adolescentes más y un par de niños entre el creciente y sobrecogido gentío formado en aquella calle, el joven llegó a captar aún los estertores finales de un hombre asesinado por las descargas de varias escopetas.

El ensangrentado cuerpo yacía en las inmediaciones del terreno agrícola donde, años después, se levantaría el mercado municipal de abastos, en la calle que, por lindar todavía con bancales, algunos aún la denominaba Nueva. El crimen se había cometido minutos antes, y los disparos, al decir de cierto testigo ocular, procedían de la profunda y cercana higuera que crecía a pocos pasos de la vía del tren y el puente sobre el río. En medio del revuelo formado alrededor de la víctima, algunas voces bisbiseaban un par de nombres de persona y algún que otro apodo como autores del crimen. Selim oyó pronunciar con nitidez el apellido Chavelles asociado a dos sobrenombres que creyó foráneos. ¡El de Chavelles no podía haber colaborado en aquello, era imposible!

—El Chavelles. Ése y dos forasteros que no he conocido —se murmuraban al oído otros dos individuos sin afeitar aunque pálidos como muertos.

—No, no. De aquí no ha sido nadie, de aquí no...

—¿Es lo que tú crees o es lo que te gustaría creer...?

Aparecieron por allí dos o tres individuos del Consejo Municipal, seguidos por personal del juzgado, y se intentó disolver el abigarrado y creciente grupo de los pasmados de ambos sexos. Pero nadie se iba de allí; todo lo contrario: acudía más gente. Y nuevamente escucharía Selim pronunciar el patronímico Chavelles. Se lo escuchó con meridiana claridad a uno de los funcionarios allí reunidos, que había cruzado unas palabras con quien, al parecer, aseguraba que lo había visto todo... desde principio al fin. Era el instante en que la tendera de enfrente, afligidísima vecina que tanto apreciaba al asesinado y a su familia, se traía dos pequeñas y raídas mantas, casi ahogada ella en sollozos. Unas manos piadosas las extenderían pulcramente sobre un cuerpo cuyos estertores hacía muy poco que habían cesado.

—Ya está —se oyó decir a una de las mujeres que observaban el patético espectáculo. Un miliciano mantenía a raya a unos cuantos niños que pugnaban por colocarse por delante de la gente mayor, y parecía que unas cuantas moscas ya se habían apercibido de aquella cosa. En ese punto, y apartándose sobrecogido de entre aquella gente, el adolescente Selim abandonaba, casi a trompicones, el fatídico escenario.

Un poco después de perder de vista al de Chavelles en la plana de la estación ferroviaria, y afectado por un intenso y extraño cansancio, Selim llegaba finalmente a la heredad campesina que en régimen de aparcería llevaban él y su padre. Allí se derrumbaba, como caído bajo la parra del patio. Temblaba. Más que por la sangre vista, se sentía acuciado por la impresionante soledad que afectaba al hombre muerto, ya sólo suceso y sin parentesco alguno con la vida y expuesta su intimidad final a la morbosa contemplación de todos, de grandes y chicos... ¡Qué cruel aquella soledad!, se decía el joven; y sus atribulados pensamientos se interrumpían

bruscamente porque, desde las feraces tablas de hortaliza, su padre se acercaba a la vivienda para refrescarse brazos y cara. El hombre sacaba agua del aljibe y aplacaba con agua su calor, como solía hacer al rato largo de laborar bajo la dura constancia de aquel sol.

—¿Qué pasa? —preguntaba el labrador a su hijo mientras buscaba el desgarro de sábana con que solía secarse. Después se sentaba sobre el poyo, junto al pequeño hogar y cerca del botijo, que colgaba del parral mediante un grueso alambre.

El muchacho suspiró profundamente, como falto de aire para sus pulmones. Entró en la casa y salió enseguida mordisqueando una manzana de aspecto no muy sano. Se sentó en la pequeña silla de anea, próxima a los geráneos y el recio jazminero. No quería él que se prolongara aquel silencio, desacostumbrado cuando estaba cerca su padre. Pero perdió el cómputo y fue el hombre quien habló, preguntándole novedades que contar de la ciudad. Respondía él con vaguedades, sin ánimos para inventarse salidas. Estaba al borde mismo de comunicar a su padre la apabullante novedad del suceso de aquella mañana. Y se lo vertió a chorro, de un tirón. Al padre se le heló al instante el perlado sudor que fluía por su atezada frente de campesino, y vio Selim cómo aquel hombre, ensombrecido de repente —como si el sol hubiera desaparecido del Universo—, se incorporaba de un salto y extendía los brazos en cruz, agitándolos en aspa como si quisiera huir del mundo.

—¡María Santísima! —Su voz sonaba profundamente grave y ahogada. Repetía y repetía la exclamación, daba unos pasos, se volvía... y caía sentado sobre el poyo como si arrastrase una oscura y repentina extenuación. Después de un densísimo silencio, en el cual el chico se ahogaba, el padre le pedía detalles, todos los detalles de lo visto y de lo escuchado. "Y dime quién estaba allí, si había gente conocida nuestra, gente mayor, hombres y mujeres". Así lo hizo el muchacho. El padre creía, además, que, con el relato minucioso de lo sucedido, podría percibir, más que la actuación de aquella gente ante el hecho, el grado posible de reacción que se podía esperar de ellos. Pero Selim, aun obedeciendo, insistía en resaltar a toda costa la absoluta imposibilidad de que el de Chavelles hubiera intervenido en aquello. Y volvía a lo mismo: había que proclamar públicamente que el tío Guillem no había participado en semejante barbaridad. Su padre lo escuchaba con desesperación. No caía el hijo en la cuenta de que el de Chavelles era pariente de ellos, y se lo repetía. Porque aquel hombre sabía que, a partir de aquellos momentos, y aunque pasaran años y años, un pariente, uno de casa como quien dice, había participado en aquel horrendo y necio asesinato.

—¡Pero si es que yo vi que bajaba del tren! ¡Con estos ojos, padre!

—Bueno, espera, espera. Veamos..., vamos a ver.

"La boca, cerrada", ordenaba y repetía el campesino. Ni una sola palabra de aquello, tampoco a la madre. Nada. Como si no hubiera bajado ese día a la ciudad.

"Pase lo que pase —insistía, trémula la voz—, se diga o se cuente delante tuya cómo fue la cosa, tú no has visto ni oído nada. Nada de nada. Ni una palabra, mudo!" Que ya se vería cómo rodaban las cosas, porque no estaba el horno para bollos de idealismos desfaciendo entuertos de aquella naturaleza. ¿Acaso no se sabía que algunos del Comité le tenían ganas a determinadas personas, aquéllas que, además de ser propietarios y gente de Iglesia, estaban bajo sospecha de integrar la quinta columna local...? La boca, cerrada. Que olvidara cuanto antes a quién vio en la estación ese día. Así de crudas eran las cosas. Y con la misma cautela y secretismo persistió aquel hombre... hasta el día en que cerró los ojos para siempre, a mitad de los años cuarenta. Para entonces —y sabido que el de Chavelles había salido de España dos o tres días después del asesinato, ¡y gracias a Dios!—, ya se comentaba en la ciudad por cuántas vicisitudes había pasado el pobre al llegar exiliado al campo de concentración de Orán. De aquel lugar inhóspito sería trasladado con otros españoles al Sur de Francia, y allí se toparía con más y más exiliados dos años después, con algunos también que habían conseguido pasar los Pirineos en patéticas multitudes de vencidos, gravemente enfermos, heridos y famélicos bajo la nieve y la más completa desesperanza. Porque la política de los ineptos y de algunos idealistas les había inferido la mayor estafa imaginada... aunque sin habérselo propuesto.

Mientras tanto, y según pasaba el tiempo, la gente pretendía haber olvidado aquel asesinato y otros dos más de miembros de la misma familia, aparte de que el hambre y la necesidad también borraban ciertas vergüenzas de la memoria. La tenebrosa carencia de alimentos básicos para vivir agudizaba los instintos y sus habilidades para combatir el hambre y, por ende, la desnutrición y las enfermedades. De los desmanes de las hordas marxistas sólo hablaban los vencedores cuando necesitaban argumentos para justificar sus arbitrariedades y abusos sobre los vencidos y sus allegados. De cuando en cuando podía reaparecer el relato de asesinatos tan brutales, o su alusión velada, invocación que algunos ponían en movimiento para congratularse de modo sibilino con los mandamases del gobierno local o con parientes de los "Caídos por Dios y por España". Porque había que propalar que solamente había una España, que no era, naturalmente, la de la II República, sino la de quienes se habían levantado contra ese gobierno en el 36. Recordar en voz alta la legitimidad republicana era cosa suicida, sin que tampoco a los filósofos e historiadores se les consintiera plantear la pregunta de por qué razón las clases miserables del país habían ido con tanto ensañamiento contra todo aquello que oliera a propiedad privada y a Iglesia, el clásico binomio. Por otra parte, aquellos que supieron del mal paso que diera Selim aquella mañana del luminoso y bello septiembre no salían de su irritado asombro, de su rabia, y ni siquiera tuvieron la bondad de disculpar actitud más bien propia de alguien joven e inexperto; al

contrario, se molestaron agriamente con él porque su infantil generosidad podía provocar un recrudecimiento de las tensiones locales y quizá la revisión de pretendidas y buscadas complicidades. ¡Si al menos hubiera pedido consejo a persona de confianza, o de la familia, antes de irse a contar lo de Guillem! Por eso, y qué remedio, no había más que aceptar como lógica la rabia que suscitó en algunos el relato de Selim ante el mismo alcalde y sus flamígeros falangistas.

Si se supo lo de su comunicación a la autoridad local, posiblemente se debió a un electricista que esa mañana trabajaba en los fusibles de la dependencia aneja al salón de plenos. En ese salón tuvo Selim un encuentro violentísimo. Aparte de ser duramente advertido de que no propalase mentiras y embustes, se le gritó repetidas veces que allí y en aquellos momentos terminaba para él semejante asunto. Y todavía un tipo de Falange lo acosaría a preguntas y empujones porque quería averiguar quién o quiénes lo habían enviado a verter semejante embuste en beneficio del tal Guillem y de otros como él, miembros todos de la jauría marxista. Al responder, tembloroso y pálido, que nadie lo había inducido a ello, arreciaron las amenazas y los zarandeos. Y, antes de permitirle marchar de la Sala, se le advertiría con voces tronantes que mantuviera cerrada la boca porque a alguien podía molestarle escuchar de sus labios la descarada mentira que allí había contado. ¡Y gracias a que no se cayó allí en el parentesco que unía al de Chavelles con la madre de tan ingenuo mensajero!

—Se te llamará en unos días —le advirtieron— ¡Y mucho cuidado con lo que vas contando, ignorante de mierda! —le espetaron finalmente.

Al salir del ayuntamiento, apenas si veía dónde pisaba en la estrecha y empedrada calle, aunque se alejaba de aquel lugar con la celeridad que su turbación le permitía. Y otra vez volvían a su confusa mente los congestionados, los irritados rostros que le gritaron a voz en cuello momentos antes. De un empujón del falangista —a quien nunca antes había visto en la ciudad, y el último en acceder al salón— quedó herméticamente sentado en uno de los historiados sillones de la estancia, a dos palmos de la mesa que presidía la estancia, y que ostentaba en relieve el escudo de la ciudad. Los retratos de don Francisco Franco y José Antonio flanqueaban la solemnidad del también preceptivo crucifijo, colgado de la pared detrás de la antigualla que era dicha mesa.

Dieciocho o veinte días más tarde, con la incipiente otoñada y los primeros signos tormentosos sobre las montañas próximas a la ciudad, al abandonar Selim la barbería de la calle Limones, y ya en plena plaza de la Nueva España, lo abordaba aquel a quien apelaríamos años después Hamet Zénete. El cabo sacaba una cuartilla doblada de un bolsillo de su levita, y se la entregaba con el hermetismo que le caracterizada, tan directo él y expeditivo:

—Tú sabes leer —le dijo—. Averigua cuándo tienes que presentarte en el juzgado. (Había como un reproche en aquello del saber leer, como si esa condición de leído pudiera ser algo subversivo... o base para complicarse uno la vida...).

Se quedó como de piedra con el papel en la mano, clavados los pies en el árido suelo de tierra de la plaza y viendo cómo se alejaba el cabo a buen paso hacia la calle principal subiendo la cuesta donde la farmacia. No atinaba Selim a moverse ni a decidir si leía el documento o se lo mentía en el bolsillo, tal era su desconcierto. Quien lo hubiera visto en aquellos momentos le habría creído un desconocido, o casi, quizá un forastero. Su grave sorpresa, reflejada todavía en la cara, se sumaba a la nueva apariencia facial que el reciente afeitado y corte de cabellos le aportaba... Podía pasar por alguien que, de pronto, había sido abandonado en la plaza de una localidad para él desconocida, extraña e inhóspita. Una pequeña ciudad donde, dos semanas antes, había creído imposible que se lo acorralara por algo ocurrido tantos años atrás, cuando él sólo era un adolescente... No había creído que se le interpelaría posteriormente a su declaración en el ayuntamiento, ni que de ello derivaran consecuencias graves para su persona, un modesto pastor... Su ingenuidad y alteza de miras llegaba hasta eso. Pero a la fuerza tuvo que recordar las palabras que pocos días antes le parecieron... una broma: "Se te llamará en unos días", o algo parecido... Y tampoco entendía por qué razón había olvidado en poco más de tres semanas lo mal que lo pasó aquella sórdida mañana en el ayuntamiento, acorralado con insultos y amenazas hasta ahogar sus idealistas deseos de justicia.

Caminaba ahora maquinalmente hacia el puente de la carretera, olvidado su propósito de pasar por el estanco y la tienda. Atravesado el puente, se sintió doblando hacia la derecha. Ya a la altura del lamentable matadero de la ciudad, tenazmente sucio y maloliente, dudó sobre si desandar el camino para ir por tabaco y averiguar si había algo de comida en la tienda. Pero sus piernas no se detenían. Sin cruzar por la estación ferroviaria, siguió hasta la segunda y polvorienta curva del camino, que era el del cementerio. Se sintió luego sentado sobre una piedra margosa del borde pedregoso del leve ribazo que encaraba al Norte, junto al camino. No supo el tiempo que permaneció allí en actitud tan ambigua y desolada. Tampoco se apercibió de quiénes eran los caminantes que lo habían saludado al pasar ante él, y mucho menos vería al espasmódico y siempre evanescente Caifás. (Los nubarrones, cuantiosos y obstinadamente grises, le parecían horrendos reproches a su ingenuidad e idealismo en aquella malhadada mañana, mientras que desdibujaban la hora solar, la de los pastores esencialmente). Naturalmente, Caifás se dirigía al cementerio... con el tembleque de siempre, tan parecida su figura a una caña seca del maíz que caminara. Alguien le había dicho a última hora que el médico y el agente judicial subían al camposanto a aquellas horas. Él era el sumo sacerdote de los judíos que condenaron a Jesús, y también era suegro de Anás, aunque esto no venía al caso. En las milicias romanas de sayones en Semana Santa, que, por turnos

de día y de noche, custodiaban a Jesucristo muerto, Caifás era un cargo relevante. No había más que contemplarlo tocado con el **minezofet** bicorne de su dignidad. Muy apretado entre sus manos, llevaba siempre, además, el Libro de las Leyes judías, y como si se tratara de preciadísimo relicario. Y, dado que su rol anual era el de tan distinguido y responsable cargo —fue quien aconsejaría políticamente la crucifixión de Jesús—, quedaba muy implicado —eso parecía creer él— en asunto de cadáveres. Aunque sólo de los suicidados o fallecidos por causas no naturales. Para aquellas desgracias del cuerpo y de la mente, eran evidente ayuda los dos puentes sobre el río. El Caifás aquel vivía muy atento a esas desgracias, que tanto ensombrecían el ánimo y condición de los humanos en general. (¡Cuánto hubiera disfrutado él —eso pensaban algunos— de poder asistir a la autopsia del cuerpo ahorcado de Judas Iscariote!). La gente mayor de nuestro mundo rural sabía que el espécimen Caifás procuraba no perderse ni una de las autopsias practicadas en aquel cuartucho del cementerio municipal. El individuo Caifás —delgaducho y amarillo como si llevara encima toda la ictericia de la ciudad— disfrutaba con singular obscenidad acompañando al médico de las sierras, la cizalla de Hirschfeld. el escoplo y el martillo. Sabía decir, además, **cristagalli** al mencionarse la apófisis... y también aquello de duramadre. Estaba enterado asimismo de que no convenía perforar el estómago del muerto por la pestilencia gaseosa que se podía producir con semejante descuido... y pregonaba confidencialmente —eso sí— cuánto le complacía presenciar cómo se quebraban las costillas, el esternón o el cráneo del muerto en aquel proceso científico que incluía el impúdico martilleo sobre los huesos del cadáver... En esa tesitura, al irse practicando las roturas, Caifás mordía con delectación obsesiva aquellos delgados rollos de pan pobre que llevaba consigo siempre que contemplaba semejante prospección. Con cada hueso quebrado, mordía él y trituraba un fragmento del delgado rollo de pasta horneada, muy socorrida en la ciudad para mojar en el malte o la leche... La escena no podía tener desperdicio, máxime cuando se abría el cráneo del muerto de oreja a oreja o se hacían converger distintos cortes en el eje del esternón. ¡Caifás, aquel maniático de los sayones romanos de Semana Santa...!

* * *

Después del ramalazo de ira de los falangistas, y sin haber recobrado su equilibrio mental, Selim comprendió que para él se aproximaban días de pesarosa tristeza, sobre todo por la insistencia con que las amarguras se implantan en el cerebro y el corazón de uno. Se acercaban largas jornadas de sigilo y estudiada cautela. Días y meses... y tal vez años en que tendría que hacerse a silencios y ausencias, derrumbados sus ánimos sobre la propia sima de su contención y secreto. Cada mes tenía que presentarse en el juzgado, firmar y rubricar como testimonio de presencia, como

otros muchos en la ciudad y según el concepto de aquel control, Libertad Vigilada. ¡Y que eso fuera todo, porque, una vez en la memoria de aquellos dos falangistas...! En ello estaría unos cuantos años, posiblemente, y de esta condición iba a derivar, sin duda, la actitud suya de atender intensamente los atisbos, los sinuosos bisbiseos emitidos por la gente, las huellas, las migas del suceso por hermético que pareciera, y cuidando de no hacer visible en público su interés por nada. Se veía guardándolos minuciosamente y quizá con avaricia metódica, pero sin determinación sobre su aplicación. Saber cosas y no compartirlas con nadie, ¿no iba esto a constituir una venganza sobre su propia ingenuidad, la que le llevó a su situación de controlado y evidente en la ciudad? Sería su autocastigo. Y su perenne recuerdo de aquel padre suyo. Con el transcurso de unos años de alegría aplazada, Selim Algarba llegaría a parecerse un poco a Salomón el Miau, con el que pocas veces había cruzado más de dos palabras: ambos se movían a la procura, al acopio de materiales para su sola o exclusiva contemplación, sin expectativa alguna de utilización, próxima o remota. Aunque ambos dos pudieran concebir ciertas ocasiones futuras en las que poder usar de ellos. (Mientras tanto, si las señales o datos de que disponían, más el pastor que el otro, les adelantaban un suceso inmediato, se morderían la lengua... y se dispondrían a mirar, únicamente a observar. Pero más el pastor que el otro).

EL PIRATA NEGRO, DON LEÓN SANZ... Y ETCÉTERA

El tebeo número 98 se tituló "Siguiendo la Pista". Esa pista era la que dejaba Olián en su huida de España. Veíamos entusiasmados, y a la vez con el corazón en un puño, cómo el Guerrero del Antifaz, Fernando y Osmín galopaban varias jornadas en dirección al litoral ¿alicantino? La zona marítima de Levante andaba muy revuelta aquellas semanas y, preguntando a los labriegos moriscos, aldeanos de los lugares y también a buhoneros y trajinantes, supieron que iban por buen camino tras los pasos de Olián y los suyos. Finalmente, soldados cristianos de retén en las torres y atalayas próximas al mar, o en sus acantilados y eminencias rocosas, les informaban del mucho movimiento de galeras piratas a la altura de Málaga, Almería y Murcia, sin duda para pasar al África ante el empuje de las tropas cristianas. (Sabíamos nosotros —en ese pronombre iba incluido Selim desde hacía poco— que algunos de esos misteriosos e insomnes navíos podían pertenecer a la arrogante y bonita Mujer Pirata, comprometida en trasladar al África al pobre y disminuido Olián. En la extenuante evacuación, final sombrío del dominio musulmán en la península, las aventuras del Guerrero del Antifaz daban pie para reflexionar. Porque la piratería africana y la turca se presentaban con nombres propios y signos inequívocos: jefes e insignias eran dolorosamente conocidos por quienes, al mercadeo entre los puertos, se desplazaban por las arriesgadas rutas del mar. Parecían habas contadas los diez o doce avisperos piratas más recalcitrantes. A nuestra ciudad se la hacía corresponder con aquel Zalé, un osado arráez berberisco que la quiso tomar a sangre y fuego en varias ocasiones, aunque sin conseguirlo por la defensa heroica que hombres y mujeres hicieron desde sus murallas y torreones. A esos piratas se los relacionaba con las Islas Gelves. Y, cuando en la colección del Guerrero aparecían viñetas de encuentros armados en esas islas, ¡qué secreto y vibrante entusiasmo el nuestro ante aquel tipo de casualidades! ¡Zalé, las Gelves, la Mujer Pirata!).

Al plantarse nuestros amigos ante el Pirata Negro, surta su flota en la abrupta bahía de las propiedades de Peñaflor, advirtieron que la situación allí era más que insostenible: muchos de sus piratas infligían a diario robos y extorsiones a los pescadores, campesinos y aldeanos en general. Las quejas de los amedrentados lugareños llegaban a cada momento a oídos del señor de la tierra, creciendo el malestar

exponencialmente. Entrevistado el Guerrero con el jefe de los piratas, pretendía sacarle de la postración en que lo encontraba y, a la vez, reafirmar el nudo de su alianza. El pirata se revolvía con malestar ante aquel empeño del Guerrero, al que culpaba de sus desgracias, incluyendo la animadversión que sus hombres mostraban ante tan extravagante y peligrosa amistad con los cristianos.

"— Por vosotros —bramaba, tambaleándose—, lo he perdido todo... No quiero más tratos con los cristianos..."

"—Escucha —le replicaba el Guerrero, discretamente apaciguador—, la mujer a quien amo con toda mi alma ha sido raptada y es conducida a África por Olián, su aprehensor. Por eso embarcaremos en tus naves.

"—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

"—Nada. Sólo quiero que me lleves hasta allí, donde actuaré por mi cuenta.

"— ¡Hum!, bien está si mi favor se limita a eso".

El hercúleo y ubicuo Jusep intervenía con furibundia amenazante: "¡Échalos al mar, señor. Nos traen desgracia". Pero el jefe pirata insistía en que el Guerrero era amigo. Y que el enmascarado y sus acompañantes les iban a abandonar pronto. Murmurando su protesta, el tal Jusep parecía haber comprendido. El Guerrero se hacía cargo de aquellas preocupaciones, y del abatimiento y resquemor que afectaban al Pirata Negro, enamorado de Beatriz. Era una actitud lógica ante los obstáculos que por esa pretendida unión se habían producido al llegar al marquesado. (Una cristiana de la nobleza española unida con un pirata moro, quizá musulmán, era núcleo de adversidades posiblemente insalvables. El caso de doña Ana María con el cristiano enmascarado nos parecía algo diferente, pero también problemático. De modo que entre aquellos dos valientes había una especie de solidaridad en su propio trato de semejante infortunio).

Nosotros habíamos seguido con vehemencia, puede que excesiva, la vuelta del Guerrero a la península, y ya admitíamos nuevamente —los hechos exigían nuestra resignación— que se disponía a abandonarla para desembarcar en la parte norteña del África en inaplazable persecución de Alí Kan y del lamentable Olián. Perseguirlos no era una futilidad: Ana María estaba en manos de éste y había que arrancársela a toda costa. En cuanto al recalcitrante y escurridizo Alí, intentaba el Guerrero apresarle, traerlo a España y que, ante los nobles cristianos, confesara que el Guerrero no era hijo suyo. Y estábamos seguros de que así iba a ocurrir. De su efímera, precipitada y borrascosa estancia en la península, nos había satisfecho presenciar cómo el vengativo e irascible capitán Rodolfo había fracasado en su vil acusación al Guerrero del rapto de doña Ana María, entre otras cosas. El capitán se había puesto en evidencia ante algunos caballeros cristianos. Aunque pronto se

reharía y su ímpetu vengativo se revolvería contra el Guerrero tan pronto como creyera tener un mínimo pretexto.

—"Al pronto, cuando vi aquel genio tan pronto, le juzgué mal, si bien pronto varié de parecer, pues pronto aprecié que su pronto era motivado por un mal doloroso que le consume, mal que lo sobrelleve resignadamente, ya que su bondad se conoce ya de todos, ya de ahora, ya de antaño".

—Pero, ¿qué libro es ése? —La pregunta se le dirigía al marginal que a nuestro lado recitaba aquel fragmento de disparatado léxico. Lo hacía en abrupta e impertinente intervención cuando los demás estábamos agrupados alrededor del cuaderno "En Tierras Africanas", y como harto de nuestros delirios.

(En la soberbia portada del mentado cuaderno estaban el enmascarado y su escudero. Los dos corrían evidente peligro, sometidos como estaban al embate de gigantescas olas marinas y a bordo de un navío impresionante cuyo aparejo sufría y soportaba locas acometidas del viento).

La redundante lectura libresca que acababa de infligírsenos procedía, obviamente, de un libro del conspicuo gramático don León Sanz Lodre, martillo de incultos, y de título "Tratado de Gramática Española". Don León era toda una autoridad también en Taquigrafía y Mecanografía de la Escuela de Comercio de Zaragoza. El ejemplar —según se supo después y casi por inercia— correspondía a la octava edición, y en él se proclamaba ser obra utilísima para preparación de exámenes. En letras todas mayúsculas, podíamos leer lo siguiente: "LIBRO QUE HA OBTENIDO LOS MÁS CALUROSOS ELOGIOS". Y toda aquella retahíla de "prontos" que nos había perpetrado un curioso impertinente iba luego de lo que aquí se expone: "Muestra de uno de los ejercicios de esta obra, que aparece con los análisis morfológico, prosódico, ortográfico y sintáctico, muy detallados". ¡¡Y sintáctico!! Después del ex-libris del autor —un candelabro de tres brazos con las velas iluminando los libros de su feraz y sobrecogedora cosecha—, constaba el año, 1945, y asimismo traía noticia de la editorial. Era ésta propiedad — ¿pintar como querer?— del mismo don León, y estaba en la calle Alfonso I, número 20 de Zaragoza. De los exuberantes e interminables ejercicios incluidos en el volumen, y destinados a clarificar cuándo se usaba la hache y cuándo no, estaba éste: "En hoto (en confianza) te diré que vengo a la husma (a inquirir) de detalles relativos a la huida del huraño ujier o hujier. El jabato hozaba en las hortalizas del hortecillo. Fué hallada por el hortelano la hucha de la huerfanita, pero con evidentes señales de haber sido violentada para hurtarle los ahorros. Los gestos que hizo Belisaria, cuando Eudoxia, también entre mohínes, le ofreció el jarabe, demuestran las divergencias que hay entre ambas hermanas gemelas". Otro endiablado galimatías o ejercicio era de este tenor, a saber: "Casi no cabía una mano en la orbicular (redonda) oquedad de la encina, donde el ovejero había escondido los ovecillos

(huevecillos) de la oropéndola". Don León no se recataba en lo de usar la be o la uve, y preparaba lo siguiente: "A ese ovillo le has dado una forma oval (de huevo). Ya ves que la gallina está ahuecando las alas como signo de que va a aovar (poner huevos), conque ahueca de ahí, que ahí estorbas, y si no, ¡ay! de ti"

—Pero ¿de dónde sacará estas palabras don Tigre?

—¡De don Tigre, nada: don León!

—¡Qué fiera este hombre con los vocablos! Es una cosa que espanta, ¿verdad, tú?

De no haber leído todo aquel rosario en un libro —¡cuánta autoridad la de la letra impresa!—, hubiéramos creído que se trataba de un invento estrambótico pergeñado por un individuo culto, o cultísimo, para mofarse del pedestre personal de su entorno, precisamente de nuestra ignorancia de voluntariosos guerreros. La didáctica del texto —bastante hortera o cursi por lo amañada, y ¡qué remedio!— articulaba sus elementos en oraciones gramaticales abiertamente descabelladas. Costaba admitir que alguien se atreviera a dejar escrito, y firmado con su nombre, aquello de "En el ovil o redil donde encerramos el ganado ovino (lanar), hay una oveja overa (de color melocotón) conviviendo con animales ovíparos". ¡Buena sarta para leérsela al rabadán Selim! ¡O al Remigio aquel! Quedaba otra retahíla, algo menos chirriante, y que vendría como anillo al dedo para leída en la botería a la hora del almuerzo: "El odre (bota o pellejo) tiene bastantes botanas o remiendos de badana y habrá que renovarle"...

A la espera de nuestra clase de aquella tarde, y pasados unos cuantos minutos de las cinco, nuestra lánguida mirada podía revolotear por el aula aquella —silenciosa y quieta tras la salida de ella del alumnado de primaria—, y, como una mosca repetida del verano, nuevamente se posaba sobre la gloriosa litografía del mapa aquel de la supuesta España. (El aula seguía oliendo igual que en años pasados: a goma de borrar, a blanda madera de lápiz y tal vez un poco a la tinta de sobre con que algunos adelantados ya hacían pinitos caligráficos con la pluma de palillero. Pronto iba a llegar al mercado el peregrino invento de ¡la pluma de vidrio!, una especie de huso puntiagudo de esta materia con ápice final para escribir. El huso lo recorría un resalte helicoidal y por la acanaladura correspondiente bajaba sosegadamente la tinta tomada del tintero al introducir el delgado y transparente bulbo en él. Simultáneamente, y en cuanto a novedades, toda España amanecía deslumbrada por los cinturones de plexiglás, y por las medias de cristal... ¿Sería aquello el progreso?). Aquél era el mapa de una España incontinente en su cromática exposición de la portentosa y varia riqueza. Ahíta de bienestar impreso, allí estaba la Patria: sobreabundante en producciones, exultante producto cartográfico de encargo, y cumpliendo de sobras con su hacendosa exhibición de nutrientes, recursos hidráu-

licos —qué hostiles y peligrosas las torres de conducción eléctrica de alta tensión— y minerales varios. En su polícroma estampación de las regiones patrias no se podía adivinar si en alguna de ellas podía hablarse como presuntamente indicaba el afamado y eficaz gramático don León, a saber: "Desde este paraje desvahado se divisa bien la moheda (monte alto) donde recogemos la hornija para la cocina, la cual llevamos en horones (serones) a lomos de los haberíos, y los troncos de encina para hacer hormas para zapateros", un texo chirriante que leíamos en inocente desafío para ver quién encontraba palabras más horrísonas o fuera de lo común.

—¡Pues anda que ésta! ¡Atención todo el mundo!: "Tras los celajes del arrebol cayó orvallo o llovizna que rebasó el alboñol, albañal o ardañal (conducto)".

—Enséñale la tuya, Nogueroles.

El compañero aludido, que temblaba de forma razonable ante las novedades diz que léxicas, se preparaba convenientemente y se abría, aturrullado. —Es ésta del hobachón, el isagoge y la apirexia. Y dice aquí que "un tal Práxedes se se quedó ila, ila, ilapso, soso, ante, ante... la fafa, facili, facili, dad, facilidad, de un tal Leo, Leobi, Leobi, no papara la cripto, criptoto, criptogragra, ¡fía!

—Aquí pone que hachero es también un vigía, pero que está en desuso.

—¡Menos mal, hombre, menos mal!

—En hoto te lo digo, tío Fu-Manchú.

(A pesar de aquello de las sorprendentes alternativas de los sinónimos, más que desconocida su existencia para nosotros, ¿quién era el que echaba de menos un diccionario en su casa? No se recuerda que nadie de los nuestros admitiera la necesidad de disponer de uno, pequeño o no tanto. ¿Diccionario? El más próximo, y mortalmente obviado, se encontraba sobre la mesa del maestro..., y sólo parecía que se abriera para localizar la famosa palabra que empezaba por "pu". Se desconocía cualquier otro sinónimo, y aun así había individuos que se fabricaban uno para en caso de tener que describir ciertas dedicaciones o tendencias, según barruntábamos).

En cuanto a las empresas heroicas, con las del Guerrero no podía uno quedarse al margen. De aquí para allá y de allá para acá —sin contar allende, aquende y acullá—, seguíamos atentos al enrevesado y atrayente ovillo de la simultaneidad de las cosas y las personas. Íbamos ya por el número ciento y pico, ¡voto a sanes!, de las restallantes correrías del Guerrero. Esta cifra ya se correspondía con lejanías y propósitos en los cuales no se decidían a entrar los seguidores tibios de la serie. Y lo malo, si lo era, consistía en que no sabían a quién o a qué culpar de su propia inconstancia, que, además, se parecía bastante a un reproche. Existiendo los agentes del F.B.I., El Pequeño Luchador, Purk (el Hombre de Piedra) y Roberto Alcázar y Pedrín en sus correspondientes trayectorias..., paralelos y diversos, ¿cómo no iban

algunos a asomarse a ellos de vez en cuando? Queríase saber dónde andaban y qué hacían, contra quién o quiénes luchaban y cómo rodaban esas otras aventuras de al lado por mundos imaginarios. La diversidad, la variación les atraía, sin duda; y algunos hasta se desentendían del Guerrero del Antifaz... definitivamente. Otros, igual se iban que volvían, como elementos inestables que eran y sin demasiada autonomía en sus decisiones.

—Se rumorea que ahora ha vuelto al África en busca de la Mujer Pirata, o algo parecido...

—No. Se sabe que va detrás de Olián, y también quiere atrapar al pérfido Alí Kan.

(¡Qué bien se pronunciaba aquello de "pérfido Alí Kan"! Las esdrújulas tensaban las comunicativas oraciones gramaticales creándoles tramos acerados como dotados de resortes impulsivos). "A la Mujer Pirata —decíamos al instante, y como añadidura esencial— aún no la conoce, y si nosotros sabemos algo de ella es porque viene anunciada para el número ochenta y dos".

—¿El ochenta y dos exactamente?

Estábamos al día, y sin perjuicio de recordar números lejanos, su desarrollo completo, determinadas viñetas y diálogos y confrontaciones de casi todos los cuadernos, volviendo con especial interés, y a menudo, a los números uno, dos, tres... e inmediatos posteriores. Los primerizos del autor nos sugestionaban muchísimo porque el Guerrero del Antifaz de entonces, balbuciente su dibujo y como realizado en tiempo de los Reyes Católicos, nos retrotraían incluso a una época anterior a la de sus deslumbrantes hechos.

—¡Si te supieras tan bien las lecciones de Geografía y todas las otras! —se me repetía desde la cocina con la cáustica sorna femenina, y no era la primera vez.

—¡Voto a bríos, ahora voy por las Islas Gelves!

—¡Ay, Señor, cuánta fantasía! —suspiraba nuestra madre.

* * *

Nuestro escenario territorial se confirmaba muy apacible con la comprobada ausencia de los desaprensivos grandullones de nuestras pesadillas. Cada facción vecina se concentraba en lo suyo sin molestar al prójimo, tanto si varones como si hembras. Y a veces caíamos en la cuenta —unos más y otros menos, claro— de cómo pasaban las tardes aquellas niñas. Jugaban a "casitas" sin cansancio perceptible, y disponían también de muñecas más o menos de trapo y confeccionadas en casa. Se marcaban ellas un área del suelo después de barrerlo con obstinación y valiéndose de un matojo. El prudente rectángulo acotado sería la vivienda, modesta

o no según su imaginación, como todos sabíamos. Pero esta superficie carecía de verdadera entidad doméstica mientras no se la marcara el rectángulo con piedras, restos de ladrillos o pellas de yeso. Por el mismo procedimiento se diseñaban la cocina, las habitaciones, el comedor. Todo estaba allí, a excepción del excusado (¡). Momentos después teatralizaban gestos y conversaciones congruentemente caseros de un mimetismo bordado y encantador. La simulación de las figurantes —tan inteligente por lo articulada y pintoresca— cobraba vivaz verosimilitud, y casi nos daban ganas de integrarnos en su elocuente disposición. Había allí una extensión de los intereses caseros en lo referido a la subsistencia, una de cuyas derivaciones nos implicaba, y como si se nos calificara de disponibles en cualquier momento. Sobrevenía esto cuando aquellas niñas se proponían jugar a la Fiscalía de Tasas, por lo que nosotros encarnaríamos a los inspectores y también quizá a los agentes designados para desbaratar en el tren o la estación ferroviaria los consabidos y sobresaltados trasiegos estraperlistas. Mientras ellas se arremolinaban alrededor del altísimo almendro que daba a la acequia y a las aromáticas ventanas de la fabriquilla del chocolate, los chicos simulábamos arrebatarles los pequeños sacos, los capazos y las también supuestas damajuanas del aceite. Así que se creaba un barullo de proporciones alarmantes, una algarabía como de locos, salvaje, con lo cual se suponía que garbanzos, alubias, arroz y bolsas con harina quedaban esparcidos por los suelos en un alborotado tira y afloja que no registraba claudicación alguna hasta que aquel instrumentado gentío perdía las fuerzas de escenificación, que tan miméticamente se acercaba a lo verosímil. Pasados unos minutos, todo volvía a ser sosegado y perfectamente tranquilo.

A eso de las siete de la tarde, y persiguiendo nosotros sin tregua a la miserable y deforme pelota del **foot-ball** entre la polvareda de siempre, las estrellas primeras parpadeaban con temblor telegráfico a las insignificantes bombillas eléctricas de los barrios de la ciudad. O a las de la vaporosa y quizá doliente estación del tren, que a su llegada depositaba mujeres cargadas de bultos sugerentes, escuetos sacos y bolsas y capazos presuntamente llenos de subsistencias. (¡Qué ilusionante la contemplación de un capazo o un bulto traídos de lejos, y resultado de tanto trueque! ¿Qué traía allí la madre? ¿Qué habría conseguido en los pueblos visitados...?). Un poco antes, cuando presentida o avistada la ciudad, estas maltratadas hembras habían sentido cómo el maquinista reducía la velocidad del atiborrado y populoso convoy para darles tiempo de lanzar a los caminos, sendas y terrenos campesinos lo más pesado y perseguido del mercado negro. En esos puntos convenidos ya esperaban fumando sus maridos, y quizá los hijos adolescentes u otros miembros de la familia —como se ha dicho ya—, que recogerían el producto de la descubierta por ellas efectuada en otros pueblos. Si el ennegrecido maquinista se había comportado solidariamente con las hambrientas, cansadas y exangües estraperlistas —algunos así lo hacían—, una de ellas se encargaba, representando a su grupo, de comprar

un helado grande para el hombre, que sudaba carbón y grasa por toda su cara. El tiznado maquinista agradecía el regalo, que se adelantaba a su intención de comprar uno del carrito de la Jijonenca, terne en el andén hasta pasado el último tren de esa jornada.

Por esos días aún se comentaba el inmisericorde decomiso habido en aquella misma estación. A una joven que venía de Gandía — ¡qué tribulación, cuánta lágrima al llegar!— se le habían intervenido cinco o seis kilos de jabón, tres de alubias blancas y un pequeño odre conteniendo aceite de oliva. A un varón de unos cincuenta años —casi un anciano— le retuvieron, yendo con su hija mayor, veinte de garbanzos, dos bolsas de lentejas y cuatro kilos y medio de arroz con cáscara. Otra persona viajaba con una arroba de carbón vegetal, que tuvo que entregar..., sin mencionarse los capazos de harina, de lentejas o de alubias secas que se había requisado aquí y allá. (De todo lo intervenido en un lado u otro, nadie de los perjudicados se preguntaba dónde iban a parar tantas y tan preciosas subsistencias. ¿Al Gobierno Provincial, a Abastecimientos y Transportes...? Pero nada se sacaba con saberlo). Con la denodada e inclemente persecución de lo que el Régimen llamaba fraude, parecía que se incautaran también de las ganas de vivir de aquellas personas, que así perdían lo básico de su alimentación y de la de su familia. De ahí la insistencia con que ese tipo de desangeladas noticias circularan por las conversaciones, porque tenían que ver con familias enteras, algunas de las cuales tenían algún que otro miembro —generalmente, varones— encarcelado desde el final de la guerra. No era de extrañar, pues, que semana tras semana se saliera al estraperlo contra el acoso del hambre o de las enfermedades de ella derivadas. Había que idear cómo zafarse de controles en los trenes, como en las carreteras, por secundarias o apartadas que discurrieran entre pueblos y lugares de aquella geografía de tan vergonzosos contenidos... Simultáneamente, los grandes negocios en el mercado negro tenían por beneficiarios a gente que, aunque circunstancialmente no había luchado al lado de Franco, sí que formó en la quinta columna o había sido perseguida por las incautaciones y acoso de los milicianos. Era gente que, terminada la confrontación civil, había demostrado su adhesión al Caudillo con delirantes denuncias y represalias laborales día tras día. Que por algo ciertos industriales practicaban actuaciones más propias de comisarios políticos que de otra cosa... El Régimen les había devuelto sus propiedades y dotado de fueros superiores incluso a los que disfrutaban antes de la malhadada contienda civil, y los castigados de toda la vida iban a sufrir entonces las refinadas injusticias decretadas por los vencedores, aquéllos de la vinculación inaplazable al credo católico y sus consabidas entelequias. A Franco no le importaba qué pensaran de su gobierno los políticos reunidos en Postdam en agosto de 1944, que habían emitido la siguiente declaración: "Los tres Gobiernos se sienten obligados a especificar que, por su parte, no apoyarán solicitud alguna que el Gobierno español pueda presentar para ser miembro de las Naciones Uni-

das, por haber sido establecido dicho Gobierno con ayuda de las potencias del Eje y porque, en razón de su origen, naturaleza, historia e íntima asociación con los Estados agresores (Alemania e Italia), no reúne las cualidades necesarias para justificar su admisión". Éste era el dictamen de los gobiernos de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, a cuyos oídos iban llegando noticias de la indecente y monstruosa represión en España. A Franco le tocaba entonces disimular, hacer como que nada había tenido que ver con Hitler y Mussolini..., y trataba de desvincularse de su relación con ellos, aunque sin aminorar la intensidad del rampante genocidio que se llevaba a cabo en el Estado español... Pero recibía la asombrosas adhesión de millones de españoles ... simplemente porque países extranjeros condenaban sus métodos y asimismo pretendían —decían los incondicionales franquistas— decirle cómo gobernar España. Muchos de los españoles beneficiados por aquel estado de cosas prorrumpían en sublevados denuestos contra quienes querían "liberarlos"... de semejante tiranía. Era el interesado primitivismo de un pueblo de inducida incultura política, orgulloso hasta la torpeza más arcaica e inoperante. ¿Qué se podía hacer? ¿Y qué excusas podría poner entonces, con lo de Postdam, la Inglaterra que presionó años antes para que Francia no vendiera armas a la II República...?

MONTAÑAS ... ¡SALADAS!

Se acercaba la Navidad, y en unos cuantos vecindarios con ciertos posibles se montaba el belén. Algunos años, en casa se dudaba entre hacerlo o no. Pero, tan pronto como venían esas fechas, la laxitud y la desgana desaparecían, incluso pocas horas antes del mismo día de Nochebuena. Puede que esa misma mañana terminnáramos por llegarnos a la estación del ferrocarril. "También vienen Ignacio y Vicente". En efecto, éstos se unían a la expedición. Y Jaime, en el último instante, que no quería quedarse solo y aburrirse esperando que volviéramos de allá.

Conocíamos muy bien, o requetebién, con cuánta facilidad se componían las montañas del Nacimiento utilizando el cagafierro de las imponentes y rezongantes locomotoras. Aquel material facilitaba mucho las cosas debido a su estructura. De organización poco menos que arborescente, los grumos de ese tipo e escoria —la del carbón de cok— trababan muy bien entre sí, y eso, además de acelerar el trabajo y ofrecer mucha maniobra en la estructura orográfica, permitía escoger formas diversas para promontorios, montañas y barrancos más o menos fluviales. Así que, sin pensarlo más, nos íbamos a la estación del tren, y, como todos los años, teniendo que oír aquello de "No vayáis por el puente de la vía!" Una vez en la solitaria y sosegada estación, podía venirme a la memoria lo escuchado en el taller o a las mujeres que acosaban al trapero, respecto a los estropicios lamentables inferidos a las estraperlistas pocos días antes. Y era porque entre las vías pisábamos restos de vidrio, lentejas o garbanzos insertados en el balasto o el cemento del envejecido andén. Aparte, percibíamos el brillo del aceite de oliva, cuyas manchas había que evitar para no resbalar directamente. No exageraban las mujeres en sus comentarios, porque allí estaba el fundamento y corolario de sus temores, de sus pesadillas más exasperantes. Con semejante sembradura de miedo, persecución y rapiña fiscalizadora a las azacanadas estraperlistas, crecía diariamente la miseria de mucha gente, y fácil era imaginarse los andenes ferroviarios de todo el país como escena envilecida de una lucha ruin que, además de regatear la subsistencia al cuerpo —muchos sufrían de avitaminosis—, pisoteaba la dignidad humana sin freno alguno. Aquéllas eran batallas y encontronazos muy diferentes a los que libraban nuestros héroes o paladines en los tebeos. En las inducidas por la autarquía franquista se concitaban el sonrojo, la ira y la humillación, que se daban sin que aflorara el sentido del ridículo en ninguna de ambas partes: ya se había perdido hasta la com-

postura bajo la presión asfixiante de las enfermedades y las privaciones. En aquella estación, desangelada y triste por definición, parecían concurrir todos los elementos que la hacían aparecer como cómplice necesario en los graves altercados del acoso, como si prestase a gusto su escenario para el desarrollo de tan envenenadas y repetidas tribulaciones. Su silencio a aquellas horas parecía un signo, una grave señal de admitida y contrita culpabilidad. Pero posiblemente se debiera a la tristeza que afecta a esos lugares cuando el tren se ha ido y los viajeros que ha dejado en el andén se alejan caminando y desaparecen engullidos por las calles y callejones de las hambrientas ciudades, y de tantos pueblos, al anochecer...

Aquel diciembre, y bajo la gravísima poquedad de suministros, contó Vicente que, al ir a nevar las montañas del belén en su casa, no había ni una pizca de harina en la patética y desangelada despensa. "¡Si es que mi madre no quiso bajarse a la playa, que allí sí que tienen harina, y mucha! Mi tía le hubiera alargado un kilo o así". ¿Harina en abundancia en un vecindario de la playa, en el sitio más pobre y cansado de la ciudad? ¡Cuánta fantasía se gastaban algunos! (Pero algo de intriga popular sí que había en el ambiente y en torno a próvidas cantidades de harina moviéndose de un lado para otro. En casa se comentó sobre las habladurías de las mujeres en la calle, y en el horno, también en la cola del racionamiento y la tienda. Se referían a grandes cantidades de harina puestas a la venta a precio muy asequible para la gente menesterosa o de escasos posibles. Pero se envolvía el asunto en un papel de fábula difícil de desembalar, cuando no se abundaba en la palabra milagro, y situando el suceso en las últimas casas de la playa de Poniente, allí donde resistían sin aún derrumbarse algunas viviendas de mala muerte. No obstante las diferentes versiones, casi todas tocadas con el brillo del portento, las habladurías también empujaban a calificar el suceso como un simple deseo de que su contenido fuera algo real).

El belén de Vicente, sin posibilidad de montañas nevadas —¿disponía de ellas únicamente el Frente de Juventudes, que montaba el propio y lo exhibía públicamente?—, recibió la dudosa genialidad de un toque generoso de sal de cocina, tal vez la sola abundancia en las alacenas, y no habiendo yeso con que espolvorear las cumbres, con tanto frío como hacía aquellos días. Pero a la mañana siguiente, todo aquello que era papel o cartón lucía tristemente fláccido, endeble y lacrimoso, con una ridícula debilidad en su consistencia. Un desastre generalizado, vamos. ¿Qué se podía hacer sino empezar de nuevo? Hubo que organizarlo todo otra vez después de apartar figuras, desplazar las casas, quitar todo el río y su puente y todo lo demás. Sólo se salvó del traslado el cagafierro, la orografía, claro. Así que, puestos manos a la obra, pronto apareció un belén nuevo,... aunque sin la nevada

de aquella supuesta harina que tanto revuelo había producido un par de semanas antes en la localidad...

Una vez seleccionada la escoria adecuada en la estación, nos volvíamos a casa, aunque, eso sí, por el puente del tren. Un puente que las bombas de los nacionales no habían conseguido ni siquiera rozar con sus contumaces bombardeos del año 38. Desde aquella su impresionante altura se divisaba el lecho del río y sus altas y gallardas matas del baladre flanqueando su orilla derecha sobre todo. Distinguíamos también, y perfectamente, aquel par de talleres de hilado del cáñamo, dispuestos paralelamente al arroyo, como terrazas anchurosas y largas. Allí estaban sus ruedas, cuyo giro producía la torsión requerida para que la fibra deviniese hilo. Las sabíamos movidas a mano por niños tristemente enclenques, desnutridos y soñolientos, e incluso maltratados en ciertos trances laborales. Niños de menos de catorce años de edad, sin escuela, ateridos de frío en los meses invernales y peligrosamente expuestos al duro sol de los veranos. (En primeros años de los treinta, y sobre reivindicaciones contra las leoninas condiciones laborales de los hiladores y sus peones de rueda, ya se había distinguido el poeta popular Blas Mayor, también hilador, con sus inteligentes y casi doctas composiciones poéticas. Al respecto de los obreros infantiles, escribiría versos vibrantes con la idea de que la patronal dotara ¡de un simple sombrajo! al emplazamiento de las ruedas y así librar del intenso calor solar a los pobres chicos que las movían: "La calenturienta lumbre / que el sol por doquier derrama / es la eternísima llama / de dolor y pesadumbre // A nuestro cantar sensible / todo el mundo se enternece / y el patrono permanece / a nuestro canto, insensible." El alegato, mucho más extenso y comprometido, surtiría efecto en poco tiempo, y la batería de ruedas motrices quedaría amparada bajo el cañizo reivindicado, sin que otros aspectos, salariales y de trato laboral, quedaran fuera de aquel cúmulo de justas exigencias. También se atenderían ciertas peticiones de las mujeres rederas...).

En aquellos talleres, los famélicos infantes trabajaban ante el despecho de ciertos patronos y, en ciertos casos, malvivían sin la piedad de sus propios progenitores. Asimismo, era crueldad evidente la relación de algunos de estos niños con el hilador asignado, porque las torpezas e inhabilidades de éste con el hilado de la fibra desembocaba nudos imposibles o roturas en el acabado del hilo, y estas a veces insuperables contrariedades se trocaban en enfados personales que podían desembocar en gritos, empellones y golpes inferidos al niño. En suma, el chico pagaba la torpeza del hilador profesionalmente mediocre. Y a la vista de todos. (En la II República, el desamparo del ayudante de rueda provocaría repetidas reprimendas de un edil del Consistorio a sus compañeros de gestión municipal, casi al tiempo que se producía la durísima y valiente huelga de hiladores y rederas. Los salarios eran bajos y también lamentables las condiciones en que trabajaban los hiladores

y las obreras que tejían las redes, reivindicándose asimismo los derechos de los niños de la rueda, básicos como tracción de sangre. Se consiguieron algunas mejoras para todos. Pero aquel insigne republicano local, Cortés Lloret, don José, seguía luchando, con denuedo por la escolarización de aquellos chicos, cosa bien sabida en la ciudad y comentado tantas veces en casa y el taller. Aquella su comprometida actitud chocaba con la repulsa solapada, o explícita, de algunos padres, renuentes a perder el irrisorio salario que aquellos denostados niños aportaban a la economía familiar. La Inspección de Enseñanza, ante la calamitosa situación obrera, terminaba por contemplar con mirada comprensiva aquella necesidad expuesta por los padres más duros..., y muy pocos de aquellos tiernos peones de rueda dejarían su pesada tarea en aquellos años... para ir a la escuela. De modo que aquella infancia ni tenía escolarización ni disponía de unas horas semanales para jugar. El problema acabaría en las décadas siguientes, un logro estructural que aún vería aquel maestro, don José, depurado y apartado de la docencia por el régimen franquista nada más acabar la Guerra Civil. (Incluso bastantes años después, lejos ya del final de la contienda, había que ver con qué saña se perseguía y desprestigiaba a las personas que pretendían acabar con ciertas injusticias. Se miraba con malos ojos al que intentaba romper, o modificar, el orden establecido..., aunque sólo fuera en aquello de los derechos humanos más elementales. Otras veces se atacaba sórdidamente a quien luchaba por las mejoras sociales: la insidia y la beatería más reaccionaria se movilizaban para desvirtuar el altruismo aplicado al prójimo maltratado. Había incluso gente ¡de extracción obrera de toda la vida! que se ponía en contra de quien intentaba mejorar las relaciones laborales en algunos sectores. Eran los que, para quitar hierro a una situación de alevosa injusticia, daban en invocar las habas aquellas que se cocían en todas partes. Mal de muchos, etcétera. Aquella ruindad consistía en mostrarse en público a favor de mejorar la situación del obrero, y congraciándose a escondidas, y simultáneamente, con los patronos por conseguir de ellos ciertas compensaciones. Había individuos que, acobardados, o traidores a su clase y condición, creían que no podían vivir tranquilos, con sosiego, habiendo en su entorno individuos que reclamaban los derechos laborales del obrero. Según su interesada visión, quien reivindicaba mejoras de ese tipo —quizá sólo insinuarlas— era un elemento de cuidado, temerosos de que en cualquier otra ocasión el que exigía sus derechos era capaz de tenerles a ellos mismos en su punto de mira. Había, pues, que asediarle y ver el modo de desmontar su prestigio. Era la miseria de los cobardes, que calumniaban a quienes, siendo de su misma nivel social, descollaban entre los demás por la constancia en el trabajo, la defensa valiente de sus ideas y la honradez y coherencia de sus comportamientos... Y para la Iglesia misma tenía que ser una vergüenza que muchos de sus feligreses, los pudientes, estuvieran siempre en contra de los derechos del trabajador, pero no parecía darse por aludida. Se acogía a la ferocidad instaurada por aquella Sombra de El Pardo, la bajo

palio, que perseguía y condenaba a muerte a quienes en su día mataron sacerdotes de esa Iglesia, de esa Iglesia tan laxa socialmente y desentendida de las atrocidades de la venganza).

Los niños de las ruedas de hilar. Nadie habría dudado de que aquellos chiquillos formaban un mundo aparte, tan apartados cualitativamente de los demás de su edad. Ligados entre sí por su grave y obligada relación laboral, el día a día los mantenía pegados a gente de mayor edad. Sin advertirlo, adoptaban su basto vocabulario, sus deformaciones en el comportamiento, las bravatas y palabrotas que se permitían ciertos hiladores y hasta las solapadas blasfemias que emitían cuando el trabajo presentaba adversidades poco menos que insolubles en sus manos. Y ésa era la escuela de que disponían. En cuanto a su supervivencia, y frente al mal trato que podían recibir algunos en casa por parte de padres o tíos, una extraña energía parecía asistir a los maltratados. Quizá su instinto les preservara de algún modo. De ahí que se las apañaran para, mediante tretas o añagazas, ir sobreviviendo a tan econada tempestad. Llenaban el buche con cualquier cosa que se dejara masticar y tragar y con ingestiones salvajes compendiadas quizá por flores de malva, cortezas de limón —una vez raspado su perfumado amarillo contra la abrasiva pared de las casas—, tallos de hinojo con memoria anisada, pan y quesillo, amén de un consabido etcétera estacional...Podían ser fuertes, resistentes, expertos en cazar pajarillos e incluso elásticos y felinos para tomar y escapar con la celeridad de una centella. Como los gatos que le quedaban a la ciudad y el campo, residuales y avisados contra la hambruna de quienes los tenían como sucedáneo escaso de conejos y liebres... Así que iban tirando, escabullidos de patadas y pescozones, a veces a empellones y denuestos de quienes, mayores en edad y en aprietos de todo tipo, descargaban su ira y frustración en sus enclenques cuerpos asilvestrados "¡Pero bien!", como decía uno de los supervivientes, ya mayor: mucha hambre y mucha leña (por castigo físico), pero bien. Que seguramente querría decir que aún estaban vivos... y, por supuesto, con ánimo decidido de olvidar.

Del modo dicho, los chiquillos aplazaban los intensos borborigmos del estómago y la quisquillosa exigencia de alimento que el cuerpo pedía. Don Pelayo, aquel albéitar de exuberantes patillas y bigotes, se refería a ellos como a "nacidos a malvas" y viviendo con empecinada resistencia a criarlas a destiempo.

—¡Y gracias a Dios Nuestro Señor —añadía—, que Ése no se olvida de sus pequeños!

EXPEDICIÓN A LA HIGUERA DE ARRIBA

Nuestro vecino el herrero hablaba poco. Comprometido con su fragua, el yunque y sus certeros martillos y tenazas, todos sabíamos que llenaba sus silencios con el tarareo continuo de piezas musicales muy arraigadas en el imaginario colectivo de nuestros pueblos y ciudades de la comarca. A veces las acompasaba sabiamente con el martilleo que propinaba a la pieza de hierro puesta al rojo sobre la bigornia, aquel yunque de dos puntas, para darle la forma invocada. Quienes asistían a la armoniosa y eficaz conjunción incluso podían entornar los ojos, medio adormilados. De ahí que, en efecto, la herrería contara a veces casi con casi tantos mirones como nuestro taller artesanal. (Averigüé años después —y sin recurrir a don León— que el vocablo "herrería" podía significar, dentro de una buena lógica, "ruido acompañado de confusión y desorden, como el que se hace cuando algunos riñen ó se acuchillan". Eso lo aseguraba el "Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de Literatura, Ciencias y Artes. Montaner y Simón. Barcelona : 1892. Era la obra que consultaba a veces don "Crisos" en la secretaría del ayuntamiento. Item más, y como otro ejemplo allí recogido, leíamos: "Ricardo y Mahamut... de cuando en cuando sacaban la cabeza por el escotillón de la cámara de popa, por ver en qué paraba aquella grande 'herrería' que sonaba". ¡Qué sorprendente, por lo diverso, el significado de tantas y tantas palabras!).

Una bonita y soleada mañana de septiembre, el herrero Faquí brotaba de su taller con cierta prontitud, y ansioso por reunirse con los demás en el almuerzo asambleario. Tenía que contarnos una cosa, y se mostraba locuaz y comunicador mientras cada uno atacaba sus víveres correspondientes... Faquí iba a relatar un caso, un suceso laboral relacionado con el mundo de hiladores y niños de la rueda. Así que se suscitó y mantuvo la atención que pedía para iniciar su historia.

—¡Venga esa historia y silencio todo el mundo!—dijo uno.

—Resulta —comenzó diciendo Faquí— que un hilador, ese al que llaman Escoba...

—¿Escoba... o Escoda?

—Ha dicho Escoba.

—¡Silencio! — se impacientó aquel uno—.¿Nos callamos o no nos callamos? ¡Es que si empezamos a interrumpir...!

Había ocurrido —aseguraba el herrero— que, a la hora de reiniciar la jornada de hilar, el apelado Escoba no sabía dónde diablos se había metido el chico de su rueda. Nadie lo había visto, y el taller entero ya estaba extrañado ante su ausencia. "¿Dónde estará el sinvergüenza éste, dónde se habrá metido?" —se lamentaba el hilador sin ayudante, apretando los puños y preguntando a los demás hiladores qué hora era ya. Pasaban quince minutos de las tres... y el chiquillo no daba señales de vida. "¡Será hijo de p..., el pájaro éste!" (Los hiladores trabajaban a destajo con el ánimo de terminar su semana laboral alrededor del día jueves, y no podían demorar ese objetivo con pérdidas sobrevenidas en su trabajo. De todos los hiladores de la ciudad, los muy expertos con la fibra terminaban la semana ¡el miércoles por la tarde! Así que...).

—El muchacho estaba desaparecido —dramatizaba Faquí, que comía a dos carrillos, inflados al masticar y como si soplara en su bajo. Señalaba a los que escuchaban que el tiempo pasaba y pasaba mientras todo el taller de hilados se preguntaba lo mismo que el hilador burlado: que dónde diablos se habría metido aquel chico y por qué razón o capricho no estaba a pie de rueda. Además —decía el herrero—, todo el mundo en el taller adivinaba lo que iba a pasar en cuanto el ausente asomara la testa por allí. "¡Madre mía!", exclamaban grandes y chicos. "¡Madre mía!" Y nadie quería estar en la piel de aquel que había roto las amarras en sistema laboral tan asfixiante.

Los congregados escuchaban la historia aquella en medio de un silencio... impresionante, ajenos a quien pasara rozando el corro.Y era tanta esa atención, que algunos de los viandantes se paraban allí unos instantes. "¿Ocurre algo?", preguntaban. Quizá pensaban que algún charlatán se ocupaba en embaucar al personal y venderles un reconstituyente o elixir, como en algún film del Oeste de los indios y vaqueros.

—Chisss, silencio. ¡Vamos a callarnos!

Por fin, continuaba Faquí, a eso de las tres y media de la tarde de aquel día, algunos trabajadores, del taller, grandes y chicos, comenzaron a gritar avisando de que ya volvía el rapaz desaparecido, que se le veía venir bajando de bancal en bancal desde las terrazas campesinas de allá arriba. "¡Ahí viene, ahí está. Ya está ahí!", coreaban los otros niños desde su correspondiente rueda en movimiento. El desenlace estaba próximo, y todos allí, grandes y pequeños, contenían el aliento y fijaban en seguida su atención en el semblante del hilador abandonado.

—¿Y qué diréis que pasó entonces? —preguntaba el herrero por darse solemnidad y dotar de intriga a su historia; también para seguir contando con la atención de todos sin excepción —. Pues que el Escoba se adelantó dos o tres pasos, agarró al niño por las orejas, le sostuvo fija la cabeza... ¡y se la mordió! ¡Le dio un fuerte bocado en la cabeza, pelada que estaba al cero! ¡Mordió al niño en la misma cabeza!

—¡Qué barbaridad! ¿Le mordió la cabeza o en la cabeza?

La historia continuaba, aunque no lo parecía, y quien la contaba avisaba a continuación de que se atendiera a lo bueno del final. ¿Aún faltaba el final y era lo mejor? Con morderlo e increparlo y zarandearlo, el Escoba vertía su furia sobre el infractor del horario convenido, muy pagado el hombre de que aquél era el escarmiento adecuado y la razón que lo asistía para morder de modo tan brutal.

—Pero es que, al zarandear al chico —intrigaba Faquí, y como si leyera para un dictado en una escuela—, al crío se le abrió la sucia y desastrada camisa, que la traía pero que muy abultada, como hinchada la barriga. ¡Y de allí brotaron brincando dos docenas de higos! ¡El chico había estado cogiendo higos de la higuera del último bancal!

El herrero, y como en nota a pie de página, recalcaba que el peón de rueda volvía muy contento y quizá hasta convencido de que se le perdonaría la tardanza. Y dijo también que fue cuestión de prisas que se bajara también unos cuantos higos más duros que un trompo o como peonzas hechas de neumático de camión. "¡Pobre chico y qué valiente!", decía finalmente el narrador, mondando su naranja. Y aún se supo algo más de aquel caso: al hilador aquel —¡y menos mal! se le ablandó el corazón ante el fantástico botín de higos aprovechables... Así que, mediante una indicación suya, y gimoteando el niño tan sañudamente mordido, ambosdos se sentaban en el suelo y, cara a cara, daban buena cuenta de los higos en un festín tan generoso como envidiado, y cuyos espectadores jaleaban la escena con sorna bullanguera en tanto que sus estómagos lanzaban voces como de fantasmas. Además, aquella herrería a tantas voces crecía en intensidad y chufla cada vez que el vengativo hilador alargaba su mano izquierda y, depositándola con litúrgica unción sobre la maltratada cabeza del niño, intentaba aliviarle el dolor y cortar sus sentidas lágrimas. Todo ello en una resuelta dedicación a tragarse los higos con pasmosa habilidad. Que así ventilaba cada uno de los actores su parte de aquel benéfico asalto a la higuera de allá arriba...

Semejante narración había promovido algunas carcajadas al final, y daba pie a comentarios e historias ligados al rudo aunque a veces alegre ambiente de los talleres de hilados. Uno de los jóvenes mecánicos contaba entonces que él anduvo con la rueda más de tres años, allá cerca del mar y el río. Hablaba de su hambre al mediodía, especialmente, cuando paraba el trabajo y algunos se iban a casa a comer (¡), tan cerca la suya del puente del ferrocarril. De camino al hogar, procuraba no correr pero sin conseguirlo. Su ilusionado regreso precipitaba su caminar, anhelando y temiendo al mismo tiempo alcanzar el quiebro que su calle hacía cuatro viviendas antes de la suya. Desde aquel punto ya podía columbrar si de la chimenea de casa brotaba el humo... o no salía nada. De haber penacho sobre las tejas y por sobre la higuera, él se ponía a galope, corría y corría atropelladamente hacia el premio. Si no había noticia culinaria en la chimenea..., ¡qué amargura!, porque,

además, a las tres, tenía que volver a la rueda del taller. De nuevo en su puesto laboral, y, turnándose sus manos, ahora la izquierda, ahora la derecha, tenía que hacer girar la rueda al ritmo y velocidad exigida por el hombre que hilaba el cáñamo. (En aquella destreza de la hilatura a mano, era más que sorprendente la habilidad exigida al oficio de hilador, y harto difícil de entender —¡y de creer incluso!— por el lego en la materia. Si a cualquier hilador se le pedía elaborar hilo del veintiocho, un suponer, esa orden era lo mismo que pedirle 28 hilos de determinado grosor, e iguales entre sí, que, pesados juntos, dieran un kilogramo. De la misma cantidad de cáñamo, un kilogramo, salían —¡qué diestra sabiduría en manos del profesional!— doce, catorce o veinte hilos, según la necesidad del producto posterior, que eran las redes de pesca. Esos doce, catorce o veinte hilos siempre pesarían un kilogramo, habiendo variado únicamente el grosor de cada uno de ellos, no su peso total. ¿Quién era capaz de figurarse aquello? Era evidente que con mil gramos de barro de amasada arcilla el alfarero podía sacar doce, diecisiete, veinte o treinta figuras de belén —pastorcillos, por ejemplo, o campesinos—, pero, y naturalmente, según el tamaño propuesto para cada ejemplar... Pero dosificar con los dedos la salida de la fibra hacia la rueda giratoria era más complicado que sacar figuritas del barro. ¡El alfarero siempre podía añadir o quitar masa a su figurita de húmeda arcilla! No era creíble la destreza del hilador... hasta que el desconfiado no presenciara aquel milagro con el cáñamo. Porque —ésa era la cuestión—, ¿como podían las manos de profesional librar la cantidad precisa de fibra para un hilo que sólo iba a pesar 35'2 gramos y lo mismo cada unidad hasta reunir veintiocho hilos iguales en grosor y peso,que finalmente iban a dar un kilogramo de elaborado hilo? Un verdadero portento.

—Si multiplicas 35'2 gramos de cada hilo por 28..., te salen mil gramos, un kilo.

—¡Qué finura, qué precisión la del buen hilador, señores! —exclamaba don José cuando, en tertulia, se tocaba el tema de los oficios y las habilidades de los campesinos, los albañiles y artesanos en general. Y siempre subrayando con extrañeza con qué desdén se podían referir a ellas sus protagonistas diarios, más que cáusticos por lo que sólo calificaban de aburrida rutina diaria. Los trabajadores manuales —tan excluidos desde antiguo de las tareas de gobierno de los municipios— admiraban respetuosamente al hombre leído, al poseedor de un título académico, a quienes reverenciaban a veces sin demasiado fundamento, y casi despreciándose a sí mismos por el trabajo manual que constituía su ocupación de cada día...

* * *

Los que nos movíamos algunas tardes en la trasera Sur de la calle principal, en los anchurosos y agostados bancales de esa parte, practicábamos destrezas de heroica supervivencia. Como si nos aplicáramos a organizar una travesura más

que a paliar aquel tiránico apetito, ordeñábamos a la lírica y beatífica cabra del bancal lindante con el rígido y suntuoso chalet de Centella. Había otra —de dueño distinto— que rumiaba sin pausas visibles en la tabla agrícola del rastrojo, segado ya el trigo, y fronteriza con la polvorienta carretera general, un arrecife lamentable esa carretera. Pero a esta segunda cabra no recurríamos nunca, o muy pocas veces, porque su territorio era abierto y sin arbolado que nos amparase de las impertinentes miradas que, desde las terrazas altas de los pisos, y tras los tendales, nos dirigían las quizá ociosas amas de casa. Como la operación del ordeño resultaba trabajosa y poco estática, renunciábamos a ella y aguardábamos a que el animal terminara con las extensas y al parecer sabrosas hojas de su historiada coliflor para incautarnos subrepticiamente del considerable troncho. Ahí era donde intervenía el socorrido poseedor de la navajita maravillosa (el de "las cerillas siempre a punto" era otro individuo), que, con célebre habilidad, mondaba magistralmente aquel mástil carnosamente acuoso, despojándolo de la cobertura celulósica que impedía masticar con delectación. La operación dejaba al aire el ánima del tallo, reluciente y fresca. Al repartirla buenamente y comer de ella, alguien comentaba que era muy comprensible que la cabra aquella hubiera rehusado cosa tan insípida. "¡Es que no tiene gusto de nada!", comentaba haciendo muecas de repulsa.

—¡Ah! ¿Y por qué pides tu parte, desgraciado?

Aquel que masticaba desdeñando, como no sabía sabía replicar que lo engullía "por inercia", se limitaba a encogerse de hombros y emitir el sibilante "pse" mientras disimulaba su manduca sin osar hacerle ya muchos ascos. (En aquel mismo terreno, y en alguna ocasión de mañana lluviosa, ni siquiera nos privábamos de entretenernos en lo que podía ofrecer la circunstancia: en el bancal de los dos altísimos almendros, un paular con mucho barro después de la lluvia de aquella mañana, elegíamos jugar a la "gallinita ciega" —y cretina, por supuesto—, trepando cada cual a la rama que consideraba más propicia para escapar a las manos fiscalizadoras de quien pagaba, y que llevaba cubiertos los ojos con un pañuelo que, por sucio, era intachablemente opaco. El peligro era casi mortal para la susodicha "gallinita" y para los demás, aparte del barro que nuestras alpargatas habían trasladado del suelo a las ramas y recios cimales. ¡Qué de fango en aquellas alturas, al movernos de rama en rama en tan insensata adivinanza aérea! La última vez que lloviera, uno de los equilibristas perdió pie y se fue de cabeza al suelo, sobre la empalagosa gacha que rodeaba la base del tronco. No se descalabró ni registró roturas en el esqueleto, pero ese día ya no seguimos con aquello. Con quitarnos el barro que llevábamos adherido, la oscuridad se nos vino encima... como para evitar que acometiéramos otras locuras ese día. El dichoso entretenimiento aquel no figuraba en el listado de los juegos infantiles al uso entre la gente menuda. Era una invención digamos estacional —en tiempo de lluvias— y de algún cerebro más bien endemoniado. Se

podía recordar, aquí y ahora, otra invención basada en el aprovechamiento del barro arcilloso de los caminos después de haber llovido dos o tres jornadas antes, y una vez que las rodadas de los carros habían levantado largos y estrechos camellones en el barrizal donde estuvieron los charcos. Esta distracción se me había ocurrido una tarde de paseo por algunas partidas rurales con nuestros padres y una tía nuestra, además de mi hermano. Tomábamos un palo y, como si de una cerilla gigante se tratara, le adheríamos una buena cabeza de barro prieto en el extremo... para lanzarlo hacia delante, como si asperjásemos con esa materia. El barro salía disparado por el aire describiendo una fantástica curva parabólica, y alcanzaba a ¡muy larga distancia! Era lo que faltaba como atractivo. Al día siguiente del citado paseo —un lunes, claro—, nos ocupamos de divulgar el invento allá entre la pandilla de la glorieta, cosa apremiante porque el barro del camino más a mano ya iba endureciéndose. Toda la chiquillería se movilizó al instante, y se creó un juego, naturalmente. Dos grupos de contendientes se ponían en mitad del camino, cara a cara y separados por una treintena de pasos uno del otro. Un miembro de una hilera disparaba su proyectil de fango prieto hacia los adversarios... y no podía moverse el individuo que veía llegar el proyectil que iba a darle en cualquier parte del cuerpo... (Si le daba en plena cara, como a una estatua, la algarada general alcanzaba límites apoteósicos...). A continuación, disparaba un contrario..., y los tocados por proyectiles tan húmedos iban dejando su hilera hasta que una de las dos, con un único soldado sin impacto, se declaraba subsidiariamente vencedora en la confrontación. Pero lo malo o segunda parte era que los de aquella práctica andábamos luego disparando barro en todas direcciones desde el centro de la glorieta... y las húmedas pellas se estrellaban contra fachadas, ventanas... y todo lo estático del entorno (si no daban en algún ser humano al margen de semejante ejercicio) ¡Y en seguida venía la eclosión vociferante y desgarrada de las amas de esas casas! Con aquella la pandilla en acción, todo lo que podía empeorar, empeoraba en su entorno. Y lo que empeoraba era el ambiente de sosiego que algunas tardes se disfrutaba en aquel emplazamiento urbano... porque nosotros resistíamos allí, tan impertinentes, con nuestra guerras y diversiones.

—Lo del "semiyugo" y las flechas era cosa más grave. Era peligroso y más que loco.

—Eso fue una ocurrencia de perturbados, aunque abandonada muy pronto, más que nada porque peligrábamos todos. ¿A quién se le ocurriría aquello...?

Me mantuve muy hermético en eso. Aunque me hubiera gustado presentarme como autor de tan delirante atrevimiento, no dije ni pío. Habíamos ido demasiado lejos con aquello, y fui yo uno de los primeros en forzar el abandono de práctica tan temeraria. Así que ya no había que merodear buscando asas de pozal, paraguas viejos y tiras de caucho. Con esos materiales habíamos fabricado arcos y disparábamos —al aire y en vertical— las varillas de los paraguas..., convenientemente

¡afilado! uno de sus extremos. La cinta de caucho o goma elástica actuaba como en el tirachinas. Pero la vuelta de la varilla al suelo, y además con aguzada punta, nos hacía echar a correr al tiempo que avisábamos a todo el mundo con gritos (¡). ¿No era una barbaridad?

—Disparabas y salías corriendo, todo a la vez. O buscabas un portal cercano..., o soñabas con un paraguas en buen uso para cobijarte.

—Aún siento miedo cuando lo pienso. ¡La saeta de paraguas cayendo contra los ojos de todos! ¡Qué barbaridad!

LA PRETENSIÓN DEL LLAMADO REMIGIO

Acerca de pasturas y pastores, Selim Algarba sabía cosas que, en produciéndose, rompían por un cierto tiempo con la monotonía del pastoreo en la sierra o en las extensiones despobladas de los abundantes y pedregosos secanos. El caso de Remigio, también llamado Facundo por los que le conocían de niño en el pueblo, nos lo refirió el pastor amigo una mañana mientras esperaba allí a un aparcero del lugarejo del Abdet para asuntos de cabras. Ese cabrero, Facundo, se mostraba habitualmente sucio, desarrapado y con hirsuta y complicada y espesa barba de más de dos semanas. Medio tuerto además, algunas veces parecía un temible espantajo andante, trashumante, y tenía la peligrosa facultad —para los demás mortales del entorno— de presentarse con el ganado allí donde menos se lo esperaba y con pretensiones disparatadas en lo tocante a derechos de pastura y otras fantasmales entelequias. Allí donde aparecía rodando con su ganado, cuyo comportamiento ya se parecía más que mucho a su pastor —por la inconsciente inducción de éste—, casi siempre se producía algún que otro desafuero, aunque a veces sólo pequeños e innecesarios conflictos. Como lo que se traía en el caletre el día que irrumpió en los labrantíos del Moro, al pie del cerro arcilloso del espartal. Esa mañana se había propuesto, ¿y quién sabría por qué? que su ganado pastara porque sí, por cabezonería, en la plana del almendral aquel. El recio y voluntarioso aparcero de aquellas tierras andaba muy atareado esa mañana, y lo mismo sus cuatro hijos. Entre los airosos almendros, ya libres de los numerosos vástagos y ramas improductivos, padre e hijos se afanaban en recoger en haces su leña tierna para almacenarla. Y fue cuando advirtieron la nubecilla de polvo que levantaba el ganado avanzando hacia ellos. "Ése tiene que ser Facundo", se dijo el enfiteuta, aguzando la vista y predispuesto ya a cualquier impertinencia de aquel estrafalario tararira. Bebió del botijo y lo volvió a colgar de la higuera de aquel cornial mientras que las reses de Remigio, él y los dos perros se aproximaban al primer bancal de la heredad.

Menos de un minuto tardó el aparcero en plantarse ante pastor y ganado.

—¿Adónde vas, Facundo?

—Me llamo Remigio yo —Parecía querer ganar tiempo, y se rascaba el cogote como buscando respuestas que sonaran como lógicas y realizables.

El labriego repitió la pregunta. Facundo, también llamado Remigio, miró hacia otro lado. Se rascó la barba a la supuesta altura del mentón, equilibró el mise-

rable sombrero de paja en su testa y, cuando consiguió mover sus gruesos labios, dijo que iba a que comiera el ganado.

—Aquí, no —le respondía con aplomo y convicción el aparcero—.Tú sabes que eso no puede ser. Nos harás pasar un calvario, si entran las cabras...

El pastor, que probablemente no tenía un pelo de tonto, sabía que si las reses la emprendían con la ramulla, ramoneándola con su rumia feroz, iban a dejarla con agudos e hirientes pinchos, y las manos sufrirían esa impertinencia al recogerla en haces. Pero su cabezonería le hacía insistir ese día. Le costaba volverse atrás en una determinación suya por creer que la renuncia razonable era esa cosa que llamaban cobardía. Se demoraba, pues, en su respuesta. Luego habló.

—Pero es que yo tengo aquí un papel... —Y rebuscaba con la mano en su deshilachado zurrón... hasta que lograba encontrar un manoseado y casi repulsivo documento que pudo desdoblar nerviosamente al superar los tenaces pliegues de que venía afectado. Entre tanto, algunas cabras, y con la pasividad cómplice de los perros del ganado, se repartían por doquier atropellándose y balando aunque sin mucha convicción.

El expectante campesino, requemado no sólo por todos los soles, y listo como el hambre, alargaba su leñosa y áspera mano y terminaba de desplegar tan misterioso papel. De él había oído hablar en el pueblo más de una y dos veces. Ahora lo escrutaba, y pasaron infinitos segundos sin que dijera nada —ni paula ni maula, pensaría Remigio—, procediendo a continuación a devolver el documento al Remigio tras habérselo plegarlo con parsimonia. Al fin, y mirando a los ojos a su portador, le preguntó si sabía leer.

—Yo... leer no sé —tartamudeó el cabrerizo.

—Ni yo tampoco, Remigio. Así que ¡saca el ganado de aquí!

Ante dicterio tan imperativo y frío, Remigio se había quedado mudo. Miró filosóficamente hacia el punto indefinido a que solía mirar cuando le sobrevenían las adversidades, chascó después la lengua... y procedió a achuchar a los perros para que a su vez azuzaran a las cabras y salir del almendral: se había frustrado el pretendido ramoneo, y quizá podía decirse que por la carencia de escolarización de aquellos dos seres humanos. Únicamente los perros parecían haber previsto semejante desenlace, habida cuenta de la experiencia cobrada cuando, en otras fincas y circunstancias, ya habían presenciado la solemne y fallida pretensión de documento tan evidentemente inoperante y patético. Los abortados intentos de Facundo, que no era tonto, quizá pretendían rendir por asedio a los imperturbables campesinos que, siguiendo las costumbres antiguas, las cumplían y las hacían cumplir. Así, pues, Remigio tendría que seguir buscando a cualquiera que claudicara. El herbaje, el uso común de las redondas municipales, las rutas ganaderas y la pervivencia de las cañadas seguían dando cuerpo al sagrado fuero de los pastores, que no hacían

otra cosa que cumplir las antiguas ordenanzas sobre propiedades privadas, cotos y trashumancias. Pero Remigio creía que doblegaría esos rigores insistiendo de vez en cuando, cosa que, en otras heredades, y por desidia o indiferencia de sus propietarios o gañanes, podía lograr con su contumacia. Él probaba, seguía probando....

—Facundo, hombre, a ver si cuentas cómo te las apañabas para alimentar cuatro ovejas y no sólo dos... —Eso le decían de vez en cuando en la taberna pero sin mentar ninguna de sus andanzas y rebotes documentales como el arriba dicho.

Sin duda, iba a contar eso, y lo haría esponjándose porque se le daba una nueva oportunidad de exponer la inteligencia de alguna de sus tretas. Aquel maniático de don Josué solamente le consentía criar dos ovejas —una y dos— en el somero y destartalado corral del espacio destinado al aparcero, allá en el extremo Norte de tan grande propiedad. Más de dos ovejas —cuatro, por ejemplo, o cinco— suponían una amenaza de hambre para las cabras y los conejos del amo, según arguía éste y por la escasez de hierba. Pero, en cuanto Facundo reunió plata suficiente para mercar dos reses más, no se encantó en hacerlo. Compró dos nuevas ovejas, igualmente blancas, imposibles de diferenciar de las dos que ya tenía y que pastaban en los bancales próximos a su vivienda agrícola. Naturalmente, él y la Apolonia, su mujer, mantuvieron el secreto durante los tres años en que ocuparon aquella casucha, alrededor de la cual crecían un par de almendros y granados, amén del serbal, la pareja de las soberbias higueras verdales, el limonero y el más que espléndido naranjo diz que californiano. (De este árbol nadie sabía cómo había llegado hasta la finca, y su descubrimiento tuvo lugar por el tiempo en que Facundo pugnaba, sin poder aún, por sumar dos nuevas ovejas a su potencial pecuario. Un ingeniero bastante "argromono" —al decir de la Apolonia— visitó aquellas tierras por pura casualidad un domingo de noviembre de hacía un par de años, determinando que el dicho árbol producía naranjas de las dichas washingtonas. Fue el primer ejemplar, al parecer, que llegó a la generosa y fértil huerta del municipio, si bien nadie sabía explicar cómo había aparecido allí. El tal ingeniero, funcionario estatal, interrogó al pretendido Remigio, sin que éste — ¡buen naranjo estás hecho tú!, diría para sí el técnico— comprendiera de qué cosa le estaban hablando, a pesar de que había oído decir que aquellas y otras muchas tierras las adquirió don Josué al volverse a España... tras haber hecho fortuna en la Costa Este de los Estados Unidos de Norteamérica allá por los años veinte.

—Teníamos cuatro ovejas, todas blancas, igualitas —decía Facundo, blandamente acodado en el remedo de mostrador de la tasca del callejón pegado al baluarte. Con el vaso de vino por la mitad, su sonrisa socarrona y su ojito pillín, estaba él, digamos, en su elemento. Aquél era el escenario apropiado para su sabida condición de vago, tan hábil en aplazar obligaciones de las llamadas laborales.

—¿Y cómo era que el ricacho de don Josué no se enteraba de que te saltabas el cupo, so truhán?

La sonrisa le resbalaba hacia la risa franca aunque contenida, dispuesto una vez más a la exhibición de secreto tan confidencial e ingenioso, y nuevamente intuido por él que tendría que narrar otra vez —porque le insistían, claro— lo que tanto le complacía contar... y que ya todos sabían en aquel barucho.

—Por la mañana —dosificaba su confesión atrayendo hacia sí la petaca de Amet Rajolí y asimismo el papel de fumar—, sacábamos dos al pasto del bancal, dos ovejas,... y por la tarde salían las otras dos. Ya podía mirar y remirar el señorito desde allá arriba de su torre. ¡Ni con sus anteojos —se refería al catalejo de don Josué— nos descubrió el teatro! ¡No podía, qué iba a poder!

Rompía ya en carcajadas y la compaña palmeaba su espalda, lo jaleaba. Él parecía estar viendo al dueño de la finca en la torreta con su aparato de larga vista, como un capitán mercante contando ovejas... Una y dos.

No podía saber el terrateniente que allí había cuatro ovejas. No podía porque donde el arcilloso cerro se juntaba al labrantío, lugar de la abundosa y atosigante chumbera, Remigio y su Apolonia habían practicado con denuedo y mucha obstinación una covacha de entidad suficiente como para los cuatro animales, aquellas cuatro ovejas tan igualitas. Su embocadura la tenían cegada con el seco y espinoso ramaje de limonero, además de con la leña de la severa poda que el buen labrador (¡) perpetraba en las higueras cada mes de enero. Aquella acumulación de maleza y ramaje seco, articulada con cierta facilidad, tapaba el interior umbroso del cobijo, de modo que... las ovejas eran dos veces dos. ¡Y qué bien!

"EL PERSONA" DEAMBULA

Río arriba, y sorteando indolentemente las pocas charcas ribeteadas de altas y floridas adelfas, entre los juncos y las cimbreantes lanzas de los intensos cañaverales, Abdallah Alqamah, "El Persona" por mal nombre, rodaba sin rumbo determinado y alejándose más y más de la ciudad aquella hermosa tarde. Tenía mucho que hacer en su confusa y voluntariosa pretensión de conseguir algo que llevarse a casa para comer. Pasaban los días sin modo alguno de ganar un par de pesetas por jornada, y, como en otras épocas de adversidad y desconcierto, se echaba a merodear. Olisqueaba aquí y allá con el fin, como mínimo, de sobrevivir al aburrimiento. Eran tiempos preñados de necesidad, peores que los previos a la guerra y los de ésta misma. Y muy delicados en la relación humana, si uno se alejaba del trato con familiares próximos o amistades de probada confianza. Así que, por una u otra cosa, y sosegadamente rebelde, el Alqamah se desentendía de la ciudad, consabida y escasa en sorpresas dignas de su interés. Se podría decir que la odiaba... sin haber él mismo analizado semejante sentimiento: las mismas caras de siempre entrevistas en sus calles, en las esquinas de las dispersas barriadas, agrícolas o marineras, en los alrededores de las pequeñas y tibias fábricas del chocolate o en las cercanías de los asumidos talleres de la hilatura del cáñamo... Lo de siempre. Tipos conocidos, archiconocidos, requeteconocidos y tan redundantes y previsibles en sus gestos, en sus modos de hablar, en sus apaños y trampas para ir tirando... Y tan dispersos y a la vez paralelos en los modos de desentenderse los unos de los otros, éstos de aquéllos, aquéllos de éstos y en la náusea diaria de tan manida convivencia... Eran reflexiones sin profundidad, sin calado ni más consecuencia en su talante que aquel de alejarse del núcleo poblacional simplemente porque de su contenido no esperaba nada aprovechable ni digno del menor interés. Nada. Casi siempre le ofrecían más las latas de restos culinarios en su itinerante visita nocturna frente a bares y tascas o figones ya cerrados, en donde, si se adelantaba a los erráticos perros de la noche —a veces tenía esa suerte—, podía masticar mondaduras de manzana, algún cacho de pan —definitivamente negro y mohoso—, y, si había suerte en esa esquina, raspas de pescado frito o alguna corteza de tocino salado cuyas adherencias masticaba y deglutía con incontenibles insalivaciones... (El Persona no sabía —¿cómo lo iba a saber?— que aquello de aprovechar los desperdicios comestibles era un lujo inalcanzable para miles y miles de presos de las cárceles franquistas, y todavía

por aquellos años. Se había implantado el hambre como método de venganza y supresión de seres humanos en las prisiones que mantenían los vencedores de la guerra, y matar así era un propósito al que no renunciaban..., después de las torturas, los insultos y toda clase de humillaciones por ser "rojos". La vida de cientos de personas valían tanto, al parecer, como la de un solo falangista, un propietario, un cura... o un señorito. Ese cómputo no lo conocieron los demócratas del mundo hasta pasados muchos años. Un obstáculo fundamental sería la vergonzosa defensa que del gobierno de Franco hacía la Iglesia española ante el Vaticano y el mundo entero. Los periodistas extranjeros y los gobiernos de Francia e Inglaterra parecían estar haciendo lo imposible — ¿no fue colaboracionismo con el dictador?— para no saber del genocidio ordenado por el bajito gallego de la vocecita detestable, aquella oscura constelación española. Como ya hacía años que pensaba el Miau que ocurriría, el ataque de los cretinos a la Iglesia y a los curas iba a desencadenar una represión mayúscula, caso de ganar Franco la guerra. Se recordaba, además, que la II República no había podido contar con las derechas proclives a razonar en cuanto se llegó al punto de la supresión de la religión en la escuela única... ¡Ah, la religión...! Ya en los primeros meses del gobierno republicano, la Derecha Regional Valenciana exigía que la Iglesia tuviera la máxima autoridad sobre la sociedad en cuanto a costumbres, y por encima de la autoridad del Estado... ¡La religión, algo íntimo del corazón humano, se quería que fuera referente obligatorio para cada cual y todos en rebaño de sumisiones! ¡La religión!).

Al Alqamah le fastidiaba sobremanera pasarse el día en su casucha de la playa, a veinte pasos del lecho del río y a menos de la orilla del mar, en donde el oleaje dejaba sus salitrosas y oscuras acumulaciones de algas. A mano, pues, tenía el río, que allí terminaba con charcas dispersas, malolientes en verano, y con anchas áreas sembradas de piedras considerables y hostiles que habían ido arrastrando, hasta la boca del mar, las violentas avenidas de las lluvias otoñales de años y años. Y de siglos. La inercia que le afectaba lo empujaba, simultáneamente, a emprender la misma caminata que en otras ocasiones había acometido río arriba... hasta alcanzar un punto indeterminado, dependiendo de lo propicio que el trayecto le resultara. De todas formas, le ganaba muchas veces la amenidad de aquellos parajes solitarios del cauce, la multivariedad de sus elementos naturales y, por feliz añadidura, el atractivo de sus taludes, desgarradas sus paredes arcillosas pero también, aquí y allá, con hazas agrícolas y plantaciones cultivadas. (El campesinado ancestral había luchado con rigor, casi con obsesión, por arrancarle al río toda piedra posible y con la idea, lograda y sostenida, de abancalar declives incluso abruptos para diferentes cultivos. Se advertía claramente que aquellos muros escalonados, paralelos al cauce, y a diferentes alturas contra los altos ribazos, estaban formados por piedras erosionadas

y muy próximas en la forma a masas esféricas, un esforzado aprovechamiento que los antiguos campesinos habían llevado a buen término...).

Río arriba, pues, y alcanzando a un punto de la anchurosa barrancada —en pocos sitios del río había angosturas serias— donde los bancales bajaban hasta las mismas matas de la adelfa y los cañares, Abdallah Alqamah —el Persona, para unos cuantos— recordaba una cierta aventura que coprotagonizó años antes y en sitios similares, río arriba, arriba. Lo había contado —y quizá más de una vez— en la cantina donde se acuartelaba Remigio cuando le daba al morapio peleón e infame entre aquel zipizape de vociferantes adláteres, la astrosa cofradía de los más vagos o inconsistentes de aquella zona playera. Se podía decir que allí las habas eran contadas, a tenor de historias como la que, río arriba, arriba, evocaba Abdallah mientras tomaba el chisquero para aplicarlo a la socorrida colilla callejera, ya entre los labios. Siendo crueles y cuitados aquellos tiempos, el hambre y los ingeniosos remedios que ésta dictaba podían relatarse sin que los oyentes, medio trompas o casi, se escandalizaran invocando la dignidad y otras debilidades de la moral.

—Hace ahora tres años —añoraba el Alqama, grandote y siempre como soñoliento—, yo y Çalat subimos a la Cenia Grande porque el tío Burió nos encargó sembrarle dos kilos de habas. Nos fuimos por el río, arriba, arriba, tan contentos y anda que andarás, y, al llegar a los bancales de Llibers, delante del refugio agrícola, se nos ocurrió que podíamos encender un fuego... y hervir todas aquellas habas. Enseguida —proseguía— nos pusimos a buscar algún bote metidos en la antigua corraliza, un bote o algo parecido. Dimos con uno grande que podía valer para el asunto. A pedradas lo enderezamos y quedó listo para la cosa... Después prendimos el fuego y pusimos a hervir las habas, que venían bien maceradas y listas para sembrar... Pero entonces pensamos que para aquello necesitábamos, por lo menos, un litro de vino.

Uno de los dos, Çalat, menos corpulento y más ligero que su compañero, emprendió la marcha y, río arriba, arriba, se llegó al lugar de Orcheta para traerse el vino y volver cuanto antes porque atardecía y refrescaba con la proximidad de la noche. Pero, ¡qué lástima!, no se les ocurrió lo de la sal.

—Podía haber pedido yo un poco de sal —se lamentaba Çalat, manifiestamente contrariado a su vuelta— .¡Cago en Dena! —A cambio de la imprevisión, no había bebido ni una sola gota de la botella de vino que de tan lejos se traía, cosa que no tuvo que demostrar.

—¡Es que eres un borrico, Çalat! ¡Mira que no traerte un papelito de sal...!

—¡Tú no dijiste nada de sal! —Era lo de siempre, y la réplica era, igualmente, que para algo tiene uno la cabeza.

Pero no por desabridas aquellas habas se quedaron en la improvisada olla. Les alegraron la panza en pocos minutos, aunque la deglución de cada una contenía el lamento de la sal ausente. De sabor tan extrañamente dulzón se desquitarían am-

bos pillos cuando, ya en casa cada uno, pusiera a hervir los dos o tres puñados que se guardaron para la cena de los suyos. Eso ya lo paladeaban mientras cavaban los hoyos para enterrar cautamente los hollejos de la leguminosa. Mientras, y como si el cielo tuviera una sembradura de vetas auríferas, las estrellas más adelantadas parecían parpadearles una especie de misteriosa complicidad.

Acabado el relato, los oyentes querían saber —seguramente tenían su derecho— qué diablos le habían dicho al tío Burió en cuanto pasaron dos o tres semanas... y las plantas no aparecieran por ningún lado. Como quiera que se limitaran a enterrar los hollejos, el propietario podría pensar —dijeron, tan tranquilos como divertidos— que algún bicho asesino, un bicharraco cualquiera, habría terminado con la simiente. Y en efecto: llegado ese tiempo, y según se sabría en toda la barriada de San Antonio de las Huertas, el tío Burió había ido hurgando con el dedo índice en la tierra de la tabla sin advertir yema alguna por más que escarbaba. Él en persona miraba y remiraba, pero nada de nada: sólo encontraba dispersas pieles, húmedas y ennegrecidas, huecas. La segunda o tercera vez que lo hacía en diez o doce días ya empezaba a resignarse y como adoptando la sabia medida de no querer enterarse de lo que allí había pasado de verdad. Si alguien lo hubiera visto inclinado sobre los surcos tanteando científicamente e invocando los brotes deseados, quizá le hubiera oído canturrear aquello de los gusanos: "¡Ay, los gorgojos, los gorgojos!" Que así parecía hacerse cargo de la estafa, perpetrada por, al menos, dos gorgojos. Una de aquellas tardes de obsesiva y frustrante indagación, su hijo mayor, Gerardo, le decía con sombría prudencia.

—Ha sido el bicho, ¿no?

—El bicho, sí. Dos, que yo sepa... Dos gusanos.

El joven creía haber entendido. En la barriada donde quedaba su casa parental y otras tierras agrícolas de arbolado y hortalizas, sí que se supo aquello y se comentó con las chanzas de rigor correspondientes. Se debió a Gerardo, que quería pedir explicaciones a Çalat y al otro... gusano. Echaba pestes de ambos, sin poderse contener y congestionado, habiéndose ido de la lengua en una reacción que parecía natural ante la afrenta inferida a su padre. Y porque calificó de inoperante y pasiva la ironía del abuelo, quien, en tono bíblicamente resignado, acabaría por repetir aquello de "Dios los haya perdonado".

—¿A los gorgojos?

—A los gorgojos o a los gusanos! ¡Ya qué más da! El año que viene..., en fin.

Aquello se relataba a traque y barraque a una parroquia de vino, tabaco y cháchara por los codos, y lógicamente tenía que concitar algún que otro relato del mismo jaez o sustancia: dos individuos — ¿para qué sus nombres?— habían seguido la pista a un labriego que se disponía a efectuar una plantación de tan socorrida y pródiga leguminosa. Situados en el linde del bancal elegido y predispuesto, y es-

condidos disimuladamente tras la maleza que crecía junto al sobrio y dorado serbal y la higuera, observaron aquella siembra pacientemente en tanto ya subía la luna, muy grande ella, por el Este. Esperaron con la respiración acelerada. Cuando, más de una hora después, el campesino recogía su azadilla para abandonar el terreno y alejarse por el sendero de la acequia, los apostados desenterraron las habas, con las cuales se llenaron los bolsillos y el seno en muy poco tiempo. Sólo tendrían que lavarlas, ponerlas a hervir en casa y engullirlas impunemente y con grande satisfacción...

—¿Con sal o sin sal?

Todos aquellos casos y más, aunque no siempre con habas interpuestas, los podía evocar Abdallah remontando el río y anda que andarás. Y puede que pensara, risueño y pirata, cuántos otros casos habría que no se iban a saber nunca. ¡Madre mía! Él, grandullón respetable, barbado desde semanas y semanas, con un hambre perdurable y casi atroz a todas horas, había hecho muchas cosas en su vida y de varia índole, algunas para amenizar el agua hirviendo del puchero en que se cocían los dispersos y anodinos garbanzos. O las más que socorridas pencas del cardo hortelano y las acelgas bordes. Hubo ocasiones en que estuvo en las ariscas anfractuosidades aledañas al molino harinero —maquilero las más de las veces—, al socaire fresco y rumoroso de cañas y luminosos carrizos. Estuvo allá con sigilo cinegético y esperando que alguno de los volubles y elegantes patos que allí parlaban en soliloquios de charca cayera en sus más que poderosas, velludas y sarmentosas manos de cíclope desesperado. O escrutando por entre la densa maraña de los tallos a la disparatada y locuaz gallina que, picoteando y picoteando, se alejaba peligrosamente —para ella, desde luego— de las restantes con aire entre ausente y mayestático, tal un guardia palaciego de obligada solemnidad. Porque el alegato para justificar sus andanzas —que con cierta frecuencia pagaba con los empellones y culatazos de los civiles— no tenía nada de remoto, flotaba en el ambiente de los humanos mortificados día a día por el hambre, aquellos hombres, mujeres y niños que sufrían la generalizada carencia de casi todo. Y que, como añadidura ruin, sí que contaban con la cruel abundancia de la represión inaplazada y de los serios avisos de los agentes, oficiales u oficiosos, afectos a los despiertos amos de la situación política. Unas habas aquellas muy bien contadas.

En cosas así iba pensando el Alqamah cuando avistó el caz rumoroso del molino en su monocorde monólogo de agua fresca y parsimoniosa. Lo sorteó haciendo equilibrios asido a las recias ramas del baladre, y, poco después y más arriba, fue cuando vio aquello, tan llamativo. Alcanzó a captar movimientos extraños y fugaces en la alta línea que bordeaba el lado izquierdo del talud. Allá arriba reverberaba un jinete, un hombre a caballo aunque sólo silueteado, pues el sol poniente lo convertía en prolongación oscurísima del magnífico animal que montaba. Caracoleaba

el caballo y tomaba altura la airosa capa del que parecía un caballero medieval. Tan imponente presencia desaparecía luego unos instantes... y reaparecía, avanzando y retrocediendo pautadamente sobre aquel terroso y agrietado precipicio. Cautivo de su preocupada y minuciosa observación, el Alqamah miraba y miraba aquel ir y venir del jinete, que, entre los arbustos y acebuches de la accidentada cima, parecía incitarle a la escalada. Y sentía él un impulso imperativo que llevar a cabo mientras iniciaba la subida por la abrupta y estrecha cuchillada de la torrentera. El timbal poderoso de su corazón lo empujaba talud arriba, y trepaba sin respiro mientras, colgado de la terrosa pared, escuchaba unos segundos el bello piafar del poderoso corcel, cuyos cascos provocaban ligeros desprendimientos de pedregosa arcilla sobre el propio Abdallah. Agarradas sus aceradas manos a los salientes, y apoyados los pies en recias y retorcidas raíces de algarrobo, iba ascendiendo. Estaba ya a pocas brazadas de la llanura superior, una cuasi planicie de antiguos bancales de olivos y algarrobos que a Poniente contaba con cuestos y altozanos previos a las alturas boscosas del dorado horizonte. Caía la noche entonces... y no cejaba en su misterioso envite aquel mágico jinete. Una vez Abdallah en tierra firme, ya pudo ver que la insólita figura ecuestre permanecía quieta —como estatua de piedra o de bronce— ante una vieja y pequeña construcción agrícola, aquella casuca rural por el Alqamah tan conocida. ¿Por qué estaba detenido allí tan solitario e imponente guerrero? Abdallah sabía de aquel refugio, como la mayoría de la gente entre la que vivía en el arrabal. No pocas veces se había él resguardado en ese cobijo de la lluvia momentánea y tormentosa o del inclemente sol de algunos estíos en sus descubiertas por el terreno. Cosa lógica, también él se quedó paralizado, creyéndose observado por la inmóvil silueta. ¿Era aquél un caballero de las Cruzadas tal vez perdido en semejante terreno y sin saber volver al libro del que habría brotado por accidente? El estático y sorprendente jinete parecía estar allí como sugiriendo un algo difícil de captar, de comprender. ¿Qué podía ser? Ahora, y de improviso, la figura volvía a moverse. Se movía otra vez con su montura y como afectando impaciencia o prisa. Luego, y finalmente, iniciaba una velocísima cabalgada... hasta perderse en la adensada oscuridad de la lejanía, entonces más misteriosa aún. Para entonces ya apuntaban las primeras estrellas no obstante estar afectado el cielo de un intenso resplandor de oro. ¿Qué significado tenía tan misteriosa incitación, si lo era? ¿Había en ello alguna forma de mensaje? Abdallah no entendía nada, y pensaba —no era la primera vez— que su inteligencia era más que corta y torpe. Torpe hasta la irritación, en algunas ocasiones... En aquello había un enigma, y él tenía que descifrarlo, y se sentía renuente a abandonar el lugar. Se acercó entonces al pequeño refugio agrícola y empujó la puerta. Olía a cosecha de algarrobas, y quizá siempre estaría allí esa impronta. Iba a encender una cerilla y escudriñar allí dentro... cuando escuchó el rumor creciente de un motor. Provenía de aquella llanura abancalada de los respetables y antiguos algarrobos y olivos. Escuchó el

fatigado motor de la máquina con algo más de claridad, y optó por salir de allí para situarse, en pocas zancadas, detrás de la poderosa colonia de chumberas, pegadas a los adustos y tenaces rebrotes del hirsuto acebuche. El rudimentario camino atravesaba, difuminado, las formaciones arbóreas, comunicando con la barriada de San Antonio de las Huertas después de bajar hacia la depresión del río y cruzar el puente. Demencialmente cargado, se iba acercando un camión. Llegaba allí ostensiblemente inclinado del lado de Poniente... aun siendo tan llano el terreno. Se paró ante la casuca, una obra de piedra, arcilla y algas y con la acostumbrada escasez de yeso, según el mortero pobre de la obligada frugalidad en el campesinado. Del camión bajaron en seguida dos individuos. Escrutó sus rostros y maneras con la lógica dificultad, y supo al poco, y al leve resplandor de la anochecida, que no los había visto nunca antes. Tampoco reconocía sus voces. El vehículo traía reventada la rueda trasera de la izquierda. Encorajinados aquellos dos, farfullaban algo sobre el maldito reventón... y luego se apercibían, con irritación desbordada, y a su vez anonadados, que la maldita rueda de recambio no estaba en el sitio correspondiente. ¿Dónde diablos estaba? ¡La rueda de recambio, la rueda!¡Pero...!

—¡Cómo puede ser esto! ¡Me cago...! — maldecía uno de los dos ajustándose el pantalón a la cintura con movimiento enérgico y preciso de manos. Su compañero miraba estupefacto el hueco zaguero donde se suponía andaba trabada la rueda. ¿Cómo podía haberse soltado?

—Nos la han robado—exclamó éste.

—¡Por San Judas!

—¡**Votobadeu**! ¡Me cag...!

Pero se advertía al momento que llevaban mucha prisa. Se dejaron de imprecaciones y fueron directos a la puerta de la casita. La empujaron con fuerza, rápidos y certeros... porque ya habían estado allí antes. «Al menos una vez, seguramente», se decía el Alqamah. A continuación, y con muchos nervios, se colocaron por capirote un saco vacío y comenzaron a descargar el camión sin más liturgia, y que venía repleto y desbordado de ¡sacos de harina!, inconfundible y universal aroma. Ante ello, a quien escrutaba semejante trabajo se le pasó por la cabezota salir del escondrijo... ¡y prestarse a ayudar! Muchas veces, muchas, se había ocupado Abdallah en carga y descarga de camiones y furgonetas en su vida, y desde que era un adolescente. Se sacaba así alguna peseta. Descargaba pesados fardos, bultos y respetables y compactos sacos de yeso, y de harina, así como apretados costales de esparto o cargamentos del cáñamo procedente de la vega Murciana. Y lo mismo había hecho con el emblemático cacao de la Guinea Española para fábricas y fabriquillas chocolateras. Pero el Alqamah se contuvo. Permanecía al socaire de las ya negrísimas y rígidas palas de la poblada chumbera. Ahora casi se reía a mandíbula batiente por su ingenuidad inercial y porque, para su corpachón, los sacos

de cincuenta o más kilos eran una evidente liviandad, ya tantas veces demostrado por sus brazos y portentosas espaldas. A veces, por la apuesta de un vaso de vino, se comprometía a descargar dos sacos de una vez; y, sin desafío ni envites, en el puerto se bajaba dos cajas colmadas de pescado, una sobre la otra, de la barca al muelle... (Otra experiencia era la que lo incluía en las descargas que él llegaría a denominar «descargas del vino». Con una farragosa compañía circunstancial de gente envinada y dicharachera, descargaría sacos de simientes y abonos muchos años después para un organismo agrícola, mientras uno de la cuadrilla se encargaba de ir y venir de la taberna, cercana, con la botella de vino a tope —la del cañuto en la boca— y enseguida vacía. Era la intendencia a pie de obra, y aquel digamos liberado veredero no hacía otra cosa. Mientras se descargaban los productos, la botella era vaciada a tragos copiosos en la garganta de los elementos de aquella abigarrada y sucia pandilla, y el Persona tampoco se privaba de echarse al coleto tan tormentoso morapio... De ese modo, y vacía por completo la caja del camión, apenas si les quedaban unos céntimos de liquidez ¡después de pagar religiosamente al dueño de la cantina!).

Transcurrida más de una hora, los dos de los sacos de la harina apoyaban la espalda en el lateral del vehículo, después de haber cerrado de un tirón la destartalada puerta del refugio. No le aplicaron atadura alguna de cuerda o alambre. Era como si fueran a volver pronto al lugar, o que se esperara la llegada de, quizá, un segundo camión. Pero no —dedujo Abdallah—, otra probable carga ya no cabría en tan reducido almacén de aperos, a juzgar por la cantidad de sacos que aquellos dos habían trasegado. Dedujo también que aquella harina no la iban a dejar allí mucho tiempo, quizá sólo unas pocas horas. No era sitio para ello, tan a mano de merodeadores... Eso se decía mientras los dos hombres fumaban en descanso tan evidentemente merecido. Veía cómo la brasa del tabaco decaía y reavivaba en una alternancia de faro costero. Y escuchaba los comentarios de aquellos dos sobre medidas y decisiones, cabreados como estaban, por añadidura, con aquel maldito asunto de la rueda. Sin resignación, y terminando de fumar, aún se plantaban ante el hueco que había dejado ésta. "¡Maldita sea!" La que estaba reventada, patéticamente fláccida, no se libraba del irritado patadón.

—Bueno —oyó decir a uno, al mismo que se ajustaba el pantalón a la cintura con un tirón brusco del cinturón—. ¡Vámonos y ya veremos cómo se sale de ésta!

De inmediato, sonaba el motor y se maniobraba aparatosamente en el sentido de dar la vuelta y volverse por donde se había venido. Desaparecido el vehículo entre la intensa polvareda del camino y en dirección al Sur, creyó Abdallah escuchar el rumor cantarín de las esquilas de un ganado encaminándose a su corral. Luego sobrevino el silencio más absoluto. Pero Abdallah aún se detuvo a observar los terrenos del cárdeno Poniente... por donde el caballero medieval —el cruza-

do mayestático y quizá temible— había desaparecido en su hermosa y velocísima cabalgada. Y aún le parecía al Persona que no era normal el resplandor naranja que esa noche afectaba a las colinas del Poniente. ¡Aquel jinete le había dirigido o atraído hasta el cargamento de aquella harina! ¡Y antes de que fuera depositada allí!

Acto seguido, Abdallah pasó rápidamente a la casita, empujó la puerta blandamente y ya comprobó en su interior que cualquier movimiento allí dentro resultaba ligeramente complicado. Encendió una cerilla y enseguida advirtió que los sacos habían sido apilados diestramente para que cupieran todos. Alcanzaban a la altura de sus hombros, y tres o cuatro rebasaban su cabeza. El aroma de harina era intenso, de modo que apenas si podía soportar la fuerza de tan hermoso olor a molino, acrecentado el efluvio por el calor reinante allí dentro. Sus manos acariciaron la superficie lustrosa de los compactos y tersos envases de yute, recibiendo la hermosa certidumbre de que aquellos espléndidos bultos disponían de corazón y pulso, formidables en su generosa consistencia contra la sórdida lacra del hambre. Le temblaban las manos. Era verdad. ¡Pero qué afortunado se sentía al mismo tiempo! Además de pletórico de fuerza física, más que sobreabundante, tenía la determinación de corresponder sin vacilar a la suerte que, por fin, le asistía. Y era en aquellos instantes cuando su pensamiento volvía al soberbio jinete de la aparición. Él le había dirigido al tesoro, al prodigioso presente que tenía ante sus pasmados ojos...

—¡María Santísima!—se decía—. ¡Esto es más que un milagro! ¡Es el milagro de Santa Marta!

Ni siquiera podía analizar, y le importaba un rábano, qué razón o razones habían tenido quienes descargaron allí lo que se mostraba a la voluntariosa y trémula luz de la tercera o cuarta cerilla... Ahora tenía que decidirse, moverse, comenzar haciendo algo ya. Tenía que salir de aquella parálisis que le afectaba. Y, no obstante, le venían a la mente escenas de gente maniobrando con cautela de acuerdo con órdenes oscuras y ruines de jefes y mandamases de primera, segunda... o última fila para falsear abastecimientos, quizá para suprimirlos, y suplantar el destino de producto tan gentil. Órdenes o consignas de gente encumbrada y sin tembleques ni dudas en sus malvados comportamientos.

Era ya noche cerrada cuando se echaba el primer saco al hombro. Y no sería el único. Había decidido sacar unos cuantos afuera y dejarlos a espaldas de las paleras, o llevarlos —mejor aún— al quebrado roquedal que había a unos veinte pasos del camino y la casita. Volvió por otro saco e hizo lo mismo. Cargó en diez minutos un tercero y luego otros más... Pero tenía que culminar cuanto antes con uno de los viajes a casa y con la harina. Hacer esto último le permitiría averiguar cuánto tiempo le llevaría plantarse en el arrabal con la carga, el camino a seguir: el río, las diferentes sendas, los atajos quizá y otros aspectos de la operación. Emprendió,

pues, la marcha con la idea de bajar al cauce del río en cuanto fuera viable, y llegar a casa por el lecho fluvial y pisando las sendas camineras de toda la vida. Una vez en casa, ya se vería cómo organizarse para subir de nuevo al próvido depósito. ¡Qué suerte había tenido y cuán agradecido estaba a la Patrona! De momento, sólo le contrariaba la lógica restricción de no podérselo contar más que a su compañera y a parientes muy próximos..., si bien más adelante. Otra cosa era su encuentro con el deslumbrante y gallardo jinete del ribazo. ¡Con lo que le hubiera gustado evocarlo en el transcurso de la narración más hermosa! Pero ni a su compañera se lo iba a referir, y confiaba en no saltarse su mismo compromiso de callarlo. ¿No era una lástima...?

* * *

Desde aquel Yeir Kan, tan sorprendente e imprevisto corsario del rey de Túnez, hasta Aruch Melik, pirata turco, un número destacado de nuevos y exóticos personajes iría incrementando la nómina iniciada cuando Fernando y el Guerrero tuvieron la urgente necesidad de pisar un navío de guerra español. Con la desenvuelta intrusión del mar en aquellos cuadernos —luego advertiríamos que era en el momento clave—, la amplitud y profundidad de semejante espectáculo se complicó de modo alarmante, porque su seguimiento requirió entonces relecturas orientativas inmediatas. Nos resistíamos a perdernos en la exorbitante y selvática concurrencia de sucesos, parajes y tipos conocidos de improviso, de perseguidores y perseguidos. Y aquellos que no estaban tan impregnados como nosotros de fidelidad al Guerrero pronto arguyeron cansancio, para añadir, como enfurruñados, que aquello ya era demasiado. Se dejaban incompleta su colección. Aunque a pesar de esa decisión, volvían de vez en cuando para asomarse a la nuestra... y restablecerse en aquella forma de fe. Pero éstos eran más bien pocos.

Desde el dichoso hermano de Alí Kan, pues, hasta la aparición de Aruch Melik (este apellido nos daba risa porque, en valenciano, era lo mismo que ombligo, "Aruch Ombligo"), íbanse perfilando individuos tales como el Sariar aquel, Ben Sehar o Al Bassi, que ya se sabía que era el segundo de la Mujer Pirata. Y también comparecía uno llamado Tarik, como el invasor moro, el socio de Muza contra aquel lejanísimo don Rodrigo. También estaba el llamado Zeyad, cuya preciosa hija era Zaya..., y sin que fueran menos importantes el ya asentado Kaher Raik y la mujer llamada Deope, que funcionaba como favorita de éste. O quizá fuera su esposa ante Alá.

—¿Y Zimbra, la mujeruca amiga de Mathudi?¿Dónde te dejas a ésa?

—Mathudi..., con hache intermedia, igual que Kaher...

—¿Y yo qué he dicho, don León?

Todos ellos, y más, eran parte de un agitado enjambre de aventureros completamente nuevo, y a veces exasperante para nosotros. Por lo menos al principio. Y su vorágine nos arrastraba de forma creciente, mientras intuíamos que habría más y más novedades según fueran pasando las semanas. Frente a todo aquello, ni al Guerrero ni a Fernando se les notaba mayor cautela o prevención, la verdad. De la gente mayor, mientras tanto, nos llegaban señales no explícitas de las dificultades por las que atravesaban, derivadas también, y seguramente, de un pasado reciente: frustración en sus más simples aspiraciones, desánimo ante la demora de un bienestar que ellos creían merecerse y que no disfrutaban, aparte y sobre todo de las adversidades económicas sin solución de continuidad. En casa nuestra, además, reinaba por entonces una honda preocupación porque el nuevo sistema de transporte por carretera, el camión y la furgoneta, frente al carro de mulos, amenazaba con terminar con el trabajo de los odres, sobre todo de aquéllos de acarrear vino de un lado a otro. También había caído la demanda de pieles destinadas al aceite... El maestro botero tuvo que recurrir a remendar zapatos, cosa que dominaba desde su juventud, como ocurría con otros tantos jóvenes coterráneos suyos, todos operarios zapateros en talleres y fábricas de Cocentaina en años ya casi remotos. El ambiente en casa era de silenciosa preocupación... porque no podíamos imaginarnos que el remedio definitivo a tan sombría y exasperante situación se acercaba con rapidez. Y era que, con la sorprendente llegada de los primeros turistas franceses a nuestras comarcas litorales, la demanda de productos de nuestra artesanía crecería de modo espectacular..., y la única preocupación que de ello derivada consistía, ya más adelante en ¡la imposibilidad de atender algunos pedidos que se nos proponían incluso desde firmas comerciales extranjeras! Seguramente, en éstas se habría creído que nuestro taller era establecimiento de artesanía con decenas de obreros, vistos los pedidos que se nos formulaban incluso desde los Estados Unidos y Canadá. Los pastores emigrados del País Vasco habrían implantado en aquellas lejanas tierras el uso de la bota de vino, tan española... y tan práctica en muchas ocupaciones... A nosotros aquello nos venía de perillas. Aunque apenas si podíamos ya hacer frente a los pedidos de más de quince comercios de la capital alicantina, aquella "playa de Madrid" que tanto frecuentaban los nacionales y los turistas europeos...

* * *

En compañía de Fernando y el cristianos enmascarado, Osmín había sido testigo directo del violento choque entre el detestable capitán Rodolfo y el Guerrero. Después de quedar claro que éste no había sido el raptor de Ana María, el formidable trío de amigos ya regresaba a al litoral alicantino para volver al África. En aquella tesitura, el mayor de los hermanos Kir no quería comprometer a Aixa y su gente en aquella zona de Túnez, que en ella iban a establecerse. De modo que no

se había desprendido del antifaz... porque, enfrentándose a moros desde el bando cristiano..., la imagen que podía ofrecer tenía poco de coherente, si no de traición a su raza y religión. Pero, inevitablemente, tendría que luchar contra gente de la Media Luna ayudando al enmascarado, hasta, al menos, liberar a la condesita de Torres de las tumefactas manos del lascivo Olián.

—¿Y por qué iba Osmín disfrazado de Guerrero del Antifaz con bigote?

—¿Cómo que por qué? ¡Cómo que por qué! ¡No has entendido nada!

—Es que yo..., yo no tengo todos los números... —se achicaba el otro.

—¡Pues ya ves lo que te has perdido! ¿Lo ves o no lo ves? ¡Así aprenderás!

De nuevo en tierra africana, y a causa de tanta vicisitud, en dos semanas de tiempo real ¡tres guerreros del antifaz! discurrían simultáneamente ante nuestra estupefacta mirada. Al propio tiempo, una pléyade singular de bellísimas mujeres confluía en la trayectoria del cristiano enmascarado, siendo rara la que, antes o después, no cayera enamoraba de él por su viril e intrépida figura y asimismo por la singular generosidad de que hacía gala en sus comportamientos aquel imbatible guerrero de la Cruz. Y no sólo eran las archisabidas Ana María, Aixa y Zoraida. Eran otras más, mujeres exóticas, lejanas, misteriosas y esplendentes, radicadas en harenes y palacios lejanos, cuando no localizadas en islas norteafricanas o a bordo de galeras enemigas, como en el caso de la atractiva Mujer Pirata. Nos preocupaban, y mucho, esas relaciones, y era por su capacidad para crear problemas al Guerrero y sus amigos, aliados y seguidores. Aunque los problemas y complicaciones como aquéllos no impedían que brillara su señera hombría de bien, siempre del lado de la justicia y la piedad, sin peros ni subterfugios. Debía ser por eso por lo que la balanza se inclinaba razonablemente a su favor en confrontaciones en las cuales bien podía caer vencido, pero de las que siempre salía más que victorioso... Por entonces ya se aproximaba la intempestiva y alocada aparición de los hermanos Abdallah —con una hache al final, como con el Persona Alqamah—, aquellos cuatro negros de desconcertante envergadura física, muy elásticos de músculos y más que escurridizos. Al gigantón Osmín le dieron una muy soberana paliza, divirtiéndose además a su costa mediante la deslumbrante reversibilidad muscular que asistía a tan fornidos personajes. Le cayeron encima como hidra de cuatro cabezas y, si bien Osmín hizo cuanto pudo por deshacerse de ellos —y zurrándoles a fondo, eso sí—, lleváronle bien atado finalmente a la presencia del irritable Alí Kan:

"—Te traemos al Guerrero del Antifaz, poderoso señor —decía uno de aquellos cuatro ignorantes al depositar al Kir ante el antiguo reyezuelo.

"— ¿Qué?— se consternaba Alí Kan—. ¡Ése no es él!

"—El verdadero Guerrero —gritaba Osmín desde el suelo, atado con recias cuerdas— no tardará en venir.

"—¿De veras? —ironizaba Alí, casi tan furioso como asustado—. ¡Eso quiero! ¡Le he preparado un buen recibimiento!"

"El Guerrero y los Abdallah" —después venía "El Pozo de los Tiburones"— relató el choque colosal del cristiano enmascarado con los cuatro hercúleos y bromistas adversarios. En poco más, muy poco, de diez viñetas, éstos se encontraron con la horma de sus zapatos, o de sus babuchas. Y allí en el suelo quedaron, desconcertados, aturdidos y debidamente machacados por la fortaleza y agilidad del cristiano, pese a que ellos mismos le gritaban al inicio del encuentro, jocosos e impertinentes, que no lo creían más fuerte que a su amigo el de los bigotes... ¡Menudo chasco se llevaron!

HARINA EN AQUEL ARRABAL

Tomando atajos a trasmano aunque pegados al río, miraba Abdallah, pero no preocupado por ello, de eludir encuentros con viandantes que, desde la ciudad —algo apartada y tan neciamente ajena—, volvían a sus hogares, repartidos algunos por los campos de secano y también entre las bien trabajadas huertas. Anduvo y anduvo aprisa con la para él ligera carga al hombro. Sorteaba bancales y se escabullía entre el ramaje bajo del arbolado al tiempo que salvaba los frescos brazales de las acequia del riego, en algunos tramos festoneados por tupidas y enconadas colonias de mirto e hinojo. En la oscuridad distinguía algunas de las luces pobrísimas de las casas campesinas, que parecían hacerle guiños de complicidad y aprobación en cuanto a lo que se traía aquella noche entre manos. Después de mucho caminar sin detenerse ni una sola vez, ya bajaba por el pedregoso senderuelo que abocaba al río, y algo más tarde pasaba ya bajo los arcos del puente ferroviario. Hasta allí habría empleado, calculó, algo menos de una hora. "Una hora", se dijo. Venía a continuación el taller de hilados, junto a la compacidad sombría de los apretados baladres, y ya después el puente de la carretera. Debilísimos puntos de luz señalaban alguna que otra ventana de las casas que colgaban sobre el lecho fluvial, generalmente seco. Su mísera vivienda quedaba cerca y aquella su caminata terminaba sorteando las charcas remanentes del río, mientras se aproximaba, aprisa y holgadamente, a la desembocadura. Allí rompía el oleaje manso de tan serena y bellísima noche. Sobre el horizonte marino reverberaban las remotas estrellas contra el intenso negror del cielo. Abdallah Alqamah, el Persona, había llegado a su destino. Venía sano y salvo con su revelación al hombro, caliente acopio de la grande y santa harina..., y sin que la ciudad se hubiera percatado (¡qué poco le importaba que lo hiciera o no!) de la prodigiosa descubierta de aquel día. En pocos minutos, y encendido el fuego en el primitivo y requemado hogar, las primeras tortas de harina, tocadas con pizcas de sal y aceite casi testimonial, ya estarían sobre la mesa, aquella de las carcomidas tablas de pino... Y allí se comería en grande, aunque a la abundante compañera de Abdallah se la veía entre absorta... y asustada. Tenía preguntas que formular al varón, pero el hambre, tan estimulado por aquel regalo, las aplazaba para más adelante.

—¿Y qué pasará cuando se sepa todo esto? —La mujer tenía que ensombrecer, como fuera, la luminosidad de aquella grandiosa fortuna, quizá únicamente por el

hecho de ser aquello una aventura de su hombre. Ella ignoraba que ésa era parte de su papel en el mundo. Aunque en aquel caso estaba muy claro que ambos pisaban en el umbral de un panorama susceptible de perder todo o parte de aquel festivo fulgor...

Agachado delante de la olorosa charamusca crepitante en llamas, Abdallah no respondió sino luego de prender el cigarro con la fúlgida brasa amiga. Frente al fuego, su azafranada, hirsuta y revuelta barba acrecentaba su glorioso aspecto de feroz bucanero, del tipo curtido en mil combates y peligrosas navegaciones por los cinco mares... y para el cine. Se incorporó luego el hombretón con cierta dificultad, volvió a la silla baja de anea, sentóse y filosóficamente dijo que podía pasar lo que aquella su mujer ya sabía de memoria, lo de siempre. Lo de siempre pero con magnitud y contumacia imprevisibles.

Se deshizo poco después del resto del cigarro, alargó la mano derecha y llevóse a la boca una de las cuatro o cinco tortas que quedaban en el abollado plato de aluminio sobre la pequeña mesa. "Lo de siempre" no era otra cosa —podía ser más y podía ser menos— sino la acostumbrada y tenaz paliza, la paliza monumental e irritadamente perpetrada, por supuestas reincidencias y también por el talante tranquilo del castigado: una cosa insoportable para los civiles. Sería paliza sin cuartel —muy cerca quedaba la propinada a Osmín por los cuatro Abdallah— mientras se lo sometía a un agrio compendio de insultos, amenazas y empellones en un interrogatorio extraño por lo torpe y claramente desproporcionado, y que era entonces el método seguido por la Guardia Civil española de Franco. (Al decir de la gente, en cuanto había noticia de un hurto o de un robo, a los civiles les faltaba tiempo para salir en busca de El Persona y, flanqueado por la pareja, se lo llevaban al cuartel. En la mayoría de esos casos, y salvo a los famélicos y desarrapados niños de aquella barriada de pobres, a ningún adulto de allá abajo se le hubiera ocurrido prestar mucha atención al hecho de verle caminar detenido. Ni siquiera por el atractivo de saber la última andanza de hombre tan evidente y recalcitrante. Cuando se le implicaba, cada dos por tres en ciertas épocas, pocas veces intervenían agentes de la autoridad municipal, aunque a su cabo se le reconocía una contundencia envidiable en la solución de casos aparentemente embrollados y sin pistas razonables. Era la virtud que apreciaban y aplaudían los propietarios, aquellos que disponían de pertenencias expuestas a robos, hurtos o pintorescas barrabasadas perpetradas por determinados elementos —casi siempre los mismos— del agregado de los muy necesitados, gente que tanta hambre pasaba a diario. Hamet Zénete —esdrújula para todos nosotros— era inteligente y expeditivo, y conocía muy bien a todos y cada uno de aquellos individuos, sabía sus nombres y apodos. Algunos ya habían probado su porra, disuasoria más que nada, si bien otros creían que el cabo hubiera deseado —había algunas dudas, y eran justas— que fuera la clava de la sota de bastos, no la cachiporra de Pedrín. (Al respecto de aquella dichosa porra, de la

que tantos en la ciudad sabían de su cadencia, no hacía mucho que podía haber dejado de suponer un objeto de temible veneración, aunque no perdería su virtud... porque lo sucedido ocurrió muy de noche y sin mirones. Todo sucedería porque Almy era a veces un bocazas. La caída de tal solemnidad se debió a un desafortunado encuentro que el municipal tuvo con éste cuando los festejos del Barrio Nuevo. Se topó con el intrépido y justiciero Almy cuando, a altas horas de la noche de aquel día de junio, volvía Calet tambaleándose y hablando consigo mismo a gritos. Volvía de la celebración etílica que había seguido en la feria de la barriada con los compañeros del curioso grupo en que formaba. Con harta frecuencia, los vociferios de Almy en plena naturaleza urbana tenían su origen en las controversias que, regidas por el alcohol ante un mostrador cualquiera, se le antojaban necesitadas de argumentos que no supo o no pudo emitir en el fragor de la discusión, y que se le ocurrían después, cuando ya no había lugar... Y por eso luego rodaba por la calle argumentando con voces altisonantes lo que no pudo, o no se le ocurrió decir, cuando era el momento de haberlo hecho. A mucha gente le pasaba lo mismo, y era motivo de grave frustración).

Mientras Almy se esforzaba visiblemente en acertar con el rumbo de retorno a su casa, la de sus tíos, no más bebido y locuaz que en otras ocasiones festivas, trastabillaba y mantenía un erizado soliloquio en medio ya de la plaza de la Nueva España. Le rondaba por la cabeza alguna réplica fallida de aquella tarde cuando discutía cualquier asunto, y, creyendo justo y más que adecuado lo que no se le ocurrió decir, lo gritaba ahora en la plaza y con los ademanes más puestos al caso. Como el cabo se veía venir aquella prolongada palabrería en salvaje vocerío, se le acercó igual que hacía el lacero municipal ante un perro con rabia, tanteándolo, aunque sin el lazo o la estrignina. Luego quiso tomarlo por un brazo, zarandeándolo muy ligeramente para que, al menos, se apeara del griterío. Si quiso o no quiso Almy resistirse con la obstinación del irresponsable, lo cierto fue que se soltó de aquel pinzado con imprevista rapidez. En la brusquedad del movimiento, la boina de los domingos y festivos se le vino sobre un ojo, luego saltó sobre su hombro izquierdo, y, queriéndola retener para que no llegara al suelo, garabateó en el aire con ambas manos. De aquel modo, además de no pescarla, rozó la gorra de plato del municipal, ¡la cual salió volando ridículamente de su sitio! El cabo, que no esperaba aquel giro de la cosa, apretó con furia sus ya de por sí lineales labios mientras sus ojos, achicados y minerales, emitieron destellos volcánicos. Al tiempo ya había sacado la porra y dispuesto estaba a usarla como sota contrariada sobre el inestable cuerpo del rebelde. Allí ya iba todo manga por hombro, y, mientras el segundo de Zénete se agachaba para recoger la gorra del jefe a la lívida luz eléctrica de la plaza, éste esgrimía la porra. Pero Almy manoteaba defendiéndose tal que un enloquecido molino de aspas... y terminó por arrebatar el arma disuasoria al municipal para lanzarla al aire en preciosa parábola, y apenas si se pudo ver dónde

demonios había ido a caer. Ni siquiera la verían los pocos que a esas horas pasaban por aquel sitio camino de casa. Qué bochornoso rifirrafe. El patetismo de lo ocurrido difícilmente podría borrarse con la deseada vuelta de las aguas a su cauce. Y lo que vino después resultaba muy proporcionado, dentro de la circunstancia del agravio a los agentes de la autoridad municipal. Se redujo físicamente al causante del barullo, para arrastrarle como bien se pudo al modesto reducto del retén. Allí, arrebujado y con su empecinado e ininteligible soliloquio, pasaría la noche Almy, toda aquella noche de resaca. A eso de las seis de la mañana, y con no pocas dificultades, se le puso en la calle. El cabo, que había querido estar presente en ello, se dirigió a él esgrimiendo su dedo índice y avisándole: "¡Cuidadito, eh, cuidadito!" Y le entregó la boina.

El agreste y destartalado Almy ignoraba de qué se le avisaba y, muerto de sueño, se aplicaba entonces a recordar hacia dónde dirigir los pasos. A los pocos minutos, el cabo observaba su titubeante figura, que, a trancas y barrancas, parecía haber acertado dónde quedaba su hogar. También se lo imaginó rodando por el inclinado talud de la carretera al llegar frente al Campana, y donde podía matarse. Todo era posible, pero aquello no era lo que deseaba Hamet, la verdad. Sin embargo, con lo de la gorra, sí que le hubiera molido a porrazos..., caso de que hubiera ignorado de quién era sobrino el tarambaina aquel. Tarambaina, pero muy buen sujeto y de corazón generoso. Que eso sí se lo reconocía Hamet, como no podía ser menos en él.

* * *

El Persona — ¿se ha dicho ya?— no era un santo pero tampoco fue nunca un desaprensivo. Por su estatura y semblante, tenazmente barbado, bien hubiera podido andar sobre una peana ocupando un rol de patriarca bíblico similar a los que nos mostraban las cintas cinematográficas protagonizadas por los genios del cine en Hollywood, "Olivod" , ya se ha dicho, en la fonética de algunos de nosotros los pobres. A lo largo de los años había practicado numerosas y sonadas apropiaciones de las denominadas indebidas —poca cosa, porque haber no había mucho— y formado parte de estraperlos muchas veces espectaculares o de chanchullos y trampas para plantarle cara al hambre. Pero eso sólo se daba cuando no había tareas de pesca, trabajo en los montes del término o simple carga y descarga para algún que otro almacén o factoría de la localidad. Si los guardias iban por él sin más investigaciones, también podía deberse a la terne impasibilidad con que él se tomaba la detención, a la cual apenas si oponía el fatalista argumento de no haber participado en la fechoría que, sin más, se le atribuía. En cuanto a las restallantes bofetadas, empellones y amenazas que recibía en el cuartel de la ciudad —"cuartelillo" sonaba a mayor sordidez—, parecía que no le afectaban mucho, dada su corpulencia y tam-

bién por la resolución habitual de dejarle marchar poco después... y sin cargos. En algunos casos era como si los guardias se ensañaran con él por dejarles en evidencia y mostrando así, y ante todos, su incapacidad para detener al verdadero autor del robo inferido a los propietarios del municipio.

Quien, sin conocerlo bien, hubiera asistido a la tunda que se le impartía en las mal dotadas dependencias de "Todo por la Patria", podría haberle tachado de tonto, manso o de pobre infeliz. Pero el Alquamah era de una raza dura, y, además, sabía bien la ración que le tocaba aguantar cada vez que iban en su busca... y dijera lo que dijera en su propia defensa. Figuraba en el primer puesto de la lista de maleantes, que no de vagos, y por entonces no había modo de abandonar semejante podio. Sin embargo, en lo que ahora llevaba entre manos, aún tratándose de una clarísima posibilidad de tortas a discreción —también de las de harina—, algo le decía que no iban a molestarle ni en el caso de que el asunto explotara en mitad de la plaza de la ciudad. Iban a ignorarle tanto los civiles como el áspero y sombrío Zénete. Sólo faltaba que Jaiffa se lo creyera, claro.

—Eso lo dices —protestaba ella, enfurruñada— para que me tranquilice, y sólo para eso..., ¿verdad?

—Lo digo porque está claro que ese cargamento de harina está allí para que no llegue adonde tenía que llegar, y porque lo ha ordenado gente que manda. Gente que manda aquí y más arriba. ¡Y si se llegara a descubrir..., menudo jaleo!

Ella dijo que aquello todavía la asustaba más. Deseaba oír palabras que la tranquilizaran, y no ver cómo su compañero se resignaba a que se lo llevaran para molerlo a palos..., porque no le valía el argumento del varón. "Si se trata de algo como un robo —añadía, evidentemente asustada—, aún será peor. Porque muchos capitostes de ésos tienen que estar en el ajo, metidos hasta las cejas y más que furiosos..."

Abdallah no replicó enseguida. Se mesaba la barba, que mostraba todavía alguna hebra de hilo procedente del saco de la harina. Le brillaban como hilillos de plata entre la frondosidad azafranada de aquélla.

—Ya se cuidarán ellos de que no se sepa que han mandado esconder toda esa harina. ¡Y nosotros no nos iremos de la lengua, ¿entendido? Diremos lo que acabará diciendo la gente: que se ha encontrado harina oculta en algunos sitios, harina almacenada en diferentes lugares del campo... Y eso será todo. —Tampoco soltarían prenda cuando se les preguntara en el arrabal sobre quién o quiénes habían dado con semejante cantidad del producto. Bastaba con el comentario de que había aparecido harina en algunos, en diversos puntos del término. Y asegurar también, y firmemente, que aún no se sabía qué individuos se habían topado con ella, ni cómo ni dónde.

—Pero eso —saltaba Jaiffa— no se lo creerá nadie...

—¡Y qué importa! ¡Que se apañen! ¡Eso es lo que diremos las veces que hagan falta! Aquí, en la calle... y donde haya que decir algo de este asunto!

Iba Jaiffa a decir algo cuando se abrió la puerta de la casucha. Se abría con la brusquedad que requería por desquiciada que estaba, difícil de cerrar con llave o con la hembrilla. Era Pepetón, el hermano de la mujer. Éste desataba enseguida el atadijo que traía y luego llenaba, todo en un santiamén, el plato hondo y consabido con aquellas luces frescas y acuosas del humilde pescado. Era la morralla cobrada con el boliche, muy poca cosa aquel día y a repartir con dos hombres más. Al volverse hacia la lumbre, y percibiendo ya el aroma de las tortas, advirtió la cacerola con los restos de la gacha. ¡Qué grande sacudida le acometió!

—¿Qué es todo esto? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, y miraba simultáneamente a su hermana y al hombre, su cuñado se podría decir.

En pocos segundos, Abdallah lo puso al corriente de aquella aventura. Igualmente, se apresuró a explicar lo que en aquellos momentos ya tocaba hacer con la harina que quedaba en el refugio agrícola de allá arriba. El apelado Pepetón, que masticaba con vehemencia la segunda torta, procuró tragar lo masticado y, sin pronunciar ni media palabra —no podía porque se atragantaba con el bolo—, miró a su hermana.

—¿Qué miras tú? —Estaba enfadada ella, contrariada, y más que bella al resplandor del fuego. Sin esperar respuesta de Pepetón, se levantó y empezó a preparar más gachas. Si iban a subir pronto allá, mejor sería disponer de algo más de alimento.

Un desmesurado bostezo de Abdallah disipó los posibles comentarios, forzosamente concéntricos y redundantes. Dictó la conveniencia de echarse una hora o así al tiempo que se alargaba sobre la mísera yacija del rincón, bajo el ventanuco. Ya casi ni oyó la desgarrada queja de la puerta cuando unos minutos después salía Pepetón para echarse a dormir un rato en el almacén donde estaban las calderas de teñir las redes, lugar abarrotado de trastos obsoletos, su dormitorio habitual en aquella época. La mujer roció con agua las brasas y se acostó en el reducido habitáculo cuya espalda daba al lecho del río.

Dos horas y media después, el Persona Alqamah ya estaba despierto y comenzaba a despejarse. Se sentía muy bien, y seguro. Incorporóse en el lecho sin hacer ruido alguno para no despertar a Jaiffa, que, soñando, pronunciaba palabras entrecortadas. Con cuidado silencio, aquella pieza de hombre abrió la puerta sin más que un leve roce y tirando de la hoja hacia arriba al propio tiempo. Salió a la noche y contempló la tranquila y arrulladora vecindad del mar bajo las estrellas. Calculó que serían poco menos de las dos. El horizonte marino enseñaba la distante luz de un par de barcos. Aquel mar era el mismo que, por la Purísima, se alteraba alocadamente movido por intensas ráfagas de endiablado viento. Entonces, y todos los años y probablemente desde siglos, podía arrasar la playa, y las olas penetraban

imperativas y violentas —como los civiles en ocasiones— en algunas plantas bajas de casas de aquel arrabal. Parecía hasta mentira que eso pudiera suceder, se decía Abdallah al contemplar la calma y comedimiento del mar en aquélla y tantas noches al año. (La cosa de la harina aún le parecía mentira, algo irreal... porque no había sucedido nunca antes, jamás. Y podía ser una fantasía suya... de no tener el estómago tan contento y apacible. En la complicada desembocadura del río, a cincuenta pasos largos de las primeras viviendas de pescadores y rederas, las rocas acarreadas por las crecidas otoñales del río eran trasegadas a veces de un lado al otro, chocando entre sí de manera violenta en su azaroso zarandeo. Era cuando el oleaje arremetía contra la costa como un poderoso ejército de corceles asustados... Y, vista la calma del mar en aquellos momentos, también al Alquamah le costaba admitir —una vez más— lo de un mar tan desatado y peligroso, extrañamente enemigo de las costas y de los seres humanos...).

DE LA EXPEDICIÓN AL "SANTUARIO"

Se tendió cuan largo era sobre los montones de las algas en la playa, cubriéndose con unas brazadas de ellas, y así estuvo diez o doce minutos, bajo las fúlgidas y temblorosas estrellas. Allí recordaba su prodigioso encuentro de la tarde anterior con aquel misterioso jinete, finalmente ante el solitario refugio campesino. Aquello le había impresionado... y mucho, tan renuente como era él a dejarse llevar por apariciones y fantasías, puesto que en su biología no figuraba la frivolidad. Pero no podía aceptar que lo hubiera soñado, y menos cuando poco después, y como a indicación del cruzado, habíase topado con la luminosa joya de la harina. También veía el destartalado camión, y a los dos hombres que iban en él, y de cuya conversación y maldiciones no había olvidado ni una palabra. Las palabras de sus crispados comentarios, las contrariedades que les afectaban... Luego se veía volviendo cargado a la ciudad por trochas y sendas, entre rocas y airosos taludes del río, ansioso por llegar en la primera y determinante consumación de su formidable encuentro con el pan. Y ya se había tomado y comido de aquella harina, como para la confirmación de unos primeros pasos de propicia felicidad. La anhelada continuación de tan espléndido capítulo, aun sin saber cómo analizarlo en toda su extensión, se le antojaba un derecho, una oportunidad que, de no aprovecharse, podría confirmar la teoría de que había individuos que, por cortos de espíritu o por cobardes, se merecían la miseria que les acompañaba gran parte de su vida... (En eso, pensaba lo mismo que Al-Actar). Reflexionando sobre todo aquello, volvió a la casa y entró. Encendió un fósforo y aplicó la llama a la mecha del candil. Luego tocó en el hombro a su compañera, que despertó sobresaltada.

—¿Qué?

—Arriba.

Aquella Jaiffa, la hija mayor del tío Cula, quedó sentada al borde del camastro, se incorporó al minuto y se asomó al exterior de la vivienda, miró al cielo y luego entornó la puerta. Podían ser las dos de la madrugada o así. Acto seguido, y murmurando algo, se refrescó la cara, contuvo sus negrísimos y abundantes cabellos y, tras revolver en el destartalado arcón de la pieza que hacía las veces de dormitorio, se fue a buscar a Pepetón. Aquella hembra mordisqueaba entonces un trozo de torta. Dormía el joven, y sus ronquidos, que se oían desde fuera, sonaban como un ronco cuerno de caza en el socorrido cuchitril. Era aquél un simple almacén

donde se amontonaban fragmentos de elementales aparejos, además de restos de cabos y sogas alquitranadas, con una caldera de tanino para las redes, cosas todas de la pesca, y con el clásico olor que acompaña a los productos de la cabuyería de siempre. Hizo que el joven se levantara. Abdallah les esperaba fuera en disposición de echarse a andar. "Igual que volvemos nosotros —les recordó—, volverán ellos. Los del camión u otros. Eso si no han vuelto ya allí". Puestos en marcha, caminaron hacia el río, lo cruzaron sorteando las charcas y saltando por entre pedruscos para seguir cauce arriba por su lado izquierdo... Al poco accederían a la senda que bordeaba aquel taller de hilatura próximo al puente del tren.

—Para mí tengo —comentaba el Persona poco después— que toda esa harina la llevaban a más de un sitio y que, al reventarles la rueda, la descargaron toda en la casita. Yo creo que fue eso. Y no me extrañaría que ya hubieran vuelto allí con carros y mulos para rematar su trabajo. Quizá —añadió— debiéramos haber vuelto antes. Pero eso lo sabremos pronto...

—¿Y si vuelven mientras andamos por allí...?

—En ese caso, nos estaremos quietos. Quietos parados y a ver —respondía el hombretón, que iba delante. Sorteaban los tres las matas de baladre y se zafaban de las oscilantes lanzas del abundante cañaveral, movidas por la fresca brisa de la montaña. Algo más adelante, y siempre al tenue resplandor estelar, cruzarían al lado derecho del lecho con la idea de acceder al camino de allá arriba y proseguir por La Encantada. Luego venía el antiguo puente sobre las pozas. A trechos, se formulaban y respondían preguntas sobre determinadas cautelas y lógicos temores. Abdallah sofocaba unas y otros con gruñidos más que con palabras, seguramente porque él ya había estado en la casucha y disponía de más conocimientos de todo aquello. Algo después se paró un instante para expresar una posibilidad palmariamente inexistente:

—Con la galera de Eusebio —comentó—, ¡cuánta harina en casa a estas horas, Santa Marta!

Los otros dos guardaron silencio al respecto, como si aquellas palabras no hubieran sido más que un pensamiento escapado de la mente del Alqamah. Casi tiritaban con el fresco de la noche. Pepetón dijo después que una galera con tanto peso encima era prácticamente imposible de arrastrar por caminos tan pedregosos, y menos al toparse el ingenio con una cuesta, por débil que ésta fuera. Terciaba entonces la mujer indagando sobre cuántos sacos pensaban aquellos dos que habría que llevarse al arrabal. Ésa parecía su mayor preocupación por el momento. Tenía miedo y no podía, ni quería, disimularlo. "Todos los que se puedan", contestaba Abdallah, que tampoco se preocupaba de tranquilizarla. Y la miraba. Miraba el aspecto que traía, embutida en el capote italiano que tantas veces había utilizado la compañera en sus viajes y tejemanejes de estraperlista. Los prodigiosos bolsillos de tan gruesa y pesada prenda, ¡cuántos kilos de arroz, judías y lentejas habían

contenido a lo largo de complicados y largos trayectos, a pie y en tren, hasta vaciar en casa su contenido! ¡Cuántos garbanzos, además! (Aquel **capotto** era el único recuerdo material del soldado de la **Littorio** que Jaiffa había conocido más de cerca. Servía ella en la casona playera de don Miguel... y allí fue donde estuvo hospedado el joven y educado oficial. Le recordaba, sobre todo, porque el militar se disculpaba por los tenaces y sangrientos bombardeos que la aviación italo-alemana había descargado sobre la capital alicantina —más de mil trescientas bombas— y también por las arrojadas sobre nuestra ciudad..., enormes algunas de ellas, y a pesar de que muchas ni siquiera explotaron al buscar la destrucción del puente ferroviario. Aunque el Alqamah nada decía sobre el socorrido y eficaz abrigo, la verdad era que no le gustaba nada vérselo puesto: volvían a su cabeza las cosas que se contaron de ciertas mujeres jóvenes de la localidad en brazos de la oficialidad italiana y española al final de las fiestas nocturnas que se prodigaron en el Campana, aun tratándose de contactos movidos antes por el hambre de las chicas que por su pasión en los supuestos rifirrafes amorosos. Y por muy novedoso y moderno que entonces fuera relacionarse con aquella deslumbrante pléyade de vencedores...).

A la misma altura de La Encantada, la enorme roca descollando junto al camino y entre los copudos y antiguos algarrobos de los añosos labrantíos, se cruzaron con dos muchachos que podían bajar a la ciudad procedentes de alguna heredad del entorno. Tocados con sendas boinas que les cubrían hasta las cejas, y con el mísero capazo de palma en bandolera, bajaban aprisita, las manos en los bolsillos del pantalón corto y encorvados sobre sí para sustraer cuerpo al fresco aire de la sierra.

—Toda la que se pueda. —Era la respuesta aplazada del Alquamah, al que alguien podía comparar, en estatura y resolución, con Osmín, aquel coloso que acompañaba por aquellos días al Guerrero del Antifaz y al joven Fernando.

Los tres de la harina, aquellos tres, enfilaban en esos momentos la embocadura del puente que salvaba la profunda y angosta poza que allí formaba el arroyo —la Poza de las Pistolas, diría el Miau—, en donde, y sobre el sonido de los grillos, escucharon perfectamente el zambullido apresurado de un par de ranas sin sueño, aquel su gráfico chop chop. (A finales de marzo del 38, de una de aquellas heredades agropecuarias de cierta extensión salía un hombre de madrugada para deshacerse del contenido de un envoltorio importante. Aquel bulto era pesado y se desharía de él arrojándolo a la pétrea angostura que ocupaban las aguas rebalsadas bajo el puente. Se trataba de varios ejemplares de antiguas armas de fuego, algunas —según se comentaría años después— de definido valor arqueológico. El miedo, sombríamente enseñoreado ya de la ciudad, aconsejaba tomar medidas de aquella naturaleza... por lo que pudiera pasar, y que iba a ser mucho peor que lo previsto por algunos. Y gravísimo —se sabría pronto— lo ocurrido en todo aquel desafortunado país). ¡Qué soledad en los caminos a esas horas, cobijado el personal

en sus moradas y a la intemperie o en los corrales los perros! En los apriscos del territorio, y al calor mutuo y compartido, los ganados esperaban el alba para salir al pasto y buscar quizá los herbazales más lejanos, siempre más afortunadas las reses que sus pastores en cuanto a manutención...

(En ciertas cintas cinematográficas de atrabiliarios piratas y rampantes bucaneros en búsqueda delirante del eterno tesoro, al temerario capitán o jefe del grupo le era difícil hacerse obedecer cuando ordenaba desistir ante algunos cofres de joyas de los hallados en la quimérica y tenebrosa gruta de la isla visitada. La avaricia o desmedido afán por cargar con toda aquella riqueza hasta la última moneda de oro, y lo mismo frente a un botín cobrado al enemigo, creaba muy embarazosas y peligrosas situaciones a quien mandaba y trataba de imponer cordura y disciplina. Con los botes sobrecargados y a reventar por la desorbitada cantidad de oro, alhajas y demás objetos de valor, y en peligro de hundimiento, siempre había algún cretino empecinado en volver a la cueva y no dejar en ella ni una sola joya... La pretensión era temeraria asimismo por la posibilidad de que llegaran otros piratas disparando todos sus cañones y pistolas. Pero, al mismo tiempo, ¿no era una locura abandonar arcas, cofres y baúles atiborrados de diademas, collares de perlas, rubíes y zafiros, o las dichas monedas de rutilante oro en la oquedad de aquellas rocas oceánicas? La ambición de ciertos humanos, de muchos, les impelía a desear más y más aun poseyendo ya incalculables riquezas... "¿Cuántas vidas se creen ésos que van a vivir...?", se preguntaban algunos espectadores del film. Ésa era la sentencia más inmediata, la que siempre oponían aquellos que no disponían de tesoro alguno a la vista). Un pasaje del encuentro involuntario de Aixa y su gente con la Mujer Pirata y los suyos quedaba plasmado en las conocidas viñetas de parecido tira y afloja. La hermosa pirata pretendía que la hija de Harúm le entregara ¡todo el tesoro! que se traía desde España a cambio de no apresarlos y, por contra, escoltarlos hasta la costa africana y defenderles de cualquier ataque. Aixa no aceptaba tan arrogante propuesta, y nosotros le dábamos la razón.

"—Todo es mucho, Mujer Pirata —respondía la princesa, evidentemente alarmada y temerosa.

"—Creo que peor sería que perdierais la vida también"—amenazaba la aludida, con el razonamiento —muy adecuado, desde luego— de que en aquellos mares abundaban los piratas de los cuales quería (¡) protegerles.

¡Qué difícil renunciar a la tan deseada y prodigiosa carga de harina! Apetecerla no era avaricia. Suponía la fortuna de disponer con cierta holgura de buenos puñados de ella a lo largo de muchos días, y beneficiar además a un cierta parte de la población miserable y famélica. Una población en la que muchos de sus componentes soportaban la maldición de desheredados bajo un régimen autoritario, muy

celoso y cruel en el ejercicio de represaliar también a gente que se creía simpatizó con los "rojos". Además, si el crudo imperativo de subsistir era propio de la naturaleza humana, ¿qué era la persona sin el pan, la base universal de la subsistencia humana en general? En el elemental asunto del alimento básico de cada día, determinadas preguntas no admitían reproches, porque ¿cómo engullir la suculenta sardina sin un bocado de pan, por negro y detestable que pareciera? ¿Qué eran el aceite, el bacalao o el pimentón, y el granulado del moreno azúcar integral sin el soporte del pan? La boca lo invocaba con ansia inaplazable al degustar la carne del dátil maduro y oloroso, de la naranja o de los prietos y quebradizos granos de la uva más común o despreciable. El pan era el pan. Había quien lo comía... con pan y sin ser tonto. ¿Qué importaba si se presentaba duro y reseco, reblandecido tal vez en agua, o en vino...? Abdallah decía a menudo que nunca se había hartado de pan, nunca jamás en su vida. (No le daba por confesar cuánto sabía de búsquedas y rebuscas de algo que comer, cómo merodeaba algunas noches por las calles en busca de recipientes de los desperdicios sacados ya de noche a la calle por el personal de los bares de la ciudad..., como ya se ha contado aquí). ¿El pan de cada día, ése que estaba en el Padrenuestro? Por conseguirlo, había que luchar como fuera. Y luego ya se vería.

* * *

Al salvar el repecho que el camino coronaba luego de cruzado el puente sobre el río, Abdallah anunció la proximidad del sitio de la harina, algo que sus dos ensimismados y ateridos camaradas ya habían supuesto. Ellos formaban parte de la gente mísera y necesitada de la ciudad, la de los arrabales playeros, gente ducha y efectiva en auscultar lugares donde creían poder encontrar algo que comer, algo también que llevar a casa para matar el hambre... o para distraerlo unos momentos. Y eso desde los diez o doce años de edad, en que ya andaban dando tumbos por caminejos, eras y regatos, por aquel lado y por los demás. Ya habían estado arriba y abajo, y a la izquierda como a la derecha y en medio de toda aquella tierra y sus heredades y arbolados, corrales, eras de trilla y jugosos sembrados y parrales. Habían estado también y cada año en la mayoría de las higueras, naturalmente. Se sabían de memoria el término al completo, como la palma de la mano, así como la naturaleza y catadura de los guardas que lo custodiaban, aquellos vigilantes afectos a la propiedad de la tierra agrícola, de alguno de los cuales se contaban inhumanas y zafias arbitrariedades que, naturalmente, quedaban impunes. (Uno de aquellos tipos —el peor, desde luego—, patizambo y corto de estatura, tenía una costumbre de malvado: cuando confiscaba pequeños hurtos de fruta a los muchachos con quienes se topaba en los caminos o senderos, les conminaba a dejarla caer en el pedregoso y polvoriento suelo... para aplastarla con sus propios pies, cuando no

los obligaba a que lo hicieran los mismos chicos. Y muchos en el campo sabían que, habitualmente, ese mismo rural, tan estúpido y denostado, llevaba el zurrón lleno, atiborrado a veces, de frutos cogidos en apartadas y solitarias huertas. Todo el mundo tenía que vivir, claro. Pero algunos cobraban casi suculentamente, y en especie—también era un decir—, por su exacerbado y baboso servilismo a terratenientes y propietarios, muchos de los cuales, por ser vencedores en la guerra, contaban también con la más que sucia connivencia de alcaldes y jefazos para certificar con su firma —la del Jefe Local de Movimiento, y tantas veces— que sus cosechas del cereal o de cualquier otro producto agrícola habían sido desastrosas o fallidas. Que era lo mismo que ocultar la bondad de la producción para librarse de contribuir con cupos elevados, según lo establecido por ley. De esas estafas y ruines colusiones procedía el preciado remanente, que, oculto, alcanzaría precios desorbitados en el mercado negro...y en contra de los hambrientos del país. La organización de los deshonestos parecía perfecta, de modo que la contribución al acervo nacional quedaba en consistencias lívidas y hasta criminales. Y algún que otro guarda campesino contribuía a ello con su silencio. ¿Lo sabía la Iglesia, que acogía las reverentes percusiones de tantos y tantos golpes de pecho en sus escenarios, bendiciendo y aclamando a los llamados vencedores? ¡María Santísima, qué cuadro, y eso sin contar los fusilamientos, las torturas y las condenas a morir de hambre en ciertas cárceles franquistas!).

Aquellos tres del arrabal dieron todavía un pequeño rodeo para situarse ante la casita, en cuyos alrededores se posicionaron sigilosamente. Allí no se movía nada y sólo se escuchaba el nocturno rumor, en los árboles, de los pajarillos en sus frondas cobijados. También estaba el perro aquel que ladraba en lejanía, pertinaz y alocado. Al socaire de las tenaces y prietas chumberas, y agachados, se prepararon con determinación para recorrer los diez o doce pasos que les separaban de la antigua y modesta construcción. En un instante abordaron su puerta y en tanto que Abdallah ordenaba a su compañera se mantuviera en el quicio y atenta a cualquier ruido, rumor o movimiento exterior, que podría ser el producido por algún carro de mulos. Y más si procedía del terroso camino que bajaba al puente. Al minuto ya salía Pepetón con un saco a la espalda, resollando contenidamente en tanto se lo adaptaba convenientemente entre ésta y el hombro derecho, que sobre esa parte se lo había colocado Abdallah como si manejara una pluma de ave... Detrás iría el propio Alqamah como si algo le hubiera picado, ligero y como jugando. Su corpachón llegaba pronto al olivo más grande, resto de lo que fuera un labrantío generoso. Descargó al pie de él, humillando sus abundantes rebrotes silvestres. Dos sacos.

—Dos —murmuraba.

Al volver a entrar en el refugio, Pepetón se tropezaba con su hermana, acalorada y muy activa. Se afanaba ella en colmar los grandes bolsillos de su capote con harina de un saco que probablemente habría descosido con los dientes..., y tenía casi sepultados los pies con harina derramada. ¡Había tanta harina allí dentro...!

—¡Pues anda que...! ¿No piensas obedecer?

—¿Y qué quieres? ¡Yo también me llevo de esto —protestaba, reticente y huraña—; me llevo toda la que pueda!

—¡Estás loca y, además —le decía en voz apretada y baja—, no estás vigilando...

—¡Claro que vigilo! ¡No viene nadie! —En eso tenía razón, aunque los tres ignoraban si había alguien observándoles desde los alrededores.

Entró Abdallah en ese instante y, no obstante la oscuridad, vio la vehemente maniobra de la hembra. Ni una palabra. ¿Para qué? Agarró otro saco y corrió hacia el olivo. Y fue luego cuando, pellizcando a la mujer en el culo, le espetó que allí dentro se iban a matar unos a otros con los tropiezos. "¡Buena ocasión para molestar!", añadió. Los dos varones ya habían podido intuir, y quizá ver, la gran cantidad de harina que andaba por el suelo. Al salir Jaiffa de allí, ella ya era consciente de que sus bolsillos iban colmados por casi una arroba del milagroso presente. En ellos, y durante algunos años —con qué nitidez lo recordaba, había metido mucho garbanzo, lentejas y arroz en valerosos trajineos por pueblos, estaciones y trenes, y casi siempre sin encuentros más que agrios con los recalcitrantes inspectores. Seguramente porque les dejaba pasmados su belleza, su bravía consistencia de hembra, y tal vez por la fantasía de los posibles favores que aquel cuerpo pudiera otorgar... Un cuerpo que apenas si se movía de su asiento durante largos trayectos invernales, ya que cargaba con lastre demencialmente pesado. La mujer escuchaba ahora comentar a su compañero que, una vez en casa con aquello, se pensaría si volver al asunto o no. Se alteró, pero no abrió la boca. Quizá se había quedado deslumbrada por las enormes y regocijantes oportunidades que la almacenada harina le sugería. Sin embargo, todavía alimentaba la pequeña esperanza de que algún impedimento forzara a su hombre a desistir de riesgos mayores, porque aquello le parecía una cosa muy grave, con gente importante detrás. Al poco, Abdallah Alqamah abría la marcha con su carga, y pensaba si no hubiera sido coherente implicar en todo aquel trajín a más gente del barrio. Pero, simultáneamente, también tenía presentes ciertas actitudes y rasgos de odio o envidia entre algunos de los que allí abajo vivían, a pesar de formar a veces un frente común ante las gravísimas necesidades que la estúpida situación del país infligía a los más olvidados socialmente. No; lo que había que hacer con aquella generosidad de harina era distribuirla con tiento y prudente alegría. Y con rapidez, sobre todo. Con rapidez. Y no era conveniente decir de dónde procedía, claro que no. "A quien pregunta, mentiras con él", rezaba el dicho popular. Y eso lo repetiría más de una vez en aquellos días.

.
"—¿Y de dónde ha salido tanta harina?
Respuesta: "Eso todavía no se sabe. Lo están averiguando".
—¡Vaya mentira!"
—¡Bueno..., pues mentira será. ¡Tú ganas!"

LOS PAPELES MERCANTILES

"Fiscalía Provincial de Tasas de Alicante: Servicios de Vigilancia Especial: Acta.

En esta ciudad de ("Villavila", o algo parecido), a las 17 horas del día 23 del mes de Noviembre de l94..., se constituyen los Agentes del S.V.E.T. en la Almazara sita en la Partida de Sedaboig, num. 173, propiedad de Miguel Vicents, la que lleva en arrendamiento Maçet Çahat el Gabih, natural de esta localidad, industrial (...), al objeto de cumplimentar Orden del Iltmo. Sr. Fiscal de Tasas de Alicante.

"Acreditada debidamente la personalidad de los Agentes actuantes mediante la exhibición de la correspondiente documentación, requieren al arrendatario para que, ante su presencia y previo consentimiento, practicar una inspección en la Almazara que lleva en arriendo (...).

"Llevada a efecto, se comprueba que están en un todo de acuerdo lo producido con lo servido y hallado en depósito, en cuanto a aceite de oliva se refiere y lo mismo en cuanto a la Aceituna entrada, ya que se halla toda ella registrada en el libro Oficial y amparada con los conduces correspondientes, así mismo, se comprueba que ha obtenido 4.000 kilos de Orujo graso, éstos salidos con sus correspondientes conduces y destinados a la fábrica de Orujos Grasos de Elche.

"Y para que conste, etc., etc."

De Elche, y de municipios de su entorno, llegaban semanalmente a nuestra ciudad unos cuantos hombres jóvenes, heroicos y tenazmente arriesgados, que, montados en resistentes bicicletas, pedaleaban de almazara en almazara para adquirir las morcas del aceite. Se valían de pellejos de cabra, mayormente de los que Al-Actar les vendía, y cuya capacidad alcanzaba incluso los noventa litros, una cosa excepcional; y más eran los que rozarían los ochenta. Era difícil explicarse cómo aquellos arriesgados y duros transportistas de orujos y de aceites ínfimos podían mantenerse a bordo de su aleatorio vehículo y a lo largo de más de ochenta kilómetros de carretera, sin contar sus viajes y visitas a los molinos aceiteros y haciendas agrícolas de las partidas campesinas de la comarca... El odre tenía que fijarse con cuerdas al portaequipajes, asegurándose el ciclista de que no quedara nada de aire en el interior de ese envase, pues, de haberlo, el aceite o la morca en él contenidos podrían ocasionar caídas a veces mortales en la carretera o en los ribazos de las sen-

das. El viaje de retorno a Elche se disponía con ese cuidado básico, y luego ya era el músculo humano el que impelía la bicicleta, sobre cuyo armazón aquellos trabajadores soportaban fríos inclementes, sueño, hambre y mucha fatiga. Cuando llegaban a nuestro taller parecían consumidos, próximos a tirar la toalla algunos días, pero, tras un descanso e intercambio de noticias e impresiones entre ellos, cuatro cinco, se les veía reanimados y dispuestos a pedalear por caminos e intrincados senderos del municipio —y lo mismo en buena parte de la provincia— a la búsqueda del producto que llevarse a las fábricas de la ciudad del impresionante palmeral. (También estaba quien, mientras fumaban los tres o cuatro compañeros de fatigas, contaba con un lenguaje casi críptico —y yo no quería saber de aquello— la noche que había pasado en Alicante con la chica del prostíbulo, una a la que frecuentaba, al parecer. Y detallaba las apetencias que ésta manifestaba en semejante comercio carnal... Al hombre le brillaban los ojos mientras refería detalles del encuentro en la cama, y los demás, excepto uno, el llamado Tomás, le escuchaban con ardiente delectación... En fin).

* * *

El padre de Alejo era contable o algo por el estilo y al alza. Y porque era eso, o todo eso, llevaba las cuentas de varias empresas y comercios locales. Aunque con preferencia y demanda se relacionaba con las industrias pesquera, chocolatera y de hilatura del cáñamo. Vivía, pues, rodeado de papeles y de espesos libros de gran extensión y grosor. Tal vez nosotros tendríamos que estudiar para libros semejantes en la carrera que habíamos elegido. En su pautado y consistente papel del Debe y el Haber íbamos a trazar conceptos mercantiles, simulando ventas y adquisiciones de mercancías curiosísimas y desconocidas, más que nada ingredientes de extrañísima sofisticación y naturaleza. Además, habría que militar un tiempo en las historiadas caligrafías gótica e inglesa, tanto para palabras como para guarismos. Y, como en una derivación fatal, también tendríamos que estudiar aquello de las compañías anónimas — ¿malas y sospechosas compañías, por ventura?—, las de responsabilidad limitada y así. Y todavía quedaban asignaturas por estudiar que ni nos podíamos imaginar...

—La de Legislación, para poner un ejemplo. O la de Taquigrafía...

A Alejo le importaba un pimiento frito lo que hacían diariamente su padre y sus meritorios, como era de esperar. Rubio él y de piel blanca, como un muchachote anglosajón, o decididamente alemán, siempre andaba más pendiente de irrumpir en nuestra vida aventurera que otra cosa, sobre todo cuando ni siquiera le esperábamos. Porque tampoco había forma acreditada de averiguar qué días estaba en nuestra ciudad y qué otros en la capital de la provincia.

—¿Dónde has estado estos días, Alejo?
—En Alicante.
—¿Y por qué a veces os vais allí?
—¡Yo qué sé! ¡Pregúntaselo a mi padre! ¡O a mi madre, gilipoyas!

No podía pronunciar la letra elle, y nadie sabía por qué. Era algo parecido al problema de aquel niño que decía "gijante" sin posibilidad visible de decirlo igual que todo el mundo. Como ya se ha dicho, aterrizaba Alejo de sopetón entre la fragosidad urbana de las tribus de la poblada y bullanguera glorieta de las acacias y los bancos de pretendido mármol rosado. Inmediatamente concertaba una lucha suya con tres o cuatro de nosotros o se implicaba en un de disparatado partido de fútbol. También podía comprometerse a levantar unos centímetros la losa de uno de aquellos bancos. Cuando se metía en tan irresponsable y temerario esfuerzo, la sangre toda de su enorme cuerpo se le agrupaba en la cara, la cual cara disfrazaba las muecas del empeño físico con abundantes y respetables gotas de sudor, que eran como peras de grandes. Si ocurría el accidente que esperábamos —el mismo que deseábamos—, uno de sus dedos, a veces la palma de la mano, se le podían quedar prisioneros bajo la losa. En cuanto, bramando y maldiciendo, conseguía librarse de presión tan brutal, daba saltos increíbles, como los canguros en guerra, gritando lamentos que alarmaban seriamente hasta a las personas mayores —mujeres y hombres con sus nietos en el pequeño parque—, las más cercanas a la estúpida prueba de fuerza bruta. Otras veces jugaba (¡) con nosotros a "Raya en Francia" o al "Bote", pero, al no disponer su cuerpo de flexibilidad matizadora del movimiento, podía embalarse peligrosamente y arrollar a cuantos se pusieran por delante, a veces gente ajena a lo nuestro y naturalmente despavorida. Podía demostrar cierto ingenio en determinadas ocasiones, pero siempre lo aplicaba a trampas, encerronas o ruindades en general. Como la tarde en que, reaparecido en la glorieta y terrenos próximos, fue y tendió su mano derecha con mucho entusiasmo a uno de los nuestros. "¡Chócala!", había exclamado muy cordial, sospechosamente atento y más festivo que ninguna otra tarde de reaparecido. Al instante, el que había correspondido al saludo lanzaba un alarido impresionante que nos helaba la sangre... porque Alejo había dispuesto en la palma de su mano una chincheta pegada con saliva por su cabeza. El damnificado lloraba con desgarro quizá digno de desgracia mayor, y se sorbía la sangre. Y se defendía como sabía y podía:
—¡Alejo, cabra loca, cabra loca!¡Desgraciado!

A la ocurrente redundancia oponía Alejo su carcajada, y gritaba la leyenda que estimaba la más adecuada al chasco infligido al inocente: "¡Muerte segura, muerte segura"! Se refería a la M que todos teníamos como esculpida en la palma de las manos. Y así, poco más o menos. El colmo se daba cuando decidía matar a quien

le marcaba un gol entre la endiablada y asfixiante polvareda del solar, pues, por temor a sus patadas, siempre le sugeríamos que él disponía de habilidades singulares para jugar de guardameta. El remedio, ya lo habíamos comprobado un par de veces, era resueltamente peor que la enfermedad. Si le marcabas un gol, tenías que exiliarte de aquel territorio al minuto... Y, si jugaba de otra cosa, Dios mío, parecía que andaba jugando contra todos al mismo tiempo, contra un bando y el otro. De modo que...

—Aquí vivimos mejor y más tranquilos cuando este animal de Alejo está en Alicante.

—¿Qué clase de amigos tendrá allí? ¡Me gustaría saber con quién juega en Alicante, a quién tritura o descalabra!

Otra añagaza de Alejo, aunque la ejercía de uvas a peras, era la de acosarte con un supuesto interés suyo por la salud de tus dientes. Después de la lucha de unos cuantos contra él, un embrollo de piernas, torsos, cabezas y manos pugnando por salirse del nudo tremebundo de todos en el suelo y mordiendo el polvo, cada cual trataba de restaurar su apariencia y de ponerse saliva en las heridas y graves erosiones de la piel. Habíamos quedado todos en silencio mientras duraban las operaciones cauterizadoras, cual si nos apercibiéramos, a toro pasado, del ridículo que habíamos protagonizado brindando gratuitamente un espectáculo a la sobrecogida gente de los alrededores. Al poco, y tal vez como recuperando Alejo la responsabilidad que no había demostrado jamás —ni se esperaba en él—, podía acercarse a uno de todos y, mostrando interés por su salud, le comunicaba que sangraba un poco por la boca.

—No es nada, no me sale sangre.

—¡Que sí, hombre, que sí! A ver, abre más la boca, ábrela..

Si la abrías, él hacía un rápido e inopinado movimiento de su mano... y te echaba en la cavidad, casi en la garganta, una apretada bola de papel. Y te ahogabas más o menos al instante, si no tenías la celeridad bastante para escupirla o arrancártela de allá dentro. ¡Qué barbaridad, y cómo se reía, se desternillaba! Y podía ser entonces que, para disimular la crispación que te había causado, te vengaras de ello desenvolviendo lentamente aquel bolo indeseado en parsimonia más bien científica y con la esperanza de que tu agresor se molestara por que viéramos de qué posible documento contable se trataba. En aquellos momentos era cuando podías leer algo que te sonaba a fiscalías andantes, o motorizadas, que iban, un suponer, de una fábrica a otra de la localidad, y cíclicamente. O de un esbozo de asiento de contabilidad..., tal vez de algo similar a lo anterior y supuestamente confidencial...

(LA CAUTELA, EN UN PARÉNTESIS)

El Miau Salomón, y también viceversa, aunque ensimismado con su pescado del día y con el incongruente entusiasmo por engrosar su estrambótica colección de objetos de índole variada, el Miau, digo, sabía cuándo podían llegar a la ciudad los dos inspectores de la Vigilancia Especial. Daba por hecho qué día sería porque, de regreso de la bulliciosa pescadería, y temprano por la mañana, se podía dar de bruces con Çalem Remolins al final del puente y a eso de las nueve. Recostado cerca del abrevadero de la fuente pública, el pusilánime molinero apenas si se podía estar quieto con su ramita verde de almendro triturada ya entre los dientes que le quedaban. Estaba siempre alerta, y, como en otras ocasiones, allí persistía desde poco antes de que el tren cruzara sobre el puente ferroviario en dirección a Denia. De un momento a otro, y desde su cómoda atalaya, vería bajar de la estación a los dos tíos de la cartera, el abrigo y el sombrero, bien encorbatados ambos. Encorbatados, naturalmente, pulcros y con reloj de pulsera, venían a pie desde la estación del ferrocarril. Charlaban entre ellos de sus cosas y a veces se reían y todo. Allí estaban, y controlados los tenía el Remolins. Sin embargo, la situación más peligrosa —y también quizá la más cruel— se producía cuando aquellos dos llegaban de Alicante en el automóvil oficial de su departamento. ¿Cómo saber que estaban en la ciudad y si ese día se iban a poner a levantar actas de sus inspecciones? En el otro caso, y sabidos como apeados del tren, y según se iban acercando a la entrada del puente de la carretera, el asustadizo Remolins retrocedía hasta situarse entre los almendros, a su izquierda, ocultándose después detrás de la higuera que allí crecía desde toda la vida. Si los dos del maletín cruzaban el puente, seguramente iban a la búsqueda de uno de los tres taxis con que contaba la localidad y así visitar las almazaras huertanas: "Bien, bien; muy bien", se felicitaba, ilusionado y a salvo, el Remolins. Y después volvía apresurado a la suya para proseguir con la tarea que había interrumpido una hora antes, cuando cortaba la corriente eléctrica —si la había— de su destartalado complejo. Tenía mucho miedo a que levantaran acta en su establecimiento, aunque no fuera inculpatoria, por aquello de que se aireasen sus prolijas intimidades laborales y de ganancia. Por esa razón, y en todo lo que él pudiera, la evitaría al máximo).

* * *

Si la calculada munición usada por Alejo traía otros mensajes, éstos podían ser publicitarios y de las industrias chocolatera, de la pesca o de la hilatura del cáñamo. Así que cualquier tarde llegaba a tus manos —las de un estudiante de Peritaje Mercantil primerizo— el fastuoso, imponente, reclamo del "molino incomparable de Hijos de Julio Jover de Alicante". Si había tiempo para escudriñarlo detenidamente, tras contemplar sus pródigas y sugerentes fotografías en sepia, quedabas informado de lo que tan portentosa máquina era capaz de moler. Molía almidón, alfalfa, achicoria, arroz y también bellotas. (Nosotros no necesitábamos aquel artilugio para moler las bellas y dulces bellotas que se desprendían a su debido tiempo de la gigantesca encina de La Barbera, y que las encontrábamos, fúlgidas y prietas, entre las hierbas de la acequia de riego que conducía el agua hacia el Sur bordeando la pared del impresionante huerto. Las masticábamos con soltura y avidez, y la boca producía insalivaciones incontenibles al hacerlo) . Aquella máquina se atrevía asimismo con los huesos de aceituna, con las castañas, el cacao —¡ah, el cacao!—, y asimismo con el maíz, el centeno y los pobres altramuces secos, los deshidratados.

—Yo también trituraría todo eso —afirmaba uno—. ¡¡Y me lo tragaría!!

—¿Todo lo que dice ahí?

El eje rotor de aquel intrépido molino —según rezaba el impreso— era de acero **Siemens Martin** y giraba sobre dos cojinetes de bolas. ¿Cómo de inmensas y fúlgidas y compactas serían las bolas aquellas? Figuraba asimismo en aquel prospecto un enfático cuadro que describía las características del artefacto, y lo tocante a su tremenda variedad de prestaciones. Estaba bien garantizada su eficacia a la hora de moler. Su tolva impresionaba muchísimo, dando la indudable seguridad de que era capaz de tragar cualquier cosa que se le echara. Pero aquella hoja impresa ni remotamente te recordaba el aroma de uno solo de los productos que afirmaba poder pulverizar, y de los cuales solamente conocíamos de cerca tres o cuatro.

—No muele harina —avisaba uno— porque la harina ya está molida o está muelta.

—Con la harina y los cedazos o garbillos, y con las ligeras zarandas, se hacen muchas, pero que muchas trampas...

—¿En el molino maquilero?

(El que se creía experto en el asunto —por sobrino que era de uno de la Hermandad de Labradores— te informaba de ciertos tejemanejes y argucias con la harina morena y su salvado. Y se iba indebidamente de la lengua, seguramente a pesar de que en su casa ya se le advertía que "¡chitón!, o un día te rompo la cara de una bofetada".

—A la harina la garbillan, la criban o ahechan y la dejan puramente blanca, más que blanquísima... —se desperezaba el pedante asegurando todo aquello.

—¿Y qué?

—Pues que se aparta y guarda todo el afrecho o salvado... para ponérselo a la otra harina, a la siguiente, a la harina que ya era blanca después de haber pasado por el cedazo. De ese modo —no había quien le parase—, hay más harina que antes de la mezcla, y se amasan más panes, aunque no haya peces en ese milagro de la multiplicación. Eso tiene que ser como ponerle agua al vino y a la leche.

—¡O al aceite!

—"Donde no hay harina —proseguía el pesado del cedazo y la trampa— hay mohína".

—¿Y se come la mohína?

—No lo sé yo.

—¡Pues mi tía la soltera siempre está diciendo que no hay torta que no cueste un pan!, que tampoco se sabe lo que significa, ¿verdad? (A lo mejor, al Persona le iban a dar unas cuantas tortas por aquello de la harina para el pan...)

—¿Y qué cosa es eso del afrecho?

—Pues eso es el salvado de la molienda. Me lo dijo Llinares cuando fuimos mi padre y yo al molino..."sigue el agua su camino". Afrecho... o algo parecido.

—Eso quien lo sabe con seguridad es don León. Seguro que ése lo sabe. ¡Anda que no sabe ese tío...!

Era patente que algunas tardes de buen tiempo —lo más corriente— toda criatura se sentía llamada a concentrar sus ganas de vivir, charlar o jugar en los amables terrenos próximos a los cuatro o cinco chalés que se levantaban en aquella barriada donde quedaba la pequeña cruz que, en tiempos pasados, debió ser el hito del crucero. La extensa glorieta, longitudinal y paralela a la carretera que subía hasta los pueblos de la montaña y a otros del partido judicial, venía a terminar por el Norte delante casi de las trepidantes oficinas administrativas de las obras del embalse. A espaldas de la cruz, la acequia del riego giraba hacia Levante con la misión de llevar agua a los huertos paralelos a la calle de José Antonio ("Nada de un párrafo de gracias, etc."), y bajar después a los terrenos que descendían abancalados hacia la zona playera. Los sifones, cuyo conducto pasaba por debajo de la carretera general, permitían ese cometido del agua. Antes de esa travesía subterránea, las aguas ya habían regado debidamente los huertos de los pudientes, que eso ocurría los sábados por la tarde. Yo estaba allí a veces, pegado a la vía del ferrocarril y cerquita de la cadena del paso a nivel. Estaba allí dos o tres veces cada mes... para lavar los pellejos del aceite que, con las consabidas capas de arcilla, habían perdido toda su carga aceitosa. Lavados a conciencia en la corriente de agua, fresca y habladora, quedaban listos para su último paso en la faceta nanual de su curtido. Si había mujeres lavando ropa en la misma corriente, me situaba más abajo de ellas, con la idea de no ensuciar el agua con la arcilla que desprendían los odres. En poco menos de una hora, las pieles quedaban dispuestas para recibir en su nueva y agradable textura la

emulsión del tanino, operación estática que podía durar, ya en el obrador, alrededor de diez o doce días. Después se cortaba el cuero en piezas para botas de diversa capacidad... o bien, empegados enteros, se convertían en cueros para el vino.

La esquemática y polvorienta glorieta era un rectángulo perpendicular a la via del tren y bordeados sus lados mayores por ejemplares del socorrido "paniquesillo", muy implantado en algunos espacios públicos, cuando en éstos no comparecía la morera. Entre cada dos árboles había un banco de piedra artificial de color rosa, ocupados habitualmente los cuatro últimos, los más cercanos a la vía del tren, por gente mayor con sus nietos de poca edad y distraídos éstos toda la tarde con fantasías basadas en piedrecitas, palitroques y abundante tierra suelta, sucia y pisoteada. Pero la irresponsable llamada del libre, libérrimo albedrío, el pertinaz atosigamiento de los mayores y la incomodidad de aventurarnos entre los delicados e inconsistentes párvulos, hacía que nos fuéramos a bancales y solares inmediatos. O a los adyacentes al más que familiar espacio de recreo de la escuela. (Allí se podía jugar alocadamente a "Raya en Francia", una cosa que consistía en acotar un rectángulo de unos veinte metros de largo y de amable anchura. En su comedio se trazaba una línea divisoria igual que en los campos de fútbol, colocándose en cada uno de los extremos del rectángulo un cierto número de piedras, cinco o seis. Jugaban dos equipos, y sus componentes, tres, cuatro, cinco..., tenían la misión de adentrarse en el campo contrario con el cometido, tan pedestre y violento, de robar las piedras del contrario. Una vez robada una de aquéllas, o dos a la vez —las incursiones eran recíprocas y simultáneas, dándose las caídas y los durísimos encontronazos—, el que escapaba, y locamente perseguido, intentaba llegar a su propio campo y añadirlas a las suyas. Eso ocurría siempre que uno de los contrarios no tocara o rozara su cuerpo con la mano en la desenfrenada y zigzagueante carrera por escapar con lo robado. El interceptado de ese modo devolvía las piezas sustraídas, quedando prisionero y como rehén... hasta que un camarada de su facción no lo tocara para liberarlo. Y así una y otra vez. La confrontación terminaba cuando, por habilidad y arrojo, un de los grupos se había hecho con todas las piedras del campo opuesto...).

Algunas veces también nos repartíamos por los dorados bancales del trigo, tan bien encañados, y que lindaban con los pabellones de Auxilio Social. Y no despreciábamos el atrayente almendral que corría entre la vía del ferrocarril y el ancestral y árido Camino Viejo de Valencia... En éste, como en las terrazas de los limoneros que bajaban como gradas para cesar frente al refugio, era peligroso establecerse. El furibundo aparcero de esos terrenos —harto el hombre por años de todos nosotros— podía presentarse a veces a unos pasos de los nuestros blandiendo un astil de azada y gritando admoniciones casi bíblicas para que nos fuéramos de allí. Agregados y móviles como el cardumen, algunas tardes nos retirábamos al

provocado erial en que habíamos convertido el terreno agrícola paralelo al Gloria Cinema, rústica vía que un día lejano se llamaría de la Constitución.... Este lugar estaba atestado de escolares y de unos cuantos estudiantes. A vista de pájaro, aquello hubiera parecido un hormiguero febril con todos sus miembros en perpetuo movimiento de aquí para allá, subiendo y bajando como en una competición. O también corriendo, persiguiéndose sin freno, correteando y saltando..., sin obviar la tozuda actividad de trepar y bajarse de la acorralada y crespa higuera que allí, e inexplicablemente, resistía tanto embate. (Otros embates asumiría el lugar en las ocasiones de que el ayuntamiento permitía que en ese cuasi solar se montara ¡una plaza de toros! Una plaza de toros a veces seria... y a veces chusca por sus payasos y juguetonas vaquillas).

En aquel antiquísimo campo, de magna extensión, sólo pervivían los únicos árboles que podían hacerlo, dos grandes olivos, a tres o cuatro palmos de la carretera que llevaba, como mínimo, a San Antonio de las Huertas. La higuera quedaba en el otro extremo, rotunda y fresca aunque a la defensiva por lo deteriorada ya, y que posiblemente tuviera las raíces en la endurecida zanja o acequia de unos riegos, más que regulares, esporádicos. Airosa y pugnaz, esta magnífica higuera —de higos verdescos más supuestos que comprobados—, era normal que en sus ramas más bajas acusara estropicios considerables, pues de ellas se colgaban pendularmente los niños y las niñas para columpiarse selváticamente. (Si Johnny Weissmuller volaba de rama en rama visitando los frondosísimos y abrumadores árboles de la selva de Chita, en ese bancal, en barbecho más que eterno, había que remedar sus traslaciones colgándose de las elásticas ramas de la higuera, aquélla u otra). De la acumulada monotonía vespertina —aunque allí nadie se estaba quieto—, producida por carencia de inventiva, salió todo el mundo de golpe la tarde en que apareció el guarda rural al que los nuestros llamaban Kadúl. Detenido en el linde del terreno donde la calle de José Antonio Primo de Rivera ("¡Presente!") empezaba a configurarse como vía urbana, quedóse el guarda observando el barullo que agitaba el ramaje, arriba y abajo, de la compacta fronda. Y decidió dar unos pasos en su dirección, más picado por la curiosidad seguramente que por cumplir vigilando los higos. Visto su movimiento en aquella dirección, la desbandada de la chiquillería fue tan torrencial como incitadora para aquel fantoche. Allí no quedó ni un alma a menos de cincuenta metros a la redonda. Pero, al parecer, en la copa de la hermosa y resistente higuera había quedado una chicuela sucia y desarrapada, el pelo en greñas y descalzos los pies, tan habitualmente sucios... Sin enterarse de su soledad en el árbol, no se resignaba a bajarse hasta no haber dado con un higo maduro o en ciernes. Pero al poco y en lo más erecto de las ramas altas y culminantes —que se balanceaban en tanto la sola ocupante de ellas charlaba con alguien que ya no estaba porque había escapado— se produjo un silencio elocuente y acompañado de quietud total, como de camposanto.

—¡Baja de ahí en seguida! —tronó la voz profunda y de tabaco del agente, la tercerola en bandolera, como su zurrón al otro lado del cuerpo, y brillando al sol del ocaso todos los dorados metálicos del vetusto y rozado uniforme de pana.

Algunos huidos, y disimulados a esa hora detrás de los olivos del otro extremo, creyeron escuchar una especie de gimoteo que acompañaba al penoso descenso de la solitaria ocupante de aquel **ficus**. Casi lloraba cuando, de un salto simiesco, se quedó en cuclillas ante el bigotudo agente. Y temblaba y suplicaba:

—¡Ay, señor guarda, ay, señor guarda...!

—¡No grites, cállate! ¡Que te calles te digo!

—¡Ay, que me orino! ¡Ay, señor guarda, que me estoy orinando! —Y se encogía como si buscara obtener la patética retención que necesitaba. La cosa quedó zanjada al permitir el llamado Kadúl que saliera corriendo aquella niña hacia la lejanía que más seguridad creía ella le iba a otorgar. En otras partes de aquel escenario, irreverentes y cínicos, algunos se reían de desenlace tan sugestivamente amedrentador..., una vez que había pasado el peligro, obviamente. (Asistir **in situ** a la retención por una falta era experiencia visual impagable para aquellos que, sin darse cuenta, deseaban averiguar cómo se desarrollaba el proceso ante el agente del caso..., y para cuando a ellos les sucediera lo mismo o algo parecido, claro).

DE LA NOSTALGIA DE AL-ACTAR

Cuando Al-Actar andaba un poco nostálgico, nos contaba que allá donde él naciera, y lugar de nuestros ancestros, se criaban higueras inmensas, grandes y muy productivas. Detallaba él que algunas de las más esbeltas y hermosas crecían en la parte zaguera de la botería de su padre, justo en la sosegada orilla del cristalino arroyo que discurría entre zarzales, junqueras y carrizos, aquel amable predio de ranas y cristalinas libélulas. (Muy poco más abajo, y según se entraba en el pueblo desde la línea ferroviaria, estaba el hogar de la que un día sería nuestra madre, sus hermanas y un hermano, aquel tío nuestro, Juan, tan inteligente y apasionado por la belleza creativa, y tan notable en el ámbito cultural del pueblo... Era él una hoguera romántica en lucha contra la injusticia, y sus sobrinos y sobrinas nos contábamos entre quienes lo admiraban fervientemente en el pueblo. Leía mucho y se expresaba con vehemencia y gran precisión conceptual. El primer ejemplar de «La Odisea» que tuve ante mis ojos de adolescente era de su biblioteca, no tan extensa como él hubiera deseado que fuera. ¡Qué lástima que la vida nos mantuviera alejados de aquel Juan Nicolau Pascual y de los demás familiares del pueblo al que tanto pudimos amar!). Aquel paraje de Muro era de gran belleza natural, y el niño Al-Actar mantenía un cultivo de olorosas albahacas en la humedad del regato. (De ahí, posiblemente, el que en nuestro patio y su modesto jardín siempre hubiera alguna que otra maceta con albahaca). También se distraía de niño trabando cortos fragmentos de junco en forma de ruedecillas, y colocándolas en leves desniveles del cauce. Allí recibían en sus aspas la continuada fuerza motriz del agua, manteniéndose en movimiento continuo semanas y semanas. Y acompasado tan bello giro con el acogedor murmurio de la linfa... Eran ensoñaciones que, bajo otro tipo de rasgos, lo acompañarían toda la vida, y que igualmente podían dejarle al borde de la sensitiva lágrima con sólo escuchar unas palabras de cierta profundidad, o cuando se entonaba la melodía de un aria. El imperativo de subsistir nos mantenía lejos de la tierra que nos viera nacer..., y, si se demoraba nuestro retorno a ella —generalmente, pasábamos unos días allá en ocasión de los festejos de moros y cristianos de la villa, tan asentados este tipo de festejos en la zona—, también sabíamos que, en cualquier momento, podíamos viajar en tren por Gandía... y vernos con los numerosos parientes de ambas ramas, con las primas y primos de ambas familias... El viaje era altamente ilusionante por la alegría experimentada en destino..., pero

casi cruel el de retorno, separados nuevamente nosotros de los afectos esenciales. No sabíamos nunca si la aventura había valido la pena... por la desolación que percibíamos al abandonar en tren la estación de Muro...

(En un viaje de aquellos, y acompañando el ferrocarril al curso del río Serpis, de uno de los pequeños pueblos de aquella comarca había subido al convoy un fraile orondo y mofletudo, sentándose casi enfrente de nosotros después de acomodar a su lado la enorme lata con que había acumulado unos cuantos litros de aceite de oliva. También llevaba una especie de zurrón. Eran contenidos acopiados en su ir y venir mendicando para el convento y de puerta en puerta por pueblos y aldeas. Inmediatamente se quedó adormilado... y al poco ya dormía roncando. Nos daba la risa, pero intentábamos disimular, y más ante la mirada inquisitorial de nuestra madre, que estaba sofocada de antemano por la posible inminencia de una estruendosa carcajada nuestra. Más tarde, y a un brusco quiebro del tren, el hermano aquel se despertó con un bufido casi huracanado. Algo después ya debió sentir hambre... y estuvo mirando en el zurrón. Finalmente, extrajo de él medio pan y parte de un hermoso chorizo, cosas que fue masticando y deglutiendo con mucha eficacia y evidente satisfacción. Su disfrute era nuestro martirio... por el hambre que siempre nos asediaba, aunque la tortura se incrementó cuando aquel ser gordinflón sacó de una bolsa de tela un portentoso bloque de... ¡chocolate! No se trataba de la pastilla corriente en tabletas —nosotros los niños siempre llamábamos onza a sus divisiones—, sino de un verdadero pedrusco, grueso y ancho más que nada, descomunal y lejos de toda medida al uso para tan soñada golosina. Me acordé de la pirita de oro de no sé cuántos kilos hallada en no recordaba qué fantástica mina, una quizá del Canadá... ¡Tan bien como iba aquel viaje hasta aquello del chocolate!). Los familiares nuestros de Muro, y de la parte de nuestra madre, también solían venir a nuestra ciudad en cuanto les era posible, aunque muy de tarde en tarde. Nuestras tías y sus sobrinas de allá —nuestras primas— vivían con mucha ilusión el hecho de pasar unos días con nosotros... y disfrutar además de la visión del mar..., pero esas horas pasaban muy aprisa y luego llegaba la despedida. ¿Hasta cuándo? Pues hasta que uno de nosotros o todos nosotros viajáramos por Denia y Gandía hasta Muro, o bien, aunque esto era más atribulado o aparatoso, valiéndonos de la amabilidad del personal de los camiones de Pescados, S.L., que subían a la montaña para distribuir el pescado...

CON ALEJO ENTRE PAPELES

En relación a las proteicas apariciones de Alejo, había que decir que alguien mayor que nosotros —dijeron que el hermano de Ignacio— le reconvino una tarde sobre el tema de los impresos y documentos mercantiles que a veces cogía de la papelera cuando iba a curiosear en el despacho contable de su progenitor, si veía que allí no había nadie. Y no dudó el meritorio en amenazar al salvaje de Alejo con decírselo al padre, apoyándose en la autoridad que ya le confería el hecho de andar muy cerca de ser titulado en lo mercantil. Que por algo le quedaban un par de asignaturas para terminar el Profesorado... Desde ese día, el irresponsable e imprevisible muchachote — ¿mejor cachalote?— pareció (¡) desistir de tramar fechorías con papeles de aquella condición.

—¡Acabarás quedándote todo el año en Alicante! ¡No sé de qué te vale ser tan grande, si no usas tan poquito tu cerebro! —le había dicho Vicente en una ocasión, cuando,volviendo de la fábrica de chocolates de la barriada, cruzaba por la glorieta, y precisamente —¡qué mala suerte!— cuando el exaltado pirómano nos perseguía quemando papelitos de aquellos y arrimándonos las llamas...

Casi por entonces contaba yo con un sugerente mazo de facturas, recibos, variedad de albaranes y hojas y folletos de publicidad industrial. Tenían su atractivo, sobre todo si pensabas que aquellos conceptos y sus cantidades, más el precio por unidad de peso o de capacidad, habían sido motivo de reflexión previa de un serio fabricante de algo, un hombre de carácter y experiencia que pensaba mucho en sus conveniencias a la hora de comprar determinadas materias primas o abstenerse. Y también imaginabas cuánto movimiento de almacén, de transportes por tren o por carretera ocasionaban aquellos pedidos, y la gente que se implicaba en ello en diferentes lugares de España: en factorías remotas y oficinas con teléfono y con hermosas y expeditivas máquinas de escribir. Y de calcular posiblemente. Aquellos mis papeles los había conseguido yo una mañana en que el ventarrón oblicuo y húmedo de Levante empujaba oscuros y alocados nubarrones sobre la costa marítima, estrellándose el mar contra los taludes roqueños de la lejanía litoral y el dique de nuestro puerto pesquero. Aun no siendo un buen día para ir por la arcilla al desnudo ribazo ante el Campana, la imprevista carencia de ella en el taller me había obligado a bajar al yacimiento. Así que caminé con dificultad contra los

embates del viento, agitadas furiosamente las frondas de los ampulosos algarrobos y alterada la verticalidad de los escapos florales de los agaves o piteras. Al cabo de más de una hora de percutir con la azadilla, y sin relajamiento en lucha contra las ráfagas de la ventolera, tenía ya lleno el ancho y más que hondo capazo, y me volvía al taller con esa carga al hombro. Vi entonces que en bancales próximos había como una demente bandada de papeles que correteaban de aquí para allá y volaban con el ventarrón, muy cercanos al vuelo inicial de las cometas infantiles. Dejé mi carga en la cruz de uno de los algarrobos y me puse a perseguir al aleatorio rebaño que el toro del viento embestía. Con paciencia y casi obstinación, recogí cuantos papeles pude, algunos enrollados en torno a hierbas arbustivas, pegados al tronco de algún vapuleado almendro y también en recovecos de los taludes agrícolas... Entre la camisa y el pecho, me guardé todos los que pude, seguro de que eran documentos mercantiles, y creyendo, además, que eran papeles como los que a veces hacía arder Alejo ante nuestra despavorida pandilla.

—¿Qué traes ahí?—me preguntaron al llegar a casa y visto que manipulaba en la camisa. Desde luego, no eran higos. Ni era su tiempo ni en la barrancada estaban presentes las higueras..., algo que para mí era una especie de desolación.

Mientras ordenaba unas cuantas hojas sobre la mesa escritorio donde dibujaba yo mis tebeos, expliqué dónde y cómo me los había tropezado, sin que, por el momento, merecieran más de dos segundos de la atención de Al-Actar y de los demás. A media mañana me las apañé para ir mirando algunos con mayor detenimiento. Eran impresos administrativos a nombre de los dueños de una modesta industria fabril: impresos de los años veinte, algunos de los treinta y década de los cuarenta: recibos de arbitrios municipales, cédulas, resguardos de contribución a Hacienda... Había también letras de cambio, y pagarés. Estaban las ofertas de dos o tres talleres tipográficos para imprimir las envolturas del chocolate, y una revista de pequeño formato sobre alcoholes y azúcares de distintos tipos, calidades y precios. "Marín, Bañuls y Baeza, impresos de todas clases" se había facturado por imprimir 70 resmas de papel por un total de 15 pesetas. Por su parte, "Arbitrio municipal sobre consumo de bebidas" había emitido un recibí por 90 litros de vino en noviembre de 1929. Una peseta y media se tuvo que pagar al "Negociado de Arbitrios del Ayuntamiento" de la localidad por el derecho de tablilla". Aceites y Cereales" —Calle Colón, 3— presentaba factura por suministro de harina, arroz, canela, etcétera.

No faltaba —según iba viendo— el atractivo de la mercancía "embarcada a vapor", que reexpediría don J. Terol desde Alicante; y una carta notificando a un industrial del vecindario la puesta en movimiento de un dinero por transferencia del Banco Español de Crédito "de ésa" a **The Royal Bank of Canada** «de ésta». Los queridos pronombres demostrativos suplantaban, expeditivos y directos, a los

nombres de ciudades en la resoluta jerga mercantil. Era la hostilidad antiliteraria del comercio, tan seco y mercurial.

El «Lágrima de Cristo» era una cuidada especialidad de la Casa Evelio Mañas, el de Villarrobledo, que asimismo ofrecía vinos, aguardientes anisados..., ¡camas de hierro y muebles de todos los estilos! En Mislata, Patentes «Sanmartín» se anunciaba como proveedor de flor de harina de algarroba y de piensos industriales. Un extraño y activo molino de Catarroja disponía de ofertas que incluían parafinas, carnauvas (¡) y un largo etcétera donde no faltaba la cera pura ¡de ovejas...!

—¿De ovejas? ¡De ovejas no puede ser! Las ovejas crían muy poca cera!

Claro estaba que se trataba de "cera pura de abejas". Y además ofrecía el tal establecimiento ciertas colofonias, estearinas... Otro molino publicitaba prácticamente lo mismo en versión de barritas, pastillas y panes de cinco kilos, pero desde Albacete. ¡Ah, y velas de cera, bujías y cremas para el calzado! Se suponía que para zapatos y no para esparteñas. Por su parte, la Compañía de Riegos de Levante —qué poderoso viento de ese lado la mañana de los papeles volando— pasaba facturación por el consumo de un kilowatio/hora con el impuesto de 0´30 céntimos, mes de mayo del año 38, aquél del inmisericorde bombardeo del Mercado de Abastos alicantino. Entre la pintoresca diversidad documental comparecía una receta firmada por el Dr. Santa Olalla Esquerdo; rezaba en ella no se sabía qué; y otra del conocido Dr. P. Ruiz Galiana, "Medicina Interna y Rayos X". En una caligrafía más accesible, recetaba "una faja (...) para pitosis gástrica". ¡Pitosis gástrica! (En el aspecto de los complicados tejemanejes comerciales, oferta y demanda, los estudiantes ya avanzados del Peritaje Mercantil podrían ver muy bien plasmados algunos conceptos de sus asignaturas, a saber: materias primas, gestión empresarial, procedimientos industriales. Eran de la misma naturaleza de los contenidos en la asignatura "Mercancías", muy intensa ella, y en la cual figuraban métodos y sistemas de elaboración de productos acabados. De ellos, el petróleo presentaba una complejidad extraordinaria en cuanto se llegaba al famoso **cracking** aplicado a los complicados y repelentes hidrocarburos...

La cosa no terminaría allí. No del todo, al menos. Dos semanas más tarde aún me topé con más papel. Eran varios sobres de cartas de apagado azul. Ostentaban el membrete del ampuloso Ministerio de Industria, departamento de la «Agrupación Nacional de Fabricantes de Chocolate», sección Regional, y a esto le seguía una papeleta del número 41.506 de la Lotería Nacional del Sorteo de Navidad de 1924. No debió resultar premiado ni con la morralla de la pedrea. El portador —¿el portador?— perdió las dos pesetas que pagó por tan melancólica participación. La papeleta se la había vendido la Viuda de Jaime Galiana, Ferretería de la Plaza de Castelar, en otro tiempo Plaza de la (recurrente) Harina. Encontré los inocentes impresos de Contribución Industrial, claro, y del Ministerio de Trabajo y

Previsión, o de Economía Nacional —impuesto de Plagas del Campo, donde no figuraban los pertinaces predadores famélicos de la localidad—, y papel, ¡papel! de pagos del **Crédit Lyonais**, así como una guía para la circulación de azúcares y glucosa. Otra cosa había: un cuaderno escolar del curso 1932/1933, algo nostálgico y entrañable. De su comedio había salido volando una hoja impresa que rescaté del punzante cardizal, cerca de la mina de la arcilla. Registraba aquella hoja una muy curiosa relación alfabética del **vestiario** del legionario de una **Divisione Volontari**. Bajo el concepto genérico de **oggetto**, se enumeraban diversos objetos: **asciugapoti o pastrani** (...), **correge per pantaloni, cuchiai** (...), **distintivi grado** (...), **fasce cintura per truppa, forchetta, guanti lana, pantaloni panno, picceti per tenda, tazine...** La década de la fecha era la del 30, y al pie del papel se leía: **Il Comandante**, espacio propio para la firma de conformidad... Después de algunos años llegaríamos a saber los ya adolescentes que una división fascista italiana, la **Littorio**, había estado en nuestra tierra a finales de la Guerra Civil, con algunos de sus soldados acogidos en diversas viviendas de nuestra ciudad. Y también que, gracias a algunos de sus hombres, muchos niños famélicos comieron rancho aquellos días...

TRAGEDIA LEVEMENTE GRIEGA

Para una respetable mayoría de empresarios de talleres y fábricas, tener que devolver una letra de cambio era como una deshonra indeleble. Algunos recurrían a pedir prestado dinero a familiares o amigos, si no caían en las manos de usureros locales, que los había, y fríamente inmisericordes un par de ellos. Hubo un pequeño industrial —como se comentó aquella temporada— que a punto estuvo de quitarse la vida ante una supuesta situación de deshonor irreparable..., según su modo de entender la vida. Pero el ofuscado y pusilánime no sería el tío Garganta, aquel primo segundo o sabía Dios qué de Salomón el Miau. Tenía este Garganta, hombre de muy poblado y abrasivo mostacho, un aparatoso astillero, como todos sabíamos en la ciudad. Una mañana le presentaron una factura de materiales metálicos de los que el taller empleaba a diario. El escribiente de la ferretería detuvo la bicicleta entre maderos e incipientes cuadernas, al borde mismo de los amontonados tablones que esperaban turno ante serruchos y sierras, escofinas y martillos de los obreros. El consabido y penetrante olor a madera recién cortada, a filástica y a serrín se mezclaba con el del alquitrán, que humeaba sobre las llamas de un apacible fuego de listones y virutas. El oficinista se desprendió de las gafas sin bajarse de su vehículo y, bajo el ala de su sombrero de paja, las estuvo limpiando con el pañuelo, todo ello sin que le cayera la pequeña carpeta azul, apretada bajo el brazo izquierdo. Antes de que la tomara de allí para abrirla, el hijo del empresario le interpelaba con sólo un movimiento de cabeza, presintiendo la probabilidad de una galerna. El silencio de los trabajadores ya era impresionante, ni se movían. También en aquel paraje se podía escuchar el vuelo de la famosa mosca que en los relatos acredita la ausencia total de ruido. Porque, efectivamente, se acercaba una tempestad.

—Una facturilla— se escuchó decir con cierta sorna al oficinista del establecimiento de efectos navales, al tiempo que buscaba entre sus papeles. El obrador seguía paralizado, sumido en un respetable y curioso silencio, que sólo rompían los graznidos de unas pocas gaviotas y el mar. El carácter del abuelo, gruñón e histriónico a ultranza, y cascarrabias si los había en la ciudad, era el origen de tanta expectación y contenidos alientos. El personal del astillero, grandes y no tanto, no se perdería la sacudida que se avecinaba, según una ya larga experiencia de patéticas puestas en escena allí, al aire libre y al vibrante sol de aquella adusta playa. El viejo, que aspiraba a controlarlo todo en aquel taller, origen, según él, de

todas sus desgracias, sabía muy bien cómo hacerse el remolón, y daba la espalda a la visita mientras se quitaba y volvía a colocarse la gorra. Era lo que hacía siempre con visitas de tal naturaleza, y a pesar de que sabía que aquella su actitud de alienado jamás le resolvía su encuentro con los débitos. Por lo tanto, y para apaciguar allí la acritud de oficinista ante acreedor, era siempre el hijo mayor quien llevaba el "mensaje" ante la cansada vista del segundo. En aquel patético momento, sintió éste, y en su carne, cómo se aproximaba a él su hijo. En una mano llevaba la factura de efectos navales "El Faro".

—¿Qué? —preguntó el viejo con un hilo de voz y sin volverse apenas.

—De "efectos navales". Una factura.

—¿Factura? — hubo una pausa— ¿Otra de "efectos navales"?

Aquel empresario cogía el papel con la mano derecha, se ajustaba las gafas y observaba por unos segundos aquella impertinencia. La estudiaba en silencio... y luego, al dejar caer los brazos como muertos, todos en el taller anticiparían que ya se iba poner a llorar. "¡Cuatro mil pesetas!", exclamó.

El hijo soltó un suspiro harto inteligible, cansado anticipadamente.

—No; padre. No mire ahí, mire más abajo, ahí: son cinco mil trescientas doce. Usted tiene que mirar el total, abajo del todo...

Los operarios permanecían quietos como estatuas aquí y allá. Ni respiraban. Circunspectos algunos en lo que sería castillo de proa de una barca de pesca, no perdían ni un suspiro del encontronazo. Otros parecían no tener nada que ver con la sierra que sostenían —quizá sin darse cuenta— entre las resecas manos, muy cerca un par de ellos de la pulverulenta oficinilla del complejo, destartalado recinto dotado de antiquísimas telarañas.

—¡No puede ser; esto no puede ser! ¿Cinco mil pesetas...?

—Padre...

—¿Cinco mil...? Pero, ¿de qué, de qué cinco mil?

Y llegaba la consabida invocación de los desesperados, de esos que no encuentran correspondencia justa entre lo que son, y hacen, y las constantes adversidades que la vida les envía; esos que suelen creerse los únicos y absolutos destinatarios de las grandes desgracias que acosan a la gente. En el impresionante silencio del astillero, oportunamente paralizado el trabajo, el tío Garganta, cascarrabias efervescente, ya iba de desahuciado, daba unos pasos vacilantes... y se dirigía con lentitud procesional a su pequeña oficina. Le habían brotado dos lágrimas de considerable tamaño, y daba verdadera pena, desde luego. Pero de pronto se volvía. Se volvía y gritaba desesperadamente al mismo tiempo que alzaba al cielo los brazos para implorar misericordia:

—¡Vengan aquí los hombres y vean, vengan aquí! —Estaba en mitad de aquel espacio, rodeado de tablones y de hierbajos amarillentos, como si en un desierto

bíblico y más que abandonado—. ¡Vengan y verán los hombres cómo un honrado empresario se cuelga por el cuello de una soga!—Se dirigía luego, y pesadamente, a la rudimentaria oficina— ¡Que lo vean! ¡Que lo vengan a ver!, seguía su lloriqueo.

El sudoroso contable de los efectos navales no presenció la escena ni pudo escuchar las jeremiadas del viejo, porque su misión en aquellas y otras mañanas solía ser infligir facturas y alejarse silbando, o cantando lo de Machín sobre un pintor que no solía pintar ángeles con resultado de que fueran negros ¡por una vez al menos! De modo que no pudo ser él quien desparramó por la ciudad el contenido de tragedia tan canónicamente griega. Sabía de memoria las tormentosas algaradas de la gente mayor en las pequeñas empresas ante gastos diríamos de inversión considerados catastróficos y directamente innecesarios, según quien los catalogara. El patriarca mismo del establecimiento del cual él llevaba las cuentas era persona más que renuente a ceder el testigo a sus vástagos... por la alegría o despilfarro que creía ver en aquella su casa. Aquel hombre, arrancado del rastrojo y de sus pautas económicas por la confabulación en su contra de varias sequías consecutivas, ahora se hallaba ahogado —¡qué mal pensamiento el suyo cuando dejó el surco!— en un negocio afecto a la pesca ¡y a la navegación, nada menos! Opinaba él que eso, con ser mucho, no era más que un decir. (No quería admitir que a veces se sentía orgulloso de aquel profuso establecimiento suyo, por mucho que lo odiara). La consecuencia inmediata de aquella cuantía era la presión de los proveedores, que no le dejaba dormir. Sus dos hijos mayores aspiraban a que la empresa familiar dispusiera de cuanto podían necesitar la pesca ¡y la navegación, nada menos!, amén de los carpinteros, pintores, electricistas, las viviendas... y todo el mundo en general. Que nadie de la localidad y su zona tuviera que subir a la capital para conseguir un implemento, cualquier accesorio de la índole y aplicación que fuera... Allí, en aquella casa, tenía que haber de todo. ¡De todo! Y el viejo se daba a las evocaciones de su historia de afecto al terruño. Fue él quien, hacía diez o doce años, y tras la aparatosa operación de enterrar al mulo, que muriera atragantado con una algarroba verde, decidió exhumarlo tres días después. En ello se jugaría la vida aquella madrugada. Luchó con demencial denuedo —en noche cerrada para no andar en lenguas— más que hundido en aquel agusanado y mortífero hedor... hasta poder arrancarle las cuatro herraduras. Porque desperdiciarlas era lo mismo que tirar ¡los cuatro duros de su coste! Así que...

DEL DECURIÓN SOLIDARIO A LA NÁUSEA ESPAÑOLA

"Reglamento para el buen régimen, gobierno y administración de la Sociedad Obrera de Socorros Mútuos (sic) Unión Social Cristiana de Villavila". Aquel compendio, de treinta y seis páginas, reunía numerosos y razonables artículos pensados para el bienestar de los socios de semejante Unión, que lo había editado en abril de l905. A Salomón lo atraían los reglamentos así porque suponían una propuesta de solidaridad entre las personas. El objeto de la dicha y curiosa sociedad era, entre otros, atender al mejoramiento moral de sus miembros para que, pública y privadamente, "se recomienden aquellos por su honradez y moralidad". Para los socios enfermos había una Caja de Socorros Mútuos (sic) que fomentaba la mejora económica de la clase obrera. En el artículo segundo se decía que la voluntariosa Sociedad funcionaría bajo la protección del Patriarca San José. (También guardaba él ejemplares de Prensa de los años de la contienda civil, de folletos terapéuticos, viejas novelas de detectives y de muy viriles caballeros medievales de gran nobleza y de mucho valor en la lucha. Así que a menudo se preguntaba qué diablos había ocurrido en España para que toda aquella serie de conductas ejemplares, solidarias y altruistas desaparecieran de su territorio en cuanto Franco se sublevó contra el gobierno republicano).

En aquel hábito de guardar publicaciones diversas de décadas anteriores no estaba solo Salomón, con toda seguridad. Un eco de su afición podía encontrarlo en aquel paisano suyo que vivía al otro extremo de la localidad. Guardaba éste muchísimos más periódicos, folletones, novelas y revistas, algunas similares a las que Salomón conservaba como oro en paño. En ese aspecto, ninguno de los dos conocía del otro aquella perseverancia. El paralelo del Miau, y mientras transcurría el último año y medio de la guerra, no hacía más que releer... y vivir, muerto de miedo, que por algo andaba escondido en la cámara de la casa de sus padres. (¿Cuántos otros hombres permanecerían escondidos aquí y allá, entre aterrados y también esperanzados por salir bien de aquella deserción del frente de guerra, si era que habían llegado a estar en él?). De allá arriba se atrevía a bajar alguna que otra noche, descolgado del solapado recinto y para cenar con la familia aunque en estado más que alterado. Había escapado del frente de Teruel y, tras muchísimas calamidades y tontas desorientaciones geográficas, terminó por dar con la ciudad donde naciera. (Eso sería una noche del mes de febrero del 38). Siguió viviendo a

escondidas, como uno más de los muchos que luego se supo había en España... y rompiéndose la vista con lecturas a la mortecina luz de un decrépito candil. ¡Qué de montones de periódicos y de otras publicaciones a su alrededor tenía aquel hombre! Y qué leído salió a la luz del 25 de julio de 1939! La guerra había terminado en marzo, pero él esperó y esperó. E hizo bien cuando, en ocasión de las primeras fiestas patronales de los sucesivos "años de la victoria", se atrevió a mostrarse en público y asegurar que, herido en el frente, había estado en un hospital catalán hasta entonces. Ese año el programa de festejos ya pudo ver incorporado a los demás textos aquello tan eufónico y cancelador —en teoría, claro— de las "hordas marxistas" derrotadas y mientras las campanas parroquiales se volvían locas de júbilo... ¡Qué bien!

Los socios de la "Unión Social Cristiana" eran de tres clases, a saber: honorarios, protectores y numerarios. La edad de éstos últimos estaría comprendida entre los trece años y los cincuenta y cinco, y no tenían que padecer enfermedad habitual ó crónica. El socio tenía que profesar la "Religión Católica", gozar de buena fama en honradez y practicar buenas costumbres. Tampoco tenías que estar afiliado a instituto armado alguno ni tampoco á ninguna sociedad reprobada por la Iglesia". Los numerarios pagaban veinte céntimos de peseta semanales, y cincuenta céntimos por derechos de ingreso. Aquellos que adeudaran más de cuatro cuotas no tendrían derecho al socorro hasta el día siguiente del de la satisfacción de esa deuda... En fin, aquella curiosísima sociedad poseía un articulado de rígidas precisiones sobre la conducta de sus asociados. El capítulo tercero, "Medios de conseguir el fin moral de la Sociedad", disponía que sus miembros se considerasen como hermanos y "se trataran con amabilidad, empleando las buenas formas que exigen la educación cristiana, el amor al prójimo y las reglas de la cortesía social". Evitarían "las palabras malsonantes, la exhibición de láminas y letreros obscenos é irreligiosos, y además, todo aquello que pueda producir contiendas, acaloradas disputas ó cuestiones personales, cosas todas que por igual rebajan la dignidad del hombre y ofenden la cultura de todo pueblo civilizado". A la vista de tan pintoresco articulado, no hacía falta ser un lince para comprender que aquella sociedad pretendía recrear una comunidad cristiana similar a las del Mundo Antiguo, y a Salomón le gustaba mucho, muchísimo, que sus creadores hubieran formado grupos internos denominados decurias y que al frente de cada una de ellas estuviera ¡un decurión! nada menos. Naturalmente que sí. (Le parecía que aquello tenía un cierto parentesco, además, con las Milicias Romanas de Semana Santa, de las que era tributario el Caifás local, el tan aficionado a presenciar ruidosas autopsias). Aquel reglamento era un compendio exhaustivo de prevención de cuantas eventualidades o desgracias se dieran en una organización asociativa, y debieron ser muy sesudos los individuos que lo estructuraron..., si no eran abogados, locales o foráneos. Cuando

se dio a la estampa, fue el impresor Vicente Ferrándis, en Valencia, quien hizo el trabajo. (¡Cuánto hubiera disfrutado el Miau de conocer el listado de nombres y apellidos de los socios!, pero con los dos apellidos, uno y dos. El del padre y el de la madre, uno y dos. Porque él había visto una vez documentos de finales del siglo XIX en los que, al formarse listas de paisanos, sólo figuraba el primer cognombre de la persona... ¡y así no había forma de vincularlos a las familias de la localidad con la debida precisión de parentesco! Si comentaba el tema, alguien muy avisado podría recordarle la poca relevancia social que la mujer tenía en aquellos tiempos, y que las hembras ¡no estaban aún en el censo municipal del año 1898! O sea, un cero a la izquierda en la Administración de España. Y reparaba el Miau en el otro habitante de su casa, la Estecia Balones... y Davó, su mujer, un mundo aparte aunque accesible en su rol. Aquella mujer quedaba inserta, mustia e insegura, como otras en casa de pobre, en la acostumbrada banalidad que proporcionaba la infame recurrencia de lo mismo en cada hora del día y de la noche. Todo siempre igual, o muy parecido, empezando por la cocina y terminando en cualquier otro rincón de la vivienda. Como la ligera novedad de un día a la semana, si no se accedía al hilillo de agua del regato del río, se acometía la prolija colada en el patinillo, un espacio aquel que, separado por un desastrado y agresivo vallado de cañas y espino, daba por el Norte al propincuo y cadencioso taller donde varones de todas las edades hilaban la fibra del cáñamo... mientras cantaban coplas de Imperio Argentina o de los hermanos Quintero, León y Quiroga al ritmo de las ruedas que, por el esfuerzo infantil, ponían en torsión la fibra del cáñamo...).

LOS PAPELES DE LA GUERRA

La colección más secreta y particular de entonces podían constituirla ciertos relatos que la mayor parte de la gente deseaba olvidar y que por ello amarilleaban impresos bajo la vigilancia de su poseedor, a buen recaudo. Ante ciertas informaciones de la guerra española, el Miau todavía recordaba la radio de una noche —la escuchaba en la casa de un sobrino— dando cuenta del reportaje que un periodista francés firmaba en "Sábado Gráfico". El corresponsal describía, completamente horrorizado, la masacre que los barcos de guerra y los bombarderos franquistas habían inferido a la aterrorizada población civil de Málaga. Salomón escondía unos pocos ejemplares, asimismo, del "Abc", que era entonces un diario republicano de izquierdas. Uno era del 11 de enero del 37, y que él había leído tres y cuatro veces en su voluntario retraimiento, y también el del 14 de abril del mismo año. En éste comparecía una fotografía de Azaña, Martínez Barrio, Companys, Aguirre y Largo Caballero, los artífices de la II República española. Decía aquel periódico, a modo de editorial: "Al comenzar el VI aniversario de la implantación de la República democrática española de trabajadores de todas clases, ABC cree y espera en los hombres representativos que desde sus altos puestos de mando y responsabilidad conducen al pueblo a la victoria contra el fascismo nacional e internacional". En aquel mismo número, el ejército republicano estaba —según se leía— a un kilómetro de Fuenteovejuna, "todos a una". Otra nota decía: "El enemigo se bate en retirada en la sierra de Alcubierre. La incomunicación de Huesca es completa. Doscientos cincuenta prisioneros facciosos y abundante material aprehendido". Unos cuantos escritores noreamericanos se manifestaban contra los crímenes del fascismo en España, y figuraban las firmas de Sinclair Lewis, Cheswooy Anderson y Thornton Wilder. Información muy preocupante era la de que Italia seguía ayudando a Franco, al decir del diario. Habían salido dos trenes desde Milán hacia Génova, con destino desconocido. Eran trenes militares transportando baterías de campaña, con sus dotaciones completas de municiones, y tanques de diversos tamaños... Desde Tarragona se informaba que, según parecía, el buque "Cervera" y el "Canarias" habían cañoneado Vinaroz, Benicarló, Alcanar, Peñíscola, Castellón... sin "lamentar desgracias personales ni daños materiales". (En otra ocasión de bombardeo, el ataque que efectuaría el Crucero "Baleares" iba a causar veinte muertos entre mujeres y niños...). ¿Y los textos publicitarios del periódico?

La publicidad mercantil no era nada despreciable para el Miau, quien en ella encontraba a veces cierta lenidad opuesta a las desgracias de la contienda. Contemplaba con curiosidad un anuncio de maletas grandes y de bolsos de viaje. Su anunciante aprovechaba bien la triste evacuación que en Madrid se llevaba a cabo por aquellos días. Sobre la operación y condiciones a reunir por los que querían abandonar la torturada capital, el Gobierno de la República seguía publicando instrucciones. De ellas iban a derivar las tristes expediciones, sobre todo, de niños y niñas hacia pueblos valencianos de la costa marítima. El Miau pensaba entonces en el caso de la niña Almudena, así como de otras como ella, instaladas en distintos vecindarios de nuestra ciudad en aquellas semanas de terror. Habían sido parte de las muchas crías evacuadas de Madrid, aunque algunos de los niños saldrían de la localidad rumbo a la Unión Soviética pocos meses después... ¡La Unión Soviética! ¿Qué no tendría que escribir un día aquel Valentín González El Campesino desde Buenos Aires sobre los veintitrés millones de rusos deportados, presos y torturados hasta la muerte en cárceles, minas y explotaciones industriales en el interior de aquel gigantesco e inhóspito país? La represión brutal del gobierno soviético había anonadado al rebelde comunista español, que, tras ser recibido triunfalmente en la U.R.S.S. por sus méritos de guerra en favor de la II República, caía en desgracia allí, como más de veinte millones de seres humanos de diversa procedencia.

Había otra cosa. El Miau Salomón sabía que la ciudad sumaba unos cuantos hombres escondidos, escapados del frente y escondidos. Eran aquéllos a los que posteriormente se llamaría "topos". El más representativo de ellos podía ser el que había salido huyendo —uno de tantos— de la zona de Teruel y vuelto a la ciudad después de dar penosos tumbos y pasar hambre, frío y muchísimo miedo. Casi murió en aquella escapada... porque, además, llegó a no saber dónde caía la provincia de Alicante. Pocas semanas después de aquello, alguna que otra persona en nuestra ciudad consideraba muy probable que anduviera escondido en cualquier agujero del campo, tal vez en alguna masía, pero la verdad era que resistía agazapado en el propio corazón de la ciudad, y temerariamente. Se trataba de una bellísima persona, algo atolondrado, corto de espíritu y más que sentimental. Tenía gran afición a la lectura, caso único en la familia. Desde muy joven conservaba numerosos ejemplares de periódicos, revistas, libros escolares de los años veinte y hasta folletones y prospectos de cine o teatro de esa época. Escondido sigilosamente, perseverante y resignado en su agujero, lógicamente se le acrecentó aquella su acendrada afición a leer y releer textos de toda clase. Además de los periódicos y publicaciones de que siempre dispuso en un cuarto trastero, pedía a sus familiares que, con la discreción adecuada, le procuraran el diario al menos un par de veces a la semana... Entre tanto iba sufriendo los sobresaltos correspondientes a las noticias bisbiseadas de sucesos que tenían lugar en la ciudad. Entonces sufría con desazón ante ciertos comportamientos y actuaciones de algunos componentes del Comité Local,

señalados desde siempre como gente vengativa y dada a sojuzgar y humillar a las personas de ideas contrarias a las suyas. ¡Y aquello no eran más que insignificancias si contemplaba uno los tiempos tan revueltos y disparatados que corrían!

Una de las pocas noches en que, al principio de su azaroso regreso, se había sentado a la mesa para cenar con los padres, una tía y un primo de unos doce años. Cerrada la vivienda a cal y canto, alguien llamó de modo inesperado e insistente a la puerta. Se trataba —se sabría instantes después— de un conocido empresario de cine, alicantino él, que en aquella casa era siempre bienvenido y en donde se le solían dejar recados relacionados con la actividad de la sala cinematográfica del Olympia. El sobresaltado desertor salió corriendo escaleras arriba como una centella mientras que el niño, muy avisado y eficaz, retiraba rápidamente de la mesa el plato y la cuchara asignados al emboscado. Aquello le hizo renunciar por unos cuantos días a bajar al comedor. Superado aquel susto, reanudó sus lecturas a la mortecina luz del candil. Releía con asiuidad los ejemplares del "Heraldo de Madrid", que lo rodeaban amontonados. Leía incluso sueltos y gacetillas obviados anteriormente, volviendo sobre reportajes de toda naturaleza y noticias y crónicas de los corresponsales del diario en años previos a la declaración de la República. Contaba asimismo con ejemplares de Prensa suramericana, argentina sobre todo. (Almy Calet y Al-Actar eran íntimos de la familia de tan perseverante y entusiasta lector, aunque sólo el artesano de botas y cueros creía intuir la situación de "topo" de aquel joven, de lo cual nunca habló con nadie, ni siquiera terminada la guerra).

La estrafalaria y báquica cuadrilla en que seguía integrado Calet en los años cuarenta y sucesivos se hacía presente algún anochecer en el espacioso zaguán de la casa donde anduvo oculto, y eficazmente solapado, el afortunado desertor que leía cualquier papel impreso. Dispuesta aquella entrada para carruajes de carga y transporte de viajeros —cuando aún no había más que dos taxis en la ciudad—, se prestaba mucho a entrar en ella... y pasar allí unos minutos de chanza amistosa con la tía Anamaría. Esta mujer, tan del pueblo y tan próxima a todo el mundo, quizá podía hacerles el presente del platito de los altramuces y, a la larga, del otro componente del clásico dúo: los cacahuetes tostados. Y eso podía ser el añadido preámbulo al libro de visitas de aquella tarde, ya al caer de la noche. Tan sucinto refectorio estimulaba la perentoria necesidad del chateo itinerante de aquella procesionaria vocinglera. Fue caso muy sonado, en los referidos cuarenta, y ya extinguida la grave situación del escondido, aquello de los boniatos crudos. La maternal Anamaría les obsequió con lo que tenía aquel anochecer. Aún no había llevado al horno, cuatro casas más allá en la misma calle, los boniatos de la parcela que su marido trabajaba entonces a ratos y como aparcero. El grupo se fue luego con el propósito de echar una ojeada a la cinta que se proyectaba en el Olympia... para después acodarse en el mostrador de su cantina —primer eslabón procesional—,

según la carta de navegación diaria de su trashumancia por bares y tascas. Pero sólo vieron tres minutos y poco de la cinta..., ya que el amigo acomodador —que prevenía siempre a Almy pidiéndole contención en su parloteo— los hizo salir con las primeras protestas de los espectadores ante la ruidosa masticación del boniato aquel. Con resignada contrición, esa anochecida el grupo abordó la cantina antes de lo previsto.

En un par de periódicos del año 38 releía Salomón una nota que daba cuenta, una vez más, de la indignación que producía en varios intelectuales extranjeros el comportamiento del bando franquista. "El Mercantil Valenciano", y en el mes de febrero, decía que "cerca de quinientas personalidades, entre las que figuran pastores protestantes, políticos, directores de colegios, actores de cinematógrafo, etc., han enviado a Roosevelt una carta pidiéndole que proteste en nombre del pueblo norteamericano contra los bombardeos de la población civil española por los aviones rebeldes". Se exigía la protesta moral, sumada a la formulada en Inglaterra por Eden y en Francia por Chautemps...” para poner término a estas matanzas bárbaras e inhumanas". La información procedía de Wahsington. Otro suelto comunicaba, y según el propio **Duce**, que no se proponía acrecentar la participación italiana en la guerra civil de España. Aquello no era la verdad de los hechos. Y, por supuesto, menos relación existía entre nuestro desgarro civil y aquello que pretendía hacer contra los sustos ¡el Agua del Carmen!, un frasco de la cual costaba 2´40 pesetas. Pero, claro, es que servía no sólo para el estado nervioso, sino también para embarazos, indigestión, vómitos... y asimismo para la gripe. Otro imaginativo producto, el denominado «Salubleno» curaba las purgaciones, aunque la «Inglesa», anticipándose convenientemente, aseguraba que disponía de las mejores marcas de preservativos, extranjeros y completamente irrompibles... en la calle San Vicente de Valencia. Otrosí: en la pañería y sastrería de Francisco Albarracín había «uniformes Cuerpo de Asalto, Aviación y demás cuerpos de la Armada», aparte de una oferta de «trajes a medida en Casa la más económica de Valencia». Uno podía llegar allí cogiendo el tranvía número 7. Muy bien.

Lo del Miau, aquello de releer periódicos de fechas lejanas y sombrías era distracción plácidamente masoquista, si tenía él la capacidad de sobreponerse a los malos recuerdos y sobresaltos sufridos en las fechas de los hechos. Tales textos podían amedrentarlo nuevamente, sí recordaba los presos fusilados tras pasar por juicio sin abogado defensor y con pruebas falsas en contra, o los muchísimos «paseados» por los falangistas hasta las tapias de los cementerios de madrugada en inhumana simulación, a veces, de fusilamienro. La cosecha de algunos indeseables había sido señalar a los que odiaban o a quienes envidiaban desde siempre, y aun siendo elementos del mismo vecindario. Algunos de los eliminados físicamente, si no depurados con intensidad malvada, quizá lo fueron por no haber calibrado

bien a la gente que les rodeaba a diario: no habían percibido a fondo la realidad de su entorno..., quizá porque la limpieza de sus corazones no les permitía detectar las señales de la maldad en su ambiente habitual. Y cuando resultaron objeto de un chivatazo o de una denuncia procedente de individuos de quienes ni llegaron a sospechar que harían eso, tiempo tuvieron —encarcelados o sometidos a libertad vigilada para ir elaborando, quizá, un futuro ajuste de cuentas que ni ellos mismos habrían imaginado llegar a concebir. Otros muchos hicieron lo posible por olvidar, mirar hacia otro lado con la determinación de considerar su propio sufrimiento como cosa particular e íntima. Porque, al fin y al cabo, algo de vida parecía quedar por delante, y había que vivirla.

Pero, ¿cómo olvidarse de aquel torrente, de aquel delirio de muerte que abarcó desde las trincheras a las ciudades y los pueblos y todos los lugares de la geografía española? Era sangre derramada deliberadamente en muchos casos, y con ferocidad ruin, ante la sobrecogida mirada de buena parte del mundo. Era la planeada devastación que el Régimen aplicaba a sus enemigos, acuñada ya la moneda incivil del odio y la persecución. Y por ello, al recordar algunas situaciones y escenas, cada individuo parecía tener la certeza de que olvidar —¿resultaría factible?— mejoraría su situación personal y la de su familia y allegados. Ayudaba a ello, y mucho, el miedo que se impartiría tras la guerra allí donde se creía advertir la presencia de un desafecto al golpe franquista. Como elemento capital de represión, el miedo se dosificaba según las necesidades del Régimen, permitiéndole alcanzar sus objetivos políticos... y sociales. O proclamar, sin oposición alguna, que los estaba cumpliendo. Pero aquella turbia e inmisericorde aplicación del terror impedía en algunos casos que se generalizara el olvido útil, el olvido cauterizador. Algunos no podían. En ayuda de ese olvido —ironías del trayecto vital del Hombre— vendría la desesperada atención a la intensa merma de las subsistencias básicas en alimentación y salud, descartada por imposible la observación de las normas higiénicas más elementales. Por otro lado, el instinto de sobrevivir a toda costa aplazaba la intención de caer sobre los opresores para vengarse de ellos y que pagasen sus crímenes. El Miau, hombre de secretos y latencias que muchos en su vecindario podían ignorar, se daba cuenta de que releer aquellos papeles podía suponer el recrudecimiento de cosas horribles, la magnitud de las cuales no perdía intensidad simplemente porque a él no le hubieran afectado personalmente. Pero podía absolverse pensando que, si las releía, era por creer que ello le dotaba de elementos de juicio... para saber el suelo que pisaba. Durante la guerra, y con su juventud de entonces, nunca llegó a estar seguro de cuál podía ser su conducta más adecuada en tan dolientes y equívocas circunstancias. Si algo similar volvía a suceder algún día, y que Dios no lo permitiera, creía Salomón que, en fin... Pero no bajaba la guardia.

Se sorprendía con lo de Tomás Alva Edison: "Tomás Alva Edison ha muerto. 'El Brujo', autor de cien inventos, saluda a la tumba". Así daba la noticia "El Heraldo...” Se la servían desde West Orange (New Jersey, Estados Unidos) el 18 de octubre de 1931. Decía el sumario del reportaje: "Una vida de laboratorio. Vendedor de periódicos. Creador de un semanario (...). El telégrafo automático. La lámpara incandescente. Más inventos. La modestia del 'Brujo y su creación póstuma...” En aquel número del diario, también en portada, lucía un artículo intitulado "Para la caverna revisionista", que advertía del modo siguiente: "Recomendamos a la Prensa cavernícola y a sus diputados la lectura del informe que se inserta a continuación sobre la ortodoxia, de la cual es de suponer no tengan objeción que hacer...” (Ortodoxia, revisionismo... y Salomón el Miau. El Miau Salomón y Ojomil). Venía aquella especie de editorial a decir que la actitud de los parlamentarios republicanos no era tan radical en la cuestión religiosa española como pretendía la derecha, y al respecto de un artículo, el 24, sobre órdenes monacales. Para demostrarlo, se aportaba un texto ¡del año 1538!, cuyo epígrafe definitorio iba de esta guisa: "Parecer de algunos cardenales y otros prelados sobre la reforma de la Iglesia, ofrecido a Su Santidad el Papa Paulo III y escrito por su Orden. Año 1538". El texto —inteligible quizá por el Miau— hablaba de abusos de diversas órdenes religiosas, "... de las cuales andan tantas desviadas de su primitivo instituto que son ejemplo de grande escándalo y de gravísimo perjuicio al pueblo cristiano". De aquel "parecer" expuesto al Papa procedía la recomendación de "abolir todas las Órdenes conventuales...”, aunque sólo impidiendo que entrasen en ellas nuevos religiosos. "Por lo pronto — continuaba el editorial—, sería muy conveniente que los jóvenes que no sean profesos fuesen despedidos de tales monasterios". Otro párrafo interesante para los republicanos decía: "Otro abuso hay en las cuestaciones del Espíritu Santo y de San Antonio, y otras de este jaez con que se engaña a los rústicos y sencillos, y se les enreda en mil supersticiones. Todo esto hay que quitarlo". ¿Advertía Salomón la contundencia de aquellos prelados y cardenales, empeñados en sanear conductas poco evangélicas? La recomendación aparecía firmada por Gaspar, cardenal contarini; Juan Pedro, cardenal teatino; Jacobo, cardenal sadoleto; Reginaldo, cardenal inglés... y otros prelados hasta seis más. Y al lector, ocasional y de poco nivel en conceptos eclesiales, sólo le quedaba aquello de que la Iglesia parecía tener muy poco que ver con la sencilla y comunicativa figura de Jesucristo. Porque de clasificaciones, rangos y niveles en la organización eclesiástica... ¡qué horror, qué complicadas escalas! Un rústico como Salomón —eso pensaba él de sí mismo—, podía admitir aquello del catecismo en donde los espíritus bienaventurados celestes podían ser ángeles, arcángeles, querubines, tronos, potestades y demás niveles por la voluntad de Dios. Pero lo de la Iglesia, ¡qué repetitiva pesadez!

—¿Verdad que sí, don Cristóbal?

—Desde luego, sí. Tienen mucha habilidad para aburrir a la gente, incluso a las personas con escasa inteligencia... ¡Qué lástima! ¡Cómo se alejan de Jesucristo algunos de ellos, que no son sino mercaderes!

Al Miau no le interesaba nada aquello del divorcio que publicaba uno de los periódicos. Tampoco las pretensiones de algunos cabezones y libertinos que la República no supo quitarse de encima, y que proclamaban el amor libre y otros derivados de evidente y rampante idocia. (Le parecían exabruptos de insolente inoportunidad para implantar en una nación repleta de mojigatos y santurrones, espacio el menos adecuado para fantasías progresistas de aquella naturaleza). Pero sí que releía lo para él apasionante del conflicto chinojaponés. Noticias al respecto desde Nankín y Londres tenían sus ecos en Ginebra y Tokio, y personajes políticos de relieve opinaban sobre ello. Se había producido un conflicto armado entre una columna japonesa y cinco mil soldados chinos. ¡Cinco mil soldados todos con el mismo rostro! (¿Sería ese conflicto el origen del tumulto que se formó en nuestra ciudad —recordaba el Miau— con el pase cinematográfico de un reportaje de japoneses en guerra? No, no, qué va. Ese reportaje, que fue suplantado por una obra de Benavente —"La mariposa que voló sobre el mar", vaya—, concernía a la guerra ruso-japonesa, sí, y su retirada de la pantalla al cuarto día —pese a estar anunciada para una jornada más—, desencadenó una protesta sin precedentes, extremadamente salvaje y turbulenta, cosa ocurrida en los primeros años veinte o por ahí. Era muy posible que Salomón el Miau no sacara conclusiones provechosas de aquel disparatado y revoltoso conflicto social al desaparecer de la cartelera la llamada popularmente "la Guerra del Japón". Su pase varios días consecutivos incluso encandiló temerariamente a gente de los pueblos vecinos, que bajaron a nuestra ciudad en carros, mulos o a pie directamente para verla exhibir. Irritación tan desproporcionada ante la supresión de su pase confirmaba muy bien el grado de ignorancia e infantilismo que crepitaba en algunos pueblos ibéricos dos décadas después de iniciado el siglo XX... Ése era el pueblo europeo (¡) al que se le proponía vivir en un régimen republicano, despreciado todo análisis serio y profundo de su edad intelectual. Ese agregado de personas sólo tenía derecho, más que legítimo, a sacudirse el yugo secular que los propietarios y la Iglesia le habían infligido desde siempre, pero su capacidad racional no lo dotaba de la paciencia requerida para que sus políticos gestionaran semejante liberación. Y en ese contexto tenía que vivir el Miau. Y tenía miedo.

Salomón, y con su ostracismo, a veces revolvía entre esos viejos periódicos por encontrar —todo podía ser— algo que no hubiera leído más de dos veces. Una tarde se tropezó con "Fragua Social", unas hojas sucias y arrugadas y con pliegues en los vértices, que planchó con las manos. La primera página del ejemplar, del 1º de mayo del 37, era donde comenzaban la editorial y varios artículos, demasiados.

Algunos hablaban de la unión sindical de la C.N.T. y U.G.T. Se habían celebrado varios mítines. De las actividades del Gobierno en Valencia —donde se editaba el diario— destacaba la nueva estructura de la Aviación Militar: se creaba el Arma del Aire, que unificaría todas las fuerzas de Aviación. Se anunciaba, además, que, desde ese día, "la tarjeta de racionamiento para el pan pondrá fin a las colas en los hornos". Y se indicaba el modo que tendría el cabeza de familia de recibir su asignación. "Esta Presidencia del Consejo Municipal —se leía— espera la ayuda de todas las representaciones del antifascismo para que se eviten las colas, sus molestias y el espectáculo deprimente de las mismas. El Presidente, Domingo Torres". (En aquella capital, y en otras ciudades y pueblos, las colas eran compactas y lógicamente promiscuas, incluyendo a mujeres que se traían de su casa una silla para esperar turno con cierta comodidad, y a lo largo de muchas horas...). En el cinema Capitol, se pasaría ese sábado el grandioso éxito cinematográfico —no era "La Guerra del Japón", no— de "El soldadito del amor" por Robert Young y Barbara Stanwyck. La última página del ejemplar —"diario visado por la censura"— informaba con grandes titulares del celebrado hundimiento del acorazado pirata "España". Aquello, opinaba el periodista, constituía un día de gloria para la aviación republicana...

—Me acuerdo de ese día. ¡Vaya si me acuerdo!

Unos meses más tarde, el "topo" Baltasar, muy sentimental él, lágrima fácil y abundante, lloraría al releer, asimismo, los pormenores del hundimiento del "España", suceso del que la radio republicana y su Prensa ya habían hablado sin pausa al día siguiente del suceso. Creía Baltasar, que rodaba por el frente de Teruel entonces, que tamaña victoria sobre los barcos franquistas —el "Velasco" casi fue a pique también ante Santander— precipitaría el final de la guerra, aquella insoportable desgracia de muerte y miseria. Y luego el periódico contaría que "el acorazado 'España' y el destructor 'Velasco' trataron de impedir, a primera hora de la mañana, que el barco inglés con víveres penetrara en el puerto santanderino...” (A esas acciones franquistas la Prensa y la radio republicanas las llamaban piraterías). De uno de los aeródromos inmediatos a la capital montañesa —informaba el periódico— despegaron aviones leales a la República... y hundieron al "España", parte de cuya tripulación había recogido el "Velasco" antes de escapar del lugar. "El buque inglés perseguido por los buques facciosos logró entrar sin novedad en la bahía de Santander". Los barcos de Franco habían atacado también a diversos cargueros internacionales en el Mediterráneo, buscando que al Gobierno legal republicano y al pueblo afecto no les llegaran abastecimientos. Aquella información decía, finalmente, que, habiendo escapado el "Velasco" de la aviación, barcos pesqueros republicanos recogían al resto de la tripulación del buque hundido. Otras informaciones transmitían que "Blum y Delbos se preocupan de los bombardeos de Euzkadi", según un suelto procedente de París."El Gobierno inglés —otra nota— ha decidido

conceder su protección a los vapores vascos que se dediquen a la evacuación de la población civil de Bilbao". "¿Fraguan Italia y Alemania la guerra clandestina contra España?"

—De clandestina, menos que nada —murmuraba el escondido Baltasar en su agujero, leyendo y leyendo y castigándose la vista con tan burda luz. Y vuelta a su gimoteo al releer lo del fantasmón de Queipo de Llano, y la carta que le escribían unos obreros desde Nueva Jersey a través de la Prensa: "Hemos oído por la radio las noticias que usted —decían a Queipo— da del modo chabacano que acostumbra. Por respeto a la higiene, no infecte usted más la atmósfera. No se vanaglorie del que llama usted ´glorioso ejército español´ que le sigue. Porque ¿son españoles los italianos que os han enviado desde la Italia fascista? ¿Son españoles los alemanes, moros y las gentes del Tercio extranjero y los rifeños de las tropas Regulares? Anuncia festivales. Pues bien, a usted, como a los demás traidores, les aguarda un solo festival no muy lejano, en donde se celebrará vuestro San Martín como ustedes merecen (...)". Si aquellos de la réplica no eran exiliados españoles —no sólo los había en México—, quizá fueran componentes de las Brigadas Internacionales. En aquellas fechas ya se sabía que el Frente Popular iba a perder la guerra por no haber conseguido armamento y munición de Francia, principalmente. Inglaterra se las había arreglado para que ese país no contribuyera a la victoria de la II República sobre las tropas franquistas, y la derecha francesa había contribuido lo suyo a ello. A Inglaterra no le gustaba en absoluto la condición popular de los republicanos, que, de ganar la guerra, habrían quizá abierto los ojos a los obreros británicos. Por lo tanto...

NOVEDADES DEL FRENTE Y HASTÍOS DE RETAGUARDIA

Al escondido y mohoso Baltasar también lo subyugaba el cine. Le atraía más de lo considerado normal entonces, entristeciéndose si leía las carteleras y aunque fueran las de la capital del Turia, tan lejanas esas proyecciones. En el cine Tyris daban "Mares de Java", por Shirley Temple. "Intriga infame" la protagonizaba Ginger Rogers, mientras que Angelillo cantaba en "¡Centinela, alerta!". Otras cintas, hasta cuarenta en los cines de Valencia, lo movían a calcular inútilmente cuánto tiempo tendría que pasar para que él pudiera dejar de ocultarse, y poder sentarse en una butaca del Olympia, tan a mano como quedaba ese cine... En la sala homónima de Valencia esos días se proyectaba "Marinela", con Tino Rossi e Ivette Lebón, y caía en la cuenta de que en algunas de las cintas extranjeras su carátula indicaba que ¡se pasaban en español! o sea dobladas. Simultáneamente, el órgano oficial de la Federación Provincial Socialista de Alicante le proporcionaba cuanto por esos días de otoño del 38 deseaba saber. "Avance" decía aquel miércoles lo siguiente: "La aviación republicana se cubre una vez más de gloria derribando 14 aviones italianos". Y también que, para vengarse, "los invasores bombardean diversas poblaciones catalanas". Los trimotores **Savoia-81** habían bombardeado la zona portuaria barcelonesa, y también poblaciones como Badalona, Santa Coloma de Gramanet, Villasar del Tal... La información procedía del sector del Ebro — ¡el Ebro, Santo Dios!— y se extendía al asunto de los aviones italianos **Fiat** y **Messerschmit**, derribados en lugares como Faratella, Sierra Naval, Corbera, Venta de Composines... Algunos de los pilotos italianos habían sido apresados. Siete escuadrillas republicanas combatieron durante más de ochenta minutos «con grandes masas de aviones italianos». Lloriqueaba Baltasar por la amargura que la guerra le producía, puesto que era la derrota de todos. En su visión, los vencidos eran los dos bandos. Irremisiblemente. Había una estadística que rezaba que desde octubre del 36 hasta el 23 de octubre de aquel año 1938, el número de bombas de aviación y proyectiles de artillería arrojados por los facciosos contra Madrid, sobre la zona urbana no declarada como de guerra, es de 9.197». Los muertos habían sido 1.166 y unos 3.700 los heridos, quedando siniestradas en aquella misma zona 5.160 casas, sobre unos 50.000 edificios con que contaba la capital «antes de iniciarse la sublevación».

Salomón recordaba la semana en que llegaron los primeros niños de la guerra, los críos evacuados de Madrid a nuestra ciudad. Y sabía, lo mismo que muchos más en ella, que algunos de aquellos inocentes, niños y niñas, siguieron viviendo aquí en el seno de las familias que los acogieron para apartarles del terror. Muchos de los padres de esos niños y niñas quedaron sometidos en la capital a los inmisericordes bombardeos sobre las zonas urbanas, y que la aviación de los sublevados machacó sin piedad. Los propios niños contaban, años después, huérfanos ya los más de ellos, cómo recordaban haber salido en autobuses desde la capital, de noche y con las luces de los faros apagadas —como todo Madrid—, por temor a las bombas.

—Mi familia vivía en López de Hoyos...

—¡Y la nuestra también! ¡Qué casualidad!

—A lo mejor llegamos aquí la misma noche ¡y en el mismo autobús!

Contaban impresiones del agitado y rocambolesco viaje, y de su llegada aquí, curiosidades y detalles que revivían ocho o diez años después de su evacuación. La noche en que llegaron a nuestra ciudad, y, al bajar cansadísimos y hambrientos del autobús, supieron que iban a dormir en una finca con huerto que quedaba a pocos pasos de la carretera. A los cinco minutos, y bajo la luz que daba la luna entre el nublado viajero, unos pocos de los niños habían localizado un hermoso mandarino al que dejaron sin frutos en un santiamén. "¡Las mandarinas estaban agrias y amargas, muy amargas! Pero, bueno..., comida". Y al día siguiente, después de ingerir un desayuno frugal, algunos de los aún desconcertados y tristes evacuados se quedaron absortos ante la contemplación ¡de un castillo moro! sobre el promontorio arcilloso al otro lado de la carretera. ¡Aquélla fue la primera e impactante visión que tuvieron de la ciudad! Del otro lado de la torre parecía proceder el rumor del mar, levemente alterado ese día. ¡El mar, el mar, qué cerca el mar! Desde aquella ciudad costera, y después de un par de semanas, unos cuantos de los niños serían evacuados ¡a la Unión Soviética! (¿Cuántos años se tardaría en saber en España de la diabólica condición del régimen soviético, que había asesinado a millones de seres humanos mientras los sometía a trabajos forzados y a la hambruna más cruel e intencionada? ¿Cómo fue que hubo tan entregadas adhesiones al régimen comunista sin la más ligera idea de qué clase de dictador era el camarada Stalin? ¡Cuánta candidez —por decirlo de algún modo— en los comunistas españoles con su entusiasta sumisión a la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas!). En relación a semejante evacuación al infierno stalinista tampoco iba a figurar una de aquellas niñas madrileñas, la Almudena Ortiz. Que ella seguiría años y años en nuestra ciudad, como lo harían las huérfanas Teresa Villoslada o la Albedrío Muñoz...

Ya se ha dicho que, durante gran parte de la guerra, tanto Salomón como el Baltasar seguían los periódicos con la máxima frecuencia que les era dada. El

primero leía, más o menos, las mismas hojas que el agazapado, pero éste contaba, además, con publicaciones más serias y culturales —y desde unos años atrás— que las que amontonaba Salomón, pues en casa de Baltasar entraba algo más de dinero... y Prensa cultural de Buenos Aires. Terminada la contienda, el Miau, cuya única presencia en público se reducía a pasarse por la pescadería, terminó pronto por descolgarse de la insustancial e interesada Prensa de los vencedores, y algunas tardes —¡qué remedio!— releía periódicos de los años de la guerra. Lo hacía con la pasividad atenta y redundante de un coleccionista, perseverante y ahorrador. Algunas cosas las releía sin dejarse una palabra o un dato numérico, como si estuviera poniendo a prueba su memoria... Pero del periódico falangista alicantino de cada día, aun teniendo ocasión alguna vez de echarle una mirada, no solía leer ni un renglón porque aquello era, decía en privado, un torpe boletín de la Iglesia y de las J.O.N.S., con la Falange en todas las páginas.

—Así me ahorro mis céntimos y la náusea.

Por entonces, y angustiado por la propaganda de los supuestos logros sociales del régimen de Franco, se ponía a rememorar los tiempos de la ilusión, cuando —además de ser más joven—, confiaba uno en cambios poco menos que esperanzadores en la vieja y cansada nación que era España. Releía Salomón un ejemplar de "Avance" del año 37. En él figuraba un escrito que, bajo el seudónimo "Puig Campana", ya hubiera podido recitar de memoria, si bien no habría sabido decir si estaba o no de acuerdo con todo el texto: "El marxismo —empezaba el artículo— es crítica permanente. Carlos Marx forjó su concepción nueva de la crítica profunda que hizo del régimen capitalista. Él mismo decía que la crítica lo era todo. Ella es la que derriba lo que parece más formal y fuerte, ella construye lo más eficaz y verdadero. Gracias a la acción de la crítica de lo viejo, de lo malo, surge lo nuevo, lo bueno. Es eliminación y sustitución de lo gastado". Dirigiéndose a sus compañeros de partido y sindicato, el articulista escribía que no había que ocultar la mediocridad de las cosas y de las actitudes humanas, rechazando opiniones contrarias de algunos de los camaradas, aquellos que pretendían la no divulgación y menos en la Prensa— de los males que afectaban a su organización. "Somos marxistas —continuaba diciendo— y en cualquier circunstancia consideramos todo susceptible de transformación y por lo tanto propenso a la crítica". Respecto al seudónimo que utilizaba, se incidía en el eterno empeño de los mediocres: querer saber a toda costa quién era el autor que escribía ocultándose bajo seudónimo. ¡Bajo seudónimo! Ésos eran los que ladraban al que cabalgaba, porque la verdad de lo escrito enardecía su ánimo contra aquel al que no podían matar intelectualmente, o de otra forma, y lo calificaban de cobarde. Opinaba "Puig Campana" que esa clase de lectores debían saber que, "con su odio e insensatez", empujaban al colaborador

del periódico a usar nombre supuesto. "Pon tu nombre al pie, se decía el Miau, y alguien te romperá la cara cuando menos lo creas".

* * *

En el abandonado bancal del almendro seco —un pequeño erial—, y en somnolencia reflexiva junto a su libro y Casiopa, el impenitente pensador Pitágoras estaría de acuerdo con aquel "Puig Campana", fuera quien fuera, y por la sabiduría de su escrito. Éste demostraba con crudeza —y como se requería, desde luego— en qué ambiente de ignorantes y primitivos cerebros se vivía en nuestro territorio y en grandísima parte de España.

—Si firmas tus opiniones, le das ventajas al cretino, que puede romperte a patadas y mordiscos si lo que escribes no coincide con lo que él piensa. En su colosal ignorancia, y por carecer de argumentos para defender su postura, se siente llamado a eliminarte incluso físicamente. Sabe que, al atacar o criticar tú aquello que él ha elegido, le pones en evidencia ante los demás. Y eso él no puede soportarlo. Ni permitirlo.

El Miau ya había sido testigo en la ciudad —en tanto Baltasar andaba seguramente por el frente de Teruel— del salvajismo y desfachatez con que actuaban algunos milicianos, escapados en su conducta al control que el Gobierno de la República debería haber logrado en cuanto comenzó su trayecto. Iniciada la guerra, y con los detestables hechos consumados de determinados individuos, ciertas cosas ya no tenían remedio, y las derechas lo iban a tener en cuenta en el caso de vencer en la confrontación con los llamados marxistas: represalias, venganzas personales, depuraciones infames... Su bien alimentada nómina de chivatos se activaría en posguerra, en muchos casos para beneficio personal del denunciante, quien, a la vez, se congraciaba con los mandamases en un diabólico ejercicio de astucia y maldad. ¿Cuántos individuos con la catadura de Ojomil habría en el país en aquellos primeros años? Beneficiados por el poder local, al que eran útiles con sus denuncias y confidencias, los jefes políticos no les pedían pruebas inculpatorias contra éste o contra aquél individuo: bastaba con que los señalaran como gente que había prestado auxilio ¡a la rebelión! Y con eso era suficiente para detener e incluso fusilar. El desencadenante de aquella sangrante represión, se decía Salomón, había sido la alocada estulticia con que, durante la guerra, individuos reprobables saldaron sus venganzas personales persiguiendo a los propietarios, infligiéndoles malos tratos y con la exigencia de cuantiosas contribuciones personales para ayuda al Ejército Popular que luchaba en el frente. Y sin haberse evitado el gran número de asesinato Se sabía que en las aleatorias organizaciones políticas de carácter local hubo individuos que, a la par que se tomaban la justicia por su mano, se apropiaban de bienes

ajenos sin extender siquiera un recibo por lo incautado y con brutales alardes de mando en plaza... Así que, al acabar la guerra como vencidos, ya se encargaron los falangistas de molerlos a bofetadas y de aplicarles todas las variantes de la represalia, sin que resultara extraño dejarles muertos en las cunetas tras los "paseos" de su estilo. Los puños y las pistolas, como ya se sabía. Se produjeron numerosísimos fusilamientos y se excavaron gran cantidad de fosas comunes, prolongándose el régimen de terror años y años... (y sin que Europa acabara de creerse el genocidio que Franco puso en práctica en la católica España).

El hombre Salomón aún recordaba —para su desgracia, creía él— aquella proclamada ética y autocrítica —fundamental en el ideario marxista— que iba a informar la conducta de los republicanos, y que se traduciría en papel mojado en cuanto el anarquismo de los asalariados y los pobres, ¡de los pobres!, desbarataba de forma irreversible y chusca las expectativas de crear un país mejor y honestamente democrático. Inesperadamente para los jefes de la República, en su militancia hubo infinidad de extorsionadores armados y con un imaginado poder de decisión. Fueron demasiados los "calomas", gente que, cuando no actuaba por su cuenta y beneficio personal, ponía su personalismo rastrero al servicio de la maldad, la denuncia y la extorsión... Y, por añadidura, y como resultado de desavenencias entre formaciones políticas progresistas, millares de presos comunes —y delincuentes entre ellos— fueron excarcelados en un festival libertario que sólo podía concebir una mente ignorante e irresponsable, un cerebro tremendamente torpe que, en parte, originaría el hundimiento de la propuesta republicana. (Al parecer, se había querido "indemnizar" a quienes estaban en las cárceles como víctimas de la tiranía de los señores de la tierra y de sus ociosos y déspotas señoritos, los capitalistas...). De tan estúpida decisión procederían —ya se ha dicho— muchas de las razones represivas de Franco en la posguerra. El militar rebelde se preocupó intensamente de borrar su condición de sublevado magnificando una lucha que la Iglesia española solemnizó al declararla Cruzada de Liberación contra el marxismo... La quema de templos y objetos sagrados, el asesinato de sacerdotes, y la generalizada profanación de personas y lugares tenidos como santos por gran parte del pueblo español, acrecentaría la magnitud de las torturas y represalias, de las detenciones y fusilamientos entre los vencidos de aquella guerra. Al propio tiempo, las cárceles franquistas seguían llenándose de detenidos de toda índole. Eran las tornas, que venían a recordar los abundantes encarcelamientos de gentes de la derecha nada más iniciarse el Alzamiento...

—Pero, mi querido amigo Salo, ¿quién es lo bastante valiente como para preguntarse por qué tanta gente quemó lugares de culto y objetos religiosos, y persiguió y asesinó a miembros de la Iglesia en España? ¡Piénsalo! En todo hay un origen. Acción, reacción. Acción, reacción, ¿verdad?

Eso se lo decía un sabio a Salomón porque lo veía cargando las tintas al culpar a la República de tantas cosas..., sin que fuera él contrario a ella y estando sólo defraudado por la anarquía y el desgobierno. Él ya lo había pensado todo, al menos eso creía. Al reflexionar, lo hacía basado en diferentes criterios y opiniones escuchados en los apartes que a veces se daban en aquel tipo de clandestinidad mental del final de la guerra, a media voz y entre gente de confianza. En su ocupación de pescador y luego de cantero —dos soledades poco propicias para acrecentar uno su cultura y formar opinión—, sólo de algunas voces que creía con autoridad podía libar algo para su propio criterio... A bordo de la barca, y a excepción de aquel cenetista moderado que anduviera siete u ocho meses en Francia, nadie tenía idea clara de lo que se cocía en la turbulenta olla española, si bien disponía él de ciertas aproximaciones que manifestaba a boca de ganso entre los más allegados. En cuanto a sus años de arrancar piedra en los soberbios y duros estratos minerales, ¿qué había aprendido del tío Miquel, un hombre herméticamente encerrado en sí mismo, endurecido y tostado como un pan de centeno? (La inaccesibilidad de aquel hombre, tan hermético y pétreo, quedaría confirmada plenamente aquel durísimo mediodía en que el silencioso viejo se le acercó con la mano ensangrentada: "Salomón, corta esto", le dijo mientras le adelantaba con la mano izquierda la navaja de que se valía para trocear el pan y el tocino salado. El dedo índice de la otra mano le colgaba sanguinolento, puro guiñapo, debido a que una durísima y rebelde roca se lo había cercenado al saltarle en falso el pesadísimo perpalo que el hombre había insertado en el estrato de roca. Recordándolo, no comprendía Salomón cómo no se desmayó ante aquella visión mientras cortaba la repelente tira de carne humana. Temblando todo su cuerpo, pudo hacer lo que se le pedía, ¡y sin cerrar los ojos!, y el tío Miquel enseguida arrojaba la parte separada de su dedo por encima del espartal inmediato. "Fuera de aquí, que ya de nada me vales", había dicho aquel cantero uniendo la acción a la palabra... Sin énfasis alguno, se sacó su pañuelo y envolvió con él la mano herida. Luego se bajó a pie a San Antonio. Allí lo curaría el practicante sabio de la barriada. Semejante autonomía mental, y trasladada al comentario político, a Salomón le hubiera proporcionado, sin duda, la clarividencia que deseaba adquirir para juzgar la situación española de entonces. Pero aquel hombre, personificación excelsa del comedimiento y quizá de la resignación inteligente, tenía muy claro que no valía la pena tomar partido político. De un país como el suyo, ahíto de españoles, ¿qué se podía esperar? Otra cosa hubiera sido de tratarse de un pueblo como el francés, un suponer...

—Pero es que los que ganaron —siempre flotaba aquel pero— se habían levantado contra el poder legítimo de la República...

—Desde luego, sí. Pero, ¿por qué razón? ¿Cuál es la razón? Siempre hay una razón. A Franco no le era dado consentir cuanto estaba sucediendo política y so-

cialmente en España: el desorden, el anticlericalismo rampante y sucio, las ideas organizadoras y tiránicas de la Unión Soviética...

Al Miau le molestaba, porque tenía miedo a la reacción, la frecuencia con que el diario "Abc" publicaba informaciones sobre la Unión Soviética y como anunciando un acercamiento del que Salomón recelaba sin poderlo evitar, instintivamente. Su temor se incrementaría ante el ejemplar del l4 de abril de 1937, ejemplar tantas veces leído por él años después e inducido por razones nostálgicas afectas a su edad de entonces. Diario de izquierda en aquellos tiempos, el número aquel era un monográfico sobre la Unión Soviética: su progreso material, sus muchas escuelas, las estructuras políticas, tantas y tantas factorías... Le azoraba la inclusión en aquel número del texto íntegro de la Constitución de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, con una foto de un tal Vladimiro Llitch Ulianov Lenin, "la figura gigante a la que debe el proletariado del mundo la reivindicación de sus plenos poderes". (¡Aquello de "plenos poderes", aquello...!). Era atosigante. Y por entonces aún se ignoraban en concreto los planes soviéticos para España y la crueldad de Stalin y sus adláteres en el interior de las repúblicas comunistas...

Además de las notas sobre la política europea de la "no intervención" en la guerra española, con la respetada opinión de Míster Eden y su denuncia de algunas violaciones de la misma por parte de Italia y Alemania, el diario recogía adhesiones a la República española procedentes de Egipto, Cuba, Suecia y Noruega, a las cuales se unían los poetas de todo el mundo y también la intelectualidad chilena. "A su Gobierno legítimo —decía el comunicado desde Santiago de Chile— y al pueblo que lucha por su independencia (...) para mostrar su solidaridad con los intelectuales españoles de la Alianza Antifascista".

En el mismo periódico pero de fecha de febrero del año siguiente, había una información que proclamaba, una vez más, la indignación que aquella confrontación producía en distinguidos y destacados cerebros del mundo. Similar información daba entonces "El Mercantil Valenciano", que publicaba lo siguiente: "Desde Washington, cerca de quinientas personalidades, entre las que figuran pastores protestantes, políticos, directores de colegios, actores de cinematógrafo, etc., han enviado a Roosevelt una carta pidiéndole que proteste en nombre del pueblo norteamericano contra los bombardeos de la población civil española por los aviones rebeldes". Se exigía la protesta moral, unida a la formulada en Inglaterra por Eden y en Francia por Chautemps...”para poner término a estas matanza bárbaras e inhumanas".

(No obstante aquella su modesta manera de distraerse repasando noticias y anuncios comerciales de antaño, la idea que no abandonaba al Miau era la de que los gobernantes republicanos —"España ha dejado de ser católica"— debieron haber castigado duramente los crímenes perpetrados por parte de su militancia...,

aunque sólo hubiera sido por no perder su pretendido prestigio y, a la vez, para evitar carnicerías, que no fueron nunca, ni de lejos, su propósito. Pero la República fue incapaz de controlar aquel río revuelto de sórdidos ignorantes con mentes vengativas y actuando a título individual. Las represalias franquistas quizá hubieran sido más leves. Pero, y para muchos observadores, atentar contra la Iglesia, sus cosas y sus fueros había sido el desencadenante de las más furibundas y salvajes represiones.

—Eso no lo consentía el Gobierno de la República, pero se le fue de las manos, que no es lo mismo. Además, pregúntate, si te atreves, por qué tanta inquina del pueblo hacia la Iglesia. Yo creo, y muchos, que la respuesta está en preguntas como ésa... Si existe el anticlericalismo es porque la conducta de la Iglesia lo ha fomentado. Y si no, ¡que se lo pregunten a Jesucristo!

Y así era cómo unos y otros se iban a la cama. El día después seguirían con idénticos planteamientos, y la semana y los meses y los años siguientes. ¡Y nosotros, los del Guerrero del Antifaz y sus andanzas entre tunecinos, sin enterarnos de nada de aquello! La disparatada, mediocre y atrasada España real, contante y sonante, no había sido casi nada de lo que enseñaron —y enseñaban— los textos, pizarras y púlpitos. O el cine. El Miau Salomón, sin ser sabio, únicamente pescador ocasional, atochero algunas veces y cantero las más, nos hubiera aleccionado mejor, con mayor cercanía a la realidad: "Cuidad de vuestro pellejo... sin haceros preguntas aún. El peligro siempre son los otros, siempre. Aunque no os lo parezca. El peligro siempre está en ciertos individuos que os rodean a diario. Hay que mirar y ver, y no descuidarse.

Pero tampoco hubiéramos entendido gran cosa. (A veces, y sobre saber o no saber de cuanto se intuía que pasaba a diario en España, uno se preguntaba —se atrevía a cuestionarse— si aquellos "académicos" de la química y la pólvora ignoraban o no ignoraban esas cosas. Porque a los estudiantes la gente sin estudios ni quizá escuela les exigía saber de todo. "Pero, ¿tú no eres estudiante?", les disparaban de sopetón y cuando ponían cara de no saber lo que los mayores esperaban que supieran por los libros de texto. "¡Pero si eso no está en los libros!", se defendían esos estudiantes. Y quizá entonces se daban cuenta de lo poco que los mayores hablaban de aquella España de Franco, de la de cada minuto.).

AQUELLO DE LA PRIMAVERA

A primeros de marzo, la primavera ya no podía andar remisa en mostrar sus intimidades y proyectos, y las esbozaba bajo el restallante esplendor del sol. Allá en la peinada tierra de riego ya se pronunciaban las plantitas de las patatas, y el habar —algunos muy evidentes por su ausencia (¡)— se disponía para flores y consecutivas bayas del todo abril en perfumadas tablas diseñadas por las doctas e incansables manos del hortelano. En los tibios y gozosos aledaños de nuestras frugales cabañas —conglomerado organizado con cartones, latas y ramas de diferentes troncos— engordaban los secretos aunque adivinados tubérculos. Los llevaba, magistralmente, el primo Alfabrir, puesto siempre a lo prescrito por los usos y costumbres del buen labrador, galgueando regueras y binando otras veces la tierra para airearla y no dar tregua a las malas hierbas. El primo Alfabrir, reseco ejemplar humano sin mujer conocida, era alto y rumiante, de voces habitualmente inconexas, algo huraño de natural y con temible vozarrón cuando devenía explícito. Y lo era porque, sin dominio en su obsesión, y justamente frustrado, se atrevía a lamentarse en plena calle de que su anhelado y supuesto vigor varonil se le venía abajo... una vez consumada la micción mañanera, y cada mañana. Alfabrir tenía el don de prefigurar una cosecha que desbordaba el consumo casero, un excedente que llevaba a un par de pequeños comercios o a la taberna de la barriada, aquella del callejón de las hiedras, donde tenía su establecimiento el herrador. (En ella, como en las de apartados callejones y viejas travesías entre calles de más porte, la gente del mar, hiladores y aparceros tenían sus preludios de charla y de vino o absenta previas casi a la salida del sol, dispuesta la petaca y agraciados a veces con habas hervidas —y contadas—, salmuera de los frugales altramuces o, si había suerte, con unas docenas de caracoles en socorrida salsa de cebolla y tomate, el condumio universal en aquellos casi siniestros bares. Allí repostaba el primo Alfabrir por la mañana, de donde algunas veces volvía tarde a casa y sin una mala moneda... porque había cobrado en especie. Medio trompa y desbaratada la indumentaria, volvía tarde al hogar y allí se echaba un par de horas en la escueta corraliza, junto a la jaula de los insomnes y comedores conejos).

La primavera se hacía patente con su lenta pero determinada irrupción de verdes. Con el consabido despertar floral de la abigarrada rabaniza blanca, establecida intensamente en campos enteros por extensos que fueran, más las blandas forma-

ciones de malvas, los cardos y espadellas o ajipuerros, la tierra cultivada, bellísima, exultante y generosa, parecía sentirse a gusto incluso acribillada por el imperativo diverso de lo silvestre en su trayecto estacional. En huertos cercados, propios de chalés y casas bien, como en bancales de almendros e higueras y olivos, la eclosión germinal manifestaba su plenitud de resurrección, fiel a un mandato misterioso y en su inaplazable apetencia por la luz solar...

—El Sol es el amo, el señor de todo. Su presencia —impartía Pitágoras— es lo que hizo a todos los seres aspirar a tener ojos. El Sol, esa estrella enloquecida y grave, promovió en las criaturas el órgano de la vista, los ojos... Las flores son ojos, y, desde que el mundo es mundo y se habitó, la luz solar estimuló en los seres la apetencia tenaz de querer ver y saber cuál era su entorno, el medio en que vive el individuo, en que se desarrolla y reproduce. Es el Sol lo que da la vida..., y quiere que lo percibamos. Nos induce a tener ojos para que admiremos su magnitud, que sepamos cuántos beneficios nos ha dado al asistirnos con su luz y con su benéfico calor. Nos dio ojos para contemplarlo y maravillarnos del portento que él es. Desde luego.

En aquella exultante eclosión de lo propicio, los insectos merodeaban de aquí para allá, caminando o saltando, quizá volando. Buscaban en dónde morder o succionar para sobrevivir y perpetuarse en aquel reencuentro con su condición y destino. A lo mismo íbamos todos, más o menos mediatizado nuestro ímpetu natural, ni siquiera intuido el propósito de los ciclos vitales, insertos en los efluvios de los espacios agrícolas, tan afables por su cercanía a los domésticos. Apuntaban ya las hojitas de los albaricoqueros —alberchiguero, según Sanz Lodre— como el de nuestro patio, vecino aquel de la higuera verdal y de los geranios y violetas con el jazminero trepador, igual que la joven y bonita parra. Las flores del luminoso albaricoquero, anunciadoras de azucaradísimos y pulposos frutos, crecerían pronto entre hojas que nos sorprendían por su parecido a pequeñas manos de fuego, llamas inocentes de un intenso color rojo. Y pocos días más tarde, el blanco emergente del compendio floral de aquella criatura, rosácea como la del almendro o el cerezo y manzano, comenzaba a captar la atención de nuestros gatos, sobre todo de los que llevaban unas pocas semanas de existencia, y a los que todo les parecía una milagrosa bienvenida al mundo. Descontrolados por inopinados sonidos, por sus propias escaramuzas persecutorias y demás zapatiestas, ponían en peligro la integridad de geráneos, dondiegos y macetas con colocacias y otras plantas. Y, como corolario alocado de sus incontroladas carreras, trepaban como rayos por el áspero tronco del alberchiguero... para quedarse supuestamente extasiados y contemplando aquellas sus flores. Algo desconcertados (¡) por aquella aromada belleza, finalmente trataban de averiguar su consistencia con el tacto escrutador de la patita. Así que terminaban desbaratando algunas flores, que se caían de las ramitas nuevas, y así perdíamos una preciosa parte de la cosecha.

¿Pensábamos las flores? ¿Las pensábamos? ¿Nos movían a reflexión? ¿Qué información podían darnos? La primavera entonces nos llegaba como una resolución sorprendente. La renovación vital de algunas criaturas, la audible traslación del agua por regueras y acequias, la brillantez aunada del orbe y el refrescante e irisado fulgor del mar constituían una revitalización cíclica... y evidentemente con un propósito. Se estaba proclamando la procreación, la continuidad de todo, al parecer. Y de pronto, quizá, se aceptaba la valentía de no quedarse en la superficie meramente: había que admitir las preguntas derivadas, las aplazadas o rehuidas cuando nos iniciábamos en la percepción del sistema. Era, casi, como encontrarse con una moneda de fuego, áurea pero ardiendo. ¿Cómo contemplarla analíticamente en la palma de nuestra mano sin quemarse uno? La poéticamente considerada estación floral se nos revelaba como el preludio interesado e insoslayable de un proceso que luego cuajaba en fruto, aquella sabia utilidad básicamente nutricia y de recreación. La complicada belleza de la flor, la evidente gravedad de su organizada estructura, quizá podían disimular un proyecto de continuidad, que se confirmaría con la emergente aparición del fruto según ganaba en tamaño y en sustancia con los días. ¡El fruto! Aquellas niñas que aparentaban una madurez superior a la nuestra, siendo un año o dos menores que nosotros, ¿no tendrían —como las flores— una sugestiva y aplazada utilidad? ¿Qué tipo de trascendental utilidad podía haber en su existencia, en aquellos modos y comportamientos, en sus dedicaciones más frecuentadas...? ¿Estaban allí, donde estaban, únicamente para ser diferentes de los chicos?

Con el somero estudio de las plantas fanerógamas —la efe de flor era la efe de fanerógamas en nuestra nemotecnia— y de las denominadas criptógamas, un aluvión de términos y conceptos nuevos comenzaba a tomar cuerpo en nuestro conocimiento. Pistilo, androceo y gineceo, polen... Y aquella sugerente lección se organizaba en rasgos, intuiciones y socorridos y multiplicados atisbos. De modo que, como siguiendo un reguero de pólvora en llamas, caíamos en ámbitos mentales que avisaban de que ya era tarde para las renuencias y demás vaguedades, ésas que alimenta, por miedo, quien retarda su propia inclusión en el torrente que le llevará a más que tensas conclusiones. Tensas e inamovibles. No podía banalizarse la prominente certidumbre de que las flores vivían un mandato que culminaba en apoyos a la subsistencia humana y a la comprometida perpetuación de las propias plantas. Y semejante evidencia distorsionaba ya la placidez interina de nuestra inocencia. Se nos imponía, por tanto, la verdad indubitable de un mandato incontestable de la Naturaleza: procrear, sucederse o subseguirse... Éramos, al parecer, peones de una concienzuda organización, y entonces ya no comprendíamos cómo se podía abordar con alegría y euforia —si no era ligereza—, la grave razón del porqué de la Creación. Un porqué, obviamente, que trataba de suplantar o de borrar el para qué de lo creado.

—Preguntarse eso es blasfemo, mi querido muchacho: Dios sabe bien para qué hace las cosas, y la fe te dice que...

En ciertas confrontaciones por venir, y cuando ya se barruntaba qué cosa era el ateísmo —el vocablo y sus derivados horrorizaban a la gente, en general, y no solían ni pronunciarse—, el rebelde de turno podía manifestar que él era ateo, y puede que esa su obscenidad militante nos hiciera relacionarle con cierta gente republicana o integrada en las élites de la Institución Libre de Enseñanza. La doctrina del krausismo había proporcionado una muy copiosa militancia a esta organización racionalista, buenos conocedores sus componentes de la obra de Krause "Urbild der Menschheit" y de "Los Mandamientos de la Humanidad", de Sanz del Río. Supeditaban la fe a la razón, y por ello resultaban anticlericales... Muchos intelectuales españoles, Azorín entre ellos, eran krausistas, y también Eduardo Soler Pérez, nuestro paisano, que sería profesor del de Monóvar...

—Yo es que, aparte de anticlerical, soy ateo —confesaba innecesariamente un krausista barbado y resueltamente naturista.

—Es inútil que lo sea usted. Ya puede ser usted ateo o no serlo, porque no va a comprender nada...

—¿Qué es lo que no voy a comprender?

—Pues... nada de todo esto: el Universo, su origen..., todo. No hay hombre que lo pueda entender. Esa incomprensión, si se es ateo o no, es prácticamente una estafa, querido amigo. Y el cerebro humano se tiene que resignar... porque, por mucho que evolucione con los siglos, nunca sabrá qué es todo esto y por qué está aquí él mismo y en las cínicas tinieblas de la incomprensión. Ésa es la cosa, amigo mío... —Quien hablaba añadía a continuación: —. La Inteligencia que nos rodea es algo apabullante e incomprensible para el ser racional. La Naturaleza es un compendio interminable de creación renovadora, de adaptación de sus criaturas a cualquier medio y con la capacidad individual de procurarse los apéndices corporales que sus necesidades le piden, tanto en el reino animal como en el vegetal. Obsérvese cómo superan sus individuos las adversidades que el medio les opone. Se adaptan, crean soluciones digamos particulares... y, finalmente, se reproducen imperativamente y con el concurso de otras criaturas del suelo y del cielo... para su particular colonización. Se podría estar hablando de esa misteriosa y tenaz Sabiduría toda una vida. ¡Y sin averiguar jamás de dónde procede y qué la ha creado! Eso si no se ha creado a ella misma... Ni el cerebro mejor dotado de inteligencia analítica será capaz de sospechar siquiera qué es todo esto que nos rodea. Imposible comprenderlo...

Todo eso lo decía uno que a veces se quedaba calladamente sobrecogido contemplando las débiles señales de una estrella lejana en la noche. En la negrura del cielo, el debilísimo testimonio de aquel remotísimo y solitario sol le podía estremecer. Aquel balbuceo de luz, como voluntarioso náufrago en la sobrecogedo-

ra distancia, parecía avisar de lo inconmensurable del Universo, algo irrazonable y portentoso y difícilmente atribuible su creación a un autor externo al propio Universo. ¿Cómo entender todo aquello? Aquel mundo lejano de la estrella, inalcanzable y patético, y sin contacto posible con su materia, constituía un reto tan insoluble como cruel para el cerebro humano, un órgano que ya de por sí suponía un enigma tremendísimo. Como el propio ser racional y su pulso intelectual en la Naturaleza. Había que volver grupas, porque toda averiguación en esa dirección era tortura inútil para la mente. ¡Aquella insignificante estrella no era más que una ironía acuciante, y su percepción ocular, una puerta abiertamente cerrada, una negativa incitante!

La fe era el socorrido sustituto de aquello que aún no tenía respuesta o explicación, y se sentía uno un poco burlado al caer en la tentación o debilidad de pensar reflexivamente, una actitud innecesaria si se tenía fe, según se podía deducir del magisterio de la Iglesia. (Había que ver el adoctrinamiento inferido a los niños en las páginas semanales de los cuadernos de "Flechas y Pelayos", allí donde aparecían impresos los poemas de escolares en exaltación de Franco, José Antonio y la bandera nacional. A ello, y más, se unía la presencia intelectual de fray Justo Pérez de Urbel con sus relatos. Y sin que faltaran las páginas bíblicas y tantos milagros a cargo de la fe, aquella creencia a pie juntillas de cuanto propusiera la Iglesia. Se presentaba todo ello cautamente aderezado para los "lectorcitos" de la liturgia católica. La didáctica nacionalcatólica aleccionaba al niño y le aseguraba que "... el diablo, que es el mono de Dios, se empeña en calcar y desfigurar sus obras, sopla a los suyos que imiten no pocos ritos de la Iglesia católica, como lo hacen los masones y otras sectas endiabladas que él inventa para nuestra perdición". Ésa era una de las cosas que se impartía a los niños contra rituales religiosos ajenos al "verdadero", que siempre tenía que ser el de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana. ¿El mono de Dios? ¿Los masones...?).

Con una flor entre los dedos —y no sólo la margarita del sí y el no del amorío inicial e inocente— podías admitir un sentimiento, si no de repulsión, al menos sí de alerta. Y mucho más al saber que el encanto de las diversas y polícromas corolas florales no era más que el reclamo con que captar polinizadores para continuarse y colonizar su entorno. El escolar avispado podía colegir, mientras se deslizaba en círculos concéntricos de reflexión, que había una dualidad minuciosamente programada: belleza y fruto. Y, naturalmente, la casi furiosa y sobreabundante semilla para la continuidad. Belleza y fruto aprovechables. Se entreveía la consecuencia imperativa. Micción y procreación. (Al primo Alfabrir ya únicamente le quedaba lo primero, según se desprendía de sus jeremiadas mañaneras).

EL LLAMADO ALMY, AQUEL REBELDE

Otra, muy diferente, y gracias, era la actitud del abigarrado y rebelde Almy Calet, aquel aprendiz de todo. Tan pronto como llegaban los días primaverales, el huérfano renovaba ciertos comportamientos suyos y según el dictado diríase que germinal. Eran objetivos reductores promovidos por una de sus habituales revanchas. Eran ingenuidades y trapazas con las que él creía estar contribuyendo a restituir a los débiles y desheredados los derechos que la situación social les regateaba impunemente, y de cuya desgracia, decía la doctrina de los púlpitos, se les resarciría en la otra vida. Irreversible autodidacta, a veces manobre y otras ayudante en una carpintería de su barriada, se manifestaba renuente a finuras y pulidos acabados, aunque sus trabajos eran duraderos por lo recios y expeditivos. Y de indudable utilidad y agradecidas prestaciones. Como albañil in pectore, aunque dependiendo eternamente de algún profesional, siempre disponía de una clientela para sus pequeños trabajos. Esa clientela se reducía más bien del vecindario inmediato o anejo a la casa de sus tíos. Igual se le encargaba se subiera a un tejado y reordenara las tejas que los vendavales de febrero y marzo habían volteado que sanear una grieta creciente en una pared o limpiar el tramo de acequia de cemento y ladrillo que cruzaba por un jardín del vecindario. Cosas así. Si reaparecía por la carpintería, aquella de Abrafim Ambuneya, quizá ayudaba a restituir la firmeza perdida a la desvencijada silla redera de dos casas más abajo, si no acometía labores complementarias aplicadas al ya terminado armario para el fogón del patio en otra vivienda. Actuaba sobre determinada puerta o portillo, o en apaños que Ambuneya realizaba en el gallinero de algún huerto, etc. El carpintero solía servirse de Almy para que le trajera clavos, bisagras o tornillos y alcayatas de la ferretería, si no le encargaba que fuera a la carpintería de la estación, de la que dependía en cuanto a madera para sus trabajos. Y así. (Las carpinterías con más solera de la localidad no podían ocuparse en menudencias de tales características, y para eso, y seguramente, estaba Ambuneya. Éste respondía a dicha cuantía y exigencias, de modo que gran parte del año andaba liado con la sierra y el serrucho, el martillo y los clavos y puntas, las bisagras y las alcayatas..., además del socorrido papel de lija. En cuanto al disponible Almy, y si no andaba ocupado con los ladrillos y el benemérito yeso, se le veía ir de aquí para allá, de un lado a otro, siempre muy locuaz en sus esmerados monólogos, que acompañaba con gesticulaciones dialo-

gantes irrefutables por cargadas de razón. Se diría que su interior era tumultuosa colmena de réplicas a éste o a aquél, y a veces hasta a su tío abuelo. Aquel viejo, de torpe mezquindad, tan propia de muchos pudientes de su edad y extracción, lo sacaba de quicio con sólo cambiar con él unas palabras, y no sólo porque lo trataba como a siervo, denostándole a menudo ante vecinos y demás sobrinos, sino porque Almy detestaba su impiedad para con los necesitados. A él mismo le regateaba con miserables evasivas la peseta ocasional, y ni siquiera le perdonaba el duro que, a la larga, Almy le podía pedir como préstamo para comprar determinados materiales para una pequeña obra de albañilería. ¡Y gracias a que la tía estaba al tanto de las avaricias y desprecios del viejo hacia el joven! Ella se encargada de procurar al sobrino bastante de lo que éste podía necesitar, que tampoco era mucho.

—¡Más fascista y más tacaño que ese tío no hay nadie en España! —clamaba el manobre frugal en donde fuera que se encontrara y en cuanto surgieran como tema los comportamientos mezquinos de aquél y de otros ejemplares parecidos. Tomaba impulso en un sorbo de absenta y desencadenaba entre sus camaradas de bar o taberna la consabida tormenta de improperios, muchas veces perfectamente razonados: —. Mucha iglesia, mucha iglesia —farfullaba, congestionado y desde su irritación— ¡y nada más! ¡Qué cara más dura! Yo quiero mucho a la tía, pero a ése...

Mal que bien, Almy salía adelante con pocos elementos argumentables como apoyo, pero con tanta perspicacia como tacto, al decir de quienes lo conocían bien y frecuentaban. Poseía un corazón generoso y se lamentaba continuamente de las desgracias de la gente pobre de la ciudad... Disponía de un curioso interés por la información y, además, sabía escuchar, de modo que mucho de lo que leía y oía decir a personas razonables lo dejaba caer allá donde se suscitaban temas parecidos, una locuacidad de la que le avisaban sus camaradas. Sus muchas opiniones y proclamas críticas sobre lo que leía, que tantísimas veces eran alabanzas desmesuradas al Régimen, le podían acarrear serios disgustos. Y sus compañeros se alarmaban seriamente cuando le oían carcajearse de las mendacidades propaladas por la Prensa del Movimiento, que era, además, la única que circulaba por el país. Inocente de él, ¿qué podría saber de cómo se las gastaban aquellos que actuaban creídos de que el poder que detentaban les venía directamente de Dios? Cándido como el buen salvaje, no captaba la desvergonzada bellaquería de ciertas conductas, la de aquellos que perseguían por maldad, y también por miedo a perder privilegios, las prebendas que creían merecidas por haberse levantado contra un régimen legitimado por las urnas. En su puntiaguda defensa de los que carecían de casi todo, a Almy le consternaba el saber de las confiscaciones efectuadas por los agentes de Abastecimientos a las impenitentes estraperlistas que rodaban por los pueblos en lucha por sobrevivir. Y también podía saber de los chivatazos interesados y de las asfixiantes vigilancias sobre los del bando perdedor en la guerra. En esos extremos

era donde se acrecentaba la repulsión que sentía por el tío abuelo, aquel tonante tacaño, tan afecto al Régimen y tan flamígero defensor de la España del Caudillo. Porque aquel estúpido viejo era uno de aquellos individuos que babeaban ridícula y apasionadamente cuando era reverenciado el artífice de la Cruzada de Liberación. Semejantes debeladores nunca tenían bastante con sus bienes materiales. Aún sabiéndolos seguros y en aumento, no dudaban en acrecerlos aun a costa de quienes se ahogaban en el pantanoso reino de las más elementales necesidades... y a la espera de una aurora de justicia.

Vista la estúpida actitud del tío, que respiraba gestos de lesa humanidad, no dudaba Almy en infligir todo el daño que podía a sus intereses, aunque sus actuaciones se le quedaran en ingenuas trastadas, jugarretas que atentaban contra pequeños y ridículos intereses del veleidoso propietario. Un tipo con escasa sustancia humana, basto, ignorante y charlatán, que ni siquiera por cuanto poseía recibía la consideración del alto entramado social en que imaginaba él que figuraba. Si no recibía un desdén explícito por parte de los demás pudientes, estaba claro que se le ignoraba en las tertulias del Casino Cultural (¡) aquel de la Plaza de la Nueva España, un lugar sin mayor vaho intelectual que la tediosa y recurrente lectura del soporífero diario de Alicante, cartelera saturada de celebraciones falangistas y religiosas con algún que otro bando de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes provincial avisando del día de los boniatos, o de la ¡carne para enfermos!, y posiblemente de cierta e inesperada ración de leche y azúcar..., también para enfermos. (La posible gracia de aquel diario podía residir en ciertas ofertas cinematográficas..., que únicamente interesaban a los sometidos, que eran los que más perentoriamente necesitaban evadirse de la realidad impuesta. Los ricos no iban al cine, no necesitaban tanto de la fantasía como los pobres). Muy de tarde en tarde, el tío Soneque se dejaba caer por aquel casino, si había bajado al centro por asuntos de bancos o de ayuntamiento. Y, si se levantaba del sillón alguna vez, era para salir al comedio de tan desangelada plaza y cambiar unas impresiones —más ademanes que sonidos, según se veía— con Hamet Zénete. Le convenía tener al cabo de parte suya porque, poseyendo fincas, sospechaba que le estaban robando. Le contaba de ciertos y presentidos ataques a alguno de sus bienes raíces, sin perjuicio de denunciarle los estropicios que creía encontrar, un suponer, en alguna parte de su olivar. No se molestaba para eso en recurrir a los guardas rurales, y menos al patizambo Kadúl..., que ése siempre andaba en áreas más alejadas y agrestes del término. Almy se mofaba de la impertinente y repetitiva charlatanería del tío con el cabo de los municipales, constándole como le constaba por uno de los guardias —amigo suyo de toda la vida— lo poco que Zénete apreciaba al tío, mezquina y agarrada mosca borriquera. Donde quiera que el cabo se topara con él, siempre le tenía alguna queja, si no infundadas, sí mezquinas... Demandaba más vigilancia municipal. Mientras tanto, Almy continuaba con aquel su propósito de atacar como fuera las propie-

dades accesibles de aquel tío suyo. Lo hacía de madrugada, cuando, dando tumbos y traspiés en sustancioso diálogo consigo mismo, alcanzaba los caseríos huertanos. Allí se extendían los almendrales, compartiendo suelo agrícola con algarroberas, olivos e higueras, y prolongándose hasta los arcillosos y roqueños ribazos del mar. El constante y dinámico aprendiz de albañil, remiso por definición a lograr finuras en el oficio, ya comenzaba a percibir por aquellos días la perfumada floración del olivar. La recibía como invitándole a la barrabasada digamos estacional, y que ya tenía precedentes. Entonces tanteaba él en la reguera y en aparatoso equilibrio—, hasta que, apartando matojos y grupos de hierbajos, daba con la firme y nudosa caña del vareo, eficaz como el mejor pertigal... ¡Y había que ver sus arremetidas con su poderosa lanza contra la celebración germinal del ramaje, un olivo sí y el otro también! Así tomaba Almy venganza del manta de su tío, aquel franquista, zangolotino y sobrante en todas partes, excesivo casi como aquella abundancia de flor olivarera... Fuera o no bueno el año en floración, Almy la atacaba con terquedad, pues, y por otra parte, llegado el tiempo otoñal del vareado provechoso, era él quien tenía encargado ese trabajo además del ensacado, el transporte al molino... y posterior traslado del aceite a casa mediante los odres de su amigo el botero... Todo sobre sus huesos, se decía él. De madrugada, pocos ojos podían contemplar aquel destrozo en la floración. ¡Y qué satisfacción para aquel sobrino en cuanto la cara del tío acusara el enconado ataque a sus árboles!, un suceso que, como otros de la misma naturaleza, sabía Almy que lo irritaban en sumo grado. Pero el tío, aquel mastuerzo inapelable, era tan torpe como grande de complexión. Parecía que las maltrechas gafas que llevaba sobre su nariz, con apaños caseros para alargar su uso, no le permitían "ver" claramente de dónde diablos le llovían aquellos atentados. Una vez, y por casualidad, el resoluto vareo del olivar contó con la connivencia de madrugadores marineros, que habían observado la operación una noche a primeros de abril de aquel año. Habían visto la inconfundible silueta del manobre cuando andaba engrescado en la nocturna escabechina de la arracimada flor. Era como si, encaminándose al puerto donde embarcar para la pesquería, se hubieran topado con un Don Quijote frente a nuevos y distintos gigantes. Y no serían ellos los que fueran con el chivatazo al detestado carcamal del tío...

Al-Actar, aun a riesgo de que Almy creyera que se tomaba a chanza su crispada relación con el tío, le indicaba que era mejor ignorar al pájaro aquel, o hacerse cuenta de que el viejo ya no iba a cambiar. ¿Y cómo se hace eso?, podría preguntarse el sobrino. Igual que en otras ocasiones, la hoguera devenía ceniza o apaciguado rescoldo, metiéndose enseguida Almy en choteos, chistes y zaraguteos varios... Se olvidaba pronto, igual que un niño detiene su llanto en cuanto le ofreces un dulce o un juguete. Por su parte, los sorprendentes camaradas de Almy se abstenían de excitarle con aquel asunto. Tampoco es que creyeran mucho en su condición de asesores. Eran festivamente conscientes de sufrir una ostensible carga de taras físi-

cas: algunos de ellos cojeaban y cada cual a su estilo, otro era medio tuerto (como lo era aquel pastor, el Remigio)... y, de los restantes, quien no tartamudeaba —excepto cuando andaba trompa—, caminaba con cierta aleatoriedad en su equilibrio, imprevisible la zancada. A todos ellos se añadía el natural de La Romana, que ése era mudo. Este asimilado era de una inteligencia fuera de lo común, y, a la postre, constituía un portento en expresión comunicativa inteligible, pues para algo disponía de ademanes, guiños y como pantomimas en general, a todo lo cual —que no era poco— acompañaba simultáneamente con sus elocuentes chasquidos de lengua, abriendo y cerrando la boca en mensajes labiales que tildaba con pródigos movimientos de las cejas. A tono con semejante exhibición grupal de inconvenientes, que ellos asumían sin ambages, un empleado de la sala cinematográfica contaba algo protagonizado por el mudo de La Romana, al que llamaban Castelar, y su más que camarada Almy, justiciero peón de albañil o asi. Indispuesto éste cuatro días por inconveniencias intestinales, que contaría al empleado incluyendo la banda sonora de los estampidos propios en el excusado, al anochecer del quinto día amaneció por el cine con ánimo de echar una ojeada a la cinta que se estaba proyectando. Su reclusión en casa lo había apartado del grupo y de su cháchara interminable en el recorrido de tabernas, bares y tascas, y esa atardecida aún no había dado con tan bullanguero rebaño. Sólo se había topado con el mudo Castelar una hora antes. Entonces, y no habiendo podido ver aquella película el jueves, que era la misma que se pasaba esa noche por ser sábado —práctica habitual en la empresa—, quería aprovechar la ocasión de verla porque, según comentaría con el portero, la cinta era muy buena. Le preguntó éste que cómo sabía que era de calidad, no habiéndola visto el jueves. Y la respuesta fue que acababa de contársela ¡el mudo!¡El mudo Castelar se la había contado!

A cuento de ello, el mismo empleado refería que Castelar entraba algunas noches para ver algún que otro estreno, puesto que los había de tarde en tarde. Entraba en el patio de butacas... y había veces en que salía de allí pasados cuatro o cinco minutos.

—¿Qué? —le interrogaba el de la cantina y quizá también el portero, a coro y muy interesados con el veredicto, anticipadamente malo. El sordomudo les miraba y, si no había delante algún desconocido, limitaba su informe a una leve mueca de disgusto en su boca al tiempo que movía el dedo índice como un metrónomo y para indicar que el film era malo. Luego esgrimía un ademán de despedida... y se iba a la calle. Hasta la próxima.

DEL REGRESO DE TÚNEZ

Las cosas se complicaban infinitamente. Con el Guerrero del Antifaz y sus camaradas en naves españolas o africanas, naves de piratas y de corsarios, o de la baja nobleza española, era obvio que nos estábamos adentrando en un embrollo difícil de seguir y en escenarios ajenos y previsiblemente complicados. El revuelto oleaje de la serie nos sacaba entonces de nuestro medio habitual, aquel que nos era reconocible y aceptado. Pero ninguno de los nuestros osaba emitir ni la queja más razonable sobre aquella trepidante y alborotada dispersión, aunque en algunos de los seguidores más quisquillosos —había rumores al respecto— provocaba el abúlico abandono de la colección. (Cuando alguien se turbaba y decía "cristiano enmascarado" para nombrar al héroe, ya parecía perderse la deseada proximidad que nos otorgaba decir "Guerrero del Antifaz, El"). Los nuevos escenarios —Túnez, Islas Gelves o Samos— y los sobrevenidos personajes forzosamente tenían que acrecentar nuestra zozobra semanal. Pero no nos iba tan mal, por ejemplo, ante aquel Zhengry o el judío Salomón y su hija, la llamada Mizza. Tampoco preocupaban excesivamente los cuantiosos y festivos hermanos Abdallah, ni los personajes como Sobal, Jalín y Abú Sobehia. O el llamado Mula ben Zeid... A todos éstos y a otros, subrepticios y llamativos, todavía tendrían que añadirse muchos más... ¿Acaso era demasiado todo aquello? Si algunos preferían la placidez o la ausencia de vaivenes, nuestro ya elaborado consejo siempre era que se pasaran a Roberto Alcázar y a Pedrín. Y de tamaño descaro no podían sacarnos.

Allá por el número 126, "En Tierra Española", que iba después de "El Terror de Alí Kan" y su consagrada y terne perfidia, el Guerrero y sus adláteres llevaban a la rescatada Ana María al castillo de su padre. Alí Kan también era trasladado allí y ante los nobles cristianos convocados al efecto para que el moro reconociera que no era el progenitor de nuestro héroe. La violencia de la tal propuesta nos enervaba, y era porque intuíamos que el capitán Rodolfo desbarataría propósito tan ingenuo por su sabida obsesión contra el Guerrero. Anunciada semejante confrontación entre el Guerrero y Alí Kan frente a los testigos de la nobleza, el capitán no tardaba en prodigarse en mensajes, misivas y billetes a los señores cristianos que creía agrupados en aquel odio suyo hacia el enmascarado. Al condado de Torres concurrirían, pues, todos aquellos caballeros que habían perdido a alguien de su

parentela en lucha con el que fuera un día ¡hijo del desalmado Alí Kan!, el raptor y asesino de la condesa de Torres.

"—Yo me encargaré —se decía el capitán redactando mensajes— de que el agua te llegue al cuello, Guerrero del Antifaz". —Y enumeraba a los significados señores territoriales ante el papel, el cálamo y la tinta dispuestos sobre la mesa... El violento capitán, que ya desde el número dos o tres de la serie jurara vengarse del enmascarado por haber matado éste a su hermano en un encuentro cuando el Guerrero creía ser hijo de Alí Kan, fue firmando breves mensajes con letra de reminiscencias más bien góticas. Ponía en aviso al Conde de Bargas, al capitán Gutiérrez, al Conde de Antera..."Todos tienen algo que ver con el hijo de Alí Kan", se decía. En dibujos posteriores veríamos que el número de concurrentes era respetable y que todos ellos esperaban que el enmascarado les revelara algo efectivamente crucial. (Discretamente detrás de las cortinas de aquel salón estaban Ana María, Sarita, Fernando y la bella mora Zoraida). Ante la página sexta del número 127, "La perfidia de Alí Kan", nos llevaríamos un susto de muerte... porque el Guerrero acababa de quitarse ¡el antifaz! ¡El Guerrero despojado del antifaz ante gente extraña a nosotros! ¡Qué revuelo entre nuestra pandilla!

"—¡El hijo de Alí Kan!

—¡Ya lo suponíamos!

"—¡El matador de muchos cristianos!

"—¡Tú asesinaste a mi hermano, bergante —gritaba el capitán Rodolfo, encendido de ira— y yo te vi hacerlo!"

El Guerrero Sin Antifaz respondía con mesura pero con evidente tristeza a la pretensión del capitán de que era hijo del moro Alí... y no del Conde de Roca, antes de que el primero asesinara a su esposa. Decía nuestro héroe: "En efecto, caballeros; soy el hombre que, creyéndose hijo de Alí Kan, luchó contra los cristianos".

"—¡Y a nosotros no nos consta que vuestra historia sea verídica!

"—¡Es un renegado! ¿Un matador de hombres! —bramaba el capitán Rodolfo— Y el Guerrero decía: "¡Ahora veréis a Alí Kan! ¡Él os dirá la verdad, si consigo que hable!"

Gago relataba que el prisionero Alí era conducido ante los congregados. "¿Reconoces a este hombre, Alí Kan?", requería del moro el capitán Rodolfo. "¡Claro, por Alá! ¡Es el traidor de mi hijo! ¡El muy maldito desertó de entre los míos porque creyó ganar más con vosotros!"

"—¡Eres un infame y un embustero —se exaltaba con desespero el Guerrero, aún sin ponerse el antifaz—. ¡Tú sabes que ella no mintió! ¡No soy tu hijo! —Evidentemente, se tuteaban.

"— Ella se confabuló contigo para herirme!

El hijo del Conde de Roca no pudo contenerse, y golpeó al amedrentado ex-reyezuelo ante la alterada y expectante concurrencia. Y después reclamaba el derecho

a luchar allí mismo con Alí Kan, que retrocedía, ya con una indeseada espada en la mano. "¡No puedo luchar! ¡Es un asesinato! ¡Estoy aturdido por el golpe que me has dado antes...! ¡Pie...dad!" Y, acto seguido, perdía el conocimiento. Entre cortinas, también se desmayaba la condesita de Torres..., que era lo más normal y corriente que le sucediera en cuanto advertía peligro o violencia. (Eso nos lo sabíamos de memoria). "Alí Kan Escapa" venía la semana siguiente, puesto que, cuando era conducido por dos soldados cristianos del conde a una celda, salía furiosa y arteramente de su desvanecimiento y, como osado y buen luchador de natural, se libraba de ellos en sólo nueve viñetas. Naturalmente, se disfrazaba impúdicamente de soldado cristiano y se libraba de cuantos se le ponían por delante. Luego alcanzaba las caballerizas y, sobre un brioso corcel, salía de allí como alma que lleva el diablo.

—O como una centella.

—Sí. Para el caso, ¡qué más da! Se escapaba... otra vez.

En el castillo quedaba el Guerrero encerrado en una mazmorra por orden del capitán Rodolfo, y sabiendo por el griterío de los centinelas que Alí Kan había conseguido huir. Gritaba el Guerrero que le abrieran aquella puerta, y, como no recibía respuesta, la emprendía con ella hasta derribarla con fuerte estrépito, aunque afuera le esperaba el capitán con sus hombres para retenerle si conseguía salir de la celda. Pero también se las arreglaba para escapar de allí, además de hacerse con una espada ante la presencia de Fernando y del más que estupefacto Conde de Torres. Considerando la encerrona que el capitán había tendido al Guerrero, el conde le desautorizaba mientras que éste pretendía haber sido previsor:

"—¡Sabía —decía don Rodolfo— que el Guerrero del Antifaz intentaría escapar, señor!

"—¡Sin embargo, el que ha huido en realidad es Alí Kan!" —le reprochaba el noble, muy contrariado y sin concesiones al subordinado.

Durante la esforzada y pertinaz cabalgada de los caballeros en pos de Alí Kan, el estúpido capitán Rodolfo se atreve a proponerles matar al Guerrero, que, algo más adelantado, también intenta alcanzar al moro. Pero los nobles recriminan al capitán por su propuesta, que califican de bajeza. A todo esto, Fernando también sigue las huellas de Alí atravesando un bosquecillo en aquellos momentos. Pero ya el ex-reyezuelo le ve llegar desde donde acecha tras de haber reventado a su corcel con la velocísima y estrambótica escapada. El que asesinara a la familia del muchacho tiempo atrás sólo quiere quitarle ahora el caballo. Derriba a Fernando por sorpresa y, una vez que se ha hecho con el solípedo —nombre para los caballos muy usado por Estefanía el del Far-West—, Alí Kan prosigue su cabalgada... hasta llegar al África. Ha dejado herido a Fernando y en ese estado se lo encuentra el Guerrero del Antifaz Otra Vez. A ojos vistas, las complicaciones se arracimaban en contrariedades atosigantes... también por su enervante simultaneidad, como si en aquellas aventuras tuvieran que concurrir todas las trapisondas del universo mundo...

LOS SUSURROS, LAS VOCES, LOS VÍTORES

En la ciudad también se iban complicando las cosas. Una de ellas era, y por fortuna, la tan temida ya por el municipal Hamet. Había él quitado importancia a cierto rumor, al tiempo que tenía la certidumbre —¿y por qué tenía eso?—de que los comentarios derivados se borrarían más pronto que tarde del ámbito caprichoso de la actualidad. Pero ahí se había equivocado de un extremo al otro y para su desesperación. Aquel Zénete no estaba hecho a sutilezas de aquella condición y textura. Y luego, cuando detectó que la cosa iba adquiriendo y acumulando rasgos de suceso singular y gritador, se dijo que podía ser tarde para desactivarla y quedara en un rumor pasajero. Estaba preocupado, y su rostro no podía desmentirlo; su ya escasa locuacidad de natural había dado en un mutismo alarmante. Ante su mujer, y respecto a la explosión de la pólvora en los ribazos, había abandonado las pesquisas. Pero en aquel tema de la harina no se decidía a obviar las noticias que ya le habían apuntado los dos asentadores. Era un hecho que importantes cantidades de harina —la de la ayuda norteamericana— habían desaparecido del mapa, al menos del mapa de las carreteras. La secta religiosa de los cuáqueros, un grupo religioso muy caritativo y solidario (pero sin clero), había aportado toneladas y toneladas de harina con destino a paliar en lo posible el hambre pertinaz que azotaba a la gran mayoría de la población española. Pero a ciertas poblaciones —se sabía de un par de casos más— no había llegado aquella donación... todavía. ¿En qué manos y en qué lugar o lugares quedaba tan preciado y suculento producto? Quería convencerse Hamet de que había pretendido averiguarlo, trabajando como una hormiguita, husmeando aquí y allá, pero ahora veía que los rumores y las chistosas suposiciones de la gente habían difundido el asunto de manera harto explosiva, difícil ya de controlar. A decir verdad —y para que conste—, a él le importara una higa quién pudiera haberse beneficiado inmoralmente de la supuesta harina de los pobres. Su estómago particular, uno más en la ciudad, tendría que esperar cualquier alteración al alza del racionamiento... para colmar su ansiedad de pan, resignación tan ejercida ya y por tanta gente. No estaba reclamando él —en su fuero interno, claro— su parte correspondiente de aquella ayuda. Si la supuesta ración extra de harina panificable no llegaba a la distribución generalizada, ¿qué más le daba, acostumbrados como estábamos todos a la tiranía estructural de la economía patria? Sólo en la escuela se pretendía —reclamo únicamente para niños— que la

nación era una gloria productora de abundancias más que básicas, si contemplabas todavía aquel mapa del portento agrícola, industrial y minero, confirmado el emporio por las ubérrimas pesquerías mediterráneas y atlánticas. Allí encontrábamos casi todo lo deseado, claro, pero la realidad diaria era lo sombrío como inmediato. Esa realidad estaba constituida también por lo que la gente rumiaba para sí, cosa muy distinta de lo que decía en público. Y el propincuo Hamet, que conocía más aspectos sociales de los que quizá hubiera deseado —creía interpretar gestos, guiños y parte del lenguaje críptico al uso, como Selim—, se sentía enviado a sofocar aquel problema. Estaba ante el incendio y las señales que habían propiciado las torpezas y maldades de quienes mandaban y disponían allí para beneficio propio y de sus más inmediatos. Así que, reflexionando, podía incluso sentirse eufórico ante un posible desenmascaramiento de ciertos jefes y, además, de determinados patronos. Le cansaba percibir como inamovible y eterna la acostumbrada situación de los miserables, siempre los mismos y repetidos perdedores. Situación tan pertinaz, y tan irresoluble al parecer, sobre suponer una sangrante injusticia, a los seguidores del Guerrero del Antifaz Otra Vez, no nos implicaba más que en la conocida y simple noticia de que había gente rica y gente pobre. Porque, ¿cómo detectar otros matices que pudieran indicarnos la perversidad de la clase dominante? Pobres y ricos; guardias y ladrones; Alí Kan y el Guerrero; Aixa y Hamet Zénete. Como siempre: antes, entonces... y siempre.

Así, pues, el Zénete municipal ignoraba qué se podría hacer con el creciente y alterado oleaje de susurros y bisbiseos, de los comentarios que señalaban lo que a primera vista era un robo salvaje a los más pobres. A él ya le parecía que aquello no tardaría mucho en resolverse en deflagración superlativa, en la que algunos, los más o menos estultos, podían quedar intensamente chamuscados... o íntegramente consumidos. ¿Podría él anticiparse en algo que evitara eso o que redujera la virulencia de lo que ya se daba por robo consumado e infligido a los mismos de siempre? En lo tocante a su persona, se repetía a sí mismo, nada tenía que temer..., salvo, eso sí, que los dos asentadores del mercado perdieran el norte y, consecuentemente, se fueran de la lengua declarando que él, Hamet Zénete, supo ya días atrás del presunto robo y desvío. Por entonces, en hostales y ventas de las carreteras, en bares y talleres ya se repetían y enlazaban rumores, alusiones y bromas a la desaparecida harina, fomentados los dimes y diretes por al ardor estimulante, podía ser, de la absenta del alba. O del anís.Y lo mismo estaría percutiendo en los talleres de hilados, y entre las rederas y demás grupos laborales de la ciudad. ¿Hasta dónde habría alcanzado la precisión de los comentarios, la certidumbre decisoria de lo que contenían los rumores? ¿Habría manera de sofocarlo antes de que los implicados quedaran señalados y pillados con sus golosas patas en aquella miel de la infamia? "Ayuda internacional para subvenir al pueblo español —qué sugerente titular para

la Prensa—, desviada a industrias privadas para sus fabricados". En definitiva, para estómagos a cuyos titulares podían beneficiar en perjuicio de tanto paria de solemnidad, colmados de hambre irremediable, enfermos a menudo y afectados por un cansancio infinito. La munificiente congregación de los cuáqueros, a la que en 1947 se le había otorgado el Premio Nobel de la Paz por ayudar económicamente a países en guerra, quizá no llegara a conocer el bochornoso desvío de su caritativa aportación a España, la fulgurante y perfumada harina. Al menos en lo relativo a nuestra ciudad. Un delito de lesa humanidad, y tan reprobable y vergonzoso, que algunos patrioteros hubieran querido ocultarlo para que el Régimen no viera empañado su pretendido prestigio, y sólo por eso. La Iglesia española, mientras tanto, llevaba bajo palio al Generalísimo Franco, aquella Sombra, en connivencia tan ferviente como interesada, una cosa que algunas naciones europeas se empeñaban en no ver..., y admitido que Franco había derrotado al comunismo en España. Al mismo tiempo, ni por un lapsus en el discurso febril de cada día, se reconocía la ayuda alemana e italiana a los ejércitos de aquel lamentable gallego del bigotito y la vocecita... ¡España, España, qué vergüenza para el siglo, con el hombrecillo aquel firmando sentencias de muerte y sin que le temblara el pulso! Quizá creyera que de aquel modo dejaba constancia de su hombría, admitida en su fuero interno su inexistente deuda con la madre Nauraleza! ¡Si no hubiera condenado a muerte a tantos y tantas, qué broma de figurilla en uniforme! (¿Tendrían razón algunos falangistas al haberle calificado como ególatra supremo y peligroso, un dictador de mucho cuidado?).

* * *

A media mañana, y por desvaídos y tímidos comentarios entre la familia de los "viles y mecánicos" —en tiempos no remotos, inexistentes en la insaculación para cargos municipales—, se supo en la botería que circulaba por la localidad un rumor que, como potro suelto y de múltiples cabezas o versiones, contaba de mágicas cantidades de harina descubiertas en un lugar del municipio. Era un día soleado y normal, sin augurios ni premoniciones inquietantes. Pero, al llegarnos el trémulo comentario de aquel asunto, que a algunos ponía los pelos de punta, nuestra primera reacción fue pensar en Selim, el Algarba de las cabras y las ovejas en pastoreo. ¿Qué podría saber él de aquel sustancioso asunto? Nos tenía convencidos de que creía poseer cierto don o gracia —por decirlo de algún modo— para husmear incluso sin él mismo parar o caer en ello: percibía signos o rasgos de algo que, sin su presencia, ya estaba ocurriendo en cualquier sitio de la ciudad o en su término. Él lo atribuía —en su plausible prudencia— a que contaba con muchos y variados datos referidos a muchísima gente. Nosotros no divulgábamos esas sus apreciaciones. No hablábamos con nadie de esas supuestas habilidades suyas de anticipación, ¡qué

va! Pero, en cambio, nos parecía que, en algún momento determinado, aquéllas podrían resultar útiles, sin poder decir en qué sentido ni con qué provecho. Sobre ello nos planteábamos, no obstante, las dudas percibidas como razonables. ¿Podía disponer de tal capacidad alguien que hacía vida tan lejos de la ciudad, confinado en parajes agrestes y despoblados? Aun contemplando el caso con cierta caridad, su pretensión resultaba bastante disparatada.

Pero, aún así, el botero deseaba que Selim apareciera por el taller... por ver si disponía de información —de cualquier cosa, sobre todo si esa cosa era harina— relativa a sucesos habidos en la ciudad. Porque Al-Actar era hombre confinado y absorbido por su trabajo, y sólo en domingo, o festivo, se estaba unas horas con el café, el cigarro y las cartas con sus amigos de siempre.

—Tiene que saber algo de eso... ¡Porque si él no lo sabe...! —podía comentar de vez en cuando.

—¿Y qué si sabe algo o no lo sabe? — Era nuestra madre asomando la cabeza desde la cocina y secándose las manos en el delantal, como si se desprendiera de las bobadas con que nos ilusionábamos a veces y que podían impregnarla.

—Este Selim va y viene, observa y escucha comentarios y habladurías en la calle o en la tienda. Y en el matadero y la barbería —sugería Al-Actar, que no renunciaba a pescar algo consistente. Era su sabida predisposición, que le consagraba escuchando conversaciones sin que él soltara prenda alguna de su privacidad y la nuestra. Finalmente, decía:

—Como anda siempre tan lejos, actúa como una esponja mojada cada vez que se baja al pueblo... Yo creo que sabe muchas cosas.—Era su esperanza, y la exponía sin rodeos, aunque siempre como ensimismado. Tanto, que a veces parecía no tener interés alguno en si el pastor disponía de mayor o menor información que transmitirnos. Y esto no dejaba de ser una extraña contradicción del botero. (A veces pensábamos que a él sólo le interesaban, y definitivamente, las cosas de su oficio, sin cansarse de planificar sobre materiales y trabajos con ellos, y como en una ensoñación perpetua...).

A la hora ya de ir cerrando los talleres al mediodía, uno que iba hacia la Huerta se detenía y charlaba unos momentos con los mecánicos. Algunos aún andaban con el serrín enjabonado aplicado a las manos para librarse de aceites y grasas minerales de motores y cigüeñales, y cambiaban impresiones con el conocido. Parecía que el restregar de sus manos correspondiera a la fruición de estar escuchando cosas tremendamente reveladoras e impagables.

—¿De la harina? — preguntaba a su vez aquel que iba de paso, y como si ello fuera su respuesta.

—Sí, hombre: de una barbaridad de harina que han encontrado oculta en varios sitios... ¿Sabes algo de eso?

—No he oído decir nada. De harina, de harina, nada...

Dos o tres horas antes de aquello, y de regreso de la ferretería, Almy volvía al taller de Ambudeya con un pequeño envoltorio de clavos, cuatro bisagras y unas pocas alcayatas. Caminando aprisa por la calle principal —caminaba siempre como conducido por algo invisible que tirara de su cuerpo—, le paraban e interpelaban festivamente los seis componentes de un grupo de albañiles y peones que almorzaban sentados en el suelo de la acera. Comían y charlaban y se reían, dando buena cuenta del pan, la cebolla y el tomate, que acompañaban con las pizcas de melva y pequeñas tiras de pescado seco. Para el postre se reservaban —era lo más corriente por socorrido— la prieta naranja sanguina, y podía ser que unos dátiles, siempre de calidad inferior. Lo habitual en almuerzo de la clase trabajadora. Cierto era, sí, que contaban con la bota de vino, que les mantenía contentos y comunicativos, dados a la broma y al comentario socarrón. Se la pasaban y engullían largos tragos, como en una ruleta de vino que premiara a todo el mundo. Entre chuflas y risotadas a coro, Almy aceptaba un trago, y, experto en la prestación de la bota más que con la estática y rígida del porrón—, le presionaba la panza con fuerza inteligente para obtener un trago vivificador. Su presencia entre cualquier grupo de conocidos siempre era una frescura de cosas y casos en soporte anecdótico, y todos pretendían que demorase el adiós o el hasta luego. Poco después, y camino de casa con aquel característico andar suyo, farfollaba su trepidante monólogo. Iba crispado, quemado por la impotencia. Acababa de comprobar en plena calle el miserable almuerzo de unos obreros, resignadamente hechos a pobreza tan inmerecida. ¿Qué dignidad era aquélla y qué clase de país era el que soportaba tamaña sordidez? Trabajadores con más de ocho horas diarias en el tajo apenas si podían comprar un kilo de pan con el salario de la jornada entera.... ¡Qué vergüenza para el régimen de Franco! Toda aquella ira le aturullaba mientras caminaba como a trompicones. Su irritación le hacía casi correr y no dejaba de mascullar palabrotas, afirmándose en su invectiva contra quienes trataban de aquella manera a los obreros. (El Régimen les llamaba "productores" para darles así prestigio sin tener que aumentarles el salario mínimo). No era él de esos que a menudo arreglan el mundo y baladronan diciendo qué harían si dispusieran de poder o dinero. Almy maldecía los odiosos desequilibrios sostenidos por políticos y propietarios, despotricaba contra la chirriante ausencia de justicia, contra el egoísmo de los pudientes. Y lo hacía sin entrar en abstracciones filosóficas, limpiamente a pie de la realidad diaria. ¿Qué no hubiera hecho de saber las atrocidades que en aquellos mismos años se cometían con los presos confinados en las celdas imposibles de las cárceles, hacinados allí, faltándoles el aire, sin poder dormir y muriéndose de hambre y a veces sin agua para beber, en la miseria física más cruel? ¡Sin agua para beber en las prisiones de Franco, el aplaudido a ultranza por la Iglesia! ¡Y por aquel tío Soneque!

"CARA AL SOL" Y A LA PARED

Entró Almy en el patio de la vivienda, cruzó el descubierto del limonero y la hiedra, volcada sobre el camino por sobre la valla, y se metió en el ligero cobertizo donde guardaba los implementos de albañilería. Cerca de la portezuela, y polvorientas por el serrín y las pequeñísimas virutas, crecían las matas de **Mirábilis jalapa**, cerradas ya sus amarillas y rojas flores. Dentro ya de la casa, se fue directamente al despacho del tío. Al entrar en aquel cubil, no oiría que la tía abuela le preguntaba si ya había vuelto del pueblo. (Era lo que aquella mujer le preguntaba siempre al oírle volver del centro de la ciudad). En la penumbra de la reducida estancia, aminorada por la luz solar que la única ventana proporcionaba, se quedó mirando Almy la foto enmarcada de su aborrecido Caudillo de España. Al fijar su mirada en el retrato, le pareció que los reflejos faciales del retratado le reprochaban lo que iba a hacer. Pero al tumultuoso justiciero Almy no le tembló el pulso, al contrario: con clarísima determinación y con evidente pero contenido regocijo, agarró el pesado marco con sus fuertes y ásperas manos y lo colgó del revés, castigado Franco contra la pared. El dorso de la armazón acumulaba bellas capas de polvo, luminosas telarañas y vaporosas pelusillas del tamo de varios años. Satisfecho con la operación, contempló unos segundos el resultado a la vez que libraba a sus manos de polvo restregándoselas en las perneras. Semejante efigie no merecía otra cosa que lucir de aquella guisa... mientras la gente obrera tuviera por almuerzo aquello que había visto comer a los albañiles muy poco antes. De ninguna manera. Y trepidaba con aquello de «contigo, pan y cebolla», aviesamente sacado del contexto de ciertos amoríos de suicida intensidad y dedicación. (Tal vez le hubiera gustado saber de las maniobras clandestinas que pergeñaban por entonces algunos monárquicos para obligar al Caudillo a su renuncia como Jefe del Estado. Pero esas apetencias contra Franco todavía no salían a la luz. Se ocultaban igual que otras de parecida naturaleza..., pero buscando tercamente que dejara aquel su caudillaje represor, tan críticamente observado por algunas democracias del mundo...).

La tía de Almy, aquella vieja ninguneada y opaca, rondaba por la cocina, ocupada en la comida del mediodía, que se cocía al fuego de carbón de leña. Borboteaban en el puchero las lentejas de casi siempre, las mitades de la patata, las judías y un par de dientes de ajo. Al tropezarse con Almy, le preguntó si ya había vuelto de la ciudad y le interrogó con las mismas palabras que solía: «¿Qué se dice en el

pueblo?» Almy la oyó perfectamente por la agudeza de aquel timbre de voz, pero ya sabía que aquella pregunta no requería ni esperaba respuesta. Tan enclaustrada y anónima mujer se hubiera turbado en caso de recibir contestación, y habría quedado sumida en un ligero aprieto. Estaba en esa edad en que uno se levanta de la silla para acometer algo... y pronto se da cuenta de que no sabe o recuerda qué era ese algo. Almy todavía acusaba en su rostro la rabia que le embargaba mientras castigaba a mirar a la pared al señor de El Pardo, victorioso emperador de la cebolla y poca, obseso por su cantada condición y magnitud de salvador de España por la gracia de Dios, otro que tal, y tan ajeno a las privaciones y miserias que sufrían sus muchísimas criaturas. Pero, pese a su irritación, el peón de albañil esperaba que el destinatario de la ocurrencia se llevara un buen soponcio en cuanto descubriera el cambiazo, la nueva e irrespetuosa versión del retrato. Pero el estúpido señor de la casa, aquel mala cuca, no llegaría a saber de tamaña impertinencia. La sobrina de la tía abuela, Encarna, que ayudaba alguna que otra vez a la limpieza de la vivienda, fue quien descubrió la endiablada afrenta, y las gruesas huellas de los dedazos del manobre en el vidrio. Visto lo visto en cuando bajó a la planta baja desde el piso de arriba, quedóse en jarras ante aquel casi sacrilegio y apretados los labios. Sin pensarlo demasiado, comprendió la intención del irreverente cambiazo, y se ponía a deducir. ¿Qué habría ocurrido esa mañana para que el primo hubiera procedido a romper así el orden establecido? Pasado su sobresalto, pensó contárselo a la tía, pero, y con buen criterio a pesar de su juventud, ideó devolver el retrato a su primitiva posición... y sanseacabó. Su trabajo le costó, además de correr el peligro de perder el equilibrio, pues había colocado una silla sobre la mesa-escritorio y a esa silla se encaramó usando de otra para acceder a ella y proceder al cambio sin riesgo para su cuerpo..., y para la integridad de la enorme fotografía. Luego salió al patio y se fue directamente al abigarrado cobertizo donde Almy ya se disponía a acercarse al obrador de Ambudeya con lo que había adquirido para su carpintería. Y vio entrar a la chica.

—¿Qué quieres tú?

La muchacha, de vivaces ojos castaños y fiscalizadores, le contó —casi con más gestos que palabras— el panorama con qué se había tropezado en el despacho del viejo. Y también que había quitado el polvo y otras suciedades a la fotografía... para dejarla nuevamente de cara.

—Cara al sol, ¿verdad? —se limitó a decir Almy, y comenzó a canturrear el himno... hasta que la chica se cansó de tanta gansada y salió de allí. Volvió al despacho y, al tiempo que acentuaba la limpieza del marco y del vidrio, entró el tío abuelo.

—Que no te caiga y se rompa... el Caudillo.

—No tenga miedo —le respondía la chica. En ese momento se imaginaba que algún otro día podía encontrarse a Franco nuevamente castigado.

Si la tía llegó a saber de aquello, no lo demostró. Incluso se le podía haber olvidado, en el caso poco probable de que la sobrina se lo hubiera referido. La mujer mayor de aquellos años era ya trayecto irreversible y de un vivir completamente rutinario y resignado, y profusamente afecta a rezos y misas. Destinada por el marido —y por la tácita presión social— al quehacer doméstico, intervenía poco en las confrontaciones de los varones de la familia. Y, de hacerlo, apenas si conseguía modificar alguno de sus comportamientos. Almy sabía que, de haberse enterado ella de lo infligido al cuadro del Caudillo, hubiera acudido al taller para reconvenirle, que era lo que hacía para que aquel su disparatado sobrino no irritara al viejo. Haciéndose estas reflexiones, renovó Almy el propósito de tenerla más en cuenta, que era como evitar percibirla simplemente como una silueta a contraluz... o un bulto de su género moviéndose sin eco decisorio alguno por la casa. Se lo demostraría a sí mismo cada vez que la pobre mujer le abordara preguntándole cómo iban las cosas por el pueblo, sobre qué decía o contaba la gente en la ciudad. Sin embargo, de lo que se decía haber ocurrido el miércoles y jueves en el arrabal de Poniente, Almy no le contó ni media. ¿Qué podía decirle, con qué palabras, si tampoco había definición creíble del suceso? "Tía, dicen que se han encontrado más de cien sacos de harina escondidos en una casita del campo".

—¿Un campo de harina?

Pese a tratarse de cosa muy grave y estar el tema bullendo intensamente en corrillos y conciliábulos ocasionales, o buscados, no era asunto para la tía. Ya no persistía en ella la capacidad —si alguna vez la tuvo en su biología— de condenar los abusos e injusticias sociales. Llevaba muchos años insensibilizada por la erosión diaria que le infligía el tío Soneque, aquel su segundo y palurdo marido. Tan burdo espécimen franquista, mentía como un bellaco cuando abría el pico comentando algún contratiempo para el Régimen, y daba su alambicada versión en huida hacia delante, propia de su devoto entusiasmo por la España Una, Grande y Libre, y sin pensar si su versión era más útil que contraproducente para la situación política que pretendía defender. No se sabría qué cosa escuchó la tía en la tienda en relación a la harina, pero en casa se la oyó rumiar sobre unos diez mil sacos de harina escondida. Por otro lado, ¿cómo saber el empleo que habría dado a semejante dato al subir aquella tarde al ermitorio de la Virgen de la Salud con sus amigas de toda la vida? Ya sería raro que aquellas otras devotas ignoraran lo que se estaba moviendo con la fabulosa harina. Tenían que saber algo, algo de más última hora y que comentó una de ellas con visos de absoluta verosimilitud, comunicado que podía ser embrollado o quizá no...

—¿Un campo de harina de diez mil sacos?

—¿Y cuánto es eso en arrobas? Yo me entiendo más por arrobas, ¡qué queréis que os diga!

Con independencia de cómo se expandieran los rumores, era previsible que la tía volviera a casa sin haber averiguado quién había robado harina a quién en un bancal, y no de un molino o de un almacén norteamericano. Y si el tío sabía de lo que se estaba cociendo, con seguridad que no abriría la boca. Sin perjuicio de que, ignorando adrede el vergonzoso sentido del suceso —"ricos propietario roban harina a los pobres"—, se refiriera a ello como habladurías sin base real alguna o como cosa ocurrida, por ejemplo, ¡y muy natural!, en un pueblo de... Cataluña. Pero la gravedad de tan emergente llamarada no podría sofocarla el viejo en su vecindario, porque en el pequeño bar donde tomaba su adulterado café y jugaba al dominó con ciertos dueños de barcas pesqueras, iba a ser inevitable que brotara el tema: cualquiera de los pegados a la barra podía soltar prenda para fastidiar a los burdos y pagados propietarios que por allí se descolgaban con cierta regularidad. Y en casa, si la tía llegaba a comentar lo que se decía en la calle —ella creía estar ya bien enterada—, sería por no haber comprendido a qué individuos comprometía aquella cosa. Y, en ese punto, el franquista hasta la náusea bien que podía dar un puñetazo sobre la mesa de las peregrinas lentejas, y sofocar tamaño incendio. Pero no podría con aquella pleamar porque el pueblo llano pierde el miedo cuando se siente autor colectivo de algo que lo libera de una parte de su desgracia. Y mejor si eso pone nerviosos a los mandamases ¡y se les llega a notar en público! (Al referir Almy en la botería todo aquello del retrato de Franco, y su aborto, refirió que, perpetrándolo, le vinieron a la cabeza aquellas dos barrabasadas que hubo unos años antes en la ciudad: la de la bandera republicana rodeando el busto del insigne republicano don José María Esquerdo Zaragoza... y la mierda pintarrajeando aquel anagrama de la cara de Franco en ciertas paredes. Incluso él comentaría el miedo que atenazó a tantísima gente de la localidad en ambos casos y respectivas fechas. La tranquilidad relativa que el miedo creaba y mantenía en el corazón de las personas de poco sirvió en aquellos días..., porque detenciones e interrogatorios se sucedieron sin contemplación alguna. Aunque luego todo quedó en muy poco, si bien las autoridades locales ordenaron vigilar a fondo y renovaron el rigor anticomunista de los primeros años cuarenta...).

Mientras tanto, y a pleno sol, en el barrio de pescadores, el Persona y la que un día sería su mujer ¡por la Iglesia! pesaban y pesaban harina a siete pesetas el kilo. Ayudaban los sobrinos, y Pepetón, claro. Y todos ellos se las veían y se las deseaban para atender tanta demanda y poner cierto orden en el abigarrado grupo de vociferantes mujeres, que las había de todas las edades desde las seis de la mañana. No paraba la rústica balanza, dos ejemplares de la cual se las habían prestado a Jaiffa, y todas ellas mostrando brillantes escamas de pescado adheridas a los platos. (El artefacto estaba afinado para el fiel correspondiente con ayuda de piedras de la playa de diferente entidad, según lo habitual y requerido). Mientras se repetía

y contagiaba la enfervorizada y restallante alusión al "milagro de Santa Marta", algunos niños y adolescentes de ambos sexos iban de una casa a la otra dando aviso todavía a parientes y amistades para que no dejaran pasar la oportunidad de la harina del hallazgo. Se trataba —ya no había dudas— de la Harina de Santa Marta, bienhechora de sus hijos más humildes. Abdallah y los suyos se pasaban en las pesadas —era una sisa a la inversa— con la generosidad comprensiva de quien nunca se ha hartado de comer pan, y el formidable ajetreo se expandía como brillante y descarada mancha de aceite, llegando sus ecos al menos a la parte alta de la ciudad, allá donde los propietarios vivían su sosiego —con la placidez también de quien es dueño y señor de la situación política— y con incertidumbres irrelevantes. Subió hasta allí la noticia, la nueva del bello "milagro de la harina, el gran prodigio de la Santa Patrona", y según el decir atropellado y feliz de los muchos hambrientos...

(—Por alcanzar un higo remiso de cierta higuera diabólica —volvía aquél, y convocado por la harina en venta—, me caí rodando por el cinglo...).

En efecto, aquel ser espectral se presentaba allí con casi un kilo de melosos y bonitos higos... y tres docenas y media de caracoles. (También mostró al Persona un sobre sucio y medio roto con dos docenas de colillas dentro, pero que Abdallah no le tomó. "¿Desde cuándo tendrá este hombre ese tabaco"?, se preguntaría luego el Alqamah). Albergaba aquel hombre la esperanza, al parecer, de que, con esa su aportación, podía llevarse en trueque unos cuantos puñados de la ya tan publicada harina. Absolutamente seco y con la piel del rostro, brazos y manos de cárdeno color, era uno de los que iban a las higueras de montuosos y complicados secanales. Y también a buscar caracoles, sin perjuicio de localizarlos al relente de la luna y bajo las piedras, entre las atocheras y a despecho de los peligrosos alacranes de la húmeda madrugada. Hacía vida errática y lejana, y poco se le podía ver por el barrio, en donde malvivía ocasionalmente en una especie de tabuco hundido entre dos ruinosas viviendas de la cuesta pretendidamente urbana que daba al río. (Un día, una de las dos se caería literalmente sobre su refugio... y allí se lo encontrarían muerto y casi evaporado). Pero deambulaba y se echaba a garbear siempre que podía. Ahora había sentido unas ansias inaplazables de comerse una torta de harina o coquetas de lo mismo con un toque de aceite y sal. Y aportaba lo que podía y como resultado de una batida especial. Con aquella su excepcional y abrupta comparecencia —los ojos, hundidos; el pelo, hirsuto como el esparto, y secos los labios—, las que lo observaban no se atrevían a dirigirle la palabra... porque, no habiéndole oído ni visto llegar hasta el portal del Alqamah, quizá podían creer que aquel fantasmagórico ser ya no disponía de habla.

—Claro que habla —les decía luego el Persona, que comprendía el pasmo de aquellas hembras humanas—. Le he dado un kilo por los higos y los caracoles..., y me alegra mucho que se haya presentado.

—¡Pero si yo creía —se sinceraba una, más bien sobrecogida— que esta persona ya se había muerto...!

Otras vecinas también habían pagado su harina en ese plan, ofreciendo aquello de que disponían, arroz o aceite, quizá algo de pescado seco, o chocolate del remanente destinado a intercambios en los pueblos comarcanos. Curiosamente, unas pocas de éstas habían subido por las callejas hasta la iglesia parroquial el día antes... Habían creído entender que allí se repartía un kilo de harina por persona, y que la daba Santa Marta. "A mí —saltaba una compañera— me dijeron que la harina la repartía el señor cura...".

Al compás de tan gozosas y consecutivas pesadas, y remanentes todavía más de dos sacos enteros del deseado y amable producto, la mañana discurría como un riachuelo de cristalinas y rumorosas aguas. Hacía ya cuatro o cinco horas que Jaiffa había llamado a ciertas puertas del arrabal avisando de que había harina para vender a buen precio. (Algunas soñolientas pensarían entonces que aquella descarada Jaiffa habría culminado un estraperlo cuantioso... y tan singular como para pregonado a esas horas del alba). Lo mismo había hecho ella con gente del vecindario más inmediato, gente que, con el bacín en la mano, y despuntando el día, se acercaban al rompiente del manso oleaje por deshacerse de salvas sean las nocturnas y repelentes impertinencias...

—Mujer, ¿y de dónde tanta harina?

—Eso nos lo dirán cuando se sepa...

—¡Pues vaya misterio que os traéis! —rezongaba una ante la cautela observada, convencida plenamente de que se le daban largas. Aunque eso tampoco importaba demasiado.

Horas después, la barriada era clamor de pan anunciado mientras seguían las pesadas y los redondeos de precio. Algunos escépticos, más que aburridos y legañosos y hambrientos y sin tabaco, comentaban de ventana a ventana, o en el aburrido y anodino quicio de las puertas, el barullo que se había formado allá, junto al callejón de San Telmo y a pocos pasos del río. Ni se les había ocurrido descolgarse y entrar en aquel jolgorio de gente que allá se movía y que, de cuando en cuando, emitía mujeres con su bolsa llena, algunas de las cuales, de regreso apresurado a casa, comentaban que habían tomado al fiado un kilo, dos kilos, de tan bienvenido y milagroso producto. (Y aún habría familias que, más recatadas, y sin poder pagar al contado rabioso, se inhibían... y seguían pensándoselo).

—En cuanto asomen por aquí los civiles... —señalaban los varones comentaristas entre bostezo y bostezo—, ya verás tú la que se organiza. ¡Y les va a tocar a muchas de ésas! —Se referían a las compradoras, algunas de las cuales dejaban el pago de la mercancía para cuando los hombres, pescadores, o hiladores, cobraran de lo pescado o de su tasca de hilatura al término de aquella semana. O para cuando co-

braran ellas mismas por tejer redes o manipular el esparto. Que era lo mismo que siempre se tenía que hacer al comprar en los pequeños comercios de la barriada.

—Este Alqamah es que no escarmienta. Esto de ahora me parece que es pero que muy serio. ¿No crees tú?

En el prolijo y variopinto transcurso de aquel sugestivo trapicheo de la harina había momentos en que Abdallah tenía la firmísima sensación de que no se le iba a molestar... porque era ya espectacular el clamor de aquel vecindario y más que evidente la intensidad de su ilusionado acompañamiento. Aun así, había ratos en que le resultaba extraña la inactividad de la Guardia Civil ante todo aquello. Y también la de los tan familiares y más que propincuos municipales. ¿Qué podía saber el Zénete de todo aquello? ¡Algo tendría que saber ya! Si le había llegado al oído el revuelo de la harina en venta, ¿cómo era que no asomaba aún la nariz por lado alguno, aunque sólo fuera para dar a entender que se plantaba allí como para poner un poco de orden en semejante barahúnda? Era proverbial el olfato del cabo para aquel tipo de voceríos y movimientos de gente. Y muy de su método aparecer por un extremo u otro de la zona, bajando por las estrechas callejas de Poniente o casi levitando a lo largo de la imponente calle del Mar. Y Abdallah no descartaba la posibilidad de sentir la presencia del cabo a un palmo de él, así, de pronto y sin haberle visto ni oído llegar. De hecho, si una sombra ampulosa se le extendía delante cortándole la luz solar —el cabo acostumbraba llevar la casaca echada sobre los hombros—, el Persona experimentaba un leve sobresalto antes de comprobar que la proyectaban dos cuerpos de mujer codo con codo y guardando turno para las pesadas... Pero a él sólo le inquietaba trabarse con torpeza en sus ya estudiadas respuestas a las preguntas posibles del jefe sobre semejante festival frumentario. Únicamente eso. Considerando otros aspectos de su actuación, se felicitaba por haber enviado a Domin —aquel su sobrino, hijo de Daydal al nidal de la harina poco antes de salir el sol. Bien conocido el paraje por el chico, comprobaría cuánta harina quedaba todavía en el dichoso escondrijo, que así deducirían si el producto había sido movido, aún más, durante el resto de la noche.

El sol se insinuaba sobre la negrura plomiza del islote cuando el recién llegado al solitario descampado empujó la puerta de la casucha luego de comprobar que en sus alrededores no había movimiento alguno. A pesar de la poca luz, se aseguró por el tacto de que allí todavía quedaba como una docena de sacos. Eso le diría al Alqamah, que no se atrevió a preguntarle si se había tropezado con algún jinete..., con alguien o algo sobrenatural a caballo, vamos. Al mediodía y mientras Abdallah observaba fumando las pautadas pesadas de harina, volvía a pensar si no habría sido acertado enviar a dos de su confianza con la determinación de bajarse más del asunto. O para que arrastraran lo más lejos posible del escondrijo unas cuantas sacas más. Pero se repitió que no, que con ello podía desbaratarse la operación. Con

tantos en el tinglado, cualquiera de ellos podría irse de la lengua sobre aspectos de tan magnífica descubierta... o complicar la intervención con querer bajarse unos sacos por su cuenta. De ahí que procurase olvidar cualquier alternativa y que todo quedara como iba marchando. No obstante, aquel mismo anochecer habló con Domin una vez más...

—Mira lo que te digo, valiente —Al dirigirse a él le entregaba las doce pesetas que para el chico tenía apartadas —.Eso es para ti. Guárdatelo y escucha.

Le dijo que tendría que subir otra vez allá, que partiera temprano y que eso sería ya lo último.

—Te vas para allá un poco antes de que salga el sol. —Pepetón escuchaba, intrigado— y te llevas esa navaja que tienes. Vas a rasgar de arriba abajo los sacos que allí queden, si es que queda alguno aún. Mira de que la harina quede tirada por el suelo, como a patadas..., y revuelta ¿Entiendes? Si la quieren ésos, que se la lleven a puñados. —Hizo una pausa, que Pepetón aprovechó para brindarse él a ir con el muchacho... porque de ese modo podrían bajar con un par de medios sacos... Abdallah replicó que Domin corría como un gamo y que haría todo aquello en poco más de una hora. Y que no podía extrañar a nadie que allá se tropezara con gente y con cualquier vehículo a motor, quizá con una furgoneta o quizá un carro de mulos. (¡Qué extraño que tan redomados sinvergüenzas no hubieran puesto vigilancia allí!, se había dicho el Persona lo menos veinte veces). "Si te encontraras con alguien —advertía al chico—, te vuelves corriendo... y se acabó. Y si quieres —el chico se estaba guardando el dinero en un bolsillo—, llévate algo para bajarte unos cuantos kilos, pero sin pararte mucho, ¿entiendes?, no sea que te atrapen". A Domin se le veía orgulloso de que el Alqamah confiara tanto en él al encomendarle misiones tan arriesgadas. Aunque en aquellos momentos se caía de sueño, se le cerraban los párpados.

Pensaba después Abdallah, —y sonreía para sus adentros— que aquel último movimiento era necesario... para salir todos ellos limpiamente del revuelo organizado con haberse puesto a vender harina sin ambages. A eso de las ocho de la mañana siguiente, además de haber cumplido Domin con el encargo, volvía al arrabal cargado con medio saco largo de harina, un par de arrobas o por ahí. Era una barbaridad... y traía muy castigado el cuerpo. Se había esforzado demasiado con la idea —y no había por qué— de regresar al barrio antes de la salida del sol. Aún así, tuvo que cruzarse con hiladores y peones de rueda cuando casi corría o daba tumbos con su peso por el tramo último del río. Y tuvo que escuchar los ácidos y jocosos comentarios de los obreros del cáñamo sobre si llevaba plomo o arrastraba un quintal de piedras.

—¡Lo que llevo es harina, harina! ¡De piedras, nada!— les replicó, orgulloso. Y les compadecía a pesar de que apenas si podía él con su propio cuerpo de desnutrido.

—¡Eso quisieras tú, desgraciado! —Se carcajeaban sin dejar de caminar hacia los talleres..., aunque lo hacían ciertamente intrigados. Y más que lo hubieran estado de haberse fijado en lo enharinadas que Domin traía las deterioradas esparteñas...

LA SEMBRADURA DE LA HARINA, PUES

Al reflexionar luego, el Persona Alqamah se lamentaría de la extenuante caminata encargada a Domin, aunque sabía el gran afán del chico por participar y cumplir y, además, por traerse a su casa como un trofeo de la harina benemérita. Luego pensaba el Alqamah, y no sin cierta ironía, que aquella aventura suya y de los otros no se parecía en nada, o se parecía muy poco a cuanto se había visto hasta entonces en el cine..., y seguramente porque el espontáneo guión del cerco y rendición de la harina iba fluyendo más a salto de mata, con tropiezos y ocurrencias, que cumpliendo el desarrollo de una épica con la autonomía propia de su género. Pero también era verdad que cada cual hacía lo que podía o estaba más a su alcance, con apaños y enmiendas sobre la marcha. Y con las naturales dudas y temores..."¡Aún lo han hecho peor esos piratas y sus peones!", terminaba por decirse, buscándose compensaciones digamos morales.

Con el escondrijo "sembrado" de harina y la fabricada evidencia de haber sido frecuentado por gente distinta y hasta la saciedad, el indómito Alqamah aparecería como uno más, otro más, de los muchos que se podrían haber tropezado con aquel tesoro. Se componía así la clásica estampa de las hormigas en cuanto localizan y se llevan al hormiguero, y tropezando unas con otras, un contingente de granos de trigo en alborozado y recalcitrante trajín. En el caso de ser llamado a declarar ante el juez, él ya tenía bien atada la cosa, el argumento de aquella su cosa. Confiaba, pues, y ya podría estar deseándolo, en que el juez le preguntara. Le parecía que su declaración podía ser asombrosa y desconcertante para su señoría: ¡un tío que se había tropezado con un verdadero cargamento de harina oculto en un refugio rural, señores míos! Por eso, y al dar por buena cada pesada, y entregada a la compradora en su cochambrosa vivienda del arrabal, tanto Jaiffa como él y los otros de la familia no se privaban de aventar el vítor a la patrona de la ciudad en inequívoca vinculación suya al evidente milagro. Era su optimismo y también —si se caía en ello— su venganza. Porque el terremoto de aquel prodigio ya se sabía que las mujeres lo habían difundido por la parte alta y poderosa de la ciudad, sembrado, asimismo, y sobre todo, en el centro neurálgico y difusor por excelencia, que venía a ser la incontestable pescadería. Lo que en semejante dominio se comentara ya no tenía vuelta atrás por lo recio y profundo de su implantación. ¿Quién o qué podía

ahogar una tan aguda y gráfica llamarada? Nadie, nada. Ni siquiera podría con ello el alcalde, tan supuestamente dotado de resortes y decretos, si no se había ahogado ya de rabia con sus falangistas custodios. Además, desde mediada la mañana de aquel día, y más tradicionales que devotas, unas cuantas mujeres del arrabal ya habían acribillado de agradecimiento a la Santa Patrona en concentración imparable ante la iglesia parroquial, acosando al sacristán, el pobre sacristán, con apabullantes y tercos requerimientos de que abriera las puertas del templo... Desde el balcón de su vivienda,y tras los cristaless, el cura párroco no acababa de entender el sentido de aquellas aclamaciones... hasta que recibió claramente una parte del texto de la demanda: que se tuviera abierta la iglesia. De noche y de día y en razón del milagro. Y sería una hora y poco después cuando, abierta de par en par, el atribulado e inocente don Cosme vería cómo algunas de aquellas hembras se arrodillaban ante la imagen de la santa de Bethania... exponiéndole pequeñas bolsas llenas de perfumada y tibia harina. Desaseadas, ojerosas y de renegrida piel por el maltrato diario de sus carencias más elementales, deseaban ellas mostrar a la Patrona la evidencia de su preciosa dádiva, acusar eco de la harina sin más dilación. Era gratitud embelesada de gente pobre de aquella barriada de pescadores. Y el sacerdote recordaba en esos momentos unos versos del anónimo poema que, con el nombre de "gozos", las mujeres cantaban en honor a Santa Marta en las festividades en que la invocaban con alabanzas por sus siempre divinas intercesiones en favor de la villa:

"...mas luego la socorrió
vuestra providencia alta:
nave de harina resalta
a nuestra playa arenosa".

—¡Señor cura, Santa Marta! ¡Viva la Patrona!
—¡El milagro, señor cura, el milagro de Santa Marta!

Quizá a don Cosme no le resultara excesivamente demencial tan sentida demostración. Semanas atrás, y por puro milagro, la santa había apartado de él la tarasca de la muerte... con simplemente una sonrisa de sus ojos. Desde aquella cosa del accidente frente al Campana, ni un solo día había dejado de acercarse él a su capilla. Postrado un largo rato ante su querida y venerada imagen, la hermana de Lázaro parecía sonreírle con aquella su cálida y sapiente mirada... **Nocte pluit tota jove,** rumoreaba el sacerdote en esos momentos.

Al reverente alboroto inicial de las arrabaleras se unía ahora el que tributaba el vecindario femenino más inmediato al templo. Estas devotas, satisfecha ya la legítima curiosidad del primer momento, se habían ido adhiriendo emotivamente a la exaltación de la Santa Patrona, porque, aun no siendo beneficiarias del favor

de la harina, se sentían tocadas por el hálito nutricio del portento. Luego, su vehemente adhesión derivaría hacia la sosegada y razonable expectación. Y era en aquellos momentos cuando el cabo de los municipales cruzaba por el extremo de la plazoleta camino de las Casas Consistoriales. Inopinadamente, había mirado a su izquierda y observado una llamativa concentración de mujeres ante el templo parroquial, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. ¿De qué festividad o liturgia iba la cosa? Iba a proseguir su camino cuando escuchó una voz que, salida de aquel grupo, lanzaba un vítor a la patrona de la ciudad... Dio entonces un par de pasos, no más, en aquella dirección, flanqueado su lado izquierdo por las altas y leñosas acacias de la acera, de modo que pudo observar que mujeres de todas las edades entraban y salían de la iglesia en sorprendente silencio. Se diría que se hablaban con la mirada y que estaban allí movidas por un mismo interés. Atraído por tan desacostumbrado comportamiento —él conocía muy bien a todas aquellas mujeres, su nombre de pila y apodo, incluso—, el cabo empezaba a sentir como un temor sutil e indefinible, algo así como un miedo agradable y dulzón. Se sentía confuso, además de haber perdido la noción del tiempo... Plantado luego en mitad de la plazuela, ya se había olvidado de que se dirigía al Ayuntamiento. Su rostro era sombrío y tirando a un verde enfermizo, y hasta los botones de su levita parecieron menguar en su brillo acostumbrado. Seguramente, le habría ayudado algo quitarse la gorra, como cuando sudaba excesivamente. Sintió el deseo y la conveniencia de hacerlo, pero se contuvo. Estaba en la vía pública, un ámbito donde la rigidez interpretativa de su autoridad delegada no podía permitirse desmayos o apariencias de ahogo. ¿Qué estaba pasando allí delante? ¿Sería prudente acercarse más y averiguarlo? Mal asunto eso de tener que recabar información cuando se supone que el cabo ha de disponer de toda la que se produzca en la ciudad y antes que nadie. Un minuto después creyó comprender a qué obedecían los vítores y aclamaciones femeninas ante el templo, que se repetían pautadamente. Las caras que veía correspondían a mujeres escasamente vinculadas a oficios religiosos, aunque a todas ellas, como a mujeres, se las sabía y reconocía con probada y natural devoción hacia la patrona de la localidad. En aquellos momentos veía en ellas una actitud de inmutable determinación, con autoridad en su empeño o afán por alcanzar el objetivo que hasta allí las había llevado. De sus modos parecía desprenderse ese tipo de aliento que fluye de las multitudes ante la confirmación de un prodigio. ¿Cuándo y cómo había comenzado aquello? Irresoluto y tratando de explicarse su propia condición de ajeno, no se había dado cuenta de que el alguacil pregonero, pegado a él, le estaba hablando. Cuando salió de aquella su turbación —preocupada y preocupante—, y sin todavía captar lo delicado ¡y quizá peligroso! de la concentración de las mujeres, pudo oír al enviado:

—Cabo, que le llama el alcalde.

(UN PARÉNTESIS FERROVIARIO)

—Cuando el maquinista ferroviario salió de la cantina, el tren ya se había marchado —aseguró el sastre Bermejo.

Había sido así, efectivamente. Tanto el de la máquina como el jefe de estación, se quedaron perplejos viendo cómo se alejaba el convoy, y cómo sería engullido luego por la bonita curva inmediata al puente sobre el río y en dirección a Denia. Boquiabiertos y mirándose sin comprender nada de nada, la humareda de la máquina parecía mofarse de aquellos dos con sucesivos penachos de humo blanco festivamente dispensados.

—¡Tu ayudante debe de estar loco!—dijo el jefe al maquinista mientras se veía cómo desaparecía el último vagón en la curva de las higueras, doscientos pasos más allá.

El maquinista, perplejo como nunca en su vida, y pudiendo ya articular palabra, replicó que ese día no traía ayudante alguno. Decía eso al tiempo que, con un dedo insistente, se quitaba del ojo algo que le molestaba, ennegrecido el rostro por los volcánicos vahos de su ardoroso oficio. No pudo ver lo que advirtió la vista de águila del jefe: unos individuos habían saltado del tren nada más cruzar éste frente a las higueras, al extremo opuesto del puente, allí donde en guerra se estrelló sin estallar una bomba de quinientos kilos... o así.

El sastre Bermejo cortaba el paño por aquí, lo cortaba por allá... pero no seguía —que era lo que se esperaba— con su relato.

—¿Y cómo se pudo ir el tren sin maquinista?—preguntaba el cliente que esperaba, sin prisa alguna, a que se le tomaran medidas.

—Pues no se ha sabido... A lo mejor, la locomotora tenía prisa en llegarse a Denia...

—¡Y se arrancó para allá sin pensárselo dos veces! ¿No es eso un prodigio, maestro?

Pero luego se sabría —aunque pasarían dos o tres semanas antes de ello— que, mientras el maquinista y el jefe se tomaban un refresco de sucedáneo de supuesta fresa en la cantina, dos de la secreta y un municipal habían subido al tren como flechas sudorosas y recorrido todos los vagones de pasajeros —estraperlistas incluidos, seguramente— en atropellada búsqueda de un individuo reputado como peligroso. Le venían pisando los talones cuanto el tipo aquel, muy reseco y curtido,

vistiendo harapos casi y con barba de varias semanas, se metía entre las diabólicas chumberas del talud de la vía ferroviaria. Su carne debió resultar malparada por los pinchos de las palas, pero el caso es que el tipo desapareció como por ensalmo de la vista de sus atribulados perseguidores. "¡El tren!", gritaría uno de los dos forasteros... y hacia el tren corrieron, congestionados y con la pistola en la mano los del bigotito y las gafas oscuras, y seguidos con dificultad evidente por el municipal. Cuatro o cinco minutos después escrutaban adormiladas fisonomías, rostros lampiños o con barba de varios días junto a caras femeninas y perplejas en los distintos departamentos. Y de pronto sentían un tirón impresionante que a poco les echaba sobre los viajeros que iban sentados.

—¡Pero...!

—¡Se va el tren!

Despavoridos y más que desconcertados, los de la secreta se arrancaban las gafas de la cara y se abrían paso hasta el estribo de los vagones, ya en movimiento. Les seguía el municipal, que aún no se explicaba por qué razón le había designado el alcalde para acompañar a aquellos dos en semejante rebusca, con la artrosis que le afectaba. Pero el convoy ya abordaba el puente sobre el río. "¡Me cago en...!" Y entonces esperaban poder tirarse de él unos diez o doce metros más allá —no había otra solución—, y lo harían con la imperiosa voluntad de no matarse —pronto se iba a saber— porque allí delante la vía discurría encajonada entre los muros inclinados y a espaldas de la **Quarteta**... ¡Qué barbaridad! (Luego se diría en bisbiseos crípticos que el perseguido era uno de los **maquis** que los comunistas habían concentrado a este lado de los Pirineos... para invadir España, y a los que tan mal les fue... mientras que los medios de información del Régimen habían conseguido silenciar absolutamente todo sobre aquella operación de frustrada reconquista de la península. Fue admirable ese silencio, habida cuenta de que el ejército y la Guardia Civil habían hecho tremendos despliegues de tropa, contando además con muchos moros de los tabores que vinieron con Franco para degollar, violar mujeres y robar todo lo que encontraban a mano. La triste ironía fue que los infiltrados en las montañas serían recibidos por la población rural casi como a indeseables, porque la gente estaba más que harta de guerra y confrontación. Uno de aquellos aventureros había podido ser quien se llevó el tren de la estación, uno quizá de aquellos caminantes que deambulaban diariamente por las calles de pueblos y ciudades pidiendo limosna, barbados, delgadísimos, ahítos de piojos y sucios... El infiltrado en ese peregrinaje de miseria y enfermedad había trabajado siete años o así en la industria ferroviaria francesa de la zona de Clermont-Ferrand...). El dichoso tren raptado, por otra parte, terminaría parándose antes de llegar a la ciudad de Denia... al faltarle el alimento del carbón. Había pasado muy feliz y alocado ante varias estaciones sin detenerse y ante el pasmo generalizado de los seres humanos que esperaban subirse a él... o bajarse del mismo. Un par de automóviles —atestados tal

vez de falangistas— fueron a seguirlo por carretera, claro: pero siempre llegaban tarde a las estaciones correspondientes, donde ya no quedaba más que la vaguedad del humo de la máquina. Cuando se la encontraron detenida en la hermosa partida dianense de La Jara, y con los viajeros sobrecogidos y rezando, el espontáneo artista ferroviario ya había volado. Naturalmente. Fue aquélla una fuga con rehenes, y más de uno de los perseguidores iba luego a pasarlas canutas. Era algo —muy poco en verdad— de lo mucho que se merecían aquellos fantoches en su papel azul... y boina roja.

DE LA GRAN AVENTURA DE SELIM CON LOS CARROS DE LA HARINA

En el taller ya casi se pensaba —lo pensaba Al-Actar— que el pastor Selim había perdido el tren de los últimos sucesos locales. Rodando con el ganado por las lejanías del secano y sus cercanías montuosas, el pastor practicaba tranquilas estadas en las arcillosas barrancadas y las húmedas galianas a la búsqueda del pasto. Con esa ocupación, no siempre podía acotar sus bajadas a la ciudad. Cuando podía, y en casos de tener que pasar en ella más de una jornada, se llevaba con él a Nandi, la fidelidad más aquilatada y próxima con que contaba el joven. La mañana en que el cabo Zénete era requerido por el señor alcalde y Jefe Local del Movimiento, Selim, bien ajeno a lo que se cocía en la ciudad, paladeaba con cierta fruición la azucarada carne seca de una algarroba. Lo hacía sentado al pie de un pino grandioso y sano, apoyada la espalda contra él como en un rasgo explícito de su libre albedrío. A su lado dormitaba Nandi, aquel pequeño ser al cual todo podría parecerle previsible por lo habitual y consecutivo. El joven cabrerizo Algarba, sin embargo, todavía se integraría en aquella historia de la sobrevenida harina, de la Gran Harina Borrada del Mapa, la escamoteada harina desaparecida en un trayecto ¿administrativo? Una harina como aquélla, que tanto había viajado —en aeroplanos y barcos, en trenes y a lo largo de desconocidas carreteras—, no llegaba a las bocas señaladas por sus donantes. La guerra de España había suscitado la sobrecogida atención de muchos países en el mundo y promovido gestos de humana solidaridad en comunidades lejanas. De modo que aquel producto, resultado cálido de moliendas remotas mediante moderna maquinaria, se remitía con sello de solidaria urgencia para mitigar un poco el hambre de seres humanos gravemente marcados por las vicisitudes y consecuencias de una feroz contienda bélica... ¡entre hermanos!, como se solía decir sin clase alguna de matices. Pero manos perversas y sin conciencia habían interpuesto en su camino a desaprensivos confabulados cuyo propósito era beneficiarse del tal socorro..., de un socorro interceptado de forma criminal.

Unas tres horas antes de la salida del sol, el viernes de aquella semana bajaba Selim a la ciudad. Un asunto de subsistencias —sobre todo por el pan y quizás patatas que Abastecimientos había anunciado— le empujaba a la caminata por si había suerte. También quería pasarse por la carpintería que su primo tenía al pie de la capilla de la Virgen de la Salud. (Aquella bicicleta del primo debió haber pasado

por muchas manos desde que fue incautada a su primer dueño por un consumado malasombra del Comité Revolucionario Local en agosto del 36. Y, como artilugio que tanta atención provocaba en la chiquillería por haber pocos, había sido espectáculo de mucha enjundia. En manos de la tribu Sarbalas una temporada, el mayor de sus hijos, El Balano, solía sacarla para pedalear y exponerse holgadamente a la expectación ambiente, que consistía siempre en una peligrosa aglomeración de niños agrestes y con mocos que seguían al trote —a veces, bailoteando a su alrededor— a quien pilotaba el artefacto. Al grito de "¡El Sarbalas va en bicicleta, el Sarbalas va en bicicleta!", la ubicua chiquillería se arracimaba en griterío demencial y formando corro de compañía en torno a la pirueta ciclista. Algunos del entusiasta racimo aportaban la dinámica contribución del socorrido aro y su diligente varilla conductora. De esta clase de estímulos provendría también, y sin duda, la obsesión que un par de años después acababa instalándose en el subsidiario cerebro de adolescentes y jóvenes. Entre éstos podía haber quien empleara sus veinte céntimos en tomar en alquiler una aparatosa máquina de aquéllas del socorrido taller de la Calle Nueva, y, durante una hora, centrarse en su manejo y disfrute (¡). Absolutamente loco y sin duda temerario, el individuo se dejaba caer cuesta abajo hasta irrumpir como imparable bólido de piñón fijo en la pueblerina Plaza de la Nueva España..., si no terminaba arrollando a los clientes que tomaban un aperitivo sentados a un par de mesas en la acera del Bar Nacional. Y aún había quien se jugaba unas perras apostando a favor de su habilidad y dotes de control para bajar la Cuesta del Mar en una bicicleta de aquella condición. Lo cual no descartaba que el titular de la fantasmada no quedara abrazado a la estatua que en la playa tenía erigida el sabio doctor alienista, tan venerado y reconocido y no sólo por sus coterráneos...).

Selim ya sabía que, como otras en la ciudad, la bicicleta del primo carecía de neumáticos y de cubierta... desde que se cayeran convertidas en astrosos y definitivos jirones. No había existencias de esta parte vital de la bicicleta, y poquísimas para lo mismo en el caso de vehículos automóviles, de cuyas gomas incluso existía estraperlo. Pero aquella escasez derivaba en virtud para las máquinas de dos ruedas, alumbrándose un sucedáneo más o menos temerario: a la acanaladura de la rueda se le adaptaba, periféricamente, una soga consistente, la cual, bien suturada y sin bultos graves, podía permitir rodar a la bicicleta... con los inevitables trompicones. Y ahí era donde Selim Algarba pensaba intervenir, caso de que su primo —al que no veía desde meses atrás— pusiera la bicicleta a su disposición por algún tiempo. No era un disparate valerse de ella aunque fuera con la aparatosidad de la soga atada —y bien atada— contra el borde cóncavo de las llantas. Y quizá al pastor le diera por bajarse algún día al arrabal y procurarse unos fragmentos de la soga desechada por la gente marinera. Allá abajo se contaba con un almacén espontáneo y naturalmente embarullado de desperdicios de redes, de durmiente alquitrán y de complicadas hilazas, así como de sogas y cuerdas de cáñamo y de esparto de

distinta resistencia y grosor, y todo ello impregnado de un pronto e intenso aroma a tanino de la triturada corteza del pino. En este cuchitril entraba quien quería, tanto para dejar como para tomar y servirse. En él dormía Pepetón algunas noches, sobre el desordenado montón de desechadas redes y demás, una materia que los dos traperos —"¡Arre, Vaselina!" era uno de ellos— hubieran solventado con gran gozo y resolución. Pero la gente pobre no despreciaba nada de lo aparentemente inservible... y por si acaso. El cabrerizo Selim miraría aquel asunto de la vieja y ferruginosa bicicleta de Anastasio. La suponía abandonada en un sobrado o en el alpende de las herramientas rotas u obsoletas, ya ahogada por telarañas y próxima a un anquilosamiento que podía ser ya irreversible. Si por un casual podía hacerse que recuperase el movimiento, aquel pastor dispondría de mayor movilidad, y aumentaría el grado de ubicuidad de que se sentía o creía dotado. ¡Qué lejos estaba él de saber que no iba a tardar mucho en necesitarla!

La madrugada del viernes fue cuando Selim pudo bajar a la ciudad para, entre otras cosas, pasarse a ver al primo carpintero en su taller de la estación ferroviaria. Bajaba a la ciudad desde La Antequera y, ya cruzando por La Encantada y ante los quietos y profundos algarrobos del linde, se dio de bruces con dos carros tirados por sendas parejas de mulos. Ninguno de los carros llevaba luz en los fanales, y notó el pastor que los carruajes iban sobrecargados, arrastrando con bastante lentitud sus excesivas carradas. Caminando a la zaga de ellos, enseguida le llegó un sugerente e intensísimo aroma de harina. Quedóse entonces muy intrigado y sin saber qué hacer. ¿A qué sitio se llevaba tan grande cantidad de harina? ¡Dos carros atiborrados de sacos... y rodando por aquella ruta, y a tales horas! ¡Qué raro aquello y en una época de tanta hambre! Harina, exageradas cargas de harina ¡en el camino de San Antonio de las Huertas! No estaba soñando ni ante una visión propia de mentes calenturientas o seniles. Aquello era real, tangible, y él no podía obviar semejante encuentro. Por eso caminaba paso a paso tras los carros y su quejumbroso traqueteo sobre las pronunciadas roderas. Podía ver y no ser visto a la espera de saber más de aquella alucinante expedición. ¿De dónde diablos procedían aquellos cargamentos, qué origen tenían? ¿De qué desconocido almacén? Era impensable que vinieran de un molino, en aquel mes. Tenía que averiguar lo máximo posible de aquello, y por eso saltó al bancal de su izquierda apoyando los pies en el muro de piedra seca. Una vez arriba, avanzó a zancadas sorteando los almendros que encontraba en su cuidado avance por entre los respetables troncos de la que era antigua y clásica plantación. Allá delante, en la barriada, divisaba la mortecina luz de alguna que otra ventana mientras él avanzaba hacia ella. Mas, al poco, y de improviso, sintió el retemblar de la tierra agrícola bajo sus pies. Sin saber a qué atribuir aquel tremor subterráneo, se detuvo. Y nuevamente temblaba el suelo, arado quince días antes. En aquel momento sintió como si un caballo ga-

lopara con extraordinario brío a lo largo de la mata de olivos de las terrazas de más arriba, allá donde la olivera bimilenaria recordaba a los eruditos la romanización de la península Ibérica, como comentaba a veces don Miguel. Clavó su mirada en aquellos bancales... hasta que entrevió la sorprendente y compacta figura de un ser humano a caballo. Estaba paralizado. Aquélla le pareció la quimérica y quizá petulante figura ¡de un cruzado solemne y como desafiante! Desconcertado hasta el extremo de quedarse clavado allí como un árbol más, todavía pudo ver que el caballero reaparecía en la cima del arcilloso cerro de los nopales, a pocos pasos del llano de la barriada. Rehecho ante tan extraña visión, el joven pastor reemprendió su carrera hasta que pudo saltar al compacto suelo de la pequeña plaza del lugar, gratamente silenciosa y tranquila. La atravesó en un santiamén, dejándose la pequeña iglesia a su derecha y alcanzando la terrosa carretera en poquísimo tiempo. Una vez allí, se situó detrás del olivo de la herrería, bajo el sombrajo donde dormían el yunque, la fragua y los desordenados acúmulos de hierros de todo tipo y grosores, oxidados o nuevos. Esperaría allí para averiguar la dirección que tomaban ambos carros en relación a la carretera. En esos momentos ni siquiera se extrañó —tan embebido estaba en su espionaje— de que no luciera el punto de luz del fielato..., ¡que estaba cerrado! (Horas más tarde recordaría aquel hecho al reconstruir sus movimientos desde La Encantada. ¡Cerrado y a oscuras el fielato!). En pasando unos pocos minutos sabría la dirección que tomaban los carros. ¿Se irían carretera arriba, en dirección Norte, o bajarían hacia la llanura hortelana? Si era lo segundo, aquellos sacos podían estar destinados a la ciudad, a no ser que se buscara uno de los tres caminos campesinos que partían de la carretera o incidían en ella según se iba bajando al llano... Pero, ¿de dónde venían los carros, cuál era su procedencia?

Al poco ya se escuchaba el pesado traqueteo de las ruedas en su aproximación a la carretera. Contuvo él la respiración pegado al tronco del pertinaz y frondoso olivo, a pocos pasos del primer carro, que se había detenido. Quien lo guiaba, puesto uno de los pies en el estribo y sentado sobre la vara de la derecha, manipulaba ahora el torno del freno y espetaba con el "arre" a los mulos, y el pesado carro iniciaba la bajada en el inmenso silencio de aquella madrugada. Le seguiría el otro, el que marchaba zaguero, sin haberse detenido en el cruce. No se iban carretera arriba; y tampoco cruzaban al lado opuesto, por cuyo camino podrían haberse situado frente a la fabriquilla de chocolate, emplazada a un centenar de pasos. La imponente y extraña cantidad de harina bajaba lentamente la cuesta. A prudente distancia de ella, el pastor medía cada paso que daba caminando detrás y temeroso de cruzarse con cualquier campesino o caminante aquella madrugada... porque se habría producido un saludo, quizá cualquier comentario y en voz alta. Sí que escuchó cómo se cerraba una ventana a su paso y se apagaba su rectángulo de luz. Después oía pero que muy cerca la tos de uno de los carreteros. (Nunca antes había visto Selim semejantes carros rodando por nuestro municipio, y no dudaría

en asegurar que quienes los conducían era gente foránea, de la montaña alicantina posiblemente, que apenas si habrían estado en nuestra comarca un par de veces. Doscientos metros más abajo, y en el quiebro para acceder al primer camino de la izquierda, el carro que iba delante se detuvo. El que lo guiaba se apeó sin más, sacó la petaca y el papel de fumar y lió un cigarro. Los carreteros recordaban bien el sitio al que se dirigían... y hacían un alto como para afirmarse en su determinación. El otro, que podía ser más joven, ni se bajó. Intercambiaron unas palabras, que Selim no alcanzó a descifrar, y bien poco después prosiguieron su marcha con ligeros barquinazos y lastimosos chirridos de las ruedas. Avanzaba el pastor por el bancal de la derecha y bordeando la acequia (conocía el terreno municipal palmo a palmo, y a cada uno de sus dueños, casi igual que el personal controlador de los adores del regadío), y se situaba detrás de los limoneros del linde Sur. Pegado luego al estricto serbal de la acequia, poblada de matas de mirto moruno, supuso que los carros no tardarían en detenerse para descargar lo que llevaban. Y así fue: se detenían éstos a la altura del antiguo y abandonado lagar, el olvidado trujal de los Tula, parientes lejanos —aunque lo procuraban ocultar— de aquella María Tula, la pedigüeña más callejera de la ciudad. El viejo lagar, efectivamente. Ya percibía el joven que aquellos sigilosos movimientos eran inequívocas señales de un acto ampulosamente malvado, maniobras de una oscura trama y cosa no apropiada para hecha a la luz del día... Rodaban entonces los carros blandamente por la reducida y farragosa explanada del derruido y casi desaparecido establecimiento, sobre enhiestas y exuberantes matas de hinojo, malvas, estramonio y maleza común..., que corrían hasta la desparramada pared de aquel recuerdo vitivinícola. Hacía muchos años —como se recordaba a veces—, la filoxera había terminado con aquel trujal después de mucho experimentar sin rendimiento aprovechable con las renombradas vides americanas... Aquellas ruinas —se dijo Selim— dispondrían de algún acceso viable a su interior, quizá detrás de la complicada parra que, con los soportes caídos, enmarañaba las paredes y andaba revuelta en el suelo con los cardos y margaritas silvestres de tan abigarrado foscarral. El intrincado herbazal tenía que ocultar, por fuerza, alguna entrada por donde alcanzar un espacio adecuado donde ocultar temporalmente el cuerpo del delito. El pastor esperaría hasta que se iniciara la cuantiosa descarga, que, por lo que pudo ver, sólo consistió en bajar los sacos y dejarlos apilados contra la desconchada pared del parral, aquel solárium benigno para el placer de los lagartos. Así lo comprobaría más tarde, horas después, al volver él de la ciudad y a pleno sol.

En aquélla su segunda vez allí, y aproximado al viejo y abandonado edificio, advertiría el pastor que aún había allá más de media docena de los sacos que dejaron los carros. Tuvo la impresión, además, de que el contenido de las carradas no llegó a ser introducido entre las ruinas. ¿Por qué razón aún había restos allí de la carga? (No pensó en el hecho de que aquella mercancía era robada... y que,

para distribuirla, se necesitaba mucha cautela, además de la debida precisión en las convenidas horas de entrega). En aquellos momentos regresaba el cabrerizo de la ciudad y se traía la bicicleta de Anastasio, que llevaba tomada por el manillar. Bastante inquieto por lo que se proponía comprobar, esperaba no cruzarse con nadie, aunque sabía que aquellos parajes huertanos seguirían sin arado ni cultivo unos meses más. A la boca del camino vio que, además de los relejes de los carros, ya había huellas evidentes de, al menos, un vehículo a motor, quizá una camioneta. Eran abundantes y entrecruzadas como las que luego vería unos cuantos pasos más allá, y que habían creado leves y alargadas protuberancias de tierra pulverulenta. Al aguzar la vista por entre el arbolado para averiguar si había o no presencia humana en el entorno, columbraba al fondo de los bancales la vivienda campesina del médico. De su huerto sobresalía la airosa y estática palmera, tan alta como los dos cipreses que crecían junto a la pequeña balsa. Silencio alrededor y calma sólo ilustrada por el piar de los pájaros y algún lejano ladrido de perro. Para entonces ya se había abierto paso entre los recios matojos abatidos, iguales en altura y consistencia a las cañas de un maizal avanzado. Sobre la tupida y embarazosa trama de los sarmientos de la parra, quedaban en el suelo aquellos pocos sacos de harina, disimulados burdamente con apresurados manojos de hierbas frescas y ramaje apañuscado de olivo, pero que de algún modo ocultaban el montón, vistas las ruinas desde el precario camino. ¿Qué hacía allí aquello y hasta cuándo iba a estar?

En la ciudad, y ya pasadas las diez solares, se había quedado casi estupefacto al escuchar a los habitualmente más locuaces, sobre todo en la tiendecilla próxima al estanco de Sancho, y mientras indagaba por cupos de racionamiento. Se mentaba allí el convulso asunto de la harina, producto que ya llevaba horas y horas vendiéndose a un precio asequible en el arrabal de Poniente... Harina y arrabal y milagro de Santa Marta eran los vocablos más repetidos. ¡Y que allá abajo se estaba vendiendo el producto! ¿Cómo que se estaba vendiendo harina...? No se hablaba de otra cosa en los corrillos callejeros, y lo mismo hacían las cabezas y bustos parlantes que chismeaban en vocerío deletreado de ventana a ventana. Esa campana no desmayaba en su torre propaladora..., como un quiquiriquí de festejo irreverente y hasta soez. Incluso creyó oír que se hablaba del Persona... Cuando dejó la pequeña urbe, apresurado y confusamente satisfecho, llevaba con él dos cosas sustanciales: la bicicleta del primo... y los relatos de la harina girando en torno del Alqamah el Magnífico, el del arrabal del río. (La experiencia en los rastreos y la sagacidad proverbial del Abdallah para la rebusca productiva tenían convencido al pastor de que aquel hombre podía haber dado con el nidal de la harina, con mucha harina, y eso tenía que haber sido —excluía el sitio del lagar— en cualquiera de los refugios campesinos que había repartidos por el secano..., sobre todo en uno que quedara a poca distancia de un camino practicable. "Me imagino —se había dicho, sonriendo— en cuál habrá sido, y ¡vaya qué casualidad!". Entonces pensaba, lógicamente, en los

carros con que se tropezó aquella madrugada cerca de La Encantada). Cuando ahora volvía al lagar, y sabiéndose en solitario junto a la harina, pensó cómo colocar sobre el cuadro del oxidado biciclo una de las sacas... y afrontar a trompicones su vuelta al aprisco. Atosigado por la anticipada visión de la estridente maniobra, y mirando alrededor más con rubor que con miedo, acercó la bicicleta a la disimulada pila de los sacos. Con esfuerzo penoso para él, y manteniendo la máquina apoyada contra los restantes sacos, acabaría instalándole sobre la barra horizontal la cuantía de uno de ellos, que se mantenía rígido. Después maniobró con tacto y paciencia, de manera que hizo girar el vehículo... y lo empentó con aparatoso trompillar. Atravesado el bancal como bien pudo, se situó junto al cañaveral de la acequia, espléndido y tenaz como las cercanas matas del mirtal. Mirando hacia todos los lados, sigiloso y escuchando bajo la crepitación solar de la mañana, metió todo aquello entre las cañas. Allí quedaba, y de aquel modo, su aplazada ración de la harina. Fue lo que se dijo con la resignación de quien se topa con una dificultad probablemente insalvable. Su idea era volver a la caída de la tarde, anocheciendo ya. Para rematar con mayor soltura la faena, se traería del corral las cuerdas de que no disponía en aquellos momentos. ¿Se hubiera atrevido a salir a la carretera y a transitar por los caminos a pleno sol y arrastrando aquella carga? Mientras se respondía que no, sintió que le recorría el cuerpo un escalofrío. ¿Era aquello la vergüenza de quien roba (?) algo por primera vez? Estaba indeciso. Luego, y sin analizar cómo había ocurrido, se encontró desvinculado de aquel propósito. Algo le sacó de empeño tan ilusorio... para situarle en el centro de una clara evidencia: estaba rematadamente loco al pensar que, de noche o de día, podía embarcarse en aquella complicada caminata y con semejante peso. Caía entonces en la cuenta de la precaria condición de la bicicleta... y abandonaba la suposición de contar él con la misteriosa aptitud y fortaleza de una simple hormiga. Aún estuvo allí un rato estudiando lo imposible. Se sentía vencido y molesto ante su propia imagen arrastrando aquella harina a trompicones a lo largo de pedregosas sendas y echando los hígados. ¡Y también expuesto a la curiosidad de la gente de los caseríos que jalonaban el pesaroso trayecto hasta el corral! Así que se dio por vencido, desistió de emprender aquella insensatez. Además, la bicicleta no era suya. Resignado y también confuso, optó por llevársela... y alejarse en su aparatosa compañía. En cuanto cayera la noche, ya vería de volver y hacerse con algo de harina..., si no podía ser con un saco entero. Podía ocurrir que aún se encontrara allí la que con tan ímprobo esfuerzo había apartado. A continuación abandonó el lugar tirando de la enclenque y gélida bicicleta del primo... y con la sensación de derrotado.

* * *

Como algunos podían recordar, aunque no eran muchos, a Salomón el Miau lo dejó extinguido, y muy en sus filosofías, la imponente y abrasiva bofetada que le propinara aquel individuo de la Falange y de las J.O.N.S., etc., cuando, discurriendo la procesión del Corpus por la calle principal, se abstuvo él, por andar distraido, de levantar el brazo. El santo se le había ido al cielo, sin sentirlo, y la increpante y brutal bofetada le había devuelto a la agobiante realidad en medio de la rendida y devota (?) multitud. Si no se murió de vergüenza esa tarde, entre la congregación de los católicos y de la mayoría de los controlados por los ubicuos franquistas locales, quizá ya no se iba a morir nunca. Cuando entendió que ya podía bajar el brazo, se apercibió mejor de lo humillante de la reprobación: quien le había aplicado tan salvaje tortazo era, además, un conocido suyo de la barriada, individuo capaz de vender a su propia madre y consagrado especialista en chivatazos el hideputa de mierda. Porque los chivatazos se pagaban bien entonces. Aquel tipo era uno de los que aplaudieron a un déspota llamado Sóller la mañana aquella de marzo del 39, porque, megáfono en mano, exultante y avasallador, se subió al balcón corrido de la casa del mayorazgo y anunció la victoria de los nacionales, amenazando con represalias y ajustes de cuentas. Un lugar aquella plaza, la de la República, que pronto se llamaría de la Nueva España. Con léxico de fuego y sangre, el vozarrón del tal Sóller aludía con iracundia incontenible a las "hordas marxistas", y prometía represión sin límites ni piedad. Era el ideario que trasudaba la iluminada piel de las derechas vencedoras, aquellas que, siguiendo a Franco, se habían levantado contra el gobierno legal de la II República. Pero también era verdad que, con la coalición del Frente Popular, la República estaba abocada a perder la visión de la realidad española. Y, además, que los anarquistas —perdedores por definición con su estulticia programática—, fueron socavando las conquistas sociales conseguidas por los gobernantes republicanos en los primeros meses del mandato, abocados a inacabables enfrentamientos con los comunistas y con exigencias utópicas en un contexto social con agrestes y vastas multitudes de ignorantes. Hubo algo parecido al curso y desenlace de una merienda de negros al tiempo que se producía la quema y destrucción sistemática de conventos, iglesias y monasterios. Y esto se agravó demencialmente con la persecución y asesinato de religiosos. Durante la guerra, además, se había acentuado el feroz anticlericalismo debido a que la Iglesia apoyaba la sublevación franquista y jugaba su baza como miembro natural y esforzado de la denominada "quinta columna". Simultáneamente, el expolio de bienes y derechos al bando reaccionario fue tan voraz y torpe como generalizado en la "zona roja" y ante el estupor de millones de amedrentados españoles. "España —había ya proclamado Azaña imprudentemente— ha dejado de ser católica". De aquel modo empezaría a derrumbarse el voluntarioso castillo de sueños y aspiraciones de la II República, un objetivo revolucionario que creyeron imposible de alcanzar los verdaderos conocedores del pueblo español, y ante la comisión de tanto desmán.

Los inteligentes sabían que un pueblo no cambia su condición ni destino porque un iluso emita una frase tan liquidadora como aquélla, aunque su mismo autor no creyera en su contenido. Pero con semejante exaltación, tan estimulante para los anticlericales, se propiciaban la ruina y el deterioro sociales a marchas forzadas, dándole al enemigo sólidos argumentos para represalias monstruosas, como se confirmaría durante la guerra y después de ella. Acción y reacción. No se pudo evitar que ciertos humanoides con fusil y pistola, y practicando arbitrariedades chulescas, se tomaran la justicia por su mano en el seno del descontrol reinante, que así pescaban en río revuelto. Aquella gente arrastraba demasiado odio en su corazón, y ese veneno iba a regir su comportamiento contra las clases dominantes, ésas que, habiéndoles tenido sometidos y explotados durante siglos, continuaban siendo los amos de casi todo. Los parias creían que no se podía dejar escapar la ocasión de darle la vuelta a la tortilla... y sin pensar mucho más. De la noche a la mañana, los miembros de una misma vecindad, amigos desde la infancia en muchos casos, se habían convertido en gente desconocida y más que hostil los unos respecto a los otros. En esas circunstancias, y en el ámbito del miedo y la sospecha generalizados, ciertas acciones por ambas partes convertirían a los supuestos hermanos en enemigos irreconciliables... Por eso, Salomón, que tantas arbitrariedades había visto en aquellos pasados años, se atrevía a vaticinar secretamente que los violentos de ambos bandos siempre estaban cerca, en latencia, y con su odio predispuesto y agazapado. "Y eso hay que tenerlo en cuenta, ya lo creo", apostillaba, "porque siempre están ahí, no desaparecen nunca del todo".

Con esa forma de pensar y de sentir, él engrosaba las filas de los atemorizados, de los que podían sentirse perseguidos tácita o expresamente por quienes detentaban la represión política. Mirase uno donde mirase, y aparte los chivatos interesados —de viscosa y sombría militancia—, siempre había gestos o palabras que guardarse o reprimirse. Y, asimismo, relaciones personales que era mejor abandonar o distanciarse de ellas prudentemente. Era lo que hacía el pastor Algarba, y con mayor cuidado cuando tenía que comparecer en el juzgado y firmar por aquello suyo del de Chavelles. Libertad Vigilada. En cuanto salía del establecimiento, ni siquiera cruzaba saludo alguno con otros que ese día hacían lo propio y por diferentes motivos, aunque en algunas miradas se adivinaran las ansias por intercambiarse impresiones los controlados. A todos ellos les acompañaban y gobernaban las sombras y las sospechas. Y mucho más cuando, sin algunos esperarlo, llegaban a conocer las atrocidades cometidas por los falangistas sobre los llamados "rojos"... y las numerosas formas de maltrato que los presos recibían en las prisiones.

Pero, de alguna manera, el Miau tendría pronto un despertar inesperado. Sería un amanecer que, con las indefinibles relaciones que rigen en las casualidades, le

daría opción a respirar casi a pleno pulmón, satisfecho y hasta victorioso. De momento, y como reveladora anticipación, ya le había llegado la pleamar del rumor sustancioso, ése que puede alterar, y para bien, la viscosa monotonía del día a día en aquella especie de cautividad. La gratificante novedad lo acariciaba como lo hacía la brisa amiga que el mar enviaba a la costa en las bonanzas de sol y sin viento. Lo sucedido allá abajo, en aquel arrabal, se expandía en comentarios, premoniciones y matices arriesgadamente minuciosos por todas partes. Por segundo día consecutivo, y columbrado el lugar desde el terraplén costero del cañaveral y las tenaces chumberas, se advertía mucho trajín en aquella fulgente punta playera. Además del ir y venir de aquellos seres humanos, y acentuada la brisa de Levante, al Miau le llegaban frescas y cantarinas voces de mujer y entrecortados hilos de conversaciones casi festivas, eufóricas. Y él se movía inquieto y como en una obstinación sosegada aunque inaplazable. ¿Se decidiría finalmente a bajarse al río y cruzar al otro lado a pasito quedo? Su resurrección civil podría consistir entonces en participar en algo levemente alejado de su ostracismo. Él ya había caído en un forzado mesianismo, y sobrevivía tocado por la vida contemplativa ante sus colecciones. Pero ahora se sorprendía a sí mismo al querer acercarse al sitio donde unos cuantos andrajosos y famélicos ¡pesaban y vendían harina! a un precio mágicamente asequible a los bolsillos más tristes. Una harina inexplicable y franca, como surgida a borbotones por generación espontánea..., hasta que aquella Guardía Civil procediera contra esos que llevaban cuarenta bullangueras horas con las manos en la masa. ¿No era aquélla una estampa merecedora de ocupar una página de colores en la Biblia? Aquella mañana, él se había aseado casi con exceso. Fue luego a la pescadería y, de vuelta a casa, la dejó al momento y sin recado alguno a su mujer. Se iba a echar una mirada a la punta del arrabal, lugar que aquella mañana se le antojó algo más tranquilo que veinticuatro horas antes. ¡Cuánto tiempo sin andar por allí! El mar le recibiría con su amistad, espléndidamente azul. Y callado como un sabio. Los metálicos reflejos de la luz solar herían sus pupilas, y mucho más por obligadas a penumbras y sombras interiores. Entornaba los ojos según sorteaba el pedregal y las charcas, exentas a su izquierda las altas y airosas adelfas y también la ciclópea y dura pared natural. La impresionante muralla constituía para el río un recodo imperativo, que allí era donde las aguas de avenida estallaban en roturas fangosas, turbulentas y trepidantes. En tan ancha desembocadura, la violencia de las riadas otoñales, y con los siglos, había dejado erosionadas rocas de todos los tamaños, y los duros embates del oleaje las recusaban en días de mar movida. Iba pensando el Miau que aquello del trasiego tenaz e ilusionado de la harina le sería revelado con precisión en unos pocos de minutos y con sólo dar la vuelta a la cantonada de las casas tocantes al río. Y también pensaba que aquel Alqamah era obvio que tenía una punta de loco, y también los demás, aquellos que, según comentarios, contribuían al vehemente y más que chirriante espectáculo de la harina en venta a

pie de portal. Algo de loco, sí, y de irresponsable. ¡Pero había tantos! Sin embargo, ignoraba que Abdallah, por ser perro viejo ya en experiencias y repetidas tribulaciones, había planificado un silencio compacto sobre el tema de semejante harina. (Podía Salomón disculpar al Persona Alqamah, si consideraba que era seis o siete años menor que él... Tal diferencia no le había dado ocasión a ése de apercibirse en qué clase de contexto social —o fandango, como decía el Miau— se vivió en los años inmediatos y posteriores al fin de la guerra. ¡Qué sabría el Alqamah de cierta gentuza, tanto de un bando como del otro! Recordaba Salomón a la descerebrada mujer de un gerifalte anarquista de la CNT local. En la tienda, y entre unas cuantas mujeres, se lamentaba de que sus gallinas no quisieran comerse el arroz, cuando más de la mitad de la población sufría ya escasez de comida... Y eso para el Miau ya suponía la elocuente chulería de una estúpida aspirante a señorona, con ínfulas capaces de gritar "quítate tú, que ahora me toca a mí". Porque ése era el rol de cierta gente de la izquierda en su lucha, inconfesada y antigua, por disponer del bienestar económico de la derecha de toda la vida..., algo lógico. Por entonces, y a la vista de conductas así, Salomón ya andaba temeroso ante aquella gente, y se preguntaba si les había conocido a fondo alguna vez. Las gallinas, el arroz, las extravagantes y cínicas baladronadas. ¿Quiénes eran en realidad aquellos tipos, sus vecinos o conocidos de siempre?, se decía, razonablemente alerta).

Se paró Salomón ante la casa que habitaban el Alqamah y su Jaiffa, la de exuberantes y negrísimos cabellos. Fachada estrecha de dos plantas con enlucidos desconchados y rezumando humedad frente al sol. Como todas las del arrabal o casi. Ante el vano de la puerta estaba ha hembra en cuclillas y la rodeaban otras mujeres, tres, y una niña. A todas ellas las observaban, atentos y unos pasos atrás, dos rapaces de lamentable indumentaria. Parecía que, casi por distraerse, afinaban aquellas hembras una pesada en el mismo portal de la casa, y daba la impresión de que el grueso de la abundancia habida se acercaba a la fase menguante o residual. Eso le pareció al Miau, quien no encontró allí el trajín vociferante y dicharachero de mujeres quiméricas y parladoras que había imaginado escuchar desde lejos. Tampoco se sintió observado. En los alrededores sólo había tres o cuatro pescadores charlando y fumando al sol en los portales, castigados los ojos por aquella intensa luz y el tabaco, y frente al paseo de las raquíticas palmeras. Caminó con lentitud hasta la estatua del homenaje y la fuente pública, las manos en los bolsillos, bien calada la gorra... y, de cuando en cuando, mirando por el rabillo del ojo izquierdo por ver si alguien había reparado en su insólita presencia allí... y lo observaba. La tranquila estampa del iluminado arrabal podría amenizarse rápidamente —se dijo— en caso de que aparecieran el cabo Zénete y otro guardia, ambos caminando —Zénete siempre lo hacía aprisa, como en misión apremiante— en dirección a las viviendas que cerraban la curva de la playa por el lado de Poniente. Hasta allí había

ido volviendo Salomón, que se distraía —ojo avizor, desde luego— dando puntapiés a las prominencias de las algas del último oleaje de cierta intensidad. (¿Valía la pena seguir en aquel lugar cuando su solo objetivo, o casi, era ver y que le vieran en aquella su primera incursión? Deseaba que le reconocieran empapándose bien del suceso, tomándole el pulso a lo que allí estaba pasando, como si creyera que su personarse en el lugar podía fortalecer la apuesta del Alqamah en su desafío a los encaramados en el poder local. Si él, Salomón, se enteraba bien de los entresijos de aquel asunto y ello llegaba a saberse en su vecindario, sin duda se le iba a considerar voz autorizada, y eso no era una futilidad). Aún permaneció un rato más, moviéndose de arriba abajo con lentitud, de palmera en palmera, como a la espera de acontecimientos más señalados... y que no tendrían lugar. La normalidad allí parecía haber vuelto por sus deslavazados fueros..., si no se tenía en cuenta al grupo de escolares que, en la punta de Levante donde estuviera el faro años atrás, se agrupaban frente a una gran carpa y controlados por dos maestros de escuela. Dedujo que habían bajado a la playa para contemplar —una lección ocasional más, y directa— la ballena disecada que se exhibía en la ciudad, como habían comentado entre ellos los arrapiezos de su vecindario...

El bueno de Salomón ya creía que aquella harina, hallada en un lugar que nadie acertaba aún a concretar, tenía que ver, forzosamente, con una sórdida trama de aquellos que entonces manejaban los hilos políticos y que de ellos se beneficiaban con modos obscenos. ¿Grandes cantidades de harina encontrada en un lugar abrupto y alejado de la ciudad...? Estaba claro quiénes la habían depositado allí. Los transportistas dispusieron, ¡cómo no!, de medios puestos a su alcance por gente con mando en plaza. En ello andaría complicada gente bien relacionada y ocupando peldaños del poder, y que estaban más que convencidos —ya podían tener experiencia— de que, si descubiertos los autores e implicados, contarían con la indulgencia de la administración provincial y se eludirían responsabilidades. Eso era. Habían organizado la interceptación de la harina mediante individuos interpuestos, los cuales, y al prestarse a ello, estarían pagando favores recibidos, silencios cómplices o cualquier otra prestación anteriormente recibida de los primeros. Siempre era así, sin más precauciones, y ello por la seguridad siempre de poder culpar a los subalternos de las maniobras oscuras o confusas con los del estraperlo grande. Casi nunca caían los peces gordos implicados en la gestión del departamento de Abastecimientos y Transportes. (Una aproximación temeraria del botero Al-Actar a ese mundo se daría en ocasión de haber averiguado él, ¡por fin!, a qué sitio iban a parar los numerosos y manejables odres de aceite confiscados a las estraperlistas en su trajín diario en trenes y coches de línea comarcales. "Al Gobierno Civil", le indicó no se supo quién. Sin pensárselo dos veces, viajó a Alicante..., y, preguntando aquí y allá —no llevaba recomendación alguna, y qué atrevimiento—, se encontró en un amplio y profundo almacén y ante uno de sus

empleados, un hombre delgadísimo con un solo brazo. En cuanto éste supo de su pretensión de comprar pieles requisadas, se le quedó mirando unos instantes y, pudiendo arremeter con gritos contra el atrevido botero, se limitó a desmontarle el contenido de su atrevida pretensión: no se podía usar de aquellos envases para vendérselos nuevamente a las estraperlistas... y apoyar así su fraudulenta actividad. "¿Es que no lo comprende, señor mío?", le había reconvenido aquel melancólico empleado, que recitó de memoria cómo se afanaba el Régimen por impartir el pan y la justicia. Quizá replicara Al-Actar —y como disculpándose— que, en ese caso, aquellas pieles se iban a pudrir amontonadas allí dentro. "Pues eso es lo que ocurrirá", replicó el hombre. Y así quedó frustrada la ilusión del botero, que volvió enormemente contrariado de la capital.

—¡Y suerte has tenido de que no te hayan metido en la cárcel por tu atrevimiento! —le reprochaba nuestra madre, asustada por el descaro de su marido en aquel caso.

—Pues allí se perderán, podridas y sin usarse—repetía Al-Actar, evocando seguramente la ganancia que pudo haber obtenido con aquellas pieles del aceite. Aquel infructuoso desenlace quedaría casi indeleble en la mente del artesano.

—Y no te das cuenta de que podrías haberte podrido en la cárcel por tu atrevimiento, ¿verdad?).

Mientras Salomón desandaba sus pasos por las proximidades del arrabal, le pareció ver al pastor Algarba —¡cuánto tiempo sin saber de él!—bajando por el senderuelo que corría cuesta abajo y bordeando la sucia y maloliente base de la que fuera inexpugnable muralla medieval. Observó, ya algo apartado del río, que el pastor se acercaba a las mismas casas, desconchadas y tristes, que cerraban el arco familiar y luminoso de la bahía. "Otro con la cabeza a pájaros. ¡Hay que ver!", se dijo. Y sonreía a su manera, como reforzado en muchas de sus manías y actitudes de disparatado empecinamiento. Naturalmente, al Miau le faltaba saber aquello que, desde dos noches antes, rondaba por la cabeza del pastor, ¿un cabeza de chorlito? De ninguna manera podría saber de la aventura que protagonizó Selim la noche de los carros, cosa que aquel Algarba no conseguía olvidar, ni lo pretendía..., y mucho menos al evocar lo del resplandor del jinete. Sí, retembló entonces el suelo generoso de aquellas terrazas centenarias con la cabalgada magnífica de un caballero singular y de descollante figura. Aquel guerrero veloz atravesaba el paraje bajo la misteriosa población de las remotísimas y trémulas estrellas, y parecía, más que nada, un jinete con recado de victoria. Quizá era un noble implicado en la justicia para con los pobres y los olvidados, como si éstos hubieran invocado su resolutoria presencia en el lugar. ¿Un caballero romano, por ventura..., o quizá el conocido y admirado jinete que tan bien conocía él? Mientras viviera, el pastor Selim no podría olvidarse de tan extraña revelación..., sólo que, para su tristeza,

aquello no podía contárselo a nadie. En su modestia como humano, ni siquiera se atrevía a decirse que había visto cabalgar al Guerrero del Antifaz por aquellos lugares, y luego se sentiría conmocionado el día en que unas mujeres afirmaron haber visto cabalgar al cristiano enmascarado por el perfil rojizo de unos altos y resecos ribazos... A las mujeres, aquella su visión en el Torres les supuso un suceso alucinante pero sin vinculaciones superiores o más sutiles. Algo, en su caso, y pasadas unas semanas, sin mayores consecuencias... ¡Tanto era así, que se habían atrevido a contarlo! Se lo relataron a todo el barrio...

EL MUNICIPAL ZÉNETE, EN APUROS

Para mucha gente en la ciudad, el municipal Zénete no tenía la capacidad biológica de arrugarse ante nada, pero aquella mañana había observado a las mujeres vocingleras ante la iglesia y mientras se le había comunicado que el alcalde recababa su presencia en la Sala. Cuando, yendo para allá, se notaba seca la garganta y acelerado el pulso, aún le parecía poca aquella su tribulación. Se le había quedado grabado el alboroto de las hembras del arrabal ante la casa abadía, un guirigay aquel que pretendía que la iglesia permaneciera abierta de noche y de día. Tan caprichosas y reiterativas, las mujeres voceaban los vítores propios de un portento celestial, pues estaban ellas convencidas de que la santa patrona había dispuesto la nutricia aparición — en masa, aroma y consistencia— de abundante harina en portal de casa pobre. Portento tan munificiente pondría el producto —y por poco precio— a disposición de muchas familias necesitadas y, sobre todo, ante sus desnutridos enfermos. En aquel emotivo grupo de acción de gracias —inaplazable e irreductible por su naturaleza— aún no se conjeturaba cómo podría haberse convertido en disponible tan amable cantidad de harina. Algunas de las allí concentradas creían, incluso, que el producto podía desaparecer con sólo preguntarse ellas de dónde había salido, que eso ya era tener más miedo que esperanza. "¡Déjate de preguntas y come, dotora!", se recriminaban algunas entre sí.

Aquella cosa, la sofocante y engorrosa cosa del milagro —se decía Hamet—, tardaría en menguar, no se apagaría fácilmente. ¿Cosa fútil y fruto de la alienación pasajera de unas pocas mujeres? No, qué va, ni mucho menos. En cuanto al aspecto político —pensaba, y creía que acertadamente—, era peligroso intentar trivializar el asunto porque, de hacerse, se corría el riesgo de caer en comentarios o actitudes burlones... cuando la venerada patrona de la ciudad andaba de por medio. Pensaba, asimismo, si no habría habido manipuladores aventando en aquella parva quizá populista, apoyando y sosteniendo la frescura intensa de la algarada. Unas cuantas mujeres, muchas mujeres, irreflexivas o no, parecían entender que la miserable condición de sus familias era atendida mucho antes por la justicia celestial que por aquélla de los gobernantes. Y con mucha más generosidad y precisión. El cabo Zénete se creía obligado a sopesar con esmerado tino la desgarrada insistencia de sus voces, porque entusiasmo tan vibrante, sostenido y escenificado, podía circular dirigido y estimulado por... no se sabía quiénes. No tardaría en comprobar que,

aparte de unos cuantos falangistas llegados a la ciudad esa semana, los "camisas viejas" locales salían de su cómoda inercia y se pasaban por el ayuntamiento cada dos por tres. También ocurrió con alguna que otra pieza de la Sección Femenina. De modo que el ambiente se amenizó lo suyo con los "¡Arriba España!" de rigor y el atosigante saludo romano, consignas que tanto peligro anunciaban para algunas personas. Y ello aun creyendo que se tenía bien atadas a las facciones capaces de envenenar la supuesta placidez social del pueblo.

Convocado como estaba por su Jefe Local del Movimiento, que en trances comprometidos siempre aparecía flanqueado por camisas azules explícitas y los consabidos y correspondientes bigotes, el cabo Zénete temblaba respetuosamente al entrar en el edificio de las cuestionadas Casas Consistoriales. (Quizá entonces se le ocurriera establecer alguna relación entre la algarada de las mujeres y el ser llamado por el alcalde). El alguacil pregonero, un espécimen delgadísimo y casi espectral, subió con él hasta el Salón de Plenos, retirándose al minuto y también lamentando en su intimidad de chivato interino y correveidile rampante— no poder asistir a lo que era, necesariamente, reunión de grave emergencia. Sabía que desde el despacho del secretario, de permiso quince días entonces, no podría escuchar nada que fuera aprovechable, sólo algún grito que otro del alcalde: los edificios arcaicos, disponían de gruesas paredes y no de tabiques de tenderete... Por su parte, Hamet se estaría preguntando qué iba a pasar en aquel salón. ¿Habría alguno de los falangistas o gente del Sindicato Vertical que supiera de la relación entre Hamet y los asentadores del mercado? Como se ha dicho, éstos habían contactado con el municipal levantando ante su punto de mira la liebre de la ocultación de cierto producto básico, quizá un apabullante contingente de harina, quizá. Pero los tiros no fueron por ahí en aquella estancia, suntuosa en otros tiempos. Los que decidían en temas de abastecimientos —en nuestra ciudad como en la capital— estaban perplejos, confusos y muy nerviosos. Con seguridad, se estarían preguntando cómo era que había fallado la minuciosa coordinación establecida, y que consistiría en cargar, trasladar y ocultar las huellas de tan soberbio cargamento de harina. Una harina que, al fin y al cabo, llegaba a Alicante desde país extranjero y la recibía un aparato de control interesadamente permisivo y amañado: hoy por mí y mañana por ti. "Y a esos "rojos" ¡que los alimente Stalin, o el mismo Negrín con sus lentejas y el oro de Moscú!" Para la operación, se habría buscado a gente incondicional, los precisos de entre individuos vinculados a los gestores del fraude, acreedores suyos por ciertos favores concedidos. Era ése el mejor sistema de crearse fidelidades duraderas... y tal vez eficaces. Sin embargo, la que se estimó utilísima trama de connivencias, y expeditiva en las maniobras, había "pinchado" en su desarrollo y sin comprenderse cómo ni en qué punto de la cadena. Se habían despreciado los imponderables, ¡tan bien engrasada como había resultado estar la "maquinaria"

en muchas otras ocasiones! Solía suceder esto cuando los que dirigían trabajos de naturaleza inmoral, o fuera de la ley, se las daban de listos o ajenos al error por la especial condición de sus personas y, naturalmente, por la evidente asistencia providencial de que creían disponer en el ejercicio del mando y ordeno. Algunos se habían rodeado de esta clase de imbéciles con talante mesiánico, y con la fantasmagoría del yugo y las flechas como tilde de su pretendido carisma... Ahora, y si se destapaba aquel pastel, incluso podían rodar cabezas. Delegados gubernativos, algún alcalde o determinados protegidos suyos podían ilustrar la escabechina prevista. Y, además, ¿en qué momento sonaría el teléfono con las imperativas llamadas del Gobierno Civil...? Aun habiéndose disparado el caso, con la maldita harina en movimiento continuo y desestabilizador, el señor alcalde se estrujaba los sesos como si pudiera hacer retroceder el tiempo, aunque sólo fueran veinte días, tres semanas. Caería él y caerían unos cuantos industriales, si no se movían y pergeñaban de consuno la coartada unánime que les dejara limpiamente al margen del asunto.

Del cabo Hamet, el señor alcalde no obtuvo ni un solo indicio de los llamados premonitorios al respecto de lo que ya había estallado. (En su tribulación, y a pocas fechas antes de cesar en la jefatura —si bien él lo ignoraba—, se sentía como traicionado por quienes a su alrededor habían sido incapaces de captar señales indicadoras de lo que se avecinaba...). Admitió Hamet —y no debió admitirlo—, que la única mención a la harina del arrabal creyó habérsela escuchado a la **Maria Tula**, que le abordaba en la calle tartamudeando algo de cierta harina en la playa... o una playa toda de harina, de harina de pan, de mucho pan, etc. (El alcalde sabía de sobras hasta qué punto podía embrollar a uno el críptico y repetitivo lenguaje de aquella mendiga, y no emitió reproche alguno hacia el cabo). En el encuentro casual de la **Tula** con el municipal, su monográfico del «pan y pan y son ricos, muy ricos», la mujer lo llevaba sustituido ese día por el de «mucha harina, harina mucha en la playa, en la playa, mucha harina». Una pesada cantaleta que, sin duda, iba a brotar de su boca en días sucesivos, y mucho más al referirse aquella su letra a la base universal del pan. Y, claro, no importaba que la pedigüeña ignorara de qué iba la cosa y si la había provocado el bárbaro y exorbitante Alqamah. Desembarazado de ella sin averiguar nada, el cabo contó también que minutos antes se había topado con la ebullición coral de las mujeres ante el templo. Llegó a entender que suplicaban al señor cura que dejara abiertas las puertas de la iglesia... noche y día. ¿Con motivo de qué cosa? Su relato venía a decir que, por inescrutables y misteriosas razones —esto no lo dijo—, nadie había percibido señal alguna de lo que se aproximaba. La marginalidad en que se movía el grupo humano de la playa —abandonado asimismo por la sociedad local— no había permitido vislumbrar señal alguna de lo que ya parecía algo consumado. Pasó inadvertido —se sinceraba Zénete— cualquier indicio de lo que se cocía, lo mismo para él que para sus hom-

bres. Y tampoco alertaron los agentes oficiosos que, firme el ademán, remaban a favor del control de la ciudad, se decía el alcalde. La perturbación ya estaba allí —los reunidos no mencionaban lo angustioso del barullo, del rebumblo aquel —, que ya había emitido profundas y recias raíces. En la ciudad —dijo el municipal, y no debió decirlo—, todo el mundo hablaba de un milagro.

—¿Milagro? —gritaba el Jefe Local, compungido, y al tiempo que golpeaba la mesa con el puño. De un brinco, se había puesto de pie—. ¿Milagro dice usted, cabo?

—Alcalde... —El falangista que le flanqueaba por la izquierda quiso atenuar la crispación del primer gestor y había adelantado instintivamente una mano ante la señal de acorralado que su jefe compuso en tan convulsa situación.

—¡Déjame tú! ¿Qué quieres? ¡Suelta! —Le rechazaba el alcalde con un tirón brusco y zafándose de la pretendida pinza.

No replicó el hirsuto falangista, un tal Héctor, portador de aspa roja en la camisa. Prudentemente callado, se hizo a un lado y le imitó su simétrico de camisa azul, sin que el cabo hubiera parpadeado. En aquel punto, lo más importante para Zénete era que el asunto no le implicaba en nada. De entreverse esa posibilidad, las preguntas del alcalde y de los otros allí convocados ya le habrían puesto en aprietos, formuladas con resolución y directas al grano. Con lo de aquella harina, pues, y a aquellas alturas, Hamet sabía que la amenaza mayor era lo de las mujeres dentro y fuera del templo, y podía deducir mucho de lo que se cernía sobre la política local. Pero —se preguntaba—, ¿habría tenido él la voluntad de comunicar aquella complicación, caso de haberla visto venir y crecerla peligrosa?

EL PASTOR, EN EL ARRABAL

Aquel encontronazo se producía a la misma hora en que Selim se plantaba en casa del Alqamah. Allí se respiraba calma absoluta, sin vecinos cerca ni merodeos al estilo del Miau. Al pastor le dio la impresión de andar como sobre las cenizas de una procelosa hoguera ya extinta, vueltas las cosas a su ritmo de acumulado tedio vecinal. Al llamar con la mano, la puerta cedía un poco. Jaiffa, revuelta y bellamente somnolienta, asomó el rostro, y le espetó que Abdallah estaba durmiendo. Era la frialdad expeditiva de aquella hembra..., sobre todo cuando se olía alguna complicación. Pero desde el fondo de aquel cochambroso mechinal, de aquel cuartucho y su camastro, llegó el vozarrón del Persona declarando que no dormía. Al poco, los dos hombres estaban sentados cara a cara y desentendidos de la intensa atención que la hembra les prestaba... porque ella temía que la presencia del pastor desembocara en un incremento del peligro. Con muy pocas palabras, Abdallah contó al cabrerizo su tropiezo con el sitio de la harina y los pasos siguientes para bajarse a casa una parte de ella, y Selim le confesaba que había imaginado en qué punto de los descampados supuso que se había localizado la harina. A continuación les relataba —tenía muchas ganas de hacerlo— su desconcertante tropiezo con los carros que trasladaban dos cargas de harina, que dejarían en el trujal de los **Tula**. Tanto Abdallah como Jaiffa lo escucharon muy sorprendidos, y también maravillados por la curiosa y llamativa coincidencia que aquello suponía. La mujer no sabía si tranquilizarse o seguir alarmada por la «intrusión» del pastor en ello, así como por la confirmada extensión de la trama. (Selim no mencionó para nada al prodigioso jinete que entrevió cabalgando a través del olivar de aquella antiquísima tierra huertana). Les contó también su vuelta al lagar a plena luz del día. La información que daba era sugerente y tanto o más aventurera que la vivida por el clan Alqamah. Aparte de que creía conveniente que lo supieran, ¡y tanto!, quizá quería postular su implicación, tan directa, en todo aquel asunto. Porque era obvio que los sobrecargados carros procedían del lugar donde el Persona se tropezó con el contingente principal del producto... la misma noche.

—Quise llevarme un saco —admitía el pastor— valiéndome de la bicicleta; pero me di cuenta de que era una barbaridad, una cosa imposible...

Había estado muy cerca, siguió comentando, de complicarse la vida con esfuerzo tan disparatado e infantil. De ahí que tratara de conformarse con la satisfacción

—que no era poca, ciertamente— de lo que estaba pasando. (En eso, el pastor fue muy claro y directo, pero quizá necesitaba que el Alqamah le consolara diciéndole que había hecho bien con desistir. No tenía uno que crearse su propio ovillo...). Estaban ante un memorable chanchullo que, como él pastor había comprobado dos días antes en la ciudad, ya se comentaba por doquier y con resoluto entusiasmo. Parecía que se anunciara la posibilidad de desenmascarar a ciertos tipos sin escrúpulos. «Fracasaron en la primera maniobra», apuntó el pastor, «y luego han seguido metiendo la pata, por lo que se ha visto. Para mí —añadió—, esto es como un premio para nosotros». Abdallah estuvo de acuerdo en la apreciación del pastor, y así se lo dijo. En aquellos instantes, Jaiffa ya respiraba más tranquila... porque veía cómo se alejaba la nueva complicación que podía suponer la entrada de Selim en el asunto. La prudencia del pastor, sin embargo, no corría paralela a la protagonizada en la fábula por la zorra ante las uvas que no pudo alcanzar. Había recapacitado con adecuado comedimiento. Debía considerarse galardonado por haberse descubierto y posiblemente abortado un fraude criminal a cargo de gentuza cuya fisonomía ya parecía estar en la mente de muchos. Aunque descubierta la maniobra casualmente, era una victoria que el suceso fuera aireado y profusamente comentado en público. Y no parecía que fuera a quedar impune, pues, como el mismo objeto material de aquel fraude, la noticia ya se había expandido lo bastante y no se iba a borrar sin consecuencias graves para los confabulados. Dos hambres distintas se daban cita en semejante situación, pero ciertos espíritus anteponían a la de pan el gozo de haber comprobado cómo la justicia, divina o humana, se ponía del lado de los pobres. Aunque sólo fuera por una vez.

Después de aquellas sosegadas consideraciones, no se despidieron sin ya haberse puesto de acuerdo para escenificar de consuno el encuentro con la harina en el caso de que tuvieran que declarar. En aquel asunto, habría que remachar debidamente el carácter de milagro del descubrimiento, sin echarse atrás: la harina estuvo depositada como en lugar sagrado por el destino que le habían dado los poderes sobrenaturales, fueran las que fueran las palabras o expresiones que se usaran... Se creyera o no en la intervención celestial, el hecho de creer en eso no tenía por qué ocultarse. Y era muy difícil, pero que muy difícil, que a alguien se le ocurriera ponerse a dudar —y públicamente— de la milagrosa intervención de la venerada patrona de la ciudad... Tampoco se iban a questionar los medios humanos concitados para hacer tangible el portento. Después de tan satisfactoria y provechosa conversación, Selim tuvo que aceptar unos cuantos y generosos puñados de harina, aunque mucho se hizo de rogar para aceptarla. Unos días después de aquel encuentro con el Alqamah y Jaiffa, el pastor tornaría al arrabal para devolver a la pareja aquel regalo... Y con alborozada prodigalidad. Siempre podía decirles, aunque no fuera cierto —y eso ¿qué importaba?— que aquella misma noche había vuelto al lagar y cargado en la bicicleta el saco que tenía escondido entre el cañaveral de la

acequia. Otra cosa, la gozosa verdad, no se atreviría a confesarla, ignorante de que el Alqamah se había comportado con él de igual modo.

* * *

La **Maria Tula** —la **Marieta pa i vi** en la parla vernácula, y por el nomenclátor local— ya no podría integrarse en la historia local por vinculación callejera al milagroso advenimiento de la fúlgida y perfumada harina. Irónicamente, el descubrimiento y su vibrante divulgación se desarrolló sin haber ella contribuido en nada, lo cual resultó ser como una procaz ironía del destino. Nadie hubiera creído eso, tan asumida como tenía todo el mundo su presencia diaria en callejeos redundantes, abordando a los vecinos con su lema del pan poseído por otros —¿qué determinados otros podrían ser ésos?—, incombustible y perseverante la **Maria**. Flaca, desgreñada sin malicia y apaciblemente constante en los portales de casas más bien distinguidas, ella continuó tan perdida y ajena como siempre, simplemente en su mecánica de pedigüeña sin ira y a veces más que pasiva o turbada. Carecía de la capacidad de decir más allá de cuatro o cinco palabras que no fueran siempre las mismas. Eso lo hacía con gestos retraídos y como simiescos, siempre de guardia ante algunas puertas con aquella su inane constancia. Parecía que algo le había revelado que ésa era su misión, y la cumplía. Su consabida presencia la hacía casi invisible, integrándola en la familia de elementos que constituían los materiales y formas de los edificios y las calles que frecuentaba. Pero eso en aquella María no suponía perder el tiempo, en el supuesto de que fuera capaz de captar ese concepto. En ella sólo era inteligible su obsesivo texto petitorio, reduciéndose su gestualidad a la exposición de la mano derecha ante la persona de la que esperaba una limosna. Y aquello que esperaba recibir, al parecer, era el clásico mendrugo de pan, aunque a veces el premio podía ser una naranja o alguna otra pieza de fruta.

En llegando a los soportales, a veces de puertas simplemente entornadas y en penumbra el zaguán, ella se apostaba en el vano. Allí parecía auscultar los rumores y sonidos domésticos, y por ellos intuía lo adecuado del momento para su repetitiva letanía del pan y más pan... que otros poseían. (Parecía imaginarse que unos tenían muchísimo (pan) y otros no tenían nada o muy poco, y ese enunciado casi la preocupaba más que el hecho mismo que lo ocasionaba...). Otras veces hacía lo contrario, no despegaba los labios. Se limitaba a permanecer pacientemente apoyada contra la pared inmediata al portal elegido porque comprendía, tal vez, que, siendo casi la hora de la siesta de algunos —y cuando se resumen las sobras de la comida del mediodía—, lo mejor era molestar lo mínimo... Si la caridad asomaba por la abertura y depositaba el mendrugo de pan o la pequeña y amarillenta naranja, su cantinela de gratitud entonces se reducía a un simple rumor, sin la repetida revelación suya de que algunos disponían de pan, de mucho pan, y que eran ricos,

muy ricos. Tampoco en aquella tesitura invocaba la excelencia que para ella tenía el vino, según su consigna de **pa i vi**. Dependiendo de ante quién estuviera y a qué hora, aplicaba una fórmula u otra de su repertorio de dos. Aquello de alabar al vino y sumado obsesivamente este nombre al del pan y pan, solamente lo usaba con los humanos que ella sentía más próximos a su pobreza. Era como un gesto de solidaridad. A los del Guerrero del Antifaz nos parecía que su cantinela hablaba de abundancias regateadas indebidamente a los pobres de solemnidad, y también a los numerosos caminantes —entecos y andrajosos la mayoría— que mendigaban diariamente, y sobre todo, ante las casas de la calle principal. Gente desconocida y errante estos seres, de cuerpos consumidos y enjutos, su lamentable presencia se intensificaba con la triste, sucia y desgarrada ropa que vestían. La mujer aquella los observaba paralizada. Los escrutaba con miedo por desconocidos, apretado el desastrado capazo contra su axila, estática ella y pegada a las paredes o a los quicios de las puertas, quizá contra las rejas de los edificios distinguidos. ¿Qué pensaría la María **Tula** de tan espectrales caminantes? Parecía verlos como humanos dignos de su lástima, y los observaba como a entes misteriosos y no previstos... Aquellas personas (¡) persistían milagrosamente de pie, barbudos, descuidados y...vencidos. Vencidos, sobre todo. Eran supervivientes —tal vez ya excarcelados algunos— que rodaban por pueblos y ciudades procurando volver, terminada la guerra, a su lugar de origen o a un ámbito familiar remoto... La **Tula** no les quitaba ojo de encima..., y seguramente sin comprender la razón de su existencia. A nosotros, y al respecto, nos ocurría casi lo mismo. Con ser aquel goteo de mendigos el pan nuestro de cada día, quizá ya pensáramos que aquello formaba parte del paisaje urbano. ¡El pan nuestro de cada día! ¡Qué grave ironía en el lenguaje coloquial, y tan vinculado a teorías y teorías sin apenas noticia de los hechos salvadores y tangibles!

DE YASID MOSLEM A MAGUM EL OGRO, UN SUPONER...

«Máscara Blanca» y «Falsa Profecía», nada menos. Éstas eran dos aventuras del Guerrero del Antifaz y Fernando en el almanaque navideño del año 1951, y, como en otros lances externos al cuaderno semanal —a veces, quincenal—, nos dejaban en estimulante suspenso, como al acecho y pensativos. Tratándose de aventuras desgajadas de la serie, e imprevisibles —además de extrañas—, podían sugerirnos secretas zonas del acervo heroico del enmascarado y el muchacho. ¿Cuántas aventuras más de aquella naturaleza quedarían por airear? ¿Cuántas y de qué tipo, circunstancia y lugar o lugares? Pero la sorprendente novedad también nos captaba, seguramente porque a Gago se lo permitíamos todo y más. En "Máscara Blanca", la acción discurría "en los confines del reino de Yasid Moslem", y el individuo Máscara asediaba aldeas, robaba, mataba, incendiaba y secuestraba secundado por sus malvados seguidores. El Guerrero y Fernando no andaban lejos de esos lugares de rapiña y asesinato, de modo que, llegados al palacio del consternado Moslem, presencian la súplica lastimera de un anciano a quien le han secuestrado la hija los bandidos de ése Máscara. Se brindan nuestros amigos a luchar contra aquella gentuza, lo cual intensifica la amistad con el tal Moslem. Sin embargo, unas viñetas más adelante, nos topábamos con una novedad tan trapacera como ruin: ¡Máscara Blanca era el mismo Moslem! Encubría sus desmanes —leíamos, atontados— bajo otra personalidad para evitar que se fraguara contra él una rebelión por su condición de tirano. Una vez que el Guerrero del Antifaz y Fernando descubrían su identidad y vencían y castigaban a los burdos facinerosos, los ancianos de palacio mostraban su gratitud al Guerrero.

"— Alá te premie lo que has hecho por nuestro reino".

Y fin.

En "Falsa Profecía", una bruja vieja conseguía que el enmascarado aceptara que ésta le leyera el futuro en la palma de la mano. El Guerrero condescendía después de asegurarle que él, por su condición de cristiano, no creía en semejantes cosas. La mujer, sin que lo supiéramos, tenía la misión de "leer" en aquella poderosa mano una cosa grave: el Guerrero saldría derrotado si se enfrentaba a un tipo moro al que llamaban en la región "Turbante Negro". Se trataba de atemorizar al enmascarado y de que no pudiera vencer al dichoso "Turbante"... por desistir de luchar con él.

Obviamente —nos decíamos festivamente, aquella pareja no conocía bien al Guerrero, se les escapaba su bravura e incluso su temeridad. "No vayas, hijo mío —le advertía la bruja con fingido desgarro—, la muerte es muy negra, muy amarga". El Guerrero y Fernando desoían aquel aviso, y marchaban hacia el lugar estipulado para el consensuado combate. Por un sendero distinto, "Turbante Negro" —¡una máscara blanca y un turbante negro!— se presentaba en la choza de la bruja lectora del porvenir, la cual le aseguraba que el Guerrero, gravemente afectado, había sentido miedo —¡bueno, vaya mentira!— ante la premonición de la mujer... y había desandado su camino para no tener que luchar. Aquello era mentira, y quien más iba a perder no sería el Guerrero. Éste se presentaba en el acordado calvero del bosquecillo, luchaba con el cobarde del turbante... y le vencía irremisiblemente, claro. Luego, el enmascarado y Fernando volvían a pasar por la cabaña de la brujería, y aquella vieja, asustadísima y muy nerviosa, recibía el reproche que se merecía... O casi. Y fin otra vez.

"Máscara Blanca", "Turbante Negro", "La Loca de la Montaña", "El Pirata Tártaro"... eran historias que podían aparecer —y aparecían— en los almanaques de aquella bonita época del año. Se trataba de una añadidura aventurera que existía aparte, descolgada de la serie y en geografía no prevista, y con personajes remotos e impensables. La perplejidad que nos aportaba podía crecer, porque ¿cuántas más de ellas podían existir, en qué consistían y cuándo se nos serían reveladas? La situación corría pareja con la de los cromos coleccionables en álbum aventurero del Guerrero. Exactamente. No obstante, y acomodados nosotros en el paréntesis del cariño y la familiaridad extraordinarios de las querencias navideñas, dejábamos los partidos de fútbol de botones, el fútbol tumultuoso en algunos campos de agricultura residual —arbóreas más que nada— y otras prácticas más o menos perseguidas y reprochables por nuestros mayores y algunos de los añadidos. Y volvía el firme propósito de que nuestro belén dispusiera de un río de ligerita y transparente agua fluyendo y fluyendo..., y no de papel de estaño procedente del escasísimo y quimérico "chocolate de uvas a peras". Un chocolate, dígase de paso, que igual andaba sibilinamente adulterado con productos inconfesables, aparte la aceptada recurrencia a las molturadas algarrobas, que esto se debía a la escasez y no a la desvergüenza de ciertos ejemplares del ser humano.

¿Un riachuelo con pececillos, además? La voluntad de organizar el "nacimiento" nos ilusionaba mucho, porque también era ejercicio creativo: escenificar un espacio bíblico y diseñar valles, montañas, caseríos y tierras de labor, con la imprescindible y cinematográfica presencia oriental de las palmeras en la cercanía del famoso castillo de Herodes. (En casa no teníamos más castillo o palacio que la visión aquella del Campana). Bueno, también escenificaríamos el ganado de Selim, pastoreado por él mismo y con el perro Nandi cerquita. Habría, posiblemente, un

trigal, y las dos o tres lavanderas nocturnas, y el ángel mensajero revoloteando por aquel ámbito de casitas y enterándose de todo. Y no iba a faltar el consuetudinario y humilde personal de siempre, fiel a la cita y recreado por las manos de un modesto artista de arcilla pobre. Aquello suponía que organizábamos un mundo apacible y misteriosamente atractivo, el lugar doméstico donde incidían nuestras miradas, como las de los demás, fuera el día que fuera y a cualquier hora... En nuestra casa, y con los gatos curioseando por todas partes —alerta siempre, olisqueándolo todo con profundidad casi científica—, nada tenía de extraño pillar a la sorprendida "Boba" observando minuciosamente aquel ameno y sobrevenido panorama. Y, claro, alguna que otra vez nos la encontrábamos en medio del bíblico paraje.

—¡Pero...! ¡Baja de ahí enseguida! ¡Vas a derribarlo todo! ¡Será posible!

Desde la mesa de mármol del comedor, usado muy de tarde en tarde, había saltado a Galilea y se la podía descubrir haciendo equilibrios entre el que labraba de noche y las lavanderas, a medio centímetro del puente sobre el papel de estaño fluvial, prisionera evidente de su curiosidad. Pero, efectivamente, no había rozado a nadie, nadie había caído o perdido su rol, aunque entonces venía lo más complicado para ella: ¿cómo retroceder para salirse de aquel berenjenal y sin provocar un estropicio? Alguna vez, paralizada en su arriesgada incursión, y claramente cohibida, todavía tenía ánimos para meter el hocico en el portal del pesebre y tratar de averiguar, al parecer, qué hacían allí aquellos tres y en compañía de una filosófica vaca y también de un mulo. Después parecía admitir que necesitaba ayuda para abandonar tan insólito lugar. Se la tomaba con ambas manos y, en volandas y con mucha precaución, se la depositaba en el suelo... Por extraño que nos pareciera, aquella su intrigada incursión podía repetirse. ¡Y menos mal que su siempre desconcertada y dinámica prole aún no podía subirse a la atalaya de la gélida mesa de mármol, de un rosa veteado!

—¿Qué diablos hace ahí el Guerrero?

Semejante figura en cartulina, brillante la dispuesta espada y férreamente sostenido el escudo, mostraba al enmascarado en explícita disposición de ataque en medio del arenal, muy cerca de la palmera y de un pequeño hato de ovejas. El Guerrero del Antifaz superaba en mucho la altura de ésta, y sus hombros quedaban casi al nivel de las propias estrellas de papel del nacimiento.

—Está ahí por si se presentan los romanos de Herodes con el propósito de matar al niño Jesús...

—¡Pues vaya ocurrencia!

CON LOS OTROS TEBEOS

El contacto con otra clase de tebeos se producía cuando alguna que otra familia coterránea nuestra volvía a la localidad desde ciudades del Sur peninsular, algunas veces para quedarse definitivamente entre nosotros. El cabeza de familia había tenido que laborar unos cuantos años— cinco, tal vez diez o doce— en Algeciras o Málaga... por su vinculación a determinados barcos pesqueros o industrias cuyos dueños tenían sus raíces en nuestra ciudad. Si trabábamos contacto con aquellos sus hijos, de más o menos edad que la nuestra, podía ser que se dieran los sabrosos intercambios de tebeos. De esa manera, y por añadidura, ya tomábamos conciencia de otros personajes aventureros, especialmente insospechados. Por nuestras manos pasaban los titulados "Aventura en el Mar de Java", "La Novia Embotellada" o "El Mandarín Chao-Kung", que ésos —y como excepción— eran de Roberto Alcázar y Pedrín. Había otro de "Yuki el Temerario" titulado "La Astucia de Agua Plateada", que era todo de pieles rojas, muy bonita la chica y razonablemente autoritaria, sin que faltasen hombres de la Policía Montada del Canadá. (De estos elegantes e impolutos agentes había colección de cromos que algunos seguíamos al tiempo que nuestras indolentes huchas de arcilla cocida se sentían locamente zarandeadas antes de recurrirse al cuchillo de cocina con que manipular en su abertura para extraer las patéticas monedas de diez céntimos. Con esa práctica, que fervientemente deseábamos quedara aplazada (¡), obteníamos el dinero para comprar el sobre de los sugestivos cromos. El color de éstos era de avinagrado azul, como los tenebrosos de la serie de Fu-Manchú, pobreza cromática muy acorde con cuantos sucedáneos se relacionaba la gente, sin contar los de índole política. Porque, ¿con qué tipo de goma de pegar los instalábamos en el álbum correspondiente? Si el famoso "Pegamín" —la marca comercial que pronto daría nombre al todo— resultaba caro para nuestros bolsillos, nos las apañábamos con la voluntariosa y a veces posible gacha de harina, que, una vez perdida su humedad, quedaba muy consistente. El olor de esa gacha ya seca en el dorso de los cromos reaparecía cada vez que hojeábamos el álbum, y ésa sería en el futuro una vinculación más a los tiempos de nuestra infancia y adolescencia, habida cuenta de la capacidad que los olores tienen de devolvernos a ciertas escenas de nuestro pasado).

En el tebeo —te veo, tebeo— de la reina Agua Plateada, verdadera beldad innecesaria entre osos enormes, tramperos, policías y pieles rojas "chinooks" y de otras peregrinas tribus, percibíamos la proximidad de Roberto Alcázar y de "El Pequeño Luchador", aun no deseándolo. La contraportada de Editorial Valenciana ofrecía a los seguidores del temerario Yuki un nuevo estímulo. Confidencial ella con el lector, le comunicaba lo siguiente: "Atendiendo las numerosas peticiones de nuestros lectores, las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín se publican semanalmente. Podréis adquirir una nueva e interesante aventura de vuestros predilectos (...) cada semana". No paraba aquí la cosa: en la columna de la izquierda figuraba "El Pequeño Luchador" a caballo, como "audaz y valeroso protagonista de las más extraordinarias luchas contra los pieles rojas (...) viviendo gestas de arrojo y valentía jamás superadas". Roberto Alcázar y Pedrín, el Guerrero del Antifaz y otros tebeos no podían salir cada siete días, sino cada dos semanas, de modo que no supusieran fuerte competencia para el semanal adoctrinamiento religioso y político de "Flechas y Pelayos" —que se pretendían siempre vencedores— y otras propagandas doctrinarias del Régimen. Sobre aquel extremo se daba otra versión, y que consistía en afirmar la pobre existencia de papel en la piel de toro, que era España. ¿Se habría superado esa escasez de celulosa para el dúo de Roberto y Pedrín? Fuera la que fuera la razón de la nueva frecuencia editora, a nosotros nos gustaba tener el número cada viernes, que así sería menor la tediosa angustia y tensión que nos infligía una viñeta final en la que un formidable enemigo del Guerrero sostenía su espada en el aire sobre la abatida cabeza del héroe. La querida Editorial Valenciana, factoría de muchos de nuestros sueños y entusiasmos, se refería al asunto de la discontinuidad como si se tratara de una frecuencia que ella misma había decidido... Podía ser que resultara peligroso emitir incluso una de las denominadas quejas razonables.

Algunos años más tarde, trece o catorce, nuestros héroes —el Guerrero, sus aliados y camaradas— se presentaban o aparecían desarmados en los dibujos y luchando siempre a puñetazos y patadas contra los también desarmados enemigos suyos. La política gubernamental había censurado espadas y puñales, flechas y ballestas... por aquello de relacionarse mejor, digamos, con el mundo musulmán. En años de reciente posguerra, todavía en la memoria de muchos españoles las salvajadas sangrientas de los **tabores** de regulares, en los tebeos no se suprimió la sangre vencida de los moros, aunque aquel «desarme» que nos confundíría años después se atribuía a la necesidad didáctica de preservar a los niños de la violencia que figuraba en muchas viñetas... Roberto Alcázar y Pedrín se salvaban... porque las lesiones del «frasco, Carrasco» contra los moros ocasionales no derramaban sangre alguna. Sólo atontaban un poco más al adversario. Aquello podía traer a colación un pasaje de los «Discursos contra Catilina», a saber: ...»**rettudimus gladios destrictos in rem publicam eiecimusque mucrones eorum a vestris iugulis**».

—¿Y eso significa alguna cosa?

—Significa lo que dijo el filósofo: «...hemos embotado las espadas desenvainadas (...) y hemos apartado las puntas de vuestras gargantas». Los **mucrones** eran las puntas.

—No me lo creo.

—¿Qué es lo que usted no cree, mi querido amigo?

—¿Yo...? Lo que no me creo es eso de las puntas...

—¡Vaya! Pues lo dijo Marco Tulio Cicerón!

—¿Y en qué película? Seguro que sería en una de romanos...

(Una de romanos, una de indios, una del Oeste, una de tantas...).

* * *

(Hasta entonces, qué cosas, nunca habíamos sabido nada de aquellos tebeos del niño en su exclusión del Sur, y mucho más ajeno a ellos tendría que andar el Tita-tita, tan preventivamente aislado en su chalé). No me gustaba apelar a la gente por el apodo o sobrenombre. No apoyaba yo los grotescos, y me irritaba cuando, queriendo citar por el nombre o cognombre, no los recordaba. Manolo, pues, tan excluido de aquella vida aventurera que los chicos llevábamos en la localidad y sus remotísimas barriadas —que así las veíamos nosotros—, ni siquiera tendría noción de tebeos, digamos, marginales..., aquellos que nunca triunfaron. Descolgado, por imperativos de clase social, de las pandillas —incluidas las de la vecindad—, muchísimas veces escucharía nuestro espeluznante griterío de guerra o el de los alocados partidos de fútbol de ocho o nueve jugadores por bando, puesto que aquel solar ante su vivienda era reducido. Bajaba por allí la acequia del riego, había una balsa y también un abundoso y compacto olivo. Sobre la balsa, y de un lado a otro de sus paredes laterales más largas, se extendían cuatro arcos de hierro que las comunicaban, seguramente para una aplazada cubierta de ladrillo y mortero... que no llegamos a ver realizada. Aprovechábamos esos arcos para equilibrios circenses atravesando el pretendido aljibe por encima, paso a paso sobre sus combados hierros, además de con los brazos en cruz para equilibrar el movimiento. Hubo uno que, metido en esa habilidad, fue derribado de un balonazo perdido una de aquellas apabullantes tardes. Sin duda, aquel bienintencionado y futuro aljibe sería un recipiente muy adecuado para almacenar agua de la mentada acequia, que, además, llegaba a maizales soberbios de tablas y terrazas de más abajo y en dirección al mar... Comunicado por la derecha con la cercana y fantástica puerta mora que daba paso al suntuoso Campana, las aguas recogidas en aquel pequeño embalse irrigarían el profuso sistema arbóreo y ornamental de la finca....

Manolo el Tit..., desde las ventanas de su distinguida vivienda, o por alguna abertura de las a esas horas entornadas ventanas, tendría que sufrir, resignado, las estruendosas algaradas que allí afuera teníamos organizadas en un mar de exagerados sudores. Enclaustrado, convenientemente aislado de aquel nuestro mundo de luchas, competiciones y bravatas, permanecía triste y solo en su jaula de oro, y creo yo que algunas veces fui a estar con él no sólo por los atractivos tebeos y otras cosas carísimas que le acompañaban en su enfermiza soledad. Disponía yo aún de muchísimas libertades, igual que mis camaradas, y aquel Manolo en su perpetua reclusión, supuestamente antiséptica, permanecía apartado de algo de lo que su familia se imaginaba que le podía contagiar. ¿Temerían tan bellas mujeres —de siseante conversación y delicados modales— a la plaga de los piojos? ¿Cómo sabían que yo no era portador? La gente estaba al día en ese asunto, que podía repetirse de vez en cuando en las escuelas... Pero Manolo disponía de un profesor particular.

En favor de aquel amigo, que era antítesis física e intelectual del abrupto Alejo —sin mal nombre constatado—, trabajaba la inconstancia natural de los muchachos que jugábamos entonces en el reducido solar de la balsa y del pino gigante y ampuloso... porque, pocos días después de la cresta lúdica y de armada confrontación, el antiguo bancal de la balsa estaba desierto y así estaría a lo largo de muchas horas, al parecer. ¿Dónde habría ido a parar la chiquillería... y por qué razón? Sin conjetura disponible sobre las causas de la fulminante desaparición del acribillado lugar, aquellos momentáneos guerreros del antifaz, aquellos "tres kir y fernando" habían cambiado de sitio y, como siempre, lo habían hecho sin las féminas de rigor, que eran forzosamente "ana maría, zoraida, sarita o la mujer pirata", tan bellas todas ellas... pero creadoras eficacísimas de problemas tremendos. En ese solar reinaban esos días el orden y el silencio, la calma y el sosiego más insospechados... y triste a la postre. El hormiguero se había despoblado. ¿Pensaría su vecindario que allí iba a ocurrir algo fuera de lo normal? No. Sólo era, y una vez más, que los grupos se comportaban, inexplicablemente, como el banco o cardumen, que, de improviso, se orienta colectivamente para cambiar instantáneamente de lugar y dirección.

—Será que han vuelto al refugio de los Kir...

—Así es mejor, bastante mejor —aprobaba la abuela del Tita deslizándose por las frescas estancias de la casa, horra completamente de relación humana ajena a sus hijas y nieto, pues pocas veces en una semana cambiaba un par de palabras con alguien de fuera, sólo con la lechera que recorría, pulquérrima y seria, muchos de los portales de las calles más altas de la ciudad. O con la mujer del pan, cargada con repletos capazos de palma, uno de ellos sobre la cabeza en equilibrio imperturbable... y sin usar del rodete...

Estábamos, cómo no, en el refugio, en la larga y húmeda galería madre, a salvo de miradas fiscalizadoras de elementos de otras tribus, y seguramente porque, de

vuelta de ciertos dibujos del África imprevisible, del África peligrosa y palmeral, y en números recientes, habíamos sentido la nostalgia de aquella cueva donde Osmín, Shantal y Soleimán tenían su guarida para defenderse de y operar contra el tirano Harúm, aquel Harúm eliminado por el Guerrero tras asesinar el moro al Conde de Roca. La bien disimulada y acogedora gruta del tebeo estaba situada en terreno accidentado, muy rocoso y entre barrancadas y crestas de notable anfractuosidad. A ello se sumaban las prietas formaciones boscosas, y todo constituía una especie de bastión bien defendido. Al descubrirla de la mano de Manuel Gago, se nos antojó sobrecogedora, imaginada su amplia cavidad ahíta de alimañas y demás reptiles. Sin embargo, vista con detenimiento y sabido que era el hogar de aquellos hercúleos y nobles hermanos moros, dejó de parecernos lugar peligroso y repelente. En el nuestro ya habíamos pasado la primera aversión a visitar y recorrer su galería principal y las derivadas de ella, y las disfrutábamos lúdicamente con intensidad, además de ser escondite que nos convertía en ausentes. Aquel escenario era atractivo porque en él se podían imitar secuencias cinematográficas de aventura y misterio, y porque, como añadidura brillante y prometedora, había recibido por entonces el incremento de una deslumbrante novedad en su interior. Habíamos descubierto que el final de la galería grande se topaba nada menos que ¡con el patio del grupo escolar de nuestra primera enseñanza! Y no sólo eso: también desde aquel extremo último —que facilitaría un escondite salvador a los escolares cuando los bombardeos franquistas— podíamos sentir la perfumada cercanía del chocolate de la fábrica vecina. ¡Qué locura de novedades! La posibilidad de saber sin que se supiera que sabíamos, y de ver sin ser vistos escudriñando, eran ventajas muy generosas.

De aquellos dos descubrimientos —de uno, principalmente—, deducía yo la poca información que nos daban los mayores, a no ser —algo remotamente probable— que ellos mismos ignorasen la existencia allí cerca de aquel refugio antiaéreo y su conexión intencionada con el edificio escolar. Los mayores, y con razón más que suficiente, pretendían olvidar todo lo relativo a la guerra civil, olvidarse de aquella miserable historia de sangre, venganzas y juicios sumarísimos al terminarse y mandar Franco en España. Había resultado ser falso que el Régimen perdonara la vida a quienes demostraran no tener las manos manchadas de sangre. Fue una felonía más el hacer aquel anuncio..., que no era sino la propaganda de la pretendida piedad de aquel fascista, y cara a las potencias democráticas del mundo. (Uno de los diversos ingenuos que se creyeron la misericordia que pregonaba Franco sería el anarquista aquel que se llevó secuestrado el tren de nuestra estación. Después de siete años en Francia y con un buen trabajo en los inmensos talleres ferroviarios de determinada zona industrial, alguien le aconsejó volver a España y habida cuenta de la intensísima nostalgia que sentía por su tierra natal. Otros lo habían hecho, al parecer, aunque con buenos padrinos que les avalaron). Seguía siendo imposi-

ble que determinadas personas respiraran sin sobresaltos, afectadas como estaban por insomnios destructores..., porque los del bando vencedor y sus adheridos, ubicuos y vesánicos muchos de ellos, seguían acusando con sus miradas, gestos y premonitorias advertencias —a veces muy explícitas— a personas vinculadas al pensamiento progresista. Proseguían las denuncias de conveniencia contra los que lucharon al lado de la República, ya sabido y más que comprobado que no eran necesarias pruebas irrefutables para detenciones, represalias o condenas... Y, en cuanto a depuración de funcionarios, hubo muchos maestros de escuela apartados del Magisterio... mientras que los declarados fieles al Caudillo navegaban con el viento a favor, incólumes por filiación y por colaborar con el Régimen. Algunos de ellos no se privaron de acorralar a otros que, por credo político o circunstancias, lucharon en zona republicana. "¿Y por qué no desertó usted?", preguntaban los comisarios de la depuración al estrechar el cerco a los tachados de antifascistas. Estas cosas eran comentario corriente en boca de Selim cuando se explayaba —en voz baja, desde luego— contra la delirante y pérfida pandilla de los aprovechados que entonces detentaban el poder local o se movían cerca del mismo. Aquello, toda aquella ramificación o hiedra de la venganza, si a unos les suponía un temor latente, a otros les creaba un cansancio infinito, el miedo interminable frente a lo consabido, que acuciaba a los señalados y ante cuyas narices se bailaban a veces infames chirigotas con aire de advertencia. En ciertas cárceles franquistas, mientras algunos se morían simplemente de hambre, de asco o de cualquier enfermedad desatendida, había gente que buscaba el suicidio por todos los medios para escapar de las torturas y continuas humillaciones. Pero aún así, quizá no había en España nada comparable en crueldad sistemática a la que se aplicó en la Unión Soviética a más de veinte millones de los llamados disidentes y a manos del propio Kremlin. Según el libro "Vida y muerte en la U.R.S.S., de Valentín González "El Campesino", y en el capítulo referido al trágico destino de los refugiados españoles en aquel país, Salomón podía leer lo siguiente: "El Kremlin se decidió a intervenir en la guerra civil española a los dos meses de empezada. Perseguía con ello un juego político internacional bien determinado y, al mismo tiempo, quería ensayar en España su táctica política, militar y policíaca del golpe de Estado, así como sus hombres y sus armas (...) allí se ensayaron sus principales jefes militares, los Malinovsky, los Berling, los Rokossovsky, así como sus principales agentes políticos y policíacos: los Togliatti, los Marty, los Gerö (...) Pero al pueblo español tenía que costarle un altísimo precio de sangre, en sufrimientos y en oro". El propio autor de alegato tan sobrecogedor había conseguido escapar tres veces de aquella U.R.S.S. después de haber sufrido controles y torturas difíciles de concebir entre humanos. Y, lejos ya de aquel infierno inimaginable, no dejaba títere con cabeza con aquella su terrible radiografía del imperialismo soviético.

* * *

El incansable, pulcro y eficiente maestro botero echaba de menos por aquellos días al cabrerizo Selim. Y le venía a la cabeza el cómputo de fechas por el que se regía el pastor en su relación con el juzgado. Si no se le veía el pelo por el obrador —pensaba el artesano, puntada a puntada sobre el cuero—, ¿cómo podría él averiguar los detalles reveladores de la comentada trama de la harina? ¡Le hubiera gustado tanto conocerlos! Del tal asunto se rumoreaba que era una estafa turbulenta a los pobres, a los más necesitados de la localidad. Y el pastor —¡menudo era el pastor en averiguaciones y veredictos!— tenía que saber con seguridad de todo aquello. (¡Ahí era nada el poder señalar a los mandamases como presuntos socios de un robo a la colectividad! Aquello podía suponer, además, el desahogo que venían necesitando algunos antes de reventar o de ahogarse en aquel profundo pozo de basura). En la batería de talleres y garajes donde radicaba nuestro taller no se oía ni una palabra del asunto, y deducíamos si no sería porque en el mecánico casi siempre había, para su reparación, un camión, camioneta u otro vehículo de transporte de las industrias locales, y, por supuesto, de la chocolatera. Abrir el pico allí comentando el endiablado asunto sería una temeridad, y más si se preguntaba a cualquier empleado de aquellas industrias si sabía algo del chanchullo de la harina oculta... por todas partes. Pero, aunque ningún jefe industrial hubiera impuesto silencio a sus asalariados sobre el tema —hacerlo supondría admitir la confirmación del robo—, éstos tenían instinto político bastante —no era más que miedo— como para enmudecer ante líos como aquél y ya tan divulgado. Si un jefe suyo salía implicado en el fraude, para algo estaban los jueces, decían algunos. Por lo tanto, mutis. (Años más tarde, tres o cuatro, el alcalde franquista de entonces tuvo que firmar —le gustara o no— un certificado de buena conducta al individuo que, por la ocultación de la mentada harina, había estado en prisión ese tiempo en un penal del Sur de la península. A su vuelta de allá, los comentarios callejeros ya se daban con cierto descaro..., y no se recataban al tildar públicamente de "chorizo" al industrial que, por convenio con los restantes elementos de la trama, se había declarado culpable del susodicho robo en interrogatorio más que sosegado ante la autoridad provincial. Debió ser mucha la tolerancia que se aplicó al fulano, un despótico propietario de vehemente fidelidad al Caudillo... Lo contó quien podía saberlo bien, dando, además, el nombre del único y honestísimo industrial que se había negado a recibir la parte de la harina que le habían asignado proporcionalmente. "Este producto no es nuestro", dijo el hombre con voz grave. Y quizá desde esa negativa quedara bajo sospecha él de haber difundido la operación y sus entresijos. ¡Pero demasiado fácil culparlo de ello y sin prueba alguna!).

Al respecto de fraudes de aquella época, y en nuestra ciudad, pasaría casi una década antes de airearse una de las trapacerías llevadas a cabo por un reputado ca-

radura del comercio local y de comunión frecuente. Este individuo, muy ducho en la nervatura y tramas del mercado negro, y con ayuda de un sobrino de su mujer, había transportado pequeños sacos de azúcar y de harina en un ataúd y con la idea de disponer de un remanente precioso para cuando aumentara la escasez de esos productos. Aprovechó la circunstancia de que un pariente suyo había entregado el alma a Dios en una finca de San Antonio de las Huertas, y, teniendo que llevar allá la correspondiente caja mortuoria para el sepelio, se brindaría él a transportarla a la heredad. Así hurtaría a la guardia civil caminera el control de mercancías tan escasas e intervenidas. Y también se hablaba de gente que había trasladado de un sitio a otro materias alimenticias racionadas valiéndose de la piadosa y solemne comitiva del santo viático por los caminos rurales. Era una de las variantes del estraperlo practicado por gente pudiente y bien relacionada. Gentuza con pingües beneficios basados en delitos de lesa humanidad, y que no se privaba de ejercer su católica efervescencia ante el sagrario... Porque así, probablemente, daban gracias al Altísimo por la suerte que les acompañaba en tan sucios negocios. Pero, tan pronto como se conocían estos trapicheos —alguien se habría ido de la lengua por una venganza—, la gente los bisbiseaba por doquier... y más de uno se sentía resarcido de los malos tragos pasados y de sus obligados silencios).

¡Qué lejanía la nuestra de aquellos tráficos y fraudes o estafas a las necesidades y dignidad de los humanos más castigados por la hambruna! Un día se tendría que saber, y entender, que el temor de los mayores a la locuacidad de los niños tenía su razón de ser. Del ámbito doméstico no debía salir ni una sola palabra, y menos algún comentario u opinión. Nunca. Para nada. Porque fuera de él, ciertas palabras podían tener una lectura provechosa para determinados individuos de aguzado y atento oído.

—¡Lo que se dice en casa en casa se queda! ¿Habéis oído o no?

—Sí, padre.

—Amén.

La información a nuestro alcance casi siempre versaba sobre materias lectivas memorizadas, y, aun así, había catedráticos de la venerable y mísera Escuela de Comercio de Alicante —vetusto edificio quizá del siglo XVII— que rezongaban, muy molestos, si desarrollabas un tema de Geografía Económica, de la mundial, y soltabas la traca de las cantidades de toneladas de cobre, hierro o trigo producidos al año por Estados Unidos, Canadá, Argentina o la Unión Soviética, un suponer.

—¡No me diga cifras, no me diga cifras!

—...doscientas setenta mil cuatrocientas ocho toneladas.

—¡No me diga cifras; cifras, no!

¿Cómo no iba uno a verter la profusa retahíla que tan bien se había aprendido a fuerza de repetir y repetir? Si del país productor de estaño —o de petróleo, quizá tungsteno o antracita— no podías decir cuántas toneladas producía cada año..., allí terminaba casi la gracia del asunto. De lo que más producía España —mi Patria, nuestra Patria— era de cinabrio, que de ahí procedían los termómetros para saber cómo iban las fiebres maltesas, por ejemplo. O las anginas. No había país alguno del mundo que nos superara en el tema del mercurio de Almadén, Ciudad Real... ¿Íbamos a callarnos ese dato en el caso, tan probable, de que lo conociéramos? Nada de eso: producción española de mercurio —o **Hidrargirium—**, ¡tantas toneladas al año! Pero el catedrático aquel de la pajarita terminaba afirmando que las producciones anuales de cualquier cosa variaban cada dos por tres, y que por lo tanto... ("Bueno, ¿y qué? Yo digo la cantidad que viene en el libro", te daban ganas de decirle). Me quedaba siempre, o casi, con las ganas de airear lo que sabía, y tuve suerte en ese examen mismo porque pude colocar aquello de que en el lago Ontario habían extraído una vez una pirita de cobre, de **cuprum**, de doscientas toneladas de peso.

—¡Ay, no: me he equivocado! — rectificaba yo al instante— ¡De cuatrocientas toneladas!

—Oiga usted, ¡le he dicho ya que no me diga cifras! —Se le iba el santo al cielo al catedrático, que decía, enfurruñado y tal vez ausente: "—. Siga usted con las angiospermas..."

También metí aquello de la pepita de oro encontrada en no recuerdo qué país, y que pesaría ("¡no me diga cifras, no me diga cifras!") unos veintidós kilos. Don Juan agregó un día a todo aquello que el mayor diamante del mundo era el "Cullinan", o algo parecido, y que el país con mayor número de periódicos del mundo era Islandia, ya que, además del bacalao, aquella isla contaba con enormes reservas de bosques y, por tanto, de celulosa; y, por tanto, de papel para periódicos...

—¡Y, por tanto, de papel para envolver el pescado "bacalado"! — prorrumpía uno de todos, el que se sentía ya al borde de la náusea más proporcionada.

* * *

Llegó un día en que empezamos a notar un cierto cansancio en el dibujante del Guerrero, una especie de relajamiento, tal vez abandono circunstancial. Nosotros lo creíamos un desmayo razonable en su energía creativa... debido a que asumía demasiadas colecciones como autor en movimiento semanal. Más adelante, y cuando desfallecía nuestra atención ante los incesantes desplazamientos del héroe por geografías extrañas, descubrimos que su dibujante... ¡era otro dibujante!, que ya no era Manuel Gago. El cambio nos aturdió mucho o quizá más: nos dejó más que

confundidos, aunque poco antes ya se vislumbraban señales de postrimerías o de consunción. Veíamos caer, pues, nuestro referente esencial, aquel que estuvo vertebrando nuestras ilusiones, cómplices nosotros de su reverberante y colorida ejecutoria... Y no se trataba de que los nuevos cuadernos fueran peores o mejores que los que iban antes. Era que quien conocía profundamente al cristiano enmascarado, al Guerrero del Antifaz de siempre, ahora se lo encontraba transferido a otras manos y a otros guiones urgentemente diferenciados. Aquella operación se parecía mucho a un final. Allí podía terminar todo y comenzar una melancólica orfandad. ¿Final de la colección? ¿En qué términos iba a disponerse la claudicación, la tan cruda y chirriante retirada? ¿Hasta qué número iría a llegar aquella serie...?

—¡Oiga usted, las cifras no me interesan!

A la desolación que producían finales como aquél se unía nuestro desánimo para aceptar ilusionados una segunda parte o prolongación de la primera. Con otros dibujantes, continuadores de las aventuras, y sobrepasando la culminante viñeta matrimonial del hijo del conde de Roca con la hija del conde de Torres, nuestra complicidad decaía mucho o bastante. Parte de nuestro trayecto vital de la niñez lo habíamos desarrollado casi de la mano de M. Gago, adheridos como con "Pegamín" —o con gacha de harina confiscada en la alacena— a su extraordinario personaje. Si volvíamos la vista atrás —y hacerlo podía ser agradablemente doloroso—, ¿con qué nos encontrábamos? Veíamos un territorio antiguo y casi desolado, un escenario de someras y discontinuas formaciones boscosas, ahora en tierras llanas, ahora entre prominencias roquizas y quizá bordeadas por graves angosturas o adustos desfiladeros. Aquí o allá, y sin mucha definición, se podría ver la señal de un arroyo, a trechos superficial, a trechos de profundidad respetable..., y, entre todos esos esbozados elementos del poco amable lugar, de tan agreste paraje, aparecía un jinete solitario —sin origen ni destino conocidos—, oculto parte de su hermético y tristísimo rostro con un antifaz. Lamentable de indumentaria guerrera, rígido de movimientos, encorsetado y falto de elasticidad o articulación corporal, carecía de todo aquello que a nosotros nos parecía fundamental para reconocerle como soldado solemne en la causa de los Reyes Católicos.... ¿Cómo era que moraba en tan primitiva y mísera cabaña del bosque? ¿Qué hacía allí, en semejante soledad y qué se proponía? Aquel mismo guerrero, guerrero de la Cruz, tenía la consistencia formal de una pobre y escasa fantasía del medio físico, muy lejos en su aspecto de los personajes que contemplábamos deslumbrados en las cintas incluso sin banda sonora, mudas... ¿Qué se podía hacer con él y con todo lo que representaba su balbuciente propuesta? ¿Cuánto habría que esperar para, digamos, poderlo tener en cuenta o aceptarlo como paladín de cualquier causa noble? Con aquel inicio de los tres o cuatro primeros tebeos del Guerrero del Antifaz, nosotros poníamos mucho de nuestra parte para seguir sin desecharle... Pero pronto —oh, sí, muy pronto— se

iba a conocer la maravillosa y desconcertante magnitud de aquel jinete con antifaz. Cinco o seis cuadernos más adelante, el enmascarado ya cautivaba a los niños de media España en aquellos los años cuarenta, hasta conquistar a la gran mayoría... Más de seiscientos cuadernos después —llegada entonces nuestra adolescencia—, y tras fluctuaciones de nuestro entusiasmo por el héroe, ya nos tocaba enfrentarnos a una grave, definitiva, disrupción en aquel itinerario aventurero. Casi nos bajábamos del tren. Catarsis y cauterio se confundían en una sola cifra de obligada ruptura, originada por la condenable condición de segunda parte que suponía aquel empeño editorial... Por eso no llegaríamos a conocer, seriados y en acción, a personajes como Balkis, Amenhab, Amasia, Basandro y otros como Ben Serraud o el mismo Caid de Bugía. Tampoco a Folco y Gerard de Menboix, claro. ¡Y menos a los hermanos Jafar o a Wolfkan... Aunque algo de ellos nos contaron.

—¡Silencio! Vamos a ver: ¿Sabéis quién es Hikso?

—No, yo no.

—¿Y qué hay del Rey Buitre?

—¿Un buitre...?

Bueno, ¿y que cosa sabéis de Rainiero de Brotons?

—¡Voto a bríos, nada en absoluto, nada!

—Pues entonces es seguro que ignoráis lo de Sayuf, Jarsifaz, Isabela o eso de un tipo llamado Magum... ¡Y menos sabréis todavía de un tal Mostagnem!

Recordábamos la mar de bien el cuaderno de Kaher Raik, y también otros personajes de ejemplares siguientes, por supuesto, pero ya lo ignorábamos todo de un tal Ofil, de Sigfrida y de gente que "salía" a continuación. Porque nuestros contactos con una colección tan revuelta y voluntarista eran sólo episódicos, mera curiosidad ocasional. Y los mirábamos por comprobar lo bien que lo habíamos hecho al desentendernos de aquel guerrero... para todo. Así que no sabíamos nada de uno apelado Jaful y "muy poquísimo", y por casualidad, de una que atendía por Irina. De U Rang Teng no teníamos ni la menor idea, y ni siquiera nos sonaban —¡ni falta que hacía!— nombres como Zaltos, Ogryf y el de Ofil Salad. Siendo sinceros —y lo éramos con cierta irritación—, admitíamos que nos había decepcionado mucho el guionista —quienquiera que fuera, el de turno— al atreverse a dibujar al pérfido de Alí Kan peregrinando con una cruz a cuestas en demostración patética y lacrimógena de su sincero (?) arrepentimiento..."¡Tú, mira eso: Alí Kan convertido al cristianismo!" Y para más **inri**, aquel acreditado truhán de papel —y mojado— pronto se arrepentiría de haberse arrepentido y de haber cargado con la cruz y no en sentido figurado... Y algunos no necesitábamos saber mucho más.

—¡Pues anda que yo! Me pongo enfermo cuando veo al Guerrero De Ahora luchando junto a Fernando en un lugar de la China... ¡De la China! ¡Pero, hombre...!

—Y si vieras a Pedrín a su lado... en lugar de estar Fernando, ¿qué?

—A mí no me vengas con esas gracias.
—De nada.

De todo aquello que se conceptuaba nostálgicamente como anterior, patrimonio y familia o parentela de aquel nuestro «antes», ¿qué iba a quedarnos? Podía quedar la nostalgia, la bondad triste de la evocación. Y, si ésta se aceptaba como recurso luminoso, verdad era que nos permitía volver al territorio onírico de los primeros años. Y lo podríamos pisar y caminar, deambulando por su extensión. Podíamos detenernos y contemplarlo con sosiego, percibir aquella su textura y su amable diversidad para degustar así determinados recuerdos. Se podía evocar y evocar con sólo contemplar el arbolado, la colina inmediata, aquella senda entre los altozanos arcillosos, los centenarios olivos y el persistente y viejo caserío, que era lo que reputábamos como nuestra patria... Por contra, si aquellos patriarcas del campo y de la ciudad ya no estaban en el mundo, nosotros también éramos bastante otros, diferentes... Y casi desarmados por la canceladora y cambiante sucesión de los días. ¿Se podía aprovechar la pulsación de la nostalgia? ¿Era posible extraer lección alguna del tiempo transcurrido y de sus huellas en el ser humano y su ámbito? Al parecer, la única lección parecía ser aquella que recomendaba no valorar las cosas simplemente por haberlas perdido. Ahí podía residir toda la utilidad del lamento nostálgico. Podíamos ser aquello que es el autor teatral cuando, en solitario y evocando, se instala entre sus imaginados personajes en un espacio escénico vacío. Entonces los percibe desarrollando sus contactos dialogantes, y renueva su posesión con esa evocación creativa. Porque parecía que nuestra nostalgia contenía un remanente capital, quizá más que mucho, y que sólo la muerte podía arrebatarnos. Habíamos vivido una prolongada secuencia en adhesión consciente al formidable cristiano del antifaz, peripecias extraordinarias que transcurrían al ritmo casi de nuestros cambios biológicos en el espacio escénico de nuestras propias y vehementes correrías. Lo habíamos hecho bajo el generoso mimetismo que nos gobernaba y dirigía en los juegos... Y no habíamos tenido mala compañía, porque el denso y profundo poso de aquel fruitivo brebaje aún podía sostenernos ilusionados mientras soltábamos amarras fatalmente para acceder a nuevas quimeras. O eso nos parecía.

* * *

En aquella nuestra ciudad había entonces sujetos que hubieran querido ser un capitán Rodolfo, si bien algunos ya lo eran sin ellos saberlo. Nadie les había delegado autoridad alguna, pero actuaban controlando o queriendo controlar a otros, a determinados otros con tal de poderles someter a sus conveniencias. Eran los que pretendían colgarse medallas —algunas, instituidas y fomentadas— para auparse en

la consideración de jefes y propietarios. Se trataba de los aborrecidos lameculos que respiraban odio y tristeza ante el posible bien ajeno, "rodolfos" caninos que ladraban y mordían con más intensidad que la exigida tácitamente desde el mando. De ese modo, hocicando, tomando notas mentales y prontos los oídos en la calle, en la barbería, el bar o en los patéticos comercios locales, elaboraban un listado de personas que les caían mal y a las que deseaban escarmentar. Un escarmiento, leve o intenso pero de vez en cuando y como sistema de control. El sañudo y detestable capitán Rodolfo no perdonaría jamás que el Guerrero del Antifaz —y en combate circunstancial— hubiera dado muerte a su hermano en el campo de batalla en choques de moros con cristianos Por eso fustigaba a los nobles cristianos que más o menos estaban en su inclinación a vengarse. Pero la diferencia de los "rodolfos" de la localidad respecto del personaje del tebeo estribaba en que los de carne y hueso, y bigote, podían alcanzar algún logro de vez en cuando, mientras que al personaje de Gago pocas cosas se salían a derechas, fracasando ridículamente cuando acosaba al Guerrero atribuyéndole acciones innobles.

Mas, y por fortuna, la sórdida y sangrienta abrasión de la posguerra iría desmayando según pasaban los años, aunque su recuerdo siguiera vivo en algunas mentes y corazones. El remanente de la represalia y el control a los del bando republicano, o a sus deudos, parecía haber menguado, aunque se intuía predispuesto a ser actualizado en cuanto se produjera alguna señal —generalmente, risible— de rebeldía o contestación. Ya quedaba atrás, por poner un ejemplo —y porque un suceso desactiva la repercusión del anterior—, el caso aquel de la persecución infamante a un pobre maestro de escuela. Un humilde maestro que impartía conocimientos a un alumnado diverso e irregular, pues que se trataba de niños obreros en diferentes talleres, mayormente de hilados, y que acudían de noche a su escuela. El esforzado docente, que aún no había obtenido plaza como funcionario, sería denunciado por una docena de maestros y maestras estatales... porque en aquel recinto suyo de enseñanza no colgaba el crucifijo ni se daban allí clases de religión, sino las consabidas y demandadas cuatro reglas, además de lectura y escritura. Y ello sin que estuviera especialmente señalado como desafecto al Régimen... ¿Qué capitán Rodolfo había concitado revancha tan ignominiosa sobre el voluntarioso docente? Ciertos rumores se cernían sobre el venenoso Caloma, aquel matador de imágenes sagradas. ¿Otro Alí Kan arrepentido y removiendo aquello del Gólgota? Semejante fantasmón pudo haber sabido por su sobrino —el Agustín que movía su rueda de hilar en un taller— que en aquella escuela no había imagen sagrada alguna colgando de la pared, solamente el retrato de Franco... Y, cuando lo creyó conveniente, ¡y qué ironía de la vida!, se chivó del asunto donde sabía que podía surtir efecto. Sin osar cantar la palinodia, y porque era mala persona, denunciaba al humilde maestro de escuela, que tan buen servicio social prestada en la localidad. ¿Era que nuestro Caloma estaba arrepentido de haber quemado los santos de la iglesia en

el 31? Como siempre, más o menos, no supimos lo del maestro denunciado hasta un año a así después, puede que por prudencia de los mayores o por su ignorancia del asunto. Pero, al saberlo, sentíamos la curiosidad de poner nombre y apellidos a los maestros que, por congraciarse con el credo nacionalcatólico, espolearon a la autoridad competente para que escarmentara al referido docente. De uno de los firmantes sospecharía yo, de aquel de la voz tronante, y que no se perdía ni un solo acto religioso, además de formar muy serio e imperativo en los melifluos coros eclesiales de la ancha gama de que disponía el clero... El mismo que, con su mujer, también docente en el grupo escolar de las afueras, se enzarzaría a bofetadas con otro matrimonio de maestros locales en el tiempo de recreo y ante el sobrecogido alumnado. ¡Cuánta miseria y qué mal ejemplo para los tiernos alumnos!

MÁS SOLILOQUIOS DEL MIAU

De aquello de la harina presuntamente escatimada a los desheredados de la fortuna, los niños no habíamos oído decir nada, o era muy críptico lo que se escuchaba. Ni de ello ni del jaleo desencadenado por su destello cuando reapareció una parte de ella cerca del río, en una casa pobre de aquel sitio. Años más tarde creímos que fue por la razón, sobre todo —y como siempre—, de que los protagonistas de aquel atentado a los hambrientos tenían nombre y apellidos, siendo gente pudiente y de manifiesta y eficaz cercanía al poder político local y asimismo al provincial. (Durante los primeros meses de la guerra civil, y con pequeñas diferencias de un lugar a otro, los Comités del Pueblo se incautaron incluso de propiedades agrícolas, que quedaron colectivizadas tal y como luego se haría con determinadas industrias. Al mismo tiempo, a los propietarios se les visitaba con frecuencia para exigirles donativos en dinero, joyas y otros tipos de aportaciones para contribuir al Ejército Republicano del frente. O para el abastecimiento alimenticio al más que publicitado Socorro Rojo. Ésta era una táctica corriente y por resolución libérrima, al parecer, de los variopintos Comités Revolucionarios, y en todos los núcleos de población de la llamada "zona roja"... Por lo tanto, ¿qué no habrían concebido hacer, para vengarse, los sometidos propietarios e industriales en cuanto tuvieran la sartén por el mango... una vez más? En el caso de la tan comentada harina, y como en otros similares, no había que afinar mucho para advertir cuán justificados se sentirían quienes tenían entonces —vencedores con Franco— tanta ocasión a su alcance para beneficiarse a costa de los que "auxiliaron a la rebelión". (En el argot franquista y de la Iglesia, rebeldes eran ¡los que se defendieron de la confabulación franquista contra la República...!). Los ladrones de la harina tranquilizarían su conciencia diciéndose que cosas más violentas habían perpetrado los "rojos" contra ellos y sus posesiones. Y que, mandando Franco, eran ellos los más indicados para cualquier beneficio que pudiera avistarse en la nueva situación. Y para cortar el bacalao.

En cuanto a nosotros, y aun rozando algunos la adolescencia, ¿qué supimos de tan esperpéntico y sórdido desvío? Nada, nada en absoluto. Vivíamos en una zona desértica en cuanto a información de ese tipo, y lo máximo que percibíamos eran reflejos distorsionados o paródicos de las cosas de trascendencia que podían estar sucediendo... y sin lograr concreción alguna en el supuesto de haberla desea-

do. De ahí que tampoco nos imaginaríamos el rédito político que aquella estafa, si quedaba probada, podía suponer para algunos de los que vivían bajo sospecha por calificados como antifranquistas. Para los perseguidos políticamente, era algo victorioso el que se descubriera un chanchullo de aquella magnitud y características. Porque ni siquiera se permitía que los elegidos beneficiarios de un donativo extranjero accedieran a él. Con racionamientos de miseria, los mimados por el Régimen continuaban especulando en el mercado negro, elevando los precios de los alimentos básicos e intensificando su escasez. Mientras tanto, la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes daba a la Prensa alicantina esplendorosas notas anunciando, por ejemplo, la "Distribución de boniatos a la población y de leche condensada y azúcar para lactantes". Dos kilos de boniatos por persona, y a un precio de 0´90 pesetas el kilo, señalándose qué cupones y de qué cartillas —de las viejas, de las nuevas— valdrían para retirar lo asignado en los debidos comercios. Otras notas, en el mismo sentido, dictaban los procedimientos a seguir por los comerciantes distribuidores antes y después de la operación, y todas ellas terminaban con la fórmula consabida de "Por Dios, España y su Revolución Nacionalsindicalista". Los adultos más inteligentes y resignados no podían zafarse, aun intentándolo, del mortificador hastío que les afectaba, privados de esperanzas razonables y ovillados en la monotonía que la situación les aportaba... Mientras, y en Europa —eso leía Salomón—, acababa de caer el barrio de Orlowka, "uno de los últimos reductos de Stalingrado".

—Humm, ésos aún están peor que nosotros —se decía, y como si hubiera aportado algún apósito a cuanto ocurría en nuestro país a diario.

Tras ese adormilado soliloquio, el Miau Salomón abandonaba el ejemplar del diario sobre la silla de anea a su lado. Acababa de leer aquello de los boniatos racionados y a 0´90 pesetas el kilo. Y lo del azúcar, como también las prolijas convocatorias "para cubrir trescientas vacantes en el Cuerpo de Policía armada y cincuenta de conductores del mismo Cuerpo". Los caballeros mutilados podían presentar sus peticiones por conducto de la Comisión inspectora provincial de mutilados de guerra "para darles el curso correspondiente a la Superioridad". Igualmente, y no sin cierta agonía, había penetrado inopinadamente en el tema "de recompensas y distinciones" que adelantaba el Boletín de F.E.T. y de las J.O.N.S. A través de la agencia CIFRA, informaba el diario que se declaraba el derecho al uso del "aspa blanca" a favor de ciertos camaradas falangistas, y el del "aspa roja" a beneficio de otros cuyos nombres y apellidos, en ambos casos, venían reflejados en la gacetilla... Aquello era como el florilegio de la náusea y del aburrimiento sin remedio; la misma cosa semana tras semana y sin solución de continuidad. Por esa razón volvía a la Prensa que guardaba de los años de la guerra. A pesar de que aquellas hojas del

periódico ya llevaban más de una década larga rodando por su fantástica cambra, él releía las barbaridades bélicas que entonces se cometían en determinados lugares del mundo. Acciones que posiblemente el futuro dibujante Boixcar ya tendría en mente para sus formidables y espectaculares tebeos de "Hazañas bélicas". El Miau se distraía mucho con las noticias que podía relacionar con el pérfido Fu-Manchú, a saber: "La aviación japonesa persiguió a Willie —¿quién era ese Willie?— en su viaje a Chung-King: "El décimo Cuerpo de Ejército chino, derrotado cerca de Kinlan: 72 buques lleva perdidos la flota americana".¿Setenta y dos buques? ¡Qué barbaridad, parece hasta mentira! Cuando no hallaba contenidos de aquella especie, podía irse a cualquiera de las novelas de la colección "Biblioteca de Oro", cuyas ilustraciones repasaba con deleite, aun sabidas ya de memoria. Cada ejemplar de la serie le costaba exactamente lo mismo que un kilo de boniatos, caso de que éstos reaparecieran en virtud de un inesperado decreto. Los de la colección "Hombres Audaces" —no eran tubérculos— se vendían a 0´60 pesetas. Se había leído varias veces aquélla de James B. Hendrix, titulada "Downey de la Policía Montada". Y retenía memorizado el principio: "Las luces brillaban ofuscantes en el 'Tívoli', donde los hombres bebían, mentían y jugaban, o bien bailaban, rojos y sofocados, con muchachas de pintados rostros, cuyos zapatitos de altos tacones contrastaban extrañamente con las abarcas y los mocasines de sus compañeros".

El Miau nunca tenía pereza para leer de nuevo la relación de "Hombres Audaces", que venía impresa en la contraportada de la novela, a saber: "El Hombre de Bronce", "El Sheriff de la Quebrada del Buitre" (¡qué sonoridad!), "Los Halcones del Cráter", "El Fantasma de la Niebla" y otros. ¡Qué títulos tan prometedores! De ellas, y prestadas por su cuñado El Tresojos, sólo había leído aquella de la quebrada del buitre, de Austin Gridley... (Los novelistas extranjeros, por el hecho de serlo, le merecían mucho más crédito que los españoles, y no comprendía por qué razón se apreciaban tanto las novelas que firmaban Marcial Lafuente Estefanía, Fidel Prado... o aquel sospechoso Lugger. El calificativo de "españolada" en el cine se trasladaba a las novelas de autor español. Era mucho más creíble la novela de escritor extranjero, opinaba él. Cualquier cosa hecha fuera de España siempre era mejor... Pero la gente lo que quería locamente eran los fulminantes disparos que Estefanía asignaba a sus héroes, que podían matar a media docena de bandidos frente a frente y en un santiamén. ¡Uno contra siete y los abatía a balazos en un abrir y cerrar de ojos! Los que querían creerlo, lo creían. Y nada más. En donde aparecía un **cow-boy** de Marcial, el dueño de la funeraria local se hacía rico inmediatamente con negocio tan próspero. Para el Miau, la ignorancia de mucha gente lo admitía todo sin exigir demasiado. Y además estaba la otra cosa, aquélla de que el autor del producto novela del Oeste, o policíaca, podría decirse que no necesitaba esmerarse demasiado en su escritura... ¡siendo para quien era! ¿Podía estar pasando lo mismo con las españoladas del cine...?

En relación con la cautela mantenida en las conversaciones sobre asuntos sociales o políticos, bien en casa, bien en el taller, los chicos creíamos que los mayores ocultaban pecados entre personas, pecados de los que se llevaban al confesionario... Pero aquellas conversaciones silenciosas, y a espaldas nuestras, se nos ocultaban por el peligro lógico de que las repitiéramos en público. Se nos recomendaba silencio absoluto y también que nos comportásemos debidamente en la calle... por lo que pudiera pasar. Se sabía que en algunos hogares era casi feroz el castigo físico que el padre aplicaba al hijo que hubiera protagonizado, sólo o en compañía de otros, cualquier desmán fuera de su domicilio. Podía tratarse de un hurto de fruta en un campo, haber contribuido a estropicios en bienes ajenos o propasarse en chacotas o gestos irrespetuosos hacia cualquier persona mayor, cosa extraña ésta... Después, y en cuanto llegaba la queja o la denuncia a oídos del padre del infractor, el muchacho se ponía a temblar. Y muchas veces —¡en cuántos casos!— sería la madre del acorralado quien se interpusiera ante la vara, o el cinturón de cuero que hacía de látigo, por conseguir que el chico no saliera gravemente dolorido, ensangrentado en determinados casos.

—Si un día me llaman la atención por tu culpa, ¡es que te mato! ¡Te mato ese día! —Porque podía ser que aquel hombre ya hubiera estado señalado por asunto de afinidades políticas como consecuencia de la guerra... Significarse más por las posibles barrabasadas de un hijo podía tener consecuencias muy críticas...

Ir de boca en boca de la gente era lo último que los padres deseaban, mirando cada cual de pasar inadvertido y vivir en paz y como buenamente se pudiera. De ahí que, en algún caso, y desgraciadamente, hubiera adolescentes que, ante el terror pánico al progenitor por su reprimenda y el castigo físico, no se atrevían en días a volver a casa. O cosa mucho peor.

—Han encontrado al Federico de Ambrosio colgado de una viga en el corral...

—¡Madre mía! ¿Por qué ha hecho eso?

El gravísimo desenlace provenía de lo de siempre. Un mezquino hacendado había sorprendido al chico robándole unas naranjas en su huerta. Atrapado en el acto y, zarandeándole, prometía al muchacho que se lo contaría de inmediato al padre de éste. Y el infeliz amenazado, que ya conocía en su carne la virulencia de los castigos paternos, se quitó la vida en la corraliza de casa, a espaldas del altísimo y compacto cañaveral. Una sombría y negra nube de amargor y contrición acompañaría al aparcero y a toda su familia el resto de la vida...

* * *

Según parecía, el llamado Salomón había recobrado parte de la alegría que un día le borraron al propinarle aquella restallante bofetada en ocasión de pasar la procesión del Corpus por la calle principal. Con una nueva luz en la cara, era

como un desconocido para su propia mujer, que se movía, rezadora y cuitada, entre pucheros y muy geométricos remiendos en las castigadas ropas de vestir. Actividad ascética ésta, y de mucha reflexión, si las había. Sin poder controlar los músculos de su barbada cara, al Miau le sobrevenía cierta alacridad sin motivos aparentes. De modo que, percibiéndose alegre y casi exultante, dudaba sobre cómo disimular aquella su satisfacción, caso de que se le notara.

Salomón, qué alegre te veo...

—¿Quién yo? Nooo, nada, nada... ¡Qué va, nooo!

Aquel resplandor facial ya podía ser de todo menos normal en él, y, quizá confiado en que lo suyo podía pasar inadvertido, se metía entre la clientela de la aparatosa pescadería que, a al inicio de la calle Alfonso XIII, y luego del Mar, desarrollaba fielmente la partitura del guirigay propio del ramo. Las pescateras, entre sus pautados pregones del producto —fresquísimo, y movedizo y argentino buena parte de él—, servían sus pesadas o removían las existencias sin cesar, nada del otro mundo en cantidad. La mayoría de ellas mostraba un entusiasmo se diría que irrazonable, con su atragantado conversar con todos y todas a la vez, interpelando, respondiendo, cantando mercancía y sus cualidades..., un verdadero emporio de vitalidad entre espontánea y de oficio. La procesión —del Corpus o no— iba por dentro de cada firma.

La consuetudinaria mujerona, pues, que servía la mayor parte de la semana a Salomón, aquella entrañable **Phoca vitulina** de los bigotes, le veía contento desde hacía cuatro o cinco días, aunque su nuevo talante no lo relacionaba con un simple estado de optimismo. El Miau llevaba elaborado un argumento: «Es que cada día me sienta mejor el pescado hervido. Con patata y cebolla. Me quita la acidez sin tener que tomar bicarbonato». Eso era lo que decía, y se afirmaba en semejante prescripción, sabido que el bicarbonato no era malo. «Si fuera malo —su pescatera ya no escuchaba, vertida su locuacidad en otra dirección—, don Pedro, ¡un médico!, no lo tomaría...” (Aquel don Pedro observaba la estrategia de tener a mano el bote del bicarbonato en dos o tres bares que solía frecuentar para tomarse un café en su trayecto urbano de condutado, de iguala en iguala. El pequeño continente figuraba entre las botellas de licor enfrentadas a la barra del establecimiento. Si necesitaba del producto, se acercaba al mostrador y el tipo del bar le pasaba el frasco y el botijo. Con el bicarbonato sódico en la palma de la mano izquierda, el de la impertinente pirosis lo impulsaba con maestría circense al interior de su boca... y lo acompañaba con un fúlgido chorro de agua. Y así. Por lo tanto, si un médico no le hacía ascos al bicarbonato... ¡un médico!).

La frecuencia con que Salomón se pasaba por la pescadería quizá andaba regida también por la alegría de encontrarse con la desbordada pechuga de la mujerona, movediza prominencia que podía ser peligrosa cuando se inclinaba ella sobre la

morralla o boliche para escoger materia de destrío con que afinar la pesada. El Miau contemplaba, extasiado, aquella avalancha... e, instintivamente, se echaba un poquitín atrás. "¡Madre mía, qué cargamento! ¡Algún día me va a tirar al suelo antes de alcanzar la morralla!"

—¡A ver si resultará que tenéis en casa —se carcajeaba aquella mujer— tres o cuatro libretas de racionamiento, Salomón!

—¡Calla, diabla, calla! No digas esas cosas ni en broma.

En el proceloso canalillo de semejante abundancia en la delantera, el pobre Salomón columbraba el brillo emisor de un par de escamas de pescado cuando ya la mujer le estaba envolviendo su pesada en el acostumbrado papel de periódico. Y tenía que desechar determinados pensamientos cuando extendía sobre el mojado mármol el pañuelo de hierbas en que acogía el envoltorio. Ataba luego los cuatro picos, pagaba y procedía a salir de aquel embarullado lugar. "¡Qué bien te veo, Salomón —le repetía la mujerona como despedida—. Así me gusta".

En casa, los domingos y fiestas de guardar el Miau accedía a su establecida colección mural. La tenía expuesta en la cámara de las inexistentes cosechas del trigo, del maíz y de las almendras y las aromáticas algarrobas. Entonces ya había descubierto la razón que daba solemnidad a sus reunidos y ordenados elementos. Se sentaba muellemente —tampoco exigía demasiado— en su sillón de las tres patas, sustituida la cuarta, y gracias, por un ladrillo. En semejante disposición, contemplativo y sesudamente analítico, se podía decir que todas aquellas cosas —desperdicios, objetivamente— reunían la excelencia que reunían debido a la maña que se había dado en individualizarlos dentro de la colección y también al colgarlos de la pared. De aquel modo, le parecía al hombre, quedaban bellamente singularidazos, aunque ajenos al contexto matriz de su articulación original. El pedal de una bicicleta anónima, aislado y con entidad forzosamente propia, le parecía a Salomón —aunque ni remotamente supiera explicarlo— que cobraba importancia de parte autónoma, y, por tanto, dotado de un relieve especial...Era lo que decía a su hijo.

A aquellas alturas, él trataba de convencer y convencerse de que allí solamente faltaba una cosa más. Esa determinación era lo mismo que proclamar, y sin rubor, que estaba al caer ¡ya! la pieza clave para la consumación tal vez liberadora. "¿No te lo crees?", preguntaba al hijo sin percatarse de que éste, como en otros casos, ya había salido de la cambra sin escuchar más y sin la menor intención de otorgar crédito a sus promesas. ¡La pieza clave, la definitiva y reputada como airón o culmen..., según el devenir de los acontecimientos! ¡Ésa era la que faltaba, una sola! El Miau consideraba que aquella su colección, arrancada al azar en pastoreos de hastío y soledad por los secanos polvorientos, tendría una culminación prodigiosa,

y ésta la proporcionaría aquel quimérico puñado de ¡harina del milagro de Santa Marta! Producto robado al fraude y a la maniobra, oscura y fétida, perpetrada por unos cuantos y en perjuicio de gente sin recursos. Una representación testimonial de la harina del milagro tenía que figurar en la serie que había ido conformando. Sería el precioso final y la guinda —con seguridad brillante e irreductible— de su cuestionada colección. Le bastaba con un simple puñado de ella. Y el amigo Alqamah no iba a negárselo. Por otro lado, Salomón ignoraba, en buena lógica, la existencia de un objeto redondo —una cosa toroidal, mejor— cuya posesión, a buen seguro, le habría contentado mucho también, quizá en calidad de apéndice solemnizado al alza. La ya legendaria rueda del camión era compañera en origen de la harina mangoneada —cosa que nadie sabía ni por casualidad—, y por entonces seguía rodando sin su eje y dando tumbos de un lado al otro, al parecer. La rueda aquella era el elemento que, por cosas del destino, había contribuido a modificar sustancialmente para bien de cierta gente pobre— la fraudulenta y sombría operación de la harina cuáquera... Gran parte del inesperado fracaso de los conjurados provenía de la mala suerte que hubo con la dichosa rueda. ¡Algo que un tal Miguel Olivo nunca llegaría a saber! Y ésa era la impunidad con que se lavó las manos aquel cosario benefactor de "a cada cual, lo suyo".

AQUEL OLIVO, LA RUEDA Y LOS IMPONDERABLES

Pocos supieron en la ciudad lo de la rueda perdida por el camión que traía la harina quizá desde Alicante y repleta su caja de brillantes y pesados sacos. Los que, por su oficio o empleo, supieron del caso no tenían por qué relacionar aquel artefacto de acero y caucho con el milagro de cosa tan blanda y agradecida como era la harina de trigo, de trigo norteamericano. En efecto, un tal Olivo, cosario de un pueblecito de nuestra comarca, tuvo mucho que ver con el caso, pues, al encontrarse la rueda de camión en su viaje carretero a la capital, no se le ocurrió otra cosa que, diligente y honesto, depositarla en el juzgado de primera instancia de la capital. Seguramente le pillaba a mano y el hombre decidió contar allá cómo se la encontró dos kilómetros o así después de pasar por nuestra ciudad. Supieron de aquella rueda el cabo Zénete y alguno de los guardias, no todos, y, ya de refilón, también el señor alcalde —pero poquito—, el secretario y el alguacil pregonero. Más tarde tendrían que vérselas con ella dos chóferes de la industria local, solicitados para tasar su valor por si se llevaba a subasta. La administración municipal supo de la rueda, sí, pero ésta quedó olvidada en un gesto de rechazo. Se la consideró una impertinencia que, aparte de no dar beneficio alguno, podría crear, y los creaba, gastos y pérdidas de tiempo. Los juzgados de Alicante y el de nuestra ciudad, por el contrario, la tuvieron que considerar... por la honradez maniática de aquel Olivo. Y se cruzaron unos cuantos oficios con la rueda por protagonista, el primero cuando desde la capital se pedía información sobre el segundo apellido del cosario u ordinario, dato muy decisorio en el tema, al parecer, y que éste no había hecho constar en el juzgado alicantino. En nuestras calles y plazas se emitieron algunos pregones por si alguien podía aportar conocimiento sobre el segundo apellido del tal Olivo. Pero nada de nada: nadie había oído nunca hablar de tal ser humano. Poco después, un ordinario de la calle Cervantes de nuestra ciudad entregaba la rueda en el retén de los municipales, donde la olvidaron pronto (como ya se ha dicho), abandonada en un sombrío rincón del atiborrado cuarto trastero o sobrado. Debido a tal desinterés al recibirla en el cuartelillo, y no comunicada su llegada a las oficinas del ayuntamiento, se armó una pequeña y entusiasta guerra de oficios de los administrativos. En ella participó el trepidante triángulo que componían el juzgado de la localidad, el ayuntamiento de la misma... y el juzgado alicantino, y vía los pertinentes escritos, a saber: (**a**) que cuál es el segundo apellido del

tal Miguel Olivo. (Ése era el tema del primero oficio). (**b**) Pregones para ver si en nuestra ciudad había alguien que lo supiera. (**c**) Nada. Que aquí nadie lo sabe. (**d**) Oficio del juzgado de nuestra ciudad al ayuntamiento dando por llegada la rueda a la localidad. (**e**) ¿Qué rueda? Aquí no ha llegado ninguna rueda, ¡y menos de camión! (El guardia preguntado en el retén no sabía nada de ninguna rueda, y menos de una rueda de camión). Oficio al juzgado local: (**f**) Que no se sabe de rueda alguna (y menos de camión). El susodicho juzgado al de Alicante: (**g**) La rueda aún no ha llegado aquí. (**h**) ¿Cómo que no? ¡Pero si se remitió por el ordinario, Zaragoza por más señas! (**i**) Oficio de respuesta: pues aquí no sabe nadie dónde está... la rueda ésa. (**j**) ¡Será posible!... (y **k**) Hasta que un guardia, oyendo al cabo Hamet despotricar sobre aquella misteriosa rueda —una rueda de camión—, cayó en la cuenta de que, semanas antes, el ordinario había depositado una rueda de camión en el retén. El agente local de la autoridad que la había recibido la dejó en el fondo del cuartucho aquel de los objetos perdidos o requisados... y, por enfermedad crónica, se dio de baja para veintiocho días una vez más... (¡). Vendría después el peritaje referido y la subasta consiguiente. El precio de salida serían doscientas cincuenta pesetas. Pero no hubo puja, por lo que se subastaría veinte días más tarde por doscientas veinticinco, y con el mismo resultado, que ya era mucho peor. De modo que la rueda, a pesar de lo solicitadas que estaban, desapareció del ámbito administrativo sin haber salido del complicado acúmulo de curiosos objetos reunidos en el lóbrego cuartucho del retén. ¡Y sin que de ello se enterara el Miau Salomón!

A los mecánicos de nuestro entorno acabó llegándoles parte de la historia por uno de los chóferes de la industria chocolatera, habitualmente ocupado en el transporte de cacao. Sabía de ello por compañeros que habían practicado la valoración o peritaje de tan controvertida y misteriosa rueda. Cómo se había perdido ésta y aparecido en mitad de la carretera era el sesudo comentario y las cábalas que se hacían los mecánicos junto a la herrería mientras almorzábamos todo el vecindario laboral al sol.

—Eso es que fue robada del camión. Si se paró de noche en cualquier venta —se conjeturaba allí, en aproximación de probabilidades—, es fácil que alguien intentara robársela. A punto de terminar la jugarreta, el ladrón escuchó alguna voz o ruido sospechoso y salió a galope de allí. Por tanto, la rueda se quedaría prácticamente suelta. ¡Y nada más, señores!

—A lo mejor, el ladrón eran dos —dijo uno de los aprendices, chupando su naranja sanguina con cara de ventosa bizca.

—¿Y qué más da si eran dos o si eran tres...?

—¡Yo qué sé! Pero puede que fueran dos...

—¡Y dale! ¿Tú y quién más...?

—¿Yo?

Al razonamiento vertebral del asunto se objetaba que no había venta alguna por donde el ordinario Olivo se encontró la rueda de recambio. Pero ésta debió soltarse —sugería uno rápidamente— después de correr el camión un rato por la carretera... Por otra parte, los comentaristas estaban lejos, lógicamente, de saber de qué camión era la mentada pieza, si de la pequeña flota de nuestra ciudad o no. Y menos sabían si aquel vehículo circulaba cargado con prietos y pesados sacos de harina robada a los pobres. De harina de la ayuda internacional a nuestra ciudad.

EL CALCETÍN CON LA HARINA

Se podría decir que Salomón no tuvo suerte con la que fuera su primera pretensión: qué satisfecho él de haber alcanzado de su amigo Abdallah uno de los sacos, ya vacío, en que viajó la harina del milagro... con aromas y señales de ella. Pero no quedaba ninguno. Las vecinas del Alqamah los habían pedido antes, pues de ellos podían cortar y confeccionarse envases más reducidos para el extenuante trajín del estraperlo, quizá también para remiendos de las almohadas, aquéllas con relleno de algas secas o de perfolla, la única abundancia disponible en el arrabal. Pero no se iría el Miau de vacío esta segunda vez, si bien había ido allí para verse con el Persona, más que nada. Estaba contento el Miau porque volvía a su colección con la pequeña bolsa de tupida arpillera en la que Jaiffa la Bella había metido casi un kilo de la también hermosa harina. (De no haberse encontrado talega alguna, la mujer le habría sugerido, quizá, que se llenara el Miau de harina todos los bolsillos de la indumentaria...). Llegado a su cámara, metería su enorme y áspera mano derecha en tan noble y olorosa blandura, como si lo hiciera en un bálsamo vivificador. Y era cuando se acordaba de un tipo al que la inteligente sorna popular apodaba Ojomil. "¿Qué dices tú a esto, chivato baboso, sabandija?" El Ojomil merodeaba, aparecía, desaparecía; a veces manifiesto, a veces restricto de presencia y quizá cagueta. Por entonces ya gobernaba el horno de la tía, situado a pocos, muy pocos pasos —cuánta ironía— del portal del nuevo Salomón. La Miau del Miau Salomón, por su parte, y naturalmente, hubiera tomado toda la harina que se trajo el cantero de allá abajo, y salirse unos días al menos de las verdolagas cocidas. Pero el hombre tenía que culminar algo, tenía que colgar entre su apabullante colección al menos un puñado de la harina triunfante. Y su "gata" no acertaba a encontrarle para ello más que un calcetín sin pareja, demencialmente remendado, pero receptivo al fin y al cabo. Y Salomón no puso reparo alguno: un calcetín sin el otro, aunque repleto de tibia harina, y colgado de la pared. Eso exaltaría solemnemente la materia matriz del pan. Y allí y de aquel modo quedaba el atiborrado calcetín, como el sello o marchamo de una naturaleza casi sagrada. Unas noches antes habían venido aquellos Tres Reyes Magos —aquellos tres del arrabal de Poniente— a colmar de harina los calcetines más necesitados de la población. Como ellos, el Alqamah, Jaiffa la Bella y Pepetón habían sembrado un poco de llameante y perseguida felicidad en algunos hogares humildes. De modo que los amargos y cortos aceites racionados,

de haberlos, se ponían a crepitar en la ya relegada sartén sobre el fuego para encandilar a los hambrientos con las episódicas tortas del inopinado apaño. ¡El gozo de unos instantes! La Miau cocinera, asimismo, escurría a fondo la pequeña y oscura botella que hacía de jícara por si acaso quedaba destello alguno del "octavo de litro", recientemente despachado en racionamiento. Era aquél el famoso octavo de azúcar, de carne y de aceite que el gobernante valenciano Laporta Girón había asignado, en un rasgo genial, a cada persona una vez a la semana. Con suministro tan pródigo, el pueblo iba a resistir hasta poder contraer —decían irónicamente algunos— la tuberculosis, el tifus, la difteria o el sarampión. (A este señor gerifalte, cuyo nombre de pila era Ramón, los muchos parias y otros hastiados le apelaban festiva y resignadamente "Ramón Octavo". Su inteligentísima ocurrencia, tan integrista y seguramente aplaudida por sus congéneres políticos y allegados, era una forma más de hacer el ridículo y seguir caminando "por el Imperio hacia Dios".

Salomón ya hacía días que contemplaba la suculenta ganancia política que suponía todo aquello de la harina, un buen bocado. En la calle se notaba que la percepción del asunto había extendido ya una espesa red de murmuraciones, que se adornaba con las más delirantes y aprovechables conjeturas. Y arreciaba. Las más relevantes y útiles hablaban de ciertos industriales de la localidad —con nombre y apellidos— a los que se atribuía la desviación de grandes contingentes de harina, una harina que, desde Norteamérica, venía oficialmente destinada a las familias de los famélicos. El Miau, circunspecto y sereno, disfrutaba con ello —y de la creciente intensidad en dimes y diretes— porque incluso la Miau Estecia había acarreado a casa la parte nuclear de lo que se rumoreaba ¿obscenamente? en la plaza pública, aunque quizá más en las escorrentías del río y mezclada esta mujer con las lavanderas más imaginativas y murmuradoras. Allá, un poco más arriba del puente ferroviario, ¡qué de palabras y epígrafes para el milagro de la santa patrona de la ciudad! Del milagro y de la poca vergüenza de los consabidos ladrones que eran los mandamases, tan frecuentes esos calificativos en boca de los pobres. Y deducía Salomón que ya tenía que ser repetitiva y creciente la cosa para que su Estecia la hubiera captado, además de comentarla, como hizo aquella mujer mientras se volcaba la olla al mediodía. Aquella Miau, a la que nada alteraba lo más mínimo —y cuán parecida a la tía de Almy—, parecía entonces comprender algo, puede que bastante, si bien de sus labios no había salido para nada la palabra milagro. Salomón, por el momento, daba en pensar si aquello no supondría que finalmente la buena suerte dejaba de darles la espalda y que determinadas bofetadas podían recibirlas otros como consecuencia justa de la cochina estafa infligida a tanto pobre. La siniestra confabulación parecía apuntar por elevación a unos cuantos industriales del ramo de la alimentación, y podía haber impregnado a más de uno de los supuestos al margen, tenderos o almacenistas. Al Miau Salomón, aquel su calcetín sin pareja,

único y colmado por un puñado de milagro, le era como una inesperada epifanía. Era la expectativa de que el hastío habitual recibiera un zarandeo liberador, la sacudida brusca que necesitaba lo asquerosamente diario para convertirse en algo más humano y justo. Y poder de ese modo respirar con cierta dignidad.

La piadosa, solidaria y movediza harina de los cuáqueros, una rueda de camión mostrenca, sin dueño localizable que la reclamara, y la grave explosión en los ribazos frente al mar, eran enigmas todavía sin resolver, una molestia —¿o tal vez ya no?— para el Zénete municipal. Y no importaba el hecho corriente de que nosotros ignorásemos todo aquel compendio. A tales alturas, y respecto al dichoso asunto, los más atentos creían notar, si no una relajación institucional en los agentes de la autoridad, y de la Guardia Civil —tan militar ella—, al menos una indefinible y tal vez acumulada laxitud represora. ¿Una renuncia calculada? En tales circunstancias, el Miau seguía la pauta que empleaba el pusilánime Remolins. Paseaba bajo el sol. Y, disimulando, se aproximaba a las últimas viviendas que habían crecido a ambos lados de la carretera desde el último tercio del siglo XIX, activado él en un rastreo hasta las cercanías del cuartel de la Guardia Civil. (¡Los civiles! ¿Qué podían estar pensando ésos en relación a las pingües o abundantes ganancias de los supuestamente ladrones de la harina aquélla, robada y escondida? La miserable vida que los casados llevaban con la mujer y la prole en el cuartel, faltos de casi todo y con un salario irrisorio... ¿no les empujaba a renegar de su dedicación militar contra la delincuencia, el desorden social y las posibles acometidas de los rebeldes escondidos o disimulados? "Todo por la Patria", y siempre en primera fila, bajo una disciplina insoportable..., y en tanto los poderosos y pudientes se las componían para robar y estafar a la primera oportunidad. Los guardias aquellos...).

Paseaba Salómón por allí, y a veces se repartía, por no parecer sospechoso, entre la estación del tren y las inmediaciones de la fábrica chocolatera. Subía la costanilla con lentitud... y al poco se volvía desde los raíles. Miraba quizá el **Puigcampana** y luego bajaba la leve cuesta, polvorienta ella, asumiendo el papel de alguien que exhibe la condición de desorientado o de aburrido, y así esperaba entrever algún movimiento significativo en el cuartelillo, aunque sin logro apreciable alguno. Y lo que sacaba Salomón, en cambio, y sin ganancia alguna, era una añadidura más bien indeseada: toparse con caras conocidas de paisanos que se extrañaban de verle a plena luz solar. Rostros que, si se sobreponían al sobresalto de econtrárselo, saludaban como preguntándose dónde había estado durante tanto tiempo aquel Salomón. Eso se notaba, sí. En caso de acertar, aquello que Remolins hacía con la venida de los inspectores a la ciudad, el Miau lo hacía con la pareja de los civiles en movimiento y a discreta distancia. Pero apenas si se los veía por aquí o por allá. Por lo tanto, tampoco el Miau sabía mucho de la cosa que contenía el puchero, a pesar de borbollar al fuego. Y lo que se esperaba que contuviera —por intuir que

aquella olla podrida reunía lo mendaz, el fraude y la crueldad contra el pobre— eran muchos los que deseaban saberlo. El alborotado hervor de aquella jaula de grillos ante el templo parroquial había sugestionado a mucha gente y soliviantado a otros, que esto último era lo mejor quizá del milagro. ¡Qué impertinencia para los regidores municipales aquello de que las devotas, y sobrevenidas activistas, mantuvieran una delegación de fervor en el templo! No era una futilidad. Aquella vigilia de mujeres arrodilladas ante Santa Marta estaba lejos de suponer una simpleza, y ello sin saberse aún en la calle que a esas horas la imagen mostraba sus ojos asombrosamente iluminados, como afectados —otra vez, sí, otra vez— por unas preciosísimas lágrimas. Muy poco después se produciría el revuelo consiguiente:

—¡Santa Marta sonríe! ¡La patrona está llorando! —Lo avisaba, ¡gritando en voz baja!, una de las mujeres, subyugada y sobrecogida a la vez, una de aquellas que tenían depositada en el suelo su pequeño capazo con harina y en primera línea de la capilla. En seguida se lo comunicaban unas a otras con susurros y crestas emotivas en la voz, incontenible aquel casi amedrentado entusiasmo. Contribuía al glorioso subrayado la dorada penumbra de la capilla. En efecto, la imagen parecía llorar... de complacencia, y sonreía al mismo tiempo. En unos instantes llegaba al exterior el eco del prodigio, superado pronto el murmullo y trocado en griterío contenido. Y aquellas otras mujeres que ya se alejaban de la plazoleta volvían ahora aprisa sobre sus pasos, volvían, también sus ojos iluminados con las lágrimas. Poco después —y quizá como cabía esperar—, el cura párroco hacía acto de presencia en la solicitada capilla. Las allí concentradas se le quedaban mirando, y, al postrarse el sacerdote en la primera línea de la capilla, las que le hacían hueco retirándose un poco alcanzaban a oírle aquello de **Nocte pluit tota Jove**. Reinaba allí un silencio impresionante y casi temible. Postrado humildemente ante la imagen, don Cosme creía percibir en los ojos de la santa una sonrisa inequívoca de explícita felicidad...

Si Zénete hubiera presenciado aquello, habría recibido la confirmación de lo que, pocas horas antes, había calificado de situación políticamente delicada... y lógicamente peligrosa para el gobierno local. «¡Aún les pasa poco!», se decía apretando los puños y dura la boca. No era difícil inferir que los gestores tenían poco margen de maniobra, por no decir que nada. Los civiles —él lo sabía ya— no tenían orden del juez para detener al Persona. Quizá el funcionario había sopesado las consecuencias, delicadísimas, de proceder a interrogatorios que dejaran en el papel timbrado la secuencia detallada y precisa de los hechos ocurridos. ¡Y además, con la imagen de la Patrona de la ciudad! (Al municipal Hamet se le antojaba que aquel asunto golpeaba sin tregua, en la conciencia del señor juez. Y creía asimismo que aquel hombre tenía... miedo. Miedo de tirar de la manta, o de parte de ella. Como quien no quiere la cosa, uno de sus colaboradores se había dejado caer por la barriada marinera del arrabal y escuchado lo que su cuñado, inválido por heridas en el

frente de Paterna, le contaba de las mujeres de aquella vecindad, tan alborotadoras y pregoneras en palabras y ademanes. Comenzaba a tomar cuerpo el rumor de que había aparecido más harina, una barbaridad de harina, en otros lugares del término. Respecto al Alqamah aquel, era seguro que no iba a achantarse, afirmándose en la cantidad de sacos con que se había tropezado, y a lo que llamaba "la harina de Santa Marta". Y otra cosa: ¿cuánta gente habría implicada en tan rutilante descubrimiento? Sacos de harina allá, más allá y quizá también acullá... ¿Cuánta más quedaría oculta y dónde? Al juez, y con motivo de aquel maremágnum, no le quedaba otra opción que viajar a la capital y proceder a consultas antes de la instrucción correspondiente. El hombre no podía mirar hacia otro lado con el propósito de ignorar, o de minimizar, el fragor de semejante hoguera. Esa actitud ya hubiera supuesto confabularse con los previsibles promotores del vergonzoso robo. Sí, tendría que viajar a Alicante y consultar sobre aquel infierno y asegurarse ante ciertos aspectos procedimentales. Se informaría a fondo sobre casos similares ya sentenciados... Y, con la irritación que venía al caso —no podía evitarlo—, se lamentaba de la escasa inteligencia y tacto de todos aquellos sinvergüenzas que habían urdido el presunto fraude... y complicado a las autoridades más cercanas. Al mismo tiempo, se sentía él un pobre infeliz al contemplar cómo aquella gentuza se aprovechaba de las circunstancias para acumular dinero y más dinero... mientras que su paga mensual de juez no daba más que risa.

LOS DE LA HARINA Y EL SEÑOR JUEZ

En cuanto su señoría —el muy grave don Gumersindo de Vallepinto y Jerez-Umbría— regresó de Alicante, firmó una citación a nombre de Abdallah, el eternamente presunto. Tenía que interrogarle. El Persona compareció la mañana de aquel martes, y lo acompañaban Jaiffa y Pepetón. A pocos pasos del edificio del juzgado, en las cuatro esquinas del cine, y procedentes de los arrabales playeros, había pequeños grupos de personas con preponderancia de mujeres, adolescentes algunas, y unos cuantos niños sucios y vistiendo (¡) harapos. (Alejada de todos, y como siempre, la ubicua **Maria Tula** —el pico del pañuelo de cabeza entre los cuatro dientes y su apretado capazo donde solía— husmeaba desde la esquina del callejón del herrador, frente al horno, y sin comprender absolutamente nada de toda aquella concentración. ¿Darían pan allí, darían vino...?). El reducido y expectante gentío había remontado callejas y callejuelas, muy interesados sus componentes por la comparecencia aquella, y siguiendo los pasos del trío de la harina. De vez en cuando, algunas mujeres vitoreaban a la patrona de la ciudad. Una vez llegada aquella gente ante el Olympia —Selim observaba, explícito y disponible, y desde muy cerca, como sabía Abdallah. Éste le hacía un gesto con la mano, rodeado como estaba de convecinos del arrabal y a dos pasos del juzgado. Charlaba el grupo sin levantar mucho la voz y por aquello de su cercanía al establecimiento. De las personas que transitaban por la calle, algunas terminaban por detenerse para preguntar qué era lo que pasaba, y, una vez sabido del caso, unas se quedaban por enterarse de algo más y otras optaban por seguir a lo suyo. Las que se marchaban de inmediato quizá pensaran que quedarse allí podía perjudicarles, comprobado que aquel personal era "gente de la playa" mayoritariamente, una catalogación cómodamente peyorativa de aquellos años. De aquel barrio de la playa podía proceder casi todo lo malo posible, entendido el lugar como nido de comportamientos humanos marginales. Sólo algunos de los transeúntes se quedarían un rato, la espalda apoyada contra cualquier fachada ni próxima ni muy apartada. Con la avidez disimulada que había por conocer cualquier novedad callejera, algunos de ellos se alejaban como para seguir su ruta, pero se paraban unos pasos más allá. Había unos cuantos enfrente de los bares que, a derecha e izquierda, prestaban atractivo al rodal aquel. Quienes iban en dirección contraria observaban la misma actitud,

permaneciendo a la expectativa y sin perder de vista las ventanas de la primera planta del juzgado, que hacia allí miraba todo el mundo de cuando en cuando...

En la citación al Persona sólo había intervenido personal del juzgado. Ni municipales ni guardias civiles, que no estaba el horno para bollos ni añadidos escénicos, visto además que a los tres de la harina no se les había observado rebeldía alguna. Todo lo contrario. Contemplada desde la óptica del señor juez, aquella docilidad era preocupante. Cuando menos, semejante disposición suponía una determinación interesada y propia de quien busca responsables al reconocerse en el vórtice de una estafa de la que es víctima directa y junto a otros. El Alqamah y los suyos se habían constituido, con aquella su actitud de colaboración, en algo como acusación de parte afectada en un fraude social de lo más punible. Simultáneamente, el rumbo que tomaba el asunto ponía a los gestores municipales en visible y subsidiario aprieto. Se les veía molestos e irritables, sobre todo porque aquella patata caliente se había puesto en circulación sin ellos poderla torear con la mínima naturalidad. Y algo parecido ocurría con los habituales y expeditivos falangistas, solemnes custodios de la doctrina del Movimiento. Se les advertía huidizos y retraídos en la calle y en los establecimientos oficiales de la ciudad por donde pululaban diariamente con aquella su marcialidad de opereta. Teóricamente, sólo el alcalde podía sentirse tranquilo, más que nada porque sólo llevaba diecisiete días en el cargo, sustituto del anterior, que saliera por motivos ajenos al lío del presunto fraude. ¿Por motivos ajenos? Sin duda, algunos de los que mandaban seguían pensando que gobernaban a un ganado de idiotas.

Casi una hora después de pasar los de la harina ante el juez —"los de la harina" serían posiblemente para siempre— ya volvían a la calle con mucha y comunicativa tranquilidad. (La del Alqamah era casi irreverente, aunque no desafiante. Y lo era porque él ya creyó antes que, en el peor de los casos, no le iba a pasar, ni de lejos, mucho más de lo que año tras año ya le había pasado. Aunque si admitía esa posibilidad era sólo para no aparecer como el ingenuo que se perdona a sí mismo un delito o falta... sin tener en cuenta la óptica del juez).

Como ya se había entendido, no hubo necesidad del testimonio del pastor, y Selim quería deducir de ello —¡cuánto le habría gustado!— la posibilidad de que pronto se le aplicara aquello de la "conducta irreprensible". El Persona había tenido ocasión de señalar —metió esa parte como si fuera una cuña— que el pastor sabía de los tumbos de la harina y de su ocultación en el lagar aquel de San Antonio de las Huertas.

Estando aún el cabrerizo en las cercanías del juzgado, pudo ver cómo entraba en él un oficinista de los ingenios fabriles de la localidad, aquel que trepidaba a pocos pasos de la estación ferroviaria, y poco después, al trajeado hombretón que era el padre de Alejo, inseparable de su opulento portafolios, de muy grave

y misterioso continente. Ambos dos entraron con cierta celeridad en el edificio, sin dirigirse la palabra ni cruzar ademán alguno. Poco faltó para que tropezaran con jefe Zénete, cuya cara afectaba mayor seriedad de la que en él era, digamos, habitual. El municipal dejaba el edificio y se alejaba, ensimismado como siempre, calle abajo. Un forastero salía en aquel momento del bar Oriente y cruzaba con él unas pocas palabras. El cabo se volvió y miró hacia el juzgado. Después continuó calle adelante en dirección a la Plaza de la Nueva —¡y penosa!— España... El desconocido aquel —no para Zénete, según advertirían algunos— era un individuo requetepeinado y luminoso de brillantina, con pajarita chillona y patillas más bien largas. Había aparecido por el bar la mañana anterior. Debía de ser alicantino de la capital. En el bar comentaría que tenía muchos conocidos en nuestra ciudad, industriales del cáñamo y dueños de embarcaciones de pesca de mucha nombradía, etc. Desde que se presentara en el local, y como se supo después, entraba y salía del mismo con frecuencia. Si se ausentaba, volvía a la barra una hora o así después, y quizá se tomaba un vermú. (Peroraba aquel individuo sobre cómo el sifón era el vehículo que llevaba directamente el alcohol al cerebro, vehículo barato a base del efervescente gas carbónico...). Los ocasionales ocupantes de las mesitas inmediatas al mostrador, y oyéndole hablar machaconamente —¡vaya el desparpajo que se traía!—, no terminaban de averiguar a quién dirigía su inconexa verbosidad, y disimulaban su malestar como podían. Alguien que allí era un desconocido —aunque hubiera entrado y salido y consumido con frecuencia— no tenía por qué llevar la voz cantante entre gente a la que no conocía de nada. ¿Qué pretendía el tipo? ¿Trabar conversación, hacer amistades, vender algo? ¿Quería venderles alguna cosa? El sentido común aconsejaba andarse con prudencia... y, a poder ser, averiguar cuanto antes qué era lo que buscaba el de la pajarita. La mañana del día anterior, y después de tomarse un café, salió a la puerta del bar y estuvo mirando en los dos sentidos de la calle, como si se hubiera citado allí con alguien. Y mientras entraba y salía de vez en vez, ya se dirigía al chico de la barra por su nombre de pila.

—Miguelito, una ración de almendras y un tinto.

El interpelado, que tomaba aquella aproximación casi como un halago, ya le era como incondicional al mediodía de la primera jornada. La mayoría de los otros clientes que por allí habían pasado ya se preguntaban quién diablos sería el tío de la brillantina y la pajarita. Porque sospechaban que fuera un falangista. "No. Con esas patillas tan largas, yo te digo que no lo es. Con esas patillas, más bien sería un legionario de Ceuta y de permiso". Los otros dos le daban la razón. Ya cerca la hora de comer, la barra se iba poblando y aumentaban la concurrencia y la diversidad de los clientes, bastante extrovertidos con sus comedidas bromas y asépticos comentarios, insustanciales en su totalidad y ya de oficio. En ese punto,

el propincuo forastero abandonaba el lugar otra vez. ¿Comía en la fonda de la calle Cervantes?

—¿Quién es? — preguntaba el de la gaseosa en la mano.

—¿De dónde ha salido ese tío? — quería saber otro. Podía ser que la nuestra fuera una ciudad donde la aparición de algún forastero levantaba las alarmas más agudas y tercas. "Quién es y qué hace aquí" eran las cautelas más al uso entre los nativos, desconfiados siempre ante personas nunca vistas antes. Y mucho más, si, por su indumentaria y maneras, se les antojaba alguien con autoridad de cualquier naturaleza. Eso suponía la inmediata actitud de hacerles el vacío más perceptible... y hasta ridículo.

—No se sabe nada de él —decía el camarero—. Y él a mí, como si me conociera de siempre. ¡Yo es la primera vez que le veo en mi vida! Ayer mañana entró por primera vez, temprano, a eso de las nueve y media, ¡y como si hubiera estado aquí siempre, el tío! Se va un rato, después vuelve... y así. Va y viene.

Querían saber si había preguntado por alguien. Nada, salvo que conocía, según su decir, a gente de la ciudad por nombres y apellidos. "Ha preguntado no sé qué al cabo de los municipales, que pasaba por aquí esta mañana a eso de las once. Me pareció que se conocían. Se conocían de antes, sí. Eso, seguro.

—A mí me recuerda a alguien —saltó uno, esforzándose por recordar. (Evocaba algo de un suceso relacionado con determinados hiladores sindicalistas, gente que cuando la guerra habían estado implicados en la CNT o la FAI). ¡Claro, sí, sí! ¡Ahora me acuerdo, sí! —Y bajaba la voz y se encogía, como hurtando superficie íntima a oídos indiscretos—. ¡Eso es! ¡El asunto aquel —susurraba— de la mierda en la cara de Franco en el año cuarenta y cinco o cuarenta y seis! Ese tío estuvo aquí cuando hicieron la redada de la mierda. ¡Algunos de aquí estuvieron retenidos tres días y tres noches en el campo de fútbol! ¡El asunto de la mierda, claro! Este tío llevaba la batuta de los interrogatorios. Éste mismo, con otros dos más de fuera.

Recordando aquello —sólo algunos con cierta precisión—, se sintieron afectados por un grave escalofrío. La efigie de Franco, evidente en las paredes de algunos edificios y en tapias que ostentaban la leyenda de "Franco, Franco, Franco. Arriba España", había aparecido pintarrajeada con gruesos trazos química y cromáticamente escatológicos, o sea de mierda, y se produjo un revuelo de mil demonios, y hubo muchos detenidos en la ciudad. Aquellos que aún persistían en el punto de mira de las autoridades, casi los mismos de siempre, fueron concentrados en el campo de fútbol... y se procedió a duros y repetitivos interrogatorios con el concurso de elementos de la policía secreta venidos desde la capital. Fueron jornadas de oscuras recordaciones, la gravedad de las cuales sentó muy mal a los elementos que eran considerados republicanos. De ahí que se endurecieran las líneas de la represión que, al decir de los mandos políticos, habían perdido rigor. Tamaña estupidez, perpetrada por imbéciles elementos antifascistas, no podía traer nada bueno

para el clima político y social de la ciudad, intensificado en represalias por el hecho de no haberse encontrado autor comprobado, o autores, de escarnio tan flagrante.

—¡Ese tipo es de la Secreta. Sí, hombre, estoy seguro. ¡Antes llevaba bigotito! ¡Estuvo aquí dirigiendo los interrogatorios! Ahora me acuerdo bien...

Y unos días después se sabría que el tal individuo había venido a la localidad con una misión harto rarísima en aquel ambiente social, impensable para la mayoría de los sojuzgados por la represión ambiente: venía a hacerse cargo de uno de los industriales de la ciudad, y sin rodeos ni demoras, expeditivo. De orden de la superioridad. Podía bastar con esa presa, de momento —siempre de momento, y por las connivencias al uso—, para que la operación produjera una simple y breve nota en la Prensa del Movimiento, con el consiguiente difuminado del asunto: "Un industrial, detenido y encarcelado por ocultación y estraperlo de harina destinada a las clases humildes". Por ahí, más o menos...

* * *

Alrededor de las once de aquella mañana —como ya se ha dicho—, el Alqamah, Jaiffa y Pepetón salían del edificio de los juzgados, poniéndose de camino hacia el arrabal. Todo el mundo quería saber los detalles del interrogatorio.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Qué ha dicho el juez?

—Nada malo. Me han preguntado —explicaba Abdallah, buscándose la petaca— y he contestado con todo lo que sé de la harina. Creo —añadía mirando a Selim y bajando un tanto la voz— que tienen más miedo que nosotros... y que están hechos un lío. Pero nada.

En la calle, la concurrencia que les acompañara se enteraba enseguida de cuanto necesitaba saber, y algunas mujeres querían gritar algo, pero Abdallah se les anticipaba:

—Vámonos.

Conteniéndose la euforia —y entendido que, lo más seguro, no tendrían que renunciar a la harina—, se iban con sus comentarios calle principal abajo, observado el grupo por media docena de clientes del Ideal, congregados silenciosamente ante su puerta. Desde la acera de enfrente los transeúntes hacían lo mismo, detenidos un minuto y preguntando a individuos de la acera opuesta con gestos para averiguar de qué iba toda aquella movilización: gente del arrabal playero en la calle principal de la ciudad, cosa nada corriente, bastante insólita.. Albdallah liaba un cigarro rodeado de camaradas y vecinos de allá abajo junto a Pepetón y Jaiffa. Caminaban unos pasos y se detenían. El corpachón del Persona sobresalía por sobre el grupo. (En algunos balcones de la gente bien, a un lado y otro de la calle, persistían asomados, casi vertidos algunos bustos humanos. Escudriñaban con el adivi-

nado deseo de saber qué había ocurrido esa mañana en el juzgado. Algo tendrían que saber de asunto tan peliagudo, pero escrutaban los rostros y los ademanes de los concentrados en la calzada y las aceras por si conseguían enterarse de la última hora de aquello. Por nada del mundo se habrían atrevido a preguntar a semejantes facinerosos, que así tenían catalogado al personal de aquella barriada...).

Poquísimo después, uno de los tres taxímetros de la localidad subía desde la Plaza de la Nueva España y se detenía ante el juzgado. Con el taxista venía el actuario del juzgado, que se apeó para entrar en el edificio. Los escasos curiosos que aún se movían por allí vieron luego cómo el señor juez, el actuario mismo y un escribiente se aposentaban en el vehículo. Este último portaba una carpeta forrada de hule gris tirando a azul. Maniobró el taxista, enfiló la bocacalle inmediata a su derecha y el automóvil desapareció en dirección Norte, podía ser que rumbo a San Antonio de las Huertas. El taxista Llinares, tan discreto y serio él, diría por la tarde en el taller mecánico —y era su lamento— que había llevado al personal del juzgado a aquella barriada rural, en uno de cuyos terrenos se habían bajado y permanecido aproximadamente diez minutos, podía ser que algo más. Después pasaron al otro lado del río por el viejo puente..., yendo de aquí para allá y deteniéndose en diversos terrenos de Poniente. (Delante de la casucha de la harina, y después de que el señor juez y compañía inspeccionaran su interior, estudiaron el barullo de las rodadas de carro y sus intersecciones en el terroso suelo. Vieron, asimismo, y además de varios tipos de huellas de calzado, las bien impresas huellas de ruedas de caucho, además del rastro clarísimo de ruedas de carro y diferentes herraduras de equinos). "Salieron de la casita —decía el taxista— con los zapatos blancos de harina". La consecuencia del viajecito bien la sabía él, y consistía en el ajuste de las ballestas. Si sacaba cuentas, las sesenta y ocho pesetas de su nota no le bastarían para el taller. ¡Y sin contar el tiempo que pasaría antes de que le fueran abonadas! A pesar de no comentar las conjeturas escuchadas al personal del juzgado según se movían por el campo —la discreción de los taxistas era notoria—, en la ciudad ya se hablaba del añadido: había aparecido más harina en otro sitio. Y se hablaba del antiguo lagar, aunque trujales para la uva había dos, uno en la huerta de San Antonio y el otro, a pocos pasos del molino llamado de Abajo. ¿Cómo se enteró la gente del segundo escondite de la harina? Con seguridad, el rumor no lo habían propagado Selim ni la gente del Alqamah.Y no era creíble que alguien del juzgado se hubiera ido de la lengua en tal asunto, máxime cuando quizá se esperaran más hallazgos. La sensación de impunidad que tendrían los confabulados, o la idocia de alguno de sus peones, les habría hecho creer que aquel contingente de harina podía pasar desapercibido en donde se había depositado por unas horas..."Será cuestión de unas horas —se habrían dicho—. Luego los carros harán lo que queda, y asunto concluido". Pero por muy incultos o en barbecho, o abandonados, que estuvieran los campos en la cercanía del pequeño complejo, por allí discurría un

camino huertano y siempre había hombres, mujeres y algún que otro arrapiezo, que se descolgara por el lugar. Había gente —una muy grave constancia en la Historia de la Humanidad— que estaba segura de que el prójimo era tonto, igual que si no tuviera ojos en la cara o careciera de instintos. Los superlistos de la harina, muy propios en ese papel de sabihondos, estaban ahora a punto de ser localizados y quizá divulgada su trama con nombres y apellidos... Y era en aquellos días cuando se henchían de callado gozo los tristes destinatarios del revanchismo de la derecha política. Los estúpidos desaprensivos que habían perpetrado aquel fraude le habían complicando la vida al gobierno municipal. Mientras tanto, en la ciudad, y muy lógicamente, algunos podrían estar preguntándose —no era para menos— si antes habría habido otros casos del mismo tenor o parecido..., y sin que se hubiera atisbado señal alguna.

—A lo mejor ha pasado otras veces y ni siquiera se ha sospechado, ¿verdad?

En efecto. ¿Era aquélla la primera ocultación o habría habido otras anteriores? Más que con lenguaje explícito, con insinuaciones graves y en clave inteligible, la rebeldía solapada de algunos señalaba a conocidos personajes cuya riqueza aumentaba a ojos vistas, podía ser que con negocios de gran calado en el mercado estraperlista. De esa gente con facilidades "por ser vos quien sois" y oscuras connivencias se podía esperar todo, vista su mezquindad diaria y con qué insomne tesón acumulaban poder económico a costa de lo que fuera. Por eso, y en la calle, había ojos que miraban con deliberada insistencia a los que la gente creía implicados en la subsidiariedad de aquel flagrante robo de la harina. Esas miradas se ejercían intencionada y tenazmente porque suponían el único acoso vengativo que no comportaba riesgos. Se esperaba descubrir sonrojos culpables o percibir lividez en la cara de individuos de habitual altanería e impunidad. Eran las tornas, naturalmente, y parte de un inesperado rédito al que pocos de los ninguneados a diario estaban dispuestos a renunciar: mirar cara a cara al prepotente aunque sólo fuera por su sabida o supuesta ubicación en la facción de los ladrones.

—Pero ya verás cómo ésos se las apañan para que no les pase nada, ni grave ni leve. Son muchos y "viajan" conchabados. Los sinvergüenzas se apoyan muchísimo unos a otros...

* * *

—¿Y qué dijiste?—preguntó una mujer de entre aquel ávido corro de vecinos.

Todos aquellos rodeaban al Persona en el interior de su casa y con la misma atención que pone el nieto cuando el abuelo empieza a contarle el cuento. (Nadie parecía notar que allí ya no olía a pescado desde hacía como una semana). Además de unas cuantas mujeres de edades de entre dieciocho y cuarenta y tantos años,

estaban allí el Pepetón, Boliche, el llamado Sebastián y un cuñado del Giraleig, primo segundo a su vez del empobrecido indiano Bonseva. (Bonseva era aquel hombre pequeño, siempre callado y con las manos en los bolsillos de la gabardina, que vestía igual que el Humphrey Bogart de "Más dura será la caída"). En aquel momento, llegaba Jaiffa de la fuente con la damajuana llena, y apenas si podía entrar.

—Yo dije —narraba el Persona— lo que pensaba cuando me encontré cara a cara con la harina, que es lo que pienso ahora: que aquello era un milagro de Santa Marta; y que, con tanta hambre como pasa la gente cada día, ella ha venido a ayudarnos. —Se calló. Volvía a prender fuego al cigarro, renuente a quemar —.Y luego dije —continuó—, se lo dije dos o tres veces, que allá aún quedaba mucha más harina en sacos y más sacos apilados...

—¿Y qué dijo el juez?

—No dijo nada: le dio una tos muy fuerte.

—Pero luego diría algo, después de la tos... ¿Qué dijo? —Era fundamental para muchos de la barriada que se confirmara cuanto antes, y entre otras cosas, si tendrían que devolver o no aquella harina. Fundamental. Y querían saber si del clima del interrogatorio se desprendía la certeza de que no, de que no se devolvería.

—Le extrañaba, y lo repetía —proseguía Abdallah—, que no viera yo huellas de vehículo alguno delante de la casita. Le volví a repetir —añadía Abdallah con su redundancia la más común— que era de noche cuando llegué allá arriba.

Siguió hablando —y sin que se le notara si tenía muchas o pocas ganas de hacerlo—, y contaba luego que había repetido varias veces, cuatro o siete —algunos marineros medían así—, lo del milagro: que creía que la Patrona había querido que tuviéramos pan los más pobres de todos. Y que quiso Santa Marta que la harina apareciera en sitios diferentes, y que... Al juez no se le iba la tos, no se le pasaba. (Seguramente por ello, por aquella su tos, no podía evitar que el Alqamah se repitiera tanto con aquello del milagro). Hasta que pidió al ordenanza que le trajeran un vaso de agua. Después de beber poquito a poco, se rehizo el señor juez y quiso saber en qué otra parte del campo sabía Abdallah que había más cuerpo del delito.

—Le dije que yo no había estado en el lagar..., pero que allí fueron vistos unos cuantos sacos más, una docena, más o menos...

—¿Y cómo sabe usted eso? — le preguntó su señoría.

Respondió Abdallah que de ello le había informado muy bien un pastor amigo, Selim Algarba. En ese punto llegaba la ocasión para que quedara constancia del aludido. Y acababa de insertarlo en la respuesta, como había sido su propósito.

El juez guardó silencio un minuto, aunque mirando al Persona con fijeza, y seguramente con mucha curiosidad. Hacía poco tiempo que ejercía en nuestro juzgado. Tomó otro sorbo del vaso y quiso saber del Persona —ya se había hablado de aquello al comienzo— si se había tropezado con algún camión o camioneta moviéndose por aquel paraje. Abdallah dijo nuevamente que no. Pero que su ami-

go el pastor sí que se topó con huellas de vehículos en la pequeña explanada del abandonado lagar referido, y a pesar de los hierbajos y matorrales que allí crecían... Huellas de ruedas de carros y también de una camioneta. Y que el pastor era buen lector de esas señales.

—Es extraño —se le escapó al juez en voz alta— que no hubiera huellas de vehículo alguno cerca de primer almacenaje. Claro que —añadió, mirando muy fijamente al declarante—, tratándose de un milagro, como ha expuesto el dicente... —El Persona ya sabía que el dicente era él mismo, el Persona. Se lo decía su experiencia ante distintos jueces y a lo largo de unos cuantos, demasiados años.

Después de aquello —remataba Abdallah, soltando todo el aire de sus pulmones—, el juez les permitió marchar, sin preguntar a Jaiffa ni a Pepetón. Y sin señalar a ninguno de los tres para nuevo interrogatorio. Por otros asuntos, el Gigante de la Harina recordaba un montón de comparecencias, algunas con preludio tormentoso de empellones, culatazos y bofetadas. De los civiles, por supuesto...

Él había tenido en cuenta que "un milagro no requería necesariamente de medios materiales de transporte" —que por algo aquello era cosa portentosa—, y lo que respondió en el interrogatorio sobre esta clase de medios fue todo lo contrario de lo que, muy al detalle, había pensado exponer al principio sobre el camión, el reventón de una de sus ruedas... y la irascible manifestación de chófer y ayudante cuando vieron que ya no tenían la de recambio. Lo del Alqamah en el juzgado, callándose todo eso, hubiera dicho Pitágoras, “es lo que se llama restricción mental, que no mentiras...”

COROLARIOS PENÚLTIMOS

Casi una semana después del contacto de Selim con Abdallah y su compañera, el ilusionado pastor reapareció en nuestro taller. Al llegar a su puerta se cruzaba con Almy y con otro conocido nuestro. (Se iba Almy, como comentó al salir, a cumplir unos encargos de Abrahim Ambuneya). Respecto al pastor, hacía unos cuantos días que no se veía por los talleres. Los pastos —decía— se consumían a toda prisa y tenía que rodar con el ganado por lugares más apartados y difíciles. "Está todo muy seco. Escasea el pasto hasta en los terrenos de Luciano. (A Luciano, aquel albaceteño, le llevaba unas cuantas ovejas en el ganado, según trato de éste con don Miguel y a cambio de poder entrar en su herbazal del Cuesto del Moro o Cantal de Arriba. En aquel sitio, recogido congosto de la umbría, era agradable ver pastar a los animales por la frescura que tenía la hierba. Pero, sin lluvias, el pasto dejaba de sacar renuevos. El trayecto para llegar allá era algo complicado, peligroso a veces, de modo que el cabrerizo llevaba mucho cuidado allí con las ovejas, sobre todo: y lo mismo hacía con Nandi, no fuera que unas u otro se despeñaran al atravesar desgarros y salientes para descender a la depresión de la hoya acogedora. El cabrero podía resistir en el monte hasta casi dos semanas, decía. Con hambre y escasez de casi todo, desde luego. Y se lo pensaba dos veces, porque ni él ni el perro tenían por qué arrostrar tanta privación. "¿Qué culpa tiene este Nandi? Ninguna culpa" Si lo decía en voz alta, el invocado se detenía, atiesaba las orejas sabiamente y se le quedaba mirando. "Nada, nada, Nandi: estaba pensando en voz alta").

—Maestro, me sentaré un ratito —decía Selim, uniendo la acción a la palabra.

—¿Y qué sabemos de eso de la harina? —Al-Actar estaba en ascuas. Hilvanaba una bota tras otra, nervioso quizá ante la expectativa de cualquier dato más.

El cabrerizo parecía organizar el torrente de las cosas que podía decir —aunque no eran tantas—, y, mientras suspiraba con euforia perceptible, decía:

—Mire, eso de la harina..., ¿qué quiere que le diga? Eso va a resultar más serio y embrollado de lo que algunos puedan pensar. Tiene que reventar como un cuero lleno de aceite... y unos cuantos resbalarán y se pueden romper la espalda. Ya verá usted, y muy pronto, seguramente.

El renegrido y cenceño cabrero contó allí cuanto sabía, si bien usaba de la versión convenida con el Persona. La que consensuaron por ser conveniente para ellos. La contribución de las mujeres del barrio de allá abajo —comentaba— estaba

siendo de mucha ayuda. Acusadas de señalar la autoría del portento de Santa Marta —la gente bien tenía patrimonializadas las cosas sagradas desde siempre—, aquellas vecinas contribuían, eficaz y espontáneamente, con la siembra de su testimonio por doquier. Pero apenas si importaba que se quisiera desactivar lo ocurrido diciendo que todo aquello era cosa de mujeres y de sus interminables chismorreos, porque el suceso reunía los elementos incontestables del prodigio. Además de milagroso, era como una florecilla perfumada de la justicia celestial, apiadada de quienes más venían necesitándola entonces y allí. Por otra parte, Selim y el Alqamah habían acordado que el pastor, y respecto al juez, quedara sólo como informante del segundo, que no al margen. Les parecía mejor que Abdallah revelara a su señoría, si se terciaba o no, en qué otro lugar habían aparecido más sacos de la misma harina. El abandonado trujal era uno de ellos... y ¿quién sabía si iban a darse otras apariciones...?

—¡No sería raro que hubiera más harina repartida por ahí! ¡No sería extraño! remachaba el pastor con un brillo de luz en sus ojos. De aquella forma —se ilusionaba—, se conseguiría que la autoridad municipal viera que la gente contaba con algo más que rumores. Mujeres de hiladores y de la gente de mar, sobre todo, habían pregonado cómo Santa Marta, apiadada de quienes más carencias sufrían, había acudido en su ayuda con tan clamoroso portento. ¡Y cuánto le hubiera gustado al pastor merodear sin el ganado de aquí para allá, visitar los lugares que estimaba más lógicos para ser escondidos unos cuantos sacos más!

—Eso de encontrar tanta harina—decía entonces Al-Actar, emotivamente— no ha sido más que un milagro. ¡Eso es un milagro, aunque algunos no quieran!

—¡Más de cincuenta sacas tiradas por ahí! ¿Y quién va a ser el guapo que diga "Ojo, que esa harina es mía, o esa harina es nuestra?" ¡A ver quién se atreve!

—¡Ahí está, ahí! ¡A ver quien las reclama! ¡Pues nadie!

Sobrevenía un silencio. Quizá pensaran en el significado religioso de aquella dádiva, proclives como eran los dos a la ensoñación más imaginativa. Podía ser que creyeran —como algunos otros— que quizá no estaban solos ante las potestades terrenales inmediatas, y sí contemplados por una justicia superior o providencial, cosa con la cual no se solía contar. Tras esa información de Selim, preguntó él al botero si el peón de albañil, aquel Almy dicharachero, había dicho algo del asunto aquel. "Me ha dicho, y lo dice por donde va —contestó el artesano—, que unos sinvergüenzas han robado la harina de los pobres. De los más necesitados. Y de ahí no le sacas. Se pone muy violento, y le acomete ese nervio suyo de mover los hombros cuando habla de injusticias. No puede con las injusticias, se alborota y grita ¡Y luego no es nadie de buena persona que es!"

Los bullangueros cofrades de parranda del manobre singular, aquella recalcitrante hermandad de infortunios físicos, caminera y rondadora de tascas, tabernas y bares, no es que ignorasen lo sucedido, que no andaban desorientados del todo. Sabían lo de "la harina de aquí y de allá", de la harina viajera, oculta, disimulada y dispersa, y sabían también otras cosas. Entre todos ellos, itinerantes y muy habladores e incombustibles, podían disponer del abanico completo de los rumores ambientes. Pero, más allá de los juegos de palabras, conjeturas irónicas y salidas chuscas a coro, ¿qué mayor calado intelectual podría suscitarles el fraude de "las manos en la masa", reconociéndose ellos mismos la solemnidad inapelable propia del cero cuando colocado a la izquierda? Reconocían, y era claro que exageraban, que nadie esperaba de ellos su opinión sobre aquel vergonzoso suceso.El empeño natural de sus miembros radicaba en sobrevivir... trabajando en lo que fuera. Los unos pescaban por su cuenta o en compañía con un modesto bote y otros laboraban con el cáñamo, su fibra enrollada en la misma cintura de los borborigmos infames y pesadamente ácidos, bien acosados por un sol de justicia, bien ateridos y canturreando penas en invierno, quizá bajo el aguanieve, o azotados por el topetazo terne del viento cortante de la sierra. Horas y más horas junto a los chicos de las ruedas, víctimas los unos y los otros de aquella perdurable y desencantada situación. No faltaba quien de ellos trabajara en alguna que otra parcela agrícola del regadío posible, o en la obra como peón, si no acuciados por el paro. De modo que, aun sabiendo algo de lo que estaba ocurriendo —para ellos, un fraude más infligido a los desgraciados de siempre—, únicamente podían esperar —y era muchísimo— a que ciertos peces gordos recibieran el escarmiento merecido. Y si no, pues a seguir, y siempre dispuesta la palma de la mano, o ambas, para que, bajo la férula del mandamás, se les descargara el palmetazo del mando y ordeno, y sin apelación conocida. La última vez que esta pintoresca y lamentable congregación se había organizado para pasar un fin de semana en la casita campestre de la parentela de uno de ellos, al disponer la redes para cazar pajaritos entre el arbolado, sólo cobraron uno, ¡uno en toda la mañana! Al retirar la paellera del fuego, lista para ser comida, el solitario y patético pajarito figuraba guisado en el centro geométrico de la paella, como una muy expresiva heráldica de la escasez más cruel... Nada de liebre, conejo o pollo —vedados por su escasez y coste—, sino el pajarito, sobrecogedora señal de la miseria. ¡Aquel pobre pajarito!

Lo del pajarito venía a ser la rúbrica de la chacota, la socarronería... y el trago de vino de la bota. Después de la siesta, más vino y también canciones, a las que se acompañaban —¿qué se le podía hacer?— con la guitarra residual, aquella a la que le quedaba ¡una sola cuerda! Pero con aquel runrún bastaba para las desgarradas y anárquicas voces corales.

Encontrándose Almy colocando el marco de un ventanuco en una de las viviendas que daban al río, y cerca del puente de la carretera, se tropezó allí con un

par de hojas del periódico del día anterior. Al poco ya estaba leyendo el dictado gubernativo de precios para aquellos días, a saber: carbón vegetal a 0´65 pesetas el kilo (para gasógenos, a 1´10 pesetas). La ternera, a 23´75, aunque la de segunda categoría circulaba, si lo hacía, al obligado precio de 14´75... Brevas, ciruelas, sandía, leña, leche de vaca..., si no resultaba una cruel y persistente entelequia, se podrían adquirir por precios de 1´55, 2´40, 1´10, 1´85, respectivamente, mientras que la leña no podría sobrepasar las 0´35 pesetas ¿el kilogramo? Justo al lado de aquella sección, en donde no figuraban ni patatas ni arroz, venía la cartelera de Alicante capital: "Policía Montada de Canadá" y el "Buffalo Bill" de Gary Cooper, las cintas más atractivas de todas. Pocas noticias interesantes traía el periódico, torrente desbordado de notas religiosas y sobre Falange y Sección Femenina, sin obviarse las primeras comuniones, las seriadas actividades de las mujeres de Acción Católica y de las Madres Capuchinas... Aparte pero no muy alejada, venía la convocatoria del Rosario de la Aurora, así como reseña de formaciones vinculadas férreamente a la Iglesia. Cuán sugerentes éstas por su denominación: Congregación Mariana femenina, Adoración Nocturna, la Congregación Mariana de Sirvientas... y otras. Aquel berenjenal relativo a la Otra Vida era lo que la Iglesia prometía a los menesterosos, pobres y enfermos: que serían felices de manera aplazada, claro, y por ella misma decidido— después de muertos... y convenientemente arrepentidos y contritos, lógicamente. Era una compensación burlonamente aleatoria, porque la felicidad de los pudientes se disfrutaba, como muy bien se sabía, en la vida terrenal, con toda su regalada anatomía pisando el suelo. Almy se preguntaba, además, cómo podía alguien interesarse por una religión que tenía al cretino de su tío entre su clientela. Pero abandonaba pronto esta reflexión, quedándose pensativo ante la enfatizada noticia relativa al Generalísimo: el Excelentísimo Caudillo de España —por la Gracia de Dios— llegaría a la capital alicantina la semana siguiente... ¿Llegaría de espaldas o de cara al sol? A lo mejor creía aquel militar vengativo que los masacrados alicantinos se habrían olvidado ya de las víctimas civiles producidas por los **Savoia Marchetti 81**, de aquellos sus muertos y de tantas otras cosas contra la población civil... (Si alguna vez el Caudillo aparecía por la provincia —que alguna vez lo hizo—, la policía secreta, y ya dicho aquí, buscaba a los antiguos sindicalistas y a los señalados como desafectos... para llevárselos nadie sabía adónde..., hasta que aquel gallo gallego abandonaba el corral, literalmente tomado por sus fuerzas. Eso ya se sabía en nuestra ciudad, que alguna gente mayor ya lo comprobó en ocasión del rimbombante recibimiento ofrecido a Pilar Primo de Rivera. Con su pan blanco orlado por el yugo y las flechas y con camisa falangista, la hermana del «Ausente» había provocado esa clásica «requisa» de gente bajo sospecha por considerados reticentes al Régimen. Se les sacaba de sus casas, quizá con alguna lágrima rebelde o de miedo en los ojos, y porque del Régimen siempre se podía

esperar algo tenebroso... Una táctica que se aplicaría hasta muy avanzada la década de los cincuenta. Y quizá hasta más allá...).

Nosotros nunca leíamos el periódico y sí el fragmento ocasional con que a veces se envolvía el pescado. Pasaban meses enteros sin ver de cerca el ejemplar que a veces leía algún maestro en la hora del recreo mañanero, y que otros de sus colegas observaban simultáneamente... y de gratis, como decía Rodrigo. De haberlo hecho, seguramente nos hubiera conmocionado una concomitancia restallante: «Gilda» acababa de contraer matrimonio con el llamado Alí Khan, pero con hache. Además de la perseguida y alegre «Radio Andorra», el parte radiofónico comentó el casorio a través de nuestro aparato Philips, «mejores no hay», que de ahí me llegó la noticia. (Un lujo la radio en casa, y al que no quería renunciar el maestro botero. Ese aspecto del artesano —disfrutar de una singularidad que otros más pudientes aún no se permitían por tacañería— parecía servirle para demostrarse que la intensa dedicación suya a su oficio no le apartaba, ni moralmente, de disfrutar del orgullo expreso de disponer de semejante aparato. Como en el caso de aquellos pesados sacos repletos de melones, o el traerse de la capital un estrambótico pavo para alguna que otra Navidad. No se trataba del famoso querer y no poder. Era una especie de corolario de su tanto y duro trabajo de cada día. (En meses invernales, cuando se producían los encargos de pieles para el aceite, había que coser la piel para cerrarla con un cosido a conciencia. Se usaba hilo de cáñamo de nueve cabos, el de mayor consistencia y grosor, que, además, se embreaba con la cerapez o cerote. Las manos de Al-Actar, sarmentosas, grandes y alteradas por la sal con que se impregnaban las pieles para conservarlas, se le agrietaban en las juntas de las falanges, y en tan doloridas grietas se colaban los residuos de la sal, gruesa y brillante, de modo que aquel trabajo suponía una especie de calvario, a pesar de resguardarse la carne viva con los dediles. Otra batalla de mucha intensidad y trasiegos, de tesón y cuidado, era la de la jornada de la pez. A mí, personalmente, me provocaba repelús esa actividad. Desde muy temprano ese día —y sin alusión alguna al asunto en días anteriores—, el pertinaz botero se enfrentaba al fuego de reseca leña para la caldera —en un rincón del patio, y afirmada por Almy en su día mediante obra de yeso y ladrillos—, dentro de la cual ya se habían depositado las sólidas, pesadas y cristalinas piezas de la pez una vez fragmentados sus envases de delgada madera. Esa materia prima, tal y como nos llegaba de Barcelona, y porque su naturaleza físico-química tenía aquellas características, podía volverse meliflua por calentamiento —en verano, se derretía espontáneamente en su envase—, sin perjuicio de que, por tracción brusca, rompiera con fractura limpia, curiosidad que mostrábamos a veces a los de la pandilla...

No me gustaba la jornada de trabajar la pez porque rompía con la placidez habitual del obrador, movilizándose con estudiada cautela muchos elementos: bo-

tes, cazos, depósitos, leña a montones predispuestos —de almendro y olivo, por lo general—, fragmentos de arpillera o de viejos sacos de esparto..., todo. Todo alrededor de las volcánicas subidas del nivel de la pez en la caldera, sobre cuya masa, ya líquida y embravecida por la insistencia del fuego, se vertía agua de cal, cortaduras de cebolla y también chorros de vinagre... para que su masa, tan peligrosa y agresiva, soltara los humos indeseables y perdiera amargor. Ese día todo andaba revuelto, manga por hombro, como en una grave emergencia que hiciera difícil recuperar el sosiego diario del taller... y también de la vivienda. Pero aquello tenía que ser así, aunque sus peligros e impertinencias se prolongaban hasta el anochecer..., cuando el obrador —y el patio con la higuera y las plantas digamos ornamentales— había quedado como un destartalado campo de batalla. Y debido también al penetrante olor a pez que nos envolvía, repelente por sus connotaciones de violencia de fuego, no por otra cosa. De aquella complicada jornada —que, gracias a Dios, tardaba en repetirse— también tenían que beneficiarse las esparteñas nuevas, cuyas suelas quedaban impregnadas ese día de pez aún viscosa y tibia para pasarlas de inmediato sobre un puñado de arena de la playa. Así cobraba consistencia la suela... y duraba más, aunque todos sabíamos que su empeine de lona no tardaba mucho en irse desprendiendo según correteábamos tras la pelota, bajando y subiendo por los terraplenes o saltando de un bancal al otro cuando huíamos del pactado enemigo o atacándolo sin demora...).

—¡De qué poco ha servido la cosa. Se han roto por el empeine... ¡Aunque estuvieran hechas de hierro, tú las destrozabas igual! —Ése era el comentario de nuestra madre, cruzando a veces el taller con su preciado acopio de boñigas para las macetas.

La tenacidad y abnegación del artesano —que, evidentemente, disfrutaba con su trabajo— no remitía nunca, y menos cuando las atosigadas estraperlistas de la zona le hacían multiplicarse, algunos días hasta altas horas de la noche para cumplir con los encargos. Sus hijos tratábamos de ayudarle en lo posible dejando a un lado los libros de estudio. Pero nunca llegaríamos a su nivel de precisión, eficacia y aprovechamiento al alza de los materiales o materias primas de su oficio, que a él le procuraba una evidente fruición. Era un experto definitivo, inasequible a las adversidades propias de su trabajo, porque, en resumidas cuentas, era un fuera de serie. (A excepción de las pieles, las materias primas para nuestra artesanía las recibíamos de Barcelona a través de varias empresas de transporte. Particularmente, los brocales de asta de toro y la cuerda y las diferentes clases de hilo de cáñamo nos llegaban muy bien empaquetados y recubiertos por dos o tres ejemplares del diario "La Vanguardia", de muchísimas páginas e impreso en buen papel. Aunque de fechas ligeramente atrasadas, solíamos desplegarlos... y leer algunos de los reportajes. Parecía que aquel remitente, don José Espona —tan atento y eficaz para con

nuestro taller— nos apreciaba y podía pensar en cierto interés nuestro por la vida de los catalanes. Era nuestro principal contacto con la Prensa... (A ese industrial nunca le vimos en persona, nunca,... ni él a nosotros, que siempre le pagábamos las facturas a tiempo, cumplidamente).

—Alí Kan ha terminado por casarse con Rita Hayworth.
—¡Rita Hayworth es pecado!
—No, hombre: quien es pecado es "Gilda", tonto de capirote.
—¿Y no es lo mismo?

Había uno —el de siempre— que no se había enterado muy bien, y que procedía enseguida a poner en duda lo del vesánico y escurridizo Alí en aquel caso: que no podía ser, que no se sabía de ningún sarraceno que se casara en los tebeos. Y que los moros —eso, sí— disponían de muchas mujeres y, al mismo tiempo, de una que era su favorita. También decía que los guardianes del harén o serrallo, los llamados eunucos, tenían la voz aflautada como la de...
—¿Como la de quién?
—Ahora no me acuerdo.

Se le zarandeaba convenientemente para que dejara de estar alelado, al menos temporalmente, y se le señalaba que el Alí Kan del Guerrero no llevaba hache en su apellido, y que una cosa era el cine y otra el periódico. Así queríamos creer que había entendido casi todo lo relativo a la abofeteada y sinuosa Rita. Mientras se casaba la bella actriz del "3-Erre" o Tres Con Reparos", un inglés que ya visitó nuestra patria en el año 37 —eso también venía en el periódico—, y por ver cómo andaba de organizado el bando republicano en lucha contra los rebeldes de Franco, volvía ahora a España como miembro de un Comité de Observación de expertos europeos. Nos lo refería Selim, que antes había pasado por la barbería y olía a alcohol clínico. Los comisionados extranjeros buscaban averiguar cómo vivía en España la población en la posguerra. La prensa francesa, dijo "La Pirenaica", divulgaría luego la opinión de este señor inglés, observador ya en su visita de años antes. Ahora se traía a colación —añadía el pastor con intención— la profecía que emitió entonces aquel político inglés, que había dicho que "durante 50 años los españoles están condenados a pobreza estrecha y trabajos forzados, si no quieren verse en la necesidad de sustentarse con la corteza de los árboles". Al respecto, y terminada la guerra civil —y el pastor conocía eso—, la propaganda franquista había publicado que ¡los "rojos" esquilmaron los olivares españoles para que se desangrara la economía española de posguerra! Lo de comerse la corteza de los árboles ya casi era real, y, además, en aquellas fechas circulaba por el país la harina de corteza seca de naranjas. De diversas legumbres disponibles se fabricaba otra harina con que

suplantar al trigo, inexistente éste o que tardaba en llegar desde Argentina en los anunciados barcos.

—A lo mejor ese trigo ya ha llegado... y lo tienen escondido por ahí para repartírselo algunos que yo me imagino...

—¡A mí no me extrañaría nada! ¡Pero nada de nada!

Entre tanto, eso sí, los regímenes democráticos de Europa procedían, ¡por fin! —¿y con qué eficacia entonces?—, a condenar al régimen de Franco. Estaban abochornados, y quizá arrepentidos, por aquello de su "no intervención" cuando España más lo necesitó y mientras apoyaban a Franco fuerzas italianas y de Hitler, sobre todo. Cáscaras de árbol, no. Pero sí de frutas y hortalizas, como aquello del supuesto tabaco hecho a base de hojas secas de patata. ¿Y adónde habían ido a parar esas patatas, el relleno...? (Si alguna vez íbamos a la capital, quizá nos hacíamos retratar en la Explanada, un paseo de tierra flanqueado por palmeras, que se convertía en peligroso paular o barrizal resbaladizo cuando llovía un poco. En nuestro caso, Al-Actar permitía a nuestra madre mercar un kilo de plátanos, ¡un kilo!, aunque, por vergüenza, desaprovechábamos la carne frutal que quedaba pegada al interior de la aromática y suave piel. Desayunábamos plátanos nada más llegar a la capital. Incluso alguna vez comprábamos un exótico coco. Un coco entero que, además, servía para acordarnos de Tarzán y de la inteligente y fotogénica Chita... (Qué tristeza cuando uno veía al abuelo aquel con su nieto párvulo en el jardincillo público: le pelaba el plátano de la merienda, y luego, cuando creía que nadie lo observaba, el anciano lamía atribuladamente el interior de la perfumada piel. ¡Qué asco de vida y cuánta miseria y vergüenza en la que habían llamado la España Imperial...!).

CON EL AÑALEJO EN EL ARRABAL

Recalcitrantes las más de las veces, y quizá hasta la náusea, las mujeres de ciertos vencedores de las "hordas marxistas" se ocupaban en lo posible de que remitiera la vida licenciosa que se daba entre cierta gente pobre y marginada de la ciudad. No podían ellas sobreponerse a semejante escándalo, a semejante y pecadora promiscuidad. No lo soportaban, no podían con ello. Iban sobre ese asunto con paciencia y oraciones, y visitando a los que seguían revolcándose —revolcándose, decían— en la suciedad de aquella transgresión pecaminosa. ¡Cuánta y cuán vigilante persecución del llamado pecado de la carne, como si sólo ése existiera en el universo mundo! ¡Qué horror en los católicos y sus ministros eclesiales ante los desmanes sexuales de los demás! "Sus reconvenciones al pecador por la cosa sexual —señalaba Pitágoras, reticente e inane filósofo—, son mantenidas por la que se titula Iglesia de Cristo con un rigor condenatorio que jamás decae, y que es actitud muy curiosa y digna de análisis. ¿Por qué razón la Iglesia empeña en esa persecución la más sañuda parte de sus energías y efectivos? El apetito sexual, desenfrenado o no, les parece que trastoca sus planes, y será porque entiende que la obediencia del rebaño a sus doctrinas puede disolverse o relajarse si a su adoctrinamiento se opone un adversario tan fuerte como el placer carnal. Pero esas apetencias lujuriosas, continuaba Pitágoras, también atrapan a ciertos curas, como se sabe... Y es que, ¡señores!, estamos hablando de un imperativo natural de la carne que dicen pecadora. Esa lucha, constante y a veces desaforada, tiene su manifestación más obsesiva y gritadora —proseguía aquel estudioso— cuando sus ministros atacan desde el púlpito y dirigen sus coléricos rayos a los corderos que se apartan de esa moral al quedar atenazados por la práctica sucia —sucia dicen ellos— de la relación carnal. Las reses más timoratas de su rebaño se muestran entonces arrepentidas incluso de sus pensamientos lujuriosos..., porque miles de veces les han asegurado que también se peca con el pensamiento. ¡Ah, pero los arrepentidos vuelven pronto a las andadas impelidos por la atracción biológica que sienten por el sexo contrario. Porque no hay escapatoria fácil. Ante esas recaídas, la dudosa inteligencia de ciertos pastores de la Iglesia recomienda que se practique la abstinencia, y no caen en la cuenta de que, según vaya pasando el tiempo, los supuestos fieles de ahora se volverán indiferentes ante tales recomendaciones. ¡Es inevitable, señores! Además, los eclesiásticos, o dígase que algunos de ellos, debieran recordar el famosísimo y obsceno libro titulado

"Los jesuitas al desnudo". A Pitágoras, y cuando leyó semejante obra, le pareció un grave documento con el que los anticlericales, y a principios del siglo XX, intentaron desprestigiar a la Iglesia católica, sobre todo a través del tema del sexo.

Si el autodidacta Pitágoras redactaba tan vastos, agudos y más que chirriantes alegatos —atisbados fragmentariamente por algún estudiante púbero de la vecindad—, sería porque a veces dejaba sus trigonometrías para tomarse un respiro en sus propias elucubraciones con las sobrecogedoras Matemáticas que frecuentaba. Hortalizas y cálculo infinitesimal en un mismo y reducido espacio. Y también las eulerianas, cuya secuencia incomprensible aprenderíamos algunos ¡de memoria! en su día, porque era incapaz de razonárnoslas el esforzado maestro que nos tomaba las lecciones algebraicas, y que era el mismo —¡qué extraña, heroica y pueblerina situación!— con quien leíamos años atrás las delicadas caligráficas de aquel libro perfectamente titulado "Ingenuidades": "El molino: Sigue el agua su camino / y, al pasar por la arboleda, / mueve impaciente la rueda...”

* * *

En el paraje donde, por valerse de la fuerza hidráulica, trepidaba el molino aquel —de priapismos a veces acuciantes y de favores carnales ante pesadas de trigo amigas—, las pintorescas y previsibles gallinas no hacían otra cosa que picotear de aquí para allá, sin solución de continuidad y mientras el tita-tita del ama enfitéutica no las convocara a comida más solemne y ex profeso. ¿Y qué iban a saber ellas —a pesar de calificadas por el vulgo de entusiastas barraganas— de cuanto podía ocurrir, en horas pactadas para la infidelidad y el nudo más salaz en aquellas anfractuosidades que rodeaban al establecimiento molturador? Picoteaban en cháchara monótona en horas lánguidas del sesteo humano; picoteaban sin desánimo aparente, certeras y constantes..., mientras el campanario, bien lejano aunque rector, seguía engallado en su eminencia de piedra monumental y zureos de paloma, de campanas y reloj, y dando horas y pautas de los oficios como en lectura del señalejo establecido. En sus inmediaciones urbanas de feligresía y de interpretado evangelio, las otras gallinas, las de la buenísima intención doctrinal —"Todo es por tu bien", ¿entiendes?"— solían picotear de puerta en puerta, mesuradamente castas por convicción y por fe. (En otros casos, por fatalidad evidente, y rebotadas de noviazgos fallidos). Lo hacían —y era conocido por el común de las gentes— para beneficiarse aplicando lo que ellas creían que era altruismo. (Más de un teórico afirmaba la inexistencia de este valor como generosidad de algunos para con el necesitado. Para esos pensadores, el altruismo era simplemente la búsqueda de la tranquilidad de la propia conciencia de uno...cuanto éste percibía una desgracia que afectaba a su prójimo, individual o colectivo. "Ayudo... y así duermo tranqui-

lo. Porque lo más importante para mí es mi sosiego, mi comodidad... Si no ayudo, no duermo. Y yo no quiero insomnios". Eso era todo).

Ellas picoteaban en grupo, al menos en pareja, pretendidamente suasorias pero acuciando en su más que monótona y dulzona repetición, paternalistas. "Pueden desmayarse extasiadas —rumiaba el trigonométrico— cuando creen haber topado con un infiel redimible, quizá con un tibio. Y mucho más todavía cuando localizan a una de esas hembras que yacen con varón sin el vínculo sacrosanto del matrimonio eclesiástico... Bueno, ¡ahí sí que sí!"

—Ahí se crecen mucho —remachaba, muy a gusto con el tema—, dejándose arrastrar, vehementes, hasta el mismo linde de la furia... diz que divina. Así actúan cuando hay amancebamiento a la vista. Y no acaban de enterarse de que casi se les escucha con la inteligencia cuca y festiva de quien oye llover. Ése es su aire doctrinal, su atmósfera. Latigazos y anatema para los pecados de la carne, y sin meterse jamás con esa otra gente que mercadea impunemente en el atrio de los templos y a su amparo... ¡Vaya pandilla, Casiopa!

—Una tal Jaiffa... Sí, mujer; tú la conoces. ¿Cómo que no? ¡Claro que sabes quién es! Es aquella que estuvo con el italiano aquel en la casa de don Miguel, la del baluarte y la palmera... Que sí: una muy, ¿cómo te diría yo?, una grande y guapetona, cabello abundante y negro y con otras abundancias de pecado mortal. ¡Claro que sí, tonta! ¿Lo ves? ¡Ya te decía yo que la conocías, y más que vas a conocerla; por ese asunto, eso del milagro que dicen, eso de no sé qué harina... ¿Milagro? ¡Qué más querría toda esta gente! —Así reclamaban la propiedad excluyente de la Patrona, como era natural. ¿También la propiedad nuda de cientos de arrobas de harina de socorro? Su posesivo afán de bienes, materiales y espirituales, la creían inherente a su condición de distinguidas por Dios Nuestro Señor, que no en balde eran las autorizadas redentoras de tanta veleidad humana.

—Pues ésa misma, la Jaiffa ésa. Ya verás.

Picoteaban, pacientes y con la convicción de ser rematadamente efectivas, sutiles en sus solapados movimientos de aproximación, con todo su celo —todo su celo, sí— invertido aquellos días de su confusión frente al pretendido milagro. Los vencedores en la guerra, los suyos, les sugerían aquella aproximación... porque, según su insolente decir, poca correspondencia había entre el supuesto milagro de la Santa y la pecaminosa relación de compartir lecho sin estarse casados por la Iglesia. "¡Eso no puede ser, son piedra de escándalo revolcándose amancebados, que así viven y campan! Hay que hacerse con esos dos y apartarlos de las garras de Satanás. ¡Como sea, no importa cuánto pueda costar! ¿Es que ahora se apropian los milagros aquellos que nos avergüenzan con su lascivia y desórdenes carnales?" Las orientaban, pues, para delegarlas en misión redentora, y, ni tratándose de sus bea-

tíficas esposas, accedían a confesarles por qué otra razón se buscaba cerrar la boca a la Jaiffa aquella y a su obsceno barbudo, aquel animal más grande que las personas. Nada de explicar la verdad a sus santas esposas, que ya creían que actuaban únicamente para arrebatar a la pareja la titularidad pasiva del milagro aquel. Ellas, tan pulcramente de misa y trisagios, de rosario y novenas, ¿qué sabían de cuanto estaba pasando con aquel contingente de la maldita harina o qué desazón embargaba, también, al señor alcalde por aquello mismo? De saber algo, sería muy poco. Y ese poco era fácil de desmentir por el vozarrón imperativo del marido sacrosanto de cada una. Y sanseacabó. Pero a sus piadosas mujeres e hijas se les podía escapar la palabra milagro, lo ya tan repetido en murmullos callejeros. Milagro "¡Pero qué milagro!", les gritaba en casa la voz del bruto. Y era que a ciertos señorones del comercio e industria locales ya les daban ganas de plantarse en medio de la plaza y gritar lo que realmente había sido eso que cuatro miserables llamaban milagro! "¿Qué milagro?" Y también, y de paso, vomitar el comentario retenido, la ira disimulada que les corroía ante el desastre de tan mediocre confabulación de los ladrones... (Por otra parte, ¿contarían éstos en el confesionario su participación en el robo? Mejor rezarse una penitencia y no confesar nada de ello, ¿verdad? Rezar para que no se les implicara en la maldita y abortada aventura con aquella harina).

Lo de proponerles el casorio quedaría perfecto, y también la iglesia local hallaría en ello un respiro, la tranquilidad que en aquellas jornadas parecía necesitar. Incluso se podría deducir que los bendecidos por el portento —esto se admitía con la boca pequeña— se acercaban a recibirse en congruente consagración por el favor recibido. Ya puesta en marcha la pegajosa maquinaría reductora, se iniciaba el adobado de la exuberante fémina... con visitas espaciadas pero ya explícitas, volviendo a los acercamientos de oficio de otras fechas. ¡Ah, y los regalos! ¡Los regalos a esa Jaiffa! ("¡Ya te dije que sabías de quién se trataba, bobita!"). Zapatos de tacón discreto; pendientes discretos... En cuanto al vestido, algo modestamente elegante, una cosa discreta, de poco escote, sin opción para el canalillo. Todo lo que viniera al caso, claro. (Concedían, sí, pero siempre censurando y muy próximas a aquellos funcionarios dedicados por la Administración a modificar al alza los escotes de las actrices en las propagandas del cine. Dictaban la longitud de las faldas y en los templos las devotas tenían que usar manguitos para aminorar la perseguida desnudez de sus también obscenos brazos. Y abstenerse de entrar en tan santos lugares sin llevar puestas las medias...). Aquellas dos de Acción Católica tendrían que seguir una estrategia, claro. No había que actuar de buenas a primeras en su aproximación a la compañera del Alqamah, sino planificar debidamente su acercamiento a ella. Lo mejor sería simular encuentros casuales con la mujer y trabar con ella un compromiso mutuo de volverse a ver alguna que otra tarde cerca de su vivienda. ¿Iban a tener con ella atenciones especiales "por haber promovido la fe en la Patrona", y

reconocérselo explícitamente en sus planificados contactos? ¿O era mejor no meter por en medio tan evanescente propósito? Los maridos de cada una, tercos, airados y nerviosos, y también la gallito madama de otro, las emujaban a poner en práctica aquella estrategia, asegurándoles que esa empresa de redención contaba con la beatífica connivencia del cura, aquel rezador y prudente don Cosme. Así que ellas picoteaban, se afirmaban como amigas de Jaiffa en las inmediaciones del seco cauce del río, donde algunas desarrapadas mujeres se concentraban en las charcas para la colada, junto a los tendales de cañas y sogas. Lugar aquel, asimismo, donde se sentaban madres, hijas y demás mujerío vecino para picar el esparto con los pesados mazos de palo y sobre piedras a propósito... Ya puestas las paseantes redentoras a su acercamiento, iban y venían picoteando por aquel lugar, en la mano su lustroso añalejo y con ademanes amicales y de pretendida hermandad espiritual. Volverían cualquier otra tarde, sí. Hasta luego, hasta luego... Ya vendremos.

¿Qué hacía al respecto, o qué decía el Alqamah? Pues casi menos que nada. Esos días salía a pescar en el bote del Peñalta, venía tarde y, sobre hablar siempre muy poco, no tocaba ese tema. No lo tocaba. Pero tampoco andaba dormido o definitivamente indiferente: él medía bien la carga de aquella nueva acometida con que matrimoniarles por la Iglesia. El asunto se había retomado súbitamente... cuando aún rodaban los ecos de la harina, aquello que algunos, con miedo evidente, calificaban de irreverente milagrería. Y ya contemplaba Abdallah los entresijos de tan dinamizada cercanía, aquel cerco a su compañera. "Bueno, ¿y qué se puede perder? Tienen miedo y tendrán que pagarlo con ese teatro. Y bueno es que lo tengan, y que quieran averiguar qué es lo que sabemos y hasta dónde". Era lo que se decía el Alqamah, sobre poco más o menos.

—Y eso ¿cómo lo sabes? Que esa gente tiene miedo...

—¿Que cómo lo sé? ¡Pues sabiéndolo!

Recordó a Jaiffa cuánto tiempo hacía que no le daban aquella tabarra. Más de un año sin verlas por allí. Incluso se habían olvidado los dos de su gangosa y protectora insistencia. Y, de repente, a la carga nuevamente. “Íbamos paseando, paseando, y, mira, aquí estamos”, decían a la pecadora . Allí estaban las abejitas, dos; tres abejitas a veces. Las del misal. ¿Por qué las abejitas de nuevo? Jaiffa se callaba. Allá delante, aparte y tan rituales, rompían las suaves olas, monótonas de vidrio y sosiego. Con sus efímeros bordados de espuma, aquel cabrilleo, adormilaban con nanas a la brillante gravilla, tan constante aquel mar en su compañía. La mansedumbre del oleaje, por suave y como comedido que fuera, producía en la playa una sucesión interminable de modificaciones, como empeñado en negarle una configuración estable. Se decía entonces el Persona que era bastante normal que su compañera, encandilada con la cantinela tenaz de las abejitas, se sintiera ilu-

sionada ante un ceremonial como el propuesto por las tenaces del misal, aquéllas de las estampitas de santos y el escapulario.

—¿Y qué te parece que hagamos? — preguntaba ella con voz honda y sin mirar al compañero, como consultándose a sí misma.

El compañero creía que había que servirse de la ocasión, y así se lo admitía, como aceptando una claudicación. Le había confesado con ironía —sin necesidad de hacerlo más explícito— la obviedad de que no se veía él mezclado con aquella gente. Trajeado y sin su barba, sería más espantajo de sí mismo que de otros. Replicaba Jaiffa que a él no iba a verle nadie en aquella cosa, y tampoco a ella, según ya había acordado con las beatas aquellas. El hombre, sin valorar demasiado el anonimato que su compañera le aseguraba, aceptaba implicarse...porque, ciertamente, todo aquello podía ser bueno en el sentido de no continuar señalados como sustancia socialmente peligrosa. Estaba, además, la nada despreciable ganancia de disponer de rehenes, aquellos individuos que podían creer que la pareja sabía más de la cuenta del asunto de la harina y quizá de ciertos sujetos del perverso entramado... Naturalmente, el miedo de algunos ante el escándalo del robo —coleando aún sus derivaciones y divulgadas ampliamente sus características— daba tranquilidad a la pareja. La liberaba —y porque ya habían estado ante el juez— de acosos posteriores de los civiles... Esto constituía una bonanza de carácter definitivo. Por su parte, y para sofocar o aminorar el destello del supuesto milagro, los confabulados intentaban amortizar la súbita relevancia de los dos del arrabal, evitando que se les emparentase popularmente con la génesis del pretendido portento celestial. Porque ese rédito daba al populacho ínfulas descaradas, fortalecida además su posición con el marchamo judicial absolutorio de aquellos tres. De ahí la cauta aproximación que se practicaba con ellos. Con la determinación del casorio, parte de aquellos industriales esperaban colmar la vanidad de la hembra Jaiffa, y conseguir también que ésta y el barbudo descomunal se apearan del liderazgo instigador —inconsciente como era— con los famélicos y de la tentación de airear más cosas sobre el fraude descubiero. Poco después, y en cuanto quedaran sólo cenizas de aquella hoguera comprometedora, los fautores y cómplices de la estafa ya se moverían adecuadamente para no salir chamuscados. Aquella gente, como parte que eran de los beneméritos vencedores de los "rojos", disponían de resortes adecuados para ello. Y las propincuas gallináceas, por su parte, seguirían picoteando en trapicheos de cercanía, poquito a poco, abatiendo y levantando el pico, cerca, cerquita... y casi dentro. Posesivas en su metódica y planificada tutela, se prodigaban en vaciedades y monsergas, que por algo eran paramilitares arcangélicas, vagarosas anunciantes de generosos premios a recibir... en la otra vida. Pero a veces, y súbitamente, en alguno de los contactos con la Jaiffa —por ir acordando sobre el asunto de las nupcias—, salían barridas del lugar, y no por el sosegadamente hastiado Alqamah —que las consentía echado sobre el pedrerío de la playa—, y sí por la avalancha bullan-

guera y congestionada de los tipos aquellos del **foot-ball,** sin perjuicio de que uno de los entusiastas y frugales equipos fuera también —sí, también— el de Acción Católica. Espasmódicos entusiastas —y fugitivos no sabían ellos de qué—, irrumpían en la terrosa explanada que había al final del arrabal, donde pisoteaban sobre algas dispersas y botaban impacientes la pelota, balón propiamente dicho en algunos casos. Allí crecían organizados en equipos para entregarse a fondo, y en griterío amedrentador, a su diaria ración de patadas, puntapiés y cabezazos. Era como un heroísmo diversificado en suicidas natos y, posiblemente, en homicidas latentes.

Como la hembra Jaiffa no cedía en el portal, aquella su barbacana —las beatas se hubieran quedado sobrecogidas de entrar en tan cochambroso cubil—, se daba por acabado el pastoreo vespertino. Porque el acoso de aquella confrontación del balompié, además de distorsionar su charla, monólogos a dúo mayormente, precipitaba la retirada del grupito piadoso... hasta más ver. Así marcaban sus goles las almas redentoras que tan metódicamente pastoreaban... para casa. En muy poco tiempo se arreglaría todo para que la acotada pareja compareciera ante el suntuoso altar mayor, constituidos en propios ministros de su unión sacramental. Sería sin algaradas de presencia, poco antes de que rompiera el alba del día aquel. Los soñolientos cuerpos que a esas horas pisaban la playa llevando el irredento bacín de las deposiciones nocturnas ni se iban a enterar de que ese día empezaba con semejante boda. Con aquel hermetismo se evitaba la previsible batahola del acontecimiento. Y, caso de que algunas vecinas hubieran sospechado de qué iban tantas visitas y coloquios, resultarían amigablemente burladas al no revelarse el día "D". La misma Jaiffa lo sabría la tarde anterior, y la barriada entera más de una semana después del evento. ¡Las caras que pondrían las féminas de aquel vecindario al confirmarse la cosa! Quizá se habría pensado que las de Acción Católica visitaban a la Jaiffa por el carácter humanitario y evangélico dado a la venta de la harina, en cuya operación la pareja sólo había cobrado, se podría decir, el coste del transporte a sus espaldas, tan arrastrado y duro como les debió resultar. Jaiffa, desconocida en aquella circunstancia por su retenida locuacidad, y ensimismada las más de las veces, no había divulgado la verdadera intención de las visitas. Se limitaba a decir, enmascarando el objetivo del asedio, que no sólo la gente de misa hacía cosas por los hambrientos. Daba a entender así que aquéllas querían subirse al carro victorioso de la justicia redistributiva observada en el arrabal con la harina panificable...

—Aquí sabemos ayudarnos unos a otros —decía entre la cháchara de un grupito de tres o cuatro vecinas—. ¡Vaya si sabemos!

—¡Y sin necesidad de tantos rezos y palabritas de cera y **pronobis**!

—¿Qué se habrían creído ésas? Además, ¡cuando bajan aquí es porque buscan algo que les interesa, algo que les conviene! Si no, no bajarían.

—¡Eso, chica! ¡Tienes más razón que un santo! A ver si creen que estamos ciegas o idiotas.

Del ceremonial que los consagró marido y mujer —qué agradable melopea para la bella Jaiffa—, en el arrabal se supo poquísimo y convenientemente tarde, que eso ya quedó dicho. (Las amonestaciones pasaron completamente desapercibidas. Las habituales de misa y comunión mañaneras no sintieron ni la más mínima curiosidad por nombres y apellidos que ni sabían que existieran. De modo que no habría comentario alguno por su parte, ¡con lo sabrosos y de escándalo que hubieran podido resultar!). Las mujeres del arrabal playero sabían lo pesadas que se ponían a veces las beatas, aunque también era cierto que jamás hostigaban a los pobres para que fueran a misa. Y sabían asimismo que esa presión, de ejercerla, la impartían por temporadas y con cierta laxitud. Era lo que imaginaban entonces que éstas andaban haciendo al abordar a la compañera del Alqamah algún que otro día a la semana. Y luego, tras celebrarse la boda, y de regreso ya la pareja de su viaje a Alcoy —allá vivía un solapado anarquista, tío de la ya desposada Jaiffa—, empezaría a sospecharse algo al descubrir un par de veces a Jaiffa llevando puesto el vestido que lució el día que se otorgaron el sacramento. Lo inmediato fue creer que aquello era un resultado económico de haber estado vendiendo la dichosa harina dos semanas antes. Mas, ante la primera insinuación de ello, explicó Jaiffa el interés que cierta gente de Acción Católica había puesto en que el Persona y ella se casaran de una vez... y quizá como adecuada correspondencia con el milagro de la santa patrona. Pero añadió que ella y Abdallah sabían que había habido algo más, como una insinuada exigencia de que se corriera un tupido velo por parte de ambos sobre lo ocurrido con el descubierto fraude. (Aparte de todo esto, la pareja no se habría ni podido imaginar quiénes, y cuántos de los tenidos por pudientes en la ciudad, se rascaron el bolsillo para pagar el coste de aquella boda, que tanta intención disuasoria llevaba. De los arreglos para la misma y del origen del empeño se comentaría irónicamente unos pocos años después. Para entonces ya había caído la vaguedad de las simples presunciones: don Fulano fue y le pagó el traje a la novia, y su cuñada de éste, la teresiana, corrió con el gasto de vestir al hombre, se decía; doña Fulana pagó los zapatos de los contrayentes; y de los discretos y monos pendientes de la novia se había encargado doña Alicia de Tal, mientras que la cuestión de la corbata del Alqamah quedaría abortada. El Persona no se veía con ella, aunque él usó otras palabras, más bien pocas. Y ahí se hizo fuerte. Otras señoras, tres, cargaron con lo de los anillos, símbolo insoslayable de la estudiada unión ante el sacerdote. Y así sucesivamente o etcétera. Para entonces, y aun descubierta y confirmada la sórdida trama de la harina, la cosa parecía quedar amortiguada, sin virulencia aprovechable para los más idealistas. Quedaban frente a frente, sin solución de continuidad, y como dos ejércitos enemigos separados por un torrente insalvable, los parias de siempre y los propietarios y pudientes de toda la vida, a salvo siempre el patrimonio de los segundos y creciendo. A éstos se les veía siempre barriendo para casa —la caridad empieza por casa—, y apoyándose

sibilinamente unos a otros, irreductibles en ese ejercicio o latría de clase. Resultaba admirable la habilidad y desfachatez con que se zafaban de la mayor parte de problemas sociales, problemas a los que contribuían a diario sin que su hipocresía resultara señalada por un clero que, aparte de no concretar jamás en sus diatribas sobre justicia social, se les mostraba complaciente y amigo. Estaba muy claro que la Iglesia no iba jamás a romper —como decía en voz baja aquel albéitar de patillas decimonónicas— con la clase pudiente y gobernante, y mucho menos con los modos inquisitoriales del Régimen. Continuaba adelante aquel carrusel español de la mediocridad en casi todo, nunca dispuesto el cuerpo social a la honestidad de preguntarse por qué motivo se habían dado tantos desgarros en la nación, y, sobre todo, por qué razón una parte del pueblo español había sido tan sanguinario con las cosas y las personas de la religión católica. ¡Tenía que existir una explicación!

—¡Ésa es la cosa, mi querido amigo! —nos aleccionaba entonces nuestro Pitágoras, quien, como se podría advertir, carecía de audiencia proporcionada y, en consecuencia, nos vertía charlas informales y salvajes sobre la absoluta imposibilidad de arreglar el mundo. Su ostracismo no tenía origen, sin embargo, en razones de ideología política, pues aquel solitario era —según descubríamos a veces — algo así como un niño adulto y antiguo, tan descuidado como leído, que había desistido de expansiones intelectuales con seres inmediatos. No se juntaba con personas en las que pronto había descubierto que carecían incluso de sentido común, y que eran los que seguían disfrutando de una incultura monumental. Por fuerza tenía él que ser un Robinson, la propia isla era él, a lo que contribuía su ojeroso rostro, las semanas sin afeitar, y pobladísimos de pelos rebeldes y negros los pabellones de las robustas orejas. Y porque no tenía más que dos. ¿No era, por lo tanto, un Robinson de la lectura, del estudio, la reflexión y el pensamiento especulativo? A esa isla nos acercábamos de vez en cuando, aunque llamados más que nada, y en principio, por el sugerente reclamo olfativo y visual de grandes sacos de esparto llenos de zanahorias, atraídos también por las naranjas, que no por las profundas y revueltas coliflores...”¡Ahí está la cuestión! ¡Ésa es la cosa!"

CALOMA, EL ICONOCLASTA

El apelado Caloma era un bicho de los muchos que, en los primeros meses de la guerra, habían contribuido a que la II República iniciara su fracaso en algunos aspectos. Se trataba de un individuo al que perfectamente podían detestar ambos bandos políticos de la ciudad. Repulsivo y pretendidamente revolucionario —de ésos que pescan en río revuelto—, tenía sobre sus enclenques espaldas, además de fama bien ganada de vago, predador y oportunista, el hecho de ser ladrón ocasional y siempre a la expectativa. Un tipo taimado el tal Caloma. En una atosigante mañana de agosto del 36 ya se le vio con el mono puesto, el correaje, las cartucheras y el fusil, tocado con el gorro de rigor en el miliciano, y con aquel pañuelo intensamente rojo alrededor del cuello... Tenía prisa por dejarse ver, y aquellos que se toparon con él y le vieron de aquella guisa —un malasombra artillado— no dudaron en temerle. Mientras había sido un don nadie, salvo cuando se ponía de actualidad en la ciudad por alguna de sus andanzas, la cosa había rodado mal que bien para él, pero un mes después de la sublevación franquista y ya de miliciano..., bueno, podía ocurrir de todo a su alrededor. Porque, además, ningún otro miliciano o miliciana se le juntaba para nada, más bien le daban la espalda, le rehuían o prescindían de él cuando era posible. Y de ese desdén sostenido incluso podía sacar fuerzas él para significarse, cruelmente imperativo y avasallador. Porque parecía faltarle tiempo para hacerse evidente.

—Caloma, ¿cómo va la cosa?

—¡Cierra el pico, desgraciado!

—¿Desgraciado yo, mierda seca?

Sabía él, o podía imaginárselo, que algunos eran capaces de matarle de un patadón en la barriga y dejarle sangrando allí donde cayera. Y ahí se mostraba prudentemente temeroso, alejándose con cuidado de quienes le conocían de siempre y a fondo. Acontecía a veces que en ciertos momentos del día, como aquella mañana, no sabía qué hacer con su persona investida. El sol, tan inclemente con él, le acosaba algunos días cuando deambulaba por la barriada, y se amparaba él de ese fuego en la sombra que proyectaban los aleros de las casas. ¡Qué asimétrico aquel sol furioso con la poca luna de la tremenda noche de mayo del 31! De vez en cuando, y en los insomnios de su desierto particular, le venía a la cabeza el recuerdo de aque-

lla jornada de florida primavera del año 1931, cosa que le dejaba el correspondiente mal sabor de boca. Porque aún podía sentir en sus manos el olor de los santos. Entre aquel fragor de los descerebrados que asaltaron el templo parroquial, él se distinguiría por la violencia gratuita con que arrojaba las imágenes y objetos de culto al río desde el puente de la carretera. Prendía fuego a los santos o las casullas y estolas y los despachaba en estimulada caída libre, viéndoles rebotar grotescamente en el lecho pedregoso del sucio cauce. Aquel grupo de milicianos había asaltado la iglesia parroquial encabezados por él y ferozmente decididos a ladrar contra aquella religión... por el mismo miedo que les infundía, y que pronto se convertiría en odio. Se sentían estimulados por sucesos semejantes de ira y fuego en diversos lugares del país... (Ya en el año 37, y a primeros de octubre, las autoridades republicanas habían recabado de los municipios —por telegramas y oficios que se repetirían— la relación de las riquezas y objetos sagrados que hubieran quedado en las iglesias, capillas o ermitas, y por darse una idea de la magnitud de los atentados al patrimonio eclesiástico. Grave, gravísimo, capítulo aquel. Del Ministerio de Justicia salía en 27 de octubre la orden de reunir datos sobre la situación material en que habrían quedado "... los bienes que el Estado Español reconocía como poseídos por la Iglesia Católica y a favor de las Órdenes y Congregaciones Religiosas en atenimiento siempre al cumplimiento de sus fines privativos". No obstante la voluntad de conocer la situación después de los ataques a esos bienes, el texto ministerial no entraba a entonar un quizá deseable **mea culpa**. Se expresaba fríamente, quizá tratando de obviar el salvajismo anticlerical operado en España. Parte del texto era el siguiente: «Como secuela de la subversión militar que incoó la actual contienda, y en virtud de la actitud hostil al Gobierno legítimo, adoptada por una gran parte de los dignatarios de la Iglesia, aquellos bienes quedaron, como es bien notorio, desafectados en su inmensa mayoría del cumplimiento de sus antedichos fines. Y merced a la operada reacción popular, fueron más tarde objeto de ocupación transitoria por parte de Entidades Oficiales en algún caso, o bien meramente políticas y sindicales en los más de ellos, las que, sin duda, se sirvieron de tales bienes en la relatividad de sus posibilidades, de modo que su utilización redundara en el común bienestar. Pero es patente —continuaba la orden— que, siendo el Estado el único gestor legítimo, a él incumbe por modo exclusivo, la conservación y ordenación de sus medios enderezándolos a fines y servicios de superior trascendencia.» Se veía con claridad que aquel ministerio no se pronunciaba reprobando el salvajismo de quienes, aquí y allá, habían incendiado y destrozado altares y capillas, quemado imágenes y profanado los espacios que tan sagrados eran para una buena parte de la población española. Pero, tácitamente, se reconocían esos atentados al exigir a las autoridades judiciales la respuesta a los siguientes apartados: el fin a que estaban destinados aquellos edificios sagrados antes del 18 de abril de 1936; la entidad u organismo que detentaba su posesión; qué asociaciones o corporaciones las ocupaban

en la actualidad; estado en que se encontraban los inmuebles respectivos —iglesias, monasterios, ermitas, conventos, etc.— y relación de muebles u objetos consagrados al culto, con expresión de cuáles eran y en qué lugar se encontraban en aquellos fechas. De modo «singularísimo», se cuidaba del valor artístico e histórico de todos aquellos elementos. Un peritaje municipal tenía que valorar los desperfectos y lesiones en los edificios y su contenido. Los pueblos de nuestro partido judicial respondieron con cierta celeridad al cómputo pedido. En todos ellos había sucedido prácticamente lo mismo: destrucción de altares, tabicación en ciertas partes del templo parroquial... y ni una alusión al paradero de las imágenes. En nuestra ciudad, la iglesia la «poseía» entonces la Industria de Transporte, «que la destina a garaje». Aunque era buena la conservación del edificio, se leía, «... la decoración de la parte inferior referente a altares y ornamentos [estaba] mayormente deshecha, habiéndose realizado obras de tabicación para crear habitaciones en algunas capillas: aparte, el pavimento estaba destrozado. Total de daños 4.500 pesetas». El día 9 de septiembre del mismo año 37, y por otro lado, se había entregado al Apoderado de la Caja de Reparaciones «una corona de oro, con piedras falsas —no debieron encontrarse con ella el Caloma y sus compinches, al parecer—, con un peso de 250 gramos. Esta (sic) pertenecía a la imagen de Santa Marta. Con fecha doce de Noviembre —proseguía el informe— se entregó a la Junta Delegada de Incautación y Protección del Tesoro Artístico de la Provincia, una lápida en mármol que existía en la iglesia parroquial, del año 1007, con inscripción latina». (La losa, y no el templo, era de ese año). Aquellas autoridades quizá se temieron que los rufianes iletrados pudieran lesionar estos monumentos arqueológicos, vistos los atentados de tales milicianos contra imágenes y demás objetos...). Otras tres lápidas de la misma condición quedaban bajo la custodia del Consejo Municipal. Los demás lugares sagrados presentaban las mismas características respecto a sus altares: «deshechos», y sin alusión alguna a las desaparecidas imágenes de los santos. En relación a la casa abadía, intramuros, la poseía entonces el Consejo Municipal, y la tenía destinada a vivienda para evacuados. En uno de los pueblos próximos, la nave del templo se había dividido en dos mediante una valla de madera. Una mitad se dedicaba a sesiones cinematográficas (para pasar, lógicamente, cintas soviéticas) y la otra, a garaje. Y así. Pero lo más grave de tan lamentable e irreparable situación —ocasionada por la rampante estulticia de los más ignorantes y agrestes del Frente Popular— era que habían perdido de vista la realidad del contexto social en que actuaron en todo el país, lo cual, y muy lógicamente (¡), traería represalias infinitas —también de lesa humanidad— sobre los rufianes que expresaron así su odio y resentimiento contra la Iglesia y sus cosas. Y, además, quedaba la eterna cuestión: ¡la misma Roma nunca se preguntaría oficialmente por qué aquella parte del pueblo español actuó con semejante furor contra la Iglesia! (Y es que eso no se quería averiguar y menos hacerlo público..., como se siguió evitando años y años y años después...)

—¡Pero si resultó que ahí al lado, muy cerca, usaron la iglesia del pueblo como sala cinematográfica...!

—Y lo más seguro que para proyectar «El acorazado Rasputín»!

—¿Rasputín?

El Caloma se acordaba mucho, demasiado, de aquella noche del año 31, y sobre todo, del para él esotérico olor de las imágenes ardiendo mientras caían como teas al cauce del río. Pero el tal recuerdo no suponía en él propósito alguno de contrición, o qué sabía él, tan estúpido era su discernimiento. Sentía miedo por si aquel su furor anticlerical fuera algún día aireado y perseguido y con evidente peligro para su persona. Eso pensaba sin querer mientras seguía con su merodeo por el barrio campesino, obligadamente ajeno él a sus pobladores, como siempre, y entonces por el vacío que éstos le hacían.

—¡Si no te conociéramos...!

Aturullado por el rigor bochornoso de aquel mediodía de fuego solar, optó por empujar el añoso portón del reducido y desocupado almacén agrícola de Diosmediante, también conocido como Benigno el de Teresa Mevoy. Presionó, pues, sobre la quejumbrosa hoja de la cansada y rugosa puerta, parcheada con claveteadas latas arriba y abajo. Enseguida se benefició de la fresca y acogedora penumbra de aquel santuario. Intensamente oloroso el lugar a algarrobas y maíces, también a ganado, garbas del forraje y perfolla, en cuanto sus ojos de rata pudieron ver con claridad, localizó lo que sabía y entonces buscaba. Sobre la pared izquierda de la cámara, iluminada por la luz solar que a ella llegaba por un ventanuco de gráciles telarañas y polvo suspendido, volvió a ver el calculado motivo de sus tantas veces aplazado propósito. De aquella pared colgaban beatíficamente diversas láminas con la imagen de santos, humildemente coloreadas y de variados tamaños. San Francisco de Asís, San Roque, el llameante Corazón de Jesús, San Antonio y Santa Águeda y, predominante y en el centro, la imagen de Santa Marta, aterrada y vencida la tarasca bajo su venerable y firme pisada. Al poco, escuchó el Caloma el sonido de unos pasos —y quizá sabía de quién eran —, provenientes del soleado huertecillo del nogal y la higuera, al que se accedía por un marco de obra sin puerta. Su fusil, en bandolera, embarazó el giro que quiso dar a su cuerpo para volverse hacia allá.

—¿Quién ... va? —preguntó.

Era Diosmediante. A contraluz, aparentaba mayor estatura que la que enseñaba, ya de por sí considerable y tan respetada su corpulencia como su proverbial hombría de bien. Se quedaron cara a cara y en silencio... hasta que Diosmediante abrió los labios.

—¿Qué buscas aquí, Caloma? Aquí no hay nada que robar... —le espetó el hijo de la Mevoy, sentándose plácidamente en aquella silla vieja con asiento de trenza-

das cuerdas de esparto —. ¿Quieres algo de mí o es que te persigue la luz? —Quería darle la opción de que se fuera de allí.

El Caloma, que aún no sabía bien si iba a tartamudear, levantó la mano izquierda y, señalando la colección de las modestas y familiares litografías de grueso y rígido papel, consiguió decir que aquello, los santos y las santas, no podían estar allí expuestos.

—Pues están ahí, yo veo que están...

—Pero no pueden estar ahí —insistía el sabandija, aunque con voz ahogada, anhidra. No podían, dijo, exhibirse cosas religiosas, porque el gobierno de la República...

—¿Tampoco puede estar la patrona Santa Marta? —Usaba Diosmediante un retintín de sorna, avasalladoramente seguro de sí mismo y mortificador de aquel degenerado.

(A la imagen en talla de la patrona de la ciudad no la quemaron la noche aquella del 31... porque almas devotas y diligentes habían tenido la previsión de esconderla con cierta antelación en un corral de la parte antigua de la ciudad, según decía la gente al terminar la guerra).

—Tam...poco.

Se incorporó el dueño de las láminas, movimiento que el Caloma creyó de agresión a su persona, y que le movió a iniciar un paso atrás en la estancia, de terroso y sucio suelo., propio de una corraliza. Lejos de comentario alguno ante el espantado gesto del miliciano visitante, Diosmediante le dijo con firmeza y divertida serenidad qué era lo que se podía hacer en aquel momento.

—Mira y verás, Caloma: volveremos las hojas de espaldas, así..., y asunto terminado. —Y unía la acción a la palabra materializando la anunciada modificación —.¡Y que no se te ocurra —añadió amenazante— volver por aquí, Caloma! ¡Aquí no pongas ni un pie! Vamos a ver si lo has entendido, ¿eh? En casa de Benigno —remató, ya atosigador— no vas a quemar ningún santo, y tampoco los hubierais quemado ni tirado al río, si yo hubiera estado allí, rata de mierda, ¡cobarde! ¡Fuera, a la calle!

Gravemente corrido y sin réplica a la expeditiva reacción de Diosmediante, el Caloma volvió su atropellado pensamiento al episodio de la quema de imágenes religiosas en aquel turbulento mes de mayo. Y, entorpecido por giro tan inesperado, retrocedió paso a paso y acabó por salir del antiguo y umbroso almacén al mortífero sol. (De haber dispuesto de la mínima sensibilidad y amor a su tierra, con sólo respirar los olores campesinos que exhalaba aquel modesto recinto, al Caloma ni se le hubiera ocurrido la estúpida intención que llevaba en su propósito. Pero ésa no era su gracia, si es que estaba dotado de alguna). Salió de allí acobardado

y temblando al apercibirse de que, además, Diosmediante sabía del asunto de las imágenes sagradas y, por consiguiente, del expolio llevado a cabo por el grupo en que formaba él aquella trágica y horrísona noche.

Al alejarse por la insinuada calle, recordaba el miliciano cómo lloraban y gritaban las mujeres de las casas que daban al río, junto al puente y pronunciado ribazo inmediato. Con toda la energía de sus corazones, gritaban a voz en cuello condenando la demencial y ruin intervención de los que tan valientes se consideraban..."con la sartén por el mango". (Y no eran de derechas las mujeres que de aquel modo recriminaban a semejantes cretinos). Lo hacían de ventana a ventana, tristemente privilegiadas por la cercanía, y ayudadas por el resplandor de las llamas que envolvían ya a ciertas reliquias. Y su lamento arreciaba en intensidad porque —las desgracias nunca vienen solas— reconocían la cara de algunos de los sobrevenidos y viles iconoclastas, y también sus voces, incluso algunas toses... Fue una noche imborrable, sencillamente de vergüenza ajena y de espanto. (Ni uno de aquellos desalmados llegaría a saber —y tampoco las testigos— que una de las imágenes, pequeña ella, había ido rodando hasta la mitad del pedregoso y encharcado lecho del río. De allí la recogería, poquísimo después, ya de madrugada, el campesino que vivía con su familia al otro lado del arroyo, en la vivienda agrícola que, rodeada de árboles y de tablas de hortalizas, fuera molino harinero tiempo atrás. El hombre, que lo había visto y oído todo, tomó la pequeña imagen e, inmediatamente, removió en los costales de la leña y los viejos cimales cortados. En aquella rinconada del muro practicó un hueco bien disimulado y en él depositó la imagen, como un leño más y resguardada por una pieza de hule. Este agricultor, Jacinto el de la Aceña, no dijo nada de aquello en casa..., y, terminada la guerra, decidió contarlo todo a las hermanas del convento. Lo haría en ocasión de que éstas, como acostumbraban con cierta periodicidad, se acercaran una tarde a la pequeña huerta que aquel hombre llevaba en aparcería. De los productos hortícolas, las hermanas siempre recibían el presente de unos pocos frutos que les apartaba aquel agricultor. Así nos lo contó uno de sus cinco hijos varones, Jacinto, en nuestro taller, si bien nadie de su casa recordaba, ya transcurridos unos cuantos años —y según relataba, ensimismado—, de qué santo o santa era la imagen).

El tema de aquella conversación se originó en algo que yo había revelado en un paréntesis de confidencias. En el terreno que había sido escombrera enfrente de nuestro taller, casi colmado por aquellas fechas y con abundancia de maleza y matorrales en gran parte de su extensión, acababa de encontrarme una buena colección de medallas y crucifijos de diversos tamaños, precisamente entre las cenizas de un fuego que nos pasó desapercibido en casa, y que debió prenderse muy de madrugada... El metal de las torturadas reliquias debió alcanzar el rojo vivo, a juzgar por la compacta negrura que mostraban. Reliquias cristianas —católicas, decíamos— entre llamas, allí abandonadas entre malvadas cenizas y tierra quema-

da. ¿Obra demoníaca? Aquello podía ser el rastro irreverente de una sublevación humana. En el vecindario había un matrimonio blasfemo, blasfemo sin recatos, y se creía que, por razón de algo grave sucedido en esa familia —alguien apuntó que conocía la causa, aunque no accedió a revelarla—, el odio les había conducido a vengarse en aquellos objetos de culto y oración. Atemorizaba saber de odio tan intenso a la divinidad, algo que yo ni concebía, y que recordaría con temor al estudiar la asignatura de Religión. En aquellos textos se aportaban sucintas biografías de ateos y blasfemos que morían cruel y fétidamente enfermos, agusanadas sus carnes en un infierno de retorcimiento y dolor...

—En esta vida pasa de todo... —Se afirmaba sentidamente en el corro de la conversación, y era evidente que el mundo no resultaba peor porque ¡cuántas cosas o sucesos entre humanos seguían o persistían sin saberse!

LOS RECUERDOS INFAUSTOS

La alimaña lamentable que era el Caloma, un espécimen inexplicablemente tolerado por algunos elementos de su agregado militante durante la guerra, nunca supo del salvamento de aquella imagen por parte del de la Aceña, ni de su lógica entrega a las monjas al acabarse la guerra, claro... En nada importante, sin embargo, le habría afectado de conocer los hechos. Pero ya en la posguerra, y aun habiendo tenido suerte, a veces le acuciaba el recuerdo de las salvajadas en que había participado cuando se produjo aquella borrachera de chulerías y estropicios, y nada más llegar la República. A esa ligera desazón suya contribuían ciertas miradas ocasionales que en la calle incidían en la suya con dureza antes no percibida..., ¡y no precisamente de gente pegada a la Iglesia! (En los meses veraniegos y del otoño del 36, la vida en los pueblos y ciudades levantinos registró desaforadas confiscaciones de propiedades —incluso de tierra a los campesinos— y ensañamiento tumultuoso con los bienes y personas eclesiásticos, persiguiendo y asesinando a gran número de sacerdotes, como bien se sabía. En algunas poblaciones se vivió un ambiente de demencial anarquía y descontrol generalizado. Sus destacados protagonistas —no muchos, ciertamente— eran elementos díscolos y de notoria maldad, gente vengativa que se atribuía una autoridad ajena a los mandatos del gobierno republicano. Había demasiados comités y protagonismos enfrentados en un mismo bando... Se había derivado hacia una grave colisión de ideas —y de actuaciones, por ende— entre las facciones del Frente Popular, destacando la presión sindicalista de CNT y UGT. Estaban, además, las exacerbadas imposiciones propiciadas por el partido comunista español, tan claramente dirigido por el soviético. Aquello fue una riada turbulenta donde la ignorancia y el desprecio hacia la disciplina y la cohesión comenzaban a mostrar qué tipo de final podría tener tan disparatada situación). En tan tremendo marasmo se movían elementos como el Caloma, y sus atropellados y perseguidos sufrían el más injusto de los desamparos, además de vivir con el temor de ver confiscadas sus propiedades. No sin cierta razón —y por lo que se veía a diario—, ya eran muchísimos los que creían que aquellos comportamientos los alentaba el gobierno republicano).

La desesperación de las derechas crecía frente a tanto desmán y arbitrariedad en momentos en que el miedo suponía casi toda la extensión de la circunstancia, tanto la individual como la colectiva. En ese caldo de cultivo, tan proclive a la

putrefacción de la sociedad, no era extraño que los diversos "calomas" se sintieran como peces en el agua mientras depredaban. La propiedad privada, biológicamente ligada al individuo, y respetable cuando obtenida por méritos de constancia, trabajo y ahorro, ya no representaba nada, según algunos, y menos con los alocados y pretendidos repartos en concepto de justicia redistributiva. Semejante situación no podía sino enardecer a las mentes más reflexivas, que reaccionaban anotando agravios y atropellos de toda índole. Los extorsionados y perseguidos tomaban buena nota porque vivían con la esperanza de que pronto llegarían las tornas y, lógicamente, su revancha. ¡Y de qué manera llegaron! Así que algunos elementos de aquellas izquierdas —impotentes para luchar contra tanto atropello y estulticia en sus filas— ya preveían la catástrofe social que se avecinaba y sus duraderas consecuencias. Otros muchos, demasiados, y ahogados en su patética torpeza —de ella provenía su energía para confiscar, perseguir e incluso matar—, quizá ni llegaran a darse cuenta de lo que fácilmente les podía caer encima. Tal vez ni quisieron pensarlo. Y por entonces Franco ya había afirmado que no le temblaría el pulso a la hora de fusilar a la media España que se inclinaba por el marxismo.

—Lo recuerdo todo como si fuera ahora mismo... ¡Y cuánta torpeza y rencor en uno y otro bando, Santo Dios!

Transcurrida ya casi una década, fue cuajando el empeño tácito de la mayoría por olvidar tanta barbaridad, si bien era inevitable la irrupción en escena de algún que otro amargo y vergonzoso recordatorio. Reinaba ya el nuevo orden, y éste había vestido al sórdido Caloma de uniforme con gorra de plato. Figuraba de vigilante municipal en un pequeño parque de la ciudad. Una mañana, este individuo se acodó en el mostrador de un bar cercano y, con la gorra de heráldica municipal en su mano izquierda, pidió un café. En el ángulo interior de la barra estaban Benigno Diosmediante y su cuñado, y en disposición de tomarse el suyo. Benigno no apartaba ya la vista del Caloma, y, aunque su pariente le daba con el codo para que se comportara prudentemente, Diosmediante se apartó dos palmos del mostrador y, haciendo como que reparaba en el Caloma, le espetó con voz muy audible que aquella gorra era muy diferente del gorro que llevaba cuando quemaba los santos...

Hubo un silencio impresionante, prolongado y tenso... hasta que el interpelado se dio lentamente la vuelta y abandonó el establecimiento. Sin duda, su café se le iba a enfriar tanto como la sangre..., mientras que al hijo de la Mevoy le sobraría la cucharada de azúcar integral en su ¡sabroso! y adulterado café. De aquellos turbios y viscosos lodos, o posos..., etcétera.

* * *

Con seguridad, al Miau Salomón, y a otros como él —aunque ninguno en su estilo—, le hubiera entusiasmado saber aquello del cretino que quiso matar a escopetazos las estampas de los santos, o mucho mejor, quemarlas en un bonito fuego intimidatorio. Usando la hoguera en lugar de apretar el gatillo, habría ahorro de munición, cosa esencial que ya escaseaba en los primeros meses de la guerra. Entonces, y misteriosamente, la munición no llegaba a las trincheras donde se la necesitaba, y quizá era porque algún coronel quería que el ministro de la guerra reventara con un fracaso... y vengarse así de él por un ascenso no concedido. O aplicando una demora intencionada por estrategia diferente a la del mando, que por ahí —¡qué cosas!— se andaban ciertos rumores. (Prueba de la escasez de proyectiles era el trabajo en que estaban ocupados unos cuantos milicianos en nuestra ciudad, en esos días dedicados con entusiasmo significativo a matar las campanas del templo parroquial a mazazos y una a una. Con sus fragmentos se obtendría un cualificado metal para metralla. Entre tanto, el suelo del templo —espacio convertido en garaje—, estaba dotado de un foso para recomponer desperfectos y averías en vehículos a motor, cosa generalizada en muchas iglesias de la Zona Roja, y en las cuales las botellas de gaseosa se mantenían frescas en la pila bautismal entre piezas de hielo. También era ésta una ocurrencia que los milicianos tuvieron unánimemente en la mayor parte de ciudades, villas y pueblos... mientras quizá creían que liberaban definitivamente a los menesterosos de una opresión feudal de siglos).

Salomón casi vivía —y también filosóficamente— en el otro extremo del mundo. Vivía físicamente entre la voluntariosa carretera de Alicante a Silla y la barriada marinera que lindaba con las chumberas y los cañaverales salitrosos recayentes al mar, y no lejos del arbolado ancestral de higueras y almendrales. Su vivienda caía algo apartada del poblado por el que discurría en siglos anteriores el camino a la ciudad de Alicante, la primitiva vía que pasaba por el pie de las murallas y atravesaba aleatoriamente el cauce del río cuando aún no existía el puente de piedra y mortero. Pero a Salomón nadie tuvo que contarle lo de las imágenes quemadas y arrojadas al río aquella señalada y vergonzosa noche de mayo del 31. El suceso era de los que no se olvidan fácilmente: el había contemplado el vociferante desafuero de arrojar las imágenes de los santos al vacío y pasto de las llamas. Con otros hombres, y rodeado como éstos de mujeres ahogadas por lastimeros sollozos, pudo verlo todo desde el ribazo de Poniente. Espectáculo tan soez tenía que embrutecer vilmente el buen nombre de la ciudad —¡y de la II República!—, y se producía en un gozoso y perfumado mes de mayo, el del rosario y los cantos devotos dedicados en las escuelas y los templos a la Virgen María. ¡Cuánta abyección de pronto y qué agonía ante aquella inutilidad! Entonces ya se imaginaba aquel Salomón cuánto miedo iban a pasar algunos como consecuencia de aquellos y otros desmanes. (En ciudades y pueblos donde había ocurrido algo similar, y aún más grave, sus autores eran de la misma calaña que los burdos individuos locales, que también habían

querido quemar la iglesia de nuestra ciudad. Como cortados por el mismo patrón). Salomón no pudo dormir aquella noche ni las siguientes, sobre tratarse de una temporada laboral en que volvía medio muerto de la cantera —la de las Cuevas del Mar—, en donde bregaba no menos de diez horas cada jornada...

Recordaba el Miau Salomón, asimismo, la idiota soflama de violencia aparecida en un semanario que se editaba en nuestra ciudad en el año 31. Su autor, el firmante J.S.S. (de las Juventudes Socialistas) arremetía contra la derecha política justificando como apropiadísima la quema de templos y conventos en Alicante capital y provincia, incluido enfáticamente lo ocurrido en nuestra localidad. Discurseaba con el tono propio de quien ha quemado imágenes sagradas, y según lo que releía el Miau con irritación: "Considero el 11 de Mayo como la fecha más memorable para la historia de nuestros días, porque las multitudes como un solo hombre han sabido imponerse al Gobierno provisional de la República que, si bien formulan sus peticiones pacíficamente como ha ocurrido en el día de la Fiesta del Trabajo en toda España, no es por falta de virilidad y energía, sino por mezcla de consideración, respeto y condescendencia del pueblo para los hombres en quien desde el chispazo revolucionario de Diciembre, depositó su confianza y fe ciega (confianza y fe que tiende a desaparecer) al contemplar el pueblo que sus peticiones no son atendidas, y que en cambio significados elementos del poder central se empeñan en proteger y hasta incluir en la Naciente República a elementos viles y nefastos del antiguo régimen monárquico...” (Ahí estaba lo de siempre: la atribulada y exigente prisa por la solución de los agravios inferidos a la clase obrera, la más desfavorecida siglo tras siglo). Luego, el articulista emitía amenazas de violenta reivindicación progresista contra el gobierno "de Alcalá Zamora (...) y de esa parte del clero reaccionario que pide a grandes voces la restauración Borbónica, para proseguir al amparo del ansioso Rey, lucrándose con sus obscuros negocios a expensas del pueblo". Con ello, estaba apoyando los ataques habidos aquel siniestro 11 de mayo contra los edificios del culto católico. El alegato se había escrito y firmado un día después de los condenables sucesos, y la publicación lo daba en primera página.

"Un régimen democrático —percutía Pitágoras en su cuaderno, con letra de quien cuenta con poco papel para escribir— contiene su propia posibilidad de perder eficacia, cuando no la inconfundible probabilidad de desaparecer con anterioridad a cualquier pronóstico amable de duración. La causa es sencilla, y se basa en la misma razón que le imprime carácter, ya que esta razón consiste —por definición— en la libertad de disentir que se reconoce a sus militantes. ¡La libertad de disentir! En ciertos casos, y más allá de la discrepancia de un grupo interno frente a otro en la gestión de lo público, se produce una confrontación en la que intervienen más de dos criterios imperativos, tres, cuatro o cinco —y quizá más—, y no sólo de exposición, sino de estrategia resolutiva de actuación inmediata, acelerada. Si hay colisión sin adopción consensuada de una única directriz —apretaba

Pitágoras, cuidando mucho la precisión—, el tejido estructural democrático puede perder cohesión relacional para dar paso, fatalmente, a la disensión activa y embarazadora. Por tanto, ¿qué grado e intensidad de democracia sería aconsejable? Si se ha de admitir, por honestidad, la disparidad de criterios sin permitirse veleidad política alguna, admítase que el sistema democrático no es viable en una sociedad compuesta por individuos de la especie humana..., máxime si esos grupos están agusanados por gente inculta y, por lo tanto, violenta. Si se propone que seamos honestos a ultranza, el sistema democrático no sirve como instrumento político de gestión. Sólo será eficaz cuando se acuerde por mayoría una especie de "deshonestidad operativa", y cuya sustancia sólo sea la de una relajación no perseguible del rigor de las leyes. Una aplicación implacable de éstas impide la gestión cabal de la cosa pública".

—¿Tú has entendido algo?

—¿Yo? ¡Qué va! Ha dicho algo de una cosa democr... No sé. Yo creo que es algo parecido a lo que predica a escondidas don Fabián Urbios a sus discípulos. Eso se estudia en Ciencia Política. Nosotros no podemos entender semejantes cosas. Ni siquiera mi hermano las entiende, ¡y eso que estuvo años y años estudiando en Alicante...!

—¿Antes o después de los bombardeos...?

—Después. ¡Pero sí que le bombardearon a calabazas muchas veces, en junio como en septiembre!

—¡Vaya, hombre! Pero la calabaza al horno, ¡qué cosa tan buena!

EL YACIMIENTO NUEVO

La socorrida y cercana mina de la argila se iba arruinando, se agotaba. Su final se debía a la abrasiva e indeseada presencia de la sílice, y había que pensar en una solución. Después de cuidar mucho la selección en ella del mineral —desechada su porción más arenosa y creciente—, me tomaba los descansos acostumbrados. El paisaje seguía dándome las pródigas y variadas calidades del lado de Levante. Simultáneamente, del calafateo de las ensambladas y ya panzudas barcas de pesca fluían tenaces y entusiastas fragmentos de canciones de Jorge Negrete —el de la tuna chumbera—, Juanita Reina e Imperio Argentina y Miguel Ligero, además de las del popularísimo Antonio Machín. Los "Angelitos Negros" y otras letras suyas se cantaban, asimismo, en los tibios y a la vez agitados corros de las mujeres rederas, jóvenes o mayores, con la constancia y devoción más fervientes por "Dos gardenias" y "Ya sé que tienes novio"..., mientras que la salpimentada Concha Piquer aseguraba que ella, o su personaje, era "...la otra, la otra / y a nada tengo derecho / porque no llevo un anillo / con una fecha por dentro..." (Al parecer, eso también eran problemas sociales, pero infinitamente menores que la percusión diaria del hambre, que ya no movía a comentario en las esforzadas rederas. Como por entre sus retículas de hilo, se les filtraba en la cháchara el asunto aquel de la multiplicidad de cartillas de racionamiento en manos de una única familia, o de pocas, ...y más o menos. Igual hacían las hembras de las barriadas obreras al picar o majar el esparto y confeccionar cuerdas y sogas que luego usarían ciertas industrias menores y los pescadores, si es que éstas no andaban apedazando camisas y pantalones y calcetines en complicadas y manidas componendas... En los talleres de hilados, grandes y chicos también mostraban considerable afición a las letras musicadas de Quintero, León y Quiroga. En uno de aquellos talleres había un niño al que se le antojaba que el texto incluía, digamos, hasta el pie de imprenta de la edición (¡), de modo que lo cantaba como coda o prolongación de la letra. Y a pesar de la ausencia de métrica que pudiera notar incluso en el epígrafe del Depósito Legal.

En el astillero, los fragmentos melodiosos —y tan repetidos— se acompañaban del martilleo sobre tablones, maderos y costillares, cuya noble materia aún conservaba latidos olorosos del corazón forestal de los montes. Allí seguía fluyendo la típica humareda del alquitrán con rigor parecido al de la pez que en el taller se preparaba para empegar botas y cueros... La brisa mañanera rizaba con delicados

pespuntes de espuma las aguas de la mansa bahía, cuya luminosidad podía alcanzar intensidades lesivas para los ojos por el intenso esplendor solar. Algún que otro vapor lejano recorría, soñoliento y constante, el lejano horizonte. El barco parecía haber olvidado su destino debido a su aparente detención sobre aquella raya impasible, pero al mismo tiempo mostraba la misteriosa calidad del artefacto sensitivo y diligente que sabe perfectamente a qué puerto se dirige, y con qué intención o propósito... (Contemplando la laxitud mañanera con que avanzaban aquellos transportes marítimos, no era de extrañar que a algunos se los calificara —a uno, sobre todo— de "barcos bobos"...).

Objeto bienhallado para mi delectación en los descansos junto a la arcilla, el suntuoso Campana suponía, ante mí emplazado, el comedio del recorrido visual. En el fondo de los bancales extendidos al pie del ancho y largo muro sustentador de sus ciclópeos cimientos, los esbeltos pinos, añosos pero espléndidamente sanos, quedaban cerca de algún que otro elegante olivo, y a distancia mayor —sin ser grande—, de los recios algarrobos y almendros... ¡El chalé, el sugestivo palacio de Campana! De Campana o de Motamid, quizá. Y también de Harúm o del sanguinario y perseguido Alí Kan del Guerrero, que no de la sedosa y espectacular Rita Hayworth Tres Erre Que Erre en la cartelera. Aquel deslumbrante edificio —de la Media Luna, sin dudarlo— nos parecía que estaba más en consonancia con Aixa que con la Hayworth. Y lo mismo si se invocaba a la intrépida Zoraida. Si apartaba de él mis ojos, la mirada pasaba de inmediato al colofón gris azulado del **Puigcampana** —más campana—, que exhibía su ingente eminencia de roca en el Norte de los puntos cardinales. En tan sobrecogedora belleza se cerraba, culminándolo, aquel valle de ensoñación donde había agarrado y crecido nuestra raíz... Pero en el bronco y reseco ribazo de los empecinados agaves, tan ardoroso y arisco, la arcilla ya no era la que fuera antaño: la veta aprovechable, por su calidad secante en el curtido de las pieles del aceite, salía ya mezclada con pequeñísimos, abundantes e inútiles granos de arena. Embadurnados los aceitados odres con ella, se tardaba más en hacer menguar su pesada consistencia oleaginosa. De ahí, pues, que tuviera yo que arreglármelas para encontrar otro yacimiento, mejor cuanto más cercano a casa, naturalmente. Había descartado la tierra de las galerías del refugio, una arcilla con la que nunca había contado... Era demasiado húmeda. El desecharla también obedecía a que consideraba el lugar una posesión patrimonial de nuestra pandilla, cómplice necesario de muchas de nuestras escenificaciones guerreras y demás disparatadas ocurrencias. Nuestra razonada afección al Guerrero del Antifaz, a los Kir y al joven Fernando, además de a la bella Aixa, no me permitía semejante intersección. Máxime cuando la hija de Harúm y los tres hermanos —libres ya de Hamet Zénete, la bruja de su hermana y el horroroso Kadúl— habían pasado al norte de África después de firmado el pacto con los Reyes Católicos. Su marcha significaba la precipitación de las temidas postrimerías de la aventura, y quedaba en

pie el respeto hacia el mágico lugar que para nosotros era el refugio... También por esa razón busqué la requerida arcilla en otra parte del territorio. Finalmente, y río arriba, recalé al pie de los ribazos que caían cerca de la inconstante fuentecilla que llamaban de Urrios. Hasta allí había ido alguna que otra vez cuando las sequías, cíclicas y desesperantes, dejaban casi secas, ¡y tristísimas!, las acequias del riego, muertas sin el agua cantarina y presurosa del tandeo agrícola. Porque no era raro que en las proximidades del voluntarioso fontanar se encontrara alguna poza aceptable y de poca profundidad donde limpiar de la reseca arcilla un par de pieles. (Era en otoño, o en invierno, y me resistía a meterme en el mar para tal menester). En aquel paraje, pues, festoneado de juncos y baladres, la base de la riba daba la arcilla adecuada, y de allí comencé a traerme a casa los grandes capazos o serones repletos del, para nosotros, imprescindible mineral. Aunque alejada y algo intrincada su veta, no nos faltaría esa tierra. Subía allá en bicicleta —era ya cuando la escasez de cubiertas para sus ruedas parecía haber pasado a la Historia—, y volvía cargado con el capazo repleto y bien atado al portaequipajes. Algunas personas me preguntaban sobre aquella carga cuando esperábamos en la **Creueta** a que pasara el tren.

—¿Para qué es esa argila?

De los diversos destinos que la gente pudiera imaginarse, siempre causaba desconcierto responder que para librar de aceite a las pieles.

—¿Del aceite?

Al prestarme a una explicación detallada —y yo la exponía con mucha precisión—, el tren pasaba antes y comenzaban a levantarse las barreras, que ya habían sustituido a las cadenas hacía un año o por ahí. El de la otra bicicleta parecía haberlo entendido, caso de creer que yo no le tomaba el pelo o que le mentía. Y parecía darse cuenta de que, hasta entonces, jamás había imaginado existiera en el mundo un trabajo que dependiera directamente de aquella clase de tierra, exceptuados la venerable alfarería y la humeante fábrica de los ladrillos. Era muy frecuente, además, que a los del taller se nos mirara como a seres dedicados a extrañas y secretas operaciones, sobre todo cuando manejábamos pieles infladas a presión y dejándolas a secar al sol embadurnadas con gacha de arcilla, como ya se ha referido. O al disponer los odres desinflados y colgando de las vigas del techo en el taller. ¿Y qué se imaginarían al ver, con la respiración contenida tal vez, que el botero vertía en el interior de un cuero la negra y ardiente lengua de la volcánica y furiosa pez...? Los cariacontecidos curiosos podían pensar que tamaña alquimia andaba cerca de la brujería más endemoniada... y pecaminosa. Pero, ¿cómo era que algunas personas se atrevían a estarse allí sin demostrar sospecha alguna, o miedo a semejantes prácticas? Porque el taller era a veces —cosa bastante comprensible— como un foro donde concurrían seres humanos de toda condición y oficio, charlándose allí caudalosamente o discutiéndose de todo. Y también fumando.

Al cambiar de mina, me despedía de los ribazos de siempre, obviamente. Adiós a los ribazos, adiós. Aquel lugar, orientado en arco al Este y al Sur, y frente al mar, era el borde de un terreno planísimo que lindaba con la carretera Nueva por el Norte. La tal extensión, algunos años antes con arbolado diseminado y en precario, se predisponía por entonces para una anunciada construcción de viviendas, de modo que ya contaba con una red de zanjas para los cimientos, gratamente complicados para nosotros los chicos. A lo largo de dos años, o tres, los había excavado una sola persona con las herramientas pertinentes, y luego parecía un laberinto hecho adrede para nuestras alocadas carreras por su interior. Tenían, eso sí, el inconveniente de presentar una profundidad de dos metros... y no se podía salir fácilmente una vez habías saltado dentro, salvo practicando muescas en sus paredes para auparte. Aquel buen hombre había trabajado duro y con admirable constancia... Pero nosotros entonces no caíamos en la abnegación de personas así, aunque tampoco hubiéramos negado aquel mérito de habérsenos propuesto como ejemplo de considerable y honesta perseverancia. Estábamos demasiado absortos en nuestros juegos y aventuras, y tradicionalmente dados a banalizar, al parecer, las obras procedentes de los consabidos "oficios viles y mecánicos". Eso podía explicarnos, más tarde, la clase de país en que vivíamos. Un país tremendamente desconsiderado y mediocre. Parecía natural que la pretensión máxima del individuo fuera conseguir la prebenda que le alejara de trabajos físicos más o menos penosos y alcanzar a rodar por despachos y oficinas, a poder ser de la administración pública. Aunque la contradicción aparecía al observar —porque se comentaba bastante— la desatención estatal para con los abnegados maestros de escuela, citados siempre como destinados a morirse de hambre... Pasar más hambre que un maestro de escuela era ya el colmo. Un país que propiciaba tamaña injusticia tenía muy poco futuro en el concierto de los pueblos tenidos por civilizados... (Con cierta frecuencia, puede que una vez cada mes, aparecía por la escuela un hombre mayor que, con indumentaria pobre y apocado en sus maneras, se dirigía, la gorra en la mano, a la mesa del maestro por el pasillo de nuestra derecha. Le recibía éste con tibio entusiasmo... y sin habernos pedido que nos pusiéramos de pie, abstención que nos recriminaba en otros casos. Ambos adultos se saludaban musitando el recién llegado unas palabras ininteligibles para nosotros, y, al poco, el maestro le alargaba una peseta en papel moneda. El visitante le hacía como una reverencia... y se marchaba, salía del aula. Podía ser uno de aquellos docentes depurados, que tal vez ni subsidio recibiera, uno de los maestros que durante la II República habían tenido ensoñaciones didácticas incluso sublimes, pero que, por haber combatido en el bando "rojo" —no importaba si ello estaba demostrado—, habían sido apartados del Magisterio, depurados... ¿Sería aquel docente uno de los que iniciaba la jornada lectiva leyendo el periódico a sus alumnos para pedirles luego, y uno a uno, un comentario sobre lo leído? Si no era él, sí que sabría éste del compañero docente que

un día consiguió que hubiera en el pueblo una biblioteca popular y una cantina para los escolares..., aquel don José Cortés. Y el mismo que en verano organizara las colonias escolares, y quien se empeñara en que los niños varones no tuvieran que trabajar en los talleres de hilados del cáñamo o en otros tajos. Ambos, el uno y el otro, habían sido apartados de la enseñanza por haber practicado la doctrina de la Institución Libre de Enseñanza durante la República. Después de aquel ímpetu educacional —que don José y otros maestros elevarían al máximun durante el periodo republicano en nuestra ciudad—, llegaron las escuelas adoctrinadoras del rampante franquismo. Y se vería pronto que, por decreto, eran una extensión reverberante de las consignas políticas y dogmáticas impuestas a machamartillo por la Iglesia católica. La religión —entonces la de los vencedores—, venía a perturbar nuevamente la vida social, desalojando de ella a quienes no la consideraban materia decisiva en la formación del educando, y sí patrimonio del corazón y la intimidad de cada persona... Se condenaron, pues, las aspiraciones de la escuela republicana, y la Iglesia española no sintió escrúpulo alguno al calificar de cruzada la sangrienta y burda intervención militar de Franco y de sus aliados. Y todo ello en un atolladero de hambre y más hambre, y no sólo para los maestros de escuela).

A todo eso, en nuestra vecindad la chiquillería zangoloteaba con persistente vocación de perseguirse de oficio, vociferar con modos salvajes y, al final —porque no había más salida frente a la inducción establecida—, volver al seno doméstico prácticamente irreconocibles en su erosionada piel y maltrecha y rozada indumentaria. En el extremo del bancal que daba a la carretera susodicha, resistía un voluntarioso y maltratado algarrobo que solía acoger —¡qué remedio!— al grupo de los gitanos de turno que, con sus carromatos, bestias de tiro, la cabra y los perros, aportaban su variopinto testimonio de pueblo errante y menesteroso, y también pródigo en su prole. A veces eran decididamente zíngaros —los llamábamos húngaros—, y constituían un peligroso atractivo... momentáneo, porque, al decir del vecindario, su intempestiva llegada aconsejaba asegurar las aves de corral de los alrededores, si las había. (Cosa aparte, pero también relacionada con los animales de gallinero y conejera, fue la Santa Misión. Cayó subrepticiamente sobre la ciudad y sus barrios sin que se recuerde si con previo aviso o no. Desarrollada por padres redentoristas, era evidente que tan aguerridos apóstoles de Cristo se habían divertido enormemente amedrentando con cínica crueldad —caridad para con los pecadores, según ellos— a los sobrecogidos e inducidos feligreses desde los púlpitos, y durante unos cuantos días. Simultáneamente, tan febriles redentores terminaron, quizá sin saberlo, con toda la volatería o aves de corral del municipio... porque las devotas y santas mujeres de los considerados pudientes les regalaban todo cuanto volaba o podía volar... y no sólo en sentido figurado. Como también algún que otro conejo. Pero lo más patético era que, al son de las luctuosas campanas convocando, los

miembros del rebaño con tanta presión evangelizadora, pocos se libraron— caían arrodillados y con los brazos en cruz, igual en mitad de la plaza de la Nueva España que en cualquier calle, tanto si de día como si de noche. La inducción y el asedio de las piadosas mujeres consiguió incluso ¡que Pitágoras se contara entre los acorralados, contribuyendo —en aquel caso— al restallante aforo del patio de butacas del cinema Olympia, lleno hasta la bandera! Fueron unas jornadas "memorables"..., y seguramente muy propias de las últimas horas del mundo. Y en aquel clima de acoso no era extraño que hubiera algún que otro despavorido. Despavorido salió de la iglesita una noche el propio tío Trueno. Al abrirse las compuertas del pequeño templo de la barriada y salir del recinto el apabullado gentío, iba él comentando con su voz de barranco aquello que el cura había dicho desde el púlpito. "Yo no sé lo que ha dicho, yo no lo sé —respondía a quien pedía detalles en la calleja—, ¡pero bastante ha dicho, bastante"! Sin embargo, y al día siguiente en la taberna, ya impresionaba a muy pocos..., porque aún no hacía ni tres semanas de aquello del campo de fútbol. Desde el tumulto pedestre de los seguidores del club local, alguien se había permitido la osadía de llamar ¡imparcial al árbitro! "¡María Santísima! —farfullaba el tío Trueno, sobrecogido—. ¡Le ha llamado imparcial, le ha llamado imparcial!").

La algarrobera de los gitanos andantes reunía a sus pies complicados hierbajos, boñigas, cantidades de diseminada paja y, con seguridad, miríadas de percutientes pulgas trapecistas. El paciente algarrobo resistía —y daba algarrobas aún— en el pequeño terreno que, contenido por el muro de piedra enfrentado a Levante, lindaba con el amable talud donde el célebre camión del turrón volcó la noche de la tormenta aquella. De semejante paraje también tenía que despedirme, pues. Había encontrado arcilla bastante y adecuada para el taller, y abandonaba mis trabajos en ribazo, hasta semanas antes tan pródigo frente al mar. Por lo tanto, y como siempre me ocurría ante cambios sustanciales, me preparaba para despedidas seguramente irreversibles, algunas de las cuales tendrían que ver —¡ay de todos nosotros, la pandilla!— con aquel Campana, el Guerrero del Antifaz... y su tan trepidante tropa de adheridos.

LOS EVACUADOS DE MADRID

Ninguno de los nuestros contaba más de tres años de edad cuando llegaron a nuestra ciudad los niños evacuados de Madrid. Se les alejaba de los bombardeos franquistas que castigaban la capital de España, y, como en otras localidades valencianas, formarían parte de la Colonia de Refugiados de los municipios de acogida... La noche en que llegaron, cansados, muertos de sueño y hambrientos, fueron acomodados en un solitario caserón que distaba poco más de un kilómetro del centro urbano. A la mañana siguiente, con el desconcierto encima y la tristeza de haber sido separados de sus padres y demás familiares —quizá ya muertos bajo los escombros de ciertas barriadas madrileñas—, estos niños pudieron ver que, al otro lado de la carretera y sobre un altozano de margas y rocas amarillentas, se levantaba un impresionante "castillo moro". Cerca de éste se erguía una solitaria torre coronando una adusta y reseca eminencia que terminaba en abrupto acantilado. El mar rezongaba cerca, se le podía adivinar quizá, y sería un elemento que podía aminorar la grave tristeza que afectaba a todos aquellos pobres niños. Aunque sólo fuera en concepto de rompedora novedad. El mar, la autoritaria inmensidad del mar bajo la benéfica luz de un sol espléndido y acogedor... Poco después, aquellas criaturas serían distribuidas entre familias de la ciudad, y podía darse el caso de que dos hermanos fueran acogidos en casas distintas y probablemente alejadas la una de la otra... Esto suponía un incremento del miedo y del desamparo experimentados por aquellos chicos, arrancados ya de sus familias e insertados en un entorno sobrevenido y lógicamente extraño. Y al que, evidentemente, tendrían que irse acostumbrando... Conocimos aquella desventura pasados unos cuantos años, y también que, agrupados algunos en el chalé de Campana, se les estaba preparando para ser enviados a ¡la Unión Soviética...!

—Es lo que hay, querida Rafaela —se lamentaba uno de los tres encargados de la colonia al comunicar lo de tamaña evacuación a la tía de dos de ellos. La mujer había entrado a formar parte de la junta gestora de la colonia del Paraíso, situada casi al pie del referido "castillo moro". Lo había hecho a petición propia, ya que no pensaba apartarse de sus dos sobrinos. Y se oponía con fiereza a la inclusión de uno de ellos en aquella temible lista de los enviados a la U.R.S.S. Unos veinte días después, y al visitar al otro, al de menor edad, acogido por familia pudiente y muy católica, el niño se atrevía a confesarle un malestar que sobrellevaba. En un

discreto aparte, y cuando aquellas personas no les podían oír, el niño le decía a la tía que no quería estar más tiempo en aquella casa...

—¿Por qué, Pablo? ¿Es que te tratan mal? ¿Se come mal aquí... o se come poco? ¿Qué sucede, hijo mío, qué pasa?

El chico, de nueve años de edad a la sazón, decía querer salir de allí... porque la vivienda estaba llena —eran sus palabras— de santos y crucifijos. Rafaela se quedó de una pieza, pero entendió el temor que afectaba al chico. No consiguió que se quedara, a pesar de señalarle que, de alejarse de aquella familia, seguramente perdería en alimentación, indumentaria y cuidados. Pero la tía hizo gestión apropiada para que otra familia se hiciera cargo de Pablo. Resultaba insólito, cuando menos, que un niño de su edad acusara tan clara aversión al ambiente y a los modos de aquella familia católica ¡y practicante! El niño había presenciado que un sacerdote vestido de paisano celebraba en ella la santa misa algún que otro domingo. Eso como añadidura. ¡Y se creía en peligro!

En cuanto al otro sobrino —y con el asunto aquel de la Unión Soviética—, la dicha Rafaela no descansaría hasta conseguir que le dejaran fuera de la sobrecogedora lista. Se presentó en el Campana con intermitencia empecinada, día tras día, y obtuvo lo que se había propuesto y bajo su absoluta responsabilidad.

—¿Por qué crees entonces que me bajé de Madrid? Quiero estar cerca de estos dos huérfanos, camarada Valladares..

—¿Huérfanos...?

—¡Huérfanos los pobrecitos míos! ¡Huérfanos!— Y se le abría el llanto enfurecido.

Nadie nos había hablado nunca de tan sombrías amarguras, y mucho menos de la militancia del niño Pablo en el credo laico, aunque vecinos nuestros lo recordaban entre los escolares de cuando vivíamos delante del chalé de los Centella. Eran "los niños que vinieron de Madrid", y nada más ni por qué. Al saberlo tiempo después, nos sorprendía la tenacidad de aquel muchacho por huir de entre tanta imagen sagrada, lo que suponía posiblemente alejarse de un bienestar que otros hubieran querido disfrutar. Aquello nos decía cuán distintos éramos aquel niño y nosotros y nuestros mayores. Y colegíamos entonces que algunos evacuados llegaban de un mundo diferente, como diferente era su percepción del compromiso ideológico. El nuestro, si existía y nos lo creíamos, era algo tan anodino y fútil, que mejor hubiera sido no saber nunca de nada... (Ni siquiera podíamos preguntarnos —por ignorantes inducidos y bien aleccionados a conveniencia del Régimen— dónde estaban los héroes patrios, aquellos ejemplares humanos que, según los textos escolares, habían asombrado al mundo entero forjando un Imperio en donde nunca se ponía el sol. ¿Cómo era que no habían sido heredados en bravura y nobleza, honestidad y rebeldía? Tendríamos que haber sabido, tal vez, que la

oposición a Franco, sobre todo la compuesta por los exiliados a Francia, esperaba con ilusión que la Segunda Guerra Mundial acabara con la victoria de los aliados... para intentar recobrar España de manos del fascismo franquista. La gente del **maquis** lo intentaría antes y después de 1945 y hasta los primeros años de la década de los cincuenta..., estrellándose contra la presión de la Guardia Civil y los moros, que los masacraría... Tampoco sabíamos que íbamos a vivir algunas décadas más sin la ideología mínima, desprovistos de una cosa que se llamaba dignidad humana, palabras mayores que no nos decían nada pero que Pitágoras farfullaba a veces mientras se comía la pestilente colilla de aquella cosa letal que fumaba, su comatoso cigarro de papel. Sin el compromiso cívico más elemental, rodábamos nosotros como en un aluvión propio de sociedad vigilada, implantadas las orejas de asno... y cara a la pared. Y siempre debajo de las estereotipadas fotografías de Franco y de José Antonio Primo de Rivera, que flanqueaban —eran sus parásitos a ultranza— al Jesucristo de la cruz, también escarnecido por la Iglesia católica española, entidad sin mensaje social comprometido. ("La Iglesia auténtica, aseguraba Pitágoras, es la que vive perseguida por el poder político y porque pone en acción el mensaje evangélico de Cristo. No puede serlo la que vive enalteciendo a ese poder político... y dándole su bendición"). Bastantes años después, más que demasiados, comenzamos a intuir cuánta pérdida había registrado nuestra personalidad a lo largo de aquel dilatado y triste periodo. "¡Emasculado, emasculado¡", gritaba Pitágoras. Y tendrían que pasar casi setenta años para que se publicara "Guerra civil española", el apabullante libro de Beevor! Quizá fuera esta obra, documentadísima, la culminación de la copiosa biblioteca de autores españoles y extranjeros que se habían ocupado de confrontación tan salvaje!

En Madrid, los bombardeos fascistas habían destruido miles de viviendas, matado a cientos de civiles y sometido al hambre y enfermedad a millares de seres humanos. (¡Qué ironía que aquellos obuses mataran y mataran también a los abundantes elementos de la "quinta columna", la profusa red de camuflados franquistas!). Algunas ciudades de nuestra provincia y su propia capital —"Alicante rojo"— también habían soportado lo suyo en forma de sañudos e inmisericordes ataques aéreos. En donde vivíamos, casi a diario se sentía y veía volar a los trimotores del bando rebelde, que, desde las Baleares, venían a bombardear Alicante. Nuestra ciudad se llenó de refugios y de zanjas adecuadas para correr a su interior en caso de ataque (uno de ellos, el que nos servía para nuestras aventuras, y que llegaba al patio del grupo escolar desde los bancales de detrás de los talleres), y muchas familias decidieron marcharse a vivir en casas campesinas. El objetivo de los pilotos, italianos algunos, parecía ser la vía ferroviaria y su puente, que no pudieron destruir por imprecisión o porque algunas bombas —grandísimas y pesadas— no estallaron. Por otro lado, tardaríamos cerca de cuarenta años en saber de aquellos

asesinatos políticos que hubo en nuestra ciudad, o poderse referir a ellos quienes los conocieron directamente u oyeron referirlos poco después de cometidos. Desde ningún bando se quería remover la ceniza de tan reprobables sucesos de sangre, si bien eran los vencedores los que se apoyaban en ellos cuando convenía reactivar su práctica avasalladora sobre los que, queriendo o no, lucharon en el bando de la República. Además del vil asesinato habido en la que tantos años fuera Calle Nueva de nuestra ciudad, y en un terreno yermo cercano a la vía ferroviaria, en la villa de Altea se mató a dos parientes del asesinado en la antedicha calle, y sus cadáveres fueron arrojados a un despeñadero de Calpe... Se sabría también en la localidad de un conato criminal de prender fuego al ermitorio de la Virgen de la Salud, allá en la estación ferroviaria, y con quince o dieciséis ciudadanos de derechas —industriales, terratenientes y gente del comercio local— allí retenidos bajo llave. Una cuestión de odio, chulería y... quizá mucha absenta. Pero uno de los significados de izquierdas, hombre con mucho seso, intervino celéricamente y pudo arruinar la fiesta a los embriagados, que, finalmente, abandonaron sus disparatados propósitos. Luego, terminada la gravísima confrontación civil, empobrecido y sangrante el país, la gente intentaba borrar de su memoria las atrocidades vistas y los miedos pasados a lo largo de los tres horrendos años. Si las ideas políticas contrapuestas inducían a consumar hechos tan abominables, lo que se supo de aquel niño evacuado, tan alertado contra los llamados clericales, nos indujo a considerar lo irreductibles que resultaban las ideas y tendencias políticas en el complicado mosaico de los pueblos del mundo.

—Un individuo puede tener ideas —peroraba con voz blanda don Miguel, fumando sus cigarros de selecto tabaco—, pero nunca debe hacer recaer las consecuencias de su contenido sobre quien profesa las contrarias... o las tiene diferentes. Si no se llega a esos extremos, los humanos pueden acometer grandes empresas sociales para el bien de todos.

En los siniestros días de la contienda, y según se sabría decenios después, los maestros de escuela republicanos habían pedido a los escolares —a los nativos y a los evacuados— que dibujaran imágenes referidas la Guerra Civil que se estaba sufriendo. Tan amarga lección ocasional se llevó a cabo en las escuelas de pueblos y pequeñas ciudades valencianos. Doscientos niños y niñas expresaron entonces su visión de las calamidades bélicas y, en 1938 aún, sus coloreados dibujos fueron publicados en los Estados Unidos en formato de libro, que prologaría el escritor británico Aldous Huxley, el conocido autor de "New Brave World" y de otros importantes trabajos. Fue el resultado de la colaboración del departamento de Educación de la República y el **Carnegie Institute** de España. Sin duda, para aquellos niños y niñas, las tenebrosas y violentas viñetas que los hechos les dictaban no eran sino su implicación en las miserias y el terror de la guerra, y aquella parte de

su niñez ya les predisponía a mostrarse exigentes en el futuro que podía quedarles. (Un pasquín promoviendo ayuda para aquellas criaturas —algunas de dos años de edad, según mentaba el Miau Salomón— rezaba así: "Colabora con el Socorro Rojo Internacional en su labor de ayuda al niño", y se incluía una fotografía de los referidos escolares desarrollando aquellos sus dibujos. Dibujos cuyo patetismo amedrentador apenas si quedaba aminorado por la inocencia de los trazos infantiles y su tenaz y laborioso coloreado...).

UN MEDIODÍA DE MARZO DE 1939

Al mediodía de aquella jornada de marzo del 39, fatalmente florida y perfumada por el tiempo primaveral (¡), en el desconcertado y triste ambiente de la ciudad seguía presente la patética imagen de la harapienta procesión de vencidos antifascistas que se arrastraba hacia el ansiado puerto de Alicante. Esa mañana, el Salomón de entonces, a quien nadie tildaba aún de Miau (el Salomón de la bofetada del Corpus y el saludo romano), se llevó un susto de muerte: su sobrino y dos niños más, vecinos de la barriada de la estación ferroviaria, aparecieron en la plazoleta del lugar jugando con sendas pistolas, **Luger** una de ellas. Salomón, que se sintió petrificado y a la vez recorrido por un escalofrío paralizante, se llevó las manos a la cabeza. Pero reaccionó con prontitud.

—¡Sebastián, animal, ven aquí y dame eso! ¡Dame eso!—gritó a su sobrino con grande alarma— ¡Como te vea tu padre..., es que te mata!

El requerido —la nariz repleta de mocos secos— blandía una **Browning**, y en aquel momento operaba para introducírsela en la delgada cintura y pegada al tirante del remendado pantalón corto, muy ameno en remiendos y promiscuo de color. Los otros dos ignorantes se apartaron un poco de tío y sobrino... con ánimo evidente, y natural, de ver en qué iba a quedar aquello. Sostenían su pistola pegada a los glúteos y disimulando su peligrosa y pesada evidencia. Quizá esperaban ver un adelanto de lo que les pasaría respectivamente en sus casas, si no eran capaces de esconder aquella maravillosa y brillante propiedad. Pero esto ya era inútil. Entre tanto, Salomón se acercaba de manera eficaz al sobrino, alargada la mano derecha y lista la izquierda para el zarpazo, que quería fuera lo más eficaz posible.

—¡Dame eso antes de que te vea tu padre y se saque el cinturón, so animal! ¡Será ignorante el crío éste! ¡Sebastián! ¿Estás sordo? ¿Me oyes o no me oyes...? Ven para acá..., ven.

Invocar al padre y a su eficacísimo cinturón de cuero —¡qué gruesa y pesada la hebilla!— vino a ser, aunque inesperadamente para Salomón, como un sortilegio en plena calle y bajo el sol refulgente y franco. "¿De dónde diablos habéis sacado este arsenal, más que borricos?"

Todo aquello y mucho más —dijeron aquellos tres atropelladamente— se lo habían encontrado entre el prolijo herbazal de las cunetas de la carretera y cerca del último sifón de riego. Aquel sifón era un cuasi adverbio de lugar aceptado por los vecinos de aquel rodal como referente topográfico. Allí mismo, y muy cerca de los altos y floridos almendros de aquellos campos, hacía días que se encontraba abandonado un apabullante **Schneider M 16 CAN 1.** Aquel carro francés de combate era uno de los artefactos sobre el que los chiquillos manipulaban jugando a matar fascistas con sus ametralladoras... Con mucha vehemencia, simulaban todo aquello que los adultos se empeñaban en olvidar lo más aprisa posible. Porque la agonía de aquellas fechas era de proporciones nunca antes imaginadas. Allí estaba aquel carro blindado, amarillento por la densa y costrosa pátina de polvo que lo afectaba, como otros artefactos de guerra tirados en la carretera, hacia Levante, hacia Poniente. Igualmente, se podían encontrar algunos automóviles, que habían sido abandonados tan pronto como se quedaron sin combustible o debido a averías sin solución. (Hasta mitad de los años cuarenta, hubo uno, descapotado, junto a las invasoras y ternes chumberas que daban al profundo hoyo de la escombrera, frente a nuestro taller y los demás. El automóvil quedaba junto al estrecho sendero que la costumbre había trazado rozándole, y por el cual cruzaba yo con mi capazo lleno de arcilla).

Tuvo suerte el Sebastián —aunque él no lo creyera— porque su tío Salomón se incautó de la pistola de un manotazo y que, por asedio, consiguió de sus compañeros, más que tristes y apagados, que le entregaran tan tremebundo armamento, al tiempo que les amenazaba por si contaban a alguien aquello de las armas y de su incautación. "De esto, ni media palabra, porque todavía os la podéis cargar, borricos". Luego, y apresuradamente, corrió a guardar las pistolas con la connivencia más que aprobatoria del matrimonio vecino que presenciara, sobrecogido, el comprometido tira y afloja. "Esta tarde —les comentaría Salomón— subiré al **Baldoví** y las tiraré allí. Que se las coma la poza y buen provecho». En aquel intrincado paraje del río ya se había dicho que un huertano de San Antonio había ahogado otras armas de fuego, incluso alguna pistola de las de rueda, mecha y pedernal. Como en la intervención del entonces cantero de la Robella, los adultos tendrían que andar muy atentos porque eran muchas las armas que los vencidos republicanos habían ido arrojando en su penoso trayecto de enfermedad, miedo y hambre hacia el supuesto y ansiado exilio, caso de poder embarcar en el puerto alicantino. Aunque muchos de ellos, apartados de sus esposas e hijos por soldados nacionales e italianos, quedaran atrapados, escarnecidos y medio muertos en el tristemente famoso Campo de los Almendros, también en aquel de Albatera... Sólo tuvieron cierta suerte algunos de los que aguardaron en los muelles, bajo lluvia, frío y vejaciones incontables... sin llegar a suicidarse. El buque «Stanbrook» embarcaría a

unos tresmil de ellos con destino a Orán. En esa ciudad norteafricana había paisanos nuestros de ideas republicanas y desde el momento en que la guerra se daba ya por perdida. Algunas barcas de pesca, unas pocas, los habían trasladado allá muy atribuladamente en una triste renuncia a su tierra y a sus ideales sociales...

CON LAS COSAS DE COMER

El herrero Faquí, alias Coque, a veces repetía —con sabia ironía y obligada resignación— que había meses en que las cartillas de racionamiento no servían para nada, ni para el excusado. Las familias podían disponer de aceite en cantidades deprimentes, o de leche sólo para lactantes, y eso muy a la larga, mientras que el escaso azúcar se expendía únicamente para los enfermos... En cuanto al pan, semanas había que aparecía en días alternos y a razón de cuarenta gramos por individuo, llegando a veces, pocas, a ración de 250 gramos por persona. (Si el jornal base rondaba las siete pesetas diarias, ¿cómo hacerse con un kilogramo de pan cuyo precio estaba en torno a las dieciocho?). De productos como patatas, lentejas o alubias, tal vez arroz, ¿qué se podía decir? Pasaban las semanas sin comparecer incluso las raciones más cortas..."Si no tienes un amigo molinero o triguero —se canturreaba en cuanto al pan—, aquí te espero". Se contaba de alcaldes que, siendo asimismo industriales, o del comercio local, habían sido llamados al orden por la Delegación Provincial de Abastecimientos y Transportes debido a sus desvergonzadas marrullerías; y también a gestores de ayuntamientos por abusos en el precio de productos básicos en sus comercios. Las autoridades superiores del Movimiento, aunque la gente no acababa de creérselo, habían abierto algunos expedientes a desalmados que, militando en Falange Española, desprestigiaban sus siglas acaparando productos de primera necesidad que luego vendían en el Mercado Negro... En esa actitud, y en el fondo, podía haber revanchismo hacia los reputados como "rojos"..., y también regía —se aprovechaba todo— la venganza contra quienes no iban a misa. "Ellos quemaron iglesias y mataron sacerdotes", decían. "¿Ya no se acuerdan? ¡Pues que se coman ahora los puños!"

—Se ha sabido de gentuza —rumiaba Selim— que, después de echarles de cargos públicos por ladrones, se han colocado nuevamente en puestos clave y por influencia de amistades y... ¡otra vez a robar, a robar!

—En cuanto hay harina —se quejaba con agria ironía un mecánico joven, muy arisco él—, te roban en el peso. Si lo compruebas en casa, te sale que al kilo, que no es un kilo, le falta el peso de un tenedor más el peso de una cuchara sopera... ¿Hay derecho a eso? ¡Yo creo que no hay derecho! —Y casi se atragantaba el muchacho, como restañándose una lágrima de impotencia. (A la sazón, nosotros teníamos fijo el pensamiento en aquel artilugio deslumbrante del heladero del carrito. Manio-

braba aquello enseñando una profundidad grande al introducir la masa de helado, sí. Pero luego..., cuando de aquel interior brotaba lo moldeado, ¡qué delgadez de producto!).

Una cierta parte de las amas de casa sí que protestaban ante los fraudes. El hambre las tornaba rebeldes y acuciantes a veces. Vivían acosadas a diario, compungidas por tener que poner a mesa bastante comida para cinco o más de familia, de ahí que despotricaban del tendero —hasta la coronilla estaban de tanta burla— ante el insolente asunto de las pesadas. A ello se sumaban por entonces los casos en que la excepcional generosidad de algún que otro comerciante o el panadero se correspondía con la forzada obtención de favores sexuales por parte de éstos. Beneficio rápido y expeditivo y en cualquier rincón en penumbra de la tahona, del almacén o del molino harinero... Si la hembra acababa cediendo, podía decirse que para ella y su familia comenzaba una época de cierto bienestar.

—¡Vaya que sí! Ya lo creo. ¡Ésa es su cartilla de racionamiento! ¡Y a saber cuántos cupones le han recortado ya!

(Aquellos comentarios, algunos de amargura solidaria, no tenían por qué expresar la envidia de la mujer que los ponía en circulación..."¡Porque todas no somos iguales!", decían algunas hembras. Si Pitágoras oía por casualidad estos comentarios en su vecindario o más allá, se preguntaba en qué términos hubiera reconvenido la iglesia local a la hembra marcada por la naturaleza de semejantes favores o intercambios. Y era que a Pitágoras le interesaban mucho esas cosas, muchísimo. Gozaba rebatiéndolas, desarticulando razonadamente las posturas "éticas" de ciertos católicos..., aun sin tomárselos muy en serio. Los pobres no podían ¡pecar! para comer. Morirse de hambre tendría que ser su obligado destino. Y aquí paz y allá, gloria. Muy socarrón y feliz, se reía él con aquel tipo de jaculatorias al tiempo que hacía burla de las peregrinas admoniciones de la gente bien, aquélla de misa y comunión... y de mesa bien puesta. "Porque, evidentemente —recalcaba—, predicar no es dar trigo, señores míos. No es dar trigo". Aun con lo que entonces estaba cayendo, la actitud de la atosigante panda de beatos interesados no admitía medias tintas... Y su ferocidad aumentaba cada vez que, en bocas fascistas, oía aquello de "¡Come República"!).

* * *

De Ojomil, reptil panadero por entonces, se contaba muy en voz baja —se sabía que disfrutaba de connivencias y otros respaldos del gobierno local— que usaba de acechanzas de esa clase, tanteando clientelas femeninas que él podía imaginarse proclives a intercambios de aquel signo. Y porque figuraba en propaladas aunque tímidas habladurías, algunos de su proximidad política se encargaban de culpar de

tales rumores a gente que lo odiaba y buscaba vengarse de él. Él entonces llevaba casi un año y medio como dueño, en usufructo, de la tahona de una tía suya, la viuda Angelita. Viscosamente osado, engañaba y fustigaba cuanto podía... por aquello de reconocido beneficiario de los buenos informes políticos del Jefe Local del Movimiento, un tipo con espeso bigote y cabezota cuadrada. Que no en balde se había distinguido la alimaña Ojomil —en la nomenclatura que le aplicaba el Miau Salomón— por sus chivatazos y denuncias en la inmediata posguerra. (Había sido aquélla, como luego se sabría, una época doliente, época de intrigas y de miradas aviesas cargadas de intención en quienes entonces tenían la sartén por el mango; tiempos en que uno debía aplicar toda la cautela posible incluso a sus ademanes en público, y no digamos en lo referido a la expresión de sus ideas. Por cualquier gesto de equívoca intención, o de maliciosa lectura por quienes acechaban, podía surgir una llamarada aventadora de revanchas. Había individuos que, al decir sigiloso de otros, se habían quedado con mal disimuladas ganas de usar la violencia que no pudieron practicar cuando se sintieron en peligro frente a los "rojos". Aquellos que habían vuelto al lugar natal desde el frente, o desde Francia, tras una ausencia más o menos prolongada, obviamente tuvieron que demostrar con avales que no tuvieron nada que ver con desmanes, extorsiones y delitos de sangre durante la guerra... Y creían éstos, o deseaban creerlo, que aquello de regresar avalados suponía que no habría nadie que les molestara. Pero algunos se equivocaban: la Guardia Civil, los falangistas y la policía secreta tenían todavía mucha tarea por delante en las ciudades, pueblos e incluso aldeas de la amedrentada media España...).

Un caso bastante extraño —y científicamente excepcional— lo constituía el del individuo que llamaban Caloma. Allí estaba él, vivito y coleando, incombustible al parecer.

—Caloma, ¿qué? ¡Vaya gorra que te han puesto!

—¡Cierra el pico, desgraciado!

Pocos se imaginaban —y nunca lo sabrían, porque además no querían saberlo— de qué tipo de resortes se había valido aquel rufián para sobrevivir integrado en el nuevo orden. Y visto cómo le había ido lo del cambio de chaqueta —o de gorra, ¡qué cosa más rara!—, hubo gente que le creían asimilado a la nueva situación por denuncias contra un cierto maestro de escuela. Su caso, por lo tanto, no podía tomarse como referente para que determinadas personas se sintieran a salvo de malevolencias y otras acechanzas. Lo más acertado eran el disimulo y la más que alambicada prudencia en aquella titubeante navegación. Y esperar a que transcurrieran los años. (El llamado Caloma a veces parecía que se la estaba buscando, y más con lo fácil que hubiera sido acusarle —incluso mediante escrito anónimo a la autoridad local— de haber quemado imágenes de los santos y arrojarlas al río desde el puente al río).

¿Cómo iban a denunciarse las prácticas fraudulentas, las sisas escandalosas que cometía el infecto y asqueroso Ojomil en su demarcación panadera, si nadie sabía —o sí, pero había miedo a denunciarlo— con qué apoyos políticos contaba aquella mala bestia? Si, por sus fechorías, chivatazos y denuncias contaba con el beneplácito de aquellos que entonces cortaban el bacalao, ¿quién iba a ponerle las peras a cuarto denunciando sus desvergonzadas artimañas en el horno? ¿Sería aquel tipo uno de los destinatarios conchabados para la harina desaparecida? ¿Quizá un miembro activo, y chasqueado, del sórdido transporte de aquel producto? El Miau Salomón se andaba con sus sigilosas vigilancias en el entorno de la tahona... porque incluso desde el arrabal podían llevarse a cocer allí los amasados panes o coquetas de aquel milagro. Se olvidaba de la obligada astucia de las mujeres, que muy bien habrían tomado el tren para llevar el amasijo a cocer al Campello, tal vez a San Juan, y no sólo las habituales del horno de Ojomil. En el arrabal, ciertas clientes del de la barriada igual podrían haber hecho la misma cosa con mayor o menor frecuencia..., porque la insólita abundancia del producto —salido de la madriguera del Alqamah— les señalaba peligrosamente, según ellas creían. Anotaba mentalmente Salomón las entradas y salidas del horno de su acotado sabandija, y las cargas de leña que llegaban allí, el número de sacos que se bajaban del carro del abastecimiento..., y las misteriosas visitas del individuo aquel de la carpeta azul, aparentemente vacía por lo ligera... El Miau creía tenerlo todo controlado desde aquella esquina donde sobrevivía la antiquísima acacia, mínimamente viva y siempre con el mismo y precario aspecto, o también desde la breve terraza del tendedero común pespunteado de tiestos con geranios, lugar que los vientos batían frente a la pátina del azul intenso del mar. Pero, siendo el miedo un freno general, y estando tan bien impartido y administrado, nadie osaba mover un solo dedo para acorralar eficazmente a un Ojomil de aquella magnitud. Además, ¿cómo saber si la harina descargada por el carro en el horno era similar a la que el Alqamah vendió en el arrabal? Para ello se requería vigilancia explícita, cosa imposible de hacer. El hundimiento de aquel tipo de sinvergüenzas sólo podía hacerse robándoles o atacando su imperio o intereses con pequeños y diversificados atentados. (En los demás hornos de la ciudad y sus partidas no hubo pistas evidentes de la escamoteada harina al panificarla. De modo que, como se imaginaban algunos, parte de la que llegó a manos de los pobres ya viajaba a municipios vecinos, diestramente heñida por las manos y puños femeninos. Y parte considerable de ella tardaría en manifestarse en los hornos de la barriada, por aquello del miedo a indagaciones de ciertos esbirros. Las más arriscadas mujeres, por ser estraperlistas experimentadas (y como ya se ha dicho), se rodeaban la cintura —¡cuán femenina la estrategia!— con la húmeda y próvida masa. Y otras hembras, pretendidamente encinta, y diseminadas discretamente (¡) por los diferentes vagones de pasajeros, querían entonces aparentar edad perfectamente fértil...

—Pero, ¿que qué edad tiene usted, mujer?

—¿Yo? ¿De qué?

—¡De edad! ¿De qué va a ser?

—¡Más que Carracuca! Pero mire..., aquí estamos, con el bombo. —La contundencia de tan burda evasiva se confirmaba en la irónica sonrisa que disculpaba semejante trola. Pero aquella voz se había propasado preguntándole la edad a una mujer.

La despreciable hiena que era Ojomil —siniestra alimaña estúpidamente confiada en sus recursos e influencias— se podía decir que tenía mala memoria. A veces, ni siquiera parecía recordar que el Miau era de su vecindario. En realidad, Salomón no existía para él. Aquel tipo parecía no verle incluso cuando, al doblar una esquina, se tropezaban de frente, resolviendo el topetón —a izquierda los dos, a derecha los dos, una vez, dos veces— sin acusar el otro la presencia de Salomón en embrollo tan embarazoso, aquel en el que se habían cruzado sus respiraciones. Para Salomón, aquello era una violentísima proximidad, y qué bueno que no se repitiera, se decía él, porque... ; en fin, mejor que no se repitiera. Pero el chacal panadero, el Ojomil de la bofetada del Corpus, lameculos y tiralevitas desde siempre, podía ahora caer con el zafio asunto de la harina de Santa Marta. Y casi por eso volvía el Miau a recordar la vil afrenta de la bofetada en público. Si le venía a las mientes, todavía sentía la vibración dolorosa en su mejilla, congestionada de fuego, dolidamente ahogado todo él en aquel espantoso ridículo. El ridículo asimismo de quien no devuelve el golpe en el mismo altar sacrificial de la afrenta... porque considera lo peligroso de revolverse en un entorno político hostil, y porque mantiene sensible el bienaventurado dispositivo de la disrupción, de la serenidad activa y eficaz Por miedo, simplemente y en resumen. (El llamado saludo nacional, brazo en alto, se quitaría de en medio en 1945..., y a pesar de reconocerle las autoridades franquistas "un rancio abolengo ibérico". Al decretar su eliminación, se pretendía que había sido adoptado espontáneamente por los diversos pueblos de la España de 1937..., pero que ya había llegado el momento de no considerarlo obligatorio y decidir su desaparición. No se diría, naturalmente, que, con la derrota de Italia y de Alemania, ya no convenía que en nuestro país se siguiera con el airón del saludo fascista...). De aquella malhadada humillación inferida a Salomón vino su intensa dedicación al trabajo en su primera cantera, próxima a los terrenos de la fábrica de ladrillos, y a no dejarse ver en la calle más de lo estrictamente necesario. Aparte de que no le apetecía en absoluto. Como consecuencia de ostracismo tan agudo, Ojomil pudo haber deducido que el afrentado —uno más entre sus perjudicados— se había olvidado de aquello de la sexagésima jornada después de Resurrección. ¡Pero qué lejos Ojomil de las soterradas expectativas contempladas por el Salomón de los inferidos maullidos callejeros, y cuánto de la furia con que buscaría el Miau devolverle la pelota! Había

pasado casi una década, pero por aquellos días, y con su colección de futilidades aún en marcha, el Miau no se olvidaba del sutil añadido con que contaba su extravagante compendio: la pistola **Nagant**. Era el ejemplar que excluyó de las armas cortas que ahogó en la poza del río aquella sobrecogedora semana de primeros de abril del año 39. Retenida con él, la ocultaba bajo una de las baldosas que constituían el solado de su cámara museística. Recordaría esa baldosa con relativa facilidad —eso creía él— porque, estando mellada, parecía soporte casual del aleatorio dibujo de un pez. Aunque a veces se le antojaba que aquello era un ojo, un ojo humano, para ser precisos. Sobre esa baldosa y sus vecinas descansaba una antigua y reseca albarda cuyos cuero y badana lucían furiosamente carcomidos y como exudando serrín rojizo. En cualquier otro momento, el tal aparejo ocupaba un lugar diferente, ¡ay!, adosado las más de las veces a la pared de la izquierda. En su sitio mantenía Salomón, aunque por poco tiempo probablemente —¿quién podía saberlo?—, diversos cedazos de hirsutas y retorcidas rejillas y con el entramado limpiamente arruinado. Quizá el coleccionista estuviera cansado de clavar alcayatas en las paredes, o que éstas no dispusieran ya de espacio bastante para recibir nuevas impertinencias.

Al respecto de aquella distribución, algunas veces el Miau Salomón se sentía sacudido por una alarma convulsa... porque, de repente, creía no recordar el concepto del dibujo que mostraba la baldosa de la pistola. ¿Un ojo humano, una sardina... o nada parecido a esas dos cosas? Tampoco recordaba si la pieza era la número ocho o la que hacía siete en la hilera, tomado por referente el ángulo derecho de la cámara y su puerta... Pero si, con su navajita, se ponía a remover la pieza intuida, y aquélla se dejaba sin oponer gran resistencia, pues Salomón lanzaba un abundoso y sosegado suspiro de alivio. Miraba el arma un ratito, oculta allí y debidamente envuelta en un paño, y la sopesaba con cierta y peligrosa delectación. Después la devolvía delicadamente al sitio... hasta la próxima vez.

Evidentemente, nadie sabía de tal pistola a disposición del Miau. Ya había pasado mucho tiempo desde las aciagas fechas del final de la guerra. ¡Qué sobresalto para Ojomil de haber sabido de la cercanía del arma, tan peligrosa para él y comprometedora! El Ojomil aquel no podía saber nada de semejante pistola en el vecindario, nada. Él seguía con los estudiados embrollos de ocultar o adulterar las harinas mediante mezclas, además de incrementar su peso y volumen con salvados. O de guardar y mantener escondido el trigo no declarado de las cosechas agrícolas de las propiedades de la tía. Contando con la tácita connivencia de los poderes implicados en la delegación local del Servicio Nacional del Trigo, ya podía. Tan consabida práctica, y por lo extendida, semejante mentira asestaba golpes mortales a la economía nacional, y mientras sus gobernantes decían perseguir tales fraudes con multas hasta de mil pesetas y castigos carcelarios... (En unas pocas localidades alicantinas, la superioridad había llegado a cerrar determinados hornos por haberse destapado en ellos fraudes en las calidades y cantidades del producto a la venta

racionada. Se creaba así un serio problema en el abastecimiento... hasta arbitrar la Fiscalía Provincial de Tasas la alternancia del titular en el servicio de las tahonas para controlar a los desaprensivos del Régimen, ésos que lo desprestigiaban de manera sórdida y desvergonzada. Pero, un año y medio después o así —Selim lo comentaba con frecuencia en la botería—, los mismos individuos hacían valer su condición de ex-combatientes, el de haber estado presos o aquello tan expeditivo y ruin de delatar a alguien de los llamados "desafectos". Y volvían a detentar establecimientos en la localidad).

Ojomil, quien posiblemente recibiera su parte de la suprema harina escondida en nuestro territorio, obtendría sus buenas pesetas, sus buenos duros. Y también estaba seguro de poder sosegar su lujuria usando las pautas copiadas al panadero de quien fuera aprendiz informal. Aprendiz o cuasi en el horno del Tosal de Trescabras siendo él un rijoso adolescente. (Aquel caradura de hornero, casado y con hijos, era muy sagaz y aprovechado en los peligrosos intercambios sexuales. Sabía bien qué hembras eran o podían ser receptivas e incluso generosas, y también las que podrían crearle un problema serio en el vecindario huertano. Y con aquellos su tacto y obstinación quizá había sembrado el terreno de hijos naturales de sus adulterios, cosa, sin embargo, difícil de demostrar. Observándole, y como quien no quiere la cosa, el ahora ojeroso, vicioso y reptante Ojomil había aprendido las mañas y los tanteos, y conocía a fondo las características de las contraprestaciones... El curso preparatorio tenía que consistir, forzosamente, en saber dosificar disimulos y envites, retiradas y ataques. Porque de aquel modo desbarataba la suspicacia del vecindario, a lo cual añadía ligeras generosidades para con la clientela especial y en lo relativo a calidades y precios del producto. Llegaría un tiempo, además, en que el redomado pillo Ojomil ya se había apercibido del motivo por el cual el maestro panadero le liberaba algún que otro día a eso de las dos, tras la comida del mediodía.

—Ya puedes irte a casa—le decía.

Y él se ponía en marcha hacia la ciudad..., excepto cuando, dando un pequeño rodeo, trepaba al cerro inmediato. Desde aquella altura, y en la suave umbría del escueto grupo de los pinos, Ojomil veía, si había suerte ese día, cómo se aproximaba la pieza sexualmente convenida a la puerta del cazador... En aquel horno había aprendido mucho el adolescente, y no sólo en las artes de estafar. Años después, enviudada ya su tía del manso y razonable de su marido, Ojomil ya se había trabajado muy buenas relaciones políticas, y resultaba provecto, muy predispuesto a esquemáticas ruindades. De ahí que se sintiera listo para navegar depredando en aquel piélago de oportunistas protegidos. ¿Qué más podía desear? ¿Desear Ojomil? Deseaba volcánicamente aprovecharse de la tierna hembra Almudena, hacerla suya y disfrutarla a bocados, acotarla para sí... y darle cualquier cosa que ella le pudiera pedir. ¿Desear Ojomil?

¿Y SI HUBIERA VUELTO REALMENTE?

Los que aseguraron con entusiasmo haberle visto cabalgar por entre los espléndidos almendrales y las frondas compactas de los leñosos y recios olivos, grandes como castillos, quizá no fueran creídos en su apasionada proclama y de pronto, y puede que incluso movieran a piadosas sonrisas... Aquello era mucho decir, demasiado bello y sugerente por lo prometedor. Pero los tachados de lelos o de quiméricos y visionarios insistían: dos noches antes habían visto cabalgar al Guerrero del Antifaz bajo la difusa rebanada del pan de la luna. Galopaba en dirección al bosque, seguramente en busca de su cabaña y dejadas atrás las tupidas extensiones agrícolas de aquel hermoso y próvido terreno. Solo y sin Fernando, y sin la mora Zoraida, aquella que fuera favorita del sinuoso Alí Kan... Tiempos antiguos aquéllos, tiempos en que el Guerrero, desembarazado de las apreturas tentaculares del vesánico asesino de su madre, Alí-Kan, intentaba perfilar su misión en aquel mundo de tenaces confrontaciones entre moros y cristianos. Averiguada toda la verdad por el relato de la cautiva condesa de Torres, y sabido entonces que era hijo de aquella mujer pero no de Alí Kan, el que se creyera primogénito de este moro escapaba de su palacio fortaleza... y reaparecía luchando contra la Media Luna y cubierto su rostro por un antifaz. Aparecía aquí, comparecía allá, era perseguido y perseguía en su condición nueva de guerrero de la Cruz. Sin demora alguna, afrentado y malherido Alí Kan por él, el reyezuelo enviaba a sus más aguerridos hombres en pos de aquel a quien llamaba renegado. (¡Qué inmensa la ira de Alí ante todo aquello. El tremendo golpe que se le acababa de infligir —sin contar con la lesión de la herida en su carne— debía ser castigado de modo inmediato. Y era así cómo comenzaba en tan remota época la trepidante y asombrosa serie de violentísimas luchas, que se irían a prolongar durante largos y azarosos años...).

Ahora cabalgaba al Guerrero nuevamente por nuestras tierras. Atravesaba huertas y eriales o barbechos, y coronaba secos y agrestes promontorios, cruzando sendas y recorriendo los venerables caminos reales. Su soberbio corcel trotaba por entre las diseminadas viviendas campesinas, las sometidas a gabelas, a trecenes y a otras pecherías feudales... Muchas de aquellas propiedades rústicas, además, habían estado años y más años, y largos siglos, cruelmente sometidas a censos extravagantes y tiránicos para pagar a la iglesia parroquial las tantas misas y doblas por el alma

de familiares difuntos. Decenas de sufragios a veces por una sola alma... Aquella tenaz esperanza en la misericordia divina dejaba exhaustos los restantes capítulos testamentarios al destinar los creyentes cantidades desmesuradas para oficios religiosos..., mientras la Iglesia y las llamadas "manos muertas" aumentaban su patrimonio en terrenos y otra clase de propiedades. Centenares de libras, sueldos y dineros en su poder, convertía a buena parte del clero en prestamista con intereses leoninos. De ahí que aquel ministro de Felipe V, Melchor de Macanaz, arremetiera contra esas propiedades con su famosa desamortización. Ahora, con el Guerrero del Antifaz en aquel territorio, solar queridísimo de nuestros ancestros, ocurría que la imaginación de los unos y la incredulidad de los otros entraban en lógica y natural colisión. De aquella supuesta amenaza hacían burla inmisericorde —si paraban mientes en ello— los que, muellemente instalados y seguros en su nivel social, ni siquiera podían imaginarse que aquella su situación pudiera cambiar a peor por la aparición del ente ecuánime y justiciero que, según los rumores, vendría a ser el nuevo conde de Roca. ¿A qué diablos había venido y cuáles eran sus intenciones, en realidad? Los humildes, los sin tierra y sospechosos de estar contra lo establecido —¿y qué era y dónde terminaba lo establecido?— quizá se ilusionaran con la reverberante anunciación de cierta justicia igualadora. De una justicia, al menos, que borrara parte de los irritantes contrastes acuñados y permitidos por el Régimen..., que se había aprovechado, en intensidad y extensión, del crucifijo y sus ritos. Si el Guerrero del Antifaz andaba cerca y atento a las calamidades por las que a diario transitaban los famélicos y represaliados, no había por qué dudar, en principio —y como susurraban algunos—, de lo providencial de tan subrepticia presencia suya. Motivos no faltaban en aquella sociedad. Volvía alguien que había luchado pertinazmente aguerrido contra los infieles y justicieramente honesto al lado de los indefensos. Su regreso bien podría suponer una especie de asistencia vigilante contra las aviesas y ofensivas injusticias que se infligían a personas sin valedores ni padrinos. Aunque aquello tenía trazas de ser un bulo envenenado —como lo pareció al principio el insólito desaguisado de la harina—, prevalecía el ansia ilusionada de que, por fin, se ajustaran las cuentas a los que disfrutaban con un estado de cosas que castigaba diariamente a los más pobres, a los desvalidos y enfermos por inanición. Sí; podía ser una fantasía de sobrada necesidad, un sueño, quizá un infundio interesado. Pero allí estaba, como un airón señero que la imaginación de unos cuantos creía haber visto tremolar en diferentes lugares. Si era una fantasía, pronto caería de su peana, apagada la esperanza y más viva aún la monotonía y el asco de vivir. Así que...

—¿Y tú qué piensas de todo esto, Valerio?

—Hombre —dudaba el preguntado, o trataba de evadirse—, yo lo que pienso es que también decían que era una buena mentira eso de la harina. ¡Y mira, al menos comimos tortas y bollos a dos carrillos unos cuantos días!

Si el Guerrero del Antifaz se había salido de los tebeos... e irrumpido en carne mortal u onírica en nuestra demarcación, ¡cuánto mejor que hubiera sido él y no Roberto Alcázar!, que ése si que era capaz de presentarse, con Pedrín al lado, y diciendo extraordinarias memeces, bobadas de una vulgaridad a tono con la desfachatez y mediocridad del Régimen de Franco. (¡Tampoco había que exagerar!, decía alguien al respecto, aunque sin ánimo de molestar). Aquel mundo nuestro, pertinazmente deficitario en genialidades incluso de andar por casa —a lo máximo, se daba alguna ocurrencia curiosa—, siempre terminaba copiando, deudor siempre de obras de cualquier clase producidas fuera de la llamada piel de toro. ¡Y gracias a que sabíamos detectar los productos que señalaban la propia mediocridad nacional, optando abiertamente por los importados! En cierto modo —y sin creer urgente averiguar la razón de semejante vaciedad—, éramos sagaces y puede que hasta inteligentes al saber detectar vulgaridades nacionales, sobre todo en asunto de cintas cinematográficas.

A poco que se reflexionara, resultaba fácil la detección de aquella pobreza imaginativa y creadora por la que veníamos transitando. El día a día escolar no iba mucho más allá del monótono memorizar y memorizar, si no te exigía nombrar de carrerilla el nombre de cada uno de los hijos de Jacob, las virtudes teologales o las retahílas de reyes más bien godos —¿godos o visigodos?—, además de las fórmulas para calcular el área geométrica de los polígonos. Lo de la regla de tres —"Pedro, Juan y Andrés"— venía un poco más adelante, aunque la de tres compuesta nos complicaría la vida con aquello de la proporcionalidad, unas veces directa y otras, inversa... Estaba más que comprobado que si aumentaba el número de albañiles, disminuía el tiempo invertido en levantar una pared cualquiera, ¡claro! Y así... (También parecía estar prohibido conocer el origen de todas aquellas fórmulas, si caíamos en la cuenta —y casi nunca caímos— del porqué de las cosas. El porqué de las cosas, de todas ellas. Las cosas eran así desde siempre. Y así las habían puesto en el libro. Sólo era cuestión de memorizarlas —como los socorridos afluentes del Ebro, caudal español tan didáctico y socorrido— con la mayor exactitud posible... y sin aceptar añadidos impertinentes).

—¿Cuál es el área del triángulo? —Ésa era la forma de preguntar cómo se calculaba, porque no se decía "¿cómo se calcula el área de tal o cuál figura, sino **cuál** es?»

—Base por altura dividido por dos.

—Bien, pero ¿por qué?

—¡Cómo que por qué! ¡Porque lo pone el libro!

—Bien. Ahora tú, Francisco. ¿**Cuál** es el área del cuadrado?

La memoria, el entendimiento y la voluntad, acreditadas como evidentes y resolutorias potencias del alma para el comportamiento humano, no podían excluir —aun pretendiéndose— derivaciones tan extravagantes como el criterio y creencias

personales, pero esas cosas no podían exponerse en el ágora porque uno podía ser mal visto y quedar tachado de sospechoso. ¿Qué hubiera sido de Pitágoras, un suponer, de habérsele ido la cabeza un poco más y, en lugar de mostrar sus ideas o hallazgos intelectuales a la cabra Casiopa —diminutivo de Casiopea—, los hubiera aireado ante el barbero, entre la clientela de un bar o insertado él en la vocinglera y tumultuosa comitiva fúnebre de los entierros al uso en la ciudad? Al tratarse de un ser humano pacífico —aunque percibido como degenerado por aquello de leer libros y más libros—, nadie se metía con él, que también vivía en ostracismo a su aire. Tocado por el sambenito de lector empedernido, ¡pero no de novelas!, no se le tenían en cuenta los filosóficos análisis que a veces elaboraba sobre la guerra civil y sus lamentables consecuencias sociales, por ejemplo. (No se atrevían con él por temor a sus cultas andanadas, tan genéricamente alejada la Filosofía de los cerebros comunes. Era más fácil tacharle de majareta, que era cosa más concluyente, además de ser algo muy cómodo). En algunas tardes de invierno —aquellos inviernos tan benignamente primaverales— se le podía ver echado en un pequeño yermo, contra el tronco seco de un almendro muerto, de cuyo pie se levantaban brotes silvestres que la cabra Casiopa —de ojos saltones y boca rumiante, claro— no dejaba crecer por el asunto aquel de sus cuatro ámbitos estomacales seguramente. Mientras el animal, uncido al tronco por una cuerda, ejercía su permanente batida radial sobre las hierbas en su alrededor, Pitágoras igual se había dormido con la cara apoyada en la palma de la mano derecha, y respiraba plácidamente, sin perjuicio de lo cerca que su cuerpo quedaba del que fuera Camino Real de Valencia por la costa. Nadie le molestaba, entreabierto su libro a un palmo de su boca. Cuando despertaba de su beatífico lapso de sueño, la luz solar le indicaba con precisión cuánto le quedaba para recoger y cuánto en reaparecer por el barrio el camión que su hermano venía pilotando desde pueblos murcianos con su carga de jugosas verduras y hortalizas. Aquél era el cargamento a distribuir luego por las tiendas locales y algunas de los pequeños pueblos colindantes. Eso ocurría dos veces cada semana, y, salvo algunas operaciones más, de escasa entidad todas ellas, Pitágoras disponía de mucho tiempo para sus libros y el pastoreo de la insigne Casiopa. Porque sobre el propósito de retener al bestia del sobrino junto a un libro de cuentas o de cualquier otra disciplina lectiva, no había nada que hacer. Nada en absoluto. Y era bien cierto que, a pesar de ser este Pitágoras un individuo sensible y humanitario —o por eso mismo—, ya hubiera podido matar al sobrino a patadas la tarde que dio el susto cruel a la abuela, su hermana, al hacerse el ahorcado en aquel altísimo almendro del vecindario. Respecto a ello, Pitágoras creía —¡tremenda convicción aquélla!— que nunca jamás se habría arrepentido de hacerlo. De matar de una patada al sobrino aquel. Ni de rematarle convenientemente después.

* * *

Aquello, pues, de la vuelta del Guerrero no podía ser... y, además —como sentenciaba la frase famosa—, era imposible. Tendría que tratarse de otra cosa, quizá de un deseo experimentado por gente como nosotros, que, sin imaginación para vencer las terquedades de la realidad diaria —¿y cómo?—, dábamos en pensar que ésta era como era por simple fluencia natural... o disposición de Dios nuestro Señor. Por eso nos daba por rellenar las carencias con aspiraciones que, por continuadas e irrenunciables, podían erigir la posibilidad de cierto tipo de portento. Era posible —¿podía serlo?— que se produjera una clase de entidad ideal que cumpliera, en todo o en parte, las razonables aspiraciones de los eternos marginados. O sea, que éstos pudieran desprenderse del yugo —y de las flechas, asimismo— que les uncía a la miseria diaria y a su desgraciada duración. ¿Iba a ser alguien como el Guerrero del Antifaz, un héroe cristiano, el que despertara en los humildes la ilusión de esa probabilidad, de ese logro? Si el imaginario colectivo de los menesterosos se mostraba inclinado a tamaña pretensión, apropiándose —en movimiento intelectual puramente reflejo de aquello que los chicos habíamos patrimonializado año tras año, ¿íbamos a lamentar semejante intrusión y su ilusionante puesta en escena? En el curso de la serie del héroe, defensor imparcial y consciente de los avasallados, ¿no habíamos deseado que los mayores atendieran y respetaran nuestra obcecada atención a sus gloriosas aventuras? No se había conseguido vincularlos a paladín tan bravío, de ninguna manera. Y fue bueno que comprendiéramos la lógica de aquella indiferencia. Porque la atención suprema de los mayores tenía que consistir en convivir con tantas carencias básicas y obligados silencios. Que eso se sabría algo más adelante. Ahora, sin conocer el qué del suceso de aquellos días, daba la sensación de que aquellos mayores, algunos, habían mirado hacia el Guerrero. Queríamos creer que señales como aquélla avisaban de que podía reducirse la pastosa vulgaridad de un continuismo social cuya implantación ni se permitía cuestionar. Podía pensarse que, al igual que los extensos espartales que colonizaron las colinas soleadas y oreadas por el mar, lo que ocurría en España no era sino una colonización surgida al confrontarse los españoles, pero como si toda alteración, deseable para todos ellos o no, tuvieran que permitirla los de Franco, ésos que habían decretado que, entre otras cosas, el siglo XIX no había existido jamás. Se trataba de los mismos que habían hecho tabla rasa de lo actuado históricamente para imponer sus leyes, abiertamente apoyadas con entusiasmo interesado por la Iglesia católica, que se las apañaba bien para "ignorar" las torturas que los falangistas y demás agentes del Régimen infligían a los vencidos. Se gobernaba entonces, ¡y cuánto tiempo!, para los vencedores, hasta el punto de que el Estado de Guerra —eso se sabría más tarde— no se levantó hasta 1948 y el Tribunal de Responsabilidades Políticas desaparecería en 1966. (En Alicante, la Columna de Orden y Policía de Ocupación comenzó a detener y controlar a los vencidos el día 30 de marzo de 1939, dejando a muchísimos de ellos amontonados sin casi agua ni

comida en los campos de concentración... Y pronto se iniciaban los fusilamientos a partir de las cárceles franquistas. Historiadores futuros verían en el Alzamiento la determinación inmisericorde de matar, de deshacerse de las denominadas "hordas marxistas" y que, según los sublevados, amenazaban destruir la España inmortal, aquella España de las clases pudientes... y de las fétidas y perdurables injusticias. El mundo entero asistiría, sobrecogido, al desarrollo de aquel espantoso genocidio..., rúbrica inequívoca de un pueblo que, con su incultura y atraso, no podía aspirar aún a un régimen republicano).

Nosotros seguíamos en el limbo al no saber qué ocurrió antes de la guerra, en la propia guerra y en la posguerra. Pero esa ignorancia también nos evitaba avergonzarnos del desvarío que afectó a tantos ignorantes y visionarios, aunque algunos hubieran sido gente honrada. También parecía verdad que la suprema incapacidad se atribuyó, después del desastre, a quienes se equivocaron en los pronósticos sobre el levantamiento franquista. La alocada y multifacial olla de grillos que fuera el bando republicano tenía que propiciar forzosamente semejante catástrofe. Los causantes de ella serían —aparte estaban los imponderables, siempre latentes y a veces fatales— quienes obviaron el rigor de la realidad —Casares Quiroga proclamó el 17 de julio del 36 que la sublevación de Franco había sido abortada— y llegaron a creer (¡) que serían ellos los que ganaran la guerra. Pero con la anarquía, el individualismo y la ignorancia de las masas, resultó imposible alcanzar aquel objetivo... Por tanto, las represalias de los vencedores, cruzados excelsos para la Iglesia, no se harían esperar, mientras el mundo contemplaba el desgarro sangriento de un país que, una vez más, había caído en el disparate como comportamiento colectivo. Las excepciones, ciertos intelectuales de la II República, huirían de aquel pandemónium exilándose, sobre todo, a Méjico, país que a tantos de ellos acogió al tiempo que enviaba armamento al bando republicano.

—¿Armas para que creciera el número de muertos... o qué?

—Sabes bien que no fue para eso... y sí para que los muertos no fueran sólo del ejército fiel a la República. Si Alemania e Italia suministraban armas, soldados y técnicos al general rebelde para machacar a la República..., ¿por qué razón otras naciones no podían hacer cosa semejante ayudando a los republicanos? Dime una razón...

Pero aquella República llevaba en su estructura un inestable guirigay de facciones políticas encontradas y dispares. Y, en aquel marasmo, el partido comunista español no se apercibió de los criminales propósitos que la Unión Soviética albergaba para el caso de ganarse aquella guerra contra las fuerzas reaccionarias de Franco... Al término casi de la contienda, los visionarios comunistas de España fueron los primeros en darse cuenta de cómo el régimen de Stalin les dejaba en la estacada ante el avance franquista. Y casi fue mejor así porque la garra de Stalin

era larga y tenaz, y también iba a sobrecoger al mundo con sus miles y miles de deportaciones y asesinatos...

* * *

En caso de ser verdad que se había visto cabalgar al Guerrero del Antifaz en nuestro dominio (¡), tal y como ya se había divulgado, ¿no era una bella coincidencia que el suceso se produjera pocas jornadas después del hecho sobrehumano de la harina? ¡Qué sugerente aquello de haber visto a tan solemne caballero allá en los ribazos del río y como rubricando una consabida victoria de los olvidados! O que se hubiera descubierto su figura ecuestre en los caminos y colinas como señalando la turbia itinerancia de la harina detentada por las manos más deshonestas... Visto o no visto, real o imaginario, aquel símbolo se implantaba en el territorio en apariciones fugaces y nocturnas, bajo el argénteo parpadeo de los misteriosos cúmulos estelares. Y dejaba una estela a seguir por la imaginación del necesitado, muchas veces su única propiedad en el mundo. Nosotros, iluminados por una prevención involuntariamente razonable, podíamos sentir como un regreso cauterizador a los primeros tiempos del prodigioso luchador, cuando le veíamos escurrirse o vagar, como asilvestrado, por entre las apretadas masas vegetales de la floresta. Aquella su nueva presencia —la de renegado, en venenosas palabras de Alí Kan— la sentían muy cerca algunos hombres del tirano, mayormente los solitarios vigías del intrincado borde territorial entre los feudos moros y cristianos, y más que insomnes por si les acometía tan misterioso y bravo jinete. (No tardarían algunos en convenir entre ellos que aquel ser no era humano, que no podía serlo por su pasmosa destreza en la lucha, por su condición de invulnerable...). Al poco, ese cristiano de la máscara se daba de bruces con un fornido guerrero de Alí. Esto ocurría a pocos pasos de la cabaña del héroe incipiente. El moro, llamado Kay, ya había cruzado su espada pocas jornadas antes con el enmascarado —fue en el número anterior y primero de la serie—, y se lo recordaba... mientras le acometía y entraban en fiero combate. (Por entonces, el desconocido guerrero cristiano ya había sido visto en distintos lugares: en el bosque, en la llanura y en las montañas, sin que ni siquiera Alí Kan relacionara su intrigante y brusca existencia con la desaparición de su supuesto hijo tras dejarle herido éste en su palacio). Ahora se encontraba Kay con la inmensa sorpresa de que aquel de la máscara era ¡¡el mismo hijo de Alí Kan!! Accidentalmente, al cristiano se le había caído el antifaz, y, ante esa visión, el moro tartamudeaba queriéndole reconocer...

"— Me conoces, ¿verdad?—le sonreía el desenmascarado.

"— ¡El hijo... el hijo...!

"— Esto no quiero que se sepa... —decía el cristiano—. Por lo tanto..." — Y le asestaba un formidable puñetazo en la mandíbula. Kay quedaba inconsciente

en el suelo, pero al lugar acudían otros del destacamento moro en el bosque, y el joven enmascarado escapaba. Ya podía imaginarse en la huida que el moro correría, como así lo haría dibujos después, a contar su impactante descubrimiento al reyezuelo.

"— ¡El hijo del conde de Roca es nuestro mortal enemigo, el Guerrero del Antifaz!

"— ¿Qué dices?"

Era así como comenzaba la serie de aquellos cuadernos. Un luchador joven, un guerrero con apariciones necesariamente esporádicas e imprevisibles se enfrentaba a los moros. Se le veía, o creía vérsele cabalgar en solitario por distintos parajes, de un condado al otro, agazapado o franco y deliberado, inaprensible y gloriosamente imbatido. Sus hazañas ya iban de boca en boca, quizá también en los cantares de ciego, mostrándose lo mismo fugaz que explícito en una admirable sucesión de audacias y de indudable intrepidez cautivadora... Rápido y misterioso, el impresionante jinete del antifaz arrollaba como una exhalación liberadora, paladín eficaz de lo justo y perseverante contra la infamia y los abusos inferidos, por moros o cristianos, a los eternos desheredados de la fortuna...

Bien. En ésas estábamos, nos diéramos cuenta o no de aquella magnitud. La proclamaban quienes creían haber visto cabalgar al Guerrero del Antifaz por entre las arboledas y los descampados, y probablemente porque sus anhelos eran apetencia inaplazable de un corolario que les confirmara, por fin, que su suerte podía cambiar a mejor. Creían haber visto con claridad que la Providencia no se desentendía de ellos y que el esporádico beneficio de la harina, aun siendo minucia en su cantidad y no suponer una cifra secuencial, representaba la clase de fracaso que había que desear para los desaprensivos y sinvergüenzas. ¡Ahí era nada haberse estrellado los poderosos al robar a los hambrientos! ¡Hasta nosotros entendíamos el gozo con que Selim hablaba, a su manera, del signo y derivaciones de aquel fracaso! Se reía a gusto y le sobrevenía una insólita locuacidad, antes no vista en él. ¡El fracaso de los pudientes en su robo a los miserables! Pitágoras hubiera hecho ahí una frase plenamente vibrante e inspirada, una sentencia en torno a la figura del Jesucristo que, con vergüenza ajena, y a latigazos, echó del templo a los mercaderes.

—"Dábale arroz a la zorra el abad"...

—¿Y eso con qué se come?

—¿El arroz?

¿Quién diablos iba a saber qué cosa era un palíndromo? El del arroz, la zorra y el abad —por ese orden siempre— era una frase que acostumbraba a usarse en libros

de Gramática como los de don León Sanz Lodre y no para enervar a los alumnos, sino para justificar lo del vocablo palíndromo y que se advirtiera que designaba expresiones o palabras que igual se leían de derecha a izquierda que al revés (¡).

—¡Eso no puede ser y además es imposible!

—¿Cómo que no puede ser imposible?

—No, yo he dicho que...

—Si escribes Polop al revés, Polop sale otra vez. Si no lo comprendes será porque no te fijas, tarambana. ¿No has visto que un tren igual va para adelante que va para atrás, como un palíndromo?

—Pues a mí eso no me parece un hipódromo...

UN ECO YA REMOTO

Lo tenía bien pensado, o al menos eso creía él. Caso de que resultara sorprendido con las manos en el asunto, Ojomil diría de aquella muchacha que era ya una calientabraguetas, una muy pelandusca que sabía a quién podía enredar y cómo. Y le creerían a pie juntillas. Le creerían, sobre todo porque la adolescente era un ejemplar diríase que postizo en aquella vecindad. La pizpireta Almudena —según interesada apreciación del gusano Ojomil— había llegado a la ciudad en uno de los dos contingentes de niños y niñas evacuados de Madrid cuando la aviación de Franco y de sus aliados bombardeaban esa capital sin piedad alguna para con la población civil. Pocos meses después, la niña, como otras de su condición que quedaron huérfanas, seguiría en el seno familiar que le diera acogida en nuestra ciudad, y considerada como hija del matrimonio acogedor. A Ojomil se le iban los ojos tras aquella púber, y se sintió fielmente lujurioso cuando la vio una tarde con las primeras medias, y con ostensibles y anchas carreras en ellas en días sucesivos... Perdía el norte aquel panadero cuando la veía entrar o salir de la tahona con el escaso pan que cocer o las hortalizas que asar, cuya ampulosa y ocasional majestad residía en las dos hermosas mitades de la calabaza, pepitas con sal aparte... Aquel rijoso perdía el norte, sí, y casi la compostura, cuando observaba descaradamente las leves prominencias del busto de la adolescente, atraído asimismo por la luminosidad extraña de sus negrísimos y grandes ojos. Y ya se temía él que, un día u otro, caería fieramente sobre aquella criatura, y a la que estaba decidido a premiar con prodigalidad quizá peligrosa... Aquel cretino se confundía respecto a la alegría que respiraba la chica, queriendo ver en ella clarísimos y elaborados escarceos a fin de conseguir un objetivo de provecho en aquella situación de suprema escasez. Y empezaba él a convencerse de que ya tenía que pasar al asalto. Ni siquiera pensaba, claro, en lo que Almudena significaba como bendición para el matrimonio que la había acogido casi once años atrás, cuando la niña contaba cuatro de edad y ¡dos semanas antes de perder los esposos al único hijo en el frente republicano! La niña Almudena, que así la llamaron en la vecindad desde que se integró en ella, resultaba más atractiva que guapa, y su donosura la dotaba de un distinguido sello de proximidad bondadosa y frutal, de alegría trascendente y contagiosa...

Hasta aquel día, a Ojomil no le había abandonado la suerte, que, en su caso —nada singular— era como decir que no le había faltado harina o trigo para bus-

carse, también, cierto dominio sobre algunas hembras que cumplían el canon de su apetencia. Pero, en instantes en que conseguía mantener fría su mente calculadora, también tenía en cuenta —y así se lo advertía a sí mismo— la sagacidad y penetración de los ojos ajenos. Los ojos de mujer, sobre todo. Los disimulados favores a alguna de ellas —ausencia de sisa en las pesadas, generosidad en la venta al fiado y un etcétera diverso— tenía que practicarlos en momentos escogidos, en horas convenidas para cobrarse con accesos al sexo, cuyas modalidades de gozo las dictaba no sólo la pasión, sino las características del momento. Había tenido un involuntario y excelente maestro —rural en su caso en aquella clase de acosos—, y sabía que de ellos se podía obtener un acierto pleno e incluso magnánimo, si operaba con el debido sigilo... El mismo tacto debía aplicar a las hembras que sabía reticentes o quisquillosas, aquellas que, de cuando en cuando e inopinadamente, le lanzaban punzantes alusiones como dando a entender que conocían de favores libidinosos en la penumbra del aromado establecimiento. (También en los molinos y despachos de alimentos básicos, cuando los había, se decían suceder, y no siempre **sotto voce**, atolondradas escaramuzas de predominancia inguinal, complicadas a veces con sorpresas uterinas posteriores. De modo que los escándalos y habladurías podían mantener en vilo a un buen haz de lenguas... Las hembras mejor dotadas para acusar con pruebas, seguro que venían recibiendo el pago dosificado de su silencio o su renuncia a comentar los tejemanejes que algunos practicaban en concepto de derecho de pernada. Esa seguridad por testigo desactivado —aun pudiéndose equivocar el indecente de turno— daba mucha energía a quien hurgaba para tal clase de beneficios).

En los acogedores hornos y tahonas —las antiguas flecas—, al perfume reminiscente de trigos y maíces, de harina y de salvados y de alguna que otra hortaliza, se sumaba la olor comunicadora de las plantas montaraces arbustivas, cuya benigna combustión vinculaba al ser humano con un entorno de trabajo, prosperidad y cierta alegría, aparte de reavivar en su mente los efluvios del medio, la querencia ancestral de las montañas, del territorio en suma. Y esta evocación podía ser la aspiración inmanente y pagadora, si el cerebro humano olvidaba las apreturas en la subsistencia y la a veces no disimulada saña del rencor. Pero la suciedad de algunas mentes a menudo enturbiaba aquella clase de santuarios con lujuriosos chantajes...).

Aquel Ojomil estaba decidido, pues, a probar una vez más, ahora con la nueva pieza, y repasaba los elementos escénicos como para situar en ellos las posibles y obligadas piruetas en caso de que su trampa no le fuera bien en la angosta y sombría leñera del horno, junto al corral. Aquella tarde ya se preparaba para abordar y forzar a la dicha Almudena de Beatriz. Así que, al tiempo que consideraba con calofríos estimulantes la posible interrupción de su asedio por cualquier intrusión

inesperada en el horno, miraba aquí, miraba allá, calculaba movimientos y cómo iba a desarrollarse su ataque. Si se le hubiera observado en aquella situación de nervios, se hubiera visto que no las tenía todas consigo..., lo cual, seguramente, le convertía en un depravado todavía más peligroso. Pero, cada vez que pensaba en la chica, en su atrayente donaire y jovialidad, se afirmaba más y más en su determinación. No podía conformarse con verla entrar en el horno, disponer la libreta del racionamiento, quizá, dejar allí los cupones arrancados y salir con la ración... todo ello en poquísimos minutos. Otra cosa era cuando, muy a la larga, venía para el horneado de hortalizas..., cuando Ojomil hacía como que estudiaba el dorado pretendido para pimientos y tomates o boniatos ocasionales, y avisando, muy científico de tono, que aquella materia todavía andaba soasada, que aún no estaba lista para sacarla del portentoso hogar. De ese modo, Almudena se estaba allí unos minutos más al alcance del tipo aquel, de sus alterados ojos, propios del depredador que se prepara para saltar sobre la apetecida presa. En ocasiones, y para congraciarse con la chica, no le cobraba el hornaje. "De todas formas —se decía—, el horno lo he de tener activo...” ¡Y tan activo que lo tenía!

—Almudena, ¿qué recuerdas de Madrid? ¿Cómo era Madrid cuando vivías allí?

—De eso yo no me acuerdo bien —respondía ella, y como siempre—.Ya te lo he dicho muchas veces...

—Mujer, será que no quieres recordarlo. Tiene que ser eso. Con los bombardeos... —Y tenía la chica que repetirle, inútilmente, que ella entonces tenía muy pocos años.

—Sí, sí; yo eso ya lo sé, ¡y hay que ver cómo has estado cambiando, muchacha! ¡Madre mía, qué cambio!

Así era siempre que se encontraban a solas en el horno, reteniéndola de muy diversas maneras en una aproximación obscenamente meliflua, y que ella, sólo porque carecía de malicia, podía percibir como amistosa cortesía. El individuo Ojomil ya estaba listo para el asalto definitivo. Su salacidad enrasaba muy alto, y, en cuanto aquel día la chica se disponía a salir del establecimiento —las dos de la tarde serían o poco más—, el rijoso hornero la retuvo por un brazo y la atrajo violentamente hacia sí para tirar de ella y llevarla contra la inocente hornija amontonada en el rincón. No pudo reaccionar ella, enmudecida y más que pálida y aterrorizada. Pero forcejearon cuando la energía venérea del hombre pugnaba por levantar las faldas de la horrorizada muchacha, a la que retenía rodeándole el cuello con el otro brazo. "¡No te muevas, putilla, no te muevas! ¡Ahora sabrás, ahora sabrás...!" Llevada contra la enharinada pared que separaba del corral, Almudena pudo revolverse mediante una inesperada torsión de la cintura, y, acusando ya Ojomil un inopinado arañazo suyo en la mejilla izquierda, un jirón de la falda se le quedó en una mano. Gritaba como un diablo el panadero y acometía a su presa

con redoblados aunque ya torpes manoseos. Pero no acertó a retenerla quieta a su favor. Se le iba, se soltaba Almudena y se escurría valientemente emitiendo entrecortados gemidos. Así alcanzaba la puerta la chica, y, ya casi en la soleada calle, se la tropezaba Salomón en el portal, encontronazo que la hizo gritar más todavía... para estallar al pronto en un vómito incontenible y profuso, que la llevó a trompicones a la estrecha acera de enfrente. El Miau Salomón no se estuvo quieto, no podría. De un salto, atravesó el escueto portal de la tahona y se dio de bruces ¡otra vez, otra vez!— con quien, sudoroso y ridículamente congestionado, le gritaba rozándole la nariz.

—¿Qué quieres tú, mequetrefe? ¡Vete de aquí, pedazo de corcho! —Se tanteaba la cara el panadero, allí donde el rasguño abrasaba su piel.

Comenzó Salomón con su izquierda, siguió con la diestra, y a puntapiés y bofetadas continuó —fuera de control y como llamarada de un fuego iracundo—, hasta que la sangre de Ojomil chorreaba por su fétida boca de chivato, posiblemente con algunos dientes a punto de caérsele porque aquello fue una durísima tormenta de golpes y bofetadas y más bofetadas que sólo cesó cuando el hornero cayó de espaldas, aturdido y completamente atónito, atemorizado porque ya se veía muerto. Casi volvería Salomón a sus cabales cuando unas manos poderosísimas aunque gráciles tiraban de su brazo derecho y lo arrastraban hasta la soleada y polvorienta calzada. Lo extraía de allí la increíble energía de la chica Almudena. Detrás de ésta, su madre, la mujer que la adoptara, era un mar de lágrimas, de sollozos entrecortados, al tiempo que también tiraba del Miau: "¡Vámonos, Salomón, vámonos ya!" Allí cerca gimoteaban unas vecinas, el pico del negro pañolón entre los temblorosos dientes.

—Ya, Salomón! A casa, a casa! ¡Vámonos, Salomón!

El vecindario estaba en la calle, gente de todas las edades: mujeres, un par de varones, los niños... Rumoreaban y comentaban lo suyo, los adultos aún con la impronta del sobresalto. Unas pocas caras femeninas permanecían gravemente calladas, desconcertadas y con el espanto en sus ojos. Quizá fuera porque sabían algo, o bastante, del agobio acosador de aquel individuo, reptil capcioso y salaz, si los había. Y tal vez se estuvieran preguntando qué podía pasar después de aquel patético y apabullante suceso, sobre todo porque ellas eran o habían sido rehenes en aquella casuística. Sin abrir la boca para nada, cruzadas de brazos, veían cómo aquella Beatriz, Almudena y otras mujeres empujaban a Salomón calle arriba seguidos de cerca por unos cuantos chiquillos. El grupo era observado también por el estupefacto trapero Abú, que terminaba de liberar a "Vaselina" del carro en la corraliza de la higuera vieja... (Se supo luego que éste se había contenido lo suyo tras averiguar lo que acababa de suceder a escasos metros de su casa. Sus hijas le

retuvieron con mucho esfuerzo físico cuando aseguró, muy seriamente, que se iba al horno a matar del todo a aquel cerdo de Ojomil). Luego caería sobre el barrio un silencio impresionante, mortuorio casi, que se iba a prolongar días y días. La gente hablaba poco, las cosas las decían las miradas. Y mucho más herméticas y serias seguían las mujeres que acudían al horno, atendido esos días —quizá para siempre— por una cuñada de Ojomil, muy delgada y blanquísima de tez. Nadie preguntaba por él, por supuesto. Ningún agente de la autoridad compareció allí por esos días, tampoco más adelante. Solamente un pretendido escribiente de la Comisión de Abastos del Consejo Municipal. Era un Fulgencio que estuvo en la tahona poquísimos minutos, cinco o seis. Estuvo allí con su intrigante carpeta bajo el brazo y su permanente cigarrillo apagado bajo un bigotillo como institucional, con gafas oscuras que no se quitaba ni en los días nublados o de lluvia. Los que le vieron vagar con pretendida solemnidad por allí creyeron que gozaba en su indefinible cometido, cualquiera que éste fuera. De tipos como aquél no se sabía nunca del lado de quién estaban en cada momento. Pero también eran la clase de funcionarios que desearían que el Estado de Guerra no se hubiera levantado aún. Su odiosa y odiada altanería siempre andaba reforzada con su excelente relación con los falangistas inmediatos o más a mano. Y esa satisfacción de seguridad personal parecía exudarla por toda su piel. Algunos de estos personajes también se alegraban realmente de que determinados mandamases fracasaran en cualquier aspecto de su gestión... porque esos jefes se creían más apropiados que nadie para ciertos cargos en la política o la administración municipal. De ellos había unos cuantos en la ciudad, y la gente casi podía detectar cuáles eran sus aspiraciones y el objeto de su obsesión revanchista ¡incluso sobre los que se consideraban de los suyos! De las pocas palabras que solían pronunciar más allá de monosílabos, sí y no, poco se podía deducir sobre las supuestas averiguaciones que llevaba encomendada esa gente, porque, además, no se mezclaban ni de broma con el vecindario... No obstante, y en el caso de Salomón, como en el asunto conturbador de la harina robada a los famélicos, serían estos individuos los que, con su estudiada atonía y vaguedad, contribuían a justificar en la calle la no ingerencia de los poderosos en asuntos de la entrepierna, tan acendradamente puros ellos... por su catolicismo. ¿Podía ser que su presencia en la barriada aquella fuera para simular una indagación? Parecía que al pueblo llano se lo contentaba con gestos de tal naturaleza. De modo que a la gente le bastaría creer que se hacían averiguaciones para escarmentar a tipos de la ralea de Ojomil en actuaciones como la abortada. Luego, y según iban transcurriendo los días y las semanas, otras actualidades más perentorias borrarían impunemente aquel pequeño y espontáneo resplandor ¿de justicia? ¡No se castigaría al castigador del lujurioso, a Salomón! Lo cual, y dadas las circunstancias políticas, era de agradecer, que fue lo que alguien amigo le comentaría a éste...

Hacía ya casi un mes de aquello, y a Ojomil no se le vería por la barriada. Mientras tanto, Salomón había tenido la ocasión de subir al paraje de la sucia poza de **Baldoví.** En aquella soledad vespertina y dorada, con el característico olor del sirle de los ganados en los caminos, dejó caer la pesada **Nagant** en el vientre verdoso de la quieta linfa. La pistola ya sólo espantó a unas cuantas ranas entre las altas adelfas, los juncos y el cimbreante cañaveral. Quince días más tarde, paciente y digamos ya convicto Salomón, iniciaba el desmantelamiento de su precioso museo de objetos rabiosamente inútiles .Y sonreía de modo extraño mientras lo cancelaba metódica y definitivamente...

En el entretanto, y sin solución de continuidad —y tal vez más que mejor—, algún que otro humano hablaba de su encuentro suyo, y a distancia, con el Guerrero del Antifaz. Un leñador furtivo, se dijo, lo había vuelto a ver galopando al caer la tarde, cuando salía el héroe a campo abierto y dejando atrás las formaciones boscosas del pie del **Puigcampana**. Aunque la ansiada certidumbre de algunos al respecto no la podía confirmar el simple hecho de desearla intensamente, tampoco iban a cambiar las cosas —opinaban los más cuerdos, que algunos había— por muchos que fueran los que aspirasen a tan gloriosa reaparición... Aquellos que no dudaban de ella —aun sin aportar pruebas concluyentes... ni de las otras— relacionaban el maravilloso acontecimiento con ciertas otras cosas ocurridas en la ciudad por aquellos días. Dentro de su lógica, encadenaban unos hechos con otros, reflexionando sobre las que creían clamorosas correspondencias de causa a efecto. Y no retrocedían buenamente, por más que los equilibrados intentaran avisarles de que aquella su alocada querencia era fruto exclusivo de la imaginación, y no un elemento racional de la gélida y desgraciada realidad. Pero los así reconvenidos no tenían por qué despreciar, y no lo hacían, lo últimamente ocurrido en el horno de la barriada del Miau. Allá había caído un depredador, un chulo consentido y amparado. Lo prodigioso del desenlace podía suponer para algunos como la remoción, a bofetadas y puntapiés, de ciertos obstáculos para que se dieran, si no sonoros logros de justicia, sí, al menos, sabrosos escarmientos...

(Pan con pan, ¿alimento de tontos? El Persona había dicho muchas veces, ensimismado y deseante, que él nunca en la vida había comido suficiente pan; que de pan no se había hartado jamás, nunca. Y en torno al pan, como parecía colegirse, andaban entonces las cosas y tantos misterios. Si algunos humanos —hombres y mujeres— pretendían que lo que pasaba no era cosa banal o fruto de la casualidad, y otros ni siquiera les escuchaban en eso —"Tú estás loco"—, la consecuencia inmediata era el equilibrio. Pero no por mucho tiempo, porque unas esforzadas mujeres —madre, hija, cuñada y sobrina— relataban con espanto que bajaban aquella tarde del poblado de Finestrat cuando dos de ellas vislumbraron una presencia extraña cerca del abandonado alfar del aljibe. Se habían detenido cerca del azud

del arroyo Torres por causa mayor. Como en otras caminatas a pueblos cercanos trajinando con alimentos básicos, podía ser que aquel andaqueandarás ocasionara a algunas hembras amargas e irritantes escoceduras en la delicada piel de la zona inguinal... Y tenían entonces que hacer un alto y recurrir —¡cuánta humildad y resignación en aquellas hembras de humano!— a la pulverizada tierra que ribeteaba el camino. Las afectadas se acuclillaban al socaire de cualquier árbol o muro de bancal... y procedían al alivio de tan molesta erosión cutánea espolvoreando la región afectada con la amable suavidad de aquella tierra blanca. Esa operación las había entretenido unos minutos aquella tarde, además de pararse junto al lecho fluvial para refrescarse brazos, manos y cara con las escorrentías del regato. Fue precisamente entonces cuando sintieron retemblar la tierra de los ribazos, de muy rojiza arcilla y resquebrajados. A lo largo de su perfil y los hoscos matorrales de allá arriba, entre corpóreo y espectral, se había dejado ver un guerrero a caballo, que luego desaparecía con sorprendente velocidad. Gritaron las dos chicas que lo vieron... y las cuatro, sobresaltadas, se apresuraban a recoger los pequeños bultos y alejarse del lugar con la diligencia que les fue dada. Mientras caminaban aprisita y haciéndose lenguas de lo visto, se volvían con cautela de vez en cuando por si les seguía aquel extraordinario jinete.

—¡Qué susto, madre! —decía una.

—No sé qué tengo en el estómago... —se quejaba la más joven, con los ojos desorbitados.

—Eso no es más que hambre, ¡no seas burra! — se regodeaba casi la mayor de todas, y aun sin pretenderlo—.Y por eso veis fantasmas.

—¿Fantasmas? Si tú ni lo has visto, ¿por qué te pones así?

Se armó una y buena cuando llegaron al barrio. Las que aseguraban haber visto al ubicuo y bello jinete en el bermejo y arisco talud de aquella angostura ahora se aventuraban a decir que aquél se les había mostrado especialmente a ellas, a las cuatro. A cuatro mujeres: "Estoy aquí, miradme", pareció quererles decir.

—¿Y por qué razón?

—No hace falta ninguna razón. Se les apareció y basta.

Ninguna de las cuatro eran Zoraida o Aixa, ni siquiera la enharinada Jaiffa del Abdallah... ¿Qué clase de mensajes eran aquéllos y qué propósito tendrían? La cinematografía con que se contaba entonces —abstracción hecha de las españoladas— mantenía ilusionada a buena parte, a gran parte, de la población. Entre una exhibición y la siguiente en los voluntariosos cines, los tebeos estaban con nosotros, y estaban asimismo los chicos —lo sabíamos— que no alcanzaban ni una cosa ni la otra. Los cuadernos de aventuras portaban en su naturaleza, como era sabido, la maravillosa condición de poderse intercambiar en préstamo o trueque —caz a caz, se decía en la antigüedad— con los arreglos contractuales al uso entre la chi-

quillería. Si las niñas y las hembras adolescentes, salvo alguna que otra sugestiva excepción, vivían en ignorancia perpetua de los hechos del Guerrero del Antifaz y de otros personajes del género, por lo menos el cine les sustentaba la ilusión, y podía encandilarlas, dejarlas momentáneamente boquiabiertas... y pensativas. Aquellos días, y sabido lo del enmascarado a caballo, alguna que otra de ellas hojeaba algún sucio y manoseado tebeo del Guerrero. Tan esporádico y tímido seguimiento bien podía ahuyentar de sus delgados cuerpos la mordedura contumaz del frío en aquellas míseras viviendas sin nada, y en cuyos portales, y con el buen tiempo, se juntaban las mujeres a tejer redes en cháchara nutricia y hasta tonadillera. Alguna que otra chicuela, embebida en la lectura de aquellas hojas de tebeo, no advertían la intrigada mirada del hermano adolescente.

—¿Qué buscas ahí?

—Nada. Estaba mirando. ¡Es guapo este Pirata Negro! Se parece a **Errol Flit**.

En cuanto el pastor Selim nos habló del Guerrero del Antifaz aparecido a las mujeres aquellas, se produjo un paroxismo que necesariamente tenía que promover un repaso escrutador y minucioso de los tebeos, dibujo tras dibujo y releyendo —en ello no regía la saciedad— letra a letra cada palabra. Era una práctica muy parecida a la rumia de las cabras —como la Casiopa pitagórica—, por citar un ejemplo de proximidad. Todo el que podía, releía y releía, y tan absorto cada cual como si fuera la primera vez en su vida que se asomaba, un suponer, a "Fuga desesperada", o al número que mostraba al Guerrero entrando por vez primera "En el Refugio de los Kir". Todo aquello bastaba para quedarse uno más que pensativo. Analizando la nueva y más que inesperada situación, ¿debía inquietarnos la intrusión de extraños en nuestro dominio y hacerse partícipes en una realidad que habían menospreciado con su indiferencia activa? ¿Qué era para ellos, y de pronto, el cristiano del antifaz? En los almanaques navideños de cada año ya se nos aparecía aquel héroe en lugares inopinados y en aventuras muy aparte, fuera de la secuencia coleccionable. Todo aquello suponía, y cuando mínimo, la desconcertante existencia de una misteriosa simultaneidad o doble vida del Guerrero, y también de Fernando, cosa que desbarataba algunas certidumbres nuestras y, por ende, debilitaba un poco nuestra creencia en el héroe. Ahora, con los supuestos de su presencia fuera del tebeo y desbordado este clásico soporte por todo lo divulgado en algunas sitios de la localidad, no acertábamos a ver con definición suficiente qué podía irnos en ello. Era difícil desentenderse de aquel interesante y bonito embrollo, embrollo que a nosotros nos situaba en la condición de felices intrigados aunque con reticencias. Porque, según los pintorescos rumores —¿o era cosa que habíamos soñado?—, algunos ilusos querían creer que el Guerrero del Antifaz encarnaba con determinación una valiente y desafiante resistencia frente al Régimen, tal que un absurdo, o iluminado, jefe del **maquis**.

—¡Eso no puede ser, caramba!
—¡Y además es imposible!
—¿Y por qué ha de ser imposible... también eso?

(Nos parecía a veces que el olor, el aroma ya antiguo de los tebeos del Guerrero, aquellos cercanos al número uno, nos traían el de ciertas cosas de los primeros años cuarenta, y también el olor de las personas con que nos relacionábamos a nuestra edad de siete u ocho años. ¿Era posible eso? De pronto, y asimismo, tomaban cuerpo el olor a madera del lápiz, el efluvio ácido de la tinta en el recipiente del pupitre o el húmedo vaho de las excrecencias mohosas, blancas y como espumosas, que aparecían sobre las baldosas del aula en las mañanas de invierno... Volvían los olores antiguos... y casi las propias sustancias. También los olores pobres o de pobre, aquéllos de la devastadora y contumaz escasez y las quiméricas apetencias. Igualmente, se hacía patente el perfume de las acariciadoras flores del almendro grande, aquel que respiraba su primavera en el bancal de detrás de nuestra casa, cuyo patio, de gélido cemento sin sol, quedaba dos metros por debajo del campo agrícola, encarado al Norte. Y asimismo nos topaba, como un buey manso, la emanación del exquisito verdor oscuro del mandarino aquel..., visitado a veces por la encarnada mariquita coleóptero, más afín ella al prolífico y constante alfalfar cercano y tan lleno de sol... Volvían incluso los olores de lo desagradable o ingrato aunque no repulsivo, quizá mientras los dedos tropezaban con las oxidadas grapas del cosido del tebeo, herrumbrosas y hasta punzantes por desbaratadas con tantos años de sutura. Con la presencia virtual de cosas que tuvieron su olor característico años atrás, se recordaba también a personas ya desaparecidas o de mucha edad, y las cosas que hacían, si agradables como si no. Y podía ser que nos viéramos a nosotros en su compañía como en una foto amarilla y algo imprecisa. Estaba también el recuerdo de cómo nos quedábamos quietos ante el rataplam de los tambores y la tarara metálica de las cornetas del Frente de Juventudes al pasar aquellos niños marcando el paso y como militarizados. Eran los niños que no se parecían a los niños, niños quizá "incautados" a sus padres, y que desfilaban por las calles uniformados de negro, gris, azul y rojo. Unos niños que tal vez después de aquello no volvieran a jugar y corretear por donde antes solían... (Si ciertas personas, serias y responsables, confesaban a media voz que aquello les daba cierto miedo, sería por algo que nosotros desconocíamos, pensaba uno, y pronto ese asunto quedaba olvidado). Las sensaciones que tuvimos en nuestra niñez parecían estar presentes en momentos como aquéllos, pero era importante saber — ¡y no lo sabíamos!— que en ellas no estaban incluidos los sórdidos y oscuros acompañamientos que se habían producido en torno a determinados humanos en la edad de nuestra inocencia. De modo que nosotros sólo podíamos contabilizar un haber de afortunados ignorantes, la placidez casi perfecta de quien desconoce el trayecto simultáneo y

paralelo de la alcantarilla. Y, como señalaba Pitágoras, era error grande alabar todo lo acontecido a una sociedad en una época determinada basándose en la situación de privilegio que tuvo en ella quien entonces la aplaudía sin distinciones, o la nostalgia del que en ese tiempo, siendo niño o adolescente, ignoraba los entresijos tenebrosos que había junto a la ilusionada vida de cerebro tan ignorante por su ternura... La nostalgia actúa —aseguraba— como el cedazo, providencial a veces, que lleva a calificar de feliz y agradable la totalidad de las cosas sucedidas en tu infancia y adolescencia..., porque sólo sueles recordar lo agradable de cuanto sucedía en esa época de tu vida. "Fui muy feliz con mis juegos, con mis tebeos, con mis amigos..., y por tanto Franco no firmaba sentencias de muerte contra quienes se opusieron a su rebelión". Etcétera, etcétera...”

Con lo del Guerrero, y ante a los aventurados comentarios de cierta gente respecto a su deseada presencia, reinaba una muy grande confusión. La cosa se nos complicaba más al prestar oídos a las conjeturas que algunos se traían, y también algunas. El cristiano enmascarado había dejado de ser nuestro en exclusividad... y, por lo escuchado aquí y allá, empezaba a ser paladín audaz de mucha más gente... Aquel lío no remitía; al contrario. Se incrementó el día del otro sobresalto: había irrumpido en la calle —en los quioscos, se quiere decir— una reimpresión de sus aventuras en la España de Franco. Aquel suceso se detectaría al ver aumentado el precio del ejemplar. En dos o tres meses, el mismo cuaderno —"Guerra Contra Harúm", verbigracia— había pasado a costar veinticinco céntimos más. Había quien, por vicisitudes en los febriles y puntillosos trueques, disponía del mismo tebeo repetido pero con precios de venta diferentes o disparejos. Y no acababa de comprender —tardaría cierto tiempo— qué diablos suponía semejante diferencia en portada.

—Este tebeo es el mismo que éste, ¡pero no es el mismo el mismo! ¡Qué cosa más rarísima!

—Ése es más caro porque es nuevo de trinca, acaba de salir otra vez..., que significa que es de una segunda ¡o tercera edición!

—¿Y tú cómo lo sabes eso?

—En poquísimas semanas, el Guerrero ya está repartido por toda España porque lo pide todo el mundo, y no hay quien duerma en esa imprenta de Valencia...

—¡Calixto Tercero, veintitrés...! El Calixto ese es la calle.

—**¡Equilicuá!**

(Nos hubiera gustado mucho poder intuir el enfado oficial que por entonces soliviantaba a los editores del «Flechas y Pelayos», aquella revista doctrinaria para niños que elaboraban Fray Justo Pérez de Urbel y compañía. En sus coloreadas páginas, sus figuras inmanentes eran Franco, José Antonio, el Padre Eterno (el de

verdad, y no el individuo Gaspar) y Jesús, con la obligada dosis de doctrina católica y del Movimiento Nacional. Tan repetitiva y salmodiada temática tenía la lógica virtud de aburrir al más pintado, y no podía atrapar a veces ni al cerebro más débil. El método de exposición —como en tantas cosas nacionales— era tan torpe, tan abusivamente redundante, que terminaba pronto con cualquier atisbo de atención en el supuesto lector. La insistencia en los mismos temas, y semana tras semana, constituía además la tónica diseñadora de la propaganda oficial: repetir, repetir, repetir... hasta convertir el mensaje en inexistente, y no lo contrario, como esperaban directores tan escasamente inteligentes...).

* * *

No fui yo quien se encontró con la estola de don Cosme, la que se le quedó entre el barrizal la noche que llevaba el Señor a un moribundo bajo la enloquecida tormenta de rayos, truenos y copiosa lluvia. Se fue el taxi terraplén abajo dando peligrosas vueltas de campana, y fue un verdadero milagro que no se mataran o quedasen moribundos tanto el cura como el taxista. El milagro había consistido en que una respetable grieta del pie del pronunciado ribazo —soporte artificial de la carretera— había recibido al automóvil en su seno, evitándole más vueltas a lo largo y ancho de los bancales que arrancaban de la enfangada base del precipicio... Los monaguillos enviados allá por el sacerdote dos días después —"¡Y ojo en donde ponéis los pies, no vayáis a mataros!"— no encontraron la bendita estola. Y eso que los niños siempre andábamos mirando al suelo y teníamos habilidad para detectarlo todo. Lo chicos tardaron en abandonar la búsqueda... Lo hicieron cuando, olisqueando intensamente —como los gatos— y mirando con mucho interés, se fueron trasladando, debidamente esperanzados, a la parte en que había volcado el camión del turrón. (Habían guardado la disciplina de no empezar a rebuscar allí antes que en otro sitio). Pero no consiguieron hallar ni una mala pizca de dulce tan hermoso, tradicional y codiciado. Por consiguiente, no hubo ni estola ni turrón, y sí posiblemente unas cuantas pulgas. Porque el sitio lindaba con el algarrobo de los húngaros o gitanos camineros...

Fue Almy Calet quien se encontró con la acartonada, sucia y retorcida estola, irreconocible por el barro que portaba, aunque no sólo por eso. No supo él entonces, esa madrugada, si aquello era objeto sagrado o no, creyendo posiblemente que se trataba —qué conjetura— de algo parecido a una corbata con gruesas adherencias de barro seco, tal era el lamentable estado en que se encontraba no sólo aquello, sino también él mismo Almy, el deslizado peón de albañil. Si no era una corbata, podía ser el historiado ribete de un cobertor señorial, o pasamanería de un suntuoso catafalco..., todo lo cual importaba menos que una higa. Llegaba la amanecida entonces y apenas si Almy avanzaba unos palmos arrastrándose en su

calvario de alcanzar el borde de lo que intuía que era el firme de la carretera. En todos sus intentos de ascender, lo que conseguía avanzar se le reducía luego unos cuantos palmos al resbalar en el terraplén por su propio peso. Podía llevar horas en aquel aparatoso empeño, ganando en su ascensión y perdiendo lo ascendido en endiablada simultaneidad, el rostro magullado y ansiosas sus huesudas manos por encontrar a qué asirse que no fueran vidrios, afilados fragmentos de ladrillo o pequeñas matas inconsistentes. En semejante situación se sentía rodeado de objetos impertinentes, que eran botes oxidados, fragmentos de soga o algún que otro alambre y restos de baldosas con pegotes de yeso antiguo... Ignoraba aún dónde podía encontrarse y también cómo había llegado a semejante y patética situación. Los vapores etílicos que todavía afectaban a su cerebro le impedían averiguar aquellas cosas..., hasta que, finalmente, empezó a recordar algo. Caminando carretera adelante en el intento de encontrar la casa de los tíos, había perdido pie al pisar unas hierbas lechosas que limitaban el firme de la carretera por la derecha y en dirección a Levante. A su inestable caminar habitual se sumaba esa madrugada la impresionante humera que arrastraba, de modo que, girando sobre sí como peonza, cayó de bruces en el inicio del pronunciado declive, la boca contra el suelo. En esa posición se fue deslizando —en involuntario movimiento uniformemente acelerado— hacia el fondo de la depresión, con los pies abriéndole ruta hacia el fondo. Su cuerpo se detuvo cuando esos pies tropezaron con la visera de cemento que resguardaba de desprendimientos la salida de las aguas a la depresión abancalada del Campana. Como en otra parte se ha dicho, la obra culminaba el trayecto del conducto subterráneo que atravesaba la escombrera y el imponente relleno sobre el que discurría la carretera... Por ésta, y de tarde en tarde, pasaba algún que otro vehículo a motor, y los haces de los faros, aunque efímeros y tangenciales al borde, reconfortaban un poco al pobre Almy. Extendido su cuerpo literalmente en aspa, debió finalmente encontrar alguna clase de estribo o protuberancia fiable donde cogerse, y alcanzó así una buena secuencia de benditos asideros. Con ello conquistó la concavidad herbosa de la húmeda cuneta de allá arriba. Allí se quedó sentado un buen rato, y, al pasarse las ardorosas y erosionadas manos por la terrosa indumentaria, se tropezó con algo que le colgaba quizá de un bolsillo de la rozada americana de los días laborales. Aquello —aseguró Almy dos días después en nuestro taller— era "un adorno de los curas". Se trataba de la estola que el don Cosme echó en falta después del accidente con el flamígero taxi de estrambótico gasógeno. Recubierta de barro seco, pesaba lo suyo, y quizá por eso el maltrecho manobre la había creído recio agarradero desde el cual auparse como salamandra en aquella irónica sucesión de ascensos y consiguientes retrocesos. Su tía abuela le preguntaría al mediodía del día siguiente que dónde se había encontrado aquella estola. "En la cuneta de la carretera, delante del Campana" —contestó Almy, todavía enfurruñado y dolorido, un lado de la cara invadido con las tiras de esparadrapo.

—¡Ay! —a la tía se le iluminó el rostro—, ¿y no fue allí donde cayó el auto de Joaquín con don Cosme? —Para las cosas de misa, la tía tenía una muy buena memoria.

—¡Y la camioneta del turrón! ¡Allí se cae todo el mundo!, saltó Almy, enfurruñado.

Y no lo decía por él, naturalmente. Porque su accidente —como muy bien mentiría a la tía —se produjo en el almacén de maderas de la estación ferroviaria, que allí le cayó sobre la cara una buena porción de pesados listones cuando seleccionaba un par de ellos —de mediano grosor y de pino, quizá de pino **halepensis**— para un trabajo de Ambuneya.

—¡Pues no sé cómo no te ha matado una de esas vigas! — le había comentado la tía mientras le lavaba los rasguños de las manos con el algodón mojado en la infusión de camomila, mano de santo. La escena era contemplada por la prima, quien, ocupada en quitar el polvo a los muebles del zaguán —cuán cerca la terrosa carretera—, reflexionaba sobre listos y listones con una sonrisa de absoluta incredulidad y mirando con piedad a la inocente anciana.

Con toda la naturalidad del mundo, y como si su caída por el respetable declive no lo hubiera tenido a él por protagonista, Almy nos relató en la botería, entre sus propias risotadas, los frustrados y repetidos avances y simétricos retrocesos. Contaba lo mucho que tardó —siglos le habían parecido— en plantarse sobre el balasto de la carretera. Narración tan jocosa nos sonaba a patetismo objetivo, visto que el tan querido Almy quedaba como ajeno a su intransferible rol en el trepidante relato de la caída. ¿Cómo era posible que contara tan peligroso accidente como si le hubiera sucedido a otra persona...? Almy, en efecto, constituía una singularidad humana especial, y sólo los torpes y mezquinos podrían quererle mal... y por aquello de no conocerle bien. Su tía abuela —nos decía— se había ocupado de la estola con el adecuado fervor y diligencia. La limpió, secó y planchó a conciencia —todo se limpiaba así en aquella casa—, e inmediatamente se la había llevado a don Cosme yendo acompañada por sus amigas de toda la vida. Como si, de súbito, compusieran la Sagrada Cofradía de la Devolución de la Estola Limpia, Seca y Planchada. Al cura le gustó mucho (?) que la hubiera encontrado Almy, el sobrino de aquella devota. Ni siquiera se extrañó de que el ornamento apareciera en la cuneta. ¡Con las veces que los monaguillos —según ellos— habían rastreado la agrietada rampa y los bancales de la base..., aunque no debieron mirar en la cuneta! Sin ser la prenda complemento especialmente valioso, el sacerdote se sentía incómodo, y quizá culpable (¡), de que pudiera andar en manos ajenas al templo y sus oficios... Sin ella, y al rayar el alba de una curiosa mañana anterior, había casado don Cosme —sí que con la estola de don Emilio— a una pareja muy señalada y atendida últimamente

en el círculo evangelizador de la ciudad. Una ceremonia en que sus ministros —el Persona y su Jaiffa— admitieron por padrinos —¡y qué más les daba, metidos ya en el ajo!— a un joven y a una mujer soltera de una de las familias mejor posicionadas y católicas, claro, de la localidad... Y no terminaba aquel sacerdote de saber muy bien el porqué de aquella especial, especialísima, confraternidad de los ricos con los pobres, y de pronto, como el tema de la harina de la Santa Patrona. Sin duda, ya se le había olvidado con qué devoto empeño le habían pedido las mujeres del arrabal que dispusiera que la iglesia estuviera abierta día y noche la semana aquella del extrañísimo asunto de la harina. La memoria de don Cosme le andaba un tanto disminuida, o confusa, y tal vez podía ser desde el peligroso accidente con el taxista Joaquín. Respecto a la boda aquella, le venían a la mente algunos otros intentos de las piadosas mujeres por arreglar casorios entre la población más indiferente y pobre... Algunas parejas hacían vida marital sin haber contraído matrimonio ante la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, lo que entre eclesiásticos se denominaba **in fide eclesie**. El tema no le era indiferente, no, pero don Cosme pensaba que esos famélicos lo que necesitaban con mayor urgencia no era precisamente aquella formalidad... Pero eso se lo callaba. Y bien que hacía.

FUGA DESESPERADA DEL ...CAMPANA

Llevaba varias noches durmiendo poco y mal, y aún creía él que, de aceptar aquel trabajo y terminarlo, quizá no volviera a conciliar el sueño... en años. Si en casa había abierto la boca al respecto, sólo su mujer, punzante e irónica, se atrevió a reprocharle aquellos escrúpulos. ¡Y mira qué fácil la reprobación, la cantinela de siempre en situaciones más o menos parecidas! Pero allí tenía que confesarlo... porque, tarde o temprano, se iba a saber. ¿Y qué cuando se supiera? Pues aquello: la estridente deflagración de la ira femenina, retroalimentada en el obligado santuario de las frustraciones quizá más graves. Y lo de siempre, lo mismísimo:

—Si tú no lo haces, lo harán otros. ¿Qué te juegas? —Todas las mujeres estaban en la suya, en la de aquella hembra sobrecargada de obviedades, de los tópicos propios del soso panorama por el que discurría la mentalidad generalizada de aquella España. En semejante poza triunfaba la acreditada, la cáustica perseverancia femenina cuando, actuando de oficio, trataba de asfixiar las ideas cuasi románticas del varón. Se trataba, sin duda, de fijar al marido gravitacionalmente a lo doméstico y de inmediato provecho; que se dejara de altruismos sensitivos..."¡porque la olla sobre el fogón con sólo agua, ya me dirás!" No estaba el patio, en verdad, para dar soporte al irresponsable grumo de lo catalogado —siempre a la baja— como sensiblerías.

—Buscarán a otro y se hará lo que está ya pensado... ¡Tú verás lo que haces!

Encontrarse con algunos jornales era bendición que una mente ¿en sus cabales? no podía despreciar. De eso estaba seguro el maestro albañil aquel, Julián el de Esperanza la Riba. Pero... ¿cómo iba él a prestarse a semejante desmán? Aunque, al mismo tiempo, y qué grave el bucle, se rebelaba preguntándose por qué caía él siempre en consideraciones de aquella naturaleza.

—¿Y qué dice Mayor? ¿Qué opina ése? — insistía la mujer, y hacía caso omiso a la hija, que le había pedido no mareara al padre, que le dejara decidir en aquello. El marido no respondía enseguida. Pasados unos minutos, al volver del patinillo, donde sus jaulas con pájaros, respondía que su compañero le había dicho que se lo pensaría. Pero el día de comenzar los trabajos estaba cercano, cosa que, por otra parte, ni añadía ni quitaba gravedad al encargo.

Entre tanto, ¡pobres de nosotros!, andábamos gravemente succionados por lo de siempre y además con la oscilación pendular de creer o no que el cristiano del antifaz cabalgaba por aquí o lo hacía por allá. Como añadido, e igual que una respetable mayoría en nuestra ciudad, también ignorábamos la ignominia que se avecinaba, el denigrante espectáculo que la piqueta iba a poner en escena, dispuesta a matar, a derruir sin apelación la portentosa luminaria que el Campana era para todos.

—¡Pero...!

El día aquel, aquél del bellísimo amanecer, el cuerpo de Julián el de la Riba, rendidamente turbado por una noche de perros, encontró finalmente la posibilidad mínima de incorporarse sobre su lado de la cama. Y allí estuvo un tiempo en el que volvió a saber —¡cuántas veces aquella noche!— que ése era el día. Cuando después abandonaba el excusado, y con los primeras señales del sol, ya tenía sobre la mesa de la cocina el breve y ligero atadijo con los víveres de media mañana. La mujer había vuelto a la cama para contentar unos minutos a su pereza. Se tomó el hombre la achicoria, que, casi hirviendo, reconfortó la amarga vacuidad de su estómago. Organizó luego su primer cigarro de hebra, tomó el capazo de las herramientas —¡las herramientas!— y dio un portazo para bajar a la calle. Su mujer saltó de la cama con veleidosa y cuca celeridad y prendió fuego al pabilo de la chamuscada mariposa... ¿La mariposa de la muerte, acaso? ¿La **Acherontia atropos** de una incipiente calavera de ensueños e ilusiones?

A la misma hora, en uno de los soñolientos bares de la ciudad, obreros y peones y gente campesina se daban al cigarro y a la cazalla confortadora, creciente y muy vivaz el complicado vociferio de todos contra todos. Inopinadamente, y sin relación alguna con aquel rompiente de ademanes, medias palabras y cuantiosas toses, uno levantaba su pabellón de ensimismado:

—¡Ahora querría yo saber dónde está el Guerrero del Antifaz! —Era, y luego se sabría, su lamento, su repulsa ante la triste y confirmada noticia del derribo inminente de aquel palacio... ”propiedad de todos”. Aquélla quería ser la angustiada voz colectiva que, adelantándose al rigor y contumacia de la piqueta, intentara detenerla y hacerla desistir de su propósito. Y otras voces, muchas —si bien desesperanzadas—, le harían costado... previsiblemente.

—¿El Guerrero del Antifaz, has dicho...?

(UN EPÍLOGO ANTES DE TIEMPO)

(La noche del día anterior fue sorprendente para el pastor o cabrero Selim Algarba. A pesar de que normalmente disfrutaba de un sueño compacto y profundo, acentuado por el cansancio que le ocasionaban sus desplazamientos de un terreno a otro con el ganado, esa noche no acababa de dormirse. Y daba vueltas, se movía buscando la postura más propicia en la yacija, intrigado casi por averiguar qué le mantenía desvelado. Observó que también Nandi aparecía inquieto, cambiando de lugar y emitiendo leves gruñidos alrededor del viejo serón donde dormitaba cada noche y desde siempre. Del corral les llegaban balidos nerviosos y entrecortados, como la desazón propia que en las reses solía producir la probable cercanía de alguna alimaña carnicera. Quizá anduviera por allí aquella hermosa y arrogante zorra que, de cuando en cuando, se dejaba ver mientras corría u observaba, tan sagaz, desde los matorrales hasta los primeros pinos de la umbría al caer la noche. La conocían muy bien el pastor, el perro Nandi... y las siempre apocadas reses, tan dadas a recibir sobresaltos por sucesos incluso de evidente insignificancia. En esas impertinencias del insomnio estaban todos ellos allá arriba. Y fue entonces cuando se escuchó un golpe blando y pesado ante la puerta de la casucha. Nandi rompió a ladrar con desbordada inquietud y daba topetazos y saltos contra la puerta mientras lo hacía. «¡Nandi, quieto!» Pero el perro sólo dejaba su ladrido para gruñir. Gruñía retrocediendo con inquietud desconocida en él. Selim palpó con cierta certidumbre hasta hacerse con las cerillas y aplicó la llama a la torcida del candil, que chisporroteó con la misma irritación casi que el perro. Se acercó luego a la puerta, quitó la tranca de palo que la fijaba y... el pesado y compacto saco de la harina se abatió sobre sus pies al tiempo que su peso empujaba la puerta un poco más hacia dentro. Lo inesperado del golpe le dejó helado, y ya temblaba. Nandi se acercaba impaciente a olisquear el bulto aquel. Después, y muy quieto, miraría con suprema atención hacia el exterior, lo mismo que Selim. No se trataba de la zorra, pero Nandi continuó con sus ladridos... porque entonces había escuchado, como el pastor, el trepidante retumbar de una tumultuosa cabalgada. Varios corceles, montados quizá por sendos jinetes, se alejaban del lugar para ser engullidos por las sombras nocturnas del paraje y bajo un cielo de luminosidad anaranjada, como auroral. Luego todo, y lentamente, quedaría tranquilo... al tiempo que aquel emocionado pastor —»Estaba un día un pastor... »— acogía el generoso regalo de

la harina. Cuando miró de nuevo al exterior, las lágrimas llenaban sus ojos. Pero ¿qué no hubiera dado él por saber con quién cabalgaba esa noche el Guerrero del Antifaz?).

* * *

—¡Parece mentira! ¡Derrocar el Campana...! ¿No es una asquerosa barbaridad?

¿Cuántas veces había escuchado Julián esas repulsas en su insomnio de aquella noche y las anteriores? Le daba igual haberlas oído que habérselas imaginado, que ambas cosas le parecían lo mismo. Y en aquellos momentos, al encontrarse con Mayor bajo el triple arco moruno de la puerta metálica de la finca, antes abrían la petaca que los resecos labios para darse los buenos días. La barba de casi una semana, ribeteando sus bocas, les hacía parecer varones de más edad de la real. Hombres que, si esgrimían el tabaco entonces, no era sólo para deliberar sino para elaborarse una más que justificada demora. Y luego aquello. En tanto acomodaban ceremoniosamente la picadura en la canal del papel "Blanco y Negro", Julián dijo directamente que él no iba a tocar ni una sola piedra del Campana. Y escondía una lágrima incipiente al dirigir su mirada a la pátina sonrosada que el sol ya extendía sobre el mar.

—Prefiero morirme de asco por el no... que por el sí. Y luego, ¡yo qué sé!, ya veremos.

—¡Qué tío más grande eres, Julián! Yo digo lo mismo; yo, lo mismo. No pienso arrancar ni una sola baldosa. Que las arranquen otros... Yo sí que no.

No se movían de la entrada. Estaban de pie a cuarenta pasos del edificio. Les flanqueaba la guardia hirsuta y compacta del ligustro que, alineado con el ancho pasillo de tierra y la baranda, llevaba a la entrada de aquel palacio. Desde allí contemplaban las solemnes y vastas palmeras, cuyas palmas menores cimbreaban al airecillo último que bajaba de las montañas, y mientras el sol ya restallaba en luz vibrátil sobre el oleaje rumoroso y ordenado del mar. Allá enfrente estaba, junto a higueras del historiado ricino y las buganvillas, la escalera principal del edificio, encarada al Norte y dotada de una suntuosidad irreprochable, señorial... Por sobre la terraza almenada del edificio, la maravillosa torre azulada, de cúpula cónica, se medía con uno de los altos y esbeltos pinos que enfrentaban la bahía..., aquellos pinos que podían ser rendidos y troceados en caso de prosperar el ordenado abatimiento de tan magno y espléndido chalé. ¿Qué no habrían sufrido también —habría que admitirlo— los propietarios de aquella bella finca antes de su extravagante y cruenta decisión? Seguramente valía la pena ignorar los motivos que les guiaron para derruir aquella maravilla: podían torturarnos excesivamente si calificados de fútiles o caprichosos. ¿Cuestión de desacuerdos entre herederos y quizá originados en alguna que otra rabieta? Era mejor llorar limpiamente, sin adherencias de solu-

ciones otras en las que no entrara la piqueta y liquidara aquella nuestra ensoñación. La ensoñación que habíamos creído perdurable...

—Conmigo que no cuenten; que no, que no. ¡Ya está dicho!

Mayor era del mismo pensar, y podía ser que, al propio tiempo, se sintiera insignificante y ruin con su piqueta, o sin mérito de condigno, para atreverse moralmente con obra de tamaña envergadura y rango arquitectónico. Ignoraba el joven albañil que descendía de aquel capitán, don Fernando Mayor, quien a principios del siglo XVIII, tenía su casona a pocos pasos de la Casa Capitular. (Posteriormente, y en los años treinta del XX, la mansión había albergado al alumnado y profesores del llamado Liceo). En 1703, la portalada del ayuntamiento, con arco de medio punto y piedra de cantería —rematada con la imagen de Santa Marta sometiendo a la Tarasca en Carcasona—, se diseñó siguiendo el modelo de la que exhibía el palacete del capitán, un varón distinguido que sería luego Requisidor de la Costa.

El Campana, de cuyos maestro de obras y arquitecto nunca supimos nosotros, podía haber sido fruto, sin duda, de profesionales exquisitos de nuestra ciudad muchos años atrás. Al respecto de echarlo abajo, alguien contó después, y tras la negativa en firme de Julián y de Mayor, que se fue de Ceca en Meca buscando albañiles y peones que lo hicieran. Semejante joya figuraba ya en multitud de carretes fotográficos de visitantes europeos, la mayoría de los cuales se quedaban extasiados y agradablemente sobrecogidos ante la majestad del edificio y también por su atrayente entorno, un verdadero orgullo para nosotros y la ciudad entera. Algo muy parecido ocurría cuando se alababa la otra singularidad: el "castillo" que cautivó a los niños y niñas evacuados de Madrid, aquellos pobres inocentes que huían del general que había confesado que no dudaría en fusilar a media España para erradicar de ella al comunismo. Pero este orgullo popular por las singularidades locales se iría apagando paulatinamente ante la inducida certidumbre de tener que verlas caer... por tratarse, simplemente, de propiedades privadas. Ninguna administración pública tomaba la iniciativa de preservar aquellos y otros valores para el acervo cultural del pueblo. La mayor defensa de esos valores, y ejemplo de generosidad, la constituyó la negativa que personalizaron Julián, su compañero y unos pocos manobres más de la localidad, Almy entre ellos. La sentida y respetuosa repulsa que éstos asumieron haría que los propietarios de la finca —eso se dijo— recurrieran a profesionales foráneos. (Esto hizo que la susodicha negativa casi pasara a formar parte del **corpus** romántico en el que figuraban algunos seres humanos, leyendas y prodigios asignados a la localidad y su territorio). Y fue así como vinieron a la ciudad varios albañiles y ayudantes desde Valencia capital, que allí tenían casa puesta y de muy buena factura los amos del Campana.

—¡De Valencia viene el Guerrero del Antifaz cada semana o así...!

—Ahora no viene, Pedrín. No viene... porque está aquí. ¿O es que no te lo ha dicho Roberto Alcázar...?

—¡...!

Si estaba entre nosotros o no, y por qué razón o propósito, ¿quien podía saberlo de buena tinta? Había sido visto en distintas zonas periféricas de la ciudad y en sus barrios rurales... y en ellas parecían confluir algunos hechos meridianamente indicativos, al menos para nosotros. Luego, el día en que el Campana recibió la primera picadura demoledora —aquella su primera y definitiva tristeza—, y con la atonía regidora de los munícipes, la amargura más explícita —según los ajenos a la saga de sus propietarios— ahogaba el remanente de ánimos que aún parecía asistirnos... Y cosa parecida estaría afectando al ubicuo y alegórico cristiano enmascarado. Así cuajaba la convicción de que todo era posible en aquella nuestra querida ciudad. Posteriormente se diría que era época ruin, tiempo de necesidades y de mucha inseguridad en el futuro como para fijar la atención en pérdidas que, al fin y al cabo, tenían por dueño a un particular. La propiedad privada prescindible, sacrosanta institución de exacerbada vigencia y a ultranza, pocas veces salía afectada por actuaciones en beneficio de la comunidad. (Esta realidad, más que palmaria e irritante para unos cuantos, quedaría vergonzosamente demostrada en unas cuantas ocasiones, al permitirse que propietarios de siempre se beneficiaran de oscuras connivencias oficiales en perjuicio directo del bien común. Y era cuando los justos daban en decir, condenando la indiferencia de la gran mayoría, que cada pueblo tiene aquello que se merece. Y aquel veredicto de culpabilidad siempre iba a afectar con mayor intensidad a la gente más joven de la población, a los que previsiblemente iba a vivir el futuro. Y a pesar de que esa parte de los pobladores del municipio siguiera en la inopia y casi con desprecio a su entorno físico).

Era obvio que, al derribar el palacio, maravilla de sosegada y singular elegancia, el Guerrero del Antifaz salía gravemente afectado, ¡casi tocado de muerte en su simbolismo! Pronto quedarían a la intemperie las que fueran bellísimas estancias, los solemnes y voluptuosos corredores, las escaleras formidables de su interior y las restantes y reverberantes dependencias. Sería como si la construcción aquella quedara afectada por los obscenos y cruentos daños de un bombardeo, destrucción que además destapa las más recatadas intimidades. ¿Quién podría entonces relacionar aquel palacio con el propincuo Alí Kan, Motamid, el perverso Harúm o el enigmático Zenete? ¡Qué ácida y cuán definitiva la lejanía que se nos creaba, simbolizada inopinadamente por la programada destrucción del palacio! Para nosotros era el hundimiento de muchas cosas y anhelos. Lo dijo muy claramente aquel buhonero, el del paciente borrico cargado con atiborrada sarria trajinante, y con sus moscas. Contemplaba el hombre aquella operación desde la carretera..., y entonces preguntó en voz alta y con un muy intenso dejo de melancolía:

—Tiran el palacio, ¿no?

—Eso parece, buen hombre... Lo tiran.

—¿No es eso un crimen?

Allí le hacían coro unas pocas sonrisas irritadamente amargas. Porque cualquier respuesta, la inequívocamente adecuada, tendría que ser necesariamente una procelosa obscenidad como repulsa. Desde el taller, si dirigíamos la mirada allá enfrente —¿y ya para qué?—, escuchábamos la insistencia doliente de las acompasadas piquetas al sol y con la brisa del mar. Si alguien se detenía ante el establecimiento, miraba allá, nos miraba... y comentaba sobre el galopante estropicio como si en algo dependiera de nosotros que cesara semejante y triste salvajada. El maestro botero no decía ni pío. Sabía que, desaparecido aquel insólito atractivo, los visitantes franceses —entonces todos los europeos eran catalogados de franchutes— podían caer en la cuenta de que estábamos allí con los impresionantes odres del aceite puestos al sol tal que los toros de Guisando. Y cruzarían, tal vez, la antigua escombrera... para comprarle algunas botas de vino. Aunque las nuestras no llevaran toreros ni toros pintados en sus caras...

—¿Y por qué lo tiran? Siempre que vengo por aquí —decía el quincallero, que no esperaba un razonamiento válido— me vengo a mirar un rato esta maravilla. Si mi cuñado, el francés, viera este desacato, diría que los españoles estamos locos..., por no ofender tratándonos de idiotas perdidos. ¡Y tendría toda la razón! Ya lo creo. ¡Toda la razón!

Aquél era el tiempo de las despedidas, y claro que eran más inducidas que voluntarias. La lejanía la marcaban los hechos y también determinadas pasividades e inercias humanas. La subrepticia aparición del jinete enmascarado, y en solitario al principio, tendría que incardinarse en una estructura de corolario, de despedida final y nada transitoria. Se dirigía él a la ausencia definitiva, a la desaparición inapelable. También se iba para siempre aquel palacio, dejándose la triste huella de su imposibilidad en cimientos procaces, sometido su esplendor a un loco arbolado de polvaredas al azotar el viento la orfandad de los pinos grandes. Fue la semana del vendaval, con el mar irritadamente revuelto, quizá con la ira propia y explícita de un dios insatisfecho. Parecía que todo había comenzado —¿quién podría saberlo y para qué?— con el abandono de la mina de arcilla en los ribazos de enfrente, agotada su vena mejor. Tiempo después, cuando ya no quedaban atisbos ni abruptas alucinaciones en que plantar nuestros reales, y como desalojados de nuestros lugares y oportunidades de ensoñación, recordaba yo el fútil entretenimiento de las hileras de ladrillos puestos de pie. Se derrumbaban en caída fatal y se acumulaban unos sobre otros a grande velocidad. Todo caía igual, como si llegada su hora última, y lógica esa tendencia en su naturaleza o disposición. Pero aún podía ser peor, y lo

sería: porque incluso el territorio quedaría afectado negativamente cuando los primeros indicios del bienestar que llamaban social emitían pretensiones de cambio en dirección casi ciega a lo que algunos torpes, y egoístas, llamaban progreso. (Lo llamaban así a conveniencia propia y privada). Había manos decisorias de individuos que, sin la sensibilidad creativa, buscaban logros materiales sin cuento y casi con avaricia estentórea. La configuración del entorno territorial y sus bondades irían cambiando a peor en un ejercicio de ganancias particulares que borraban todo lo antiguo y venerable se diría que con saña especial. El arbolado de los ancestros, solemne por su testimonio de trabajo y constancia, dejaría de ser respetable en cuanto se advirtieran beneficios rápidos con su desaparición, tan intensa podía ser la renuncia al recuerdo de los antepasados, porque los beneficios intelectuales y del sentimiento no tenían ya valor, y sólo se atendería a los brillantes réditos de las feroces transacciones mercantiles. Con aquella plaga, caerían los antiguos y recios olivares y también, y uno a uno, los seculares algarrobos, como las bellas extensiones de almendrales e higueras, aquel precioso arbolado que enumeraron con admiración los respetables botánicos de los reyes en sus andaduras por aquellas antiguas tierras de realengo... Hoy, unos; mañana, otros..., como si se buscara borrar de la memoria colectiva aquello que nuestros mayores habían levantado luchando en aquel medio y en el transcurso de los siglos contra todo tipo de adversidades... Con los llamados nuevos tiempos, iba a desaparecer el alma compartida de los territorios huertanos en pueblos y lugares, soterrándose la sustancia de las costumbres populares, como si quedara demonizado todo ello para las ganancias rápidas de ciertos particulares. ¡Cuánto atropello! De aquella exaltación del precio contra el valor tradicional de las cosas derivaría un hedonismo sórdido, el hedonismo obcecado de los que en el dinero rápido veían la felicidad más deseable... Aquél era otro rostro más de la creciente ventolera de las despedidas, borrón y cuenta nueva con que debilitar —a veces, sin malicia en la intención— los vínculos del corazón con el recordatorio respetuoso hacia nuestros mayores en su lucha contra toda clase de constelaciones. ¡Y algunos, sobre acelerar en su beneficio aquella clase de zafias cancelaciones, insomnes en su pretensión de pingües ganancias, aún tenían la suerte —una ocurrencia lógica para su disculpa— de discurrir que sus ancianos progenitores estarían en la gloria al dejarlos enclaustrados en la jaula de oro que era un asilo, bien limpios, atendidos y rezados! Y vistos por ellos, o entrevistos, más bien a la larga. Cancelación, cancelación sin sensibilidad alguna y a toda costa. Cancelación.

—Se ha producido —se hundía Pitágoras con tristeza, y con las gafas en la mano— una sarracina de olivos y algarrobos para levantar nuevos edificios. Olivos más que centenarios y todavía dando renta. Los pillos y oportunistas que lo hacen, y para ingeniarse una nueva conciencia —añadía en sus últimos meses de vida, y con su estro casi en violencia—, trasladan a esos viejos y valientes olivos

a parterres floreados, recluidos entre rosales, buganvillas y otras petunias... A mí que me transplanten ya a donde crecen las hierbas forrajeras, **¡votobadeu!**, que ya va siendo hora. —Lo decía con irritada convicción aquel nuestro intelectual de vecindad y entre coliflores mayormente. Lo decía razonablemente asqueado y... visiblemente derrotado.

Desde su esperpéntico despacho, como desde el pequeño y baldío bancal al que iba para orearse de lectura mientras Casiopa mordisqueaba las hierbas de la merienda, Pitágoras aún se sorprendía ante la vehemencia de las «compañías» cristianas de maniobras. De maniobras, decía. Aquello eran movimientos de instrucción para desfiles conmemorativos en las fiestas de moros y cristianos. Faltaban menos de dos semanas para la recreación popular del hecho histórico. Unas docenas de personas jóvenes hacían aquel ejercicio —y lo mismo en las otras barriadas al propio tiempo— para su rol de piratas, hacheros o marinos, como de voluntarios, de corsarios cristianos... o de alborotados y bullangueros beduinos de todas las edades y condición social, vestidos con anárquicas marlotas y tocándose con pretendidos turbantes. Marchaban los de la Huerta — ¡ah, ésos de la Huerta!— por el antiguo Camino Real de Valencia, arriba y abajo, levantando una polvareda insensata al son de las trompetas y de un par de destartalados tambores de escaso poder. Arriba y abajo, desde Levante a Poniente, y al contrario, paralela la compañía a la vía férrea y al almendral intenso de la respetable finca la Barbera. Las compañías moras no hacían eso, que éstas desfilaban en los alardos a paso de timbales y chirimías, ritmo muy gangoso y supuestamente oriental... La marcialidad requerida para esta hueste obedecía a un canon musical de acompañamiento más acorde con el «Bolero» de Ravel que con el archisabido y dinámico ritmo del «Levando anclas», acotada esta pieza y otras marchas parecidas para el ejército cristiano. Así que a Pitágoras y a la cabra Casiopa, localizados en dominio territorial de la Cruz —cruz también para el que intentaba dormitar allá un rato, si no estaba rematadamente sordo—, les tocaba la trompeta y les tocaba asimismo el tembloroso tambor..."¡Mientras no sean los del Frente de Juventudes!", se consolaba el filósofo. (En relación a la fiesta conmemorativa aquella, la cabra era afortunada a pesar de no saberlo ella, y si se pensaba en los alardes de la soldadesca mora y cristiana. Y lo era porque no estaba incluida como tropa (tampoco figuraba en el papel de aterrada mascota) en la demostración de las fuerzas aportadas a tan trepidantes y antiguos festejos. Otras cabras, las pobres, aunque pocas, sí que eran insertadas entre los figurantes, moros o cristianos, y a ritmo de trompeta, tambor o chirimía. Avanzaban éstas con desconcierto y miedo entre los militarizados circunstanciales. Inexplicablemente, su presencia, algo despavorida en los desfiles, arrancaba el aplauso entusiasta de unos cuantos elementos del público que abarrotaba las gradas para disfrutar de la abigarrada, colorida y tumultuosa carrera. Quizá se emocionaban como cuando veían desfilar a la Legión, asistida ésta por la marcialidad decidida de su cabra,

heráldica y correspondiente, y escenificando el peligrosísimo patrioterismo que afectaba a ciertas cabezas de corcho o simplemente huecas). En tales celebraciones, y conservando la indeleble tradición, se ponía en escena un combate naval entre piratas berberiscos —con los supuestamente cenetes, aquellos tan dogmáticos— y cristianos lugareños en la bahía. Pero en esa batalla naval con los moros, habría que ver el grave desconcierto que podía llevarse el Guerrero del Antifaz —¡qué sofoco para nosotros sus seguidores de siempre!— en el caso de que contemplara aquellos pocos botes cuyo pretendido velamen parecía constituido por fláccidas y rugosas sábanas en la batalla naval y bajo el alocado estruendo de la tan frecuentada pólvora. No tendría él la ocasión de ver semejante naumaquia (?) cuando, años después, las naves del simulacro brillaban por su lograda arrogancia y gallarda figura, diversificadas en galeras, cendales, faluchos o lentas y pesadas carracas... Los piratas argelinos, con sus insultos, habían asediado nuestra costa con siniestra intermitencia a lo largo de muchos siglos, quemando y destruyendo, depredando con terca ferocidad y llevándose cautivos a Orán, o por ahí, a hombres y mujeres de nuestra villa. Y luego, graves e historiados alfaqueques y frailes mercedarios tendrían que discutir y pactar precios para liberarlos como rehenes mediante muchos dineros. (Cautivos y desarmados, ya habían llegado al mismo litoral africano, pero en 1938 y 39, algunos de los republicanos derrotados por Franco, y recluidos en campos de concentración infames... mientras se avecinaba el estallido de la II Guerra Mundial. La nuestra ya estaba considerada como tal por algunas potencias europeas al conocer la ingente ayuda prestada a Franco por Hitler y por el gobierno italiano del **Duce**. Hitler tenía muy buena impresión del general español, y había llevado personalmente el trato de esa ayuda, enviando de todo a la zona nacional: armamento, soldados, pilotos de aviación y técnicos adecuados para aquella maquinaria bélica. Algo parecido había pasado con la ansiedad de Italia por disponer de un dominio mediterráneo presidido por su grosero vociferante, un peligrosísimo hortera, aquel impúdico Mussolinni..., mientras que la URSS, y a toda costa, buscaba implantar en España la no menos temible y asesina lacra de su comunismo).

Por lo que algunos decían, el cristiano del antifaz continuaba mostrándose en nuestro curioso término municipal y como si ratificara su atención a las cuitas de los pobres y sometidos. Su presencia tal vez pudiera entenderse como estímulo simbólico a nuestra valentía retrospectiva, aquella que venciera al arráez Zalé en 1538. Este atrevido y contumaz pirata ya había atacado nuestra villa dos años antes, que se supiera, cosa ya mencionada. Entonces infligió graves daños a la amurallada villa de nuestros valientes y aguerridos antepasados, atacada primeramente con violentos y sibilantes bodoques... En tiempos anteriores, y en años casi consecutivos, los piratas norteafricanos y turcos ya eran temidos por los lugareños de nuestras tierras, constantemente alerta frente a sus incursiones de robo, destruc-

ción y muerte. ¿Qué edad tendría el Guerrero del Antifaz en los años veinte de aquel sugerente siglo XVI? La pregunta era muy incitante para nosotros, yendo ilusamente más allá de la simple conjetura y sus derivados cálculos. Se creía saber —aunque ello no fuera de dominio general— que el intrépido enmascarado había luchado contra los moros de algunas taifas levantinas al tiempo que las huestes de los Reyes Católicos presionaban a Boabdil en Granada.

—¡Eso fue el año de «Alba de América, el año 1492!

—¿Y qué siglo era ése?

—Era el siglo... ¿Qué siglo era?

Si se demostraba que el Guerrero cabalgaba por nuestro entorno, como decían y propalaban algunos sujetos —los dados a las inconsistentes leyendas locales—, no tardarían otros en asegurar que se trataba de un remedo del Cid Campeador redivivo, aquel señor de la guerra que, incluso muerto, ganó batallas... Y que, además, aparecía a caballo en algunos sellos de Correos. Como si repartiera él mismo las cartas a lo largo y ancho de la España Imperial..., veredero a caballo sobre imperialistas "montañas nevadas, banderas al viento y el alma tranquila..."

—A lo mejor —conjeturaba uno con muy mala baba—, los falangistas cogen al Guerrero ese del Antifaz y le dan una paliza que lo matan. O lo dejan baldado en una cuneta. ¡Eso si se atreve a salir de día por ahí! Ya te digo. Amigo de moros, de judíos y piratas ... ¡y con los cristianos que mató de joven con su propia espada mora!

—¿Espada mora de los moros de Franco? No sé yo si...

(A mucha gente se la vigilaba por cualquier cosa que sonara a desafección al Régimen, desde no demostrar entusiasmo bastante por sus logros sociales (¡), hasta por circular con la recalcitrante tozudez de no ir a misa, que eso era claro signo de anticlericalismo, dicho por algunas jerarquías y por los denominados beatos en la lengua coloquial. Otras veces, por averiguar si se entonaba o no el "Cara al sol" en los lugares en que estaba mandado... Y por un humillante sinfín de menudencias difíciles de admitir como razonables. Pero más difícil parecía, o imposible, que se detuviera y castigara debidamente a los grandes estraperlistas que se hacían ricos especulando con alimentos básicos contra la esforzada población. ¿No era eso una desconcertante curiosidad, por decirlo blandamente? ¡Y gracias a que de vez en cuando se sabía de ciertas actitudes del gobierno franquista en favor del adecuado reparto social de los bienes de primera necesidad! En materia de abastos, la Secretaría General se proponía perseguir a los comerciantes o almacenistas que ocultaban o hacían desaparecer los productos del mercado... para venderlos luego clandestinamente y a precios abusivos. "Contra el que trate de desacreditar la política del gobierno —se advertía a menudo y con creíble dureza— y establecer la inmoralidad

como norma del comercio...” iban a reaccionar de inmediato tanto la F.E.T. como las J.O.N.S. En algunas de esas advertencias se citaban las buenas cosechas agrícolas habidas, si ése era el caso, de manera que no se pudiera pretextar lo contrario para explicar carencias en los suministros. Muchas de las grandes fortunas de posguerra se habían amasado mediante la ocultación de artículos de primera necesidad... y en sospechada connivencia criminal con ciertos elementos del Régimen Nacionalsindicalista, como llegaría a saber la población una década o así más tarde... (Después de la guerra, y salvo en el agregado social más humilde —por malolientes y sucios y flacos sus componentes—, hubo muchos tibios religiosamente que se aplicaron con visible denuedo a la misa de once y a las procesiones cuando menos. Así podían creerse destinatarios posibles de cupos de comida más sustanciosos, además de sentirse como dotados de un certificado de buen comportamiento o de persona con el marchamo de "conducta irreprensible". De ese modo iban navegando algunos, aunque con algún que otro sobresalto que les aflojaba el vientre).

—Un tío de Rafael —decía uno, sin saber ni remotamente de lo que hablaba— se enteró de que era masón en el momento de juzgarle por eso mismo...

—¡Pues sí que andaba "desorientado" ese pobre hombre! —ironizaba el taciturno don Salvador—.¡A lo mejor ni sabía a qué rito pertenecía, si al francés o al escocés...!

Todo el mundo sabía ya —y si no, qué lástima— aquello que habían contado unos días antes las entrañables mujeres que bajaban una tarde de Finestrat. Posiblemente enajenadas —confirmado esto por la ingenuidad suya al divulgar semejante encuentro—, habían relatado con atropellada vehemencia el sobresalto sufrido con el famoso guerrero enmascarado allá en el río del Torres. Con tan hermoso y casi poético testimonio, el Persona Alqamah se quedó muy dócilmente ensimismado o pensativo. ¡El Guerrero del Antifaz! ¡Aquel héroe en su airoso y esbelto caballo! Una vez más, este Alqamah evocaba su visión, aquella que experimentó en la planicie arcillosa del Poniente el anochecer aquel de la harina en tantos sacos. La sorprendente revelación le volvía a la cabeza casi todos los días, si no era él mismo quien se representaba la impactante contemplación del arrogante jinete. ¿Qué hubiera pasado de haber confesado él ese encuentro, tal y como hicieron las mujeres aquellas con el suyo? Soñaba con frecuencia, y a veces más que despierto, y en ese estado parecía más ausente que nunca. Se le veía echado en la parte arenosa de la playa... con un sucio y manoseado tebeo de aventuras en las manos. El Guerrero del Antifaz, aquel caballero cristiano, tan honesto y justo con los débiles y maltratados, le atraía mucho ahora y redoblaba con sosiego inteligente su razonable admiración hacia él. Miraba y remiraba los dibujos con sentida emoción evocadora, y volvía y volvía sobre ellos... casi sin poderlo evitar. Era cuando ya se sabía que en toda aquella España el Guerrero del Antifaz había derrotado ya, y de manera

fulminante, a los **Flechas y Pelayos** («Semanario Nacional Infantil») que cada siete días ponían en circulación el Régimen de Francisco Franco y la Iglesia española para sus planificados adoctrinamientos de la niñez. Con semejante y habilidosa publicación, el torpe y viscoso catolicismo franquista pretendía que los escolares crecieran instruidos en las enseñanzas más reaccionarias de Europa y en un ambiente intelectual fácilmente controlable... Tan férreamente vigilados, los niños y las niñas tendrían que marchar y marchar por el Imperio hacia Dios. Aquel Dios de la exclusiva propiedad (¡) de quienes ganaron la guerra... y la seguirían ganando.

F I N